JESUS ANTE LA CRITICA

SU EXISTENCIA, SU MISIÓN
Y SU PERSONALIDAD

por el

RDO. PABLO BUYSSE, Pbro.
profesor de Apologética

Traducción del R.O. Ramiro de Santibañez, O.M.C.
Premiada por la Academia Francesa

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
SEVILLA - 41003

NIHIL OBSTAT: El censor
Agustín Mas Folch, O.C.
8 agosto 1929

IMPRIMASE: José, Obispo de Barcelona
Por mandato de S.E.I.
Dr. Francisco Mª Ortega de la Lorena Can. Scrio.

ISBN: 84-7770-461-9
D. L.: GR. 650-99
Impreso en Azahara SL

INTRODUCCION

Con el objeto de dar el debido remate a nuestra demostración técnica[1]*—indispensable, por lo demás, a las personas cultas, desde el momento en que el cristianismo ha venido a convertirse en un problema, incluso en sus cuestiones menos señaladas—, nos falta aún por establecer el carácter sobrenatural y divino de Jesús, fundador de la Iglesia católica. Mas, he aquí que los mitólogos nos salen al encuentro e interrumpen nuestros pasos, afirmando despiadadamente que son castillos en el aire lo que hemos levantado, de nuestra parte, y que hemos introducido en la construcción de nuestro edificio un artífice fantástico*: LOS EVANGELIOS, *dicen*, EN QUE NUESTRAS PRUEBAS SE APOYAN, SON MAS BIEN EL TESTIMONIO DE LA FE ANTES QUE EL DE LA HISTORIA, Y ¿QUÉ OTRA COSA ES LA MISMA FIGURA DE CRISTO SINO UN FANTASMA, UN PERSONAJE DE LEYENDA?

Y cuando los defensores de la escuela mitológica pasan a desenvolver su tesis, no es que convengan mucho entre sí. A juicio de unos, partidarios del procedimiento más avanzado, los relatos evangélicos, al igual que el origen de la religión cristiana, se explican por un movimiento de evolución, toda ella natural, proveniente de tres factores: las aspiraciones del proletariado romano, las filosofías griegas y la creencia de los judíos en un Mesías libertador. El instinto popular ha ido elaborando lentamente los mitos, las creaciones legendarias, las poesías piadosas para expresar sus conceptos metafísicos, sus esperanzas religiosas. Nada deben esos mitos a Jesús. Jesús, al contrario, vana abstracción, les debe los colores con que su imagen fué pintada, todos sus rasgos. su realidad espiritual.

1 *La Iglesia de Jesús.*

Tales desafueros repugnan a otros comparatistas.[1] *No niegan éstos que existiera en Palestina "un pobre rabino", de nombre Jesús, mas las convicciones y los deseos de los judíos exaltados y de griegos místicos habrían deformado, "sublimado" su retrato no menos que su misión. No guardaba él proporción con el Cristo. Muchos episodios de su historia, hartas ideas y una serie de palabras que se le aplican—los elementos cristológicos por ejemplo—contienen reflejos místicos o suenan a folklore; gracias al judaísmo posterior al destierro—judaísmo del que los libros de Daniel, de Zacarías, de Jonás, de Ester, de Tobías, de Judit, nos descubren las tendencias—se relacionan ellos con las antiguas religiones paganas, con las religiones babilónica, helénica y persa. En una palabra, "el cristianismo en tanto que fenómeno de conjunto, como Iglesia y como doctrina, ha tenido su origen mejor con ocasión de Jesús que en el mismo Jesús, de una manera consciente".*[2]

Los comparatistas moderados mantienen todo lo posible las conclusiones de la escuela liberal. Las iremos señalando en el curso de nuestra labor y estudiaremos los argumentos en que se fundan, procurando así dar una demostración completa y perentoria de nuestras tesis en tres capítulos:

I. La existencia personal de Jesús.
II. La misión de Jesús.
III. La divinidad de Jesús.

1 Los mitólogos llevan igualmente este nombre. Aplicando el método religioso-histórico, comparan el cristianismo original y los sistemas religiosos del mismo período, para determinar las semblanzas y las diferencias que existen de una parte y otra a fin de fijar su influencia y dependencia recíprocas.

2 J. Weiss, *Jesus von Nazareth,* p. 12.

La Existencia Personal de Jesús

No se puede negar la existencia personal de Jesús sin ultrajar a la Razón y sin irritar profundamente el Corazón del hombre

CAPITULO PRIMERO

La Existencia de Jesús ante la Razón del hombre

Noches hay de duda en que la angustia os atormenta,
en que de la espira al final el alma descendida,
palidece y sobre el infinito terrible suspendida,
el viento siente del abismo y retrocede despavorida.
Noches hay de duda en que la angustia os atormenta,
y en esas noches, en la sombra voy como un muerto.

A. SAMAIN

¿Qué se opone a la existencia personal de Jesús? La historia de las religiones con sus tesis panbabilónicas, con sus conclusiones exageradas sobre la penetración del medio ambiente judío por el heleno-paganismo; luego, en tiempos muy recientes, una Exégesis fantástica de las Epístolas de san Pablo.

Mas la Razón del Hombre que sabe discernir los móviles, pasar por el cedazo hasta los menores argumentos, escudriñar los textos y consultar en el momento preciso los sabios verdaderos, la Razón del Hombre profesa la realidad histórica del Maestro de los cristianos.

A) Hacia fines del siglo XVIII, Volney[1] y el convencional Dupuis[2] hicieron descender el cristianismo directamente de los astros. Mas sus vanas ocurrencias no obtuvieron sino un mísero resultado. No se les traía a cuento ya apenas[3] cuando, de súbito, en 1906, un profesor alemán, M. Jensen, da, siguiendo las huellas de Winckler y de Jeremías, con un hallazgo sensacional, la prueba (?) de que el mito había hecho su aparición en Babilonia, entre los astrólogos asirios. RODEADO DE DOCE APOSTOLES, SALUD Y LUZ DEL MUNDO, EL CRISTO ERA EVIDENTEMENTE, NO PODIA SER SINO UNA REPLICA DEL MARDOUK, DIOS DEL SOL QUIEN TIENE POR CORTEJO LOS DOCE SIGNOS DEL ZODIACO Y A QUIEN LOS CALDEOS ENALTECEN EN LA EPOPEYA DE GILGAMESCH. — Asiriólogos y astrónomos sometieron el descubrimiento a un detenido examen, encogiéndose luego, unos de espaldas, los otros se sonrieron burlescamente; cada uno según su temperamento, y guardaron todos un vergonzoso silencio. Jensen no tuvo más remedio que batirse en retirada, y llegó hasta decir que "reconocía, por su parte, un Jesús que es histórico de alguna manera y que existió verdaderamente".[4]

B) Mientras tanto, un inglés, John Mackinnon Robertson,[5] y un americano, William Benjamin Smith,[6] andaban a la caza de documentos hebraicos. Parecióles DESCUBRIR UN DIOS QUIEN, DESPUÉS DE HABER SIDO OBJETO DE FE Y DE CULTO, ANTES POR CIERTO DE LA ERA CRISTIANA, TOMÓ UNA APARIENCIA HUMANA con el nombre de Jesús. Volveremos a hablar de ellos oportunamente; aquí los ponemos por la influencia que ejercieron

1 *Les Ruines,* 1791.
2 *L'Origine de tous les Cultes,* 1794.
3 Inspirándose en razones muy diferentes, la escuela holandesa, con MM. Pierson, Matthes, Naber, Van Loon, durante un tiempo Loman y Van der Bergh van Eysinga, se pronunciaba todavía en contra de la historicidad de Jesús.
4 *Die Entstehung des Christentums aus der antiken Kultur.*— Véase la refutación en nuestro estudio sobre los Sinópticos. § El mito.
5 *Christianity and Mythology,* 1900.
6 *Der vorchristliche Jesus,* 1906.

sobre el autor de una cacareada exegética célebre, M. Drews.

C) Profesor de filosofía en el Politécnicon de Carlsruhe, M. Drews, hízose el propagador del "Cristo mito". No contento con exponer las razones que invocaba para rechazar la Iglesia y reducir a polvo a su fundador, en dos libros in-octavo,[1] repartió esos sus escritos por uno y otro lado de Alemania, distribuyendo profusamente folletos de vulgarización,[2] dando conferencias y más conferencias, como si se propusiera, según frase de M. Jülicher, hacerse suyo el Universo por asalto y forzarle a adoptar sus ideas.

El mito del Cristo derívase, a su juicio, de dos fuentes distintas, una de ellas judia y pagana la otra. Un crítico liberal, M. Juan Weiss, escribió de un modo pintoresco a este propósito: "La cuerda con que M. Drews estrangula al Jesús histórico ha sido trenzada con dos cordeles muy delgados".

a) He aquí la aportación del judaísmo. Entre los hebreos, posteriores a Moisés, Josué viene a ser un dios solar que Efraín adora bajo el símbolo del cordero.[3] Así, pues, entre Josué = Jehoshua = Salvador enviado por Jahvé y Jesús =Jeshua, no se da solamente una semejanza de nombres, existen analogías profundas. Jesús recorre la Galilea con sus doce apóstoles, lo mismo que Josué atraviesa el Jordán con las doce tribus y sus jefes, a la manera que Jason, rey de los Argonautas, conduce a sus doce héroes a Colchis después de haber atravesado el mar Negro. Ese triple hecho no es sino uno solo en realidad: Jasón, Josué y Jesús son formas variadas del mito astral.[4] Por otra parte, ¿no simboliza el cor-

1 *Die Christus mythe.*

2 *Hat Jesus gelebt?* Cfr. *Revue du Clergé Français*, 1908-1909-1910, Fillion: *Ce que les rationalistes daignent nous laisser de la vie de Jésus — Les etapes du rationalisme dans ses attaques contre les évangiles et la vie de Jésus-Christ — La lutte pour l'existence du Christ.*

3 La idea de un culto precristiano de Jesús-Josué es también admitida por el holandés Boland. *De evangelische Josua,* 1907.

4 "Hay, escribe Drews, sobrados motivos para pensar que el nombre de Josué o de Jesús era aquel bajo el cual el Mesías esperado era ado-

dero al Dios de los cristianos en el Apocalipsis?[1] Si se añade a todo esto que Nazaret, el pueblecito de los Evangelios, no ha existido nunca y que el epíteto de Nazareno, dado al Cristo, significa "guardián de misterio", la fe en un segundo Dios o si podemos decirlo así en un semidiós Jesús, concluye M. Drews, se remonta sin ninguna duda a un pasado muy antiguo, anterior al cristianismo; los judíos habrían concentrado, pues, en una masa inmensa, por una parte, las ideas escatológicas de sus apocalipsis, y por otra, la concepción pagana de un Dios redentor que muere y resucita.

b) Porque el "Cristo mito" se relaciona también con el PAGANISMO. Jesús es una copia de Attis y de Adonis. La imagen astral del primero la tenemos en Orión, crucificado, atado con los brazos extendidos al árbol del mundo—en la vía láctea—, moviéndose en derredor suyo las constelaciones sobrado conocidas, el can, el tauro, el leo y geminis. Por lo que hace al otro, cada año, en la primavera, se enterraba su efigie en el curso de una fiesta en que se celebraba la aparición de la nueva temporada. Dos o tres días después, agolpábase el pueblo cabe la tumba simbólica y exclamaba, entre todo un lujo de regocijos: ¡Adonis resucita! ¡Vive!... Eso eran las pascuas paganas, el viernes santo místico. Por lo demás, ciertas solemnidades que tenían lugar en

rado en ciertas sectas judías".—Con el objeto de no entorpecer nuestra demostración, observamos ya en estos momentos con M. Goguel, que "es inútil indagar si Josué ha podido ser, en un momento dado, una divinidad solar; basta hacer constar que en la época que nos ocupa, los Judíos que leían su historia en el sexto libro de la Biblia, veían en él un héroe nacional, sucesor de Moisés y continuador de su obra. Era él uno de los héroes más populares de la historia de Israel, como lo prueba el número de personajes que llevan su nombre (particularmente el autor de la "Sabiduría" y cuatro sumos sacerdotes entre 35 años antes de Jesucristo y 63 años después) y con respecto a los cuales no se le puede ocurrir a nadie hacer de ellos otros tantos seres míticos o héroes divinos. El sumo sacerdote Josué, nombrado por Zacarías (en el que M. Drews pretende hallar unas huellas del viejo culto efraimita) es, también, un personaje histórico; no se le debe tampoco identificar con el Mesías, que recibe la promesa de su venida (III 9)". *Jésus de Nazareth. Mythe ou Histoire?*, p. 57.

1 Conformes. Mas el ser celeste así designado ha tenido una historia humana; ha muerto (I 5, V 9) y ha sido crucificado en Jerusalén (XI 8), y es ello precisamente lo que explica su dignidad celeste.

el solsticio de invierno inspiraron el relato evangélico de la Natividad del Salvador en Belén. Ved ahí la historia de Jesús confundida con la historia del astro central en sus correrías a través del zodíaco.

Para dar consistencia a su tesis, M. Drews acumula argumentos de detalle. La palabra viene del hebreo gêlil, círculo, "lo que trae a las mientes el zodíaco, atravesado por el sol". El Jordán "tiene ciertamente, asimismo, una significación astral", corresponde a la vía láctea. María y José son divinidades del paganismo. Pedro es una encarnación del dios Proteo: sostiene la Iglesia como Atlas sostiene el globo terrestre, y su barca no difiere de la del dios Horus,[1] ni de la del dios sol...

Ante aserciones de ese calibre, dice un crítico, M. Windisch, quédase uno como atolondrado, estupefacto, y se pregunta: *¿Cómo un escritor puede proponer hipótesis tan imposibles?* Empero M. Drews no se para en barras, llega hasta negar toda autoridad a las fuentes cristianas que explotan sus numerosos adversarios. ¿De los sinópticos se trata? "Lo que parece importante, serio y decisivo (en estos libros)... no debe su existencia a un hecho histórico sino a la creencia, anterior al cristianismo, en la divinidad redentora judío-pagana". Y ¿qué decir de san Pablo, *nuestro más antiguo testimonio?* Nada sabe él de un Jesús histórico. El Hijo de Dios encarnado, que constituye el centro de su sistema teológico, es precisamente esa misma divinidad judío-cristiana, elevada a un grado superior de contemplación religiosa y moral. A partir de esas afirmaciones, la conclusión se impone. "El Cristo de la historia es una figura tan dudosa, tan inasequible, tan pálida, que no se acertaría en considerar la fe en ella como una condición *sine qua non* de salvación religiosa".[2]

D) En Francia, el testimonio de las epístolas paulinas impide a Salomón Reinach[3] abrazar una opinión

1 Dios supremo en Edfou (Egipto). Cfr. *Los fundamentos de la fe.*
2 *Berliner Religionsgesprach,* p. 32.
3 *Orpheus,* 1909.

que el silencio de los autores no cristianos sobre la condenación y la crucifixión de Jesús, una semejanza muy marcada entre la historia de la Pasión y el salmo XXII,[1] la existencia, en fin, del Docetismo,[2] hacen plausible a sus ojos. Un autor en adelante famoso, M. Couchoud,[3] ha ido más allá. El testimonio de Pablo se relaciona, ha dicho, con un Cristo puramente ideal. "En los orígenes, Jesús no fué un hombre, sino un ser espiritual, un espíritu,[4] que se manifestaba entre los fieles por medio de visiones, de oráculos, de poderes maravillosos... La fe en un Cristo viviente creó la fe en un Jesús que vivió".

Ahí está el extraño método de los racionalistas sobre el que Chesterton ha asestado sus golpes: desacreditar historias sobrenaturales perfectamente fundadas. contando, en cambio, historias naturales, privadas de base en que apoyarse.[5] Podría uno limitarse a manifestar su extrañeza si, en un mundo en el que las falsas concepciones filosóficas y el espíritu de independencia. favorecen los peores errores, no hubiera tan gran número de gentes crédulas, sin el conveniente discernimiento, que se dejan seducir *por el oropel científico*.[6] Menester es, pues, responder a esas provocaciones, y contamos demostrar sin dejar lugar a duda estas cuatro tesis:

1 Cfr. nuestro estudio sobre los Evangelios. § Las profecías.

2 Cfr. Coguel, o. c., pp. 86-96: "La conclusión a la que venimos a parar es, pues, muy clara: Los docetas no han contradicho la historia evangélica. Tratábase de cristianos idealistas que, haciendo hincapié ante todo en la noción de la divinidad de Cristo y del carácter celeste de su persona, miraban de dar una interpretación que concordase con sus ideas. Así comprendido, el docetismo no ha podido desenvolverse sino sobre el terreno de la tradición evangélica. Si los docetas hubieran tenido la más pequeña razón para pensar que Cristo no era sino una persona ideal, sin realidad histórica, no habrían invertido tesoros de ingeniosidad para dar de su historia una interpretación que le librara completamente de un contacto demasiado inmediato con la humanidad. Los docetas aparecían así como testigos de la tradición evangélica".

3 *Le mystère de Jésus*, 1924.

4 M. Couchoud se distingue así de M. Drews, quien hace de Jesús un ser mítico.

5 *Orthodoxie*, p. 54, trad. Ch. Grolleau.

6 El hombre de espíritu ve las dificultades, las sobrepasa o las estudia, el necio no las conoce. La Bruyère.

1. El Comparatismo radical desdeña una tradición histórica y sólida.

2. Responde a una actitud del todo apriorística.

3. Ninguna prueba seria ampara sus teorías místicas.

4. No merece la menor consideración.

I

El comparatismo radical menosprecia una tradición histórica y sólida

Los documentos que el historiador debe consultar para establecer la existencia personal de Jesús, se reducen a dos categorías distintas, de muy desigual valor: las fuentes de origen cristiano y las fuentes no cristianas, paganas o judías.

LAS FUENTES NO CRISTIANAS

Las fuentes no cristianas no nos dicen gran cosa.[1] "Los comienzos de un movimiento religioso, dice el P Grandmaison, son en general poco apercibidos y no mencionan apenas sino las personas que en ellos intervienen. Es más adelante, cuando la nueva agrupación

1 "Sabida cosa es cuánto precisa la prudencia en el empleo del argumento del silencio. Para que tenga fuerza probatoria, dos condiciones son menester, que no se dan en el caso que nos ocupa. Es preciso, desde luego, que el silencio sea completo, lo que no tiene lugar aquí... Es menester a continuación que el silencio sea verdaderamente significativo, es decir, que los autores considerados hayan necesariamente debido hablar, de haberlos conocido, acerca de los hechos de los que no dicen nada. Esta segunda condición tampoco se cumple en nuestro caso. Plinio, Tácito y Suetonio convienen en no ver en el cristianismo sino una despreciable superstición. No ha cautivado su atención sino en cuanto ha sido ocasión de disturbios. No hablan de ella sino para referir las medidas adoptadas contra la misma, no para investigar el origen, menos aún para hacer la historia de su iniciador real o supuesto". Goguel, o. c., pp. 49-50.

choca con situaciones adquiridas, con intereses y ambiciones, que los demás se fijan en ella. Los historiadores ajenos a las nuevas ideas le dan entonces carta de ciudadanía. Hasta allí, no hay que contar sino con alusiones pasajeras, de una exactitud confusa, y no pocas veces hasta llenas de prevención e injustas. Ley esa que tiene su aplicación en el caso presente. Suficientes de por sí mismos los documentos judíos o paganos para poner fuera de duda la realidad de la vida de Jesús y una porción de las principales líneas de su carrera; data aproximada, campo de su actividad, muerte violenta, influencia póstuma, nos ofrecen sobre todo, en lo restante, la utilidad de darnos a conocer el medio ambiente en el que se desarrolló la historia de los orígenes cristianos.[1]

LOS DOCUMENTOS JUDIOS

Es lástima no podamos utilizarlos más. Las dos partes del TALMUD,[2] la "Michna", o "repetición" de la ley mosaica, terminada en el siglo tercero de nuestra era, y su complemento, la "Guemara", pervirtieron precisamente y sobre todo desnaturalizaron los Evangelios, con la misma saña que, no hacía mucho, había aguijoneado a los hijos de Moisés para provocar contra los discípulos del Cristo la primera persecución neroniana.[3] Llenos de despecho, sin cronología y tardíos, sus doctrinas sobre Jesús no merecen la menor consideración. *No niegan su existencia personal;* antes, por el contrario, señalan a la vez a su madre, que descendía de una línea de príncipes, y—que se nos perdone esta cita blasfematoria—y al hombre que la habría corrompido. Representan al Maestro como un seductor y un apóstata, condenado a muerte bajo el poder de Poncio Pilato.

Filón, el célebre filósofo de Alejandría, contempo-

1 *Jésus dans l'histoire et dans le Mystère*, p. 41.
2 Compilación de tradiciones orales y de comentarios de los rabinos más célebres. Nos referimos al Talmud de Tiberiades. El Talmud de Babilonia venerando particularmente por los Judíos, data de los siglos V y VI.
3 Harnack, *Mission und Ausbreitug*, I, p. 50-51.

ráneo del Salvador, no nos dice nada a este respecto. Partidario ferviente del mesianismo político, persuadido de que el Mesías vendría a libertar la Palestina del yugo romano y a asegurarle una independencia gloriosa, debió tener al "hijo de José", el carpintero de Nazaret, por un soñador obscuro, por un exaltado culpable a quien le valía más despreciar y relegar al olvido.

Se suele hacer mención algunas veces de dos textos de Josefo. Uno de ellos, corto y asaz vago, cuenta el martirio de Santiago el Menor. "(El gran sacerdote) Hanan, juzgando la ocasión favorable... hizo convocar el sanedrín de los jueces y comparecer ante este tribunal el hermano de Jesús, sobrellamado Cristo—Santiago era su nombre—y algunos otros, con la acusación de ilegalidad, y los entregó a los tormentos de la lapidación". (Antiq. jud. XX, IX, 1, 200-201). El otro texto merece un cuidado particular. "*En esta época apareció Jesús, hombre sabio,* si es lícito llamarle hombre. *Porque llevó a cabo cosas maravillosas, fué el maestro de los hombres que reciben placenteramente la verdad, y arrastró tras sí un gran número de judíos y de helenos.* Era El, el Cristo. *Denunciado por los primeros de nuestra nación, Pilato le condenó al suplicio de la cruz; mas quienes le habían amado a los principios no cesaron (de reverenciarle);* porque aparecióseles al tercer día resucitado según lo habían anunciado los divinos profetas, así como otras mil maravillas a este tenor. *Aun hoy subsiste la secta que, yendo en pos de El, ha recibido el nombre de Cristianos*". (Ant. jud. XVIII, III 3, 63-64).

La autenticidad del primer pasaje está universalmente admitida, y esto contraría la tesis de los comparatistas radicales.

Por lo que atañe al segundo, Harnack, Burkitt, Sanday y numerosos críticos liberales de Inglaterra y de Alemania, le dan por auténtico en su totalidad; por cuyos motivos el lector curioso puede cerciorarse de ello en buenas fuentes.[1] M. Reinach concede a Josefo

1. *Revue Apologétique,* 15 abril y 1 mayo 1922. Art. de M. Tricot.

la paternidad de las solas frases que hemos subrayado. Mas porque Mons. Battifol,[1] el P. Lagrange y M. Lesêtre afirman que el trozo entero es obra de un falsario, una interpolación—aun cuando ello sea, según el P. Grandmaison,[2] una pura conjetura — nos parece mejor no atribuirle un valor diamantino. Menester es entonces explicar el silencio del analista judío como una hábil maniobra. Después de haber salido a flote en medio de las calamidades de sus conciudadanos, gozando del favor imperial, constando su nombre en la lista civil, Josefo no podía extenderse sobre la vida de Jesús sin hablar del mesianismo tradicional, que era antirromano. Participaba por lo demás de las prevenciones de sus maestros contra una pequeña secta herética de la que la Judea, su patria de origen a la que se proponía glorificar, recibiera así gran honor: su vanidad y su espíritu de oportunismo le llevaban a callarse.[3]

LA LITERATURA PAGANA

suministra algunos textos, latinos todos ellos. Un antiguo cónsul, legado imperial en Bitinia (111-113), PLINIO EL JOVEN, dirige a su maestro Trajano una carta sobre los cristianos de su provincia a quienes la opinión quería hacer odiosos. Se advierte en ella esta frase: adfirmabant autem... quod essent soliti stato die ante lucem convenire, Carmenque Christo quasi deo dicere secum invicem".[4] *Este pasaje no les embaraza a los comparatistas;* es, dicen, un testimonio de Jesús Dios pero no de Jesús personaje histórico.[5]

La misma indicación se aplica, según ellos, a las céle-

1 *Orpheus et l'Evangile*, pp. 3-22.
2 *Dict. Apol*, fasc. XI, col. 1295, nota 2.
3 J. Weiss, *Jesus von Nazareth*, 1910, p. 89 — Goguel, *Jésus de Nazareth, Mythe ou Histoire?*, pp. 41-43. "Un silencio tan completo es más embarazoso quizás para los mitólogos que para sus adversarios".
4 *Epistulæ*, X 96.
5 M. Goguel les responde: "La expresión Christo quasi deo parece, sin embargo, indicar que, para Plinio, Cristo no es un dios como los demás. Lo que le distingue, ¿no sería que ha vivido sobre la tierra?", o. c., p. 45.

bres líneas de los "Annales", que Tácito publicó, como es sabido, entre los años 115-117: "Auctor nomini ejus Christus, Tiberio, imperitante, per procuratorem Pontium Pilatum supplicio affectus erat; repressaque in proesens exitiabilis superstitio rursus erumpebat, non modo per Judeam, originem hujus mali sed per Urbem etiam, quo cuncta undique atrocia aut pudenda confluunt celebranturque".[1] Solamente la concisión, la precisión y la crítica severa tan ponderada del analista romano, pulverizan las pretensiones de los mitólogos. No es que hable únicamente de los ligámenes de Jesús con una religión ya difundida por toda la Palestina, sino que sostiene su existencia, su condenación y su suplicio, fija su cronología y las relaciona con un magistrado determinado, con el mandatario de un César famoso.

Los textos de SUETONIO, secretario privado (117-138) del emperador Adriano, no alcanzan la misma fuerza probatoria. Uno de ellos: "affecti supliciis christiani, genus hominum superstitionis novae et maleficae", prueba, sin ir más allá, que había en Roma, desde el reinado de Nerón, algunos discípulos del Salvador. El otro: "Iudaeos, impulsante Chresto, assidue tumultuantes Roma expulit",[2] despierta nuestra atención. Sea cual fuere el error que le hace atribuir a "Chrestus" en persona esa agitación de los Judíos en tiempo de Claudio, el escritor *señala muy probablemente a Jesús.* Hacia fines del siglo segundo, según nos consta por Tertuliano, los Romanos pronunciaban aún "Chrestiani", siguiendo una costumbre que un juego de palabras de Teófilo y de Justino, el apologista, quizás también una alusión de san Pedro en su primera epístola, nos autorizan a presumirla muy antigua. Si se hubiera propuesto hablarnos de un personaje obscuro, le habría llamado sin duda "Chresto quodam", un cierto Cresto.[3]

1 XV, 44.
2 *Vita Claudii,* 25.
3 Renunciamos a utilizar los testimonios posteriores, los de Luciano y de Celso. San Justino, escribiendo al emperador Antonino el

LAS FUENTES CRISTIANAS

se subdividen entre sí, según que formen parte o no la formen de la literatura canónica. Entre los

DOCUMENTOS NO CANONICOS,

no hay razón que nos obligue a detenernos entre la hojarasca de evangelios denominados los Agrapha, palabras atribuídas al Salvador y recogidas por una antigua tradición: son poco numerosos y *no suenan a cosa nueva.*[1]

Los escritos de los PADRES APOSTÓLICOS que vivieron a fines del siglo primero y a principios del segundo: la atestación de san Policarpo, por ejemplo: "Hace ochenta y seis años que sirvo a Cristo y no me ha hecho nunca mal alguno"; la frase de Ignacio de Antioquía: "Mis males, son Jesús, su cruz, su muerte y su resurrección"; muchos pasajes de la "Didaché", del "Pastor de Hermas" y de "la Epístola a Diognetes", lo prueban evidentemente: se creía entonces de la manera más indudable en la existencia del Maestro por el cual se vivía, se sufría y morían gustosos. Así pues, la convicción y la suprema abnegación de hombres que sabían sin duda la historia judía en sus mismos pormenores, que eran conocedores de los misterios orientales y de los orígenes del cristianimo, todo ello no puede ser tomado a la ligera.

LAS PINTURAS DE LAS CATACUMBAS, de las cuales muchas remóntanse hasta la época de los Flavios (entre los años 89 y 96) y de Trajano (98-117), ¿no atestiguan ellas asimismo la fe común de los fieles en un Cristo histórico, personal? Vémosle llevado en brazos de su madre,

Piadoso, a Marco Aurelio su hijo, a Lucio Vero su hijo adoptivo y al "sagrado senado", supone, hacia el año 150, que se hallaba una relación acerca del juicio y la crucifixión de Jesús en los archivos imperiales. Mas no se prueba que ese escrito haya existido realmente.

[1] *Verbum Domini*, octubre, 1922.

adorado por los Magos, sentado en medio de los doctores judíos, cambiando el agua en vino en Caná, recibiendo el bautismo de manos del precursor, en conversación con la Samaritana, sanando a la hemorroisa o a otros enfermos, resucitando a Lázaro, conduciendo sobre sus hombros la oveja descarriada o rodeado de numerosa grey, de pie en medio de los doce apóstoles, etcétera, etc.[1] ¿Y será todo eso, como lo pretenden los comparatistas, solamente representaciones místicas?

Los EVANGELIOS APÓCRIFOS nos llevan al mismo razonamiento. Si se ponía tal ardor en completar la biografía de Jesús, ¿no era que se creía en su existencia individual? Y por ser ello así ¿cómo es que los enemigos más sabios del Cristianismo, judíos o paganos, no disiparon la ilusión general, ni demostraron que la historia evangélica, no menos que la leyenda de los dioses, se compone de simples alegorías físicas?

Mas, todo eso no tiene para nosotros más valor que el de servirnos de índice, porque, digámoslo bien alto, nuestra verdadera y principal prueba, nuestra prueba irrefutable consiste en los

DOCUMENTOS CANONICOS,

aunque sea ciñéndonos a aquellos cuyo empleo nuestros adversarios aceptan como fuente de información histórica referente al Cristo: la mayor parte de las cartas de san Pablo y el relato de Marcos, del que los otros sinópticos habían *extraído* aquella porción de hechos creíbles que narran en sus páginas.[2]

SAN PABLO

"Era, así se expresa M. Couchoud, un valeroso hom-

1 Lesêtre.
2 Probaremos en el capítulo III la autenticidad y la historicidad de los Sinópticos, en contra de aquellos que quieren descubrir en ellos recargamientos míticos, legendarios o mesiánicos. Razonamos aquí "dato, non concesso".

brecillo, un espíritu de fuego en un cuerpo despreciable, un tímido atrevido, un desvalido orgulloso, un ser débil que blandía una fuerza divina... Satán le aguijoneaba, Jesús le reconfortaba..."[1] Mas, para él, "Jesús no es un hombre progresivamente divinizado, sino un Dios progresivamente humanizado,... una faz nueva de Jahvé, benigno, doloroso y humano... En sus credenciales de identidad que son divinas, la palabra hombre ha sido superpuesta fraudulentamente".[2] Y ahí tenemos otra vez la tesis del comparatista radical más avanzado, M. Drews. "Jesús pertenece a la historia por su nombre y por su culto, pero no es un personaje histórico. Es un ser divino cuyo conocimiento ha sido lentamente elaborado por la conciencia cristiana. Ha hecho su aparición en medio de la fe, de la confianza y del amor. Su formación viene del dictamen de los corazones... Su sola realidad es espiritual. Lo demás es espejismo... No existe sino en las almas."[3]

I. ARGUMENTO HISTÓRICO. Proclamémoslo bien alto, una hipótesis inverosímil a este propósito no cuadra ni **con lo que sabemos acerca del carácter de Pablo ni con los datos que encierran sus Epístolas.**

a) Seguramente, Pablo es un místico, en el sentido más enérgico de la palabra, y sus visiones han venido a ser célebres. Mas, aparte que él las clasifica fuera de sus percepciones ordinarias, de sus percepciones sensibles, es menester aún tenerlo muy en cuenta: no es que le cieguen ellas y le impidan ver la realidad de las cosas terrestres. Mantiene sus altas especulaciones entre las contingencias concretas del mundo exterior. La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, y la espada, conspiran contra el amor que Cristo le manifiesta (Rom. VIII, 35). Es el ajetreo cotidiano, el cuidado de todas las iglesias lo que le preocupa; nada se debilita que él no sufra, nadie se siente escanda-

1 O. c., passim.
2 y 3 O. c., passim.

lizado que un santo fuego no le devore (II Cor. XI, 2829). Es el orden perturbado en la comunidad de Cristo que a su voz imperiosa se restablece. Reglamenta la celebración del ágape. Los casos más espinosos, las cuestiones que se agitan en torno a los idolotitos, al celibato y a la virginidad, en relación con la viudez y el matrimonio, los resuelve con firme acierto, solícito en dejar perfectamente asegurada siempre la jerarquía de los valores (I Cor. passim). Los Carismas no le interesan mucho, los somete a una disciplina (ibid. XII-XIII). Las necesidades materiales de las Iglesias se le presentan naturalmente a la consideración, al tiempo mismo en que su pensamiento se remonta a especulaciones altísimas; ordena entonces y prepara las colectas (I Cor XVI; II Cor. VIII). Compañeros y discípulos le idolatran. Son las prerrogativas de su raza, hoy caída, las que enardecen su lenguaje (Rom. IX, 1-5). Y un testimonio de semejante naturaleza *¿no podía, no quería discernir los hechos evangélicos?*

b) Sin duda, no se propone en modo alguno, en sus cartas,[1] escribir la vida humana y hacer un relato de las enseñanzas del Salvador. Pedro, Juan y Santiago no experimentaron por lo demás esta necesidad, puesto que sus corresponsales se atenían para su instrucción en esta materia a la tradición oral, a la recitación modulada y rimada, en la que parecía revivir el acento mismo del Maestro, y sin que necesitara para perpetuarse ni de aparejo de inscripción, ni de material embarazoso y frágil. "La palabra viva y perdurable" volaba así todo pura, de boca en boca, como la lumbre encendida de mano en mano en la procesión de las antorchas.[2]

1 "Son escritos de circunstancias, improvisados aceleradamente entre dos viajes, dictados al final de una jornada diaria consagrada al trabajo manual, o a la predicación, para salir al paso de una circunstancia surgida de improviso, para reglamentar una cuestión, para dar una instrucción o un aviso, o prevenir una mala inteligencia. Cada una de ellas responde a una situación compleja; ésta desaparecida, no tiene más razón de ser". Goguel, o. c., p. 98. M. Couchoud no discute esto, o. c., p. 119.

2 *Recherches de science religieuse,* dic. 1923. L. de Grandmaison.

Sin duda también, porque anuncia por encima de todo la obra de salvación, Jesús Salvador de los hombres, se ciñe Pablo preferentemente a los dos hechos sobre que se fundamenta su argumentación, la "venida de Cristo en la carne" y "la entrada en la gloria" por el camino doloroso de la cruz; los demás acontecimientos de la vida humana de su Maestro le parecen accesorios, como si no los conociera.[1]

Lo que no quiere decir que no tuviera de ello perfecto conocimiento.[2] Muy al revés, es el Apóstol quien aduce incidentalmente su testimonio. Jesús, dice, ha recibido de una mujer (Gal. IV, 4) una carne semejante a la del pecado (Rom. VIII, 3, V, 5, I Cor. 21); y por ella, se remonta al rey David (Rom. I, 3), al padre común de los Hebreos, Abraham (Gal. III, 16, Rom. IV, 1). Vivió entre los judíos (Rom. XV, 8, I Tes. II, 15). Uno de sus hermanos se llamaba Santiago (I Cor. IX, 5, Gal. I, 19). Todas las promesas que Dios había hecho a los patriarcas tuvieron, gracias a Jesús, su cumplimiento efectivo

Le Christ de l'Histoire dans l'œuvre de S. Paul, p. 484. El argumento "e silentio", lo llevamos ya dicho, es bien difícil emplearlo acertadamente. M. Harnack lo confiesa a propósito de los Hechos, que hacen pocas alusiones a Jesús y que no citan de él más que una palabra. "Si no conociéramos de este autor sino los Hechos y no el Evangelio, emitiríamos sin duda sobre él el juicio siguiente: este hombre desconoce absolutamente la historia evangélica; sobre todo ignora por completo la tradición sinóptica, puesto que la sola palabra que ha conservado no se halla en esta fuente". *Neue Uutersuchungen zur Apostelgeschichte,* p. 81.

1 Véase el comentario dado por L. de Grandmaison, o. c., 486-487, concordando con J. Weiss *Das Urchristentum,* p. 347: "Como fuera que sus adversarios judaizantes insistían sobre el origen judío de Jesús, sobre su fidelidad a la ley y sus enseñanzas a este propósito, Pablo declara, a la manera paradoxal, unilateral, de los místicos, que no quiere ya conocer nada de Cristo según la carne... Lo que no quiere decir que no haya *nunca* conocido nada, sino que no podía *por más tiempo* atribuir algún valor a las relaciones naturales y humanas con Cristo, de lo que los judaizantes se gloriaban y que quería solamente estar unido mediante el espíritu con Cristo glorificado".

2 Pablo perseguidor es ya un testigo de la existencia y de la muerte infamante de Cristo. En los cristianos que tenían por Hijo de Dios, por el Mesías prometido a Israel, a un ajusticiado a quien la Ley declaraba infame: Maldito aquel que es suspendido del leño (Deut. XXI 32, Gal. III, 13), veía él unos blasfemos y sacrílegos. Ahora bien, la blasfemia y el sacrilegio eran, a los ojos de los ancianos, crímenes que peligraba atrajeran sobre la nación la cólera celeste. Se comprende de ahí el fanatismo de Saulo el fariseo y su celo por secundar a las autoridades judiciales; las otras hipótesis no explican su encarnizamiento.

(Rom. XV, 8, Cor. I, 20). Para llevar a cabo su ministerio y perpetuarle, escogió doce colaboradores, no en verdad vagas entidades sino hombres perfectamente determinados: Santiago, Juan, más otros y Pedro su cabeza (Gal. I, 18-19, II, 9, I Cor. IX, 5, XV, 5). Dió a sus apóstoles la orden de predicar el Evangelio, a la par consiguientemente que el derecho de vivir del altar (I Cor. IX, 14), con el poder de obrar milagros (Rom. XV, 19). Su doctrina produjo una impresión profunda entre las multitudes, son numerosas las sentencias que se citan de ella. (Rom. XII, 15, I, 16, II, 19, I Cor. IV, IV, 12-13, VIII, 2. Cfr. Luc. VI, 24, Matth VIII, 18, XV, 14, Luc. VI, 28 Matth. XVII, 20). Después de haber abrazado aquí en la tierra una vida de pobreza (II Cor. VIII, 19), de sujeción (Phil. II, 8), de obediencia (Rom. V, 15-19), y de santidad (Rom. I, 4), se entregó voluntariamente a sus enemigos (Gal. I, 4, II, 20), a los Judíos (I Thes. II, 19) y a los príncipes de este mundo (Eph. I, 7, II, 13). Antes había instituído la Eucaristía (I Cor. XI, 23-26). En tanto que Jesús experimentaba los terrores de la agonía más cruel (Hebr. V, 7), uno de los suyos, Judas, ha osado traicionarle (Rom. XV, 3). Era ello por la Pascua, en el tiempo de los ázimos (I Cor. V, 6-8), bajo el poder de Poncio Pilato (I Tim. VI, 13). Los verdugos le suspendieron entonces con clavos en la cruz (Col. II, 12, I Cor. II, 2, Phil. II, 8), en las cercanías de Jerusalén (Hebr. XIII, 12). Sepultado ya (I Cor. XV, 4), resucitó al tercer día (I Tes. I, 10, Gal. I, 1, I Cor. VI, 14, II Cor. IV, 14); he ahí por qué los cristianos consideran el domingo como el día del Señor (I Cor. XVI, 2). Después de haber subido a los cielos (Eph. IV, 8-10), se halla sentado a la derecha del Padre (Eph. I, 20, II, 6), de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos (I Thes. I, 10, IV, 16, II Thes. I, 7, Philipp III, 20). *Estos rasgos como caídos de la pluma de san Pablo en medio de lo azaroso de las controversias, recogidos de entre diez cartas, ¿no marcan ciertamente la silueta de un ser viviente, de un personaje histórico?*

Añadamos que el Apóstol distingue entre Jesús y Jahvé, Dios de Israel.[1] Jesús es el Hijo, el otro Jahvé el Padre (Rom. VIII, 32, XV, 6, II Cor. I, 3, XI, 31, Eph. I, 3, Col. I, 3). El Padre no perdonó a su Hijo (Rom. VIII, 32), mas le resucitó de entre los muertos (II Cor. V, 14), para su propia gloria (Rom. VI, 4), y le colocó a su derecha en los cielos (Eph. I, 5-8). Dios nos ha destinado a nosotros mismos a la salvación por medio de Jesucristo (I Thes. V, 9); quiere que seamos conformes con la imagen de su Hijo (Rom. VIII, 29). Todo es nuestro. Mas nosotros somos de Cristo y Cristo es de Dios (I Cor. III, 23).

2. Argumento psicológico. Por lo demás, la tesis del comparatismo radical se da cuenta de la apuesta, anuncia una **imposibilidad moral.**

a) El Apóstol de los Gentiles habría, pues, recorrido el universo a precio de tantas fatigas y sufrimientos, para predicar el fruto de sus meditaciones creadoras, un vano fantasma, una abstracción? ¿Habría él distinguido con sus propios consejos los preceptos que se le atribuían sobre el matrimonio y la virginidad (I Cor. VII, 25, I Cor. VII, 18, 12, 40)? ¿Habría él celosamente velado por transmitir su pretendido mensaje tal cual era, sin adición, omisión ni modificación? (Gal. I, 6-10, I Cor. XV, 1-10, II Cor. XIII, 3). En semejante caso era un loco, ese hombre que ofrendaba su vida, sus trabajos, su muerte a un personaje ficticio y quien clamaba a los Galatas (II, 20): "No soy yo quien vivo, es Jesucristo quien vive en mí" o también a los Romanos (VIII, 35), en un arranque de amor: "¿Quién, pues, nos separará de la Caridad de Cristo? ¿La tribulación? ¿o la angustia? ¿o el hambre? ¿o la desnudez? ¿o el peligro? ¿o la persecución? ¿o el cuchillo?..."

1 M: Couchoud escribe: "Salta a la vista que Jesús es la emanación visible de Jahvé. Es hijo de Dios en el sentido en que se diría: el resplandor visible del sol es hijo de un sol transcendente, inaccesible a los sentidos". *Le mystère de Jésus,* p. 82-83.

b) No cabe aquí suponer que a Pablo le pasara nunca por las mientes que Jesús no fuere sino un mito, él que ponía la salvación de los hombres en la fe en una quimera (Rom. X, 9) y quien de ello daba ejemplo con un heroísmo apasionado, magnánimo; hubiera sido sino un monstruo de hipocresía, un sacrílego recalcitrante que hacía de Dios mismo—el Dios de los Judíos, Dios clarividente, Dios muy digno de ser temido—, cómplice de su simulación obstinada, de su predicación criminal de un Cristo imaginario!

No, no. Pablo creyó en Jesús y predicó a Jesús porque estaba cierto de su existencia; luego no ha podido estar cierto de ello sino porque esa era la realidad.

San Marcos

Toda la cuestión se reduce a saber si "el primer evangelio—como dicen los racionalistas—reproduce los discursos verdaderamente pronunciados y los hechos que forman la trama de una historia real. Escuchemos a este propósito a un mitólogo distinguido, M. Couchoud. "En un rincón populoso de Roma se prepara un piadoso gazpacho, especie de densa sopa cristiana en la que todo se adereza y se mezcla: la historia mística de Jesús con tradiciones envueltas en alegorías, los textos bíblicos trocados en visiones con una apocalipsis vuelta en lección moral, milagros cambiados en símbolos con oráculos y palabras escogidas, apartados de su sentido. Eso es la buena nueva según Marcos".[1]

I. Empero, un discípulo de san Policarpo, el anciano obispo de Esmirna que había conocido a san Juan, Papías, habla de muy diferente manera. "El anciano decía aún esto: Marcos hecho el intérprete de Pedro, escribió según el orden (cronológico), puesto que no ha-

1 *Mercure de France,* 1 marzo 1923, p. 403. *L'énigme de Jésus.*

bía oído al Señor ni le había seguido; más tarde, como ya llevo dicho, había seguido a Pedro quien daba su doctrina ateniéndose a las necesidades (de aquellos que le escuchaban), sin preocuparse de poner en orden los discursos del Señor. Así es que Marcos no ha cometido falta alguna mientras escribía ciertas cosas según que las iba recordando. Su único cuidado era no omitir nada de lo que había oído y no relatar nada que no fuese verdadero".

a) Papías, Policarpo, el Viejo (que muchos identifican con el último superviviente del colegio apostólico), Marcos, Pedro y Jesús, estos cuantos nombres representaban *una tradición admirablemente segura y perfectamente encadenada,* que se tendría por indiscutible en una discusión de cualquier otro problema histórico.

b) Y no hay aquí subterfugios que puedan desacreditar su valor: si M. Drews sabe poca cosa de su abuelo, de sus parientes, si como él participamos de esa ignorancia en cuanto se relaciona con nuestros antepasados, ¿se sigue de ahí el que los apóstoles no podían conocer a Jesús, en la hipótesis de que hubiere existido? No, porque *Jesús traspasa la común medida de los hombres*: es la figura más original, la mejor dotada que haya aparecido sobre la tierra; sus palabras y sus actos tienen un relieve vigoroso, inolvidable.

II. El examen del "primer evangelio" autoriza por otra parte el relato de Papías.

1. EL MARCO. Bastan por sí solas **la pintura del medio ambiente palestinense** dentro del cual la figura de Cristo aparece situada, sus pinceladas un tanto defectuosas y semíticas, bastan para confundir a los mitólogos: "*pensemos cuanta erudición, precauciones, acierto y astucia literaria,* serían menester para comunicar a un fárrago de visiones místicas, esos fondos históricos irreprochables, esa flor de arcaísmo discreto".[1]

1 De Grandmaison, *Jésus dans l'histoire. Mercure de France,* 15 agosto 1923.

2. EL HÉROE. **El retrato de Jesús,** retrato sin igual en la historia humana, más aún **la proporción inaudita, la forma contrastante de sus enseñanzas** rechazan más todavía la hipótesis de una labor compuesta, producto de una resultante, de un residuo.

EL RETRATO

El P. Morawski lo ha dejado consignado en un hermoso libro aparecido antes de la guerra, las *Veladas en el Lago de Génova*: hasta los pintores más aventajados han de darse por vencidos cuando de reproducir la figura de Cristo se trata. O bien ponen de relieve ciertos rasgos: por ejemplo, la inflexibilidad de la voluntad, haciendo se destaque bien la barbilla hacia adelante, la penetración a través de unos ojos diminutos con una mirada viva bajo el arco de unas pobladas cejas, como lo ha hecho Munkaczy en su *Cristo en presencia de Pilato,* y caen entonces en una contradicción evidente con el Evangelio. O bien, descuidándose de esos caracteres particulares, trasladan al lienzo un tipo general de hombre sin calor y sin vida."

Los literatos no son más afortunados que los profesionales del pincel y del colorido. No es sino un fantoche, el Jesús de M. Haraucourt; el de Juan Aicard nos desconcierta, el del poeta Rostand ha llamado la atención de un Francisco Sarcey; y por nítida que sea su visión cristiana, rica su paleta y delicados sus trazos, presenta la Sra. Reynes-Monlaur a sus lectores un Salvador demasiado pálido.

¿De dónde proviene todo ello? *El Cristo de los evangelios carece de carácter.* "Cada hombre posee una fisonomía individual, consistente en que ciertas fuerzas, ciertas energías o ciertas cualidades se destacan en primera línea, mientras que otras, por ese mismo hecho, quedan relegadas a último término. Esa oposición de relieves y de huecos, de luces y de sombras sobre un fondo de naturaleza humana común a todos, constituye

la fisonomía psíquica de los individuos. Ahora bien; ¿ocurre cosa parecida en Cristo? ¿Puede afirmarse que en El, la razón, por ejemplo, predomina sobre el sentimiento, o el sentimiento sobre la razón? Prevalece en El la energía sobre la prudencia, o la prudencia sobre la energía? ¿Es la sensibilidad del corazón y una gravedad acompañada de tristeza lo que le caracteriza, o bien es la libre serenidad del pensamiento? ¿Es El, como hoy se dice, un "intelectual", o bien un hombre de acción? Cualquiera de sus rasgos que consideráramos, nos sentimos siempre inclinados a tomar ese trazo como su característica más saliente; yendo, empero, más allá y escuchando la continuación de sus discursos, advertimos bien pronto que todos los demás rasgos de su persona gozan de un igual grado de relieve..."

Además, Jesús *está por encima de su época y de su raza;* escudriñad sus opiniones, su manera de pensar y de sentir, nada hay allí de específicamente judío. "Sócrates, según las descripciones que nos han dejado de él sus discípulos, es griego hasta la médula de los huesos; su idea del mundo parte del punto de vista helénico. Cicerón es romano, un romano de su época; la esfera de sus concepciones y de sus sentimientos no es ni más amplia, ni distinta de la que permite el ambiente en que vivió. Un judío, en la época de Cristo, debía tener un horizonte de pensamientos y de sentimientos aún más restringido, a causa del espíritu nacionalista estrecho y fanático.—Por el contrario, en Jesús, todo parece universalmente humano, todo parece situado más allá de las fronteras del espacio y del tiempo; todo en El es igualmente accesible a cada época y a cada nación. Fijaos sino; se dan aquí[1] tantas nacionalidades, casi, como personas; entre nosotros ¿hay alguien que, al leer el Evangelio, tenga la impresión de que Jesús de Nazaret es para él un extranjero?"

Finalmente, *Jesús está muy por encima de las leyes*

1 En el lago de Ginebra.

psicológicas. ¿Puede concebirse que un joven, un sencillo artesano, porfíe, por una parte, en modificar las convicciones mesiánicas de todo un pueblo obstinado, y por otra, que dé principio a su obra sin vacilaciones, ni tanteos, con la plena conciencia, desde el primer momento, de la grandeza de sus designios, y lo que es más, con la certeza del triunfo? ¿Puede concebirse que ese hombre, cuya conducta revela una humildad profunda y sin desfallecimientos, afirme porfiadamente que sabe y que posee su ciencia del Padre eterno?

¡*Oh, no!* un semejante enigma psicológico, ese ideal al que la humanidad entera aclama y sigue, ese tipo de la belleza moral que reune en sí mismo el conjunto de todas las cualidades que los genios y los héroes no poseen sino en parte y en una muy variable medida, todo ello, *ningún autor hubiera podido inventarlo. ¿Cómo, pues, admitir que Marcos, "valiente y sincero artesano",*[1] *Pedro, o las multitudes anónimas, hayan triunfado en su propósito,* y que *el original no haya existido?*

Judíos de raza, judíos de ideas, judíos en su proceder, debían crear y presentarse como testigos de un personaje ficticio. ¿Tal vez un caudillo israelita, vencedor de los paganos? ¡Mejor, verosímilmente, un rabino modelo! Los rasgos de un Hillel, de un Gamaliel, de un Samuel, de los héroes del "Talmud", esos nacionalistas apasionados, habladores, querellosos y formalistas, reteniendo la menor sílaba de la Ley, como si ello fuera el eje del mundo: Ved ahí lo que les parecía reflejar la perfección! y esos rasgos los hubieran agrupado, acentuado, exagerado, sin duda, hasta hacerlos angulosos. Mientras que inventar a Cristo, que osa ponerse por encima del sábado (II, 27-28), que llega hasta predecir la entrada de los paganos en el reino de los cielos (VII, 29, XIII, 10), en una palabra, a Cristo antítesis extrema del rabino judío, no, mil veces, no, eso iba más allá de sus ideas.

1 Taine.

Y que se nos permita extender la observación al tercer evangelio. Si las influencias romano-helénicas habían movido a Lucas a acompañar su cuadro de algunos matices estoicos, hubiera, ciertamente, atribuído a su héroe, sobre todo si quería hacerle Dios, una decisión inflexible, un denuedo, un orgullo, un dominio de sí mismo, rayano a la inflexibilidad de la piedra. "Justum et tenacem propositi virum..." "Impavidum ferient ruinæ..." Mas no, tanto en él como en los demás Sinópticos, Jesús es quien se enternece ante la ruina prevista de Jerusalén; atrae a su regazo y bendice a los niños; se conmueve cuando las lágrimas de Magdalena riegan sus pies; la víspera de dejar a sus discípulos, se turba...

Ahí está, pues, nuestra prueba, y es un crítico radical, M. Jülicher, quien nos suministra la fórmula de la misma. "Si la imagen total de Jesús, dice, que nos dan los Sinópticos, en Lucas y en Mateo y Marcos, despliega toda la magia de la realidad, no proviene ello del arte literario de los evangelistas, antes bien como si éstos hubieren menester de él; ni tampoco ello deriva de la facultad creadora de poesia de los hombres que les habían precedido; sino que ello obedece al hecho de que, humildemente aplicados a eclipsarse a sí mismos, describían a Jesús tal como le habían encontrado descrito en las comunidades cristianas, y a que esa descripción que hallaban hecha enteramente, respondía esencialmente al original... La semejanza del retrato es tal que un maestro en historia, equipado con todos los aparejos de la ciencia e iniciado en todas las técnicas de su arte, no lo hubiera hecho mejor ni que se tratara de la figura predilecta."[1]

LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS

He aquí otra paradoja. Se trata de un pueblo que

1 *Inleitung in das N. T.*, p. 333 — "Diremos que la historia del

carecía de arte nacional, de industria nacional, de ciencias y de civilización propias, distintas de las demás civilizaciones. Lo había recibido todo de fuera, lo había copiado todo de sus vecinos, todo, excepción hecha de su religión, la sola trascendental, que atribuía de su parte, no al genio de sus pensadores, sino a la revelación de su Dios, el solo verdadero Dios.[1]

Así pues los naturales de ese pueblo inculto llega un día en que platican entre sí sobre el modificar esa religión, y de un golpe, después de un tiempo relativamente corto, producen el Evangelio. Inclinados como todos los Semitas a costumbres muelles, campo abonado de instintos groseros, conciben, promulgan, imponen una moral muy dura (VIII 34-38, IX 35, 37, 43-48, X 33-34, 38-39, 43-45, XIII 9-13), la caridad más exquisita (IX, X 21-25, XI 25, XII 29-31), esas altas maravillas que, veinte siglos hace, vienen cautivando a los espíritus selectos. Sus meditaciones de cerebros mediocres reparan, andando el tiempo, en los dogmas de la Trinidad (I, 9-11, IX, 2-8), de la Encarnación y de la Redención (II, 17, VIII, 29-31, X, 33-34, XIV, 41, XV, 24), en esa economía cristiana ante la cual todos los sistemas palidecen y que, por su profundidad y su sabiduría inaudita, hacían se sintiera sobrecogido de admiración el genio de un Agustín, de un Miguel Angel, de un Dante, de un Pasteur... ¿Es ello verosímil? *¿Es ello solamente posible? ¿No es menester que exista proporción entre la semilla y el fruto?*

Deberá uno proponerse esa extraña cuestión una vez más después de haber advertido al vivo

3. El marco en que se mueve la vida de Jesús

Evangelio sea inventada caprichosamente?, preguntaba J. J. Rousseau. No es así como se inventa, y los hechos de Sócrates, del que nadie duda, son menos atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo, es eludir la cuestión sin destruirla: sería más inconcebible que muchos hombres de acuerdo entre sí hubiesen fabricado el asunto. Nunca los autores Judíos se habrían avenido ni con ese tono ni con esa moral; y el Evangelio reune caracteres de verdad de tan gran bulto, tan atrayentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más sorprendente que el héroe.

1 Cfr. Ch. Juan, *Ma Mission scientifique en Orient,* pp. 157 ss.

tal como Marcos lo presenta en un **relato coherente** y sin duda **tomado del natural.**

a) En la sinagoga de Cafarnaum, el Salvador manifiesta un poder tal contra el demonio que se pone a hablar de una manera autoritaria, inspirada, viva y penetrante, como no hablan nunca los doctores de la Ley. Los Judíos se conmueven; son el portavoz de su renombre que se extiende rápidamente, por doquiera, hasta los países limítrofes (I 21-22). Llegada la noche, grupos de gente comparecen delante de la casa en que mora (v. 33). Al día siguiente la curiosidad, si no el deseo de una vida mejor, arrastra a toda una serie de hombres a ir en busca suya todavía (v. 37). No podrá, a no tardar, entrar en una aldea sin ser incomodado por la multitud; y he aquí que inquiere los lugares solitarios, mas en vano, se le sigue por todas partes (v. 45). Si viaja, viene a ser, según la fuerte expresión del P. Lagrange, un centro en movimiento: cuando intenta pasar desconocido, se le detiene, se le ruega les permita poder tocar a lo menos la orla de su vestido (VI 53-56).

Dejándose llevar, ora de su natural, ora de sugestiones maliciosas, la muchedumbre experimenta alternativamente el entusiasmo y la hostilidad. En Nazaret, unos se sienten emocionados, no sabiendo en qué escuela Jesús, su conciudadano, el hijo de la viuda María, ha aprendido todo aquello, sabiduría y milagros; otros le rehusan el testimonio de su fe, y se burlan del carpintero que se tiene por el Mesías, un Mesías que debe, a su entender, aparecer más glorioso (VI 1-6). "Nemo propheta in patria": la familiaridad y los celos se entretejían en su obra.

Los Escribas y los Fariseos no se atreven, al principio, a contrariar la admiración del público; preguntan a los discípulos, con el fin de suscitar y propagar la desconfianza, ¿cómo es que el Maestro se sienta a la mesa en compañía de publicanos y pecadores? (II, 16). Enar-

decidos atacan luego a Jesús mismo y le reprochan el tolerar la violación del sábado (v. 24). Organizan un servicio de espionaje, y fingen haber adquirido una convicción muy seria que esparcen entre el pueblo: el joven profeta debe al diablo su fuerza y su celo (II 22). Más adelante, se le tienden lazos diversos: ¿cuál será la suerte, en el día de la resurrección, de la mujer unida varias veces en matrimonio? (XII, 18-24); trazadnos una lista ordenada de los mandamientos? (29-34.) Se esfuerzan en perderle cerca de las autoridades romanas: ¿es lícito pagar el tributo a César? (14). Se le intima a que ratifique públicamente, mediante un prodigio deslumbrador, que deje atónito a todo el mundo, la actitud que ha adoptado y que supone una misión divina (VIII 10-13). Esta táctica logró su objeto. En la corte del rey Herodes, se tenía a Jesús por uno de los precursores del Mesías: por Elías, Jeremías o por un profeta, quizás por el mismo Juan Bautista resucitado (VI 14-16). ¡Qué de pruebas sin embargo de su carácter mesiánico! Los soldados del pretorio le saludan irónicamente, simulan rendirle vasallaje, y como si imploraran su real justicia (XV, 26). La inscripción que narra en el Calvario el motivo de su condenación, aparece escrita en estos términos: el rey de los Judíos. Y en tanto que los transeuntes injurian al que pende de la cruz, muchos sanedritas hacen mofa de su extrema impotencia para justificar sus pretensiones (31-32).

¿Cómo ver, pues, en esa psicología de las multitudes y en esos amplios cuadros, el amaneramiento, ni los convencionalismos supuestos? ¿A quién se le ocurre ver ahí la labor del recopilador, la diestra yuxtaposición de reminiscencias bíblicas convertidas en historia, las aspiraciones populares mudadas en fábulas y en milagros?

b) Por otra parte, un héroe mítico no apasiona de esa suerte a un pueblo de imaginación viva: la conducta y actuación de gentes tan diversas, la oportunidad de los hechos que se narran, la frescor del diálogo nos re-

velan escenas tomadas del natural; huelen a realidad pura y ello nos convence de su verdad. "Cuando Marcos va narrando..., dice el P. Lagrange,[1] el lector cree estar en contacto con las personas de que habla, tanta viveza las sabe comunicar. El ademán con que se presentan, un gesto, una palabra, nos ponen en presencia de los actos que ejecutan. Vemos las cosas como en su realidad histórica, y los sentimientos de los personajes dejan de ser un secreto para nosotros. Y no hay que decir que las escenas son muy sencillas, como los actores, y los sentimientos muy variados. Considerada en sí misma, esa cualidad no nos obliga a inclinarnos en favor de la realidad de los hechos. No es necesario haber sido testigo ocular para crear personajes y dar a sus actos el movimiento y la vida. Muy bien sabemos lo que hacían los condenados cuando hablaban con Dante, y el grupo que formaban con los dos poetas queda diseñado de una manera muy limpia. Mas, es imposible pasar por alto, en su poema, el arte con que aparecen dispuestas esas agrupaciones y esas escenas. La imaginación ha suplido a la realidad, o mejor ha combinado con una riqueza infinita pormenores, en sí mismos, de la mayor naturalidad. Y no es este, evidentemente, el caso de Marcos. La indigencia de su imaginación se destacará muy claramente de entre el carácter estereotipado de sus esquemas. Los trazos que va diseñando aparecen, aquí y allí, no como toques destinados a un efecto de conjunto, sino como recuerdos reales que se han ido agolpando a la memoria. *Son hechos que no añaden nada a la lección moral, o apologética; no hacen el milagro más sorprendente, no realzan la personalidad de Jesús; tienen su lugar en la narración, porque lo tuvieron antes en la realidad.* Para apreciar bien el valor de ciertas precisiones, menester es no olvidar la indiferencia de las escuelas judías por todo lo que no fuera un hecho".—El sabio exégeta indica de entre esos rasgos los más señalados, distinguiendo, sobre todo,

1 *Ev. selon S. Marc.* Introducción, p. LXXII.

los que están al margen de los hechos (A), y los que ayudan a comprender los sentimientos de los personajes (B).

A) I 19, 20, 29, 33; II 3, 5, 14, 23; III 9, 20, 32; IV 1, 38; V 6, 15, 32, 42; VI 3, 28, 31, 33, 39, 40, 48; VII 30, 33; VIII 14, 24; IX 3, 14, 15, 20, 26; X 17, 46, 50; XI 4, 7, 13, 16, 20; XII 41; XIII 1; XIV 3, 13, 40, 51s, 54, 68; XV 8, 21, 36.

B) I 41; III 5, 34; VI 20, 25, 34; VIII 2, 12, 32, 33; IX 19, 36; X 14, 16, 22, 23, 27, 32, 41; XI 11; XV 43.

"Aún cuando, concluye con razón un crítico liberal, muy conocido, M. Juan Weiss,[1] **aun cuando descubriéramos hoy una inscripción en la que el procurador Poncio Pilato atestiguase solemnemente que había hecho crucificar, en tal o cual día, a Jesús de Nazaret que se hacía pasar por rey de los Judíos, este hecho no aumentaría la fuerza del testimonio contenido en los Evangelios: tan perentorio es ese testimonio.**

Por lo tanto, vamos a indagar por qué razón tratan los comparatistas radicales, semejantes testimonios con una tal desenvoltura, por qué descuidan o deforman tradiciones profundamente sólidas. Una frase de Mauricio Barrés esclarece el camino. "La dificultad, decía, sea cual fuere el sistema que hubiéremos adoptado, está en vernos siempre constreñidos a admitir los hechos". ¡Ah! Los mitólogos se atreven a acomodar y sujetar los hechos a opiniones preconcebidas; y no les queda otro remedio, por lo demás, si quieren rechazar el cristianismo.

1 *Jesus von Nazareth*, p. 171.

II

EL COMPARATISMO RADICAL ES UN ENGENDRO PARTIDISTA

Allá va el pie a donde el corazón lo lleva
Adagio turco

Abismados servilmente en el monismo[1] que no admite sino una sola substancia, que es a la vez, espíritu y materia, a los autores de ese revuelo, que ha sido llamado "Die Jesusbewegung", el movimiento relativo a Jesús, rechazan la distinción entre el alma y el cuerpo, entre Dios y el universo. Ni existe, pues, ni acertaría a existir, a sus ojos Ser alguno exterior o superior al mundo, cuya acción intervenga en los fenómenos de la naturaleza en general o de la vida humana en particular. A partir de esto ,"to be or not to be", so pena de disolverse, la filosofía monista debe[2] hallar una explicación natural por lo que respecta a las religiones que con acento unánime, proclaman ser reveladas. Pero ¿y los hechos? dirán algunos. Los hechos no se imponen a la razón del sabio; no, el sabio los somete a su doctrina. Un observador concienzudo, M. Goyau, ha sacado a la luz del sol ese **vicio de método** entre la mayor parte de los racionalistas del otro lado del Rin. Cuando un teólogo alemán olfatea y anuncia una "in-

1 Drews, *Der Monismus,* 2 vol. — El libro del mismo autor *Hat Jesus gelebt?* lleva como subtítulo: "Reden gehalten aus dem Berliner Religionsgesprach des deutschen Monistenbundes über die Christusmythe".—Desde Reimarus y Bruno Bauer hasta Harnack y Wrede, todos los adeptos de la escuela llamada crítica, escribe Felder, se acercan a la persona de Cristo con las suposiciones filosóficas del racionalismo". Acusación muy legítima, de la que M. Kiefl, profesor de filosofía en Wurtzbourg, ha hecho el objeto de un volumen especial: *Der geschichtliche Christus und die moderne Philosophie.*

2 Al igual que Haeckel ha compuesto según mejor le ha parecido diversos clisés para establecer la descendencia animal del hombre, del propio modo M. Notowitch no ha tenido empacho en inventar un supuesto documento indio para hacer creer falsamente que Jesús habría podido pasar diez y seis años entre los brahmanes y budistas.

verosimilitud histórica", expresa una simple impresión, habla según su sentir personal, que con frecuencia difiere del de los teólogos vecinos. "Ello no ha podido ocurrir": a sabiendas la crítica protestante se expresa de ese modo; no hace una deducción que allegue, en su menor, la imposibilidad física del sobrenatural y que lleve uncidos a su conclusión los campeones todos de esa menor; forma una inducción, una interpretación, frecuentemente arbitraria, de la historia".[1]

¿Cómo es que M. el *pastor Pflüger* rehusa la fe en Dios Padre? Por un motivo bien sencillo: "Una concepción más profunda hase ido desenvolviendo, a saber, el conocimiento de la identidad de la naturaleza y de Dios... No hay otro Dios que la naturaleza". Según ese peregrino ministro del culto, "el anhelo del hombre moderno tiende a tergiversar el cristianismo histórico". Ahí está. El anhelo del hombre, un apriorismo, y no el discurso racional. o los descubrimientos de los historiadores o de los sabios.

M. Drews adopta el mismo punto de vista: "La cuestión relativa al carácter histórico de Jesús, escribe, es una cuestión estrictamente filosófica".

M. Couchoud está de acuerdo con él: "No es permitido ya a nadie creer que un ser tal, que un Hombre-Dios pueda existir y exista. Ello es independiente del querer individual. Una lenta evolución del entendimiento hase verificado. Las doctrinas de Kant no fueron inútiles del todo". Y en otro lugar: "Puesto que el concepto de un Hombre-Dios no entra ya en una cabeza moderna y que es menester disociarlo dejemos al hombre, y guardemos al Dios."[2]

Lo cual equivale a decir que es necesario acomodar los documentos a una teoría preconcebida, y leerlos al resplandor de una luz que los deforme. Y tenemos entonces cogido el hilo del raciocinio comparatista. Que Jesús haya aparecido en la historia con un carácter

1 *L'Allemagne religieuse.* El Protestantismo, p. 91-92.
2 O. c., pp. 111 y 185.

divino, san Pablo y los sinópticos lo atestiguan firme y fundadamente, sin que un solo testimonio pueda desmentirles en un punto capital; que después de haber meditado los textos, es necesario, o aceptar el cristianismo dentro de la Iglesia católica, y tal como ella le comprende, o renunciar a todo cristianismo, ello se impone, no cabe otra alternativa. Los comparatistas, empero, no le concedemos ninguna importancia. Al contrario, ello revela precisamente el mito. Un Dios personal no existe, no acertaría a existir, y menos con mayor motivo su hipostasis. Si, pues, todas las fuentes de la historia nos muestran al Cristo con una aureola divina, si por otra parte escapan a nuestro alcance las trazas de una idealización progresiva, una hipótesis queda que se adapta a nuestra filosofía: el sentimiento religioso de las multitudes ha creado poco a poco el relato evangélico y su héroe. ¿Cómo? La necesidad que experimentaban ciertas sectas judías de ver realizada por fin la idea mesiánica, la impresión que les causaban las religiones de misterios, diríase una vaga morbosidad producida por una sobreexcitación nerviosa, esa es la triunfante receta—y preparada la sopa, Marcos adereza el conjunto de sus averiguaciones.

Poco les importa el alcance de las pruebas. "A esta religión de los misterios se une el cristianismo, escribe *M. Salomón Reinach.* Aun cuando careciéramos de todo indicio que diese visos de verosimilitud a esa hipótesis, nos sería preciso recurrir a ella para establecer, al margen de toda intervención transcendental, la continuidad de los hechos religiosos."[1] Los comparatistas radicales no deberían, en verdad, olvidar un epigrama célebre.

En cuanto a mí, rimo pronto y bien;
Ignoro, dice Damon, ningún otro que me iguale;
Nada a mi espíritu los versos le cuestan.
—A fe mía, exclama un zumbón, cuéstanle lo que valen.

1 *Revue archéologique,* julio 1920, p. 150.

III

EL COMPARATISMO RADICAL CARECE DE FUNDAMENTO SERIO EN QUE APOYARSE

I. No hay para qué leer todo cuanto a los mitólogos se les ocurre decir sobre la historia de Jesús; ya uno se lo figura de antemano. Es un crítico liberal, M. Albert Réville, quien ha reflejado, con frase feliz, esa impresión que se adueña del alma y la penetra, produciéndole una desazón insoportable. "La historia evangélica, sin exceptuar aquellos de sus elementos que parece podrían aspirar a sentar plaza en la plena realidad de la historia, aún a los ojos de hombres difíciles de contentar en semejante materia, se presenta a nuestra consideración como despedazada, partida en pedazos; desmenuzada, y a cada uno de esos trozos, grandes y pequeños, se aplica el calificativo de mitos, o mejor de retazos, más o menos calculados, a una cantidad de pormenores míticos suministrados por las religiones anteriores, por los rituales, los códigos religiosos, las imagerías egipcias, hindúes, mitracianas, griegas, romanas y talmúdicas. No queda nada de todo ello, ni una brizna. El mito entra por doquiera, doquiera el mito no falta. Uno acaba por enmudecer, por preguntarse si no es uno mismo un mito."[1]

II. La ironía, indudablemente, por mordaz que sea, nunca tiene el peso de un argumento:

Pero contamos, además, también con pruebas positivas.

A

Las fuentes judías y paganas, sobre que M. Drews fundamenta su demostración, no son un amasijo

1 *Revue de l'histoire des religions* 1902, A. XVI, 273.

del que, con diversas combinaciones, hayan tenido origen el conjunto y los detalles de la cristología cristiana. No podían ellas darnos ese resultado, y la razón es obvia; adolecen de un defecto más grave aún que el de la yegua de Rolando, que existía aunque muerta, ya que ellas *no existen* ni poco ni mucho.

I. Al querer descubrir los mitólogos ENTRE LOS JUDÍOS, un culto de Jesús anterior al cristianismo, niegan, en primer lugar

A) LA EXISTENCIA DE NAZARET; puesto que les conviene a su sistema que Jesús sea el Dios de una secta profundamente influída por el paganismo,[1] y no el ciudadano de la aldea humilde que la tradición oral y la documentaria señalan como el marco de su juventud.

Léase a este propósito una disertación del P. Lagrange, cuyo carácter técnico—que sólo los familiarizados con las lenguas semíticas sabrán justipreciar; nos impide el que la resumamos aquí.

Josefo nos enseña, por lo demás, que la Galilea estaba muy poblada: contaba entonces, dice, con 204 pueblecitos y 15 ciudades importantes. Ahora bien; de esas 219 localidades no conocemos sino una pequeña porción, y hasta en el hecho de que las cifras aducidas por el historiador judío fueran exageradas, un buen puñado de villorrios galileos ni nombrados estarían en ningún texto profano. Nada tiene, pues, de particular que Nazaret, aldea de mínima importancia, perteneciera a ese número.

¿Por qué, finalmente, la tradición cristiana habría situado en Nazaret el misterio de la Encarnación, y lue-

1 Hemos visto que Josué = Jesús no es originariamente un nombre divino. Mas ¿y el epíteto de Nazareno que le acompaña? Vendría, según Smith, de la raíz N. S. R. que se halla 63 veces en el A. I. con el sentido de protector y de guardián. Remontaríase hasta mucho más allá, puesto que el término babilónico Na-Sa-Ru se halla 7 veces con el mismo sentido en el código d'Hammourabi. La forma siríaca Nasarya, en la que se reconoce el nombre divino *yah,* significaría: Dios es protector. No sería ese un término de origen geográfico, sino un nombre de culto.—Esta hipótesis, responde M. Goguel, no podría ser atendida sino si se daban pruebas reales de la existencia de una secta precristiana de Nazarenos. Los indicios invocados por los mitólogos no podrían tener lugar.

go la larga y apacible vida oculta del Maestro? Se hubiera creado con ello diferentes dificultades de las que da testimonio un pasaje de san Juan (VII 40-41). "Muchos entre la multitud... decían: Este es verdaderamente el profeta. Otros: es el Cristo. Mas, reponían los otros, ¿es de la Galilea de donde debe venir el Cristo? ¿No afirma la Escritura que es del lugarejo de Belén?"—De no apoyarse la catequesis primitiva en hechos auténticos no hubiera ciertamente nunca abierto brecha a una creencia popular no menos falsa y perniciosa que la que hacía a José padre de Jesús.

B) ESA SECTA DE LOS NAZARENOS, tan secreta como extendida, los comparatistas *la inventan totalmente.* Invocan a este efecto, en su favor, un himno de los Naasenios en el que se ve a un ser celeste llamado Jesús presentarse ante su Padre y ofrecerse a descender sobre la tierra para libertar a los espíritus que se hallaban extraviados entre los elementos del mundo caótico, y un papiro en el cual se lee: "Yo te adjuro por Jesús, el dios de los Hebreos". Invocan además en provecho suyo los "Hechos de los Apóstoles" (XVIII 24-28, XIX 1-7); véanse sobre el particular algunas líneas del Padre y Doctor de la Iglesia griega, san Epifanio.

a) Mas el Jesús del himno naaseno es indiscutiblemente el Jesús histórico, y no como lo quisieran nuestros adversarios, un ser puramente celeste. Dada la forma en que le conocemos—la influencia de las epístolas paulinianas y del cuarto evangelio lo atestiguan—nuestro documento no se remonta a los tiempos anteriores de la era cristiana y no podría, por lo tanto, apoyar la hipótesis de un culto pre-cristiano de Jesús. Y tanto menos cuanto que, dice Bossuet, el nombre de Jesús εἶπεν δ' Ἰησοῦς proviene tal vez de una recomposición o de una corrupción del texto εἶπεν δέ ὁ νοῦς, ya que, al principio del cántico, figura como primera hipóstasis el νοῦς, y a sus lados, el Caos y el Alma por salvar. *Los Naasenios son, por consiguiente, gnósticos cristianos que rendían al Cristo los honores supremos.*

b) El papiro de que se nos habla, data del siglo IV y no menciona en modo alguno, digan lo que quieran los mitólogos, un Jesús pre-cristiano. Reproduce una fórmula mágica. Las fórmulas mágicas paganas, según lo sienta Deisman,[1] adoptaban sin dificultad nombres judíos o cristianos, sin que sus autores hubieran comprendido por ello el judaísmo o el cristianismo; se les vió colocar a Abraham, Isaac y Jacob entre los dioses de Israel.

c) El primer pasaje de los "Hechos" se refiere a Apolo quien "predicaba y enseñaba con cariño τὰ περὶ τοῦ 'Ιησοῦ, por más que no conoció sino el bautismo de Juan". Ahora bien, según el sentir de nuestros adversarios, la ignorancia del bautismo cristiano supone la ignorancia de la historia del Cristo. Y como el hecho es tan "claro como la luz del sol al mediodía, el famoso orador de Efeso no anunciaba sino la doctrina antigua sobre Jesús de Nazaret. El mismo M. Smith conviene, por otra parte, que la expresión τὰ ηερι τοῦ ησοῦ significa frecuentemente las historias que se cuentan sobre un personaje cualquiera y las pericopas evangélicas en que la hallamos consignada (Marcos V 27-28, Lucas XXIV 19) son muy significativas a este respecto. *Se puede, pues, negar que Apolo sea un judío que propaga las enseñanzas de una secta;* es un servidor del Cristo que nada sabe del bautismo nuevo.

La posición de los doce apóstoles que Pablo halló en Efeso y que no habían sido aún bautizados en el nombre del Señor Jesús, debía ser cosa análoga (Act. XIX 1-7). "Si es indudable, por una parte, que el bautismo en el espíritu, predicho por Juan, fué instituído por Jesucristo (los Apóstoles, según los hechos, lo confieren desde el primer día a los que creen y lo imponen como rito esencial) debe asimismo reconocerse que el orden del bautismo forma parte de los preceptos del Cristo glorioso. *Aquellos discípulos podían ignorar las instruc-*

1 *Licht vom Osten*, 1909, p. 186.

ciones dadas en ese período en que la Iglesia quedó definitivamente instituída. Juzgaban ellos que para ser discípulos de Jesús, bastaba con creer en él como en el Mesías y Hijo de Dios, y someterse al rito joánico del bautismo de la penitencia, para obtener la remisión de los pecados en el día del juicio venidero".[1]

d) Por lo que se refiere a san Epifanio, "temperamento hecho de una sola pieza, falto de una cierta finura intelectual",[2] parece hablar algo confusamente: habría visto él en un grupo de Ebionitas a quienes los Judíos, en sus plegarias cotidianas, maldecían con el nombre de Mezrim (= cristianos), al mismo tiempo que a los herejes (= Minim), una secta judía anterior al cristianismo. No conocía, por otra parte, sino el nombre de ésta, *de manera que su testimonio, único a la vez que sospechoso, no cede en modo alguno a favor de un culto precristiano de Jesús.*

Así van desapareciendo uno por uno los argumentos con que los mitólogos nos salen al paso. M. Drews pretende también sacar partido de los terapeutas de Egipto; mas, escribe M. Juan Weiss, he examinado cuidadosamente los argumentos de ese hombre; he leído atentamente los pasajes (de los antiguos escritores) en los que se apoya: no he podido dar con la más ligera señal de semejantes cosas.[3]

2. Hablemos de las *fuentes paganas.* Su influencia es nula, en definitiva, dice en otro lugar[4] el mismo crítico cuyos avances en el terreno del comparatismo son sorprendentes en cuantas cuestiones trata. Esperamos demostrarlo en el capítulo sobre la divinidad de Cristo, y no invocamos aquí sino los argumentos de autoridad. "La antigua literatura cristiana, hace notar otro protestante liberal, M. von Soden, se opone en

1 Rose in o. c.
2 Tixeront, *Patrologie,* p. 253.
3 *Die Geschichtlichkeit Jesu,* p. 5.
4 *Jesus von Nazarfeth,* p. 29.

compacto bloque a que la fe de los cristianos en la virtud redentora de la muerte de Jesús no sea sino una transformación de la idea pagana de la muerte de un Dios ofreciéndose a sí mismo en sacrificio.[1] J. Clemen, a cuyo entender "parecía a priori muy verosímil que el cristianismo, que sufrió la influencia de la religión israelita... haya sido influído también por otras religiones, bien que formando con ellas el más sorprendente contraste". M. Clemen concluye después de un estudio detallado: "la mayor parte de los resultados tienen un carácter hipotético, no afectan para nada a la esencia más íntima del cristianismo, sino que se detienen todos más o menos en la corteza del mismo". Este historiador advierte a los mitólogos que deben moderar sus pretensiones; sin ello, pasaría puramente y simplemente que deberían retirarse de la escena, como ha sido preciso hacerlo otras muchas veces.[2]

Y al exponer esta famosa controversia, nos viene a la pluma la frase que no hace mucho *Salomón Reinach* escribía en una hora de abandono, refiriéndose a un sistema menos radical que el "Cristo mito": "Hed ahí un edificio levantado no con materiales de firme consistencia, de solidez probada y verdadera, sino con hipótesis posibles o probables que se sostienen, se aguantan en sus aristas mutuamente. Ese género de arquitectura lo conocen todos; es el de los *castillos de naipes*".[3] "No me hubiera yo atrevido a decirlo, observa M. Foucart, que es quien aduce el pasaje. Mas, es lícito declararlo, sin duda alguna, que no hay método científico alguno que pueda proponer como modelo la arquitectura de los castillos de cartas."[4]

B

Por más que M. *Couchoud,* espíritu comprensivo y

1 *Hat Jesu gelebt?*, p. 42.
2 Textos citados por Fillion, o. c.
3 *Cultes, mythes, religions,* t. II, p. 88.
4 *La Méthode comparative dans l'histoire des religions,* p. 90. Cfr. Va-

estilista apreciable, no merezca rigurosamente una apreciación tan severa,[1] no es mucho mayor el peso de sus argumentos. Las pruebas que le son personales las saca, como llevamos dicho, de san Pablo. San Pablo, gnomo de fuego, quien "en Filipos, en la tienda de la pía Lidia, en casa de Jasón en Tesalónica, y en la de Justo en Corinto, y en la escuela de Tyrannos en Efeso", predicaba "un aspecto nuevo de Javé benigno, doloroso y humano", un desdoblamiento del viejo Dios de Israel, el hijo divino de Javé, Aquel que salva (Thess, I 10), en menos palabras, un ser cuya existencia "no es un hecho de la historia sino una deducción de la exegesis, confirmada con el milagro". Luego, "el largo hábito que se tiene de leer en primer lugar los evangelios, hace que se atribuya a Pablo, a pesar suyo, la imagen de Jesús que uno se ha formado con la lectura de los evangelios. Se expone uno a diferentes contrasentidos. Conviene interrogar a Pablo primero", v. gr. Rom. I 2-3, I Cor XV 3-4, Phil, II 5-11 y sobre todo I Cor. II 8. Estos "trozos de antiguas escrituras ilustran, a quien tiene oídos, sobre las MAYORES ESCENAS DE LA HISTORIA DE JESÚS: (su nacimiento), su muerte y su resurrección. Desarróllanse todas (las tres) dentro las regiones de la mística, fuera del lugar y del tiempo, objeto de fe, *no de espontáneo asentimiento*".[2]

Examinemos esos textos con esmero, porque, decididamente, los principios tradicionales

Cayendo al suelo al revés y abatidos, se inclinan
Como un manojo de hierba al filo de la hoz.[3]

a) Sea el primero el de la epístola a los Romanos I 2-3: "Pablo... apóstol... escogido para el evangelio de Dios, que había prometido anteriormente por sus

lensin *Jésus-Christ et l'histoire comparée des religions*, pp. 34-35.

1 La *Documentation catholique* del 3 noviembre 1923 ha reproducido, "a título de curiosa y apenadora comprobación", un elogio de M. Couchoud escrito por M. Feliciano Challaye en *L'Europe*.

2 *Le mystère de Jésus*, passim.

3 Luis Mercier.

Profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, que nació según la carne del linaje de David". "Aquí aun, dice Couchoud, se transparenta la mística odisea del Hijo de Dios. Pablo afirma que fué revelada a los profetas antiguos... Ello se colige de las santas Escrituras. *No dice que su vida humana ha sido relatada. Es revelada*".[1]

Mas entonces, si el Mesías es un ser puramente espiritual y celeste, sin más lazo con la humanidad que una forma exterior, una forma irreal, ¿cómo es que el Apóstol le cuenta como formando parte de la línea de David? ¿Por qué opone el κατὰ σάρκα = el lado inferior de la personalidad de su Maestro a la parte superior = πνεῦμα αγιωσύνης en la que reside su extraordinaria santidad? Podía evitar esa contradicción violenta. La concepción mesiánica judía comprendía asimismo la idea de un Hijo del hombre venido del cielo con potestad para ejercer los juicios de Dios.

b) El segundo texto (comentaremos la I Cor. XV 3-4 en el capítulo de la Resurrección) lo toma M. Couchoud de la carta que Pablo dirige a los Filipenses (II 6-11). "El cual teniendo la naturaleza de Dios, no es por usurpación que fué igual a Dios; y no obstante se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y reducido a la condición de hombre. Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le ensalzó, y le dió nombre superior a todo nombre: a fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre". Este pasaje, LA MÁS ANTIGUA FORMA DE LA HISTORIA DE JESÚS, dice Couchoud sería un fragmento de apocalipsis que NO PUEDE VENIR SINO DE UNA REVELACIÓN DE LO ALTO, Y EL MITO

1 O. c., p. 131.

QUE EXPRESA SE HALLA originariamente, con mayor abundancia de pormenores, en un viejo documento de color gnóstico, emparentado con las leyendas sagradas de ciertos misterios griegos, LA ASCENSIÓN DE ISAÍAS.[1]

Ahora bien; el desenvolvimiento cristológico que nos ocupa *no es la más antigua forma de la historia de Jesús*. De no ser así Pablo no lo hubiera mencionado de una manera incidental, en una carta puramente moral y de consejos prácticos, para recomendar a sus destinatarios el olvido de sí mismos. Por el testimonio del contexto (I 1, 6, 8, 10, 11 sobre todo 29), vemos que los Filipenses conocían ya a Cristo; faltábales aún conocer mejor el alcance moral de su obra y conformar su conducta al tenor del Evangelio.

Por lo demás, *la preexistencia, la cualidad de hombre celestial* (I Cor. IV 47), "no están en pugna con el carácter humano y terrestre de la persona de Jesús, implican solamente la idea que la humanidad no puede explicar en toda su extensión esa persona y su misión... Del mismo modo que Pablo tiene el sentimiento de que el Cristo espiritual habitaba y vivía en él (Gal. II 2.º), sin perder, por ello, la conciencia de su personalidad humana, así también ha podido ver en Cristo un ser celeste y preexistente, sin por ello substraerle a la humanidad".[2] Y, por otra parte, nada prueba, como Couchoud quiere, que el Apóstol haga depender su conocimiento del Maestro únicamente de alguna reve-

1 El profeta, en el curso de un arrobamiento es levantado mundos a través hasta el séptimo cielo. Allí, asiste a la escena misteriosa que señalará el fin de los tiempos. Dios ordena a un ser, que es llamado el Predilecto, el Elegido o el Hijo, descender a través de los siete cielos el firmamento, el aire y la tierra hasta el scheol donde debe atar al ángel de la muerte. Para que su descenso permanezca desapercibido de los ángeles que habitan los mundos sobrepuestos, el Hijo recibe el poder de tomar, en cada uno de ellos, una forma semejante a la de los mismos que allí residen. Cumplida su misión, se remonta, esta vez con su propia figura, hasta el séptimo cielo. Asistiendo a su ascensión gloriosa los ángeles quedan sobrecogidos de estupor. Se preguntan cómo es que el descendimiento del Hijo de Dios ha podido escapárseles desapercibido y son obligados a glorificarle. El ser celeste va así a asentarse a la derecha de la gran gloria.

2 Goguel, o. c., p. 119.

lación; puede muy bien apoyarse sobre un fundamento histórico, testimonio o comprobación.

Finalmente, *la Ascensión de Isaías no sugiere,* a nuestro parecer, "la forma en que Pablo narraba la historia de Jesús cuando la narraba a grandes rasgos". Su fragmento principal,[1] el solo que nos interesa en esta nuestra polémica, se remonta a la segunda mitad del siglo segundo. Además, ofrece con respecto a la carta a los Filipenses, varias divergencias notables: en tanto que Cristo se despoja de las prerrogativas exteriores de la condición de Dios, desciende del cielo a la tierra por sus propios medios, e inmediatamente se hace hombre, después, vuelto a su Padre, destruye las potencias malignas al volver de los cielos en la parousia, el Bien Amado o el Elegido atraviesa una por una las diferentes mansiones del Universo, reviste una tras otra la forma de los seres que las habitan, no penetra en el scheol sino gracias a la intervención de Satán, y triunfa de los príncipes, de los ángeles y de los dioses de este mundo, remontándose a las alturas...[2]

c) Después de todo, no importa. Couchoud nos reserva un argumento decisivo. "Existe, dice san Pablo (1 Cor. II-6-9), una sabiduría... que ninguno de los príncipes de este siglo ha entendido: que si la hubiesen entendido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria". Esos ἄρχοντες que suspendieron a Jesús del madero, no serían personajes de carne y huesos, como parece a primera vista, sino seres míticos;[3] el relato de la crucifixión respondería a una sugestión

1 Esta obra comprende tres partes: un relato puramente judío del martirio de Isaías, una visión apocalíptica sobre la decadencia de la Iglesia y el retorno del Señor, y la Ascensión propiamente dicha.

2 Pablo es elevado al tercer cielo y no al séptimo como Isaías. En la Ascensión, los cinco primeros cielos pertenecen al mundo inferior, mientras que Pablo tiene la persuasión de haber sido elevado hasta el mundo superior. Con respecto a Pablo, la revelación se cumple por audición de palabras inefables. En la Ascensión, por medio de visiones comentadas. Pablo no puede repetir lo que ha oído, Isaías refiere su visión a Ezequías y a los otros profetas.

3 "En la apocalipsis atribuida a Isaías, se dice (IX, 14) que los

del salmo XXII, tal como se lee en los Setenta; y, por lo tanto, el drama al cual el Apóstol alude HABRÍA TENIDO LUGAR ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA, EN UNA ATMÓSFERA DE APOCALIPSIS.

Pero, *esta hipótesis reposa de nuevo sobre comparaciones inexactas* con "La Ascensión de Isaías". Ignoran los ángeles de esta apocalipsis gnóstica que el Bien-Amado ha dejado los cielos para descender hacia la tierra, y no dificultan la realización de su obra: su misión es del todo negativa e inconsciente. Por el contrario, los arcontas puestos en escena por san Pablo saben bien, parece, que tratan con el Señor mismo, y asumen la responsabilidad de su muerte.

Por lo que se refiere al salmo XXII, Justino Mártir es el primer autor que lo aplicó a la historia de la pasión; el Nuevo Testamento lo cita diversas veces, sin relacionar nunca ninguno de sus pormenores, directa o indirectamente, con el suplicio del Calvario; y ello prueba que el salmo no ha podido ejercer la influencia que se le atribuye. Por otra parte, las palabras "han atravesado mis manos y mis pies" no constituyen una alusión clara a la crucifixión, por cuanto los pies de la víctima, quizás hasta sus manos, quedaban sujetos con frecuencia al leño más con cuerdas que no con clavos.[1] Y no es eso sólo. El texto hebreo en el que Marcos (XV 34) y Mateo (XXVII 46) se han inspirado, y de ello es una prueba su "Eloi! Eloi! Lema Sabachtanei", *el texto hebreo dice sencillamente*: *ataron.*

Después de lo cual, los ἄρχοντες ¿son los demonios que recorren el aire y el firmamento? Mientras, falta de apoyo, la construcción de Couchoud se viene al suelo por sí misma, fundados firmemente, por nuestra parte, en el contexto de nuestro pasaje, particularmente en el sentido que se deriva de la expresión

Príncipes de este mundo suspenderán del leño al Predilecto sin saber quién es. El menosprecio de los arcontes celestes es un tema esencial". Couchoud, o. c., p. 132.

1 Cfr. Fillion, *Vie de N. S. J. C.*, t. III, pp. 482-483.

ἐν μυστερίῳ ,[1] vemos expresados en "los príncipes de este siglo" bien a los Fariseos y a sus Escribas en general, bien a Anás y Caifás, Herodes y Pilato, maquinadores ciegos que pusieron por obra, sin saberlo, el plan providencial acordado por Dios, desde toda la eternidad, para elevar al hombre a la gloria eterna. Si hubiesen ellos sospechado un momento la gloria de Jesús, quién era en realidad, hubieran adoptado para con él una actitud bien diferente.

Y no deja de ser cosa muy curiosa el que Couchoud no haya logrado contar en sus asertos con el convencimiento de sus propios colaboradores. M. Houdin, redactor del primer cuaderno publicado por la casa Rieder con el título general "Cristianismo", escribe a despecho de su maestro: "La historia del cristianismo me parece tan igualmente inexplicable, sin Jesús, como la del Islamismo sin Mahoma o la del Pitagorismo sin Pitágoras".[2] Y lo que es más, Couchoud mismo imita de Sancho el silencio prudente. "En el curso de las discusiones que tuvieron lugar, el invierno último, en "la Unión por la Verdad", críticos se le presentaron, hechos se le citaron que están en contradicción con su tesis. Nadie se extrañará de que esas objecciones no le hicieran enmudecer, mas es justo admirarse de que, en el volumen que acaba de publicar, no haya procurado salir del atolladero".[3]

III. Los mitólogos, por otra parte, deberían construir su sistema sobre fundamento sólido; andan necesitados más que nadie de argumentos perentorios, pues la música celestial de su letrilla evangélica la sitúan en un **ambiente refractario a la aparición del mito.**

1. Cuando nació el cristianismo y se desarrolló en tierras de Judea *¿los tiempos fabulosos no eran muy*

1 Véase nuestro capítulo sobre la divinidad de Jesucristo.
2 *Courte histoire du Christianisme*, p. 13, n. 2.
3 Goguel, o. c., p. 8. "Le mystère de Jésus" (1924) no supera mucho al artículo del R. P. de Grandmaison publicado en agosto 1923 en *Le Mercure de France.*

lejanos, tiempos en los que la historia se confunde con la leyenda, en los que le da al hombre por redactar la biografía de sus dioses? Los sabios han estudiado ese país, con sus trastornos políticos, con sus clases sociales y sus partidos bien caracterizados, con las corrientes de ideas que lo atravesaban y agitaban, con las influencias que se producían, y le conocemos no menos que la Francia del 18 Brumario o la Prusia al día siguiente de Sadowa. Sus personajes contemporáneos de Cristo, los tres Herodes, Anás, Caifás y Gamaliel, Poncio Pilato, Festus y Galión, hermano de Séneca, Juan Bautista, Simón Pedro y Santiago, se les percibe moviéndose en una luz histórica tan pura como la que baña, en el siglo XIX, a los adversarios, a los generales y los ministros de Napoleón, y a los colaboradores obstinados de Bismarck. Y nuestras fuentes de información son de excelente calidad: resisten después de dos mil años a los asaltos de la crítica bien rabiosa o ya inquieta, a la fiscalización de la ciencia imparcial. Si se habla de infiltraciones legendarias, el embellecimiento de los relatos por la tradición continúa igualmente; esperamos demostrar más adelante que están las cosas donde estaban. Mas barruntar aquí el mito, la alegoría que destroza los hechos, la creación anónima y espontánea, no, eso es verdaderamente confundir sobremanera los géneros literarios.

2. Nunca un hombre se había atrevido a tanto antes de Dupuis. Ni se sospechaba hasta entonces que la historicidad de Jesús pudiese ser objeto de la más ligera controversia; y *ninguna voz, entre los clamores de los herejes y de los paganos agresivos, se había levantado contra la afirmación* que resuena ya en el capítulo cuarto de los Hechos (v. 27), que fluye de la pluma de san Pablo (I Tim. VI 13) y que el Símbolo de los Apóstoles pone cada día, claramente, en los labios cristianos: Cristo padeció bajo el poder de Poncio Pilato.[1]

[1] "En ninguno de los cuatro evangelios se halla nada que vaya directa o indirectamente dirigido contra la tesis según la cual la persona

Este argumento consigue blanco doble. "Las iglesias de los primeros tiempos recurrieron en las horas más trágicas, se dice, al ejemplo del Maestro para sostener a los fieles y enardecerlos a obrar como él obró. Ahora bien; *¿cómo hubieran ellas retraído la escena ante Pilato, si no se hallaban plenamente convencidas de la realidad de los hechos,* si hubiesen abrigado la menor sospecha acerca de la pasión, de la muerte y en general de la historicidad de la persona de Jesús? La mención que de Pilato se hace en los documentos antiguos permanecerá siempre siendo el obstáculo más serio a la transformación de la historia evangélica en un mito",[1] una razón más para negar todo crédito al comparatismo radical.

IV

EL COMPARATISMO RADICAL NO MERECE LA MENOR CONSIDERACION

"Parturiunt montes: nascetur ridiculus mus". Ese largo derroche de tratados y de conferencias, de erudición, de cólera y de odio[2] ha terminado de la manera

de Jesús no hubiera tenido realidad histórica alguna. Rasgos hay, en diversos relatos de apariciones, que iluminan esplendorosamente la realidad del cuerpo de Jesús resucitado (Lc. 24, 39-42. In. 20, 25-29); nunca uno solo de los evangelistas experimentó la necesidad de afirmar de la misma manera la realidad del cuerpo de Jesús durante su ministerio. Es, pues, que no hubieron de tenérselas con adversarios que la discutieran. El alcance de este hecho es considerable, porque es ya a muy poco de su nacimiento que el cristianismo tuvo que habérselas en franco choque con la oposición judía. ¿Cómo hemos de suponer que los primeros adversarios del Evangelio hayan podido ignorar que toda la historia de Jesús, de sus enseñanzas y de su muerte, no correspondía a alguna realidad? Que ello se ignorara en la Diaspora, aún pase, mas en Jerusalén parece cosa insostenible, y, de haberse sabido, ¿cómo los adversarios del cristianismo habrían podido pasar por alto un argumento tan terrible o cómo, si de él hubieran echado mano, los cristianos habrían podido lograr refutarlo de una manera tan completa que ninguna señal de la discusión haya subsistido y que el recuerdo mismo no haya sido conservado por los polemistas del siglo segundo?" (Baldensperger, *Il a rendu témoignage devant Ponce-Pilato.* Strasbourg, Paris, 1922, p. 6). Citado por Goguel.

1 *Recherches de science religieuse,* mayo-agosto 1923. Lebreton, *Bulletin d'histoire des origines chrétiennes.*

2 Drews, *Die Christusmythe,* t. II, p. XXII, confiesa que quiere

más lastimosa, sin que historiador alguno de los orígenes cristianos se haya tomado la cosa en serio.

Entre los católicos, autores tan celosos como M. de Grandmaison, *desdeñan el exponer y rebatir minuciosamente* las fantasías de un W. B. Smith y de un Arturo Drews. "El papel no se sonroja, dice, y se pueden aducir en favor de todas las tesis argumentos si no probables, por lo menos con visos de verosimilitud. Mas no creemos que un hombre de sangre fría, capaz, si se reconcentra en sí mismo, de poner en duda seriamente la existencia de Jesucristo, se deje impresionar, sin más ni más, por argumentos de historia. Quien dudara en este punto, tendría necesidad de una educación crítica y filosófica elemental".[1]

A juicio de los PROTESTANTES ORTODOXOS, de quienes M. Karl es uno de los más aventajados intérpretes, Drews ha mistificado a sus compatriotas, llenándoles de polvo los ojos.[2]

Igualmente severos se muestran LOS PROTESTANTES LIBERALES. "Diletantismo", "fanatismo mitológico", "*argumentación ilógica*", así lo declara M. Windisch.[3] "Si alguien hubiese escrito, dice J. Weiss, un libro semejante en materia de ciencias naturales o de historia literaria, *habría sido completamente desautorizado* por la crítica. Como obra científica, la obra de Drews carece en absoluto de valor... En este terreno, M. Drews está falto de formación y de toda ciencia necesaria... Reemplaza la ausencia de esas cualidades no con la modestia, sino con la audacia... No es objetivo, ni imparcial. Y este gran crítico (!!) a cuyos ojos los mejores testimonios (de la existencia de Jesús) son sospechosos, es por otra parte, *crédulo naturalmente,* ni que se trate de las peores estupideces que hayan sido

hacer odiosos a los sacerdotes y a los teólogos y ponerles en la imposibilidad de dañar.

1 *Dict. Ap.* fasc. XI, col. 1310.
2 O. c.
3 *Teologische Rundschau,* marzo 1911, u. 11.
4 *Die Geschichtlichkeit Jesu,* p. 4-5.

sostenidas por otros, mientras él pueda sacar de ellas partido para su teoría".[4] M. Grüzmacher hace relucir, por su lado, "la pobreza infinita de la pretendida demostración científica" del profesor Drews.[1] En semejante demostración, añade M. Weinel, "los desprecios y las ignorancias, las falsas interpretaciones de los pasajes claman al cielo... Le sobrecoge a uno un sentimiento de vergüenza pensando que un profesor alemán haya podido componer un libro como ese".[2] Sí, "*vergüenza para nuestra ciencia alemana,* que tardará todavía mucho tiempo en lavarse de esa mancha, precisa M. Weiss; vergüenza para mí mismo, que debo ocuparme de esa mercadería vulgar".[3]

Todo el mundo clama, pues, muy justamente indignado contra el "Cristo mito", sin hacer excepción de los JUDÍOS "quienes deberían haber saludado la negación de la existencia de Jesús como la liberación de la maldición que pesa sobre ellos, diez y nueve siglos hace, acusados como son de haber dado muerte al Salvador del mundo."[4]

Así acorralado, ¿qué camino le queda a seguir a M. Drews? La conferencia pronunciada en Wiesbaden, durante el invierno de 1910-1911, no da a sus negaciones otro valor sino el de la simple forma de una hipótesis. Y aun cuando él tal vez no hubiese existido, su Jesús llega a ser "la base de una religión nueva, de una nueva fe, de un apoyo moral para la vida"; es "un principio de redención universal".[5]

¡Oh, la complejidad del corazón humano! M. Drews devoto de Cristo:

> Robespierre adoraba las flores,
> aun rorefactas enteramente de las lágrimas
> de la aurora...

1 *Die Geschichitlichkeit Jesu,* p. 4-5.
2 *Ist das liberale Jesusbild widerlegt?,* p. 6.
3 *Jesus von Nazareth,* p. 4. Cfr. *Revue du Clergé Français,* 15 noviembre 1910. Fillion, o. c., pp. 431-432.
4 Confesión de Drews, o. c., t. II.
5 *Berliner Religionsgespräch,* pp. 91-93.—*Die Christusmythe,* t. II, p. XVIII y XXII, señala una recrudescencia de incredulidad.

CAPITULO SEGUNDO

La existencia de Jesús ante el corazón del hombre

El corazón del hombre, es decir, una suerte de instinto intelectual, una facultad más pronto que la razón discursiva, no admite en modo alguno que fuerzas vagas y anónimas hayan podido inventar un héroe semejante a Jesús.

Sobre todo, se rebela ante la idea de que si el Cristianismo no trae su origen de una personalidad real de la que procede, nuestra civilización se halla fundada sobre el vacío, el bien no es sino un engaño y de haber sufrido bancarrota veinte siglos ha, el espíritu humano debe perder la confianza en sí mismo.

M. Goyau, en su obra *Autour du catholicisme social*",[1] compara las andanzas de la vieja economía política a los "libros de clase que han sido utilizados durante mucho tiempo: las hojas andan desparramadas; van de un lado para otro por los suelos, y los niños... continúan durante más o menos días sirviéndose de sus trozos de papel; juegan después con ellos, uno tras otro, y acaban las hojas de desaparecer; se las ve encima de los pupitres de los alumnos, si no van a parar a sus pies; y en tales condiciones se impone una limpieza verdad. —En eso viene a parar, se dirá, la mala suerte del comparatismo radical, inspirado por un supuesto filosófico más que por razones atendibles de exegesis o de histo-

1 T. II, p. 232.

ria. Indudablemente. Mas un mismo desenlace espera finalmente a otro apriorismo—primo avulso non deficit alter—al que los mitólogos moderados lo sacrifican todo de igual manera que sus cofrades más exaltados, y que es preciso señalar a su vez: el apriorismo filológico.

A) Herder lo había hecho saber: a decir verdad, la verdadera poesia no es la creación sabia, reflexiva, de un individuo sino la manifestación ingenua, espontánea, del alma popular. Wolf había echado mano de esas ideas en la crítica de las obras que más sobresalen en la literatura antigua, "La Iliada", y "La Odisea"; más adelante, Lachmann echó mano de las mismas para explicar el origen del "Canto de los Nibelungos", la epopeya feudal y guerrera de Alemania del Sur. Un abismo llama a otro abismo. Después de haberse negado la individualidad de los autores, se niega hasta la de los héroes que aparecen cantados en los poemas. Incluso los grandes hombres del pasado se desvanecen a los ojos de los filólogos, y vienen a ser personificaciones legendarias de grupos étnicos o sociales. "Aplicando este procedimiento al Nuevo Testamento, Strauss lógicamente había llegado a considerar los Evangelios como un poema espontáneamente surgido del alma de la comunidad primitiva; por lo que respecta a Jesús, Strauss sin duda no llegaba hasta negar la existencia histórica de un individuo que hubiera llevado ese nombre; mas la vida y la muerte de ese personaje poco conocido no le parecían ser a lo sumo sino la causa ocasional que había provocado el despertar de los mitos, y el Cristo no era casi a sus ojos más que un retrato, una copia del Mesías esperado por los Judíos, la ilusión del Salvador nacional, a no ser que fuere la personificación de la humanidad íntimamente unida con Dios. Creuzer había precisamente demostrado que el martirio de los héroes míticos no era con frecuencia sino un símbolo: ¿no era con ello vana cosa ver en la carrera y pasión del Crucificado una destinación individual, como el creer

en la biografía de Osiris hecho pedazos, de Zeus encadenado o de Baldur sentenciado a muerte?"[1]

B) Solamente Strauss vióse obligado, por la discusión y el estudio, a modificar mucho su posición inicial. Un libro del abate Bertrin puso la cuestión homérica sobre el tapete. Y no había manera de dudar sobre el particular después de las demostraciones de M. José Bedier: las epopeyas francesas guardan relación con una persona, con una libre voluntad dirigida por una inteligencia muy elevada. En breves palabras, por más que la doctrina de las generaciones espontáneas en los dominios literarios pudiese aún entretener con sus desperdicios la consideración de algunos espíritus tenaces y contar ocasionalmente con uno u otro Pouchet,[2] que gustara de romper por ella una lanza, proponiéndose defenderla, invocando en su favor fuerzas vagas llamadas "instinto popular", "genio de la raza", "entusiasmo de la colectividad"—, semejante doctrina no merece apenas otra atención, de parte de las personas inteligentes, que la que les merece la hipótesis de la generación espontánea en el orden biológico. "Si ello es verdadero, dice M. de Grandmaison, cuando se trata de una obra artística de argumento ceñido, en un ambiente en el que todos los elementos preexisten en estado de dispersión, a modo de episodios, cuánto más cierto no será tratándose de una vida y de un conjunto de enseñanza, en el que todo resalta y contrasta dentro de la trama de una época determinada."[3]

C) Nuestro estudio sobre los Sinópticos irá poniendo de relieve, oportunamente, esos contrastes y esas particularidades sobresalientes. Mucho importa acertar en la elección, y aquí consideraremos únicamente lo que san Francisco de Sales llama "el fin de todas las cosas" y

1 Albert Lévy, *D. F. Strauss, la vie et l'œuvre*, pp. 85-86. Citado por L. de Grandmaison, *Jésus dans l'histoire*.

2 Naturalista francés, quien ha discutido durante largo tiempo las experiencias de Pasteur.

3 O. c.

san Pablo "la plenitud de la Ley": el amor, el amor que anima a Jesús y el amor que Jesús provoca. Y no es que haya de ser la razón el juez, sino el corazón. "Entre el corazón y la razón, dice M. Jacques Chevalier, Pascal establece, en los "Pensamientos", una distinción análoga a la que los Griegos establecen entre el νοῦς y la διάνοια, entre el pensamiento puro y el pensamiento discursivo. Que es, en efecto, la "razón a la que opone Pascal constantemente el corazón y a la que le prefiere? No es, en verdad a la razón, a la que enaltece en su fragmento de un "Tratado del vacío", que no está hecho sino para la infinidad: es el razonamiento, el discurso, esa facultad para las consideraciones lentas y duras, que todo lo quiere probar, hasta los principios, que no comprende nada de las cosas delicadas o de sentimiento porque quiere proceder siempre por demostración, y que peligra de equivocarse siempre, porque no es capaz de prescindir de la memoria para todas sus operaciones. El corazón, por el contrario, puede ser comparado a los ojos del espíritu: como la vista, conoce de una mirada su objeto. Es una suerte de instinto intelectual: como el instinto, coincide con su objeto. Y es de él del que pende nuestro discurso porque nos suministra los principios inmediatos de donde proceden todos nuestros razonamientos".[1]

* * *

Va, pues, a contemplar nuestro corazón a Jesús, Ideal de amor para con Dios y para con los hombres, tal como el Evangelio le presenta a nuestra admiración y dominando los meandros del conocimiento racional, comprenderá al primer golpe de vista la evidencia ésta; no hay fuerzas vagas que valgan que hayan podido concebir, ni pintar una figura tan incomparablemente original. No, ciertamente, porque, según frase de Jean-Jacques, **el inventor sería más sorprendente que el héroe; habría, en efecto, traspuesto los límites que una**

1 Pascal, pp. 306-307.

experiencia treinta veces secular[1] señala a la imaginación como a los entusiasmos afectivos del corazón humano.

I

JESÚS ES EL AMOR

Dos palabras expresan la ley de la vida moral: Amarás a Dios por encima de todo y al prójimo como a ti mismo (Matth. XXII 35-40). Mas el amor despierta en el hombre sentimientos diversos, según que induzca el alma a alegrarse con motivo de la persona amada, o mejor aún, según que la induzca a buscar la dicha de la persona amada, sin ninguna consideración del interés propio, y con frecuencia hasta a expensas de su interés y de su bien propios. De ahí viene el que estudiando

A.

EL AMOR DE DIOS

en el Cristo, consideraremos primero la complacencia que manifiesta la oración del Maestro—fuente[2] de unión intelectual con el Padre celestial—, y luego la benevolencia que revela una abnegación inaudita. Algunos pormenores sobre la armonía, la igualdad y la constancia ideales de ese amor rematan el cuadro.

LA COMPLACENCIA

¡Oh! ¡Y de qué naturaleza maravillosamente afec-

1 Nosotros entendemos que a partir de la *Iliada* los mejores críticos datan del siglo IX antes de Jesucristo.

2 ¿Será menester recordarlo? Hablamos en calidad de apologeta que aún no ha demostrado la divinidad de Jesús. Cristiano y católico,

tiva, de qué insondable fondo de complacencia y de ardiente ternura, no brotaba, pues, la oración del Cristo!

Al tiempo de las libaciones, cuando las trompetas de plata emitían su sonido sobre Jerusalén, el Maestro, como todos los Judíos fieles, componía su ademán, bajaba los ojos, y en pie, recogidas las manos delante del pecho, ensalzaba a Yahvé, confesando su ser infinito, sus derechos y sus perfecciones. Mas, el culto oficial no bastaba a su amor. Desde el amanecer de sus plenas jornadas, en tanto que la multitud le buscaba (Luc. IV 42), lo mismo que cuando caía el día, frecuentemente en un lugar desierto (V 16), Jesús oraba. Cuando los cielos se abren y el espíritu se manifiesta, se halla ocupado en orar (III 21); ora, cuando es menester escoger los doce apóstoles (VI 13) o preparar la cuestión que provocará la confesión de Pedro (IX 18); al volver decisivo de su carrera, de camino hacia la ciudad que flanquea el Gólgota, es para mejor orar que marcha solo y precede la caravana de sus discípulos (Marc. X 32); no bien la cruz se vislumbra en el horizonte, su oración ya no cesa más (Luc. XXI 37); ésta llega hasta lo sublime en el jardín de los olivos (XXII 40-45) y palpita aun a través de su último suspiro (XXIII 46).

Durante los cuarenta días que prepararon su vida pública (Luc. 1-14), y más adelante, las numerosas noches en que a la luz de las estrellas del cielo oriental, se recogía en la montaña próxima (VI 12), bien al pie de un árbol, o bien en el fondo de una gruta, abierta al cielo, Jesús confundía su frente con el polvo de la tierra. Y ¿qué experimentaba? ¿Qué cosas decía a su Padre tan amado? Para manifestarle aquella confianza, todo aquel filial abandono que, según frase del P. Lacordaire, forma el aire respirable del amor, pedíale ciertamente el sustento y el vestido: "Panem nostrum quotidianum". ¡Mas cuánto prefería contemplar la irra-

distinguimos entre la visión beatífica de Dios de la que el alma de Cristo ha gozado desde el primer instante de su existencia, y el fruto natural de sus operaciones intelectuales. S. Th. Sum. Th. (III, 9, IX, A 4, 9, 12).

diación de Dios en la naturaleza, nombrar a los seres uno por uno, atraerlos hacia sí, prestarles un lenguaje y unir sus voces al canto maravillado de su alma, a su cántico de Adorador universal! No es, por cierto, que la imaginación me arrebate; no, la piedad bíblica, por otra parte, apoya esta opinión y algunos textos la confirman: "Sanctificetur nomen tuum" (Luc. XI 2)... "Confiteor tibi Pater" (X 21)... "In manus tuas commendo (XXIII 46)"...

LA BENEVOLENCIA

No creamos, por lo demás, que una ternura tal no se mueve sino a copia de ruegos. Excede al sentimiento, invade, penetra y anima la actividad toda entera. Es el amor efectivo en su más alto grado.

Cristo ama a su madre y se somete a su dirección con una obediencia que el evangelio señala (Luc. II 51); por lo tanto, desde que suena la hora de Dios: "in his quae Patris mei sunt oportet me esse" (ib. V 49).

Las lágrimas que de sus ojos brotan sobre Jerusalén (XXX 41) atestiguan cuán fino es el amor que profesa a su patria a pesar de sus extravíos y de su ceguera incurable; la libertad política de Israel, el encumbramiento de su raza, el homenaje de las naciones de la tierra rindiéndole vasallaje, las aspiraciones israelitas todo ello lo sacrifica, sin embargo, y sin protesta alguna, al beneplácito de Aquel que le envía (Matth. III 8-10).

Es necesaria asimismo la abnegación de sí propio. Para mantener en su reino el carácter interior y espiritual que responde a los planes divinos, y aun cuando el reconocimiento de su título mesiánico pueda verse comprometido por su manera de obrar, rehusa verificar el milagro que los Fariseos le reclaman (XVI 1-4). Tampoco admite que se atribuya a su persona la menor cualidad que no pertenezca sino a Dios: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino Dios solo" (Marc. X 18).

...Amar por amar, sin querer nunca sacar partido alguno de su amor, tal fué pues la vida de Cristo. Confundir hasta el último límite su voluntad con la del Padre, inmolarse por él en medio de la confusión de un infame suplicio y entre las afrentas de una agonía inexplicable; esa fué su muerte. Sublime realización de su mandamiento: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Es ese el primero y el gran precepto."

"El segundo, continuaba el Maestro, es semejante a ese: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Matth. XXII 37-39). Examinemos ahora el amor que Jesús se dignó prodigar a los hombres sobre la tierra, su carácter universal, afectivo y efectivo todo a la vez, cuidadoso del cuerpo no menos que del alma, desinteresado y tierno hasta con sus enemigos.

B.

EL AMOR A LOS HOMBRES

CARACTER AFECTIVO

La sensibilidad de Jesús se conmueve piadosamente ante la aldeana que acaba de perder una moneda de plata y barre la casa hasta que ha dado con ella (Lucas XV, 8), lo mismo que ante la situación de los pescadores que, durante toda una noche de fatiga, no han pescado nada (Luc. V 1-11), y ante la de los numerosos oyentes que, llegada la noche, y distantes como se hallan de las aldeas, van a carecer de alimento (Matth. XIV 13-21; XV 29-39); el hecho de que una cortesana en un arranque de arrepentimiento y de amor desate su cabellera[1] en su presencia, no deja de afectarle (Luc. VII 36-50); y esa su misma sensibilidad se emociona, y ¡oh! cuán profundamente, cuando el

1 Desatar su cabellera era, para una mujer, deshonrarse; Magdalena arrostra esa afrenta. Rose in o. c.

acompañamiento del entierro de un hijo único se le interpone un día en su camino (VII 13).

CARACTER EFECTIVO

Amor universal

Observad con qué bondad acepta que las mujeres curadas por él tomen parte en su vida familiar y le libren de los cuidados materiales (Luc. VIII 1-3). Considerad hasta qué punto le emocionan la simplicidad, el candor y la tranquila confianza de los niños (Marc. X 13-16). Si no desdeña los atractivos que les confieren, la juventud y la gracia, se hace por lo demás todo para todos, y, de golpe, su afecto se inclina y recae sobre almas sin honor y dignidad. Fariseos hay que son honrados con su visita (Marc. XIV 13, Luc. XIV 1-24); con gran escándalo de los rigoristas (Matth. IX, 10-13), va a comer en casa de un publicano; llama a Mateo, el pecador, para agregarle al colegio apostólico (ib. 9). Trata asimismo con benevolencia a los opresores y a los enemigos de su nación: se ha de pagar indistintamente el tributo al César (Matth. XXII 21), y el oficial romano, cuyo siervo se halla enfermo, es favorecido con un milagro (VIII 5-13). Otras veces, a despecho del exclusivismo tan recalcitrante de Israel, sana a los Gerasenos (Marc. V 1-2), luego a una Cananea (Matth. XV 21-28). ¡Cuánto no debió ser el resquemor de los Judíos cuando un día antepuso como mejor un ciudadano de la Samaria, tan execrada por ellos, a un sacerdote y a un levita del Templo! (Luc. X, 29-37.) Finalmente, conviene tenerlo en cuenta, Jesús no era nunca adversario personal. De conformidad con lo que había predicado: "Yo os digo, en verdad: amad a vuestros enemigos y rogad por vuestros perseguidores" (Matth. V 45), da a Judas el dulce nombre de amigo (XXVI 50) y el ladrón recibe, en los últimos momentos, el anuncio de su entrada en el reino (Luc. XXIII 43).

Es decir que el Cristo ama verdaderamente con un amor universal y efectivo. Se lo asegura a los hijos de Zebedeo (Marc. X 45): "El Hijo del hombre ha venido no para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate de un gran número". Anteriormente, en los comienzos de su ministerio, se había aplicado la más amable de las promesas mesiánicas: "El Espíritu del señor Jahvé reposó sobre mí, porque Jahvé me consagró con su unción: Me envió a llevar la buena nueva a los pobres, y me envió a curar a los que tienen el corazón contrito, a anunciar la libertad a los cautivos, y a los ciegos la vuelta a la vista, a librar a los que están oprimidos, a promulgar el año de las misericordias del Señor" (Luc. IV 18-19, Is. LI 1-2). Cuando la multitud se complace en rodearle y seguirle hasta hacerse importuna, Jesús no la rechaza nunca. sino que lleva a mal el que los discípulos aparten de su lado a quienes a él se dirigen (Marc. X 13). ¿Cómo pensar en señalar aquí sus exorcismos, sus milagros, la magnífica profusión de sus beneficios? "Clamant lapides", su recuerdo se perpetúa por doquiera, en la piedra y en la madera, en e: metal y ei vidrio.

Amor comprensivo

Porque no es que el Cristo sea "uno de esos ceñudos reformadores que van predicando consejos con la fría precisión de quien tira al blanco, y que dejan caer de lo alto, cual losas de piedra, sobre los puntos más sensibles de las almas, sus despiadadas palabras de enderezamiento, llenas del todo de una alegría sombría al ver que la humanidad sufre, por razón de que, d'cennos ellos, se lo tiene bien merecido, al ser ella pecadora".[1] ¡Oh, no! Si ama las almas en primer lugar, ama también el cuerpo que las envuelve, por más que ese cuerpo hubiere servido para el mal: no son los

1 *Revue de la Jeunesse*, 23 noviembre 1910. — B. Allo, *Le caractère moral de N. S. J. C.*

que están sanos, añade, quienes tienen necesidad del médico, sino los enfermos (Luc. V 31). Y he ahí precisamente el milagro de los milagros, que él que se presenta ante sus discípulos con exigencias morales tan altas, tan serias, tan rudas, pueda estar al mismo tiempo lleno de misericordia y de una ternura de mujer allí donde da con un alma que se revuelve impotente, en el pecado. El, para quien nadie hace nunca lo bastante, se contenta entonces con las más humildes resoluciones. El, que pone su fin tan alto, en el infinito, se alegra al comprobar el menor avance de un paso aún titubeante en la nueva ruta. El que quiere encender un incendio, alborózase al advertir una chispa del divino centelleo en un alma humana."[1] Los que nombrados están más arriba Zaqueo, la Samaritana, María de Maddala, y luego la mujer adúltera, los verdugos del Gólgota, equivalen a tantos otros hijos pródigos, a tantas otras ovejas perdidas en cuya busca va el pastor, dejando allá por un momento el conjunto del rebaño, y que conduce y lleva sucesivamente en sus brazos, con una alegría franca y casi exuberante (Luc. XV).

Amor desinteresado

Y qué importa que muchos le desprecien después: en el fondo no esperan el gran bien que se les viene encima; qué importa que mañana "todo ese pueblo salvaje reclame su muerte a grandes gritos, como la de un seductor, en el momento mismo en que un escéptico y cruel procurador romano mira de hallar manera cómo salvarle":[1] Jesús sigue siendo el hombre de manos bienhechoras,

manos hechas para bendecir y para enjugar las lágrimas.

Solamente los adversarios de su misión libertadora, los enemigos de su Padre y de las almas, incurren en

1 Bousset, *Jésus*, pp. 73-74.
2 Allo, o. c.

sus anatemas que la habitud del tiempo y el vocabulario profético hacen tan expresivos (Matth. XXIII; Lucas IX, 59-62; XIII, 22). Por lo tanto, aun entonces, lejos de ser infiel a su llamamiento de misericordia, lo completa; las heridas que hace son francas y van dirigidas a hacer desaparecer las llagas, no a volverlas incurables.[1] Si son unos malhechores quienes le ofenden personalmente, sin perjudicar a su obra, detiene a sus discípulos prestos a vengarla, reconviniéndoles: "¡No sabéis, dice, de qué espíritu sois!" (Luc. IX, 55).

—¿Conoces bien el amor, tú que hablas de amar?

se debería preguntar a los hombres que no han meditado el Evangelio.

El amor no duerme nunca, tampoco lo hace el sol...
sabe el arte de velar en los brazos del sueño;
sabe en la fatiga mantenerse sin lasitud;
sabe en la estrechez obrar sin servitud,
soportar fardos mil sin verse agotado,
ver objetos mil horripilantes sin ser turbado.[2]

Así, pues, ante la exclamación de sorpresa que un tal espectáculo arranca al crítico radical M. Bousset, un grito de admiración enajenadora brota del pecho del creyente, cuando considera la cualidad de ese amor con doble objeto, pero que mira a un solo fin: la gloria del Padre. Ese amor es a la vez armonioso, igual y constante, ningún otro sentimiento altera nunca la perfección sobrenatural.

C.

EL AMOR IDEAL

AMOR PERFECTO

A) "En Jesucristo, dice Mons. Bougaud, no se ve nunca una sola virtud a la vez, se ven siempre dos, tan

1 L. de Grandmaison, Etudes, 20 enero 1914, p. 135.
2 Corneille.

bellas la una como la otra, de donde provienen los contrastes más imprevistos, que acaban por resolverse... en una armonía perfecta". Así es que el amor al propender inclinar su corazón a la ternura, no por eso le ha de contagiar con nada de blanduras ni de debilidades. En ocasiones oportunas, es delante de los Saduceos, esos farrucos celadores del santuario, o delante de los Fariseos impecables, infalibles, cuando el Cordero de Dios ruge como el león de Judá, y como él, en un lance de energía aterradora, hiere (Matth. XXI, 12-17 XXII).

B) Si la bondad y la piedad llevan a Jesús a platicar sobre las peores degeneraciones, a sembrar el perdón, se mantiene, sin embargo, de su parte "en una austeridad, en una soledad e inaccesibilidad que nos sobrecoge de temor. No osamos medirnos con él, ponernos al lado del héroe, continúa M. Bousset. Subsiste con todo la conciencia de quienes creen en él; sus palabras son el aguijón que no les permite el descanso. Fija con claridad soberana la dirección en que debemos marchar, por lejos de él que hayamos de permanecer".[1] ¡Mayor elevación!, nos dice con la voz y el ademán, ¡mayor altura!

¡A través de esta escala de oro que acaba por perderse en Dios!

C) Porque, en su alma de hombre perfecto, ningún matiz de menosprecio altera los afectos, ni esa indiferencia universal que, en Buda, mezclábase con una benevolencia universal. Por el contrario, "perfecti estote"... "si vis perfectus esse"... (Matth. V, 48, XIX, 21): Convencido como está en verdad de lo que es la humana debilidad, estimula el esfuerzo, el enardecimiento, y de cada uno espera un manojo liado.

D) Fijémonos en un postrero contraste. El Cristo era humilde ante Dios y ante los hombres, mas "tenía

1 O. c., p. 72.

también conciencia de decir la última palabra, la palabra decisiva; tenía la certeza de ser el Consumador después del cual ningún otro vendrá. La seguridad, la fuerza simple de su acción, la irradiación luminosa, la claridad, la frescor de todo su ser se apoyan en ese fundamento. No se puede borrar de su retrato, sin destruirle, esa conciencia más que profética, esa conciencia de ser el consumador en persona con el que el curso de todos los tiempos y toda la suerte de los discípulos guardan una relación muy estrecha".[1]

AMOR IGUAL

Ese armónico amor, Jesús lo conservaba de un modo igual. Se ha hecho notar que los místicos proceden por saltos: abandonan momentáneamente su personalidad al espíritu que les domina; un algo fuerte extraordinario se apodera de ellos y los arrebata casi inanimados hacia cumbres inaccesibles. Mas el Maestro no conoce el éxtasis, y el tono de la excitación profética se encuentra muy raramente en él. M. Harnack, que lo confiesa, ha llegado bien a comprender que su nota dominante es la de un recogimiento silencioso, siempre igual para consigo mismo, tendiendo siempre al mismo fin.[2]

Mientras que los místicos, cerniéndose en las alturas, se embriagan de luz y de amor hasta el punto de olvidarse de las condiciones de este suelo por el que pasan como extranjeros; la contemplación del Cristo, tan intensa, sobrehumana, inaudita (Luc. X 18-21, XII 49-50, etcétera), no le absorbe apenas y no le impide reparar en las más humildes contingencias. La partida, el hospedaje, el retorno, el matrimonio y el sepelio, los palacios de los vivos y las tumbas de los muertos, el sembrador y el segador en los campos, el viticultor en medio de sus

1 Allo, o. c., p. 82.
2 Harnack, *L'Essence du christianisme*, pp. 50-52.

viñas, los obreros desvagados en la plaza, el pastor en busca de sus ovejas, el negociante a caza de perlas; y luego, en el hogar, la mujer cuidándose de su harina, de su levadura, de su dracma perdido, la viuda quejándose al juez inicuo, el alimento terrestre y su suerte, las relaciones espirituales entre maestro y discípulo; aquí la pompa de los reyes y la ambición de los poderosos, allí la inocencia de los pequeñuelos y el celo de los servidores, todas esas imágenes animan su palabra y la hacen accesible hasta a los espíritus de los niños". Y todo esto, añade M. Harnack, después de haber citado este pasaje de P. W. Schmidt, todo ello no significa solamente que hablaba en imágenes y parábolas, sino que atestigua cómo, en medio de la más fuerte tensión, gozaba Jesús de una paz interior y de una alegría espiritual constantes cual ningún otro profeta anterior a él las había conocido...

Amor constante

Constante, hemos dicho; porque ese perfecto equilibrio del alma, ese amor ordenado de los hombres y de su Padre celestial no sufrieron nunca mengua alguna. Aun en ocasiones en que el entusiasmo o una santa cólera transportan a Jesús, cuando arroja a los mercaderes del templo, cuando se pronuncia contra la afección demasiado carnal de Simón-Bar-Jona, no son las quejas egoístas, ni las mezquindades de la vanidad, ni el más leve eco de un cálculo interesado lo que mancha sus labios; y es maravilla como se guarda en sus contadas apocalipsis, de las extremosidades entonces tan generalmente traídas de boca en boca.

Por lo que al polo opuesto de los sentimientos se refiere, cuando la prueba abruma su alma, contempladle. El dolor, se ha dicho, es "un reactivo que pone en libertad los elementos más fundamentales de una naturaleza, destruyendo las actitudes artificiales que con

largo esfuerzo ha fijado en nuestra carrera hasta hacerlas habituales".[1] Ahora bien; meditad a san Mateo (IX 35-57, XIII 34-35, XXVI 6-14, 40-20). En su reto con los estoicos Jesús no niega que el dolor sea un mal. Le emociona por el contrario; gime cuando de él experimenta la acción; y cuando se ceba en su cuerpo o en su espíritu, para cubrirlo y penetrarle, exhala un quejido, dulce frecuentemente, algunas veces punzante. Mas su valor permanece el mismo exactamente. No, el Cristo no es el labrador que pone la mano en el arado y mira atrás (Luc. IX 62), ni es el hombre que levanta una torre sin haber calculado los gastos (XIV 28): sabe lo que quiere, y ni las grandes penas, ni las atrocidades, harán torcer su voluntad; se mantiene ésta, eso sí, igualmente distanciada de la fanfarronería y de la flaqueza.

Amor sin decaimiento

Los más grandes santos han pagado su tributo, aunque solamente fuese un instante, a la influencia de las fuerzas contrarias; y con ello se han apartado de la ley de la perfección. "Si decimos que somos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros", confiesa el discípulo a quien Jesús amaba (I Jo. 1-8); y parécele a san Pablo el cuerpo un lamentable instrumento del mal, un terreno fructífero para la muerte eterna (Rom. VII 24). Todos sufren. La distancia infinita que separa su naturaleza impotente y afeada de Dios con el cual pretenden unirse, les turba y les detiene; sus faltas personales levantan en el camino obstáculos tales que juzgan no poderlos vencer sinó por medio de crecidas penitencias. Nada de eso ocurre con el Maestro. Escuchadle. Dirige este reto asombroso a sus enemigos: "¿Quién de vosotros hay que me convenza de pecado?" (J. VIII 46). Llega hasta a decir que no hay modo de vivir bien sino a ejemplo

1 De Grandmaison, Art. cit.

suyo (ibid. XIII, 15). Así es que cuando dirige su mirada hacia la inaccesible luz donde habita el Padre, ninguna emoción inquieta su alma; si la baja, si la va dirigiendo sobre el fondo de su conciencia, nunca el temor, la pesadumbre, los remordimientos allí asoman. Por lo que se refiere a ejercicios penitenciales, su pasado no necesita de ellos, cuando su porvenir, por otra parte, no reclama sino ascensiones morales. Vive al día, con la alegría de un esposo en la fiesta de sus bodas, con la alegría del amor perfecto, cuya dulcedumbre quieren participar también de alguna manera sus apóstoles y discípulos.

"Jesucristo, nota Pascal, fué humilde, paciente, santo, santo ante Dios, terrible a los demonios, sin pecado alguno. ¡Oh! y como vino con una gran pompa y con una prodigiosa magnificencia ante los ojos del corazón y que ven la sabiduría. La trascendencia de su amor, o, si se quiere mejor, de su carácter moral, sorprende de tal manera que la Iglesia ha puesto tanto esfuerzo en demostrar que era hombre, contra quienes lo negaban, como en demostrar que era Dios; y las apariencias eran tan grandes". El argumento vale la pena de ser desarrollado. Se nos perdonará todavía el ir más allá para mostrar al lector que si el Genio puede deslumbrar la inteligencia humana, si la fuerza cierra los labios y hace doblar las rodillas e inclinar la cabeza, el Amor se insinúa dentro de los repliegues del alma en donde se abriga la conciencia, pone en juego los más secretos resortes, y diestramente, como por sorpresa, conmueve, emociona y se hace suya la voluntad.

* * *

Mas antes de establecer esa tesis histórica, mostremos como sirve, para refutar el comparatismo radical, e igualmente las pretensiones de los mitólogos moderados.

Porque el corazón no puede aceptar que el cristianismo, movimiento espiritual el más vasto y más caracterizado que jamás haya existido, haya carecido en sus orígenes de una personalidad en que apoyarse y de la cual procede. Si esa personalidad era imaginaria, si se la había fabricado pieza por pieza, con los trozos esparcidos en medio de la creencia mesiánica de Israel y los misterios orientales, *nuestra civilización estaría en efecto fundada sobre el vacío,* sobre locas combinaciones mitológicas; tanta riqueza de esperanzas y de fe como el Maestro encendió en el fondo de las almas, no hubieran sido sino espejismos, sus consolaciones nada más que engaño, *la virtud una ruin superchería;* y la razón exasperada por haberse engañado de una manera absurda y ridícula durante el curso de dos mil años, *debería perder la confianza en sí misma.* ¿Cómo hallar, pues, quien la garantizara que el deseo de la Reforma no inventó un Lutero? Las aspiraciones políticas del pueblo alemán un Moltke, un Bismarck, un Guillermo I, y el sueño comunista un Lenin? La historia le parecería una fantasmagoría y el mundo un teatro de ilusiones. Se precipitaría, la pobre, en el escepticismo universal, dichoso aún de no desfallecer.

En cuanto a los hechos en que nuestra argumentación se funda, helos aquí. JESÚS INSPIRA LA INTELIGENCIA, CONMUEVE LA SENSIBILIDAD Y REGULA LA MEJOR ACTIVIDAD DE LA MAYOR PARTE DE LOS HOMBRES.

II

JESÚS ES EL AMADO

"Jesucristo, añade todavía Pascal, habiendo convivido con los hombres en una obscuridad tal (según lo que el mundo entiende por obscuridad) que los historiadores, no escribiendo sino sobre los importantes asuntos de los Estados, le apercibieron apenas"... De hecho,

es otra maravilla que pide ser considerada, el que un hombre haya podido, por su solo amor, atraerse todos los hombres, ganarlos para su persona y su causa, no obstante la discreción de sus cualidades y de sus medios.

No le pidáis el prestigio de la CIENCIA. Las citas escriturarias que los rabinos exigían de sus discípulos, numerosas y fieles; la exégesis hábil para acomodar los textos a las significaciones más refinadas; las famosas siete reglas de hermenéutica de que habla la "Mischna" y que san Pablo aplica con una destreza, una subtilidad de razonamiento y un vigor tan señalado, ¿qué le importa todo ello? Él afirma y habla como autoridad. Su lengua es la del pueblo; si usa del rodeo sentencioso y rimado de que se valen con frecuencia los Semitas, no se sirve sin embargo de los adornos del prestigio oratorio y de esa afectada elocuencia, de esa hinchazón y sonsonete de las palabras llenas de que echan mano los tribunos.

Hasta su VIRTUD *trascendental no habla a los sentidos,* carece de ostentación. Las excentricidades de una ascesis exterior a la moda eseniana, una costumbre original, los ojos blancos y un aire acompasado, todo ello, lo menosprecia; su proceder en la vida común es el de todo el mundo, de tal manera que, para las malas lenguas, Jesús es un bebedor de vino, un amigo de los publicanos y de los pecadores (Luc. VII 34).

Por otra parte, deja a un lado el RECLAMO DE LA PROPAGANDA. ¿Cómo no oír a los Fariseos exigiendo a grandes gritos alguna señal del cielo, lluvia súbita, truenos, el pararse del sol o de la luna, voces celestes que proclamen la aprobación de Dios? Mas el Cristo mantiene su potestad por encima del clamoreo de las gentes. Obra sus milagros lo más frecuentemente en la sombra y a fin de atender a necesidades ocasionales, hasta prohibe que los voceen. Llega hasta a rehusar habitualmente el título de Mesías, y no le fué grato sino en los últimos tiempos de su ministerio. Leed una y otra vez el Evangelio. No hallaréis allí por cierto los

fáciles procedimientos de la demagogia, ese arte "de elevar una fachada a la que se revoca de bellas inscripciones y de grandes palabras: progreso, solidaridad, poder popular y detrás de las cuales se mira el logro personal".[1] Al contrario, la doctrina que el Maestro predica, la del reino interior y espiritual, disipa la antigua y dulce quimera de los Judíos nacionalistas; las promesas que consigo lleva nada tienen que ver con la dominación, las vanidades y las riquezas; cuando de la cuestión de la salvación se trata (Luc. XIV, 26, 27), es necesario que el discípulo sea capaz de sacrificarlo todo, su padre y su madre, su mujer y sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, hasta la propia vida.

...¿Cómo es, pues, que, con escasos recursos, con una táctica humanamente inhábil, Jesús haya podido imponerse a lo mejor de entre los hombres, iba a decir a la civilización entera, completamente? — En las estepas heladas que bordean el mar Blanco, mañana y tarde, el Samoyedo hace esta plegaria al sol a quien adora: "Cuando te levantas tú, yo me levanto, y me acuesto al acostarte tú". Así la humanidad se vuelve hacia Cristo; conscientemente o inconscientemente, ella regula su pensar y su sentir, su misma actividad a la Luz y al Calor que despide de veinte siglos a esta parte.

EL PENSAMIENTO HUMANO Y JESUS

El pensamiento humano hoy se esclarece a la luz del pensamiento de Jesús. "Al cabo de diez y ocho siglos, reaparece ese hombre ante nosotros... Se le encuentra en el cruce de los caminos que llevan a Dios y sobre los cuales casi todos dirigimos nuestros pasos para ponernos en contacto con el Criador; allí se le halla, inevitablemente, guardián acreditado de las avenidas del mundo divino, guía autorizado de los senderos y de pasos que sin él no pueden ser explorados. Todos,

1 H. Bordeaux, *La Croisée des chemins.*

LOS SABIOS, están en íntima relación con él y con él han de convenir a su manera: *el filósofo* que quiera interrogar la causa primera y fijar las leyes que rigen el mundo de los espíritus; *el historiador,* al que los documentos ponen en presencia de un hombre situado en el espacio y en el tiempo, el cual se declara enviado de Dios e hijo de Dios, *el moralista,* que se apercibe tarde o temprano de que las reglas de honestidad y de justicia han sido recapituladas y absorbidas por el discurso de la montaña, que han sido escritas dentro de un marco sobrenatural del que no pueden ser desplazadas, que han recibido un sello divino, inalterable, que les da la certidumbre y todo su valor; *el sociólogo,* que sueña en dar a los pobres y a los humildes, a los que deben trabajar diariamente para ganar el pan de cada día, la dicha verdadera, y que llega a convencerse de que las fórmulas eficaces y probadas han sido dichas por él—y que tiene otra hambre que la del pan".[1]

Almas vibrantes, *los artistas* experimentan con mayor viveza aun la seducción de Jesús. Suponed un momento que no ha existido, borrad con el pensamiento cuanto subsiste de él y de su influencia en los dominios de lo Bello. "Comenzad por *las artes plásticas.* Entrad en todos los museos y arrancad de sus murallas la imagen del Cristo. Haced desaparecer todos los cuadros en los que figura la Virgen. Apoderaos de las telas y de las estatuas que representan a los santos, a los mártires y a los apóstoles. Después de la pintura y de la escultura, pasad a la arquitectura y derrumbad las catedrales", las iglesias de las ciudades y aquellas, más íntimas quizás, al amparo de cuyas alas las aldeas se recogen como débiles polluelos...

A los dioses muy poco divinos adorados otro tiempo
El arte antiguo dedica el fronton y el ático;
No hace campear sobre sus templos estrechos
El puro arrebato de los campesinos extáticos.

1 Rose, *Etudes sur les Evangiles.* Introducción, XII-XIV.

Mas luego que el Cristo, hijo del hombre y verdadero Dios,
a las esperanzas de la tierra señala la otra vida,
El hombre para expresar su intimidad con los cielos,
Y los anhelos nuevos de su alma engrandecida;

A fin de atestiguar que nada hay aquí abajo
Con lo que su corazón devorador satisfacerse pueda,
El hombre hace se levanten, semejantes a brazos
Locos de deseo, los osados campanarios.

Y como para herir de un radiante amor
El Dios que lo ignoto de los espacios vela,
La flecha ajusta en lo más alto de la torre
Y el dardo hacia las estrellas.[1]

"Después de la arquitectura, *la música*. Borrad del mundo de los compositores Haëndel, Palestrina, Bach y tantos otros. Expurgad de las obras de Beethoven, de Mozart, de Pergolese, de Rossini, cuanto hay en ellas inspirado por la religión cristiana. Entrad luego en la esfera del pensamiento y de la poesía. Suprimid Bossuet, Pascal, Fenelón; descontad Polyeucto a Corneille, Atalía a Racine. Id siguiendo el nombre de Jesús en los versos de Lamartine, de V. Hugo, de Musset... Después de este ímprobo esfuerzo, entrad dentro de vosotros mismos. Abrazad con un solo golpe de vista los mil ochocientos años escalonados detrás de vosotros y mirad sin espanto, si ello es posible, el vacío que abre a través de los siglos esa sola cruz de menos en el mundo".[2]

Y no es que sean solo los sabios y los artistas, sino que es TODO HOMBRE, quien prueba el ascendiente de Jesús en su pensamiento. "No solamente, dice Pascal, conocemos a Dios por medio de Jesucristo, sino que no nos conocemos a nosotros mismos sino por Jesucristo. Si prescindimos de Jesucristo, no sabemos lo que es nuestra vida, ni lo que es nuestra muerte, ni lo que es Dios, ni lo que somos nosotros mismos". Ernesto Psichari escribió en términos casi equivalentes:

1 Luis Mercier.
2 E. Legouvé.

"Majencio no tiene otra razón para ir a Dios sino Jesús, ni otra razón, ni otro medio. No puede tener otra certeza fuera de Jesús, ni otro deseo que de Jesús. Y no puede tener otro acceso a Dios que Jesús, Dios y Hombre al mismo tiempo".[1]

Psichari iba entonces dejando atrás los senderos de la incredulidad. Cuantas almas le habían precedido, cuantas le siguen hoy, raquíticos espirituales atormentados por la necesidad de un poco de aire y de sol y de un alimento substancial. Aumenta esa multitud de día en día. "El hombre moderno, dice Foerster, es un enfermo cansado de comer piedras y que aspira después alimentarse con el Pan de vida. Soy yo uno de ellos; y creo saber que cuanto más uno tiene de moderno, ofrece más campo al Cristo y a la Iglesia. Los librepensadores no son modernos. Lo eran hace medio siglo".[2] Así es que "la cuestión religiosa tiene la primacía, no solamente en principio, sino en la vida universal, en la de cada uno. El, siempre El en todo, injuriado, negado, adorado. Nunca se ha hallado más presente en el mundo. El nombre de Jesucristo es menos frecuentemente pronunciado que en otras épocas, está sobreentendido en los mejores actos; allí está en amor o en odio".[3]

EL CORAZON DEL HOMBRE Y JESUS

Jesús allí reside en amor, en veneración o en odio.

EL ODIO

"¿Qué es esto, pregúntase Mons. Bougaud, quién ha engendrado ese odio contra Jesucristo? Mahoma no fué odiado, ni tampoco Numa, ni fundador alguno de

1 *Le Voyage de Centurion*, p. 231.
2 *Das Kulturproblem der Kirche.*
3 R. Bazin: *La Barrière.*

religión fue odiado. Monstruos como Nerón, Tiberio, Domiciano, no conocieron el odio sino un solo instante, odio que queda extinguido sobre su tumba. Solamente Jesucristo ha tenido el honor de un odio inextinguible. ¿Y ello a qué obedece? Vedlo: ello proviene de que no odiamos sino lo que nos traba, lo que nos suscita obstáculos, lo que nos aplasta". Los malhechores que acabamos de nombrar ya no tienen nada que ver con los hombres. El odio para con ellos sería demasiada dignación verdaderamente; se les paga, y ello basta, con el desprecio. "Sólo para con Jesucristo el odio cara a cara no ha cesado nunca, así como nunca tampoco el desprecio contra él ha existido. ¿Qué es lo que ello significa sino que Jesucristo no desarma jamás, ni disminuye jamás, que subyuga las pasiones y que es siempre rey y siempre vencedor?".[1]

A) Sojuzga las pasiones, se opone a los desórdenes eróticos. El escritor francés que, después de Renán, ha ejercido mayor influjo sobre el mayor número de espíritus, M. Anatole France, lo confiesa descaradamente. El poeta ha entrado, el viernes santo, en una iglesia, y ha visto orar con un sombrío ardor la mujer que le amaba:

Entonces, llorando sobre mí reconocí, pensativo,
Que me habías ganado esa mujer, o bello Judío,
Rey, del que las espinas ciñeron la rubia cabellera...
Dios de la virgen sabia y de la virgen necia.
Escrito está: por siempre jamás acabarás tú solo
Los más bellos amores que se ensayan en nuestros brazos...

Ese temor, iba a decir esa fobia, obsesiona al futuro cantor del "Jardín de Epicuro". Cuando compone "Las Bodas de Corinto", se le presenta aún una vez más, y uno de sus personajes, Hippias, separado de su prometida por un voto imprudente de la madre de Dafne, la expresa entre feroces imprecaciones:

1 *El Cristianismo y los tiempos presentes.*

¡Dios de los Galileos! Yo no te buscaba.
¡Oh Fantasma! vienes tú a resurgir ante mis pasos,
Tú levantas contra mí tu diestra ensangrentada!
Atiende, Príncipe impuro de una raza apestada...
Bueno te creí, a los reyes del éter semejante
Que piensan altamente y que al hombre quieren.
Te conozco al fin, Espíritu de envidia henchido
Espectro que vienes a turbar la fiesta de la vida,
Mal demonio, armado contra la humana especie,
Que arrastrar haces el canto de las lágrimas sobre tu camino,
Dios despreciador de las leyes, poderoso por la magia,
Oh príncipe de la muerte, cuya fría energía
No vale sino para helar nuestras vírgenes en nuestros brazos...

Otros autores no adoptan, para blasfemar de Cristo, para arrastrar su obra a las gemonías, ese color antiguo y ese aire. La lucha es seria y sin cuartel, expone M. Edgar Quinet. Aquí se trata no solamente de refutar el papismo, sino de extirparlo, no solamente de extirparlo, sino de deshonrarlo; no solamente de deshonrarlo, sino de hundirlo en el cieno".[1]

B) "Cuanto hay de grande sobre la tierra se une contra él, nota Pascal, los sabios, los reyes. Escriben los unos, los otros condenan, los de más allá matan. Y, no obstante todas estas opresiones, ese hombre llano y sin fuerza resiste a todos los poderes y somete a su imperio hasta a esos mismos reyes, a esos sabios y *a ese gente entendida...*".[2] Porque aquellos mismos que le persiguen y quisieran arrancarle ante las multitudes su celestial aureola, los negadores de su divinidad, no resisten a la virtud de su atracción. "Después de tantas vueltas y revueltas, les dice un sabio que les conoce perfectamente, vosotros os veis siempre atraídos de nuevo, por la misma exégesis alemana, en presencia de Jesús, objeto de contradicciones, y os es necesario resignaros al insulto si no os decidís a la adoración".[3] Ultrajan, mas no pocas veces la veneración les subyuga.

1 *Le livre de l'éxite,* 1857, p. 473. Citado por Lecanuet *L'Eglise de France sous la troisième république,* p. 30.
2 Art. XII, 29.
3 *Le Sens du christianisme,* conclusiones.

La veneración

A) Oíd a Strauss. "Imposible hallar persona alguna que le supere, ni aun que pueda adquirir después y, por él, el mismo grado absoluto de vida religiosa. Jamás será posible en tiempo alguno, elevarse por encima de él, ni concebir a alguien que le iguale".

En el momento en que deja la pluma, Renán siente como una chispa de emoción, y se entrega a arranques entusiastas: "Por el espacio de miles de años el mundo se realzó gracias a ti. Bandera de nuestras contradicciones, tú serás la señal alrededor de la cual se librará la más ardiente batalla. Mil veces más viviente, mil veces más amado después de tu muerte que durante los días de tu paso por aquí abajo, llegarás a ser tú de tal manera la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo sería trastornarle hasta en sus cimientos. Entre ti y Dios no habrá nunca más distinción. Plenamente vencedor de la muerte, toma posesión del reino en el que te seguirán, por el camino real que trazaste, siglos de adoradores!".[1]

"Quien toma el Evangelio, dice Harnack, y busca conocer a Jesús que lo reveló, comprueba que lo divino se mostró en él de una manera la más pura que es posible sobre la tierra".

Según Sabatier, Jesús no fué sino un hombre; mas. él mismo añade: el hombre en quien se reveló lo más perfectamente el corazón de Dios.

Y M. Loisy va con ellos "Se percibe por doquier, escribe, en sus discursos, en sus hechos en sus dolores, yo no sé qué de divino que le eleva por encima de la humanidad común, aun de la más aventajada".[2]

"Lo cierto es que fluye verdaderamente del carácter,

1 *Vie de Jésus*, p. 440.
2 *Le quatrième Evangile.*

de la figura de Jesús de Nazaret, como un río de vida viviente, atestigua M. Bousset. Por nuestra parte, nos ponemos en la corriente y nos dejamos llevar. ¿A dónde nos conduce? Lo sabemos apenas, al menos en lo que se refiere a nuestro porvenir terreno, en medio de todos los problemas en lucha de las cuestiones angustiosas y de los sombríos secretos que pesan sobre el presente; mas nos sentimos llevados por el torrente de la vida y decimos a esa guía de nuestras almas, a quien conocemos tanto cuanto nos es necesario aquí abajo conocerle: Sí, tú eres, en verdad, el camino, la verdad y la vida".[1]

Lo hemos visto, los arranques de admiración a tanto llegan algunas veces que hasta los críticos cuidadosos de poner el Cristo al nivel de la humanidad pura, emplean nuestro lenguaje cristiano. "En presencia de un tal ser, confiesa Stapfer, de un ser que tiene una tal grandeza moral y una tal compasión, que ha poseído una convicción tan absoluta, que ha tenido exigencias tan inauditas, que ha demostrado una abnegación tan entera y que ha gozado de una vida en Dios y por Dios tan profunda, tan intensa, tan evidentementet cierta, la expresión de Tomás no es demasiado fuerte, y se escapa de nuestros corazones y de nuestros labios; prorrumpimos ante Jesús en este grito de obediencia y de adoración: Señor mío y Dios mío!".

—Después de esto, pensad, Sr. Laicista, que no es *decoroso* el bromear, si el buen humor *a ello* os indujera. No sois vos, que yo sepa, Federico de Alemania, ni Laplace, ni Goethe, ni ninguno de los que Sainte-Beuve citaba entre los mayores modernos anticristianos; tenían ellos para hablar de cosas serias, los títulos todos que os faltan. Y por lo tanto, fijaos bien, continuaba el autor de "Port-Royal". Quienquiera que haya menospreciado completamente a Jesucristo, en el espíritu o en el corazón, anda falto de algo...

1 *Was Wissen Wir von Jesus?*, p. 72-73.

B) Esa ley, *muchos espíritus escépticos* llegan a justificarla por contraste, experimentando como una desgracia haber dejado a Jesús, y manifestando pesar de no *estar más con El.*

¡Oh! puesto que la noche remóntase al cielo ensangrentado,
Permanece con nosotros, Señor, no nos dejes más, quédate!
Sostén nuestra carne débil, ¡oh fantasma celeste!
¡Sobre toda nuestra nonada, sola realidad!
Los valles vense llenos por la sombra de los grandes montes,
El siglo va a finir en una congoja inmensa;
Tenemos miedo y frío en la noche que comienza
Quédate con nosotros, Señor, porque te amamos.[1]

¡El Cristo! Máximo Ducamp, de la Academia Francesa, había al cabo de mucho tiempo perdido sus huellas, mas dice en el prefacio de un libro célebre en tiempos pasados, "si lograba yo descubrir el camino de Damasco, iría a solazarme con él".[2]

"¡Ah! suspira René Maizeroy, Jesús ¿no reaparecerá más sobre la tierrra para devolvernos la fe, para exhumarnos de ese fango en el que agonizamos, en el que nos abatimos como *aquellos* consumidores de cosas inmundas y a quienes se arrastraba a las puertas de Cartago?".[3]

Y Loti, el novelista tan leído que no cree en nada, ni en nadie y que a nadie ama, escribe: "¡Oh! Cristo de los que lloran, oh Virgen apacible y blanca, oh todos los mitos adorables que nada alterará después, oh vos solos que dais el denuedo de vivir a las madres sin hijos y a los hijos sin madre, oh vosotros que a las lágrimas las hacéis fluir más dulces, que ponéis, al borde de la hoya negra de la muerte ¡vuestra sonrisa, benditas seáis!..." "Y nosotros, continúa el malhadado escritor, nosotros que os hemos perdido para siempre, besamos, llorando en el polvo, las huellas que vuestros pasos dejaron im-

1 Juan Aicard, *Emmaüs.*
2 *La Charité privée à Paris.*
3 Citado por *La Croix,* julio 1892.

presas al alejarte de nosotros..."[1] ¿Para siempre? No, Loti no lo creyó. Emprendió exprofeso el viaje a Jerusalén para hallar de nuevo a Jesús. "¡Oh! sí, gemía él allí, por más que los hombres hagan y digan lo que les venga en talante, El permanece de veras el inexplicable y el único! Desde que su cruz aparece, desde que su nombre es pronunciado, todo se apaga y se cambia: los rencores se disipan y se entrevén los renunciamientos que purifican; ante el menor crucifijo de madera, los corazones *altaneros y duros vuelven sobre sí,* se humillan y comprenden *perfectamente* la piedad. Es el creador de los incomparables anhelos y el mago de las eternas aspiraciones. Es el maestro de las consolaciones inesperadas y el príncipe de los perdones infinitos. Y en este momento, por cosa rara que pudiere parecer proveniendo de mí, quisiera yo decir a aquellos de mis hermanos descreídos que me han seguido al Santo Sepulcro: Buscadle, vosotros también; intentadlo... puesto que fuera de El no hay nada!"

—Hay, pues, que asombrarse que el Cristo conquiste para sí lo que, según Napoleón, es lo de más difícil obtención, lo que un sabio demanda vanamente a raros amigos, un padre algunas veces a sus hijos, una esposa a su esposo, un hermano a su hermano?

EL AMOR

"La intimidad con el Cristo, dice Newman, ha sido en todo tiempo, la nota característica y como la definición del Cristiano. ¡Acuérdome, hace ya largo tiempo, de haber oído a uno de mis amigos anglicanos confesar la perplejidad en que le ponía la lectura de un libro de devoción católica. Este autor, decía, escribe como si tuviera una suerte de apego personal al Señor. En lugar de creer sencillamente en la doctrina de la redención, es como si le hubiera visto y conocido, como si hubiera

1 *Matelot,* p. 241-232.

vivido con él. Y este fenómeno llama poderosamente la atención de todos los no católicos, cuando entran en nuestras iglesias".[1] Y hay motivo ciertamente de que se admiren, porque al fin,

Visus, tactus, gustus in te fallitur...

"He apasionado a las multitudes que daban su vida por mí, decía aún Napoleón, mas era precisa mi presencia, la electricidad de mi mirada, mi acento, una palabra mía... Hoy que me hallo en Santa Elena, en tanto que estoy solo y clavado sobre la roca, donde están los cortesanos de mi infortunio? ¿quién por mí se conmueve en Europa? ¿dónde están mis amigos? ¡Qué abismo no media entre mi miseria profunda y el reinado de Jesucristo, predicado, amado, adorado y viviente en todo el universo!..."[2]

A) Sería preciso para comprender bien lo que el amor de Cristo obra en lo más selecto de los mortales, leer algunas biografías de santos o las efusiones de los místicos. Y sería ello un poco largo. Bastará que uno se limite a saborear los capítulos séptimo y octavo del segundo libro de "La Imitación" o, más sencillamente, estos nobles versos de Arsenio Vermenouze:

Vos sois mi Señor y mi Dios: yo os amo,
No por los esplendores de vuestro Paraíso,
Sino porque, naciendo para nosotros en humildísima estancia,
Comenzasteis por amarnos vos mismo.
Porque los pies vuestros, y las manos, y vuestra frente pálida
Sangraron largamente sobre un patíbulo, en tanto
Que vuestros brazos se alzaban, suplicantes y yertos,
Como para desarmar la Justicia suprema;
Porque, en fin, vos, Dios todopoderoso,
dijisteis: ¡Comed mi carne, bebed mi sangre!...
Y con ellas alimentáis la raza humana,
Es por ese tierno amar sublime y violento,
Que el mío, hasta vos, remontándose en un vuelo,
Al pie de vuestra Cruz para siempre más me encadena.

1 *Sermons on various occasions.* Citado por H. Brémond, *L'Inquiétude religieuse.*
2 *Mémoires,* citado por Augier.

Fácilmente se comprenderá, después de eso que muchos cristianos se aislen en el claustro o entre lejanas tribus salvajes, a fin de que "el hombre disminuya a sus ojos mientras el Cristo se agranda allí siempre". Quedos en su país y mezclados entre la multitud, otros no son menos amantes. Asumen o aceptan, como una cruz, el deber o el dolor; ejercitan su vida sobre la montaña del Calvario, porque "el sacrificio es la mitad del amor, y nadie sabe amar que no sepa inmolarse".[1]

Crucificado, la sangre de tu corazón sobrehumano
Tu sangre de Dios hecho hombre y que salva la raza,
Con su rojo destello ilumina mi camino,
Como un fuego del alba, a lo lejos, irradia sobre el hielo.[2]

—Perdón, Señor, añade el poeta, como si acabara de expresar una ambición demasiado levantada,

Perdón, Señor, ahogo en mí ese grito de orgullo.
Yo no soy nada.

—Se había entregado al amor, ese enloquecedor vértigo, orgullo había vislumbrado en el porvenir

Su nombre marcando en pos de sí una bella estela luminosa;

mas de pronto

¡Heme aquí, pues, Señor, envuelto en Vos!
La sombra de vuestra mano pesa sobre mi pobre alma;
Y como en una jaula ardiente un león fiero,
Mi ser está cercado por vuestras llamas.

En pos de miles de convertidos y a ejemplo de los fieles, desprendía al fin a "Jesús del trono de su suplicio, se arrodillaba ante él, se prosternaba tan cerca del suelo como podía, y allí, rasando con la tierra, le besaba con un indecible ardor, los pies ensangrentados". y ¡cuán vanos le parecen entonces los apasionamientos del mundo, sus anhelos e ilusiones! El Cristo llega á ser para él el centro y el foco, el sol de todas las cosas; y en su

1 Lacordaire.
2 Manuel Delbousquet.

estepa actualmente fecunda, los Samoyedos cristianos cantan su himno:

Llegue a ser, sí, mi corazón una fuente cerrada
Cuyas invisibles aguas no canten sino para Ti.
Que marcado por Tus Manos con el signo de la Fe,
Este Corazón no se abra más sino a Tu voz bien amada.
Que su onda confundida con la perfumada onda
Que fluye de Tu Corazón a lo más hondo de mí
En sus expansiones no siga sino la ley
Que la quiere toda pura y para siempre sosegada.[1]

—Su amor permanece sin embargo humilde de veras y temeroso... Aún al precio del sufrimiento que las disciplinas nuevas entrañan, no aspiran sino a servir:

Mas recibir jamás el celestial abrazo,
¿Es posible? Un día, poderlo hallar
En vuestro seno, sobre vuestro corazón que fué el nuestro,
¿El sitio en que reposa la cabeza del apóstol?...[2]

No. A ejemplo de las almas puras, se consideran indignos: La humildad es la señal del verdadero anillo.

Y que soy yo más pobre que ningún otro
Lo sabéis Vos todo ello, todo ello,
Mas lo que tengo, Dios mío, os lo entrego.

—Todo, hasta la vida, toda entera y en detalle.

Permíteme el arado conducir
Por el campo de la Iglesia, a la conquista ir
Del alma a la que atormenta y arrebata la tempestad,
Penar por el pecador, que un día, rendido caiga,
Cansado, molido, muerto—mas con las armas al brazo.
Si yo pudiera entonces, como suprema gracia,
Verter la sangre pálida de mi cuerpo que fallece,
Mezclar con tu sangre, y salvar a ese precio
Tu gloria anublada y todas tus ovejas—
Habría yo al fin sentado el pináculo sublime
De un Amor que al pie del Tabernáculo se abre,
Cuando, arrasados en lágrimas los ojos y el corazón dilatado,
Bebía yo largamente la Sangre de tu Costado...

B) Hago mal en hacer hincapié de ese modo entre los

1 Ch. Grolleau.
2 Verlaine.

espíritus selectos. Luis Bertrand vió el sepulcro del Maestro, en Jerusalén, rodeado del fervor de los labios en oración. En torno de él había moujicks, pobres seres vulgares, con aspectos degradados por la miseria. Y, como por ensalmo, con tocar esta tumba de resurrección, iluminábanse de una belleza radiante. "¡Qué amor es pués ese, exclama él, para que al penetrar en una bestezuela humana, la transforme así en una criatura espiritual, y que en sus ojos obscuros y sobre sus labios celestiales, haga se destaque un alma vestida de claridad."[1]

Allí, donde la civilización ha vuelto los ojos limpios y los labios menos groseros, la cruz de Jesús es venerada por doquiera. Vela los difuntos, señala las sepulturas, y sus brazos amantes se extienden sobre cada hogar para defenderle y esparcir allí sus beneficios.

—"Ignoramos con frecuencia la profundidad de nuestro propio amor; ha dicho Bourget; y aquellos a quienes amamos, no lo sospechan tampoco, y ello es una de las tragedias de la vida. Menester es que la separación nos haga ver claro en nuestros corazones". La separación o cualquier otro sufrimiento. Aquellos mismos que pasando todo el santo día en labor servil no prestan a la imagen de Cristo sino una atención distraída y la rutina de oraciones comunes, sienten vivamente, en la hora de las angustias, del dolor y de la muerte, cuán dulces son las confidencias que la cruz escucha y qué riquezas de salud, de esperanza o de consolación encierra. Otros hay, cuya alma es más noble, mujeres y doncellas a quienes el corazón llega a enloquecer un momento, mancebos apasionados, hombres ofuscados por el espejismo del oro, que le piden la fuerza de guardarse intactos.

Oh Señor, cada vez que a los festines de la tierra
Mis pies lejos de Vos me lleven, al momento

1 *Revue des Deux Mondes;* octubre 1909.

Que sueñe yo en vuestros pies agujereados sobre el Calvario
Y me horrorice al ruido siniestro de los martillazos.

Cada vez que mis manos, para la oración hechas
Coger quisieren la flor de los pecados capitales,
Que yo sienta estremecerse su palma temeraria
Bajo vuestros Clavos afilados al modo de cuchillos.

Y cuando el alma turbada y el corazón en derrota
Furtivo, descendiere por las dudosas rutas
Hacia los campos del Mal en los boscajes perversos.

Que de repente como en este instante evangélico
Se levante ante mí Vuestro Patíbulo trágico,
Deteniéndome al pasar con Vuestros Brazos abiertos.

...Y puesto que, en resumen, el corazón y el pensamiento del hombre experimentan hasta tal punto el ascendiente de Jesús, ¿puede sorprendernos que, *ora de una manera consciente, ora inconscientemente, regulen los hombres sus actos principales conforme a su historia, a su doctrina y a sus preceptos?*

LA ACTIVIDAD HUMANA Y JESUS

LA ACTIVIDAD RELIGIOSA

La actividad religiosa de los hombres se ajusta en una buena parte sobre los episodios de la vida del Salvador. Gira sobre el domingo, memorial de la Resurrección. Cada día aquélla se despierta con el alba, se detiene en el punto del mediodía y adormécese cuando anochece, mientras el "Angelus", volando jubiloso por los aires, esparce a través del tumulto de las ciudades y sobre la paz de las campiñas el recuerdo de la Encarnación. Navidad, las Pascuas de Resurrección y de Pentecostés y la Ascensión la sostienen y la perpetúan.

LA ACTIVIDAD PROFANA

Se despliega alrededor de los templos donde el Maestro vela. En cada ciudad, su templo es el más hermoso de los palacios; en cada villorrio, es la más bella

de las casas todas. Mauricio Barrés ha hablado de la influencia social de las iglesias, de como ellas sanean la tierra: la planta humana se desarrolla mejor en la atmósfera purificada por ellas. ¡Oh! lejos de nosotros el pecar de exagerados. Existía la humanidad antes de Cristo, penaba antes de la erección de las iglesias; mas, observa finamente Mons. Baunard, cierto es que uvas hay, viñas hay en junio y en el mes de octubre; sólo que ocurre estar las mismas en junio verdes y maduras en octubre! El sol ha dejado sentir allí su benéfica influencia.

Hoy, esa actividad lleva impreso el carácter de Jesús—no pocas veces sin darse cuenta de ello, como lo ha hecho constar Barrés; con mayor frecuencia en las horas capitales del amor, del dolor y de la muerte, con una consciente fortaleza.

A) Bourget lo declara: "Al modo de un huracán que se desata y hace caer sucesivamente las flores, los frutos y las ramas, para no dejar sino el tronco de un árbol empobrecido y despojado; así el soplo impetuoso de los afectos malos revuelve y hace desaparecer todos los sentimientos tiernos y las delicadezas exquisitas del corazón más abnegado". Al contrario, porque reprime el egoísmo, porque saca sus mejores energías de un foco sobrenatural, el amor purificado, esclarecido, sostenido por el Cristo, es inmortal como Él. Él inspira ese tacto, esas ternuras preparatorias, esa abnegación sencilla pero siempre vigilante y jamás saciada que transfiguran la persona amante al mismo tiempo que colman de felicidad la persona amada.

"—Os acordáis de haber entrado alguna tarde en una capilla?

—Sí, con usted.

—Una capilla sombría, alumbrada solamente por la lámpara del tabernáculo. Paréceme que nuestro corazón se encuentra de igual manera.

—¿Nuestro corazón?

—Sí. El corazón es él bien obscuro, bien desconocido. Mas la lámpara que brilla en el santuario, es nuestro amor. Allí está, que vela y ruega. Amar, es ver más claro en sí mismo, es retirar de la sombra nuestros actos y nuestros pensamientos. No aparta uno de la sombra las faltas y los crímenes. Puesto que el amor implica la luz, amar es, pues, desear ser mejor.

Y casi en voz baja, como hablando consigo mismo, añade ella

—Yo, cuanto más amo, menos puedo hacer el mal".[1]

Y que no se me hable, a este propósito, de sensibilidad femenina. Cuando un íntimo contacto con su persona, plegaria o comunión, pone a Jesús en un mismo plano de amor, cuantos hombres tienen sobre sus labios el elogio que Raymond Bercy dirigía a Margarita Roquevillard: "El poco bien que yo te hago se debe como a la causa. Poco a poco me llevará hasta ti. Los hombres como yo, los hombres todos están flotantes entre el bien y el mal, entre la abnegación y el egoísmo. No reflexionan, son arrastrados por toda la mediocridad de la vida. Mas basta muchas veces un impulso para que tomen la delantera. Tu amor me dió ese impulso, Margarita.[2]

B) Bajo el peso de la prueba, una ternura tal se exalta con facilidad hasta lo sublime. Qué sacerdote no lo ha experimentado diversas veces con verdadera edificación suya? "A qué se reducen, dice Mons. Bougaud, todos los esfuerzos de los hombres frente a frente del Dolor? O a negarlo, lo cual es una locura, o probar de suprimirlo, lo que es un puro sueño, o a odiarlo, lo que no sirve sino para aumentarlo, o a pensar en distraerse y olvidar, lo que no es sino añadir, una tumba a otra tumba, sepultar por segunda vez aque-

1 H. Bordeaux. *La robe de laine,* p. 216.
2 *Les Roquevillard.*

llos a quienes se ha amado con mayor ternura". Mas vale ir al Cristo.

El es de aquellos que nada poseen,
Es El el de los días desesperados, de las horas
En que los umbrales todos nos están cerrados;
La mano tendida es El cuando la angustia
A la garganta nos estrecha y ternura alguna
No hay allí para nos amar.

Era joven y bella. Su alma se absorbía en la plenitud de la dicha humana cuando un día, un accidente común le arrebató su esposo. Pobre mujer, víctima demolida por el rayo. "No está para darse cuenta de quienes la rodean y fijan en ella sus miradas desoladas: A sí misma se dirige, inconsciente y extraviada, las palabras reprimidas que salen de su garganta apretada, las interjecciones que irrumpen sin interrupción y descubren las horribles cosas que pasan en el fondo de su ser. Su semblante permanece inmóvil, sus ojos esquivos". Un sacerdote allí se halla, antiguo amigo de la familia. Le muestra a esa viuda arrasada en lágrimas el cielo, el lugar de las reuniones supremas. Mas en vano. Levántase súbitamente, y tomando a la desgraciada por la mano, la hace entrar en el cuarto mortuorio. El sacerdote arrodíllase y ruega. "Arrójase ella sobre su Geraldo que parece dormir, deposita, en su viva locura, un beso ardiente sobre aquellos labios cerrados que parecen aún sonreir. Al momento se alza dejando oír un grito de terror desgarrador: ¡Oh, cuán frío está! El eclesiástico se levanta también y muestra a la desesperada el crucifijo que el difunto retiene entre sus dedos exangües, y con una voz reprimida por la emoción: "Dios mío, insinúa él, ofrézcoos mi dolor por mi esposo querido. Quiero ser aniquilada por él para que él sea dichoso" ¡"¡Oh, sí! repuso la pobre mujer, Dios mío, yo acepto y lo ofrezco todo por él!"—Y los suspiros que no podían brotar se desbordan; las lágrimas fluyen amargas más confortadoras. Desde entonces, el camino está a la vista. Sus ojos fijos en el divino cru-

cificado, la víctima humana avanza en la vida, la cruz sobre las espaldas y la esperanza en el corazón".

Luis Veuillot escribía después de haber visto morir a su mujer y a tres de sus hijas: "Nunca mi corazón se ha visto más deshecho, y nunca se ha visto rodeado, por otra parte, de tanta seguridad y luz. No hay alegría alguna en este mundo con la cual yo quisiera trocar mi inmenso dolor".

Y todos hemos leído en el *Relato de una hermana,* cuál fué la resignación de Madame de Ferronnays, después de la muerte de aquel a quien ella había únicamente amado. "Su primera vida, nos dice Mons. Bougaud, tan feliz, no le pareció más bien sino como una pálida aurora, el anuncio balbuciente con palabras toscas de la misión que la esperaba". Y como le dijera su hermana: "Mas si ante tí se volviera a reconstituir la vida tal como tú la habías soñado con Alberto, y que se te prometiera por largos años?" A lo que contestó ella sin vacilar: Bien está: no la volvería a aceptar".

Almas escogidas se dirá. Indudablemente. Mas el contacto con la cruz y la palabra del Maestro es tan fecundo, por poco que se prolongue, que hasta los cristianos medianos se hallan ennoblecidos. ¡Aquí todavía la experiencia debe hacerse discreta. ¿Quién no conoce con todo eso la historia de Francisco Coppée, el convertido de los *Frutos del dolor*"? "Todo cuanto sé, escribe, es que esta misma palabra escuchada y comprendida por mí en horas crueles tuvo aquella prodigiosa virtud de hacerme amar mis padecimientos. Salgo de mi prueba físicamente aminorado y destinado a soportar probablemente hasta el último de mis días, la esclavitud de una enfermedad muy penosa. Sin embargo, porque tengo leído y meditado el Evangelio, mi corazón está no solamente resignado, sino lleno de calma y de valor. No hace dos años, contando aún con cierta salud, más experimentando ya los primeros achaques de la edad, veía llegar con espanto la vejez, la solitaria vejez, con su con-

sejo de tristezas, de disgustos y de pesares. Hoy que ella me abruma prematuramente, la acojo con firmeza, qué digo, casi con alegría, porque si no llamo los dolores y la muerte, al menos no les temo más, habiendo aprendido en el Evangelio el arte de sufrir y de morir".

c) ¡La Muerte! también ella toma un aspecto nuevo, transfigurado a la luz del Cristo.

Con todo y el gran horror que la muerte lleva en su semblante, quiero, decía la vigilia misma de su tránsito, un discípulo de Malherbe, el presidente Meynard,

Quiero afrontándola mostrar que mi ardimiento
No es un enemigo que pueda ella derribar.
¿Mas que digo, enemigo? de ella soy amoroso:
Sin pasar por la tumba posible ir no fuera
A la hermosa mansión a donde Jesús nos llama.

¿Qué digo llama? no, Jesús no espera. Se apresura, se presencia bajo las especies eucarísticas, como un piloto, en el lamentable bajel desamparado, casi destrozado que es el moribundo. La noche va cerrando, negros pájaros lanzan su graznido de siniestro *agüero,* las ráfagas azotan el océano sembrándolo de escollos, y cuán fúnebre no parece el boquete por donde, las amarras todas aflojadas, menester es dar un adiós a la vida de *este mundo.* Valor y confianza cuando menos.

Porque la vela de Cristo con su inmensa anchura
Al puesto llega de la eternidad.

* * *

¿Habrá hombres *dotados de sensibilidad* y de razón, que conociendo perfectamente el prestigio que Cristo ejerce sobre el pensamiento, sobre el corazón y sobre la actividad universal de los cristianos, y que, ante su belleza moral y su amor, se muestren o permanezcan insensibles? Estos hombres tendrían tan hundido el espíritu en la carne, y la carne tan sujeta a la ley única de los sentidos, que la fulminante maldición de Pascal recaería sobre ellos: que se satisfagan y que mueran.

Mas a vosotras, almas enamoradas del ideal, a quie-

nes Jesús fascina, emociona e inclina a una fecunda ternura, es a vosotras a quienes el célebre polemista os dirige un mensaje de esperanza y de alegría. "Aquellos, dice, que buscan a Dios de todo corazón, que no tienen más desazón sino la de estar privados de su vista, que no tienen otro deseo sino el de poseerle ni otros enemigos sino aquellos que de él les desvían, que se afligen por verse rodeados y dominados de tales enemigos, que se consuelen, les ofrezco yo una venturosa nueva: un libertador existe para ellos, yo se lo haré ver, les mostraré que hay un Dios para ellos; no lo haré ver a los demás".

Ah! Si Pascal hubiese podido cumplir su promesa y conduciros al lado del Salvador prometido! Los maestros de la apologética le reemplazan hoy en esa tarea. En qué manera y con qué argumentos lo van a exponer en pocas palabras las páginas que siguen de este trabajo.

* * *

Mas para apreciar con seguridad la misión y la personalidad del apacible Maestro Jesús, es menester, de antemano, estudiar el valor de los documentos que nos informan sobre é'. ¿Son posteriores con mucho al hecho que narran? ¿Sobre qué fundamentos se apoyan?; ¿y las fuentes de que proceden han sido falseadas alguna vez de una manera o de otra? Más brevemente: ¿contamos en nuestras manos con atestados o partidas auténticos y verídicos que la historia pueda acoger con confianza y hacer valer su testimonio?

Vamos, pues, a someter a una crítica leal los Evangelios Sinópticos, los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas de san Pablo.

Las fuentes

Los Evangelios Sinópticos
Los Hechos de los Apóstoles
Las Epístolas de San Pablo

Con cuanto llevamos dicho acerca del segundo evangelio y de las Epístolas de san Pablo, echados quedan los cimientos de la existencia personal de Jesús.

Mas una demostración que tiende a definir en su justo punto la misión y la personalidad del Maestro de Nazaret, requiere un estudio más detenido de las fuentes de que se sirve.

Menester es, pues, que establezcamos cómo los Evangelios sinópticos, los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas de san Pablo provienen de testimonios autorizados, cuyo testimonio recae sobre hechos y palabras auténticos, sobre una historia garantizada tanto en sus pormenores como en su conjunto.

CAPITULO PRIMERO

I

Los Sinópticos

Estos libros que no han sido precedidos, ni acompañados, ni seguidos, de nada que se les parezca.

J. Blass.

Los tres primeros evangelios, el de Mateo, el de Marcos y el de Lucas, ofrecen un cuadro de perspectiva general del Mensaje cristiano: σύνοψις; se los puede disponer en tres columnas paralelas, tan armónicamente relacionan los mismos sucesos y los mismos discursos, con un mismo orden y con términos idénticos o sinónimos.[1]

Si los consultamos preferentemente, no es que la fisonomía muy particular del cuarto evangelio suscite sospecha alguna razonable. Juan no inventa cosa alguna; completa la tradición histórica de sus predecesores. Mas porque expresa el pensamiento de su Maestro en una forma que refleja la experiencia adquirida y deja entrever el trabajo íntimo propio de las largas meditaciones,[2] la crítica suscita en torno de su libro ciertas di-

1 Cerca de la tercera parte de su contenido (350 a 370 versículos) es común a los tres. Además, Mateo tiene 170-180 versículos comunes con Marcos y 230-240 comunes con Lucas. Lucas tiene, de su parte, 50, comunes con Marcos. En pocas palabras, Marcos no tiene sino 69 versículos (sobre 677) que no se hallan en uno al menos de los otros sinópticos; Mateo, 330 (sobre 1.070); Lucas, 612 (sobre 1.158).

Estos relatos paralelos presentan, sin embargo, diferencias numerosas de palabras, de giros, de orden cronológico y de agrupamiento.

Las dos comprobaciones constituyen el hecho sinóptico, y plantean la cuestión sinóptica: ¿cómo explicar a la vez estas semejanzas y estas diferencias?

2 Lepin, *La valeur historique du 4e. évangelie*, p. 401.—"Juan subordina el aspecto histórico de la vida de Cristo al aspecto doctrinal y religioso... El apóstol se aplica en hacer resaltar la significación profunda de los hechos y de las palabras de Jesús. Escoge de entre los milagros un spécimen típico y mayor que comenta a continuación, extrayendo del signo material su alcance espiritual. Se trata, por ejemplo, de la multiplicación de los panes: Juan muestra en Jesús el pan de vida, el alimento de las almas. En el hecho de la curación del ciego de nacimiento: Juan muestra en Jesús la luz del mundo. Trátase de la resurrección de Lázaro: Juan muestra en Jesús al maestro de la vida". L. de Grandmaison, *Les Evangiles comme sources de l'histoire du Christ*. Sexta lección.

ficultades con las que la Apologética no debe, a nuestro parecer, entretener su marcha, porque la exegesis las resuelve de una manera satisfactoria.[1]

Un solo punto nos interesa exclusivamente: preguntamos de nuevo otra vez, ¿son los sinópticos utilizables a título de documento histórico? ¿Reproducen en su substancia el testimonio que testigos autorizados y verídicos adujeron sobre los hechos y dichos de Jesús? Para saberlo, menester es, de buen principio, inquirir quien compuso estos documentos, dónde y cuándo, y según qué fuentes; luego, determinar su sentido, lo que ha querido decir cada autor, lo que significa su lenguaje, cual es el alcance de sus afirmaciones. Sea un doble problema el que vamos a resolver, el uno, de autenticidad, y el otro, de historicidad.

A

AUTENTICIDAD DE LOS SINOPTICOS

"Los sinópticos, escribe Mons. Le Camus, son, por decirlo así, un trabajo anónimo, la resultante escrita de la evangelización fragmentaria y oral... (ellos) nos transmitieron lo que se predicaba y como se predicaba",[2] y de hecho, en la aportación personal de Mateo, de Marcos y de Lucas, la crítica reconoce generalmente hoy un fondo común, que proviene de fuentes más antiguas, representadas por tradiciones y por documentos relacionándose ellos mismos íntimamente con la catequesis apostólica. De ahí para el apologeta la obligación de establecer una primera tesis:

1 Cfr. Duchesne, *Histoire ancienne de l'Eglise*, t. I. Jacquier, *Hist. des livres du N. T.*, t. IV. Lebreton, *Les Origines du Dogme de la Trinité*. Lepin, o. c., y *L'Origine du quatrième évangile*. — Véase también *Rev. Apol.*, 1.º agosto 1923. Guenser *Pour l'historicité du quatrième évangile* y *Collationes Gandavenses*, oct. 1910. El autor de este último artículo, M. el canónigo Van Ongeval, resume en el n.º precedente de la misma revista (julio 1910) el estado de la controversia y las decisiones de la Iglesia.

2 *Fausc exégèse, mauvaise théologie*, p. 37.

I.—LA CATEQUESIS APOSTOLICA REPRODUCE EN SUBSTANCIA LOS DISCURSOS Y ACTOS DE JESUS

La Catequesis

"Lo que os digo en las tinieblas, decidlo en pleno día, y lo que oís al oído, publicadlo sobre las techumbres" (Matth. X, 27). "Id, pues, haced discípulas todas las naciones... enseñándolas a guardar todo lo que yo os he mandado". "Seréis mis testigos en Jerusalén y en Samaria y hasta los confines de la tierra" (Act. I. 8). La orden del Maestro era formal. Las "Epístolas" de san Pablo, los "Hechos", otros libros aun nos enseñan como los Apóstoles cumplieron ese cometido. Hombres de humilde condición, no podían conocer ni la filosofía que reduce las doctrinas en sistema, ni la historia, cuidadosa de la continuación natural de los acontecimientos y de una cierta precisión en la indicación de los lugares y de las fechas;[1] les bastaba relacionar con algún pormenor las palabras y las acciones de Jesús, acciones o palabras que les habían impresionado tanto más cuanto que el resultado de ellas se había manifestado más vivamente: el resto, lo agrupaban bajo fórmulas generales.[2] "Otras veces, sin embargo y sin duda asaz frecuentemente, los Doce se emplearían en relatar, resumida, la vida del Redentor. Para ello, era menester un plan. El más sencillo y el más cómodo fué adoptado. Redújose a distribuir la vida de Jesús en un cuadro dividido en cuatro partes: 1.° la preparación del Cristo a su ministerio; 2.° la predicación en Galilea; 3.° el

1 Las escenas de la vida del Salvador transmitiéndose por vía de tradición oral, lo cual debia parecer más necesario a los fieles, permitía obtener con ello la inteligencia exacta de las mismas en orden a la salvación. También vemos que san Pablo declara a los Corintios que nada quiere saber de "Cristo según la carne" (II Cor. V 16), lo que significa que no puede contentarse con la seca reproducción del fenómeno histórico, sino que estos hechos no le interesan más que en la medida según la cual pueden ser aprehendidos por la fe. Bovon, *Théologie du N. T.*, pp. 77-78. Cfr. supra, p. 20.

2 Cfr. *Luc.* IV, 40, VII, 21, etc.

paso de la Galilea a Jerusalén; 4.º la última semana en la ciudad santa con la pasión, la muerte y la resurrección..."[1]

Abramos el libro de los "Hechos". Que se dirija san Pedro al colegio apostólico (I 21-22), a los Judíos (II 22-24, III 13-18), o a Cornelio, el pagano convertido (X 37-43), procede en verdad de esta suerte. "Vosotros sabéis cuanto ha sucedido en toda la Judea comenzando por la Galilea, después del bautismo que Juan predicó: Como Dios ungió del Espíritu Santo y de poder a Jesús de Nazaret, que iba de un lugar a otro, haciendo el bien y curando a todos aquellos que estaban bajo el imperio del diablo, porque Dios estaba con El. Por nuestra parte, testigos somos de todo cuanto ha hecho en el país de los Judíos y en Jerusalén. A continuación, le han hecho morir suspendido del madero. Mas Dios le resucitó al tercer día, y permitió que fuese manifestado, no a todo el pueblo, sino a testigos escogidos desde largo tiempo por Dios, a nosotros que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos, y Jesús nos ordenó predicar al pueblo y atestiguar que es El quien fué designado por Dios juez de vivos y de muertos. Todos los profetas dan testimonio de que todo el que cree en él recibe por su nombre el perdón de sus pecados".

Las "Epístolas" de san Pablo contienen, bien que en estado esporádico—lo que aumenta el valor de su testimonio—absolutamente los mismos rasgos de la biografía del Salvador".[2] Fijan además las grandes líneas de su enseñanza: repudiación del formalismo fariseo (Gal. V 1), la necesidad del amor (Rom. XIII, 8-10), la dulce paternidad de Dios (Gal. IV, 1-7 — Rom. VIII, 15-17), el reino (ib. XIV, 17, I Cor. IV 20-XV, 50, Gal. V 12); conoce asimismo el Apóstol muchos dis-

1 Levesque. *Nos quatre évangiles.* Chap. I — Se manifestaba así Cristo bajo sus aspectos diversos: predicador, taumaturgo y salvador.

2 Cfr. *La existencia de Jesús.* § San Pablo — Argumento histórico.

cursos del Maestro, el que pronunció en la Cena, los preceptos sobre el matrimonio (I Cor. VII, 10-25), la obligación de atender a los gastos del apostolado (ib. IX, 14), el deber de hallarse dispuestos para la parousia (I Tess. V, 2-6), la locura del juicio temerario, etc., etc.

—Pero Pablo lo dice expresamente, su doctrina se apoya ordinariamente sobre la tradición oral: "Os he transmitido antes que toda otra cosa lo que yo había asimismo recibido" (I Cor. XV, 3), — sobre la predicación hecha por Barnabé en Antioquía, durante todo un año, después, de 45 a 49, en Chipre, en Pisidia y en Licaonia.[1]

Ved ahí, pues, el TENOR de la catequesis apostólica, el objeto del "ministerio de la palabra" (Act. III, 20, VI, 4), tal como testigos inmediatos, predicadores y oyentes, la relatan sin divergencia. Ahí tenemos un precioso documento histórico, a condición de que sea fiel.

Mas antes de definir su autoridad, resta por probar una segunda tesis, desde el punto de vista de la autenticidad que nos ocupa, a saber:

II.—LOS SINOPTICOS REPRODUCEN SUBSTANCIALMENTE LA CATEQUESIS ORIGINAL

Fijemos el problema. Inquirimos únicamente si los escritores que llevan el nombre de Mateo, de Marcos y de Lucas vivieron en tales condiciones que hubieren podido recoger la palabra de Jesús y relatar su vida;[2] si

1 Pablo ha sido, además, directamente instruído por el Señor, mas no bebe mucho en esta fuente de información (I Cor. XI, 23).—No pretende comunicar a los fieles hechos nuevos; repítelos más que no les refiere, remitiéndoles a la instrucción oral que han recibido.

2 Tales como las exponían:

1.°) La tradición oral, bajo una por lo menos de sus tres formas: la catequesis judía, la catequesis romana o la catequesis griega; estas adaptaban la exposición de los mismos hechos a las necesidades de auditorios diferentes.

2.°) Los relatos fragmentarios cuya existencia es atestiguada por el prólogo del tercer evangelio. "En los comienzos de la edad apostólica,

pertenecen verdaderamente a la primera generación judío-cristiana y hasta, puede ser, a la familia apostólica. He aquí nuestra respuesta.

A.) Los sinópticos se remontan a la primera generación judío-cristiana.

CRITICA INTERNA

1. Una prueba irrebatible de que los autores de los Evangelio son JUDÍOS, es la *lengua* que emplean. No tiene aquélla la armonía ni aquella solemnidad que distingue el griego de los escritores eclesiásticos, de un Platón, de un Tucídides, de un Demóstenes, o hasta de un Luciano o de un Plutarco: una sintaxis muy poco complicada, frases extremadamente cortas y ligadas por conjunciones de coordinación, un empleo muy largo de casos y de proposiciones, un gran número de palabras, compuestos o derivados, más también de términos sencillos, desconocidos entre los grandes autores — he ahí según un especialista, M. Gustavo Bardy, algunas de sus características.[1]

Sabemos bien que su léxico es el del pueblo de todos los países helenizados, con una adición de sentido nuevo dado a algunas palabras, y que no es menester, desde entonces, reconocer en todas partes como semitismos. Diversos hebraísmos son con todo probables, y la influencia aramea es cierta.[2] Por lo demás, "abba", "corban", "eppheta", "talitha cumi", "cephas", "gehenna", "eloï eloï", "lamma sabactani", varios términos

dice M. Bovon, la preponderancia de la enseñanza oral hacía inútil el agrupamiento de esos primeros ensayos en narración continua. Mas tendiendo el número de los testigos del ministerio de Jesús a irse aclarando, cuanto más la Iglesia se alejó del período de sus orígenes, tanto más debió experimentar la necesidad de poseer la historia de la vida y de la actividad del Señor. A este efecto, bastaba redactar la evangelización de los apóstoles, lo que dió principio a ciclos de relatos, de donde salieron nuestros sinópticos". O. c., p. 79.

1 *Revue prat. d'Ap.*, 15 marzo 1911.

2 Jacquier, *Etudes de philologie et de critique de Nouveau Testament* (pp. 47 a 81), aduce ejemplos.

tomados al dialecto semisiríaco-semihebreo que empleaban los montañeses de la Galilea, se encuentran desparramados por el texto.[1]

Y luego, *el genio israelita* no deja de manifestarse. ¿Será necesario traducir los sentimientos? La paleta de los sinópticos carece de colores. "Así para los sentimientos más profundos que llenan el alma humana, el amor y el odio, hay dos palabras que los expresan, más los matices sin número que separan esos dos extremos no pueden expresarse... de tal suerte que Nuestro Señor, para significar que no se le debe preferir al padre o a la madre, se ve obligado a decir: Si alguno viene en pos de mí y no odia a su padre y a su madre...".[2] ¿Se trata de sensaciones? Los substantivos escápanse, no quedan sino verbos: ver, oír, tocar, gustar, sentir. (Marc. V 38; Luc. II, 26). He aquí otros ejemplos. La palabra corazón designa a la vez la inteligencia, la conciencia y el remordimiento (Matth. XIII, 15; Luc. II, 19; XXIV, 24, 25, 32). El cuerpo y sus funciones se ordenan con un único vocablo: la carne. Expresiones concretas: los dulces, los misericordiosos, vienen a reemplazar a los términos abstractos: misericordia, dulzura, etc.

Si pudiéramos entrar aquí en el estudio *de los géneros literarios* — menester será hacerlo a no tardar, y por esto insistiremos ahora — un tercer argumento vendría a apoyar esta demostración. Los sinópticos encierran algunas parábolas. Pero "la parábola era tan bien una cosa judía y palestiniana que, transportada sobre el suelo griego, no tomó raíces: en toda la antigua literatura cristiana no se halla una sola parábola".[3]

2. ¿Dónde, pues, residían esos judíos que redactaron los Evangelios? ¿Pertenecían a la diáspora, o

1 Roupain, op. cit., p. 408.

2 "La lengua griega no está, por otra parte, sino sobrepuesta sobre estos escritos, como un velo transparente a través del cual se halla sin dificultad la forma hebraica o aramea del pensamiento. Que nos encontramos allí, en lo esencial, en presencia de una traducción primitiva, es indiscutible." Harnack, *L'essence du Christ*, 2.ª conferencia.

3 Batiffol. *Orpheus et l'Evangile*, p. 229.

eran auténticos PALESTINENSES? No cabe duda de ello. Reparad en esa campiña soleada, a la que prestan su sombra algunos olivares, cipreses, higueras, terebintos, y que, sobre su suelo manchado de placas rocosas, donde brotan locamente las gramíneas bien pronto mustias por el sol, ofrece cuando menos al labrador una mies que le disputan las espinas y las zarzas. Ved esas casas de techos llanos y embaldosados, amontonadas en derredor del lago de Genesaret, lago tan calmado ordinariamente y a veces tan tempestuoso que la multitud de los pescadores se angustia, miradlas, como podéis contemplar los paisajes pintorescos que rodean a Jerusalén. Contemplad también la topografía de esas insignificantes aldehuelas, y decid: ¿cómo, con sobrios trazos echados aquí y allí sin intención, otros que no hubieren sido testigos oculares habrían podido diseñar un cuadro geográfico de Palestina que concorde tan admirablemente con las relaciones de un Josefo, de un Strabon y de un Plinio?

He aquí ahora los colectores de un impuesto que recuerda la dominación extranjera, esos odiosos publicanos que por sus malversaciones merecidos tienen el odio y el desprecio generales.[1] Ahí la diversa suerte de hermanos enemigos. Fariseos[2] henchidos de orgullo, necios casuistas que no osan frotar una espiga el día del sábado, pero que devoran en todo tiempo el ahorro de la viuda y del huérfano; Saduceos[3] escépticos, con propensión a bromear sobre la resurrección, crueles

1 "El impuesto no era percibido directamente por medio de funcionarios reales. Era arrendado por el tesoro a compañías que se encargaban de percibir las tasas. Estos arrendadores no tenían enteramente el campo libre... Pagábase según la tarifa y el uso, lo que daba margen a diversas vejaciones. Los empleados de los asentistas eran los agentes de estas vejaciones, y mal vistos del pueblo". Lagrange, *Ev. selon s. Mar.*, p. 37. — Lo vago de las tarifas, que por otra parte se daba a conocer lo menos posible a los interesados, favorecía mucho el fraude.

2 Etimológicamente, los "separados". Estos se distinguían del resto de los Judíos por una observancia minuciosa de la Ley de Moisés; y además de esto por numerosas devociones superrogatorias. Tendían más a parecer santos que a serlo en verdad. Cfr. Durand, *Ev. selon s. Matthieu*, pp. 25, 367-681.

3 "Los hijos de Sadoc", de línea sacerdotal o aristocrática, no constituían una secta filosófica sino un partido. Indiferentes a las aspiraciones religiosas del pueblo, dados a los goces y placeres, e incrédulos, ejercían muy poca influencia.

al propio tiempo así que su interés lo pide. Ahí los sanedritas:[1] privados de su derecho de condenar a muerte, se abajan a implorar de Pilato, su opresor, una condenación capital. Y ahí el bajo pueblo. "Pobres gentes que no saben sino qué es apedazar un vestido, barrer una casa, moler una medida de harina, a las que la pérdida de una dracma o la desaparición de una oveja les causa considerable emoción; labradores, trabajadores que siembran y recogen, meten el trigo en los graneros y el vino en odres nuevos, y con la caída del buey o del asno, en los pozos de cuando en cuando, para variar esa monotonía".[2] — Una vez más, aún, hemos de reconocer que muy en contacto estuvieron con la vida palestinense, los pintores de ese cuadro moral de toques rápidos y discretos.

3. Y el mismo texto evangélico nos permitirá determinar hacia qué época fueron escritos los Evangelios: antes del año 70. Porque según frase de san Lucas (XIII), la torre de Siloe cayó sobre diez y ocho personas y las mató (v. 4);[3] a los turbulentos Galileos que, con ocasión de una fiesta, excitaron un movimiento de revuelta en el templo, Pilato les hizo perecer a la vista de la multitud, mezclando así su sangre con la de los sacrificios; deseosos de atraerle a tierras de Judea donde los Sanedritas le podrán prender, algunos fariseos previenen hipócritamente al Cristo que Herodes Antipas quiere asesinarle (31)... San Mateo describe (XXIII, I-31) a esos mismos fariseos, alargando las borlas blancas o azules en las orillas de sus mantos; sujetando mediante correas, a la mano izquierda y a su frente, listas de pergamino sobre las cuales están escri-

1 *Christus,* p. 687. Rousselot y Huby. *La Religion chrétienne.*

2 Miembros del consejo supremo de Jerusalén, el Sanedrín, escogidos en número casi igual entre los jefes de las familias sacerdotales, los Escribas o Doctores de la Ley (casi todos Fariseos) y los Ancianos del pueblo.

3 Siloe es tenido por un hombre bien conocido, así como la caída de la torre y el número preciso de las víctimas... Las investigaciones del capitán Weill, en 1914, han sacado a luz los primeros sillares de una torre edificada a lo largo del canal. Lagrange, in. o. c.

tos los principales preceptos de la ley; presentándose en fin como los sucesores de Moisés. Después, el Evangelista habla de su modo de proceder: malos pastores, abruman al pueblo con preceptos insoportables, y le desencaminan, porque, dicen, si uno jura por el templo, no obra mal, mas si se jura por los revestimientos de oro, por los vasos, o por el tesoro sagrado del templo, ciertamente, peca. Finos matices colorean el relato de la Pasión, cuando leemos el texto de san Marcos (XV): fariseos y herodianos, que habían hasta entonces conspirado contra Jesús, no son sino instrumentos de los grandes sacerdotes; si el procurador ha dejado Cesarea, su residencia habitual, si mora en Jerusalén, es en vistas a la Pascua; el Sanedrin espera de él solo la ejecución capital que sus miembros exasperados, rencorosos tienen ya decretada...

Ahora, téngase muy en cuenta lo siguiente: el mundo religioso y político que los tres primeros evangelios reflejan sobre ese punto, con pormenores tales, ese mundo tuvo su hora. La catástrofe del 70 hizo vinieran al suelo los monumentos de la Ciudad Santa, la torre de Siloe, el templo y su vida litúrgica intensa, mientras sepultaba para siempre bajo sus escombros las castas demasiado movedizas de los saduceos, de los fariseos y de los escribas... Si uno recapacita ahora, por una parte, que los antiguos no tenían sentido alguno arqueológico y no podían, por consiguiente, reconstruir el pasado sino con dificultad; y por otra, que ese cuadro preciso, en el que se mueve el Salvador aparece en los Sinópticos sin intención pero que resulta de trazos esparcidos, consignados sin orden ni concierto al paso y proporción de las circunstancias, — es imposible no concluir de un modo indefectible, que *o bien nuestros redactores son palestinenses que conocieron personalmente la Palestina en los días de Cristo; o bien que poseen sus informaciones de la primera generación judío-cristiana, a partir de una época en la que los re-*

cuerdos de un mundo complicado y desaparecido de un golpe subsistían con una exactitud perfecta.

Sea cual fuere la hipótesis que se adopte, se debe hacer datar a nuestros Sinópticos de los alrededores del año 70.

M. Harnack se adhiere a esta conclusión. En su contenido esencial, escribía en 1900, los Evangelios pertenecen al período primitivo del cristianismo, a su período judaico, a esa corta época que podemos mirar como la época paleontológica".[1] Un poco más tarde, dirá claramente: «**entre los años 30-70**, y sobre el suelo de Palestina, precisando aún más **en Jerusalén**, todos los desarrollos posteriores existían, y existían fijados".[2]

Crítica externa

Es, por cierto, la crítica externa la que confirma nuestra tesis.

1.º Hacia fines del siglo II, las numerosas Iglesias que rodean el mar Mediterráneo, utilizan nuestros

1 "Algunas decenas de años más tarde, no se podía ya reproducir en su pureza esta forma de exposición tan sencilla y tan imprecisa, ese género literario creado tanto por analogía con los relatos de los maestros judíos, como para atender debidamente a las necesidades catequéticas. Apenas adentrado en el mundo greco-romano, el Evangelio se apropiaba las formas literarias de los griegos, y el estilo de los Evangelios aparecía como una cosa extranjera, pero sublime". *L'Essence du Christ,* 2.ª conferencia.

2 *Lukas der Arz.* D. F. Strauss databa, en 1835, como siendo de la mitad del segundo siglo (hacia el año 150), la redacción de nuestros tres primeros evangelios. Más tarde, las fechas véselas ir aproximándose regularmente, a las fechas tradicionalmente admitidas:

	S. Mateo	S. Marcos	S. Lucas
F. C. Baur (1847)	130-134	150	150
E. Renan (1877)	84	hacía 76	94
A. von Harnack (1911)	70-75	65-70	60-67

Según el último autor citado, el más ilustre teólogo protestante de la Alemania contemporánea, el Marcos actual habría tenido, por otra parte, una primera edición y la pretendida fuente común, escrita, que no pocos incrédulos asignan a Mateo y a Lucas, *Q,* remontaríase al año 50 o hasta más allá. — Sobre las causas del nuevo rumbo de la crítica independiente: métodos perfeccionados y textos nuevos, cristianos y no cristianos, sacados a luz, cfr. L. de Grandmaison: *L'Evangile dans la vie,* abril 1923. *Mercure de France,* 15 agosto 1923. — *Jésus, dans l'histoire et dans le mystère.*

Evangelios; son de ello una prueba, estas atestaciones y estos hechos.

175. Taciano publica su "Diatessaron", una concordancia evangélica en lengua siríaca.

190-203. "Esta palabra, declara al gnóstico Casiano un gran viajero tan letrado como docto, Clemente de Alejandría, esta palabra no se lee en los cuatro evangelios que nos ha transmitido la Tradición sino en el de los Egipcios". (Stromates. III, 13).

190-220. Tertuliano argumenta contra Marción. "Vuestro Evangelio, dice, no es en verdad conocido de la mayor parte de las Iglesias; y si alguna le conoce, lo condena. Las iglesias apostólicas cubren con su autoridad y su patrocinio los otros Evangelios, que poseemos por ellas y de conformidad con ellas, los de Juan y de Mateo, y también el de Marcos, aún cuando se le atribuya a Pedro del que era Marcos el intérprete, así como se atribuyen a Pablo los relatos de Lucas... (Adv. Marción I IV, 5).

177-189. Ireneo. Discípulo de Policarpo quien "conversó con Juan y los demás testigos del Señor", obispo de las cristiandades de la Galia, y, por lo demás, crítico juicioso,[1] Ireneo, para oponer una afirmación doctrinal a los innovadores temerarios, invoca la tradición. "La economía de la salvación, escribe, no son otros quienes nos la han enseñado sino los hombres venerados a los que debemos el Evangelio. Este Evangelio, lo predicaron primero, y después, habiéndolo Dios querido así, nos lo transmitieron con el objeto de que sea el fundamento y la columna de nuestra fe... Viviendo entre los Hebreos, Mateo escribió su Evangelio, en su propia lengua, en tanto que Pedro y Pablo predicaban en Roma y fundaban la Iglesia. Después de su partida, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, consignó por escrito la predicación del jefe de los Apóstoles. Lucas, a su vez, que fué el compañero de

1 Tertuliano le llama "omnium doctrinarum curiosissimus explorator".

Pablo, publicó en un libro el Evangelio que éste predicaba"... (Contra Hœres. III I, I.)

185. EL CANON DE MURATORI menciona el Evangelio de san Lucas como siendo el tercero.

Este último documento enumera los libros tenidos por inspirados y recibidos en las asambleas oficiales. Además, los doscientos ejemplares del "Diatesseron" que Teodoreto halló, dan testimonio de un uso privado ya muy extendido. En Roma, en Cartago, en Lión y en las riberas del Nilo, en Siria, por doquiera se cita con respeto los Evangelios; sirven de fundamento en la argumentación contra los herejes, porque, es esa la creencia general: son de origen apostólico.

Ahora bien, una tal persuasión no se explicaría en modo alguno si los Sinópticos eran de reciente aparición en esa época. Otros, sin contar a los Ireneos y a los Clementes, habían conocido a Papias, a Policarpo y a Paanteno, discípulos inmediatos de los presbíteros que recogieron la palabra de los Apóstoles: los gnósticos, sobre todo, habrían aplastado con un mentís el argumento escriturario que se les oponía. Pero no, se callaron.

Es, pues, necesario relacionar nuestros libros al menos con la segunda, tal vez con la tercera generación anterior, y ello nos conduce a fines del siglo I.

Buscaremos, sin embargo, algunas pruebas directas.

2.° A MEDIADOS DEL SIGLO II, entre los años 150-160, un Samaritano convertido al cristianismo, maestro de escuela en Efeso y en Roma, SAN JUSTINO, se dirige al emperador o al senado romano. Nos suministra un testimonio sin par, hablando de las "Memorias de los Apóstoles" llamadas Evangelios, y tan estimados de los fieles que es costumbre leerlos, con los escritos de los profetas, en las asambleas dominicales (I Apol. XXXIII, LXVI, LXVII). ¿Hallamos ahí nuestros Sinópticos? Todo nos induce a creerlo. Porque el apologista parece tomar de Mateo sus referencias a la concepción original, a la adoración de los magos, a la huída

a Egipto, a la tentación en el desierto, a la guardia de la sepultura (I Apol. XV, XVI, XXXV; Dial. XVII, XLIX, LI, LIII, LXVIII, CIII, CVIII, CXXV).[1] Sus informaciones sobre el nacimiento de Juan Bautista, la anunciación, el nuevo censo de Quirino, la circuncisión, la predicación de Jesús, contando treinta años, bajo Tiberio y Poncio Pilato, la institución de la Eucaristía, la agonía de Getsemaní, la comparecencia ante Herodes, las últimas palabras del Cristo, se cree que las toma de Lucas (I Apol. XIII, XXIII, XXXIV, LXVI; Dial. LXVII, LXX, LXXVIII, LXXXIV, CIII, CV, CXVI). Conoce de san Marcos la final deuterocanónica y algunas noticias típicas: el oficio de José, los sobrenombres conferidos al jefe de los Apóstoles y a los hijos de Zebedeo, el lugar donde estaba atado el asno sobre el que debía montar el Salvador el día de Ramos, etc. (I Apol. XXXII, XLV; Dial. LXXXVIII, CVI).

125-140. Un discípulo de san Policarpo, PAPIAS, publica "la Exégesis de los discursos del Señor". El Anciano, refiere él (probablemente san Juan),[2], decía aún aquí: Marcos, intérprete de Pedro, ha dejado cuidadosamente escrito todo aquello de que él se acordaba. Sin embargo, lo que fué pronunciado o hecho por Cristo, no lo escribió con orden, porque no había oído al Señor ni le había seguido; pero más tarde, como lo ha dicho, había acompañado a Pedro, quien daba sus enseñanzas según las necesidades (de aquellos que le escuchaban) sin exponer con orden los discursos del Señor. De esa suerte, Marcos no ha hecho ninguna falta escribiendo ciertas cosas según que de ellas se acordaba; porque no tenía sino un solo cuidado, el de no omitir nada de lo que ha-

1 Cfr. M. Lepin, *Dict. Apolog.*, fasc. VI, Roupain *Leçons et lectures d'Apol.*, pp. 578 y ss. Lecouvet, *Trib. ap.* enero y mayo 1913.

2 El P. Lagrange no comparte esta hipótesis. "No es menos verdadero, dice, que Juan el presbítero o el anciano es un discípulo de los apóstoles, un hombre de la generación anterior a la de Papias, quien estaba muy bien informado sobre los orígenes y a quien Papias consultaba por ello mismo. Y este testigo casi ocular se expresa sin la menor vacilación sobre un hecho que podía ser de notoriedad pública". *Evangile selon s. Marc* (XXII).

bía oído y de no dejar pasar en lo que escribía error alguno". "Mateo, relata aún Papias, escribió en lengua hebrea los discursos del Señor y cada uno los interpretaba como podía".[1]

Después de haberse preguntado si se trata aquí de un Marcos y de un Mateo primitivos o bien de los Evangelios tal cual los poseemos hoy, los críticos se inclinan generalmente hacia esta segunda hipótesis.[2] Papias, opinan, podía aprobar un libro tan bien ordenado como el del secretario de Pedro, en su redacción actual, si tomaba como criterio el orden cronológico adoptado por san Juan. Y no recurrió para diferenciar el Mateo arameo del Mateo griego al término λόγια. El mismo lo extiende a los hechos no menos que a los dichos del Cristo, allí donde atestigua sobre Marcos; reúne así los Setenta, Clemente de Alejandría, Ireneo, Clemente de Roma y san Pablo, quienes, todos, entienden con esa palabra las acciones de Jesús desde que ellas constituyen adoctrinamientos u oráculos divinos.[3]

1 Es decir, del mejor modo que sabía, así como lo da a entender un texto egipcio análogo del año 55 antes de Jesucristo, citado por Zahn. Cfr. *L'Ami du Clergé,* 20 marzo 1924, p. 178.

2 "La idea de una colección de sentencias que habría sido redactada de buen principio en hebreo o en arameo por el apóstol Mateo, y que, una vez traducida al griego, habría entrado con modificaciones más o menos importantes en la redacción del evangelio, no es sino una hipótesis crítica, ventajosa para la solución del problema sinóptico, pero que no debería autorizarse con los nombres de Juan el Anciano y de Papias". Loisy. *Les Ev. Syn.,* t. I. p. 28. "Salvo algunas poco numerosas excepciones, se ha abandonado por completo esta extraña opinión de que Papias habla... de una obra precanónica de Mt., y se entiende la noticia con razón, como Ireneo... y Eusebio, de nuestro primer evangelio". Schmidtke. Cfr. Lagrange, *Ev. selon s. Matth.,* p. XVII.

3 Se pueden adelantar otros motivos contra la existencia de los "Logia", fuente *Q* de los Sinópticos reconstituída por M. Harnack: 1.º) De suponer que s. Mateo haya realmente compuesto una colección de discursos, parábolas y sentencias aisladas, con un pequeño número de episodios históricos, cuyo horizonte sería únicamente galileo, ¿cómo pudo acontecer que una obra tan importante haya desaparecido sin dejar el menor vestigio y sin que ninguno de los escritores eclesiásticos, esos ávidos investigadores de los primeros monumentos cristianos, haya tenido conocimiento de ello? (Fillion.) 2.º) Nuestro san Mateo es un todo perfecto desde el punto de vista del género literario y de los caracteres del estilo, por lo que se puede suponer que debió ser el primer evangelio seguido y completo, escrito para atender a las necesidades de la comunidad primitiva (Lagrange).

144-154. Marción da a su secta una edición mutilada del evangelio de san Lucas.[1]

3.° ENTRE LOS AÑOS 140 Y 95, la tradición aventaja a los escritos, porque son enjambre los cristianos que han conocido y oído, sino a los Apóstoles, al menos a sus discípulos inmediatos; el valor de esas palabras carece de precio. Y así es que algunas obras de circunstancias, no encaminadas a sentar expresamente plaza de citas evangélicas, nos aportan pruebas y más pruebas.

130-150. La antigua homilía, dicha SEGUNDA EPÍSTOLA DE SAN CLEMENTE, cita muchas sentencias del Maestro cuyo texto está tomado de Mateo o de Lucas (II, 4; IV, 2; VI, 1; IX, 2; XIII, 4).

115-10. Una trilogía didáctica para la reforma de las costumbres, EL PASTOR DE HERMAS, contiene una cuarentena de alusiones de san Mateo (24), de san Marcos (4) y de san Lucas (5); once de ellas reproducen casi la letra de los sinópticos.

100-130. LA EPÍSTOLA DE BERNABÉ (probablemente no es él el autor) se refiere a documentos escritos: "sicut scriptum est". Lo que ella dice del gran número de los llamados y del pequeño número de los elegidos, de la pasión, etc., reproduce literalmente san Mateo (XX, 6; XXII, 14; XXVII, 30, 34, 48, 54). Se hallan asimismo reminiscencias de Lucas.

80-130. LA DIDACHÉ menciona nuestros libros sagrados: "Haced vuestras oraciones, vuestras limosnas, todas vuestras acciones como lo hallaréis indicado en el Evangelio de Nuestro Señor". Cita según san Mateo (Did. VIII, IX, XV) y muchos pasajes parecen combinar el texto de éste con el texto de Lucas (I; XVI).

108-118. Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo de san Juan, alega en términos muy aproximados una vez Marcos, dos veces Lucas, ocho veces Mateo.

107-117. LAS SIETE CARTAS DE SAN IGNACIO son tenidas por perfectamente auténticas por la crítica de nuestros días. Su autor atribuye a los Evangelios la

1 *Jesus Messie et Fils de Dieu*, p. XXI.

misma autoridad que a los libros de los Profetas; contiene alusiones a san Mateo y a san Lucas (Rom. IV, 7); (Eph. VII, 2; XIV, 2; XVII, 1; XVIII, 2); (Trall XI, 1); (Smyrn. I, 1-2); (Magn. IX, 2).

95. SAN CLEMENTE ROMANO alega tres veces Lucas y Marcos, a Mateo hasta nueve veces; enseña que "los Apóstoles son instituídos por Jesucristo predicadores del Evangelio, y que Jesucristo es enviado por Dios" (XIII, 1-2-7; XLII, 1; XLVI, 7).

* * *

"Así tenemos, concluye M. Lepin, que con la ayuda de documentos escalonados desde fines del siglo II hasta fines del siglo I, podemos seguir, por decirlo así, paso a paso la huella de nuestros evangélicos y remontar como por etapas la marcha progresiva de su difusión. Estos testimonios primitivos se esclarecen singularmente y toman su lugar significativo a la luz de la tradición tan firme y tan universal comprobada hacia los fines de siglo II".

Repárese que provienen no de simples fieles sino de hombres públicos encargados de repartir y de vigilar la doctrina, que eran responsables del grupo que gobernaban. Estos enseñan la misma doctrina de una manera continua y dependen los unos de los otros. Ireneo recibe su doctrina de Policarpo, Policarpo la recibe de san Juan; Ignacio, en los albores del siglo II, ha ya visitado diversas iglesias; todos están contestes en que el "Pastor de Hermas", el doctor anónimo a quien se le debe "la Epístola de Bernabé", el autor de la "Didaché", Clemente de Roma, han consultado muchos presbíteros discípulos de los Apóstoles. *Por ellos, pues, tocamos con los* ORÍGENES *mismos de los Evangelios y es una* TRADICIÓN OFICIAL la que nos lo garantiza. UNIVERSAL asimismo, puesto que se la halla extendida por doquiera, en los cuatro centros de la antigua Iglesia, en Antioquía, en Alejandría, en Efeso, en Roma, hasta sobre la silla de Pedro, y también en Galia transalpina, en Lión.

Recordemos que las comunidades cristianas particulares sostenían una gran comunicación entre ellas y comprobaban sus transmisiones orales o escritas.

Si pues ellos admitieron todos, sin réplica de parte de los herejes,[1] que los Evangelios se remontan en su origen hasta los tiempos apostólicos, los resultados de la crítica interna victoriosamente están para siempre confirmados.

Estudiemos aún más a fondo el problema y demostremos la segunda parte de nuestra tesis:

B.) Los sinópticos se remontan a los apóstoles mismos

San Mateo

Libro el más importante del Cristianismo,
libro el más importante que jamás se haya escrito.
Renan

Crítica externa

Los textos de *Ireneo* y de *Papias*[2] conciernen al

1 Fillion, o. c., p. 54. "¿No hubiera sido más sencillo y más cómodo negar, a la manera de los racionalistas contemporáneos, el origen apostólico de estos escritos, y aligerarse así, de una sola vez, de todas las objeciones? Seguramente, esto habría sido más fácil; mas la convicción que se tenía de su autenticidad era a la sazón de tal modo evidente e indiscutible, que los herejes se vieron forzados a adoptar esta condusta con respecto a los mismos."

2 Papias no es el guía responsable de toda la tradición concerniente al primer evangelio: parece que ni san Ireneo, ni Orígenes, ni un poco más tarde Eusebio de Cesarea, dependen de él. De ser Papias su guía, su testimonio leído en el contexto y hallado sólido por Eusebio—quien no profesaba al autor más que una estima muy mediocre—, bastaría para convencer a los más reacios y negados. También aquí los racionalistas recurren a un subterfugio: Papias habría tomado por el original arameo de san Mateo un apócrifo, el Evangelio de los Nazarenos. Su hipótesis no resiste con todo un examen serio. Cfr. Lagrange, *Ev. selon s. Matthieu*, pp. XI a XIX. — *L'Ami du Clergé*, 20 marzo 1924, pp. 179-180.

primer [1] evangelio en SU TEXTO ESCRITO EN ORIGINAL

1. La crítica independiente sostiene la ANTERIORIDAD DE MARCOS y alega las razones siguientes:

a) Toda la substancia de su Evangelio, excepción hecha de doce perícopes, en total sesenta y ocho versículos, hállase en los relatos de Mateo y de Lucas.

Mas "con respecto a esas perícopes que no son comunes a los tres, Lucas ha retenido siete. Si Mateo había escrito después de Marcos, ¿por qué las habría omitido todas? Y si había escrito en griego, como hay quienes lo afirman, un evangelio que, siendo de ese jefe, debía tener una larga difusión, ¿cómo es que Marcos habría escrito a su vez un relato que debía contener tan *poco de inédito?* Si, al contrario, se retienen los datos de la tradición afirmando la redacción por Mateo de un EVANGELIO ARAMEO, se comprende perfectamente que Marcos viniendo después que él haya redactado en griego la *catequesis de Pedro,* aun cuando en tal caso esta catequesis debía encerrar muy poco de inédito y, como no depende literalmente en el fondo del Mateo arameo, no hay por qué uno se maraville de que haya puesto en su evangelio tan pocos discursos". *L'Ami du Clergé,* 29 mayo 1924.

b) Los numerosos duplicados de la obra de S. Mateo, sentencias o pormenores narrativos, serían repeticiones debidas en conjunto a un defecto de memoria en el autor y a la influencia de su fuente complementaria, el texto de san Marcos.

Mas si se argumentaba así a propósito del cuarto evangelio y de san Marcos, que presentan paralelamente hartos duplicados, se debería concluir que dependen a su vez de un evangelio anterior. Y quede bien entendido que a nadie le pasa eso por las mientes. Porque avánzanse hipótesis más plausibles. El Maestro ha quizás pronunciado, en circunstancias diferentes, una máxima idéntica. O también: "El escritor sagrado habría referido una palabra de Jesús en su lugar cronológico, después la habría repetido en otro sitio, en un cuadro artificial, para esclarecer y completar un cuerpo de doctrinas". (F. Prat, citado por Camerlynck; *Synopsis,* p. LIV.) Por otra parte, un examen minucioso reduce de veinte a tres o a cuatro el número de los duplicados que evocan la intervención de Marcos; y éstos, nada empece, como lo veremos, que se les impute al traductor griego bajo la influencia evidentemente del segundo evangelio.

c) La misma causa, pretenden los racionalistas, explica las abreviaciones de san Mateo, hasta ciertas omisiones que se advierten en él en los lugares paralelos.

Mas el temperamento literario del primer evangelista y la cualidad de sus lectores justifican las Abreviaciones que se objetan. Y según la observación del P. Lagrange, las Omisiones que son más bien desplazamientos, que se refieren a sentencias separadas, no a perícopes importantes por su extensión, dependen sin duda de la catequesis oral: ella ha guiado al primer sinóptico en cuanto al agrupamiento y al emplazamiento de las sentencias, antes aún que Marcos hubiera escrito.

Por lo demás, muchas omisiones favorecen nuestra tesis. Si Mateo había escrito después de Juan-Marcos, habría tomado de él probablemente algunos pormenores sobre la primera misión de los Doce y su retorno al lado del Maestro, sobre el entusiasmo de las multitudes en derredor de Jesús, entusiasmo que contrastaba con la actitud odiosa de los jefes del pueblo, etc. Y ¿por qué habría contradicho a su predecesor, al menos en apariencia? (Matth. VIII 28, XI 9, XV 22, XV 39, XX 30, XXVI 60 — Comp. Marc. V 2, II 14, VII 26, VIII 10, X 46, XIV 57.)

d) Una y otra expresión características de S. Marcos se hallan bajo la pluma de Mateo. Mas la catequesis oral, una fuente escrita independiente, la acción del traductor griego pueden dar cuenta de este hecho. Véase la introducción y los pormenores del Comentario que tiene el P. Lagrange.

ARAMEO.[1] Lo datan entre 64-67, "cuando Pedro y Pablo predicaban la doctrina en Roma y fundaban la Iglesia [2] No se posee hoy sino una TRADUCCIÓN GRIEGA, cuya gran difusión desde la más alta antigüedad y el empleo que de ella hicieron los Padres apostólicos permiten colocar su origen en una época muy atrasada, entre los años 75-85. Es substancialmente idéntica al original, porque de otra suerte — no indicamos aquí sino una prueba popular por no poder tratar con amplitud el problema sinóptico [3] — de otra suerte los cristianos no le habrían ciertamente atribuído el patrocinio de san Mateo. "Lucas, confiesa Renán, no tenía sobrada celebridad para que se explotase su nombre con vistas a dar autoridad a un libro": la atribución a Pablo se imponía, al maestro cuya predicación cada uno de entre los fieles refería que acababa de ser escrita por el propio discípulo. Qué decir entonces de Mateo, apóstol de orden secundario y descolorido, quien, en el Evangelio y en la historia de la Iglesia primitiva, no jugó sino un papel muy accesorio? [4]

e) Se presenta un último argumento: La manera cómo se habla de Jesús y de los Apóstoles en los dos primeros Evangelios.

Más adelante trataremos de estos aspectos con más detención.

1. "El hebreo propiamente dicho había llegado a ser desde largo tiempo una lengua muerta para la mayor parte de los Judíos; hasta tal punto que, en las asambleas religiosas, era necesario traducir en arameo los textos sagrados que se leían".

2. Cfr. Jacquier, *o. c.*, pp. 281-284. Camerlynck, *Synopsis* 3, p. XIII.

3. "La cuestión es difícil, árida, de una infinita complejidad: supone comparaciones de textos, cuya multiplicidad y minuciosidad cansan o atiborran al lector que no esté armado de una gran dosis de decisión y de paciencia". Huby. *Autour de la question synoptique. Recherches de science religieuse,* febrero 1924. Consagramos, sin embargo, algunas notas a sus elementos principales.

4. La Comisión Bíblica no ha declarado puramente y simplemente auténtico el texto griego de Mateo, como lo ha hecho el Concilio de Trento para con la Vulgata; ha hablado de una identidad substancial. Se puede, pues, decimos con el P. Lagrange, alegar entre el griego conocido y el arameo desconocido cuando menos tantas diferencias como hay entre los textos originales y la Vulgata. Mas cuando se trata de determinar estas diferencias, los exégetas católicos difícilmente se ponen de acuerdo. Véase la demostración.

a) ¿El traductor habría añadido a la obra de S. Mateo pensamientos y expresiones tomadas a S. Lucas? Si se les reduce a tres (*L'Ami du Clergé*) o hasta a nueve (Lagrange) los veinte ejemplos citados por Hawkins, menester es reconocer que no es eso gran cosa para sacar una conclusión de crítica literaria tan importante. Por otra parte, ¿cómo explicar que el primer sinóptico, si ha conocido al tercero, dé una versión

Pertenece a la crítica interna darnos sobre el particular algún suplemento de luz.

CRITICA INTERNA.

Ya que san Mateo *cita* al Antiguo Testamento según el hebreo (II, 15; VIII, 17; XXVII, 9-10) y que amol-

divergente de la historia de la infancia, omita tantas enseñanzas preciosas y sitúe sobre un solo plan las dos escenas escatológicas que su "predecesor" se ha esmerado en distinguir? "Adhuc sub judice lis est".

b) A los ojos de los racionalistas, nuestra obra griega hasta llegaría a no deber nada a S. Mateo. Combinación de dos fuentes principales: el evangelio de S. Marcos, en cuanto mira al conjunto de las narraciones, y un documento que se designa con la sigla *Q* (del alemán *quelle*) o al que se llama aún "Logia", y que comprende sobre todo discursos, ésta sería en realidad un trabajo original. En su comentario sobre S. Mateo, el P. Lagrange refuta la hipótesis de la *quelle* (pp. CXXXIII-CXLII); no es este el lugar de resumir aquí una argumentación que no interesa sino a los especialistas.

c) Queda la dependencia de Mateo griego con relación a S. Marcos. Hasta los críticos conservadores confiesan que se revela aquí y allí en la elección de los términos, la modificación del orden de los relatos, la añadidura de duplicados y de algunos pormenores. Según otros, tales como el P. Lagrange y M. el canónigo Camerlynck (Synopsis, p. LXXVI-LXXXIX), se debe admitir también la *inserción* de pericopes sobrado largas (Mt VIII 1-4 según Marcos I 40-41; Mt X 2-4, XII 46-50, XIII 53-58, XIV 22-27 según Marcos VI, 45-50 en parte; Mt XV 32-38, XVI 9-10 según Marcos XIII 24-27); y un recensor particularmente autorizado las aprueba, observando todavía con M. Camerlynck que defienden solamente una opinión más probable. "Su explicación, escribe M. Huby, no tiene ciertamente esta simplicidad, al primer golpe de vista seductor que tanto ha contribuído al feliz éxito de la teoría de las dos fuentes. Mas aparte de que salvaguarda ella los datos de la tradición, le ocurre en suerte el imitar mejor la plasticidad de lo real que una hipótesis rígida. La predicación cristiana en sus principios debió experimentar algunas zozobras, ensayos de escritura ejecutados con más o menos acierto, acciones y reacciones de estos esbozos unos entre otros. Pedro, el jefe de los Doce, tuvo una influencia decisiva sobre el plan general de la primera catequesis, sobre la presentación plástica de los momentos principales de la vida de Cristo. Mateo, el contador, era sumamente indicado para jugar un papel importante en la fijación por escrito de esta primera catequesis. Mas nada se opone a que la haya primero redactado por partes, antes de constituir un evangelio completo. Marcos ha podido conocer tal o cual de esos fragmentos, quizás ya traducido en griego, por ejemplo la historia de la Pasión. Por otra parte, como era tarea sobrado delicada traducir del arameo al griego el evangelio de san Mateo, es asaz verosimil que el traductor, cuya versión la ha acogido la Iglesia definitivamente, se haya inspirado en el evangelio griego de san Marcos para servirse en su trabajo de traducción y quizás entresacar de él algunos complementos accidentales. Todo ello no es cosa sencilla, se trata de una fluidez que se deja difícilmente reducir a esquemas geométricos, mas parece responder mejor al texto de san Lucas (I, 1) sobre la multiplicidad de las tentativas de historia evangélica y al testimonio de Papias sobre los ensayos de traducción del Mateo arameo, que la reducción de la literatura evangélica primitiva, a dos documentos: el evangelio de san Marcos y una Colección de Discursos".

da algunas veces al genio de esta lengua la versión de los Setenta (IV, 15-16; XII, 18-21; XIII, 35; XXI, 5); en vista de que no reproduce las profecías largamente, como nuestro espíritu se complacería en hacerlo, sino que se fija sobre todo en tenues coincidencias verbales que hace notar, a la manera de los exegetas Judíos de su tiempo, para quienes todo está en todo y sobre todo en el menor punto [1]; por lo mismo que dispone los episodios y los discursos de su evangelio en grupos de tres, cinco o siete, y por usar expresiones y giros de frase tradicionales [2], salta a la vista que NUESTRO AUTOR PERTENECE AL PUEBLO DE ISRAEL.

SE DIRIGE A SUS CONGÉNERES. Porque, además de que no experimenta la necesidad de explicarles las locuciones "rabbi", "mammona", "gehenna", "corbona", y otras más, se permite alusiones (I, 21, XXVI, 73, que suponen el conocimiento del arameo. *Su árbol genealógico* que muestra al Salvador, hijo de Abrahán, hijo de José, descendiente de David; *su argumentación ex prophetia* que va resiguiendo, dice Mons. Battiffol, hasta llegar a una insistencia que nos choca casi, y hasta dar la impresión de que el suave y viviente relato de la vida de Jesús no es sino una serie de necesarios cumplimientos" [3]; *su gran cuidado de justificar la Providencia* exponiendo que los Judíos, hijos de la promesa, han ellos mismos repudiado el reino en virtud de una irreductible ceguedad; [4] todo ello no interesa evidentemente, sino a los destinatarios penetrados de las ideas judías. Finalmente, sobrado numerosas *particularidades*: ceremonias legales (XV, 2, XXVII, 62), indicaciones geográficas (II, 1, 5, 6; IV, 13), instrucciones sobre el nombre de Haceldama que estigmatizará en

1. Batiffol. *Six leçons sur les Evangiles,* p. 47. Ejemplos en la *Revue du Clergé Français,* 1.° marzo 1920, Art. de M. Verdunoy.
2. Huby, *Saint Matthieu,* pp. 19, 20. *Action populaire,* n.° 511.
3. Ibid., p. 48.
4. Zahn tiene razón en decir de Mt.: "Es una apología histórica del Nazareno y de su comunidad contra el Judaísmo." Mas menester es añadir: y una exposición luminosa de la concepción religiosa enseñada por Jesús y que tiene a Jesús por objeto. Lagrange.

adelante el campo del alfarero, etc., no son accesibles sino a los propios familiares de las cosas palestinenses y hierosolimitanas.

¿Osaríamos añadir a lo dicho que el ESCRITOR PARECE RESPONDER A LAS SEÑAS DE MATEO? El hecho de que Mateo se halla colocado en la lista de los Doce, no antes de Tomás, como en los demás Sinópticos, sino después, y ello expresamente con el título de expublicano; luego, ciertos pormenores que revelan una competencia especial en materia de impuestos ((XVII 23-26, XXII 19, comparados esos lugares con Marcos XII, 15, y con Lucas XX, 24), he ahí, si no pruebas formales, a lo menos algunos índices que parecen tanto más significativos cuanto se les relaciona con el testimonio tradicional.

Finalmente, si se considera que las palabras del Cristo contra los Fariseos y los Escribas son referidas con una fuerza y una dureza que los culpables no habrían admitido en aquel momento, ellos que hicieron pagar bien caro a san Pablo su reproche de "muralla blanca" (Act. XXIII, 1-5), recibe aún nueva fuerza la concordancia del análisis crítico y de los testimonios; un nuevo rasgo se evidencia: judío de Palestina. MATEO RESUMIÓ FUERA DE SU PAÍS el Evangelio que destinaba a los judíos convertidos al cristianismo.

San Marcos

CRÍTICA EXTERNA

Tertuliano, Clemente de Alejandría, san Ireneo, "discípulo de Policarpo quien conversó con Juan y los demás testigos del Señor", garantizan la atribución a Marcos de uno de nuestros evangelios sinópticos. Una prueba absolutamente decisiva sería la suministrada por Papias, si se pudiera identificar su presbítero Juan con el último superviviente del colegio apostólico. Eusebio no ha querido admitirlo, bajo la influencia de un pre-

juicio. Mas, parece que la demostración en sentido contrario es convincente [1], y podemos admitir así el testimonio del viejo obispo de Lión.

"Los oyentes de Pedro, refiere Clemente de Alejandría, exhortaron a Marcos—quien después de largo tiempo le seguía y había conservado el recuerdo de lo que se había dicho—a escribir lo que había oído... Pedro lo supo, más no quiso intervenir ni para impedirlo ni para obligarle". Papias hizo un relato concordante. San Ireneo es no menos preciso en cuanto a las grandes líneas de la tradición. Data nuestro evangelio del "éxodo" de Pedro y de Pablo", o sea, de su muerte, ocurrida en el año 67 [2].

Nuevamente la

CRÍTICA INTERNA

está en favor nuestro.

"El autor de una historia, observa el P. Lagrange, no es ordinariamente el que juega el papel principal, mas cuando se trate de una historia casi contemporánea de los hechos, se debe uno preguntar quien ha podido estar en estado de suministrar los informes. A propósito de Jesús, Pedro está precisamente en esa situación. La historia de la predicación del Salvador comienza exactamente con la vocación de Pedro. Desde entonces él es el compañero de todos los instantes, las primeras escenas se verifican en su ciudad y en su casa. En el relato de lo ocurrido en Jerusalén, Pedro interviene con mayor frecuencia aún que de costumbre. Tres episodios no tuvieron sino tres testigos, Pedro y los dos hijos de Zebedeo. Jaime es excluído por su martirio prematuro (Act. XII, 2), Juan no acertaría a ser el autor del relato de las repetidas negaciones, puesto que ha referido los hechos bajo un ángulo muy diferente. (Jo XVIII, 15 ss.) Queda Pedro. Si este episodio

1. *Dict. d'Ap.*, fasc. VI. Lepin. Evangelios canónicos col. 1637 a 1640. Contra: Lagrange. En todo caso, se trata de un hombre de la primera generación cristiana, de un discípulo de los apóstoles y su afirmación tiene, a partir de ahí, el mayor valor.

2. Cfr. Lagrange, o. c., pp. XXVII-XXXII.

está tomado de su catequesis, no hay razón de buscar otro origen al conjunto del relato".[1]

De hecho, si uno examina con alguna fijeza nuestro Evangelio percibe que UN DISCÍPULO DEL PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES ES EL AUTOR, EL CUAL consigna principalmente los discursos de su maestro. La pesca milagrosa, la pesca del pez con estatera, la marcha sobre las aguas, *muchos pormenores en alabanza de Pedro no hallan allí cabida;* los rasgos desfavorables como el "Vade retro Satana" (VIII 32-33), la presunción (XIV 29), la timidez (XIV 54), las negaciones (XIV 66 ss.), están, por el contrario, *señaladas fuertemente.* El primer jefe de la Iglesia debió predicar así; de otra suerte, dice M. Brassac, fuera necesario suponer que nuestro Evangelio se halla compuesto por su enemigo personal [2].

1. *Evangile selon S. Marc.*, c. III.

2. a) Según el parecer de numerosos críticos racionalistas, Marcos habría CONOCIDO y hasta UTILIZADO la fuente común a Mateo y a Lucas a la que se denomina "Logia" o a la que se designa más comúnmente con la sigla *Q*.

Que haya conocido alguna colección de discursos, el tan pequeño lugar que reserva en su obra a las palabras de Jesús, nos autoriza a suponerlo con verosimilitud. Mas nos parece serían menester razones convincentes paar afirmar la dependencia del primer evangelio con respecto a un documento cuya extensión, términos, y orden de los "Logia" permanecen ignorados. Y esas razones no han sido dadas. (Cfr. Lagrange, o. c., CIII-CX.)

b) "Nobis visum est, dice por otra parte M. Camerlynck, probabilia argumenta non dari quibus in hoc Evangelio varii fontes distinguerentur; opiniones vero de brevioribus et antiquioribus formis sub quibus hoc Evangelium extitisset, satis gratuite apparuerunt. Proinde ex catechesi orali maxime, et forte aliquousque ex Matthæo aramaico, Marcus Evangelium suum conscripserit." Forte... aliquousque... no es aún seguro que Marcos dependa literariamente del Mateo arameo: la disposición de los relatos y su carácter original, luego, la parte bien restringida consagrada por el primer evangelio a las enseñanzas del Maestro, motivan la reserva del sabio exégeta.

c) Como quiera que sea, Marcos es el UNICO AUTOR del segundo evangelio; el estilo de esta obra permite afirmarlo. (Cfr. el *Commentaire* del P. Lagrange, XXXIII-C.) "Se puede, concluye el Reverendo Padre, tener como enteramente cierto que Mc está exento de hebraísmos derivados de un texto hebreo. Los pocos giros más hebreos que arameos que contiene se explican suficientemente por el conocimiento de los Setenta, giros que la versión griega había hecho corrientes entre los Judíos que hablaban la lengua griega. Se puede aún tener como cierto que el segundo evangelio no es la traducción de un texto arameo. Aquí el campo es muy dilatado. En particular el empleo inteligente de las preposiciones y de las formas verbales excluye la hipótesis de una traducción literal. Se debe solamente reservar la posibilidad de que Mc haya consultado documentos arameos..."

Y si se quiere nuevas pruebas, que se lean comparativamente ciertas escenas comunes en los Sinópticos (Marc. XIV, 66-72, Matth XXVI 69-75, Luc. XXII, 56-62; Marc. XV, 42-47, XVI, 1-8, Matth. XXII, 57 a XXIII, 8, Luc. XXIII, 50, a XXIV, 10). En el texto de Marcos, aún más que en el de los otros dos, la vida se desborda, cada gesto está allí traducido, los movimientos y las actitudes están tomadas de la realidad (se diría de un cinematógrafo que proyecta sus films): todo revela un relato de un testigo ocular, el relato de un familiar del Cristo.

Pero el autor que reunió y transcribió esos acontecimientos o esas palabras del Cristo, nuestro Evangelista SE DIRIGE EVIDENTEMENTE A PAGANOS CONVERTIDOS, aparentemente a GENTES ROMANAS. De dirigirse a los Judíos ¿explicaría el sentido de la Preparación, la costumbre de las abluciones legales, la esterilidad en el mes de abril de la higuera que Jesús maldijo, las creencias y las costumbres de las sectas palestinianas? Tampoco traduciría por lo demás los términos arameos que aplica al Salvador: "Boanerges", "talitha cumi", "corban", "ephpheta", "Bartimeo", "Abba", "Eloi, Eloi, lamma sabachtani".

¿A quién habla, pues? Observemos que distintos latinismos se hallan esparcidos por su texto: "spiculator", "centurio", "sextarius", "satisfacere", "in extremis esse",[1] y otros más recogidos por el P. Lagrange;[2] y un equivalente latino sigue de ordinario a las palabras griegas citadas por su valor técnico: λεπτά valen un "quadrans", αὐλή significa pretorio, etc., etcétera. (V 23, VI 27, VII 4, XII 42, XV 15-16-39-44-45). La cuestión quedaría dilucidada sin dificultad si el escritor se dirigía a los fieles de Roma y componía su obra en la ciudad eterna, como ciertos detalles nos lo hacen su-

1. *Manuel Biblique*, t. III, p. 85.
2. El latín era la lengua de la administración y del ejército en todo el mundo romano, de suerte que muchas palabras citadas sugieren la conclusión mejor que no la prestan apoyo. Otros ejemplos parecen probatorios.

poner. Simón de Cyrene, dice, es el padre de Alejandro y de Rufo, personajes conocidos de los destinatarios del libro. Mas, precisamente, un Rufo habitaba la capital del Imperio, puesto que san Pablo, escribiendo a los Romanos, le envía un saludo particular. El apóstol no había podido conocerle en Roma, donde no se había encontrado nunca; los lazos íntimos que le estrechaban con ese cristiano: "et matrem, ejus et meam" (Rom. XVI 13), no podía haberlos contraído sino en Palestina. A primera vista, la identidad del hijo de Simón de Cyrene con el amigo de Pablo viene a ser en realidad de verdad lo menos probable, y los Latinos que le rodean son romanos, perfectamente.

Una última particularidad, que el examen interno descubre, confirma aún más esos datos tradicionales. NUESTRO SINÓPTICO DEBE SER UN JUDÍO DE JERUSALÉN. Sin insistir sobre algunos hebraísmos y diversos giros arameos que salen de su pluma y que los filólogos han estudiado mucho,[1] invocamos la cita en la lengua original de ciertas palabras del Cristo y las descripciones muy circunstanciadas de usajes específicamente judaicos.

Y luego, que se lea de nuevo *el relato del aprisionamiento* del divino Maestro en Jerusalén. "Cierto mancebo le iba siguiendo envuelto solamente con una sábana, y fué detenido. Mas él, soltando la sábana, desnudo se escapó (XIV 51-52)". El mayor número de los intérpretes ven con razón, en el detalle de que se trata, un pequeño episodio estrictamente histórico. El evangelista debe tener sobre este punto referencias personales: parece conocer de sobras al joven que pone en escena; como sin embargo no le nombra, los críticos concluyen que ese mancebo no se distingue de él mismo.[2] Mas si ello es así, el segundo evangelista se hallaba por

1. Lagrange, o. c. Introducción. Jacquier, o. c., p. 422.
2. "Según Holzman, este pequeño relato, descuidado por Lc y por Mt, es como el monograma del artista que rubrica su obra, y J. Weiss ha comparado esta alusión a la del cuarto evangelio del discípulo a quien Jesús amaba. Se puede aceptar esta opinión, con la condición de no tenerla por cierta." Lagrange.

lo tanto en Jerusalén en el tiempo de la Pasión y todo hace creer que tenía allí su residencia" [1]

Se identifica entonces, verosímilmente, con Juan del que hablan los Hechos (XII, 12) el cual según la moda judía, llevaba asimismo un nombre romano.[2] Le volvemos a hallar a continuación cerca de Bernabé en Chipre (Hechos, XV 39), con Pablo en Roma hacia el año 62-64 (Col. IV 10), lo que explicaría algunas locuciones paulinistas [3] — finalmente, siempre en Roma, a uno y otro lado de Pedro que le llama su hijo (I Petr. V 13).

San Lucas

El más hermoso libro que existe.
E. Renan
Scriba mansuetudinis Christi.
Dante

Crítica externa

Clemente de Alejandría, Ireneo, Tertuliano, el Canon de Muratori son aquí los testimonios de una tradición que manifiesta su firmeza desde la primera mitad del siglo segundo.

No se sabe muy bien donde el gran viajante que era Lucas compuso su evangelio. La fecha, sin embargo, nos es conocida. Esta obra es anterior a los "Hechos": "primum quidem sermonem feci, o Theophile, de omnibus quæ cepit Jesus facere et docere"... Ahora bien,

1. Lepin, o. c., col. 1.625.
2. Pocas personas dudan aún que Juan sea el mismo personaje que Marcos... Este nombre de Marcos es, por otra parte, muy raro entre los Judíos que se puede con facilidad suponer dos Marcos en el Evangelio. Lagrange.
3. Mangenot. *Les Evangiles Synoptiques*, pp. 363-435: "Por mí, todas las cosas bien consideradas, reduciría al minimun el paulinismo de Marcos, y le reconocería en el empleo de ciertos términos sobre los que no cupiera duda de que son específicamente paulinianos, antes que no en la elección de las doctrinas." Lagrange. *Commentaire*, p. CXL: "Nadie ha señalado aproximaciones características entre el estilo de Marcos y el estilo de Pablo, por ejemplo en la sintaxis. No se puede decir de frase alguna que se inspire directamente en una frase de Pablo."

los "Hechos" refieren una historia anterior a la primera persecución, porque en ninguna parte el nombre cristiano parece ser el blanco de la hostilidad de los magistrados romanos (XVI 35-39, XVIII 12-17, XXIV 22-27, XXV 1-5); y como concluye antes de su remate natural, la muerte de Pablo, su héroe, es necesario situarla, lo confiesa M. Harnack, "quizás ya en los principios de los años 60 y siguientes".[1]

Crítica interna

El autor es un discípulo de San Pablo. A ejemplo del gran Apóstol, manifiesta una benevolencia particular para con los Gentiles. Substituye los términos arameos por palabras griegas; dirá por ejemplo "Gloria en las alturas" mejor que "hosanna", διδάσκαλε o ἐπιστάτα o κύριε con preferencia a "Rabbi", Κρανιον por Golgotha".[2] No es que haya en su pluma muchas alusiones detalladas a la antigua Ley; mientras que, en desquite, menudean no poco diversas explicaciones sobre las ciudades palestinianas y las costumbres judías: "la montaña llamada de los olivos"; "Nazaret y Cafarnaum se hallan en Galilea"; "sesenta estadios separan Emmaüs de Jerusalén", "la Pascua debe ser inmolada el día de los Azimos", etc. (XIX, 29; I, 26; IV, 31; XXIV, 13; XXII, 1, 7). Y lo que es mejor todavía. El autor hace resaltar aquellas verdades evangélicas que pueden atraer a los paganos. No los parangona con los hijos de Dios, como lo había hecho el primer evangelio (V, 47),—al contrario; les espera un lugar en la familia espiritual del Cristo, cuya genealogía no se ciñe

1. *Die Apostelgeschichte,* p. 221.—Esta cuestión de fecha es importante, puesto que la historicidad del relato va envuelta en ella. Así es que los racionalistas, a la una, retrasan la composición del tercer evangelio hasta la época en que Lucas no podía ya interrogar a los testigos inmediatos. Mas queda patente a la luz del día la inanidad de sus pretextos (Cfr. Lagrange, pp. XXIV-XXVII, XCIV-XCVI, 527 ss. Rose, pp. X-XI) y las pruebas positivas que indicamos (véase los pormenores ibid pp. XX-XXVII) establecen sólidamente la opinión tradicional.

2. Jacquier, op. cit., 488. Comparad también Lucas (VIII, 54) con Marcos (V, 41); Lucas (XVIII, 41) con Marcos (X, 51); Lucas (XXII, 42) con Marcos (XIV, 36); Lucas (XXII, 32) con Marcos (XV, 22).

por otra parte a Abraham, el centro común de los Hebreos, sino que asciende hasta el padre común de la humanidad, Adán (XVII 11-19); los ángeles de Belén anuncian su mensaje a los hombres de buena voluntad, indistintamente (II 14); y ¿qué es pues el cristianismo en sí mismo sino el anuncio de la salud que Dios dirige a todas las naciones, comenzando por Jerusalén (XXIV, 46-47)?

Esta doctrina, el carácter universal del Cristianismo, la hallamos expresada indudablemente en Mateo (XXVIII 19, XXI 33-46) y en Marcos (XIII 10 XII 1-12).[1] Lucas, sin embargo, la inculca con una insistencia semejante a la que ha valido a Pablo el título de "Apóstol de las naciones". Paganos y pecadores ocupan el primer campo de su visión. El emocionante episodio de la pecadora que unge los pies del Maestro (XII 37-50), la parábola del buen samaritano (X 30-37), y la del hijo pródigo (XV 11-32), el testimonio dado a un leproso del pueblo de Samaria (XVII 16), la promesa dirigida por Jesús crucificado al ladrón arrepentido (XXIII 43), atestiguan por doquiera esa tendencia "pauliniana".

Además de la semejanza de fondo,[2] se averiguan

1. Cfr. Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús.*

2. El autor no ha recibido, sin embargo, de Pablo lo esencial de lo que refiere. II 19-51 lo insinúa, y M. Harnack lo reconoce con muchos católicos: Lucas o aquellos a quienes ha interrogado han recogido sobre algunos puntos los recuerdos de la Virgen María. Entre los numerosos testigos que reclama a su favor (I 1-4) menester es sin duda nombrar también a Juana, mujer de Chouza, procurador de Herodes (VIII 2), Manaen, hermano carnal del célebre tirano (Hechos, XIII 1), el diácono Felipe (Hechos, VIII 5 ss.), los discípulos de Emmaüs y quizás el apóstol S. Juan (Lus. IX 54, XXII 8). Mas se agita ásperamente la cuestión para saber SI HA CONSULTADO A LOS DOS PRIMEROS SINÓPTICOS.

Lo parecido del *estilo* en los discursos comunes a Marcos y a Lucas, los duplicados, y sobre todo, el paralelismo estricto en la continuación de las perícopes, hacen admitir a la mayor parte de los críticos una dependencia literaria del segundo con respecto al primero (Lagrange, pp. XLVIII-LXVIII). Otros se mantienen reservados o conceden que, a lo menos, la catequesis romana de Pedro ha podido guiar a nuestro evangelista.

¿Habría éste, como lo cree el P. Lagrange, utilizado además EXTRACTOS DE LA CATEQUESIS ARAMEA DE S. MATEO, ya traducidos en griego, substancialmente idénticos en cuanto al orden y al contenido a aquellos que reproduce al presente el evangelio canónico? M. Camerlynck (Sinopsis, p. LXXV) lo juzga sobrado probable: *probabilis visa est dependentia. L'Ami du Clergé* (1922, p. 322, 1924, p. 340) adelanta una hipó-

entre el tercer sinóptico y las "Epístolas" muchas semejanzas de forma: un cierto número de expresiones les son propias;[1] contienen miembros de frase casi idénticos.[2]

Esto nos basta. "¿El autor de los "Hechos" no sería un discípulo del Apóstol? exclama M. Harnack, el cual pregunta: ¿Quién sino una persona que conociese personalmente a Pablo podía darnos de él una pintura cual la hallamos en ese libro? A principios del siglo segundo, era posible que un admirador del Apóstol se hallara en estado de escribir un relato tan concreto y de evitar, por otra parte, su panegírico?[3]

ESE AUTOR HA SIDO HASTA COMPAÑERO DE PABLO EN SUS MISIONES, porque los "Hechos" son igualmente su obra. Las dos dedicaciones y los dos prólogos lo insinúan, las relaciones tan particulares de la doctrina y del estilo lo establecen; y por otra parte los críticos están en ello de acuerdo unánimamente. (Comparad Luc. I, 1 y Hechos XV, 24-25; Luc. I, 39 y Hechos I, 15; Luc. I, 66 y Hechos XI, 21; Luc. III, 10, 12, 14 y Hechos II, 37; Luc. XII, 14 y Hechos VII, 27; Luc. XV, 20 y Hechos XX, 37; Luc. XXIV, 19 y Hechos VII, 22).

El redactor de los "Hechos" ha tomado parte sin ninguna duda en los viajes del primer misionero de los

tesis que no le parece plenamente satisfactoria, es verdad, más que el P. Huby sugiere a su vez. "Preferiríamos, de nuestra parte, sobre este punto especial de relaciones entre Mateo y Lucas, suponer fuentes escritas independientes, presentando entre ellas de una vez un número de diferencias accidentales por cuanto hubieron de verse adaptadas a diversos medios, y de estrechas afinidades por lo mismo que salidas de una misma catequesis primitiva y fijando partes más o menos considerables de la predicación apostólica. La influencia de la catequesis aramea de S. Mateo, de los ensayos de traducción griega de estas catequesis, dejaríase sentir no directamente sobre S. Lucas mismo, sino más bien sobre los documentos de que se sirvió. Estos documentos habrían experimentado antes de él una cierta adaptación a los medios helenistas, por la eliminación de los rasgos que eran de un color enteramente judío: así esta atenuación, de color palestinense que los críticos han notado en el tercer Evangelio, no sería atribuible a S. Lucas solo, sino, por una parte también, a aquellos que le han precedido y cuyos escritos ha utilizado." *Recherches de sciencie religieuse*, febrero 1924, p. 88.

1. Hawkins establece que el vocabulario de Lucas tiene más palabras comunes, en su solo evangelio, con el vocabulario de Pablo, que los otros tres reunidos: 89, contra 29+20+17=66.
2. Jacquier, o. c., p. 462-463. Lepin, o. c., col. 1.648.
3. *Lukas der Artz*, p. 99.

Gentiles. En tres momentos, habla en plural y dice "nosotros", cuando Pablo llega a Troas y vuelve a Filipo (XVI, 10-17); cuando, después de haber predicado a la gente de Atenas, de Corinto, de Antioquía y de Efeso, retorna a Macedonia, en donde el escritor de los "wirstücken", parece permaneció, y parte con él para 1-18); después, finalmente, durante la navegación hacia Cos, Rodas, Patara, Tiro, Cesárea y Jerusalén (XXI, Roma y el invernal en Malta (XXVII, 1-XXVIII, 16). Y el personaje misterioso que se designa con la palabra "nosotros" es el autor mismo del libro. La perfecta semejanza de la forma y del fondo nos permiten afirmarlo. Aparte de los diversos procedimientos literarios característicos,[1] M. Harnack ha contado entre los "wirstüchen" 63 palabras que le son comunes con el resto de los "Hechos", 44 con el resto de los "Hechos" y el tercer evangelio, y que no se encuentran en los otros sinópticos... "Un sólo espíritu y una sola mano concluye... En esta obra de arte... el autor ha producido algo de único y de imperecedero"...[2]

Queda una última particularidad por establecer: según el célebre canon de Muratori, NUESTRO EVANGELISTA ERA MÉDICO. Que poseyó una cultura intelectual bien desarrollada, la frase clásica del prólogo, un vocabulario asaz rico[3], el uso de los substantivos y de los verbos compuestos lo demuestran suficientemente; y no menos, es cierto, el esmero de indicar su fin y sus fuentes, de relacionar su relato con la historia profana y de desenvolverlo en la medida posible dentro del orden cronológico. Mas ¿cómo reconocer ahí un discípulo de Hipócrates? Aun cuando la mayor parte de los términos que han sido calificados de medicales son palabras de la lengua ordinaria—pues como lo hace notar el P. Lagran-

1. Lepin *in Dict. Ap.*, col. 1.650 n.º 108.
2. Op. cit., p. 102-103.
3.

Número de palabras		Palabras diferentes	Palabras particulares
Lucas	35,239	2,697	715
Mateo	17,921	1,542	411
Marcos	10,720	1,529	77

ge, los médicos griegos no tenían un lenguaje especial— la fisonomía de los acontecimientos referidos le descubre a nuestros ojos. El tercer sinóptico *se fija extraordinariamente en las cosas medicales.* Solo él menciona la curación de Mateo (XXII 51); él únicamente cita el proverbio "Medice, cura teipsum" (IV 23). Por otra parte, cuando describe la pesadez que ocasionan la comida y la bebida (XX 34), la parálisis (V 18), la detención del flujo de sangre (VIII 4), da pruebas de *una precisión del todo profesional.*[1]

Si, pues, se comparan las conclusiones críticas con los hechos tradicionales, el autor de nuestro evangelio es Lucas, Lucas, el médico carísimo, el compañero de Pablo entre los Colosenses (Col. IV 4), más tarde su consolador durante sus dos cautividades (Phil. V 24, II Tim. IV II).

* * *

Por cuanto, si de una parte, desde la más remota antigüedad, hasta llegar a las épocas vecinas a la aparición de los Sinópticos, TODOS LOS TESTIMONIOS garantizan su atribución a s. Lucas, a s. Marcos y a s. Mateo, apóstol o discípulos de los apóstoles; y por cuanto, si de otra, estudiando esos libros, se descubren CIERTAS SEÑALES MANIFIESTAS de que son del tiempo, del país y del autor a los cuales la unánime, la constante, la oficial, aserción les atribuye, podemos considerar nuestra tesis como sólidamente establecida: sí,

**LOS EVANGELIOS
TIENEN UN ORIGEN APOSTOLICO;
PUEDEN
REPRODUCIR LA CREENCIA PRIMITIVA
Y LA TRADICION ORIGINAL.**

[1] Véase más adelante *Los Hechos de los Apóstoles.*

Por lo demás, la crítica independiente se complace en confesarlo. Si no proclama siempre con Harnack—aparte de los episodios que rechaza: "entre los años 30-70, y sobre el suelo de Palestina, más especialmente en Jerusalén, todo cuanto había florecido existía después, y existía formado,[1] reconoce ella en favor de los Sinópticos, por lo menos, una autenticidad parcial considerable, y constreñida por la evidencia, coloca su composición antes del fin del primer siglo.

Es necesario ahora probar un último hecho, que se relaciona con la cuestión de autenticidad y que es, hasta cierto punto, su complemento obligatorio:

C.) Nuestros sinópticos reproducen en substancia el texto original

Historia del texto

Que los Sinópticos reproduzcan en substancia el texto original, a primera vista, parece improbable, porque LOS LIBROS ORIGINALES de Mateo, de Marcos y de Lucas han sufrido la suerte de los innumerables manuscritos de la literatura profana. Al contacto del aire de las manos, el pápiro—sobre el cual estaban escritos de un solo lado, en largas cintas que podían llegar hasta a 10 metros—el pápiro se disgrega y, a no tardar, se desmenuza: la biblioteca de Pánfilo, refiere san Jerónimo, debió ser renovada al cabo de un siglo.

Las copias sufrieron un semejante infortunio hasta la vulgarización del pergamino.[2] Hasta entonces desafiaron los estragos del tiempo. De suerte, que poseemos hoy 2.300 volúmenes que contienen las Escrituras. Los monjes del Athos conservan 559, Italia 424, Inglaterra 309, Francia 244, Rusia 116, Alemania 79, Austria-Hungría 44, América 11; hasta la Nueva Ze-

1. *Lukas der Artz,* p. IV.
2. En el siglo primero, el pergamino no era empleado de una manera general, sino para las notas o bien aún en hojas sueltas.

landa se enorgullece con un manuscrito del Nuevo Testamento. El más antiguo, el *Codex Vaticanus,* data del 350. El *Sinaítico* descubierto por Tischendorf, y que se halla en San Petersburgo, parece ser su contemporáneo, el *Alexandrinus,* que tiene un siglo menos, está en el Museo británico, y el *Regius* o *Codex Ephræmi rescriptus* en la Biblioteca Nacional de París.

Las traducciones nos llevan de la mano hasta el siglo tercero y el siglo segundo. Ved ahí, en lengua siríaca, la *Peschito* y la *Sinaítica,* esta última hallada en el monte Sinaí por dos damas inglesas, Ms. Levis y su hermana; ahí están las versiones egipcias, *Sahidica, Bohaïrica, Fayonmianna, Akhminiana;* ahí tenéis finalmente la Itala, anterior al año 150.

Las citas que abundan en los antiguos escritores eclesiásticos—Lagarde ha contado 29.000 textos del Nuevo Testamento en los escritos de san Agustín—nos acercan más y más a los orígenes.

San Ireneo, discípulo de Policarpo, obispo conservador y tradicionalista, como el que más, cita los Evangelios un centenar de veces, desafiando a los gnósticos Marción, Valentín, Basílides—140-160—a que osen poner mácula en sus enseñanzas.

El filósofo ateniense *Arístides* en una súplica al emperador Antonino—140-145—reivindica el celestial origen de Jesús, y cita el nacimiento virginal, el ministerio de la predicación, la elección de los apóstoles, la crucifixión, la resurrección, la ascensión, la misión apostólica.

San Justino — 120-140 — relata la historia de los Magos, el degüello de los Inocentes, la huída a Egipto, el bautismo en el Jordán, la triple tentación, muchos milagros, la muerte del Bautista, el anuncio de la resurrección, las disputas del Cristo con los Fariseos, la pasión, las apariciones de Jesús resucitado, la subida a los cielos; nota también que las "Memorias de los Apóstoles" son leídas, como el Antiguo Testamento, por doquiera donde se ha hallado en sus viajes.

Hacia esta época, las citas del gnóstico *Basilides*—120-125—se armonizan con nuestros textos; lo mismo ocurre con el célebre fragmento de Papias.

Remontémonos aún más en los primitivos tiempos del Cristianismo.

"Las obras de nuestro Salvador fueron públicas, escribe *Quadratus* al César Adriano—117-138; entre los que le vieron curar enfermos o resucitar muertos, muchos vivieron largo tiempo después de él, algunos hasta este día..."

En las nobles cartas que precedieron a su martirio *san Ignacio de Antioquía* recuerda los rasgos principales de la vida del Salvador, cita nuestros Sinópticos, bien palabra por palabra, bien según el sentido, siempre exactamente.

Hacia el año 100, el autor de la *Didaché* utiliza a Mateo y a Lucas.

Clemente de Roma, finalmente—95—alega nueve veces la versión griega del primer evangelio, tres veces el segundo y otras tantas veces el tercero.

Tales son los principales documentos de que dispone hoy la crítica textual.[1]

VALOR DEL TEXTO

A) Lo hemos dicho ya: las investigaciones de la crítica textual no puede tratar del TEXTO DE LOS SINÓPTICOS sino a partir del momento en que está citado, con abundancia y garantías suficientes de exactitud literal, por los escritores eclesiásticos, es decir, HACIA EL FIN DEL SIGLO SEGUNDO. Ellas comprueban ahí, a pesar de variaciones accidentales muy numerosas, una substancial concordancia en el fondo.

¿A qué viene el extrañarse ante esas variaciones accidentales en libros mil y mil veces copiados? No pocos copistas, elegidos con frecuencia entre los esclavos, carecían de cultura suficiente. Aún los mejores es-

1. Klug. *Gods Zoon en Gods Woord.*

taban sujetos totalmente, como los tipógrafos de hoy día, a las deficiencias humanas. Si reproducen directamente un manuscrito, la confusión visual les ocasiona torcidos cambios: por ejemplo: κρειαις = necesidades se convertía en μνείαις — recuerdos; si escribían al dictado, sus oídos se engañaban con las asonancias, y κένῳ = vacío, reemplazaba a καίνῳ = nuevo; la fatiga o la negligencia les exponía aún a desnaturalizar frases de las que ninguna puntuación separaba las palabras, a desfigurar aquí y allí un término al que ningún acento distinguía.[1] Y luego, pudo haber herejes, quienes, solapadamente, solicitasen un pasaje en provecho de su interpretación; buenos cristianos influenciados por la zozobra dogmática, aun, con la mejor voluntad del mundo, por un prejuicio personal; almas delicadas que soportaban de mal talante pretendidas inexactitudes, un solecismo, un barbarismo. Finalmente—cosa digna de tenerse en cuenta —, las copias que se encargaban a los particulares escapaban más adelante a la vigilancia; y, precisamente, son esas copias las que pudieron ser salvadas en tiempo de las persecuciones, porque las de las iglesias fueron entonces destruídas.

En una palabra, se cuentan cerca de 30,000 variantes;[2] y un exégeta conservador, M. Vigouroux, osa decir que, si comparaba todos los manuscritos, todas las versiones y todas las citas esparcidas entre las obras de los Padres, el crítico contaría tal vez hasta 200,000.

¿Debe este hecho perturbar la confianza del lector? Sólo pueden esperarlo y afirmarlo, los ilusionistas del libre pensamiento primario, los Homais que juegan con esas cifras y se guardan cuidadosamente de explicarlas. Mas al consultar las ediciones críticas, la inquietud se

1. Brassac, op. cit., fig. 5-6-7.
2. Las pericopes más importantes: la cláusula de S. Marcos (XVI 9-20), el episodio del sudor sanguinolento (Luc. XXII 43-44), la fórmula trinitaria del bautismo (Matth. XXVIII 19), la atribución del Magnificat a María (Luc. I 46) no entran en nuestra demostración. Los espíritus curiosos hallarán la documentación que deseen sobre el particular en las obras de exégetas bien conocidos, MM. Lepin, o. c., col. 1.616 a 1.623, Jacquier, o. c., t. II, pp. 507-508, Lagrange. *Commentaires.*

calma; se ve que las variantes afectan casi siempre muy menudos detalles: inversiones o transposiciones de palabras o de frases, modificaciones introducidas en la ortografía, mejoramientos de la sintaxis o del estilo, no se trata, en efecto, de otra cosa. Las adiciones, las supresiones, las correcciones tendenciosas son raras y de ordinario, de fácil reconocer. Según el testimonio de un especialista, M. Hort, apenas forman la milésima parte del Nuevo Testamento todo entero;[1] no llegarían a alterar la CONCORDANCIA SUBSTANCIAL de los Sinópticos.

Insistimos sobre la prueba: es formal, de orden positivo, al alcance de cada uno. Después que diversos sabios—acatólicos la mayor parte, y principalmente M. M. Tischendorf, Westcott, B. Weis, Nestle, Brandscheid y von Soden—han establecido las "Lecciones primitivas" y publicado sus ediciones críticas, podemos hacer un paralelo, por una parte entre esos textos tan reputados, y por otra, entre el texto aceptado por la Iglesia o nuestra Vulgata latina: pues, los pasajes cuya autenticidad es dudosa o que han sufrido una modificación de alguna importancia son verdaderamente raros; ninguno de ellos interesa a la fe. "Tan cierto es ello, dice M. Duplessy, que el estudio de las variantes, lejos de probar una alteración de los Evangelios, establece una vez más, el profundo respeto que tenían por ellos los primeros fieles."

B) Y he aquí una garantía que comprende y ampara asimismo nuestros documentos anteriores al año 95, aquellos mismos a los que no alcanza la crítica textual.

¿Por qué los copistas de entonces habrían querido alterar las sagradas Escrituras? Su veneración era grande hacia la divina palabra, el Verbo escrito, que llegaban hasta a comparar con el Verbo sacramentado, con el cuerpo adorable del Señor. San Agustín predicará, mu-

1. Prefacio de la edición del N. T. griego hecha en colaboración con Wescott: solamente 1/8 del texto total, dice, llama la atención del crítico; solamente 1/70 si se dejan al margen las cuestiones de ortografía y las menudencias; solamente 1/1000 si se considera la substancia.

cho tiempo después, esta doctrina—extraña quizás al gusto del siglo XX: "non minus ergo reus erit qui verbum Dei perperam audierit quam qui corpus Christi in terram cadere sua negligentia præsumpserit".[1]

Por ella venimos en conocimiento de la mentalidad de los primitivos cristianos. Llevaban consigo también el texto evangélico, lo sabían de memoria, lo hacían poner sobre su tumba. Nada dificultaba su culto, Renán mismo lo dejó observado. "No se vió jamás mejor la honestidad de la Iglesia, escribe. Es imposible que algunas contradicciones de los Evangelios no hayan desde entonces sido advertidas... Se prefiere, sin embargo, exponerse, en lo que al porvenir se refiere, a las objeciones que no condenar, suprimiéndoles o modificándoles, los libros inspirados por Dios."

Se comprende, pues, que las alteraciones no habrían podido efectuarse. En aquella época, los manuscritos no estaban confiados sino a escribas de profesión. Los obispos los contrataban, y sabido es con cuanta solicitud velaban sobre el depósito de la fe confiado a su cuidado (I Cor. I 11, IV 21; I Tim. V 22; II Tim. II 2, 15; Gal. I. 8, III 1.). Amigos y enemigos velaban, por otra parte, sobre el particular, testimonios inmediatos o discípulos de los apóstoles, cuya susceptibilidad doctrinal igualaba, por lo menos, la de los cristianos que debían, más adelante, reprobar a cierto obispo Tryfylo, narrando la curación del paralítico, el substituir la palabra "lecho" por la palabra "grabatum" que parecíale trivial; quienes otra vez se amotinaron porque una traducción nueva del Antiguo Testamento había reemplazado por "hedera", yedra, "cucurbita", calabaza; y que constriñeron a un sabio como san Jerónimo a no admitir en su versión del "Pentateuco", de los "Profetas" y de los "Hagiógrafos" sino simples correcciones gramaticales. Finalmente, es necesario no olvidarlo jamás, el gran número de copias existente al final del siglo primero

1. Aquel que recibe en vano la palabra de Dios no es menos culpable que aquel que, por negligencia, deja caer al suelo el cuerpo de Cristo.

hacía el fraude ineficaz: so pena de ser la impostura desenvuelta, hubiera sido necesario retocarlas todas, y existían cerca de tres mil diseminadas por el universo católico! [1]

«Podemos, pues, dice H. J. Cladder, tener una firme confianza científicamente fundada, de que en el texto actual, impreso, de nuestros Evangelios, no obstante las vicisitudes de la historia de su transformación, poseemos fielmente, en sustancia, el texto que hace diez y ocho siglos y medio nuestros evangelistas confiaron al mundo mediante sus rollos de pápiro.»[2]

* * *

Así, la verdad triunfa; la Tradición y la imparcial Crítica se dan las manos.

1.) **El texto de los Sinópticos no ha sufrido a través de los siglos ninguna modificación sustancial, y salvo ligeros cambios, de orden accesorio, nos ha sido transmitido en su forma original y auténtica.**

2.) **Mas ese mismo texto se remonta a los tiempos apostólicos, y lo que es más, sus orígenes palestinenses y hierosolimitanos están hoy determinados.**

3.) **Y aun lo que es mucho mejor, este texto se confunde con el de los apóstoles mismos.**

Excepción hecha de los fragmentos que rechaza por

1. Lagrange, *Le sens du christianisme*, p. 18: "Los libros no han cambiado, lo sabemos por la crítica textual. ¿Cómo suponer que los primeros cristianos hayan reverenciado libros que contenían una doctrina contraria a la que profesaban los Apóstoles? No hay dos Evangelios, decía S. Pablo. Si yo, si un ángel del cielo venía a predicaros otro evangelio, que sea anatema (Gal. 18). Los Gálatas han faltado dejándose seducir. Mas el Apóstol estaba alerta y las cristiandades, muy atentas a las cuestiones religiosas, se vigilaban mutuamente e iban a la una. Recordad cómo el punto de las observancias judaicas fué sometido al examen de una reunión plenaria en Jerusalén (Act. XV). ¿Esta fe más bien susceptible que indiferente, habría recibido como la palabra de Cristo escritos contrarios a lo que les habían enseñado los Padres de esta fe?"

2. *Unsere Evangelien*, I p. 23, citado por L. de Grandmaison.

prejuicio,[1] M. Harnack lo confiesa sin ambages. "Entre los años 30-70, y en el suelo de Palestina, más especialmente en Jerusalén, todo lo que se desarrolló después existió, y existía ya fijado." [2]

Fusionemos ahora con esa confesión el aviso de Strauss. "La historia evangélica, decía en 1835, sería inatacable, si era constante que fué escrita por testigos oculares o, por lo menos, por hombres vecinos a los acontecimientos." Ahora bien, eso es un hecho. No queremos, sin embargo, cantar victoria. Concluimos simplemente que **Mateo, Marcos y Lucas, se hallaban muy bien situados para referir los dichos y hechos del Señor como los relataban los apóstoles y como los habían retenido los oyentes y los espectadores contemporáneos.**

Podían hacerlo, ¿pero lo han hecho? Eso es lo que con toda diligencia es necesario ahora investigar.

B

Historicidad de los Sinópticos

Dos cosas es preciso demostrar: 1.°) la sinceridad de los autores, su cuidado en decir lealmente la verdad; luego, 2.°) y sobre todo, el carácter objetivo de los relatos que nos ofrecen.

1. "Tenemos ante nosotros a la crítica racionalista, que no quiere admitir el milagro. Ahora bien, los Evangelios están llenos de relatos milagrosos. ¿Qué deberían hacer, ante esta ocurrencia, los críticos verdaderamente y sabiamente críticos? Deberían examinar si los hechos son exactamente referidos, y venir a dar como conclusión de su verdad en la posibilidad del milagro... Y es la marcha inversa la que siguen: comienzan por negar el milagro, y de esta imposibilidad, que afirman por su cuenta, deducen error histórico en los Evangelios.

La posición de los críticos, en esta circunstancia, es exactamente la misma que la de un sabio que habría negado, hace veinte años, la posibilidad del "más pesado que el aire", y que se obstinaría en no querer nunca ver volar un aeroplano. "No hay avión que valga, diría, puesto que el avión es imposible." Bastaría con responderle: "El avión es posible, puesto que existe." Duplessy. *L'autorité des évangiles,* p. 49.

2. *Lukas der Artz.* Que se nos excuse el repetir este texto. Entre los hombres competentes, todos, aún los más radicales, reconocen hoy en nuestros tres sinópticos, por lo menos, una autoridad parcial, considerable; están unánimes en colocar su composición antes del final del la izquierda no se obstinarán ya por mucho tiempo en hacer descender estos libros después de la ruina de Jerusalén en el año 20.

I

La buena fe de los Sinópticos

"Hubo un tiempo, y el gran público está aún en esa fecha, escribe M. Harnack, en que se creía deber considerar la más antigua literatura cristiana, comprendiendo en ella el Nuevo Testamento, como un tejido de artimañas y de falsificaciones. Ese tiempo ha pasado. Para la ciencia, ello ha sido un episodio en que ha tenido mucho que aprender, y después de él, mucho que olvidar."[1] — Y puesto que los mismos racionalistas convienen así sobre el particular, nos será permitido abordar sin tardanza el segundo problema, el problema capital; más, deseando ofrecer a nuestros lectores una demostración completa, iremos disponiendo algunas pruebas a base del teorema clásico: Lucas, Marcos y Mateo no quisieron engañar a sus lectores.

Los Sinópticos no quisieron engañar a nadie.

Crítica externa

Hablando con una seriedad persuasiva, por su candidez, y con una gravedad profunda que muestra la importancia que dan a su asunto, los evangelistas quieren, sin duda alguna, referir los acontecimientos reales, en los que creen con toda su alma. *Su tono* mismo lo garantiza. Y asimismo *su conducta*. ¡Afrontan los azotes (Hechos IV, v. 40), la prisión (v. 3), la muerte (v. 33), antes que desmentir, que atenuar el testimonio esparcido por doquiera.

"Creo de buena gana las historias cuyos testigos se hacen degollar", notaba Pascal. La sana psicología se da prisa en añadir: no se inventa una doctrina que parecía a los Griegos una locura y a los Judíos un escándalo (I Cor. I, 23); por lo menos, hombres norma-

1. *Chronologie de l'ancienne littérature chrétienne*, t. I, pp. VIII-IX.

les cesan de propagarla, si, en lugar de gloria y de provecho, les reporta principalmente cólera, sarcasmos y represalias.[1]

Crítica interna

Cuatro hechos muy señalados garantizan la absoluta probidad de los sinópticos: la concordancia de los relatos y la progresión de los discursos, el retrato de los Apóstoles y el retrato de Jesús.

1. La coherencia de los relatos. ¿Cuál es, en sus grandes líneas, la historia evangélica? Bautizado por Juan y declarado hijo de Dios por una voz del cielo, Jesús comienza su ministerio público después que Herodes Antipas ha hecho prender al Bautista: predica la venida próxima del reino de los cielos, y exhorta a todos los hombres a la penitencia. Elige algunos discípulos; Simón y Andrés, Santiago y Juan; habla con autoridad en las sinagogas, obra una serie de milagros, y logra que su nombradía se extienda a través de la Galilea y gane a no tardar las regiones circunvecinas. Luego que un leproso ha proclamado su curación maravillosa, las multitudes corren en tropel hacia el taumaturgo. Cierto día de fiesta, como un paralítico había recibido la remisión de los pecados, Jesús pronuncia una palabra en oposición con las enseñanzas de la época, lo que exaspera a los Escribas: "El sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado. El Hijo del Hombre es maestro del sábado." Una nueva curación hecha aún en un sábado, día del reposo sagrado, desencadena la cólera de los fariseos y de los herodianos, quienes deciden la muerte de este Maestro temerario. — Se mantiene éste, pues, tanto como le es posible en parajes

1. La hipótesis de unos apóstoles farsantes es absurda. Considérese la en todo su desenvolvimiento: imagínese a esos doce hombres reunidos después de la muerte de Jesucristo, tramando el complot de decir que ha resucitado. Plantan cara con ello a todos los poderes. El corazón de los hombres es extrañamente propenso a la ligereza, a las promesas, a los favores. Por poco que uno de ellos hubiere flaqueado en lo convenido a causa de todos esos atractivos, y, lo que es más, debido a los encarcelamientos, a las torturas y a la muerte, quedaban perdidos irremisiblemente. ¿Sería esto posible? Pascal.

apartados de las masas, y se entrega diligentemente a la formación religiosa de los apóstoles. Dichas primero a todos, las parábolas les son explicadas en particular. A la sazón, fortalecidos con instrucciones especiales, salen a predicar el reino. — Porque no quiere caer en manos de Herodes Antipas, el verdugo de Juan-Bautista, Jesús deja la Galilea y no vuelve a ella sino de paso. Finalmente, torna a Jerusalén, donde predica abiertamente su doctrina. Algunas veces no permanece, por la noche, en la ciudad y se retira a Betania, entre sus amigos, en casa de unos amigos. — Entra triunfalmente un día, por la mañana, en Jerusalén; el pueblo le aclama y agita ramos en señal de alegría, mas los escribas y los fariseos, llenos de envidia, le proponen cuestiones pérfidas; públicamente confundidos, se hallan más decididos que nunca a hacer morir a su contradictor. — Un traidor facilita semejante proyecto. Apresado en Gethsemaní, conducido ante el sanedrín e interrogado por el Sumo Sacerdote, acusado de blasfemo (se proclama el Cristo, el Hijo de Dios), Jesús es, finalmente, entregado a Pilatos, quien ordena su crucifixión. Muere sobre la cruz, manos piadosas le dan sepultura, resucita al tercer día...

2. La progresión de los discursos merece también sobremanera ser tenida justamente en cuenta. Mas consideraremos aquí solamente algunos trozos que revelan la personalidad del Salvador.

Jesús deja su familia y su estado de carpintero. En Cafarnaum, un espíritu impuro, que se vuelve contra él, proclama su cualidad mesiánica. De ahí el que las multitudes busquen el verle, el platicar con él sobre diversas cuestiones, el sorprenderle, impacientes como ellas están de arrancarle su secreto. A lo que no responde El sino por medio de actos, curaciones y exorcismos porque la hora parece inoportuna: el reino de Dios no es aún comprendido. "Bastará con reflexionar que la palabra Mesías había llegado a ser, debido a esperanzas

nacionales sobreexcitadas, una enseña política. Este nombre, cuya etimología no estuvo nunca en relación con el sentido, déjase codiciar y se presta a todas las significaciones las más lejanas de su origen, las más extravagantes asimismo. Había sido, en cierta manera, usurpado y confiscado por los Fariseos; discretamente, le transformaban en un símbolo político, en el que encarnaban el libertamiento próximo, la inauguración de un reino sin fin, en el que las preocupaciones morales y religiosas quedarían a último término, en el que el templo y la ley serían mantenidos, como los principales órganos de purificación y de santificación. Jesús rehusó, en el desierto el cumplir ese programa; debía asimismo rehusar el título. ¿Qué le importaba un nombre que en las concepciones más depuradas y más rectificadas, evocaba aún la potencia política y la conquista por las armas?" [1]

Jesús, no realizó estas esperanzas que no tenían nada de común con su mesianismo espiritual. En primer lugar, verifica una selección entre sus oyentes, se rodea de algunos discípulos, solamente ante un pequeño grupo levanta, poco a poco, el misterio que le oculta a los ojos de los humanos y provoca la confesión de Cesárea; más adelante, "cuando habrá fundado el reino de Dios en las almas, y no congregando en Palestina las tribus dispersas, cuando habrá mostrado que el campo de su reino es el corazón vuelto hacia Dios y no la tierra santa de Jerusalén, que la salvación es la redención del pecado y del mal y no el libertamiento del yugo romano, entonces tomará el título de Mesías. Le habrá desprovisto de la concepción popular cambiándole, y substituyendo en él un contenido nuevo".[2] A los apóstoles que saben que es el Cristo, les manifestará la verdadera destinación del Cristo: la humillación, el sufrimiento y la muerte (Marc., IX, 12, 30, X, 33,

1. Rose, *Etudes sur les Evangiles.*
2. Rose, *o c.*

34), acompañamientos inevitables de su misión redentora (X, 45, XIV, 21, 40).

A partir de entonces, si Jesús se mezcla con la multitud, comienza por suscitar la fe. Su cualidad mesiánica, la insinúa de una manera discreta, lo más frecuentemente, para reivindicar derechos que se le disputan o poderes que se le discuten (II, 10, 28, VIII, 31-39). A no tardar mucho, permite le llamen "Hijo de David" (XII, 35), y él mismo se intitula "el Señor". En la última semana, entra en Jerusalén y tolera que el pueblo le aplique un salmo que concierne al Mesías, sin duda alguna. Llenos de cólera y de despecho, los jefes del Sanedrín le interrogan. Solamente entonces se declara (delante de todos) el Mesías, Hijo de Dios, reivindica hasta la más alta función mesiánica, una función propiamente divina, la del juicio. La declaración va más allá de la pregunta. No es El el Mesías de la concepción popular: es El quien realizará la obra de Jahvé, el día de su advenimiento será el día de Jahvé...[1]

Este análisis, es posible que no impresione mucho a los profanos: una sencilla lectura les da en mayor escala la impresión que los sinópticos merecen una entera confianza. Siempre ese encadenamiento progresivo que responde a la naturaleza de las cosas y se adapta tan perfectamente a la mentalidad de destinatarios diferentes; esa lógica interior que ven campear en la narración de los acontecimientos, coordinar los hechos y reducirlos a la unidad, todo eso para los críticos, son otras tantas pruebas de que Lucas, Marcos y Mateo han ido registrando con una fiel exactitud las enseñanzas y las acciones del Cristo, que sus Evangelios no son composiciones artificiales sino leales crónicas. Hombres de obscura condición, individuos de tierras orientales, no inventan de esa suerte.

Sabios e ignorantes participan por lo demás de una misma convicción ante el

1. Rose, *Etudes sur les Evangiles.*

3. Retrato de los Apóstoles. No está fuera de lugar el hacer sobre el particular más de una observación interesante.

En la época en que san Mateo, san Marcos y san Lucas publicaban sus obras, la Iglesia profesaba a los Doce un aprecio y estimación que jamás ha sido igualada: ¿no eran ellos, en efecto, los testigos auténticos del Cristo, los canales que habían hecho llegar hasta las almas todas las aguas vivas de la fuente misma?

a) Y para convenceros de ello, estudiad los Sinópticos. Nada se advierte en ellos que suene a lisonja o adulación para los Apóstoles; esos libros, diríase, tienden a reducirlos al nivel ordinario de los demás hombres. Gente resuelta, pero ruda, salidos de entre las barcas o alistados en la mesa del publicano no comprenden las palabras de su Maestro, aún después de un trato asiduo con él durante tres años; en lugar de engrandecerles, la generosidad impetuosa de sus promesas les humilla por el contraste de una conducta débil; se muestran decaídos en el Calvario, y tan tardos en aceptar el mensaje de la Pascua! Semejantes cuadros son realistas, en verdad, y sus pinceladas no pertenecen al artista que estiliza sino al pintor cuidadoso de reproducir un documento.[1] "Toda la antigüedad [2] y hasta los tiempos modernos han admirado la sinceridad de los evangelistas y especialmente de Marcos, quien ha puesto en una luz tan cruda la incapacidad natural y los desfallecimientos de los Apóstoles de la nueva religión. No se explicaba un tan singular proceder de

1. Cfr. Marcos, el pretendido primer evangelista (VIII 17-18, IV 13, VI 52, IX 10, XIV 40). Seguramente, Mateo (XIII 18, XIV 33, XVI 8-9, XVII 10, XXVI 43) pone menos de relieve esta ininteligencia del colegio apostólico, y los racionalistas se valen de ello para denunciar una idealización convenida y tardía. Mas que se lea en este autor cuáles fueron la falta de fe de los Apóstoles (VII 2, XVII 20), sus ambiciones (XVIII 1, XX 20), su carácter interesado (XIX 27), su debilidad (XXVI 38, 40, 43) y su cobardía (XXVI 56), cuáles fueron las lagunas, los errores, los desfallecimientos (XIV 28-32, XVI 23, XXVI 69-73) del jefe de los Doce, y se verá que los retratos son substancialmente parecidos; si Marcos se apoya sobre uno u otro pormenor, es ello debido a que se hace eco de la humildad de Pedro cuya catequesis reproduce.

2. P. Lagrange.

parte de un discípulo sino por el respeto de los derechos de la verdad. Y esta verdad parecía muy verosímil. Unos cuantos pescadores de Galilea no podían en un solo día llegar a ser los predicadores de la doctrina que ha triunfado de las resistencias de san Agustín y que ha arrebatado la inteligencia de Pascal. Es ello un tema tratado frecuentemente y que todos comprenden sin esfuerzo alguno." [1]

b) Podemos, sobre esto, bordar variaciones igualmente convincentes. Los Sinópticos, lo hemos dicho ya, son en primer lugar Mateo, Pedro, y, cuando menos en parte, Pablo, que se dirigen a las multitudes. Pues bien; los incidentes más gloriosos para su héroe divino, lo mismo que los más dolorosos, los más humillantes y los más trágicos, no provocan en ellos ni entusiasmo, ni piedad. ni cólera. El misterio de la Encarnación, por ejemplo, la infame traición de Judas, las escenas de la pasión, todo eso nos lo narran sin emoción aparente, con una impasibilidad que, a primera vista, os desconcierta. ¿Sería acaso que carecían de corazón? Su vida toda, sus epístolas, su muerte sangrienta y generosa desmienten semejante hipótesis: no, allí no hay sino una prueba de lealtad, la resolución de exponer los hechos tal como se sucedieron, de no mezclar nunca allí un acento personal.

Si los oyentes no se equivocaban sobre el particular, ellos que convivían con los Doce y les conocían muy bien, una relación escrita corría el peligro, por lo menos, de engañar a los extranjeros, a los lectores pertenecientes a generaciones remotas. ¿Lucas, Marcos y Mateo recurrieron, pues, a subtilidades determinadas, irán estampando entre los acontecimientos algún sobrio comentario? No, las catequesis primitivas, las reproducen tal como eran, las disponen sin artificio, fijando así sobre su obra el sello de la honestidad literaria. "Semejantes cuadros, diremos con M. Lepin, son de testigos

1. Op. cit., CXLIX.

exactos y sinceros, que no quieren desnaturalizar ni disimular nada, que saben hacer abstracción de las realidades presentes y de ellos mismos, para relatar únicamente y simplemente la verdad de la historia." [1]

Una nueva prueba, y más llamativa aún, nos es suministrada por

4. El retrato de Jesús.

> ¿Por qué le hacen tan débil en su agonía? ¿No saben pintar una muerte constante? Sí, porque el mismo san Lucas pinta la de san Esteban más fuerte que la de Jesús.
>
> Pascal

Jesús, Hijo de Dios, venido del cielo en donde preexistía en el seno del Padre, participando de la naturaleza divina y verdadero Dios, está sentado, después de su resurrección, a la derecha de su Padre y asociado a su gloria, esperando que vuelva de nuevo a juzgar a los vivos y a los muertos: hed ahí lo que profesaban los fieles hacia el año 50, según muchas Epístolas de san Pablo lo atestiguan claramente (Rom., I 3, VIII 3, 32, IX 5; I Cor., I 15, 24, 30. II Cor., IV 4, V 19, VIII 9; Gal., IV 4-6; Philipps, II 5-7; Col., II 9, etc.).

Ahora bien, los autores sinópticos—dos de los cuales están en conexión con el Apóstol de los Gentiles y quienes, los tres a la vez, compusieron su libro en esta época—*apenas insinúan la preexistencia del Salvador,* y si hacen transparentar su divinidad a través de sus discursos y de sus actos, no la afirman señaladamente de una manera expresa y formal antes de la comparecencia de Jesús en presencia del Sanedrín. *Al contrario, insisten en su humanidad.*[2] "El Cristo sinóptico, dice

1. *Jésus Messie et fils de Dieu,* XXXVI.

2. Según los críticos que tienen a Marcos por el primer evangelista, Lucas y Mateo borran o esfuman los trazos humanos del Salvador, del que la idealización progresiva por parte de los fieles habría a la sazón tocado a su término.

a) Su aserción es exagerada. Tanto como el Cristo de Marcos, el Cristo de Mateo sienta numerosas cuestiones; experimenta la piedad, la indignación, y aun ciertas limitaciones de poder (IX 36, XIV 14, XV 32, XX 34-XXIII-VIII 26, XIV 32, XVI 15, XVII 24, XIX 17,

M. Loisy, es un ser de carne y huesos, que trata con los hombres como uno de entre ellos, no obstante la consciencia que tiene de su alta misión, o quizás a causa de esa consciencia; habla y procede de un modo humano; se sienta a la mesa del fariseo y del publicano; se deja tocar de la pecadora; conversa familiarmente con sus discípulos; es tentado del demonio; se aflige en el huerto de Gethsemaní; obra milagros por piedad, ocultándolos antes que sacar de ellos provecho para autorizar su misión; se mantiene sereno y digno ante sus jueces, mas permite le recriminen y le injurien; el clamor que emite antes de morir es un clamor de angustia y de agonía; si se le escucha se percibe en todas partes, en sus discursos, en sus actos, en sus dolores yo no sé qué de divino que le eleva por encima de la humanidad común, aun la más aventajada, todo cuanto dice es profundamente humano. todo penetrado de actualidad humana, si es permitido hablar así, y a pesar de la poderosa novedad que en el fondo hay, en una correspondencia estrecha y natural con el tiempo y el medio en que vivió. Jesús viviente trata con hombres vivientes; el mundo que se ve agitarse en torno suyo es un mundo real, los personajes que allí se dibujan tienen el relieve de su existencia y de su carácter individuales; la vida está por doquiera y con ella la verdad de la representación histórica." [1]

Mas aun, hay como para preguntarse si nuestros evangelistas no habrían desconcertado la fe de algunos de sus oyentes. Su Cristo no se otorga una califica-

XXII 2-IX, 30-31, XIII 55, XVII 28). Algunos rasgos parecidos se hallan en Lucas (XI 46-VIII 25, IX 20, XVIII 19, XX 34-XIV 23, XXVIII 36).

b) Por otra parte, lejos de ser un indicio de menor ciencia, las interrogaciones están conformes con el método de enseñanza que practicaban los rabinos, y el criterio de las emociones anotadas no tiene el valor que se le atribuye: sin ello, menester fuera conceder al cuarto evangelio la prioridad sobre los tres sinópticos. No se puede ya más sostener con certeza que el traductor griego de S. Mateo ha querido presentar con colores menos crudos el contratiempo del Maestro en Nazaret: "No hizo allí muchos milagros, dice uno, a causa de su incredulidad" (XIII 58). "No pudo allí hacer milagro alguno, escribe el otro, si no es que sanó a algunos pocos enfermos, imponiéndoles las manos" (VI 5).—Y he ahí echado al desecho un argumento a favor de la anterioridad de S. Marcos

1. *Le quatrième évangile,* p. 72.

ción: "el Hijo del Hombre", que no toman nunca por cuenta suya y que se halla raramente aplicado en otros lugares? (Marc., II, 10, 28, Matth., XI, 9, XII, 32, 46, XIII, 37, 41, X, 23, etc.); [1] ante su Padre, se mantiene en la actitud de un inferior y de un suplicante (Marc. VII, 34, XIV, 35, 36, 39; Matth., XIV, 23, XXVI, 39, 42, 44, 53; Luc. VI, 12, XXIII, IX 18, 28, XXII, 42, 43, 46); opone la blasfemia contra él mismo, el Hijo del hombre, y la blasfemia contra el Espíritu Santo que obra en él (Matth., XII, 32, Marc., III, 29); el día del juicio, parece ignorarlo (Marc., XIII, 32; Matth., XXIV, 36); rehusa el título de bueno como si perteneciera únicamente a Dios (Marc., X, 17, ss.); vedle, en Gethsemaní, someter su voluntad a la de su Padre (Matth., XXVI, 39, Marc., XIV, 36, Luc., XXII, 42), sobre la cruz, finalmente, parece creerse abandonado de Dios (Matth., XXVII, 46, Marc., XV, 34).

Y de lo dicho hasta aquí ¿no salta a la vista en cuán alto grado nuestros autores llegaban a despojarse de sus tendencias personales, y a hacer abstracción de una fe ya extendida y profunda? Trataban pues sus fuentes con imparcialidad, en la serena confianza de que la verdad prevalecería en definitiva contra la perturbación posible de ciertos hermanos, contra las objeciones y las burlas de los paganos o de los judíos.

* * *

Otro problema, empero, suscita obstinadas discusiones. Si Lucas, Marcos y Mateo no han narrado nada sin creer en ello, ¿no tenían, con la mayor buena fe, la seguridad del error? ¿Espíritus ingenuos y crédulos, no estarían sugestionados por cuanto se movía en torno suyo o víctimas de sus propias ilusiones? La cuestión vale perfectamente la pena de ser examinada: se trata de la autoridad de los evangelios.

1. Lepin n.º 193. Rose, *o. c.*, cap. V.

II

La objetividad de los Evangelios

Señalemos la primera etapa:

A.) Orales o escritas, las fuentes consultadas por los evangelistas podían reproducir la historia y la doctrina auténtica de Jesús.

La investigación no era difícil tratándose de una vida que había removido la Palestina entera, de una misión proclamada en presencia del Sanedrín. La enseñanza de Jesús contrastaba desde luego con la Ley; la nombradía de sus milagros se hacía oír hasta en el palacio de un tetrarca; el movimiento espiritual cuyas ondas descendían del monte Calvario, un celador famoso, Saulo, le ampliaba más aún y le hacía ganar cada vez mayor terreno. Por consiguiente, LOS HECHOS se bastaban a sí mismos así como las palabras que se relacionaban con esos hechos.

Mas, ¿qué decir de los DISCURSOS propiamente dichos? El lapso de tiempo que separa su emisión —26-29— y su traslado por escrito —30-70— ¿no debería inspirarnos alguna desconfianza? En el siglo de la linotipia, de las máquinas de escribir y de los policopistas, se experimenta tan naturalmente el fetichismo de la letra...

Sin embargo, *la facultad de retener es grande entre los iletrados.* "Se ha observado mil veces, dice Renán, que la fuerza de la memoria está en razón inversa del hábito de escribir. Nos cuesta figurarnos lo que la tradición oral podía retener en las épocas en que no se descansaba sobre las notas que se habían tomado o sobre las hojas que se poseían. La memoria de un hombre era entonces como un libro." [1] Doscientos años habrían pasado antes de que el Talmud, hubiera sido fijado me-

1. *Les Evangiles*, p. 77.

diante la escritura. Según Max Muller, han sido menester muchos siglos para dar la forma escrita a los 16.448 versos del Rig-Veda.[1] Hoy mismo, las personas de cultura, que emplean el discurso indirecto y resumen lo que han oído, refieren con menor fidelidad los pormenores que las gentes sencillas; prefieren el discurso directo, y éstas reproducen palabra por palabra las narraciones de sus interlocutores.

Por lo que a esto se refiere, *los judíos instruídos sufrían un verdadero adiestramiento.* "Los rabinos reunían en derredor suyo a sus discípulos, recitaban una sentencia de los antiguos doctores, traían a la memoria las soluciones ya dadas a la cuestión, y la discusión, en la que tomaban parte maestros y discípulos, empezaba. Estas sentencias acumuladas formaron una tradición que se llamó la "mischnâh"...[2] Todo buen discípulo, se complacían en decir, es aquél que semejante a una cisterna construída en la cal, no pierde una gota y esta alabanza glorificaba hasta a los más célebres sabios tales como R. Jochanan ben Zahkaï: "No pronunciaba una palabra que no hubiere oído de su maestro". Hacia la mitad del siglo segundo, vemos a Papias inspirarse en esos principios. "Lleno de desconfianza por los preceptos caprichosos que hacíanse[3] circular, no quería yo otra cosa, afirma él, sino conocer aquellos que fueron confiados por el Señor a la fe de sus discípulos, y que provenían de la Verdad misma. Si me encontraba con alguno que había seguido a los presbíteros, le movía plática yo:... ¿Qué decía Andrés? ¿Qué decía Pedro? ¿Qué decían Felipe, Tomás, Santiago, Juan, Matías y tal otro de entre los discípulos del Señor?...Porque no pensaba que los libros todos me pudiesen reportar provecho en tan alto grado como los datos recogidos de la tradición (literalmente: de una voz) viviente y perma-

1. Dos cosas han favorecido la recordación: 1.º) la forma literaria, métrica y poética; sobre todo 2.o) el carácter sagrado de los textos: una alteración habría sido considerada como una profanación.
2. Jacquier, p. 297.
3. Los gnósticos.

nente". ¡Qué desdén del libro! ¡qué desconfianza de la escritura! ¡qué confianza, por el contrario, en el testimonio oral! Un libro no tiene alma, observa a este propósito Mgr. Batiffol,[1] ni convicción, ni personalidad; es el instrumento de la verdad y también asimismo del fraude y de lo falso; un libro es irresponsable. Mientras que la "voz viviente" es la voz de un hombre que dice lo que ha visto y lo que ha oído, y que responde de ello."

Añadid que *Jesús revestía su pensamiento de una forma mnemotécnica.* El genio hebreo tiene especial predilección por el corte simétrico de las frases y por la simetría de las antítesis; ello hace que las palabras se peguen en la memoria:

> No juzguéis a los demás,
> si no queréis ser juzgados.
> Porque con el mismo juicio que juzgaréis
> habéis de ser juzgados;
> y con la misma medida con que midiereis
> seréis medidos vosotros.[2]

También usa *de progresivos desenvolvimientos de la frase*:

> Nadie echa un remiendo de paño nuevo a un vestido viejo; de otra suerte, rasga lo nuevo parte de lo viejo, y se hace mayor la rotura.
>
> Ni tampoco echan el vino nuevo en pellejos viejos: porque entonces revienta el pellejo, y el vino se derrama, y piérdense los cueros. Pero el vino nuevo échanlo en pellejos nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro.[3]

No retrocede, a veces, ante una cierta aspereza de la frase:

> ¡Hijos míos, cuán difícil cosa es que los que ponen su confianza en las riquezas entren en el reino de Dios! Más fácil es el pasar un camello por el ojo

1. *Six leçons sur les Evangiles*, p. 29.
2. Matth. VII, 1-2, 7-8; X, 16, 26-27; Luc. VI, 27-28.
3. Matth. IX, 16-17; VII, 6; VI, 24.

de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos.[1]

Y como Jesús no predicaba sin duda cada día cosas inéditas, hartas veces repetidas "esos proverbios en forma de imagen, esas paradojas aparentes que se graban tanto más fácilmente cuanto que han antes provocado una ligera expectación, esas sentencias recalcadas como dos grandes olas que vienen a surcar un mismo camino, esos desenvolvimientos paralelos con una suerte de movimiento estrófico [2] todo ello producía en el recuerdo de los humildes una impresión indeleble.

La tradición oral, finalmente, se conservaba, "no en la memoria de tal o cual oyente novel, sino en esas comunidades palestinenses en las que los fieles estaban en estrecha unión, donde tantos de entre ellos habían, conjuntamente, escuchado al Maestro, donde la memoria de unos comprobaba la memoria de los otros, donde el papel soberano y decisivo de la "palabra del Señor" exigía que no hubieran dudas sobre su autenticidad y sobre su literatura." [3]

No es, pues, sorprendente que los tres primeros evangelistas estén de acuerdo, lo más frecuentemente, sobre la misma serie de los discursos y de los hechos, sobre numerosos episodios, no pocas veces sobre la construcción de las frases y la disposición de las palabras. De esa suerte, nota un racionalista, M. Weiss, se confirma la experiencia universal de que aquello que ha sido dicho una vez de una manera perfecta, no puede jamás ser desfigurado y perderse."

La cuestión de la posibilidad resuelta, menester es establecer una segunda tesis:

B.) Las fuentes consultadas por los tres sinópticos reproducen en realidad la historia y la doctrina auténticas de Jesús.

1. Marc. X, 24-25; Matth. V, 29-30, 39-40; VI, 26-33.
2. *Christus,* p. 688.
3. Duplessy, *L'Autorité des Evangiles,* p. 56.

Se conviene generalmente que el marco en el cual san Mateo, san Marcos y san Lucas colocan la vida del Cristo, responde con exactitud a los datos científicos más ciertos. Dos pruebas, escogidas entre muchas, aportarán a esta tesis una dichosa confirmación. Las aduciremos entresacándolas del campo de la numismática y de la cronología.

I. Las monedas en el Evangelio. En lugar de hablarnos de "siclos", del "gérah", del "hazi", del "rabiah", como lo hubieran hecho personas falsarias del siglo segundo, los Sinópticos citan de ordinario las piezas romanas y las piezas griegas. Como era lo justo. Porque la moneda nacional era poco conocida; se la acuñaba más después de la dominación romana. Si con todo eso, Mateo (XXVI, 15) nos enseña que Judas recibió treinta siclos como recompensa de su maldad, era ello que los sacerdotes debían sacar ese dinero del santuario; ahora bien, *en el templo, se reducía toda suma a esa unidad, alrededor de* 2,83 fr.

Ordinariamente, los evangelios hacen alusión al denario y a sus subdivisiones, con el que los romanos habían inundado por doquiera el mercado comercial. Aquí también personas falsarias habrían dejado traslucir su secreto. "Conventione autem facta ex denario diurno": se concibe un salario de 75 céntimos, valor del denario en tiempo de Augusto—inclinadas sobre la gleba desde la mañana hasta la noche, y tostadas por el sol o atormentadas por los vientos, hace poco nuestras escardadoras flamencas no percibían más—, *esa moneda fué paulatinamente depreciada,* de tal manera que, bajo el poder de Diocleciano, representaba poco menos de tres céntimos! "A qué fin desperdiciar ese perfume, siendo así que se podía vender en más de trescientos denarios..." (Marc., XIV, 4, 5). Aún cuando se trate de nardo fino, ese precio, a primera vista, parece inverosímil: doscientos treinta y cuatro francos!... Y, sin embargo, el autor sagrado tiene toda la razón; leed a Pli-

nio: pretia ei a denariis XXV ad denarios C. C. C. (Hist. nat., XIII, 2, 8).

Finalmente, otros dos rasgos escogidos al azar acabarán de establecer desde este punto de vista la objetividad de los evangelistas.

En virtud de la ley mosaica, todos los Israelitas debían contribuir a los gastos del Templo; daban cada año un medio-siclo. Muchas semanas antes del mes Adar (febrero-marzo), se instalaban colectores en las plazas públicas, a las puertas de la ciudad. No forzaban a nadie, como lo hacían los publicanos, no pedían nada a los pobres, ni a los niños ni a las mujeres; mas todas las demás personas eran requeridas con insistencia: "¿pagáis el impuesto?" — A la vista de referencias semejantes que nos ha legado la "Mischna", aduzcamos a san Mateo XVII, 24-27 "Habiendo llegado a Cafarnaum, se acercaron a Pedro los recaudadores del tributo de los dos dracmas, y le dijeron: Qué, ¿no paga vuestro Maestro los dos dracmas? Sí, por cierto, respondió: Y habiendo entrado en casa, se le anticipó Jesús diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quién cobran tributo o censo? ¿De sus hijos, o de los extraños?..."

Consideremos aquí tres cosas. 1.º) La llegada de Cristo a Cafarnaum, de la que aquí se trata, acaeció un mes antes de la Pasión; y puesto que ésta tuvo lugar en el mes de Nisan *era ello precisamente en el Adar.* 2.º) Los siclos, esencialmente judíos, muy raros, se estilaban después de la época de los Seleucidas (Jos. Antiq. XXIII; *así el uso de los dracmas había prevalecido.* 3.º) El didracma griego equivale casi a la mitad del siclo; *cuatro dracmas valen pues una estatera,* el valor del impuesto para dos personas. "Y Jesús respondió: Los hijos están exentos. Con todo eso, por no escandalizarlos ve al mar y tira el anzuelo, y coge el primer pez que saliere, y abriéndole la boca hallarás una estatera de cuatro dracmas: tómala y dásela por mí y por ti."

Otro hecho. Llegados a ser amos de la Palestina, los romanos la sometieron al censo, κῆνσος — un denario por cabeza. Ello duró hasta la destrucción de Jerusalén, después, los vencedores percibieron el impuesto φόρος, que elevaron considerablemente. Así habla Josefo (Antiq. XVIII, 1, 2; Bellum judaïc, II, 6-5; XVII, 1). Leamos ahora el evangelio. "Los fariseos le enviaron algunos de sus discípulos en compañía de algunos de los herodianos, que dijeron: Maestro... ¿es o no es lícito, pagar tributo a César? A lo cual Jesús, conociendo su malicia, respondió: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Respóndenle: De César. Entonces les replicó: Pues dad al César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios..." (XXII, 15-21). Ahora bien; la numismática nos lo dice: *el dracma no lleva impreso el retrato imperial, mientras que lo estaba casi siempre en el denario.* Cosa más digna de ser señalada aún: se conoce hoy el denario de Tiberio: el anverso presenta la cabeza del emperador con este exerga: ΤΙΒΕΡΙΟU ΚΑΙΣΑΡΟΣ ΛΙΣ; en el reverso, se halla la figura de Julia, su mujer, representada sentada teniendo una lanza en la mano.[1]

Esta perfecta conformidad de los Sinópticos con el medio histórico, arqueológico, político, social y religioso, en el que hacen vivir a su divino héroe, nuestros libros de instrucción general la demuestran de una manera satisfactoria.[2] M. Fillion ha podido suministrar el mismo trabajo, considerando el estado actual de la Pa-

1. Meignan, *Les Evangiles et la critique,* 10.ª lección. Fillion: *Vie de N. S. Jésus-Christ,* passim. Cfr. Prat. Rech. sc, rel., octubre 1925.

2. "He atravesado en todas direcciones la provincia evangélica; he visitado Jerusalén, Hebron y la Samaria; casi ninguna localidad importante de la historia de Jesús se me ha pasado por alto. Toda esta historia... toma así un cuerpo, una solidez, que me asombraron. El concierto impresionante de los textos y de los lugares, la maravillosa armonía del ideal evangélico con el paisaje que le sirvió de marco fueron para mí como una revelación. Tuve delante de los ojos un quinto evangelio, lacerado, más visible aún, y en adelante, a través de los relatos de Mateo y de Marcos, en lugar de un ser abstracto... vi una admirable figura humana vivir, moverse." Renán. *Vie de Jésus,* p. LIII.

lestina.[1] Por lo que a nosotros se refiere, expondremos solamente para terminar este parágrafo, una prueba sacada de la cronología y que posee un valor sólido, porque autores fantaseadores no habrían ciertamente multiplicado así tal suerte de pormenores, corriendo el peligro de verse desmentidos.

2. EL MINISTERIO DE SAN JUAN BAUTISTA. "El año décimo quinto del Imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarca de la Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite y Lisanias tetrarca de Abilina, y ejerciendo el cargo de sumos sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto." Precisar en tanto grado, citar tantos nombres, provistos de cargos precarios y de los cuales muchos tenían un nombre patronímico del todo parecido (Herodes), acompañado de un nombre que les diferenciaba, o alguna vez el mismo nombre (Filipo) era ello bien peligroso. *San Lucas* (III, 1-2) *es siempre de una exactitud, de una objetividad perfectas.* El año 12, Tiberio sucedió a Augusto. En el año 25, nombró a Poncio Pilato procurador de la Judea, para destituirlo luego, once o doce años más tarde. El reino de Herodes el Grande fué dividido a la muerte de éste. Antipas obtuvo la Galilea y la Perea, que gobernó hasta hacia el año 40; la Iturea y la Traconite, cayeron en suerte a Filipo, quien murió en 33. Strauss, con manifiesta complacencia, atribuye al evangelista "un pequeño error de sesenta años": a su entender, Lisanias era un personaje único, el amigo de Josefo, el hijo de Ptolomeo, la víctima de Antonio. Mas una inscripción griega, descubierta cerca de Abila (14-29) y desde luego contemporánea de Tiberio, refiere que un tetrarca Lisanias libertó un cierto Nynfayo; otro documento, hallado en Hierápolis de Siria, muestra que el nombre de Lisanias

1. *L'état actuel de la Palestine et la credibilité des Evangiles. Rev. prat. d'ap.*, 15 enero, 1.o marzo y 1.° julio 1916.

reaparecía con frecuencia en la dinastía de Abilina. Esta tetrarquía desapareció en el año 37.

Y puesto que la objetividad de los Sinópticos se halla cimentada sobre un punto capital, sin que sea posible discutirla,[1] nuestra demostración, parece, debe tocar a su término.

Empero los racionalistas, los protestantes liberales, los modernistas, los mitólogos nos salen al paso. A su manera de ver, el

RETRATO DE JESUS

no es, como su marco, de un valor excelente; ha sufrido varios retoques hasta tanto que, a fuerza de admirar y de amar a su modelo, los pintores experimentaban ilusiones de óptica. "No somos instruídos sobre ese Jesús, escribe M. Arnold Meyer, sino por medio de aquellos que creyeron en él y que llegaron a ser sus testigos ante el mundo. Sin duda, es cosa que consuela prestar oídos a aquellos cuyo corazón está penetrado por el amor que adora, por la fe inflamada, por la esperanza bienaventurada en Jesús; tener el oído atento a aquellos que no regatearon su vida para dar testimonio a favor de Jesús. Mas, para el historiador, testigos que creen no son ya testigos verídicos en el sentido de una información histórica objetiva. No es dudoso que esos hombres no hayan querido sino decirnos la verdad; mas la verdad de la que aquí se trata no puede ser contemplada con ojos humanos, y la experiencia que tuvieron no fué sino interior: ahora bien, sola, la información histórica, en tanto que son capaces de suministrarla, puede ser útil a esta verdad... En estas condiciones, el hecho histórico ha podido—muy fácilmente, aunque no necesariamente—ser debilitado, transformado y enriquecido de una manera inconsciente".[2] La figu-

1. Acerca del empadronamiento de Quirino (Luc. II 1-5), véase Lagrange y Rose, in. h. l., y Fillion, *Vie de N. S. Jésus-Christ*, t. I, pp. 507-515

2. *Die moderne Forschung*, p. 2-3.

ra del Maestro no nos aparece, pues, con la nitidez del retrato, dice J. Weiss, mas a través del velo de la idea que tenía de él la fe de la Iglesia naciente".[1]

A la verdad, explican los incrédulos, durante los numerosos años que separan de su expresión definitiva las palabras y las acciones de Cristo, vemos las influencias legendarias o míticas, el cuidado de verificar las profecías y la especulación teológica, obrar un lento trabajo de idealización. Y en semejante caso, ¿qué importa que Lucas, Marcos y Mateo hayan tratado lealmente sus fuentes, si esas fuentes les han engañado? EL TESTIMONIO DE LOS EVANGELIOS SOBRE LOS DISCURSOS Y LAS ALTAS GESTAS DE JESÚS DE NAZARET, NOS LOS PRESENTAN, TAL COMO LOS REFERÍAN, HACIA EL AÑO 70, LOS DIFERENTES CÍRCULOS CRISTIANOS; ES MENESTER LEERLOS, MENOS COMO PIEZAS HISTÓRICAS, QUE COMO UN DOCUMENTO DE LA IMAGINACIÓN RELIGIOSA DE LOS PRIMEROS FIELES.

Nosotros negamos a la vez esas premisas y su conclusión.

ARGUMENTO NEGATIVO

Las causas cuya eficacia maravillosa los críticos radicales se complacen en alegar, habrían deformado, en la memoria de los primeros cristianos,[2] la persona o los hechos y dichos de Jesús.

Examinemos una por una las hipótesis sugeridas.[3]

1. *Die Scriften des Neuen Testaments,* t. I, p. 47.
2. "Aquello que el lector francés quisiera saber, es si el oriental es verdaderamente más crédulo que él.' De mi parte, respondo que no, sin duda alguna, y hablo del francés del siglo veinte, porque creo que una cierta desconfianza, que hay en el fondo de su carácter, impide al oriental creer en estas enormidades que nuestra credulidad acepta tan benévolamente." Lagrange. *La Vie de Jésus d'après Renan,* p. 87.
3. Debemos aquí limitarnos a unas cuantas generalidades. El problema será tratado más a fondo en nuestra demostración de la divinidad de Cristo.

EL MITO

Según M. Salomón Reinach, un mito es esencialmente una historia que la humanidad ha creído verdadera en un cierto período de su desenvolvimiento intelectual. El P. Delehaye halla esta definición un poco vaga y propone esta obra: la personificación de una fuerza o de una idea abstractas.[1]

Babilonia conoció probablemente la primera: una mitología astral, y la India la segunda: una idealización metafísica.

Ahora bien, esas ideas lejanas pueden haber sido "lanzadas como nubes por el viento del desierto sobre las colinas de Galilea".

Y, por consiguiente, llevarían su reflejo los documentos y los testimonios que los sinópticos han compuesto y su propia mentalidad habría sufrido en el medio ambiente una inconsciente deformación.

A. Leed el Evangelio, nos dicen los PANBABILONISTAS: Dios encarnado, salud y luz del mundo, Cristo rodéase de doce apóstoles y nos trae una revelación y una mediación. No se ve ahí la réplica del Mardouk babilónico, dios sol teniendo por cortejo los doce signos del Zodíaco, y que, si hay que dar crédito a los textos cuneiformes, descubre, también, el secreto de los cielos y salva a los hombres? "Sigamos las sugestiones de estos paralelos, en apariencia de poca fuerza probatoria, sigámoslas teniendo en cuenta que en la base de los cultos como de la literatura de Babilonia, había bajo la capa de las leyendas y de los mitos una concepción astral del Universo, que de Babilonia extendióse por el mundo entero, y nos veremos como llevados a reconocer la probabilidad más y más aparente de un plagio. En la mayor parte de los hechos evangélicos, se ocultaría un mito astronómico: Jesús subiendo al cielo o descendiendo a los infiernos, es el sol al levantarse y al ponerse

1. *Les légendes hagiographiques.* Cfr. los dos primeros capítulos.

en el horizonte. Y como el sol vuelve a descender desde que ha llegado al zenit, así Cristo que acababa, se creía, de subir al cielo, iba pronto a descender. Nada de sorprendente hay, añádese, que en el relato de la muerte de Cristo, se refiera que las tinieblas cubrieron la tierra. Cristo sol, nacido en el sol, debía extinguirse al mismo tiempo que él. El milagro hubiera sido que Cristo hubiera sido muerto en presencia del sol. "Jesús de Nazaret, dice Jensen, no ha existido nunca... no es otra cosa que un Gilgamesch israelita... Como en otro tiempo los Babilonios en su Gilgamesch, así los cristianos en su Jesús, rinden un culto al sol hundiéndose entre las nubes y desapareciendo de las miradas de los hombres, a nuestro gran sol radiante, a aquel mismo que en otro tiempo, hace millares de años, subía y descendía en el cielo babilónico y forzaba la suplicante adoración y el culto reconocido del rey y del pueblo de Babilonia." [1]

Puesto que hemos ya refutado el comparatismo radical, tal como lo define M. Jensen, dirigimos la presente respuesta a los moderados de esta escuela, a los que sospechan el mito de haber vuelto "infinitamente grande en la cabeza de los hombres", un personaje auténtico, Jesús de Nazaret, "en el orden de los hechos menudos, infinitamente pequeño", [2] a los mitólogos menos audaces.

1. *Su hipótesis no suministra la menor prueba histórica,* por cuanto ni puede datar ni situar las influencias supuestas. Y esta consideración tiene su peso.

2. *Los argumentos críticos le son, por otra parte, desfavorables.*

Crítica externa

Intransigentes como eran, los Judíos habrían pedido

1. Valensin. *Jésus-Christ et l'étude comparé des religions,* páginas 59-61.

2. P. L. Couchoud. *L'Enigme de Jésus. Mercure de France,* 1.º marzo 1923, p. 350.

a sus antiguos opresores, *desde largo tiempo desprovistos de prestigio,* la transformación de su propia fe, precisamente cuando tenían que defenderse contra la invasión del paganismo helénico. Ello parece bien inverosímil. Y que no se hable de una infiltración lenta, furtiva, que había llegado a producirse sin que los fieles se hubieran dado cuenta de ello: a juicio de asiriólogos eminentes,[1] *nada hay tan dudoso como la acción ejercida en el mundo antiguo por la concepción babilónica del universo,* y, "horresco referens", que esa concepción misma.

Crítica interna

a) Por lo demás, los paralelos que los radicales señalan entre las doctrinas de Babilonia y la dogmática cristiana, reposan sobre *lecturas y traducciones fantásticas, sobre errores visibles o enormes contrasentidos.* Las triadas, o tres dioses se hallan simplemente yuxtapuestos, ¿qué tienen, pues, de común con la Trinidad, o las tres personas divinas, subsistiendo en la unidad de naturaleza, y formando un solo y mismo Dios? Tan estrecha es, acaso, la semejanza entre Tammouz, personificación naturista, muriendo cada año hacia el 21 de junio para volver a nacer en la primavera siguiente, entre los nuevos retoños, y Jesús, personaje auténtico, sentenciado a muerte el viernes, resucitado el domingo y viviendo para siempre jamás en lo más alto de los cielos? Veremos más adelante, estudiando la divinidad de Cristo, lo que es menester pensar de los dioses orientales, a la vez sufriendo y salvadores. "La antigua literatura cristiana, dice un protestante liberal, M. von Soden, se opone toda entera a que la fe de los cristianos en la virtud redentora de la muerte de Jesús no sea sino una transformación de la idea pagana de un Dios ofreciéndose a sí mismo en sacrificio." [2]

b) Se conocen suficientemente las habilidades por

1. Jastrow, Kugler, etc.
2. *Hat Jesus gelebt?,* p, 12.

las cuales un comparatista moderado (M. Salomón Reinach),[1] demuestra que la pasión de Jesús es un mito? He aquí la receta. Confundid en una sola cosa las fiestas anuales y sangrientas de los Saceos, en Babilonia y en Persia, con un tumulto improvisado en Alejandría, en el que no haya la menor desgracia, colocadlas en los alrededores del 25 de marzo aunque se celebraban en el mes de agosto; suponed además que a pesar de su relación con el culto de Anaïtis, hubieran logrado verse implantadas en Jerusalén, hasta entre la guarnición imperial, suponiendo que los judíos hubiesen obtenido que se retiraran del palacio real simples escudos sin emblema alguno y que los Romanos se hubiesen abstenido de atravesar la Palestina con sus insignias paganas; no llaméis Zoganés al héroe de la fiesta, substituid a un nombre propio, Karabas, el apodo absurdo y pleonástico: Barabas, el "hijo del padre"; añadid una r y leed Barrabás, el "hijo del rabino"; decidid, en fin, que el Salvador fué crucificado, no con preferencia a Barrabás sino en calidad de Barrabás, y asunto concluído.

B. Cosa parecida ocurre con el PANBUDISMO. Debido a que el martirologio romano contiene, desde la edad media, una leyenda que recuerda en sus rasgos la de Buda,[2] ciertos indianistas sospechan que el evangelio reproduce de vez en cuando diferentes mitos búdicos, llevados no se sabe cómo hasta Egipto, luego infiltrados en Siria. Krishna, por ejemplo, como Jesús nace en un establo, de una virgen, la reina Maya, entre un buey y un asno mula, mientras que en lo alto, un cortejo de dioses celebra su nacimiento. Asita predice la sublime vocación religiosa de ese niño. Hecho

1. *Orpheus et l'Evangile*, pp. 263-272.—Cfr. Lagrange, *Quelques remarques sur l'Orpheus*, pp. 35-37. *Las religions orientales et les origines du christianisme. Le Correspondant*, 25 julio 1910. Bourchany, *Jésus-Christ et l'étude comparée des religions.*—Ahora bien, el gran público acogió con aplauso al *Orpheus*, y sobre todo los primarios de la enseñanza, de la política y de las letras. Como no se cuidaron de leer los trabajos y las refutaciones de los especialistas, no se dieron cuenta de que se repetía con ellos, la aventura que tanto había hecho reír a costas de M. Reinach, certificando auténtica la tiara de Saïtapharnès y pagando 200.000 francos por ella con el dinero público: salieron chamuscados...

2. S. S. Barlaam y Josafat, 27 noviembre.

hombre, Siddharta Gautama, el futuro Çakya-Mouni, se entrega a la penitencia y triunfa de los espíritus malos. Predica, convierte una pecadora, forma diversos discípulos y los envía de dos en dos a repartir su doctrina; cierto día, una mujer declara benditos a su padre y a su madre. Y notad las semejanzas doctrinales: El "Machavaga" compara el buen discípulo a una roca inamovible, san Mateo le compara a una casa edificada sobre la roca, los Brahmanes son, a los ojos de los budistas, una pobre manada de ciegos, y dos de los Sinópticos llaman a los Fariseos "ciegos, guías de ciegos"...

I. Opongamos ante todo al panbudismo *un argumento de autoridad*. Todos los indianistas de algún valor, salvo tres o cuatro, manifiestan para con la hipótesis de los plagios cómodos un escepticimo más o menos radical.[1]

2. Y ello no sin razón, por cuanto las mismas *carecen de pruebas*. "Quedaría reconocido, dice Max Müller, a quien me pudiera mostrar en la historia los canales a través de los cuales el Budismo habría podido pasar su influencia sobre el cristianismo primitivo. Por mi parte, he buscado toda mi vida esos canales, y hasta el presente no he hallado nada sobre el particular. O mejor dicho he dado con esto: gran número de paralelos y los más sorprendentes se explican por razón de diversos antecedentes históricos, existentes de una y otra parte, y a medida que conocemos esos antecedentes los paralelos llegan a ser cada vez menos sorprendentes."[2]

1. "¿Creéis que las semejanzas se explican mejor por el plagio? Sostenemos nosotros que son debidas a la semejanza de las situaciones; y no tenéis el derecho de decir, no lo decís en efecto, que no se explican sino por el plagio." *Dict. Ap.*, fasc. IX. L. de la Vallée-Poussin *Inde (Religions de l')*, col. 690.

2. *India what can it, theach us*, p. 279. Citado por *Valensin, o. c.*— Según M. Seydel, "nuestros evangelios reposarían sobre una suerte de poema cristiano, escrito en Alejandría por un autor que habría tenido ante los ojos una vida de Buda." "De todas las soluciones posibles, ésta, responde M. Barth, me parece aún la más inverosímil." Y M. Hardy: "Seydel ha tenido la desgracia de ligar para siempre su nombre con una hipótesis la más insostenible del mundo."

En cuanto a M. Edmunds, está persuadido de que el redactor de Lucas II 8-4 tenía en sus manos o en sus oídos textos búdicos, y que ha citado los textos con el título de Ley o Escritura. Mas M. de la Vallée-

3. De hecho, *la leyenda de Buda ha tal vez sufrido yo no sé qué influencias cristianas,* a partir de los tiempos en que había en la India muchas comunidades de nestorianos. Substituída más tarde por otra leyenda de un carácter del todo diferente, puesto que hacía nacer el héroe no ciertamente de entre el follaje de un bosque sagrado, sino en el fondo de una prisión; escalonada en un período de trescientos años, antes y después de Jesucristo; compuesta por primera vez cuando durante cinco siglos más o menos habíanse transmitido el recuerdo de Çakya-Mouni, no presenta ella, por lo demás, el menor valor histórico.

4. Y luego, ansiosos por aducir nuevas semejanzas, *los panbudistas tan pronto fuerzan los tonos, tan pronto, con una discreción inquieta, esfuman uno u otro de los contornos de su díptico.* El buda ha nacido de una virgen, sin duda; más descendido del cielo bajo la forma de un pequeño elefante blanco, entra en el seno de su madre, Maya, y por el lado izquierdo. Se canta al tiempo de su nacimiento; mas los coristas no son los ángeles, son los dioses del Olimpo indo que se regocijan. Una cortesana, Ambapali, acude al lado del Maestro y se deja contar entre los de su secta; mas una invitación a ayunar termina, prosaicamente, sus sublimes pláticas. Si, por otra parte, Çakya-Mouni sufre la tentación, reúne diversos discípulos y les confía una misión, poco importa que esos datos sean comunes entre el Evangelio y los libros budistas: en ellos hallamos diferentes temas folklóricos, viejos giros de pensamiento, ideas que, como la idea de maternidad milagrosa y de concierto celeste flotan en el aire y forman el bien común de la humanidad.[1]

5. Estudiando la doctrina de Jesús, se podrían apre-

Poussin nos lo asevera: "No hay indianista, no hay historiador de las religiones que haya dado buena acogida a estas identificaciones textuales."

1. Dict. Apologétique. *Inde (Religions de l'),* fasc. IX, col. 687 a 702.

ciar mejor *los contrastes que destruyen la hipótesis,* de los mitólogos. Un rasgo nos bastará para ello. Un día, una madre desolada conducía el cuerpo de su hija al lugar de cremación. Se encuentra con Buda quien la interroga: ¿Por qué esas lamentaciones?—Lloro a mi hija Jiva, oh Bienaventurado.—Entra en ti misma, repone el Buda. Ochenta mil jóvenes doncellas, llevando todas el nombre de Jiva, han sido incineradas en este mismo lugar. ¿Cuál de ellas es la que lloras? "No es así, dice el P. Mainage de quien tomamos este episodio, no es así como Cristo consolaba a las hermanas de Lázaro, o a la viuda de Naim..."

6. Observémoslo, finalmente, a título complementario, aun tratándose de los apócrifos, y *a despecho de coincidencias más llamativas, la explicacón por el arreglo de trozos ajenos no parece necesaria ni particularmente plausible.*[1]

Así, pues, el sistema de los paralelos se aventura a la ligera. He aquí, por lo demás, la opinión de M. Harnack: "Sobre el asunto de estos problemas: qué religiones, fuera de la religión persa—pocas había en Asia y muy poco sabemos sobre ellas—en qué puntos, cómo en el curso de la historia, todo se ha difundido, y se ha aliado con el judaísmo y con el cristianismo, qué individuos las han establecido, en qué circunstancias se han hecho las combinaciones, bajo qué influencia combinada del helenismo, sobre ese asunto (M. Bousset) debería mostrarse ser tan mudo como nosotros todos, **porque de todo eso no se sabe absolutamente nada.»** [2]

LA LEYENDA

Un especialista, el P. Delahaye, define la leyenda: la atribución a un personaje real de hechos imagina-

1. Dict. Apologétique. *Inde (Religions de l'),* fasc. IX, col. 687 a 702.

rios. Tales serían, si se hubiera de creer a ciertos racionalistas, todos los milagros del Evangelio.[2]

A. Para afirmarlo, unos se fundan en la EXPERIENCIA. "Si el milagro tiene alguna realidad, dice Renán en el prefacio de su "Vida de Jesús", mi libro no es sino un tejido de errores... que si, por el contrario, el milagro es una cosa inadmisible, razón tengo para mirar los libros que contienen relatos milagrosos como historias mezcladas con ficciones, como leyendas llenas de inexactitudes, de errores, de despropósitos sistemáticos... Los milagros sólo las gentes crédulas creen verlos; no se puede citar uno solo que haya pasado delante de testigos capaces de comprobarlo." Otros racionalistas, a ejemplo de Strauss, invocan tal o cual Filosofía. Como hay no pocas doctrinas metafísicas, y que los defensores de la una tienen costumbre de rechazar la otra, se podría decir que la prueba del historiador que apoya su negación del milagro sobre tales argumentos cesa por ello mismo de tener un valor general imponiéndose a todos... Afortunadamente, continúa, todas las teorías filosóficas, todas aquellas por lo menos que merecen ese nombre, están de acuerdo en la negación del milagro." [3] Hoy los críticos adoptan una postura menos altanera, un ESCEPTICISMO CORTÉS envuelve su incredulidad. "El historiador, escribe M. Harnack, el historiador no está en situación de tratar el milagro como un hecho real. Cada milagro de por sí, es un hecho dudoso, desde el punto de vista histórico; por lo tanto, la acumulación de dudas no pueden producir un resultado seguro." [4]

Mas hay ahí *un prejuicio contra lo sobrenatural* del que nuestro estudio sobre Lourdes, y antes, en los fundamentos de la fe han sentado la vanidad. ¿Los

1. *Mission und Ausbreitung,* p. 13.
2. Estudiaremos al final las relaciones que los incrédulos pretenden descubrir entre la divinidad de Cristo y la obra legendaria.
3. *Vie de Jésus,* p. 147.
4. *Dogmengeschichte,* t. I. p. 59.

hechos se verificaron? Acaecieron de la manera y en las circunstancias señaladas por los Sinópticos: he ahí, pues, a partir de ese momento, la cuestión capital. Si testimonios concordantes, testimonios dignos de fe vienen a probarlo y de ello el milagro se transparenta necesariamente, con toda evidencia, puede el recionalista cegarse con opiniones preconcebidas, no ver, porque no quiere ver, mas esa actitud no es la de un hombre que aunque no quiera ser sabio, debe sin embargo ser concienzudo.

B. Ciertamente, los críticos exhiben, ya desde el punto de partida de su asalto, un APARATO CIENTÍFICO impresionante: oponen a los relatos del Evangelio las leyendas mitológicas y las creaciones de la poesia popular. Con todo eso, *esas analogías son engañosas.*

a) Nuestras viejas leyendas mitológicas carecen de esta coherencia que distingue a los evangelios. Eurípides refiere las aventuras de Helena de otra suerte que los aedos; dios robusto de las vendimias en Atica, Dionisios toma entonces los rasgos de un adolescente afeminado, más tarde, después de la conquista de Alejandro, somete los Indos a su yugo. Y la imaginación poética no retrocede, ni ante lo inverosímil. El majestuoso emperador de la "Canción de Rolando", Carlomagno, viene a ser en la "Gesta provincial" un señor feudal celoso a la vez que rencoroso y, en la "Peregrinación a Jerusalén", un burlesco aventurero. En tanto que cada cuadro, cada trazo de los sinópticos respira la verdad, y el conjunto manifiesta una armonía impresionadora.

b) Por otra parte, si Lucas,[1] Marcos y Mateo refieren milagros, las leyendas no relatan sino cosas

1. Acerca de los dos primeros capítulos de S. Lucas, de los que no entresacamos por otra parte texto alguno, véase Rose *Etudes sur les évangiles,* cap. II. Durand, *L'Enfance de Jésus-Christ,* Lagrange, *Commentaire,* Fillion, *Vie de N. S. J. C.,* t. I, 461 ss. Comparad Matth. I y II.

Sea cual fuere el origen de estos relatos, son para el creyente integralmente de fe.

maravillosas[1] — y he ahí aún una diferencia esencial. Que se compare los apócrifos con las leyendas, no tenemos en ello inconveniente. Un día de sábado, el Niño-Dios forma la figura, con la blanda arcilla, de doce pajaritos; se le reprocha, ello se comprende. Entonces, para que su derecho a disponer del sábado resplandezca ante los ojos de los demás, bate las manos, y los pájaros emprenden el vuelo. Otra vez, entrando en casa de un tintorero, toma lienzos blancos dispuestos para la impregnación, mas los sumerge en un vaso lleno de índigo; el obrero se lamenta, mas Jesús los retira: cada uno tiene el color deseado. En la mañana del día de Pascua, los soldados que hacían la guardia del sepulcro vieron salir tres hombres, los dos primeros sosteniendo al tercero, y una cruz que les seguía, y la cabeza de los primeros llegaba hasta el cielo, mientras que la cabeza de aquél a quien llevaban, pasaba del cielo... Tal es lo sobrenatural de los apócrifos, algo maravilloso de cuya naturaleza legendaria no es posible dudar.[2]

Mas esas trazas de artificio, ese oropel, es en vano buscarlo en los Evangelios. No hay nada de asombroso, nada inútil en ellos. Cristo, en efecto, no practica la taumaturgia por ella misma;[3] en dos ocasiones (Matth., XII, 38; XVI, 1-4), se le ve rehusar a los fariseos hacer un prodigio que viniera del cielo. Pro-

1. *Maravilloso*: los fenómenos exteriormente *comprobables*, que pueden sugerir la idea de que son debidos a la intervención extraordinaria de una causa inteligente *diversa* del hombre.

Milagro: aquella categoría de lo maravilloso que es atribuíble a la intervención de un Dios único y distinto del mundo.

2. "Ello es, dice Renán, injuriar a la literatura cristiana poner en el mismo plano esas triviales composiciones y las obras magistrales de Marcos, de Lucas y de Mateo... Es imposible concebir nada más mezquino y más ruin. Es ello la vérbola fatigosa de una vieja comadre, el tono groseramente familiar de una literatura de nodrizas y niñeras... El Jesús verdadero las deja muy atrás y las asombra". Más el famoso apóstata ve bien que "estos Pouranas del cristianismo", confirman la verdadera historia. Sin jamás contradecirles, "toman los Evangelios como un tema del que no se apartan, que se proponen solamente diluir, completar mediante los procedimientos ordinarios de la leyenda hebrea... Tratan las partes que los canónicos han con razón descuidado, añaden lo que hubiera podido acontecer, lo que parecía verosímil, desenvuelven las situaciones valiéndose de aproximaciones artificiales tomadas de los textos sagrados..." *L'Eglise chrétienne*, pp. 505-509.

3. El secarse la higuera no entra con facilidad en la categoría

cede siempre en todos sus actos con dignidad y comedimiento. El fin que persigue es sobrenatural: sea el perfeccionamiento moral de las almas, sea la extensión del reino de Dios, sea aún la gloria de su Padre. En una palabra, sus milagros reflejan la Infinita Sabiduría no menos que la Omnipotencia divina.[1]

C. *Por lo demás, la hipótesis de un proceso legendario es, en nuestro caso, muy controvertida.*

1. Por cuanto la catequesis apostólica no estaba desprovista ni mucho menos de milagros, debió faltar el tiempo que los críticos reclaman para el trabajo de idealización. La "Ilíada" y la "Canción de Rolando" tardaron siglos en formarse; es de creer que cuarenta días, o bien — descendiendo hasta la redacción definitiva de los Sinópticos — ¿creeremos, quizá, que una treintena de años hayan bastado para la elaboración de "leyendas" que, ofuscando a la vez los espíritus y los corazones, debían trastornar la vida privada de tan ingente número de personas, y de turbar las familias y la sociedad toda entera?[2]

2. Mas el pueblo no enaltece sino la historia de los grandes hombres, que inspiran mucha admiración y levantan su entusiasmo. Ahora bien, Jesús fué un pobre artesano obscuro, vencido por los judíos más inteligentes. He ahí por qué, escribe M. Sanday, "la verdad es

de los demás milagros. Este misterio, dice el P. Lagrange, no está esclarecido tampoco para nosotros. Los Padres han visto allí una alegoría amenazadora para el pueblo judío que se obstinaba en rehusar los frutos del Salvador. En cuanto a los demonios de Gerasa, cf. el comentario del mismo autor en *l'Evangile selon s. Marc.*, pp. 126-134.

1. *La Iglesia de Jesús.*

2. "Los neo-críticos olvidan muy fácilmente ciertos hechos de historia, que van en contra de sus tesis. Deberían sin embargo saber, según el apologista Quadratus, que enfermos curados por el Salvador vivían aún a principios del siglo segundo, y, según san Hegesipo, que en la misma época se veían en Jerusalén algunos discípulos "que habían oído con sus propios oídos a la divina Sabiduría." Es indiscutible, irrebatible, según estos datos, que los testigos de la vida de Jesús debían ser aún numerosos cuando los evangelios fueron escritos. Su presencia hacía imposible la creación de la leyenda y la formación del mito." Fillion.

que el historiador que ensaya construir una pintura razonada de la vida de Cristo, descubre que no puede eliminar los milagros. Se halla en presencia de este hecho que, apenas la vida de Jesús ha terminado en una aparente fallida y en la confusión, la gran masa de los cristianos—no ciertamente un individuo aislado, sino la totalidad de la Iglesia—pasa más allá, y al mismo tiempo se fija en la creencia de que Jesús era Dios. ¿Por qué proceso inteligible los hombres de entonces habrían llegado a esta conclusión, si realmente no había nada en la vida de Jesús que le hubiera diferenciado de los hombres ordinarios? Los milagros por él llevados a cabo no son de la especie de aquéllos que de él se esperaban: ello hace tanto más necesario que hubiese en su vida un elemento real, que pudiera reconocerse por sobrenatural y divino, no sólo por nosotros, sino por los contemporáneos con su mentalidad característica. Eliminad los milagros de la carrera de Jesús; y la fe de los cristianos, a partir del primer momento en que tenemos un contemporáneo e indudable testimonio, viene a ser un insoluble enigma." [1]

Por esto, *muchos racionalistas tienden después de todo a admitir la realidad de los hechos milagrosos,* discutiendo, empero, su carácter sobrenatural. "Es un gran progreso que ha hecho la ciencia histórica durante la última generación, confiesa M. Harnack, desde que ha aprendido a considerar estos documentos (nuestros Evangelios), con más inteligencia y benevolencia, y que, por consecuencia, ha podido apreciar los relatos milagrosos, empleándolos como fuentes históricas." Y, añade lealmente:

1. *Outlines,* pp. 113-114. "Schmiedel reconoce de buen grado que el crítico "más sentado" está obligado a admitir que Nuestro Señor debió ser para sus primeros partidarios un personaje de una alta importancia, puesto que le testimonian un tan profundo respeto. Debería comprender que esta confesión lleva en sí misma el mayor prejuicio contra su tesis: no se han podido rendir a Jesús homenajes tales sino después de hallarse bien convencidos de que era digno de ellos, y después de haber contado con garantías serias de sus milagros, de sus profecías, de sus títulos etcétera." Fillion, *Les rationalistes et la vie de Jésus. Rev. du Clergé Français,* 1 julio 1908, pp. 17-18.

«Rechazar los relatos como inútiles o transportarlos a una época posterior porque refieren milagros, es ello un prejuicio». [1]

LAS PROFECIAS

Siempre a la caza de argumentos contra el valor documental de los evangelios, algunos escépticos se preguntan si los apóstoles no habrían alguna vez creído que se había verificado lo que ellos imaginaban predicho. Reparad, dicen, cómo san Mateo se complace en subrayar en los acontecimientos de la vida del Señor, la realización de las profecías del Antiguo Testamento; [2] pone en ello una tal insistencia que nos choca, vosotros mismos lo habéis confesado.

1. Entendámonos. El evangelista que se dirige a judíos, utiliza un procedimiento del que se sirven mucho: Pedro, Esteban el protomártir, el diácono Felipe (Act., VII, 26-40), san Pablo en presencia de Festus (XXVI, 22-29), ninguno de los contemporáneos se cree hacer mal al emplearlo. Proceden en buena lid. Mas, fijémonos desde luego que esas llamadas son exteriores al relato; referencias puestas casi al margen del libro, se diría son extractos de un manojo de testimonios mesiánicos compuesto por los cristianos de la primera generación.[3] Por lo demás, consultad una concordancia al vuelo: Marcos y Lucas, quienes, para hablar a Romanos y a Griegos, descuidan el refrán: "ut adimpleretur quod dictum erat per prophetas", refieren,

1. *L'Essence du christianisme,* pp. 26 y 28. Pretender que los relatos milagrosos no pueden emanar de los contemporáneos y de los testigos de los hechos, es negar por ejemplo que el diario *La Croix* haya referido milagros ocurridos en Lourdes en presencia de sus corresponsales en la semana de la publicación. M. J. Lagrange.

2. I, 22-23; II, 5, 6, 15, 17, 18, 23; III, 3; IV, 14, 16; VIII, 17; XII, 17, 21; XIII, 35; XXI, 4-5; XXVII, 9, 10, 35.

3. *Orpheus et l'Evangile,* p. 252 n3.—Se debe distinguir entre los textos dados por seguramente proféticos y las acomodaciones. Allí donde podemos examinar la exégesis que Mateo hace de los primeros, se halla de acuerdo la misma con la exégesis contemporánea (crf. el comentario del P. Lagrange in II 13-15, 23, XXI 1-7, XXVII 3-10, 34).

ellos asimismo, los dichos y los hechos de Jesús a los cuales Mateo sujeta su fórmula estereotipada, su método rabínico.

2. Y la demostración de que el método y las fórmulas no inventan nada, y de que versan sobre realidades, exclusivamente, reparad hasta qué punto el texto mismo la confirma. Los salmos XXII y LXIX, en donde están descritos los sufrimientos del Justo muriendo, y el capítulo LIII de Isaías sobre el servidor de Yahvé, convienen, sin duda alguna, a trazar con abundancia de pormenores la trama del relato de la Pasión. Además de los versos famosos:

Atravesaron mis manos y mis pies...
Se reparten mis vestidos,
Sortean mi túnica...

he aquí diversos rasgos típicos:

He caído en un torbellino de aguas
Y las olas me sumergen...
Tomo un saco por vestido...
Quienes están a la puerta hablan de mí,
Y los bebedores de licores fuertes
sobre mí canciones tejen...

he aquí aún algunos matices muy expresivos con los cuales reforzaría ventajosamente el cuadro:

En rededor mío hay numerosos toros...
Y todos mis huesos están disyuntados...
Porque unos perros me cercan...

Por lo tanto, esos tonos y esas líneas, san Mateo los pasa por alto; ¿no es ello un indicio, una prueba que no aplica su procedimiento sino a hechos anteriormente y firmemente conocidos?

3. Finalmente, de haber influencia de textos proféticos la crítica se hubiera dado prisa en descubrirla, ella que discierne hasta los menores aportamientos. Valga un ejemplo. Según Marcos y según Mateo, Jesús,

muriendo sobre la cruz, rehusó tomar un brevaje aromatizado. El incidente es histórico; porque era lo que se estilaba ofrecer a los condenados, en la hora del suplicio, un cordial, beber algún narcótico. Mas, ¿por qué el segundo sinóptico menciona un "vino mezclado con mirra" y el primero un "vino mezclado con hierba amarga"? No lo sabemos. Y aún en el caso de que Marcos pensase en el salmo LXIX,

> Por alimento, me dan hierba amarga;
> en mi sed, me abreban con vinagre...

no se sigue en modo alguno que la profecía haya sugerido el hecho; lo que se sigue, es que un pormenor del hecho ha sido adaptado a la profecía.[1] — Y esta ilación se percibe sin gran esfuerzo.

4. ¿Es menester insistir? "El alcance de este expediente es muy limitado, observa Mons. Batiffol. De suponer que fuese real, no alcanzaría sino pormenores en algunos relatos; de ningún relato, de ningún episodio de la historia evangélica puede establecerse que es la proyección mítica de una profecía. El argumento profético está hecho de un conglomerado taraceado de pequeños textos que sólo lo real ha podido sugerir el relacionarlos."

Los críticos radicales se refugian en una última escapatoria:

LA ESPECULACIÓN TEOLÓGICA

Las enseñanzas de san Pablo sobre la mesianidad de Jesucristo,[2] he ahí lo que habría, poco a poco, idea-

1. "Esta suposición es plausible, dice Mons. Batiffol, tanto más cuanto que en ciertos manuscritos de Mateo los copistas han prolongado el pensamiento de Mateo y escrito *vinagre*, en lugar de *vino*. No me decido así del todo concretamente, me atengo a razonar sobre posibilidades."—El P. Lagrange no expresa favor alguno a esta hipótesis, opinando que el evangelista no se aproxima de veras al salmo LXVII, cuyo sentido profético omite por otra parte indicar.

2. Aquí no se considera sino la influencia de S. Pablo, sobre los evangelios. La posición del Apóstol mismo será tratada ex profeso en el capítulo acerca de la divinidad de Cristo.

lizado en la conciencia cristiana las acciones y las palabras del Maestro conservadas por la tradición primitiva. Loisy lo ha pretendido, alegando como prueba única "la interpretación pauliniana, voluntariamente pauliniana" del segundo evangelio, fuente principal de los sinópticos (?). Mas, también aquí, la hipótesis no tiene fundamento.

A.) Fijémonos primero en la INFLUENCIA LITERARIA. ¿Será grande, por conjetura, entre Juan-Marcos, discípulo sucesivamente de Pedro y de Pablo? Porque si es hoy el intérprete del primero, ha sido el auditor, tal vez asimismo el repetidor de las catequesis del segundo.[1] Con todo, no. *Ninguna frase, ningún miembro de frase* son comunes a Marcos y a las epístolas paulinianas. Se hallan, sin duda, aquí y allí expresiones semejantes que M. Mangenot ha querido estudiar con minuciosidad, con los hipercríticos: un octenio en total pertenece a nuestros dos autores; en desquite, los términos predilectos de san Pablo, tales como δικαιοσύνη, δικαιοῦν, καθαεός, πιστός, φεόνιμος, οἰκονόμος, ὑψοῦν, etcétera, el evangelista los ignora.[2]

B.) En cuanto a la INFLUENCIA DOCTRINAL, aun si Marcos había, por una parte, tomado del Apóstol el cuidado de explicar el endurecimiento de Israel, y por otra, compartido con él las grandes ideas que forman el fondo del cristianismo y de las enseñanzas auténticas del Salvador:

1. Quedaría, sin embargo, que su manera de interpretar la redención y el mensaje de salvación no es específicamente pauliniana. Conocía, por consiguiente, "la Epístola a los Romanos".

1. "Si se admite que Jesús hablaba arameo, menester era traducir sus pensamientos en griego, y poco importa al sentido que Marcos se haya servido de palabras grabadas por Pablo o por algún otro. Es también cierto desde luego que Marcos, autor destinado a empeños secundarios, ha debido ser influido por aquel que era el *dux verbi,* por el genio de un hombre tal como Pablo". Lagrange.

2. Cfr. *Rev. du Clergé Français,* 15 Agosto, 15 Octubre, 1 Noviembre, 1909.—Lagrange, *Evangile selon S. Marc.* Introducción. CXL s. s. — Véase también más arriba, p. 119, nota tercera.

Que se examine, por ejemplo, estos textos: "El Hijo del hombre ha venido para dar su vida en rescate para muchos" (X, 45). "Esta es mi sangre, la sangre de la Alianza, que es derramada en favor de muchos" (XIV, 24). Esta manera de hablar, esta doctrina sobre la MUERTE REDENTORA parecen, a primera vista, pertenecer como cosa propia a san Pablo. Mas reflexiónese sobre ello: lo que el paulinismo predica, su aportamiento característico, es la apropiación de esta muerte por la fe individual (Rom., III, 25). Ahora bien, esta verdad, el segundo evangelio no la enuncia en ninguna parte formalmente. Lo que él dice, la primera predicación apostólica debió ya decirlo. Porque Jesús había anunciado su muerte; perseguía, antes que todo, la penitencia y la salud de los pecadores, la remisión de sus pecados, su pronto retorno a Dios: ¿podía, por tanto, dejar de percibir que sus dolores y su suplicio se hallaban ordenados al "rescate de muchos", "en favor de muchos"?

Se alega, en segundo lugar, el UNIVERSALISMO de Marcos como un reflejo del universalismo de Pablo; y bien torcidamente también. Abrogar con audacia la circuncisión y el sábado, conceder a los paganos, sin el auxilio de las obras legales, el acceso, el imprevisible acceso al Reino y a la Iglesia, he ahí, entre otros, el carácter original de las Epístolas paulinas. Mas nuestro Sinóptico nada tiene parecido, y desde entonces su pretendido paulinismo no es sino rudimentario: evidentemente, representa la catequesis primitiva y reproduce el pensamiento del Maestro; Lucas y Mateo no lo han acusado menos.

2. Por otra parte, *se exagera la influencia del Doctor de los Gentiles.*

a) Entre los argumentos que se pueden oponer a los adversarios, citemos aún estos: 1.º) Marcos insiste mucho sobre los milagros y los exorcismos de Jesús, de lo que Pablo no habla nunca, y no señala a la resu-

rrección el lugar que tiene en el pensamiento de Pablo; 2.º) "Si Marcos no había hablado de Jesús o hecho hablar a Jesús sino según las enseñanzas de Pablo, o para hacer prevalecer estas doctrinas, ¿habría él escrito el pasaje sobre la ignorancia del Hijo en relación con la hora del juicio (XIII, 32), o habría él olvidado la ciencia de Cristo (según Col., II, 3)?" [1]

b) Pablo mismo se yergue contra esta pretensión, cuando escuda su apostolado, y sobre todo el evangelio que predicaba, en la aprobación que le dieron en Jerusalén los "grandes apóstoles", Pedro, Santiago y Juan, discípulos privilegiados del divino Maestro: ¿éstos se la habrían concedido, si la predicación del celote convertido no hubiese respuesto substancialmente a la suya?

¿Y de este hombre que no había conocido al Señor en los días de su vida mortal, que tampoco le había visto, las cristiandades primitivas habrían ellas aceptado un Cristo diferente de aquél que presentaba la tradición oral apostólica? Cosa sabida es cuanto los Judíos-cristianos le acecharon, le atacaron; todos tenían el colegio apostólico por la tercera autoridad después de la palabra de Dios (llamaban así al Antiguo Testamento) y la palabra de Jesús. "Contradecirles, escribe M. Jülichers, era rechazar al Señor; contradecirles era contradecir al Evangelio; ellos eran los intérpretes auténticos de la perfecta revelación de Dios en Cristo." [2]

Podemos, pues, concluir con el P. Lagrange: "Marcos se presenta en las condiciones normales de un escrito que merece creencia. Se le rehusa ésta porque está imbuído de prejuicios doctrinales, fruto de una evolución posterior: dogmatiza. — ¡Probad, pues, que dogmatiza! — Se halla, dícese, imbuído de la teología de san Pablo. — **Pruébese, pues, que se trata en ver-**

1. Lagrange.
2. *Dict. d'Alès*, art. *Dogme*, col. 1111.

dad de la teología propia de Pablo. Ahora bien, Marcos no presenta señales de ello... su sinceridad histórica no ha sido pues obliterada por su prejuicio dogmático, y podemos mirarle como un fiel intérprete del pensamiento de Jesús.»

* * *

Esta conclusión vale asimismo respecto de los dos otros sinópticos. Lo que hemos observado ya referente a la concordancia substancial de los retratos que trazan ellos de Cristo y de los Apóstoles, lo insinúa ya; mas quisiéramos establecerlo positivamente.

ARGUMENTO POSITIVO

Todo lleva a creer que las fuentes de las que Lucas, Marcos y Mateo se sirvieron, reproducirían con fidelidad la fisonomía y la historia de Jesús.

Argüiremos fijándonos en el monoteísmo de los Judíos y en sus esperanzas mesiánicas, en la transcendencia de las palabras de Jesús, en el silencio de los numerosos contemporáneos que permanecieron hostiles a Cristo, y hasta en la confusión que reina entre los críticos incrédulos.

EL MONOTEÍSMO DE ISRAEL

Conocido es el monoteísmo de Israel. Yahvé es el Dios único, hasta el punto que las divinidades extranjeras son perecederas abominaciones, unas "nulidades", verdaderos ídolos. He ahí, sin embargo, que un hombre nacido de mujer, aquél al que los discípulos han visto, admirado y amado, reclama del pueblo israelita los honores divinos. Pedro, desde el primer día de su apostolado, no le subordina solamente a Yahvé, como un Dios inferior: "Dios le ha destinado, anunciado, suscitado", "Dios le envía", "Dios le hace Cristo y Se-

ñor (Act., III, 14, 18, 26, etc.); le coloca en el rango supremo, le confunde en cierta manera con Yahvé. En un mismo discurso (Act., II, 34-36; VIII, 21, 24, 25; XI, 8, 16, 17), aplica indistintamente a uno y a otro el término consagrado por los Setenta para traducir el tetragrama inefable IHUH = Yahveh: ὁ Κύριος no "Señor", mera fórmula de delicadeza, sino en verdad "el Señor", "el Señor de todos". (Act., X, 36 et passim).[1]

Ahora bien, el príncipe de los Apóstoles ha fijado su escuela en Jerusalén y en Palestina, antes de haber comenzado la evangelización de los Griegos de Antioquía. *Esto es decir que un Judío iletrado y arisco* (Gal., II, 11) *no ha ciertamente concebido, no ha podido concebir la idea de un Hijo de Dios hecho hombre.* So pena de admitir **una imposibilidad psicológica** es menester por tanto concluir que esta doctrina inaudita, la debe al Maestro del que pretende tenerla, a Jesús de Nazaret.

Supongamos un instante que estas razones no son decisivas. ¿Es admisible que la primera generación cristiana, que un grupo de monoteístas rígidos haya inventado con todas sus piezas, esa cristología; y que entonces los autores de la catequesis, simples pescadores del lago de Tiberíades en su mayor parte, y después de ellos los Sinópticos hayan pretendido deducir para sus frustrados oyentes o lectores los dichos y hechos de Cristo, aun cuando les fuese tan fácil afirmarla abiertamente?

Una comprobación semejante se impone a propósito del mesianismo.[2]

1. Couget, *La catéchèse apostolique*, pp. 14, 15, 16 y 29. Jacquier, *Etudes de critique et de philologie du N. T.*, pág. 28.
2. Nada que valga la pena puede oponerse a este último argumento, aún cuando también la influencia de S. Pablo hubiera alterado la catequesis primitiva. Mas esta hipótesis disfraza la verdad, según lo veremos de una manera más profunda en el capítulo acerca de la divinidad de Cristo.

El Mesianismo tradicional

¿Cómo la tradición glosaba los profetas? Los Judíos esperaban, en primer lugar, un Mesías temporal: vendría en nombre de Yahvé a consagrar la Ley mas también a fundar el reino de Israel sobre las ruinas del mundo rebelde, luego, a esparcir con las alegrías celestes, opulentas satisfacciones. En el momento en que Cristo va a separarse de ellos, los discípulos esperan aún la realización de esas esperanzas populares (Act., I, 6). Lo que la muchedumbre aclamaba en Jesús, mientras entraba en Jerusalén algunos días antes de su muerte era el gran sueño secular, el "reino del Padre que llega" (Marc., XI, 10); unos asientos de honor en el reino, he ahí lo que había pedido al Señor la madre de los hijos del Zebedeo (Matth., XX, 20). Releed ahora las didascalias de Pedro, hojead las Epístolas de san Pablo (Rom., XIV, 17; Cor., VI, 9-10; XV, 50, s. s.; Gal., V, 121; Thess., IV, ss. s. s.), recorred los Sinópticos. Se nos habla de un reino invadido por las naciones y del que muchos hijos de Israel serán excluídos, de un Libertador espiritual, de un Mesías que se pone por encima de la Ley, escándalo para las almas carnales, de un Mesías que se abaja y que sufre. Y ahora bien; no, eso que ni los rabinos más ilustres, ni los videntes de las apocalipsis, ni los salmistas supieron ni quisieron tal vez discernir en Isaías; esto de lo cual las fuentes de la teología judía anteriores al cristianismo parecen no saber nada, **es inverosímil que unos groseros pescadores lo hayan descubierto por sí mismos**: una vez más es necesario repetirlo, no se halla de este hecho ninguna otra explicación racional sino la enseñanza formal de Jesucristo!

La transcendencia de las palabras de Jesús

¿No poseen ellas un poderoso sello tan particular que vienen a ser **inimitables?** Según confesión de cier-

tos racionalistas, había motivos de aplicar aquí una teoría por lo demás inexacta: la Escritura es αὐτοπίστος, ella se acredita por sí misma.

Leed las parábolas. Después de haberlas relacionado con los "mâchâl" sea de los rabinos, sea de los antiguos orientales, Fiebig no ha podido menos de proclamar su alta originalidad. "Es un hecho significativo, escribe a este propósito M. Loisy, la ausencia de toda parábola en el Nuevo Testamento fuera de los Sinópticos. Si la primera y la segunda generación cristiana habían sido fecundas en parábolas, ¿por qué no se habrían atribuído a los Apóstoles? ¿Por qué el autor del tercer Evangelio, que sentía afecto por las parábolas, no las habría puesto en los "Hechos"? Estaba, pues, admitido que Jesús sólo había cultivado el género parabólico. Esta persuasión debe corresponder a una realidad: *Jesús ha expuesto parábolas que tienen todas las probabilidades de hallarse entre aquellas que la tradición cristiana ha conservado.*" [1]

Saboread igualmente algunas respuestas. — "No arrojéis vuestras perlas a los puercos" "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" — "Si tu ojo te escandaliza, arráncale y arrójale lejos de ti." — "Sígueme, y deja a los muertos sepultar a sus muertos." — "Es más holgado a un camello pasar por el ojal de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios." — "Lo que mancilla el alma no es la comida que entra por la boca, lo son las palabras que salen de ella." — "Si David llama al Mesías su Señor, ¿cómo pues es su Hijo?" Pues bien, esos aforismos originales que llevan el sello de una personalidad genial, perderían mucho de su valor si se les separara del texto. Y como se adaptan muy bien a las circunstancias, como son el resultado de situaciones que no han debido presentarse sino una sola vez, *su cualidad única,* "un yo no sé qué de universal, de esencial, de humano y de divino al mismo

1. *Etudes évangéliques,* pp. 3-5.

tiempo" [1] *garantiza de un solo golpe los episodios a los que pertenecen.*

El silencio de los Judíos culpables

La catequesis apela a numerosos testigos. "¡Oh hijos de Israel! escuchad ahora los milagros y las maravillas que por medio de él ha obrado Dios entre vosotros, como vosotros mismos lo sabéis... (Act., II, 22). "Cristo... sepultado y resucitado al tercer día... se dejó ver en una sola vez de más de quinientos hermanos, de los cuales la mayor parte viven todavía..." (I Cor., XV, 6). Y a estos testigos, que, en la mayor parte, habían permanecido fieles al judaísmo, les colma de reproches, literalmente, les provoca. "Dios ha constituído Señor y Cristo a Aquél a quien vosotros crucificasteis" (Act., II, 36). Sin embargo ninguna protesta se levanta, **ninguna denegación.** Y ya que la catequesis apostólica emplea más latigazos que argumentos, *el encono de los enemigos confirma la confesión tácita de los amigos.*

La mayor parte de unos y otros sobrevivían cuando Lucas, Marcos y Mateo publicaron sus evangelios. Los verdaderos judíos se habrían levantado contra un falsario que condenaba su historia, *contra calumnias que cubrían de ridículo y de afrenta sus instituciones y sus hombres,* al Sanedrín no menos que a los Escribas, Fariseos y Sacerdotes. Los Judío-Cristianos no habrían permitido una deformación de la verdad, ni tampoco los infieles convertidos. "Porque—es menester no olvidarlo—la vida de Jesús referida por los evangelistas, no tenía solamente el interés teórico de una historia o de una novela: se trataba de una vida "*con consecuencias prácticas*"; este libro imponía una obligación: la de renunciar a las comodidades de la vida pagana para practicar todas las virtudes, aún las más difíciles. ¡Hubiera ello sido un concierto unánime de protestas!... Al contra-

1. Mons. Batiffol.

rio, la historia atestigua el asentimiento de todos al relato de la vida de Jesús."

El argumento de la extrema susceptibilidad doctrinal que acabamos de diseñar por segunda vez, la historia lo asienta sólidamente. Al leer las Escrituras (Rom. XVI, 17-19; Gal., I, 6, 10; Col., 3, 8, 16, 19; Eph., IV, 1, 17; Phil., IV, 7, 9; I Tim., VI, 21), al comprobar, más tarde, el lenguaje y la actitud de un Clemente y de un Ignacio, "se percibe que la fuente del dogma está hacia atrás y que las aguas descienden. La verdad cristiana no se inventa, está ya inventada; se reciben las ondas vivas y está uno sobrecogido de respeto y reconocimiento hacia Aquél de quien derivan esas aguas saludables".[1]

Y teniendo todo eso en cuenta.

¿Cómo la profecía, la leyenda, la sistematización teológica, el mito, habrían podido alterar la conciencia de GRUPOS NUMEROSOS, HETEROGENEOS EN SU PROCEDENCIA Y DISTANTES EN EL ESPACIO?

El terreno era rebelde a vegetaciones parásitas y no faltaban tampoco escardadores, animados de designios poco favorables, que estaban dispuestos a todo. Ciertamente, recurrieron algunas veces al puñal y al veneno para dar muerte a los sembradores apostólicos; se les vió sembrar el error, la cizaña; mas jamás ese odio vigilante señaló a los pueblos ni a sus conductores la menor alteración de los hechos y dichos de Jesús.

Y esto ratifica, desde el punto de vista de la HISTORIA, la conclusión del trabajo CRÍTICO que habemos emprendido.

Finalmente, para aumentar nuestra certeza, nuestra seguridad ya profundas, consideremos

1. Roupain, *o. c.*, p. 436.

EL DESCONCIERTO DE LOS CRÍTICOS INCRÉDULOS

Muchos años atrás, M. Vigouroux ya señalaba las contradicciones perpetuas que existían entre las opiniones de Baur y las de sus discípulos, y aún entre estos mismos, aún sobre los puntos más importantes de su teoria. Por ejemplo, "para Baur, el evangelio de san Marcos es el tercero en fecha; parà Hilgenfeld, es el segundo; para Volkmar, es el primero; para Köslin, es a la vez el primero, el segundo y el tercero, porque san Mateo no es sino una edición aumentada del san Marcos primitivo; san Lucas una edición, y aún retocada y modificada del Proto-Marcos; el san Marcos actual no ha sido redactado tal como le poseemos sino después de los otros Sinópticos, de manera que san Marcos es a la vez el punto de partida, el medio y el término de la historia evangélica." [1]

¿Están las cosas hoy, por ventura, mejor que ayer? Un protestante liberal, M. Jülicher, no puede abstenerse de reconocerlo: un hábil enemigo de la crítica podría agrupar los trabajos de M. M. Wrede, Welhausen, Harnack y otros, de tal suerte que se destruirían mutuamente, hasta tan alto grado esos resultados son contradictorios. "La crítica, dice, parece cavarse su propia tumba." [2] Ello es así que el Dr. Wrede hace vacilar la credibilidad del segundo evangelio; Welhausen, la de los Logia; Harnack, la de numerosos pasajes de san Lucas, que atribuye a alucinaciones. Todos se esfuerzan en cortar, en transformar, en demoler, en reedificar, hasta tanto que la obra esté en conformidad con su propia razón. Y si tenemos en cuenta las teorías de los equipos comparatistas radicales y moderados, conducidos por M. M. Drews, Couchoud y Bousset, la confusión aumenta extraordinariamente entre los pre-

1. *La Bible et les découvertes modernes,* t. I, p. 81-82. Se podrían oponer de la misma manera unos contra otros, los discípulos de Strauss.

2. Citado por Fillion, *Les Etapes du rationalisme. Rev. du Clergé Français,* 15 agosto 1909.

tendidos reconstructores de la historia evangélica. Corsarios contra corsarios, pasan la vida atacándose unos a otros.

Deseémosles, siempre con M. Jülicher, que sean en adelante un poco más escépticos y desconfiados no ya con respecto a los sinópticos, sino con relación al punto de vista de sus propias negaciones. Porque "la crítica de los evangelios, escribe un protestante ortodoxo, M. Stosch, no suministra ni una página gloriosa en los anales del espíritu humano. Tal vez nunca se ha deshonrado tanto como en la forma innoble con que ha tratado, en nuestro siglo, a los fieles a quienes Jesús había dicho: Vosotros seréis mis testigos... Nunca documentos históricos han sido tratados con una tan gran frivolidad y con una tan grande injusticia como ocurre con los evangelios. Si una cosa lleva en sí misma su propio juicio, lo es en verdad el método que se apellida asimismo critico, en virtud del cual se han desgarrado los evangelios en muchas piezas, tan pronto se ha rechazado como se ha reconocido, con cierto aire protector, la autenticidad de uno u otro de entre ellos, opuesto éste a aquél de una manera versátil, apreciado su valor con una orgullosa suficiencia y con una falta de penetración (literalmente, con una miopía) increíble, tratado a sus autores como escolares, de los cuales otras veces se ha sospechado cual si fueran unos impostores, o bien han sido puestos en ridículo y humillados como unos insensatos. Los observadores sinceros no pasan sin enrojecerse ante esas manifestaciones de la improbidad científica. Los iniciados saben hasta qué punto está embotada el hacha con la cual han intentado derribar los árboles, tan antiguos y tan vivos, de los evangelios; saben que hoy aún, permanecen en pie como antes. De todos esos ataques, (a esos árboles) no les quedan más que algunas ligeras heridas en la corteza, cicatrices que casi ni merecen este nombre. El hacha hase escurrido por doquiera, sin poder penetrar." [1]

1. G. Stosch, *Die Augenzeugen des Lebens Jesu*, 1895, p. 4-5.

Los relatos evangélicos son, por consiguiente, irreductibles a las interpretaciones racionalistas.

Recogidos y ordenados por hombres de una entera buena fe, cuidadosos de alcanzar objetivamente la verdad, de espíritu limpio, testigos inmediatos o de excepcional valor, reproducen, como lo hemos establecido, discursos verdaderamente pronunciados y hechos que forman la trama de una historia real.

Su valor documental aparece tanto más fuerte cuanto que permanecen sin ningún reproche después de haber sufrido, veinte siglos ha, el examen y hasta el asalto de las principales disciplinas humanas.

NOTA
sobre el valor documental de los Sinópticos

"La crítica y la exégesis moderna habrían evitado muchos errores, dice el abate Crampon, de no haber olvidado lo que sabían ya los Padres del segundo siglo, esto es, que los Evangelios no son historias propiamente dichas, biografías en el sentido riguroso de la palabra, sino que son sobre todo la redacción escrita de lo que los Apóstoles habían atestiguado como palabra de Jesucristo y propuesto como objetos de fe en relación con su persona." [1]

I. LIBROS DE FE Y DE DOCTRINA, los Sinópticos nos exponen en primer término una creencia y una enseñanza: refieren la actividad de Jesús, fundador de la religión nueva. Las circunstancias de tiempo y de lugar no interesan mucho a nuestros autores; éstos hacen una elección de entre numerosos relatos y discursos, luego les agrupan con una intención apologética y siguiendo un plan preconcebido.[2]

1. *Les quatre évangiles*, p. 6.
2. De Grandmaison, *Les Evangiles comme sources de l'histoire du Christ*. Cuarta lección. "A modo de hombre práctico, M. Burkitt, ha

Los Doce, pero, varían sus temas de enseñanza o didascalias, según los oyentes. Si, por ejemplo, catequizan a los paganos, ¿qué razón les urgía a revestir la cristología de una forma mesiánica? ¿Y no hubiera sido insensata, brutalmente lanzada a los oídos de los Judíos espiritualistas, la afirmación que Jahvé se había hecho carne? — Muchos documentos, por lo tanto, se les debieron venir a las manos a Mateo, a Marcos, a Lucas el médico. Cuando escogían las piezas y las ponían en obra, ellos mismos no podían dejar de pensar en las preocupaciones de su medio y de su época. Un piadoso designio les inspiraba y guiaba, y en él ponían su ideal.

Dirigiéndose a Judíos, MATEO quiere a la vez probar que *Jesús es el Mesías* — lo cual lo demuestra por la realización de algunas profecías del Antiguo Testamento — y resolver un problema que desconcertaba a sus congéneres: ¿por qué el pueblo escogido se halla excluído de la herencia mesiánica?

MARCOS describe *las fases por las que los Doce han atravesado para alcanzar el conocimiento de Cristo.* La fundación de un reino espiritual ocupa el primer plan, en su cuadro. Con el fin de mejor realizar esta obra, Jesús envuelve de misterio su persona y su cometido (I, 24, 25, 34, 43; III, 11-12; V, 43; VII, 36; VIII, 26, 30; IX, 8): no se manifiesta sino a aquellos "que tienen ojos para ver y oídos para oír", y sólo muy lenta y progresivamente les enseña y les exhorta. "Los "suyos" le resisten, le rechazan; mas, una selección vacía poco a poco de sus elementos demasiado materiales la gran esperanza israelita, en tanto que numerosos milagros y algunas declaraciones cristológicas muy claras (II, 10-12, 17, 28; I, 39, etc) la llevan a prorrumpir como el

deducido que, para pronunciar "con la gravedad y la solemnidad convenientes", todas las palabras del Salvador que están citadas en los evangelios, serían menester más de seis horas. Calculando también uno por uno, en tanto que ello es posible, aquellos de entre los días de la vida pública, cuya historia (de esos mismos días) es referida por los evangelistas, no halla él apenas sino cuarenta. Estas cifras ponen de relieve las lagunas que existen en la historia de Jesús". Fillion.

centurión romano: verdaderamente, este hombre era el Hijo de Dios.

LUCAS, enamorado del valor infinito del alma y fiel a la ley de la parsimonia, viendo por lo demás que sus predecesores habían puesto de relieve el aspecto social del reino de Dios, refiere sobre todo los hechos y dichos del Maestro que fijan las relaciones entre la persona humana y el Padre celestial. Su evangelio *es un mensaje de salud, el mensaje de la salud merecida por la muerte del Mesías la cual Dios ha tenido por un sacrificio expiatorio, absolutamente eficaz. La resurrección suministra la prueba;* y por cuanto él topa aquí con los prejuicios de sus lectores griegos, el hagiógrafo se aplica a establecer este milagro. Todos pueden experimentar los beneficios del mensaje redentor, si no retroceden ante la penitencia, μετανοεῖν, ante un indispensable cambio de opiniones, de alma y de pensamiento.

Mas aun cuando desenvuelvan tesis, los evangelios son

II. "LIBROS DE HISTORIA, porque quieren referir hechos.

Los asirios, los fenicios y los persas ignoraban aún los trabajos históricos, los romanos se limitaban al cometido casi material del analista, cuando ya, largo tiempo antes que los griegos, el pueblo judío sabía a la vez poner de manifiesto la causa de los acontecimientos que consignaban, presentarles en un conjunto armonioso y señalar la fisonomía de los principales actores revelando, en pocas palabras, sus móbiles: aquellos que escribieron en el Génesis el documento Jehovista y el documento Elohísta fueron, sin disputa, los primeros historiadores del mundo. Si no le faltara la preocupación de las fuentes, que es el distintivo actual de las obras técnicas, el libro de Samuel sería una historia científica; y los evangelios manifiestan a la perfección esas cualidades hereditarias de la raza.

Por cuanto sigue el método propio de los autores sagrados del judaísmo, — método que, desde la Vida de Moisés y la narración de las gestas del profeta Elías, provoca nuestra admiración — Marcos *pinta a Jesús mucho mejor que no lo hubieran hecho los mejores biógrafos, sea de género estoico,*[1] *sea del género alejandrino.*[2] *o memoralistas a la manera de Xenofonte.*[3] "No se puede dudar, dice el P. Lagrange, que ha pretendido referir la más grave de todas las historias, la de la intervención de Dios en la Persona de su Hijo."

LUCAS *se preocupa de la solidez.* Ασφάλεια: Cuando expresa su propósito (I 1-4), emplea el mismo término que Polibio, el más seguro de los historiadores griegos, quien, más exacto aún que Tucídides, osó romper con la tradición de los discursos compuestos por el narrador, y según el cual la historia, para ser útil a los hombres, debe ser eminentemente verdadera.[4] Todo indica que el tercer evangelio funda sobre la realidad de los hechos, el mensaje de salud que ofrece a la humanidad entera.

Es evidente que MATEO se ocupa en probar y edificar, hasta subordinar a su fin la cronología de los episodios y de los Λόγια del Señor. Escrito y leído en Jerusalén antes del año 70, hostil a los Sanhedritas, a

1. "Se aplican a reproducir fielmente un gran personaje, sobre todo con la intención de entresacar una lección moral, lección que debe desprenderse de los malos ejemplos del héroe; esto son las vidas de Plutarco". Lagrange.

2. "Estas biografías se reducen a anécdotas que recaen un cierto día sobre la persona y las doctrinas; ese fué el error de Suetonio, tratar de ese modo las vidas de los primeros Césares". Lagrange.

3. "Jenofonte no quiso tanto dar a conocer a Sócrates todo entero como hacerle amable y venerable de los Atenienses... Su recopilación no comprende sino diálogos del filósofo sobre diferentes asuntos. La ocasión del diálogo queda indicada, mas no podría reemplazar a una biografía". Lagrange.

4. "Es cierto que se puede pregonar el amor de la verdad para traicionarla, y es eso lo que ha hecho Filóstrato en términos que no están muy distantes de aquellos del prólogo de San Lucas, mas se reconoce al árbol por sus frutos, y aun no ha habido críticos que hayan osado comparar a Lucas con Filóstrato. Sin embargo no hay término medio. Cuando se ha escrito un prólogo como el de Lucas, no se puede ser un fabulista que divierte a su público. Se es historiador como Polibio, o impostor como Filóstrato". Lagrange.

quienes parece haber provocado (XXVIII, 16), puede decirse con todo *que su libro no inventa nada* ni modifica nada, por cuanto el odio vigilante, de un celo frecuentemente sincero, no le opone ningún reparo.

III. Así, pues, los Sinópticos bastan para mostrarnos claramente lo que era Jesús, a qué tendía su acción religiosa, cual fué la predicación del reino de Dios quien le manifestó como el Mesías, y finalmente le condujo al suplicio.

Católicos y Protestantes ortodoxos no dudan de ello: El P. Grandmaison, el P. Lagrange, Le Camus, de Pressensé, Farrar, Geikie, Bern, Weiss y Beyschlag lo han sobradamente demostrado, editando uno tras otro sus "Vida de Jesús" hoy célebres. Entre el número de protestantes liberales que lo niegan, muchos, sin ver que se contradicen, publican biografías nuevas. Otros hay que nos aportan su sufragio. "Nuestras fuentes son instructivas, dice Harnack, porque nos suministran enseñanzas sobre tres puntos importantes; en primer lugar, nos ofrecen una clara imagen de la predicación de Jesús, con relación sea a los rasgos generales, sea a la aplicación detallada; en segundo lugar, nos ponen al corriente del desenlace de su vida al servicio de su vocación; en tercer lugar, nos pintan la impresión que produjo él entre sus discípulos y la que ellos mismos propagaron a su vez, por su cuenta. Ahí están en eso, en verdad, tres puntos importantes; y esos son hasta los puntos decisivos." [1] "Los Sinópticos, confiesa M. Jülicher, son de un inapreciable valor no solamente como libros de edificación sino hasta como fuentes de la historia de Jesús. La imagen que presentan a sus lectores de aquel que traía la buena nueva es en su conjunto fiel... Su mérito propio está precisamente en no haber vuelto a pintar, sino en haber conservado la imagen de Cristo." [2] Y Johannes Weiss: "La imagen está diseñada a grandes rasgos, netos, sin

1. *Das Wesen des Christentums*, p. 20.
2. *Inleitung*, pp. 328-329.

palidez ni vacilación; es la imagen vigorosa de una individualidad que se destaca de entre lo que la rodea y que descuella de decisiva manera, sobre todas las personalidades que la historia nos hace conocer."[1]

Estos testimonios bastan por si solos, sin que sea necesario avalorarlos con otros. "Cuando estos sabios eclécticos no dudan nadie podrá acreditar ya la duda. Tenemos, pues, concluye M. Sanday, en la crítica de estos escritores un irreductible mínimum, y este mínimum es un punto de apoyo de Arquímedes."[2]

* * *

Examinemos a continuación dos obras que nos presentan de muy diversa manera la fisonomía de Jesús: Los "Hechos de los Apóstoles" y las "Epístolas" de san Pablo.

1. *Schriften*, t. I, pp. 41-42. Citado por Batiffol *Orpheus et l'Evangile.*
2. *Outlines of the life of Christ*, p. 266. Citado por Batiffol, o. c.

CAPITULO SEGUNDO

Los Hechos de los Apóstoles

El testamento de Jesús (Luc, XXIV, 47-49) es el programa de acción de los Apóstoles; la ejecución de este programa es el tema de los Hechos.

Wikenhauser

Aun cuando sea de una extrema importancia para el exegeta y el historiador, este libro que, después de haber expuestos los orígenes de la Iglesia en Jerusalén, en Judea y en Samaria (I-XII), hace conocer el apostolado de san Pablo y sus peripecias instructivas — no podremos consagrarle sino un estudio asaz breve, fijándonos solamente en lo que reclama el punto de vista práctico. Bastará él, sin embargo.

La cuestión de

AUTENTICIDAD

que tiende a resolver en primer término, no da ciertamente con muy graves dificultades; porque son formales, los testimonios adelantados por la

Crítica externa

"Judas de Galilea, y con él Theudas, dice Orígenes (Contra Celsum, XI 11) como testimonia Lucas en los "Hechos de los Apóstoles..." — "Del mismo modo que el evangelio de Marcos nos transmite la predicación de san Pedro, así, afirma Clemente de Alejandría, los "Hechos de los Apóstoles", redactados por Lucas, consignan la predicación de san Pablo" (P. G. IX 732). Tertuliano llama a esta obra, indiferentemente, "Acta

1. Se aplica este nombre a las obras que dan un diseño de los grandes hechos y de las hazañas de un héroe o de una nación.

Apostólica", "Acta Apostolorum", "Instrumentum Apostolorum" y "Commentarius Luccae" (P. L. II 34, 35, 966). Ireneo, uno de los testigos más importantes de la Tradición, le atribuye muchas veces a san Lucas, compañero de san Pablo en la mayor parte de sus viajes (P. G. VII 670, 913, 914, 917). Finalmente, el Canon de Muratori no es menos explícito.

Algunos herejes han creído poder pronunciarse contra la autenticidad de los "Hechos", y su protesta no ha hallado éxito alguno entre los críticos imparciales, porque postulados dogmáticos y erróneos la infeccionaban groseramente. Un texto equívoco, y tal vez apócrifo, de san Juan Crisóstomo no afecta, en lo más mínimo, a los críticos. De suerte que es menester aceptar las conclusiones del profesor incrédulo, M. Harnack: "La gran obra histórica en dos partes, que se compone del tercer Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles, no nombra su autor; mas se puede seguir hasta la mitad del siglo segundo la tradición eclesiástica que la atribuye de una manera unánime a un escritor llamado Lucas... Se puede aún dar un paso más adelante: aquellos que han agrupado en conjunto los cuatro Evangelios — y esto tuvo lugar antes de la mitad del segundo siglo, si no largo tiempo antes — han escrito a la cabeza de este Evangelio, el título *KATA AOUKAN*.[1]

Según los diferentes textos que habemos indicado, Lucas había nacido entre los gentiles, y la tradición nombra a Antioquía; había estudiado la medicina; discípulo de san Pablo, había acompañado a éste durante sus numerosos viajes.

Ahora bien, estos datos del Nuevo Testamento,[2] estos datos tradicionales, es incontestable que la

1. *Luke the Physician,* p. 1. "Si se quiere reflexionar que el tercer Evangelio, por razón de su dedicatoria, debía de haber llevado el nombre de su autor, y que no ha podido haber ahí, parece, ningún motivo para atribuir esta obra a un discípulo poco conocido de Pablo, se reconocerá sin dificultad el gran valor de la tradición acerca del autor del tercer Evangelio y de los Hechos". *Dict. Ap.* fasc. I Coppieters *Apotres* (*Actes des*).

2. *Col.* IV, 14, *ad Phil.* 24 II, *Tim.* IV, 11.—*Col.* IV, 11.

CRÍTICA EXTERNA

los confirma sin dificultad.

ARGUMENTO GENERAL

El autor del libro de los Hechos es un Griego de nacimiento. Los habitantes de Malta son para él "Bárbaros" (XXVIII 1-4); conocía hasta en los pormenores la evangelización de Antioquía, donde los paganos helenos se hallaban en muy grande número, y el papel desempeñado por esta ciudad en los orígenes del Cristianismo (VI 6, XI 20-30, XIII 1-3, XV 1-2, 36-39); su estilo resalta mucho entre el estilo de los otros Sinópticos y difiere del estilo del historiador Josefo.[1]

Usa competentemente términos medicales. La abundancia de pormenores que da a la prueba su entero valor, nos llevaría muy lejos; nos es, pues, forzoso remitir al lector a obras especiales.[2] Algunos ejemplos podrán ser suficientes. Refiriendo la curación del cojo (III, 73), el escritor emplea el término σφύδρον, con el cual los técnicos designan las articulaciones de los huesos de la pierna (Cf. Galieno) — (V, 8): 'Εxψύνειχ — este verbo que expresa la muerte de Ananías y de Safira, no había sido empleado hasta entonces sino en la literatura médica. — (IX, 18): "Cayeron de los ojos de Saulo unas como escamas". Ahora bien, λεπίς es el término empleado en medicina para indicar las crostas o escamas que se forman sobre una llaga, e Hípócrates aplica en este caso el verbo que utiliza nuestro autor: ἀποπίπτειν.

Si el examen interno de los "Hechos" fuera de los

1. "En esta obra de arte, porque los Hechos de los Apóstoles son una obra de arte, hay un trabajo literario de primer orden tanto desde el punto de vista de la construcción como desde el punto de vista del estilo." Harnack.

2. Hobart, *The Medical Language of St. Luke.* Jacquier, *Histoire des livres du N. T.* t. III, p. 28. Pirot *Les Actes et la Commissión Biblique* pp. 49-52. Harnack, o. c., pp. 13-17. Zahn, *Einleitung in das N. T.*, t. II, página 427.

"Wirstücke",[1] no prueba de una manera perentoria que su redactor ha debido ser un discípulo íntimo de san Pablo,

a) Ciertas ideas específicamente paulinianas nos permiten, sin embargo, creerlo. La justificación por la fe sola, sin el concurso de las obras de la Ley (VIII 37, X 43, XV 9, XVI 31, XIII 39, XXVI 17-18), y la universalidad de la Redención, que se efectúa para todos, para los gentiles como para los judíos (II 9-11, VIII 26-40, IX 15, X 1, 34-35, XI 18, 19-30, XIII 46-47, XIV 26, XV 3, 12), toman ya allí cierto relieve.[2]

b) Por lo demás, y he aquí una prueba impresionante, "en el Nuevo Testamento, entre las palabras que son particulares a san Pablo y a uno cualquiera de los evangelistas, hallamos 29 comunes a Mateo y a Pablo; 20, a Pablo y a Marcos; 17, a Pablo y a Juan; y 84 comunes a Pablo y a Lucas. Ahora bien, sobre esas 84 palabras, 33 se hallan en los "Hechos", que, ellos solos, contienen más términos paulinianos que cualquiera otro evangelio. ¿Cómo explicar este hecho, sino viendo en el autor de los Hechos un compañero y un discípulo de san Pablo?" [3]

1. Pasajes del texto en los que el narrador, en lugar de proseguir su relato en la tercera persona, dice "nosotros". (XVI 10-17, XX 5 a 15, XXI 1-18, XXVII 1-XXVIII 16).

2. "Menester sería reconocer que estas ideas, desarrolladas más tarde por Pablo, no se hallan en los Hechos sino en ciernes o en estado de bosquejo, tal como podían estar en sus comienzos. Jesucristo las había enseñado, los Apóstoles las habían repetido y Pablo las sistematizó y sacó de ellas las consecuencias últimas. Lucas no ha tomado de su maestro sino el exterior de la doctrina, si se puede hablar así. En otros términos, él la ha experimentado sin profundizarla, lo que por otra parte no estaba obligado a hacer en un escrito histórico". Jacquier, o. c., páginas 25-26.

"¿El autor de los *Hechos* no sería acaso un discípulo del Apóstol? ¡Allá vosotros! Yo os pregunto, en cuanto a mí se refiere: ¿quién otro sino un hombre conociendo personalmente a Pablo podía pintarle como lo ha hecho este libro? En los comienzos del siglo segundo, era aún posible que un admirador del Apóstol se hallara en estado de escribir un relato tan concreto y de evitar hasta tal punto el panegírico?..." Harnack. *Luckas der Artz,* p. 99.

3. Pirot *Les Actes des Apotres.* Este hecho merece tanto más ser señalado cuanto que el autor parece no haber leído las Epístolas de San Pablo. A Sabatier lo ha demostrado en 1889. "Si se admite que los *Hechos* son la obra de San Lucas, la cosa es bien natural, dice el P. Prat,

Y este discípulo y compañero de Pablo, nada nos cuesta identificarlo. "*Que el autor de los Hechos de los Apóstoles sea el mismo que el del Evangelio que lleva el nombre de Lucas*, es cosa fuera de duda, decía Renán, y nadie se detendrá en probar esta proposición, la cual no ha sido nunca seriamente contradicha." [1]

En realidad, con esta doble reserva: a) que el último sinóptico trata asuntos diferentes que piden frecuentemente, para ser enunciados, términos igualmente diferentes, y b) que las fuentes, orales o escritas, de las que permanece tributario, son todas arameas y por tanto ineptas al revestimiento de la bella helenidad, es necesario concluir, al relacionar un gran número de palabras, ciertas fórmulas, hartas particularidades gramaticales,[2] que su redactor no se distingue del escritor de los "Hechos". La comparación de los términos medicales y paulinismos propios de las dos obras, la afinidad y la conexión de sus prólogos, robustecen aún esta conclusión.

Con todo, algunos críticos se pronuncian equivocadamente contra ella, porque, dicen, *los "Hechos" son una simple compilación*, un mosaico hecho un poco al azar, con los trozos de diversos autores; como lo probarían los "Virstücke", esos pasajes donde se halla el pronombre "nosotros" y que el último redactor habría copiado en las memorias originales de un discípulo de Pablo, por ejemplo: de Timoteo.

Y es ello hablar muy ligeramente, ya que

ARGUMENTOS PARTICULARES

doctrinales, filológicos e históricos sirven de fundamento a la tesis tradicional

y es lo contrario lo que causaría admiración o extrañeza. Uno que formaba parte del ruedo de San Pablo y que vivía en su intimidad, ¿podría soñar en pedir copia de las cartas del Apóstol cuando le era posible interrogarle él mismo de viva voz?". *Recherches de science religieuse*, mayo-agosto 1923. *Travaux récents sur les Actes des Apôtres*, p. 379.

1. *Les Apotres.*

2. Véanse los pormenores en Pirot, o. c., pp. 58-64. Jacquier, o. c., t. II, pp. 450-457, t. III, pp. 11-14, 23-24.

Hela aquí, enunciada de una manera sucinta.

A) Para transmitirnos el relato de acontecimientos de los que no había sido ni el autor ni el testigo ocular, san Lucas (I a XII o a XVI, 5), historiador probo y minucioso, ha debido hacerse eco de tradiciones orales y consultar documentos escritos. Mas él mismo los ha compulsado, elegido, adaptado a su designio, retocándoles en cuanto a la forma literaria.[1]

B) La segunda parte de los "Hechos", exceptuado tal vez XV 23-29 y XXIII 26-30, contiene el propio testimonio de san Lucas, tanto como oyente tanto como compañero del Apóstol san Pablo. "Es ello una impresión fuerte a la que el lector no puede substraerse. Cuando dice: "Luego que Pablo tuvo esta visión, al punto dispusimos marchar a Macedonia (XVI, 10); habiéndonos sentado allí trabamos conversación con varias mujeres, que estaban reunidas. (XVI, 13); las cuales, habiéndose adelantado, nos esperaron en Troade (XX, 5), parece bien dejar entender a Teófilo que estaba allí, presente, al lado, del apóstol viajero y testigo. En el comienzo del Evangelio y de los Hechos, habla en primera persona del singular; ¿no ha, como se ha dicho, preparado su lector a tomar a la letra el pronombre nosotros, refiriéndose también a aquél que designa entre los compañeros del apóstol?"[2]

La unidad literaria del libro nos parece, pues, cierta.

Argumento doctrinal. — Esta prueba no comporta desarrollo alguno. ¿Pueden compararse los relatos de viaje que forman los "Wirstücke" con los discursos del tercer evangelio y los "Hechos" donde se pueden expresar libremente las ideas paulinianas? Sin embargo, nada contradice allí las ideas del Apóstol sobre

1 De tratar los Hechos de los Apóstoles según la moda de la crítica literaria, se puede disponerlos en media docena de extractos; mas si se los lee con buen sentido se descubre en ellos un solo espíritu y una sola mano... En esta obra de arte... el autor ha producido algo único e imperecedero... Nos las habemos en él con un hombre de la primera generación griega cristiana" (*Lukas der Artz*, p. 102-106).

2 Rose, *Les Actes des Apotres*, p. XII.

la justificación por la fe sola y la universalidad de la Redención. En cuanto al fondo sobrenatural, escándalo para los racionalistas, porque son señales de retoques, hay en todas partes la misma riqueza: los 97 versículos litigiosos refieren también numerosos hechos extraordinarios. (XVI 16, XXI 4, 9 11, XXVII 23, 24, 26, 31, 34, XXVIII 7, 9, 12 etc.)

Argumento filológico. — I. La filología lo demuestra de una manera positiva: *hay comunidad de origen* entre los "Wirstücke", los "Hechos" y el tercer sinóptico.

Palabras, giros de frases y construcciones particulares que caracterizan el estilo de san Lucas,[1] estas pruebas de detalle, las omitimos. Los términos medicales mismos no entran en nuestro examen, por más significativos que sean, como el verbo ὑποζώννυναι = vendar una herida, que el autor emplea para significar la amarradura del navío batido por la tempestad (XXVII 17), o este nombre θηρίον dado a la serpiente ponzoñosa, cuando a la sazón se llamaba en medicina el suero de víbora θηριακή. No queremos fijarnos sino en la demostración filológica de conjunto, suficientemente convincente.

a) 64 palabras o locuciones son propias a los "Wirstücke" y a los "Hechos de los Apóstoles" y esto en 97 versículos solamente.

b) de 143 palabras o locuciones, empleadas por lo menos cuatro veces por el tercer evangelio y los "Hechos", 108 se hallan en este último libro. Ahora bien, sobre estos 108, los solos "fragmentos-nosotros" reproducen 44.

c) los "Wirstücke" tienen 6 palabras en común con Mateo, 3 con Marcos y 64 con el evangelio de san Lucas.

1 Pirot, *o. c.* pp. 76, 77, 78.

"El argumento es convincente, observa M. Harnack, para quien ha estudiado mucho los "Hechos", desde el punto de vista lingüístico, porque no se puede suponer que el autor retocara en este punto el diario de viaje para imprimirle su estilo." [1]

ARGUMENTO HISTÓRICO. — Vogel se admira que se haya soñado en un personaje diferente de san Lucas, *pues no ha podido ningún otro compañero de Pablo redactar los "Wirstücke"*. Ciertamente no Sopáter, Aristarco, Secundus, Gaïus, Timoteo, Tiquico, ni Trófimo, puesto que el redactor les distingue de sí en el capítulo XX, v. 5: "los cuales, habiéndose adelantado, nos esperaron en Troade". Ni Bernabé, separado definitivamente del lado del Apóstol de los Gentiles desde los principios de la segunda misión (XV. 39), antes de los hechos referidos en la primera persona del plural. Ni Silas, cuyos actos son siempre relatados en tercera persona (XVI 19-40, XVII 1-14. XVIII, 5). Ni Erasto, al cual se aplica una observación semejante XIX 22. Ni Tito, quien estuvo ausente durante la tercera predicación y el viaje de Cesarea a Roma. "Resta san Lucas,[2] quien, precisamente, no se nombra nunca. San Lucas, quien no se atribuye un cometido prepon-

1 "Verdad es que algunos pasajes solamente de los Hechos atestiguan claramente haber sido escritos por un actor de las escenas de que se ocupa; mas estos pasajes están tan estrechamente ligados al resto, que menester es absolutamente considerar el todo como perteneciendo a un mismo autor. Cuando el "nosotros" comienza, desaparece o vuelve a aparecer, el estilo no cambia nada; tenemos pues el derecho de convenir que la pluma no cambia tampoco. Este derecho, Reuss le reconoce. Renan lo encarece aún más cuando afirma que se siente invenciblemente arrastrado a concluir que el mismo que escribió el final de la obra escribió los comienzos y que el narrador del todo es quien dice "nosotros" en los pasajes precitados (*Les Apotres*, p. X). Y observa con razón que la unidad de estilo en todo el libro es una presunción tanto más fuerte a favor de la unidad de autor cuanto que vista la pobreza de la lengua, los escritores del N. T. tienen casi todos un vocabulario aparte. De donde se colige que si el autor de los pasajes en la primera persona del plural no era el mismo que el de lo restante, deberíamos tener muchos estilos, caracterizados cada uno por palabras y giros de frases especiales". Semeria, *Revue Biblique*, a. 1895, p. 326-327.

2 Según el modo de ver de algunos críticos, Lucas habría escrito los "Wirstücke", mas no habría concebido y compuesto, ni el libro de los "Hechos" ni siquiera el tercer evangelio, obras de un escritor anónimo.— Esta tesis es insostenible. No se concibe, en efecto, que la tradición antigua

derante, personaje obscuro de la primitiva Iglesia cuyo nombre la leyenda no podía tener tendencia a utilizarlo. San Lucas, finalmente, que los "fragmentos-nosotros" conducen precisamente a Roma, en compañía de san Pablo, quien, en dos lugares, nos declara en sus cartas (Col. IV, 14; Philem. 24) que el Evangelista estaba por cierto con él en el curso de su primera cautividad."

* * *

Se colige también de estas explicaciones que no hay razón para fijar en una época tardía la composición de los "Hechos". La escuela de Tubinga y la Holandesa, que mantienen siempre este punto de vista, no han merecido mayor crédito.[1] Los críticos *dudan* solamente sobre si el autor ha escrito un poco antes o un poco después del año 70.[2] Todos convienen, pero, en que escribió cuando vivían testigos oculares y menos de veinte años después de los hechos.

"Yo no dudo de servirme de la palabra "regresión", dice a este propósito M. Harnack, porque se debe llamar las cosas por su nombre: en la crítica de las fuentes del más antiguo cristianismo, nos hallamos, sin duda, en el camino de volver a la tradición. Los problemas de la crítica de las fuentes, y más aún el problema de la explicación de los orígenes de la tradición doctrinal e histórica, como también los problemas de la construcción de la historia verdadera, se pre-

y constante, que designa a s. Lucas como al autor del evangelio, tenga por único punto de partida una colaboración muy restringida al libro de los "Hechos", o más exactamente el uso que un desconocido debía hacer un día, sin su noticia, de algunos papeles sueltos que había llenado de notas durante sus viajes con el Apóstol y tocante a la suerte de los cuales no podía prever tan brillantes destinos. Cfr. Rose *o. c.* pp. IX y X.

1 M. Loisy acaba de rehacer nuevamente sus teorías, más con arbitrariedad y desde un punto de vista enteramente subjetivo. Crf. Venard *Rev. d'Apolog.* 15 Oct. 22. "Los Hechos primitivos, tales como Loisy los concibe, podrían bien no ser sino una creación de su imaginación... Loisy ha acabado por tomar su sueño por una realidad..." Goguel.

2 "La conclusión brusca del libro, la manera según la que nos habla de S. Pedro, de los Judíos y del poder romano, el hecho de que las Epístolas de S. Pablo no son utilizadas por el autor, estos tres motivos hacen a lo menos muy probable la opinión de los sabios que colocan en el año 62 la redacción de los "Hechos". Cfr. *o. c.*, pp. 89-111.

sentarán verosímilmente antes de pocos años bajo un aspecto esencialmente diferente del que hoy predomina en la mayoría de los hombres consagrados al estudio de las letras." [1]

Por cuanto, pues Lucas ha podido informarse con seguridad y sin gran dificultad, un segundo problema se impone a nuestro examen: la

HISTORICIDAD

del libro de los "Hechos".

> Los Hechos son una de las pocas obras de un valor histórico de primer orden.
> Ramsay

Para poner de relieve el perfecto valor histórico de este libro, es menester, en primer lugar, enumerar algunas

FUERTES PRESUNCIONES

A. La historia de la cristiandad primitiva de Jerusalén

a) ¿Lucas la bebió *en los anales palestinianos*, redactados antes de la catástrofe, tal vez hasta en lengua aramea? Excelentes críticos lo han pretendido.[2]

b) Mas, en el caso de que se tuviera su hipótesis por insostenible, sería todavía permitido pretender que el autor ha dispuesto de las más preciosas *fuentes orales*. Relaciones fáciles y regulares existían a la sazón entre Jerusalén y Antioquía (Act. XI 22, 28, 29, 30; XII 25; XV 22, 34); Bernabé había allí referido, parece, la primera misión de san Pablo en Galacia (Act. XIII, 1, XIV, 27); y ello nos conduce ya a verosimilitudes.

1 *Chronologie*, t. I, p. VII-X.
2 *Dict. Apolog.*, fasc. I, col. 266. Coppieters, *Apotres (Actes des)*.

Por suerte, dos pruebas positivas vienen a reunirse aquí. Lucas se ha hallado en relaciones directas con los principales miembros de la iglesia yerosolimitana, con su jefe, Santiago el menor (XXI, 18), con el futuro evangelista Juan-Marcos (Col. IV 10-14; Philem. 24), y con Silas "personaje eminente entre los hermanos", compañero de san Pablo después que hubo partido de su lado Bernabé (Act. XV, 36-39). El diácono Filipo (XXI, 15) y Mnason, "desde largo tiempo discípulos" en Chipre (XXI 16), le fueron igualmente conocidos.

B. En cuanto a la predicación evangélica de san Pablo, de que nuestro autor expone el fondo y refiere las peripecias, no es necesario insistir.

A. El mismo ha sido *el testigo ocular* (XX 6, XXI 16, XXI 18-40, XXII 1, XXIII 1, XXIV 1, XXVIII 16); o bien ha podido conocerla en sus pormenores, sea por el apóstol en persona sea por sus numerosos compañeros de ruta (XXIII 11-35, XXVI).

Si se considera ahora la habitual sagacidad de Lucas, que esmero ha puesto, para escribir el tercer sinóptico, en ver las cosas con sus ojos, en preguntar a los ministros de la palabra, a los oyentes y a los espectadores de las escenas evangélicas, hasta en el utilizar el trabajo de sus antecesores — "diligentes", "ex ordine tibi scribere" — se convence uno con facilidad de que debió recoger y comprobar todos estos testimonios de selección, y luego redactar los "Hechos" con una perfecta exactitud.

Por otra parte, muchos

HECHOS PRECISOS

lo garantizan.

1. Entre este libro y las "Epístolas" de san Pablo, que Lucas no parece haber utilizado [1] existe *un*

1 Pirot, *o. c.*, p. 109. A. Sabatier escribía en 1889, en una memoria publicada por la Escuela de Altos Estudios: "Entre las fuentes históricas del libro de los Hechos, no es menester contar las epístolas

acuerdo evidente sobre la persona del gran misionero, los personajes que frecuenta y los principales incidentes que señalaron su actividad apostólica.[1]

2. Todo un acopio de *textos lapidarios,* exhumados en el curso del siglo último, han venido a confirmar la veracidad de los "Hechos": La existencia de un procónsul y de encantadores en Chipre, la romanidad de los Filipenses (XVI 21, 38), el cometido desde muy largo tiempo sospechoso, de los politarcas en Tesalónica (XVII 6, 8), la célebre inscripción en singular Ἀγνώστῳ Θεῷ sobre un altar de Atenas (XVII 15-34), el proconsulado de Gatión en Corinto hacia los años 51-53 (XVIII 2, 12), el esplendor y las riquezas del templo de Diana en Efeso, la gobernación de la ciudad por el grammata y los Asiarcas (XXIX 24, 31, 35, 38), la sentencia de muerte dada contra el extranjero que, en el templo, excedía el atrio de los Gentiles (XXI, 28-29), etc., y siendo ello así que importa que se susciten algunas

VANAS OBJECIONES[2]

milagros que se quisieran negar o que se desvirtúan explicándolos de una manera natural;[3] discursos referidos en resumen, y traducidos, que reflejan quizás la

paulinianas. Es una pretensión literariamente injustificable el querer explicar las divergencias de los Hechos de los Apóstoles con relación a las epístolas como transformaciones buscadas y conscientes de los datos históricos de estos últimos." *L'auteur du livre des Actes des Apotres a-t-il connu et utilisé dans son récit les épitres de S. Paul? Sciences religieuses,* t. I, p. 205-229. (Citado por Prat.) En 1911, Harnack no era menos explícito en sus afirmaciones: "Nos vemos reducidos también a esta conclusión: que es imposible probar ora que el autor de los Hechos haya hecho uso de una epístola en particular, ora que haya utilizado la colección de las epístolas de S. Pablo, conclusión que no es de una ligera importancia para la solución del problema cronológico". (*Date of the Acts,* p. 102.) Jülicher, Zahn, B. Weiss y muchos otros son del mismo parecer.

1 Pirot, *o. c.,* p. 142 a 157.

2 "...subsiste sin embargo en la crítica una tendencia a considerar los textos primitivos como el ministerio público considera a ciertos desprevenidos, a detenerse en pormenores de toda suerte para argüir en contra de observaciones claras y decisivas." Batiffol.

3 "Decir que el documento no es histórico porque refiere acontecimientos milagrosos o porque contiene relatos sobre los ángeles, es simplemente suponer lo que se indaga." Headlam en el *Dictionary of the Bible,* t. I, p. 31. *Acts of the Apostles.*

lengua y el estilo de san Lucas, mas cuya substancia pertenece visiblemente a Pedro, a Pablo, a Esteban y a Santiago;[1] pasajes, finalmente, que parecen avenirse mal con la historia profana o con algunos relatos bíblicos. "En historia, dice M. Coppieters, no se prueba sino muy raramente una exactitud absolutamente minuciosa... En apologética, por otra parte, la autoridad substancial de los "Hechos" es sola fundamental, estando generalmente los pormenores del relato desprovistos de importancia."[2]

Después de todo lo cual, concedemos la más absoluta y la más entera confianza a esta obra escrita por San Lucas, el compañero y el discípulo de San Pablo, según recuerdos personales o fuentes antiguas diligentemente comprobadas; nos representa, con una fidelidad histórica impecable, los comienzos del Cristianismo en Jerusalén y en Palestina, en Asia Menor, en Macedonia, en Grecia y en Roma.

Los críticos radicales mismos no se libran apenas del aplomo de esta verdad: "Uno encuentra allí (en el libro de los Hechos), dice M. Goguel, materiales de un muy subido precio y de un irrebatible valor."[3] Y M. Windisch: "Si debemos recusar los títulos que hace valer la tradición, nos son menester pruebas contrarias de un valor excepcional.[4]

1 Se ha, desde largo tiempo, reconocido que los Hechos no tienen un trozo que sea "de espíritu y de vocabulario más aproximados a las epístolas de Pablo como ese discurso" de Mileto. En cuanto a los demás discursos, "es difícil que sean puras ficciones, y si lo eran, la fantasía del autor que las habría creado con una tan sorprendente justeza, sería extraordinaria". Harnack, *Die Apostelgeschichte*, p. 109. Porqué: 1.º) El arcaísmo del lenguaje cristiano de Pedro (Jesús-Cristo de Nazareth, παῖς θεου, Dios ha hecho Cristo y Señor, y otras fórmulas que han caído en desuso; 2.º) Ciertas expresiones tomadas del vocabulario de Pablo; 3.º) la personalidad de los trozos oratorios; 4.º) la uniformidad de los argumentos, que recuerda de veras la predicación apostólica; estas razones abonan nuestro juicio. Cfr. Jacquier, *o. c.* t. III, pp. 159-178 — Pirot, *o. c.* pp. 190-200.

2 *O. C.* col. 267. Cfr. Pirot, *o. c.* pp. 200-222.

3 y 4 Citados por el P. Prat, *o. c.*

CAPITULO TERCERO

Las Epístolas de S. Pablo

Ellas son el promontorio más avanzado donde podamos establecernos para sondear la niebla irisada que hurta a nuestras miradas los primeros tiempos de la fe.

P. L. Couchoud

I. Salvo las "Epístolas Pastorales", cuya autoridad defenderemos sumariamente, TODAS[1] LAS EPÍSTOLAS DE SAN PABLO SON HOY TENIDAS POR AUTÉNTICAS POR LOS HOMBRES COMPETENTES, juntamente con M. M. Harnack y Jülicher. Las negaciones de la escuela hipercrítica, tanto alemana como holandesa, ya no impresionan a nadie. Y sí, casualmente, se dirige un ataque contra la segunda carta a los Tesalonicenses o contra la circular dirigida a las iglesias de Asia, cuya metrópoli era Efeso, creyentes y racionalistas, lo declaran sin ambajes: ni la doctrina, ni el estilo, ni el léxico, ni las costumbres del gran Apóstol, dan motivo serio para ello.[2]

Este hecho nos dispensa de enumerar los testimonios de la Tradición y de indicar las pruebas que aporta la crítica interna. Bastará, por consiguiente, que nos fijemos en las conclusiones:

1.ª) *Estos documentos son contemporáneos de la edad apostólica,* puesto que las dos epístolas a los Tesalonicenses deben datar del año 51; las grandes epís-

1. *Ad Hebraeos* no interesa a nuestra demostración.
2 Prat, *La Theologie de S. Paul,* pp. 6, 7, 14, Jacquier, *Etudes de critique et de philologie du N. T.,* pp. 140 y ss., 181-184.

tolas (Corintios, Galatas, Romanos), del período 56-57; las epístolas de la cautividad (Colosenses, Efesinos, Filipenses, Filemon), de 61-62; las epístolas pastorales, finalmente, de los últimos tiempos de san Pablo, alrededor del año 66.[1]

2.ª) *Estos documentos son de un precio inestimable.* No solamente manifiestan las circunstancias exteriores y las necesidades de las iglesias que han motivado su envío y encargado su redacción, no solamente revelan sus creencias y sus prácticas en los principios, sino que forman en alguna manera la contraprueba de los Evangelios. Su dogmática presupone la vida de Jesucristo (I Cor. I 1-2, 22-24, XV 1-9, 1415, XI 23-26, Gal. II 20, III 1, III 1 IV 4. Philip 11 7-8); ella confirma las sentencias y la doctrina del Maestro (1 Cor. IV 23, VII 10, IX 14, XV 50. Rom. VIII 15-7, XII 14, XIII 8-10, XIV 17. Gal. IV 1-7, V 12); la trama sobre la cual se despliegan sus luminosos desenvolvimientos, es nada menos que la catequesis de Cefas y de Santiago, la primitiva tradición judía (Gal. I 18-19). Y este argumento gana mucho en valor, y viene a ser irrefragable, cuando se considera como todo ello brilla en ráfagas de luz, de súbito, y a merced de las circunstancias: "Se queda uno estupefacto, hace notar justamente el P. Prat a propósito de Philip. 11 6: "qui cum in forma Dei esset; habitu inventus ut homo... afirmación esplendorosa de la divinidad de Cristo en un contexto que por otra parte se limita a consideraciones morales — siéntese uno asombrado de hallar esta doctrina sublime emitida como de paso, en un

1 Prat. "Estas fechas han sido definitivamente confirmadas por una inscripción hallada en Delfos y publicada en 1905, por M. Emilio Bourguet, actualmente profesor en la Sorbona. El alcance de este documento en lo que mira a la cronología de la vida de san Pablo, ha sido ponderada en un principio por Ad.-J. Reinach, en 1907, en la *Revue des Etudes grecques,* p. 49, y reconocida después de él por los arqueólogos de todos los países". — "Las primeras (cartas de S. Pablo) son pues posteriores a la muerte de Cristo cerca de un cuarto de siglo: el tiempo que nos separa de la muerte de León XIII, del advenimiento de Pío X, del ministerio Combes, del final del régimen concordatario, del movimiento modernista". De Grandmaison.

trozo parenético, sin el secreto propósito de controversia, como si se tratara de un dogma vulgar, desde largo tiempo conocido y creído de todos, que basta recordar para sentar la base de una exhortación moral; hecho desconcertante en verdad y del todo inexplicable, si no se supone que la preexistencia de Cristo y la unión en su persona de la divinidad y de la humanidad formaban parte de la categoría apostólica y pertenecían a esos artículos elementales que ningún cristiano debía ignorar...[1]

II. Esta convincente demostración, la crítica racionalista no la aplica A LAS TRES CARTAS A TIMOTEO Y A TITO llamadas Pastorales;[2] después de haber negado su autenticidad en bloque, después de haber reconocido en estas epístolas algunas largas zonas auténticas, retorna progresivamente a la opinión tradicional.

Los autores católicos enumeran y desenvuelven las causas de este retorno: incertidumbre y contradicciones de los negadores mismos;[3] múltiples inverosimilitudes de un falsario y dificultades que suscita esta hipótesis; acuerdo de la más antigua tradición; relaciones naturales con las cartas admitidas sin discusión, sin señal alguna de imitación intencionada; diferencia de estas cartas con los escritos reconocidos apócrifos.[4]

Por lo demás, los radicales no insisten apenas hoy sobre la sola cuestión que nos interesa: la jerarquía desarrollada de las "Pastorales" se muestra allí en el estado más embrionario, si se la compara con la organización vigente desde el comienzo del siglo segundo,[5] y esto basta para nuestra demostración.

1 Lemonnyer. *Epitres de S. Paul,* t. II, pp. 116-117. Prat, *o. c.,* t. I, p. 455 ss.
2 "En una palabra, se puede afirmar, como lo hacía recientemente un autor anglicano, que estamos a punto de recobrar las Pastorales y que habíamos sido bien poco cuerdos al creerlas perdidas." Prat.
3 Cfr. Lemonnyer, *o. c.,* p. 121.
4 Cfr. Prat, *o. c.,* pp. 468-469.
5 En este caso, estas cartas, que se dice haber sido fabricadas para promover la jerarquía naciente, lejos de realizar un progreso, habrían marcado un regreso años y años atrás.

* * *

MERCED A LAS «EPISTOLAS DE SAN PABLO»
A LOS «HECHOS DE LOS APOSTOLES»
Y A LOS EVANGELIOS SINOPTICOS,
NOS HALLAMOS, PUES, HISTORICAMENTE BIEN DOCUMENTADOS
SOBRE JESUS, SU MISION Y SU PERSONALIDAD
CON DOCUMENTACION TAN ABUNDANTE Y SEGURA
POR LO MENOS, COMO SOBRE CUALQUIERA OTRA
GRAN FIGURA DEL MUNDO ANTIGUO

La Misión de Jesús

Jesús no es solamente un enviado del cielo,
un plenipotenciario divino;
es el legado de Dios por excelencia,
el Mesías o el Cristo.

CAPITULO PRIMERO

Jesús, fundador de la Iglesia católica es un enviado de Dios

Profecías y milagros verificados en los que reconocemos el valor de un prodigio porque no pueden ser explicados sin una intervención especial de Dios, autentican la legación divina de Jesús.

Que Jesús haya reivindicado el título y la función de legado, de plenipotenciario divino, el Evangelio lo testimonia en diversos lugares. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, el Maestro ordena a los apóstoles el enseñar a todas las naciones (Math. XXVIII 19-20). A él pertenece cumplir la promesa del Padre (Luc. XXIV, 49). El hombre que tiene fe en su palabra, se salvará; aquel que no cree. será condenado (Marc. XVI, 16): de donde Dios mismo regula su eterna sentencia según la actitud que cada uno adopta en relación con el mensaje y la promesa del heraldo de Nazareth.

Mas ¿Jesús estaba efectivamente acreditado por el cielo? Ahí tenemos el nudo del problema. Por cuanto el fundador de la Iglesia católica ha hecho patentes sus títulos, menester es examinarlos sin idea preconcebida. Y por cuanto todo se reduce a saber si las curaciones y las predicaciones que Cristo ha podido hacer tienen conexión con su pretendida misión, y si presentan, como se afirma, algún valor de señal sobrenatural, este estudio debe abarcar tres párrafos:

La Misión de Jesús

I. El hecho de los milagros y de las profecías;
II. Su conexión doctrinal;
III. Su interpretación.

EL HECHO

PRODIGIOS

Se les puede agrupar en tres clases, según que conciernen a los ESPÍRITUS, a los HOMBRES o a la NATURALEZA.

a) Empeñando la lucha con las potencias malas que tienen la misión de destruir, porque el reino de Dios no progresará sino en la medida en que ellas serán vencidas. Jesús, desde el comienzo de su predicación, exorcisa un poseso en Cafarnaum (Marc. I 21-28. Luc. IV 33-37). — Entre los Gadarenienses (Gerasenos), liberta a dos endemoniados que se ofrecían a su encuentro, tan furiosos que nadie osaba pasar por aquel camino (Matth. VIII 28-34; Marc. VI-20; Luc . VIII 26-39). — Un día después de la transfiguración, arroja un demonio que martizizaba a un pobre niño, y que magullaba a su víctima antes de abandonarla. (Marc. IX 13-28, Matth. XVII, 14-20. Luc. IX 37-43).

b) Una mujer aquejada de una pérdida de sangre desde doce años, recobra al solo contacto del vestido de Jesús, la salud que el hipnotismo, las pociones y penosas prácticas no le habían podido devolver. (Marc. V 24-34, Matth. IX 18-26, Luc. VIII 40-56).[1]

[1] "Es aún hoy una pesada costumbre de Oriente llamar al lado de los enfermos el mayor número posible de médicos. El resultado es que sus ordenaciones—con frecuencia contradictorias—hacen sufrir mucho al paciente, que se gasta mucho dinero (mas es ello un pundonor para la familia testimoniar así su estimación), y que la enfermedad empeora; tres resultados experimentados por la hemorroisa." Lagrange *in o. c.*

— Algunas palabras curan aquí a un paralítico al que habían hecho descender con su camilla a través del techo, hasta a los pies del Señor (Matth. IX 1-8, Marc. 11 1-12, Luc. V 17-26), y más allá, a distancia, el criado de un centurión (VII 1-10). — Una pura imposición de manos (Matth. IX 27-31, XX 29-34, Marc. X, 46-52, Luc. XVIII 35-43), una aplicación de saliva (Marc. VIII, 22-26) un medio que el Evangelio no especifica (Mathh. XII 22), devuelven la vista a seis ciegos uno de los cuales padecía de ceguera congénita. — En el curso de la misión galilea, después, durante el viaje hacia Jerusalén, once leprosos se ven curados de su enfermedad: su piel, corroída por las pústulas y recubierta de escamas, queda instantáneamente limpia y sana (Matth. VIII 1-4, Marc. I 40-50, Luc. V 12-16, XVII 12). — Y para rematar esa hilera de miserias humanas, he ahí al hijo de la viuda de Naim, que es llevado al cementerio, y la hija de Jairo que acaba de morir; el Cristo los llama y vuelven a la vida. (Luc. VII 2-17, VIII 40-56. Matth. IX, 18-26, Marc. V 21-43.

c) Ved esa higuera seca hasta las raíces; ayer aún estaba verde y frondosa, mas Cristo la ha maldecido. (Matth. XXI 18-19, Marc. XI 12-14, 20-22.) El manda de modo soberano, a la naturaleza.—En la llanura de Bethsaida, cinco panes y dos peces bendecidos por él alimentan a cinco mil hombres. (Matth. XIV, 13-21, Marc. VI 34-44, Luc. IX 10-17). — Otra vez, Pedro, obedeciendo a su Maestro va a buscar en la boca de un pez la moneda que piden los colectores del impuesto del Templo (Matth. XVII 24-27).—En alta mar, con ocasión de que el trabajo de noche, el más favorable por lo tanto, ha sido vano, un gesto y una palabra del Salvador aseguran a los apóstoles, ya amanecido, una pesca milagrosa (Luc. V 4-11).—Valerosos son los Doce, todos o casi todos marineros curtidos por el sol y por el aire. Si, pues, una tempestad les sobrecoge de angustia

y les mantiene temblorosos, ha de ser, pues, alarmante; basta con todo que Jesús amenace al viento y dé una orden a las olas, para que se apacigüen al momento. (Matth VIII 18-27, Marc. IV 35-41, Luc. VIII 22-25).

* * *

Lástima grande que no podamos continuar estableciendo hechos uno tras de otro, lo cual confunde en tan alto grado a los negadores de lo sobrenatural: "En ciertos casos, lo confiesa M. Harnack, es decir con respecto a los milagros concretos, queda siempre (para el racionalista) la incertidumbre".[1] Mas como es hora ya de probar directamente la divinidad de Cristo, y de terminar así sin rodeos la conclusión de nuestra obra, remitimos al lector a los extensos comentarios de los Sinópticos,[2] a la lectura de ciertos libros especiales,[3] y vamos a demostrar en sus líneas generales

LA HISTORICIDAD DE LOS MILAGROS EVANGELICOS

> Si las pruebas de la realidad de los milagros de Nuestro Señor no hubieran parecido enteramente satisfactorias a aquellos que disponían de los mejores medios para juzgarlos, la Iglesia Católica no habría vivido durante un solo año después de la crucifixión de Jesús.
>
> J. H. Bernard

PRUEBAS NEGATIVAS

1. Que no se sostenga a priori que "un relato sobrenatural no puede ser admitido como tal, que implica siempre credulidad o impostura.[4] No, ello sería resol-

1 *L'Essence du Christianisme.*
2 Lagrange. — *Evangile selon S. Marc., Evangile selon S. Luc., Evangile selon S. Matthieu.*
3 Fillion. — *Les Miracles de N. S. J. C.* — Jacquier, *Les Miracles évangéliques.*
4 Renán. — *Hist. des orig. du Christ,* I, p. XCVIII.

ver un problema de historia *por medios que nada tienen de históricos,* y he ahí ciertamente un procedimiento que no es racional.

Sin embargo, nuestros adversarios lo aceptan y lo ponen en práctica. Strauss lo ha reconocido. "Se halla frecuentemente, dice, en los escritos de los teólogos, librepensadores, la seguridad de que sus investigaciones reposan sobre un interés puramente histórico. ¡Respeto a la palabra de estos señores! Mas, por lo que a mí se refiere, veo lo que afirman como una cosa imposible; y si hasta el hecho era verdadero, sabría considerarlo como digno de elogio. Aquel que escribe sobre los monarcas de Nínive o sobre los Faraones egipcios, puede en verdad obedecer al puro interés histórico. Mas, el cristianismo es una fuerza tan viva, y la cuestión de saber cuáles son sus orígenes encierra en sí misma consecuencias tan decisivas para el presente más inmediato, que sería menester considerar como tocado de estupidez al investigador que no tuviera en el estudio de esta cuestión sino un interés histórico... No, esos sabios aludidos deben reconocer conmigo que nuestro propósito no está en reconstruir una historia pasada, sino en trabajar sin descanso para libertar al espíritu humano del yugo espiritual que le ha oprimido hasta aquí." [1] Y, más cerca de nosotros, M. Loisy, escribía hace quince años: "Para explicar a Jesús ante la razón, como para explicar cualquier personaje o fenómeno de la historia, una fórmula es indispensable que no puede ser puramente histórica, más que estará en relación con la filosofía particular de cada uno." [2]

2.—"¡Filosofía particular!" Palabra aparatosa, *simple expediente.* Entre las "filosofías particulares", altamente discutibles y discutidas de hecho y los principios generales de la filosofía humana, universal, que no rechazan lo sobrenatural y su intervención a título ex-

1 D. Strauss, *Vie de Jésus pour le peuple allemand,* pp. XIII-XIV, traducida por Fr. Godet, Intr. al N. T.
2 *Hibbert Journal,* abril, 1910.

cepcional en el determinismo de la naturaleza, media un abismo. Porque lo hemos probado ya,[1] se nos permitirá sin duda que no propongamos aquí sino un modesto apólogo.

En el seno de la tierra vivía un gnomo. Cuando un día salió de su escondrijo; a través de grietas y resquebrajaduras, encaramóse hasta la superficie del globo, para ver y consultar a los hombres que poseían, se le había dicho, un tesoro más digno de ser deseado que las piedras preciosas y los metales raros de lo que él mismo se enorgullecía: la Sabiduría. Muy honrados con su visita, los filósofos le hicieron sentarse en su escuela; fueron desarrollando inmensos enigmas, desenvolvieron silogismos bajo todas sus formas, hasta en la de sorites y epiqueremas, en número tal y tan bien que el cerebro del gnomo no dejó filtrarse en él sino un solo principio entre toda esa ostentación de ciencia, principio que le convendrá más meditarlo bajo la costra terrestre: todo lo que brilla no es oro. En el viaje de regreso, nuestro Cresus se repitió el aforismo, desde la primera palabra a la última y desde la última a la primera. Mas la memoria, oh, es corta. Una vez vióse de nuevo en sus dominios, a la vista de sus riquezas, el gnomo palideció. Esto que brilla no es oro, murmuró. Y con la serena majestad del sabio que se cree infalible, tomó los cascotes brillantes y los cuerpos fulgurantes, toda la alegría y prez de su vida, y con un franco ademán, los precipitó como cosa ilusoria en el fondo de un abismo de donde nadie los sacara a relucir más...

Ahora bien, con perdón sea dicho, los racionalistas se parecen mucho a este gnomo. Porque la crítica les enseña que todos los hechos milagrosos no son históricos y que la propensión de los hombres por lo maravilloso y su sujeción a numerosas causas de error deben volver nuestras averiguaciones atentas y severas,

1. *Los fundamentos de la fe; La Iglesia de Jesús.*

proclaman, con demasiada rigidez este apotegma, y a la larga, lo deforman: los hechos milagrosos no son históricos. M. Harnack mismo recrimina a semejantes sofistas. "¡Oh, siempre las maravillas y los relatos de milagros! Muchos son los críticos que con Strauss se han dejado espantar por ellos, escribe, hasta el punto de tomar pretexto de los mismos para negar en bloque la credibilidad de los evangelios. Mas la ciencia histórica ha hecho aún, durante la última generación, este gran progreso de aprender a tratar estos relatos con más inteligencia y simpatía: también puede ella reconocer un valor documental apreciable, hasta en los relatos de los milagros." [1]

¿Qué dirían por otra parte estos señores, de un creyente que razonara así: Existen verdaderos milagros, es ello un punto de doctrina cierto, luego todo lo que refieren las leyendas hagiográficas ha tenido cumplimiento? Se admiraría, dice el P. de Tonquédec, un salto tan vertiginoso del pensamiento, una caída tan completa en el absurdo. Sin embargo, esta posición, inversa de la que escribimos, le es exactamente simétrica.

3. Por lo demás, la opinión preconcebida de los críticos da lugar a chistosas contradicciones. Paulus, hoy tan olvidado, interpreta de una manera puramente natural los relatos maravillosos de los Sinópticos; los deforma: la marcha sobre las aguas viene a ser para él un paseo por las riberas del lago, y el lodo que sana al ciego de nacimiento es un colirio infalible. Renán y Loisy retienen lo que la "faith-healing" podría tal vez explicar. Harnack añade allí algunas curaciones de orden fisiológico; mas los tres rechazan juntamente los milagros cósmicos,[2] hasta cuando son como la multi-

1 *L'Essence du christianisme*, p. 37.

2 Si uno se atiene a los textos y a la crítica histórica, parece absolutamente arbitrario distinguir las curaciones de Jesús en dos categorías de las cuales una hubiera podido ser obrada por la sugestión y la fe, y que sería pues "histórica", y la otra, comprendiendo males incurables por tales medios, pertenecería a la leyenda. Todas estas curaciones, históricamente, descansan sobre el mismo plano; digo "histórica-

plicación de los panes cuya relación deriva de dos tradiciones paralelas, aún mejor atestiguados que las taumaturgias.[1]

Muchos racionalistas no admiten prodigio alguno. —Todos ellos no son sino mitos! sugieren unos, olvidando que es menester para la elaboración del mito un tiempo considerable y que la catequesis apostólica, esta trama de los Evangelios, se ha sucedido casi inmediatamente al ministerio y a la muerte de Jesucristo.— Adaptaciones del Antiguo Testamento! proponen otros. Mas puestos en vena de inventar, ¿por qué el genio judío no ha imaginado en provecho del Maestro prodigios que sobrepujasen a las obras de Elías, de Elíseo, de Daniel, simples precursores del Mesías?—Y que se nos explique, pues, sin milagros la fe de los discípulos, el encono de los adversarios. Con esta dificultad se estrellan también los defensores del simbolismo para quienes la barca dentro de la tempestad figura la Iglesia abandonada a la Providencia, la multiplicación de los panes muestra claramente cuál es la fuerza vital del cristianismo, y la curación de ciegos y de sordos parece no ser sino una invitación urgente a recibir la luz y la palabra de Dios...

A estos sabios, en desacuerdo, oponemos sólidas

Pruebas positivas

1. La crítica literaria muestra hasta qué punto los milagros hállanse tejidos en la trama de los Sinópti-

mente", es decir, si se juzga por los testimonios autorizados. Menester es pues, o bien admitir el bloque, o bien rechazar el bloque, porque es históricamente homogéneo. Si se le admite, es preciso renunciar a toda explicación científica, y no decir que las curaciones son menos creíbles que las resurrecciones de muertos y los milagros cósmicos; si se le rechaza, es necesario declarar, como ciertos radicales de otro tiempo, que todos los testimonios no valen nada. Esto fuera, hoy, ponerse en una postura muy comprometida frente por frente de la crítica histórica. Allo. *Les miracles de l'Evangile.*

1. "Juzgando de conformidad con los procedimientos de la crítica, confiesa un protestante liberal, M. Schmiedel, el ministerio de las curaciones descansa sobre un terreno histórico tan sólido como las partes mejor acreditadas de las enseñanzas del Salvador." *Encyclopedia biblica* de Cheyne Art. *Jésus.*

cos. Los primeros milagros, y especialmente los exorcismos, apoyan la predicación del reino. Los del segundo ciclo atraen a la multitud, ayudan a Jesús a hacer entre ella una selección, porque van encaminados a enseñar (Marc. VIII 13-21). Los últimos preparan la manifestación mesiánica. Entresacadlos, y no tendréis de los Evangelios sino jirones incoherentes.

Mas ¿por qué entresacarlos? Su marca histórica es muy señalada.. Mateo, el testigo ocular, Marcos, el intérprete de Cefas, Lucas, tan cuidadoso de la verdad, los refieren con tanta gravedad como los otros hechos y dichos del Señor, y a pesar de la divergencia de algunos pormenores que manifiestan la independencia de las fuentes consultadas, están de común acuerdo en todos los rasgos esenciales.

Nada se percibe en ellos de ficticio. Jesús no levanta como Wistaspa, un magnífico palacio en la cima de un árbol; no pone en su alforja, a ejemplo de Buda, un dragón arrojando llamas; no manda emprender el vuelo a los pájaros de arcilla, tal como nos lo narran los apócrifos: no, lo sobrenatural de los Sinópticos respira nobleza y sobriedad.

2. La Crítica Textual refuerza aún estos argumentos. Seis milagros se hallan referidos por dos evangelios, diez y seis por tres evangelistas, ¿quién lo diría? "en lugar de surgir aquí y allí, a la manera de bloques erráticos, depositados por un alud geológico reciente en la superficie de los relatos, *los prodigios más inauditos, los más "imposibles"*, saturan igualmente la doble, la triple sinopsis.[1] Tan alto como pueda uno remontarse, por conjetura, en las tradiciones subyacentes a las narraciones, se les halla, tal como figuran en estos frag-

1 Se ha pretendido alguna vez en el campo racionalista que lo que se llama el núcleo primitivo de los evangelios no habría contenido milagro alguno. Mas un protestante liberal, M. Heitmüller, lo reconoce: "el más antiguo de nuestros evangelios, el de Marcos, es—abstracción hecha de la permanencia en Jerusalén y del relato de la Pasión—poco más o menos una larga serie de relatos de curaciones y de otros hechos maravillosos, interrumpidos solamente aquí y allí por discursos de Jesús"

mentos de los "Hechos de los Apóstoles" escritos en la primera persona (Wirstücke), en donde todos los críticos reconocen trozos de un diario de viaje redactado por testigo ocular. Las distinciones racionalistas entre milagros y milagros no tienen, pues, fundamento alguno en la historia." [1]

3. Finalmente, LA CRÍTICA PSICOLÓGICA viene a confirmar estas pruebas. Si se vacía el Evangelio de su contenido milagroso o si se reducen los prodigios a las proporciones de simples hechos naturales, al punto la aureola de Jesús palidece y se extingue. Jesús se había presentado como Mesías e hijo de Dios; más, desde el punto de vista judío la crucifixión ha desmentido sus pretensiones. El triunfo del Sanedrín le imprime para siempre una odiosa marchitez. He aquí que de su obra, no quedan más que ilusiones perdidas y quimeras desvanecidas—¿y se quiere que este hombre haya provocado la *fe de los Apóstoles* (Matth., XIV 33), una fe que a no tardar despreciará las amenazas, afrontará los suplicios y desafiará a la muerte? Y había atraído, cautivado a las multitudes, solamente por su doctrina austera? (Matth. IX 25, Luc. IV 40).[2] Y ¿cómo sus enemigos

1 De Grandmaison, *o. c.*, col. 1448-1449.

2 Las multitudes son crédulas: ¿no han ellas creído en los "milagros" de Esculapio y de Apolonio de Tiana, de Buda y de Mahoma? Perfectamente. Solamente que esa comparación no se tiene en pie.

1.°) Una cosa es admitir lo que se rumorea, y otra imaginarse que uno ve con sus ojos verdaderos ciegos que recobran la vista, verdaderos paralíticos que se levantan y emprenden la marcha, verdaderos muertos que vuelven a la vida, y esto no una o dos veces, sino casi habitualmente; porque los Sinópticos, los Hechos, las Epístolas de S. Pablo (Rom. XV, 19) lo establecen sin dificultad: los primeros cristianos vivían en una atmósfera de milagros, milagros concretos, terrestres, públicos y de fácil comprobación. No les bastaba pues ser crédulos; debían, para adquirir una tal persuasión, sufrir aún la más profunda de las ilusiones colectivas. (Cfr. Allo, *o. c.*, p. 23.)

2.°) La crítica atribuye a nuestros libros santos un valor de historicidad que no reconoce a los documentos que relatan los hechos maravillosos del paganismo. En efecto, lo hemos demostrado cumplidamente en el tomo primero de esta obra: "La Iglesia de Jesús": los ex-votos de Epidauro, la vida de Apolonio de Tiana, la leyenda de Buda, los fastos islámicos, contienen más historias que no historia. Y si otros "prodigios" son referidos por historiadores verídicos, como las curaciones que habría hecho el emperador Vespasiano, dependen de una explicación natural. (Véase Tácito, "Annal." IV, 81.)

Así, el método comparativo, dispuesto con imparcialidad, viene a dar en una conclusión apologética.

mismos han podido creer en su poder de taumaturgo (Matth. XII 38, XIV 1-2)? ¿por qué no se levantan contra la imprudente afirmación de Pedro: "Dios ha rendido testimonio delante de vosotros a favor de Jesús de Nazaret por medio de milagros, de prodigios y de señales, los ha obrado por medio de él en medio de vosotros, como lo sabéis"? (Act. II 22).—Nadie intentó contradecirlo.

* * *

Los hechos milagrosos están, pues, históricamente establecidos y, no menos, vamos a probarlo, ciertas palabras proféticas de Cristo, de las cuales unas conciernen a su propia persona, las otras, a su reino, muchas, a la gran catástrofe hierosolimitana.

PROFECIAS

a) Durante su ministerio galileo, el Maestro había dejado deslizar en sus discursos una alusión a los DÍAS SOMBRÍOS que vendrían sobre él como habían venido ya para los discípulos del Bautista (Matth. IX, 15, Marc. II, 19-20, Luc. V. 34-35). Mas después de la confesión de Cesarea, ahora que sus discípulos le conocen y saben lo que él es, se expresa abiertamente. "Es menester que el Hijo del hombre sufra mucho y que sea *rechazado por los ancianos,* por los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que sea *sentenciado a muerte,* y que *resucite* al tercer día." (Matth. XVI 21, VIII, 31, Luc. IX, 22). Jesús renueva este anuncio, descendiendo del Tabor (Matth., XVII 9, Marc. IX, 9-14, 30-32). Lo repite a los doce, una tercera vez, "sobre las laderas abarrancadas en las moles de caliza blanca, que se extienden desde el río a (Jericó) la ciudad de las palmeras";[1] mas añade que los jefes religiosos *le entregarán a los paganos, le ultrajarán, le escupirán al rostro y le flagelarán.* Y todo esto ¿con qué designio? A fin de que sirva de *rescate.* (Matth, XX 17-19, 22, 28,

1 Rose *in o. c.*

Marc. X, 32-35, 38, 45). Bien pronto insinúa que el sepulcro recibirá su cuerpo que no habrá tenido otra *unción* que la de la Magdalena. Judas va a traicionarle, y Pedro *a negarle* antes del alba (Marc. XIV, 6-9, 17-26, 27-32. Matth. XXVI 12-23-25, Luc. XXII, 21-23, 34).

b) Con respecto al REINO, Cristo profetiza su *extensión progresiva*: "acontece con él como un hombre que echa la simiente en la tierra. Duerme y se levanta, y la simiente germina y crece sin que sepa cómo" (Marc. IV 26-34, Matth XIII 31, 32, Luc. XIII 18-19). Grano de mostaza, subirá, dará ramas y su follaje se extenderá *hasta los confines del mundo* (Matth. XXVIII 19. Luc. XXIV 47). Mas antes, es menester que el pueblo judío sea repudiado y herido de un castigo terrible. Por no haber venido al festín de las bodas, este invitado de predilección, verá su ciudad entregada a las llamas por los soldados del rey y él mismo será arrojado lejos. (Matth. XXII 7-8, Marc. XII 1-12). Entonces, patria inmensa de almas... en modo alguno secta esotérica abierta sólo a algunos iniciados, u orden o congregación reclutada entre una selección, el *reino* abrazará buenos y malos, fieles e impíos". (Matth. XIII 24-30, 47-49). Esta amplitud de acogida le valdrá *hartas pruebas*, los falsos profetas adentro, y afuera las persecuciones violentas o solapadas. (Matth. VII 15, 21-24, X 16-18, XXIV 9-22, Marc XIII 9-13, Luc. XXI 12-13, XIII 11-19). Confianza sin embargo. *La presencia misteriosa y personal de Jesús* entre los que le invocan, *su supervivencia mística* en hombres investidos de su autoridad y participando de su poder de enseñar y perdonar, he ahí lo que garantiza el feliz éxito decisivo (Luc. X, 16, Matth. X, 40, XVIII 18): "hay un gran placer, decía Pascal, hallarse en un bajel batido por el temporal, cuando se está seguro de que no naufragará. Las persecuciones que trabajan a la Iglesia son de esta naturaleza." *No, las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* (Matth. XVI; 18). Satán se complacerá en reclamar a los discípulos a fin de que sean pasados por

el cedazo como el trigo. "Simón, Simón ...yo he rogado por ti, con el objeto de que tu fe no desfallezca; y tú, cuando te habrás convertido, fortalece a tus hermanos." (Luc. XXII, 31-33).

c) He ahí finalmente el anuncio del CATACLISMO DEL AÑO 70. El miércoles antes de la Pasión, los Apóstoles se extasiaban delante de la fachada exterior del *templo,* "enteramente cubierto de láminas de oro tan espesas que, desde que el día empezaba a clarear, relumbraba como si fuera los rayos mismos del sol"; y admiraban ellos también sin duda los lados del edificio, "tan blancos, que aquella soberbia masa parecía de lejos, a los extranjeros que no la habían visto aún, una montaña cubierta de nieve."—"Maestro, mira... exclama uno de ellos. ¡Qué piedras y que fábrica!" Y Cristo le dió por respuesta: "¿Ves esas magníficas construcciones? No quedará piedra sobre piedra". (Matth. XXIV 1-2, Marc. XIII, 1-2). Los Doce, estupefactos, ansían pormenores: "Maestro, ¿cuándo sucederá eso?" Entonces Jesús enumera las *señales predecesoras* de la gran catástrofe. Muchos falsos Mesías seducirán a las gentes. (Matth. v. 5; Marc. v. 6; Luc. v. 8). Las guerras desolarán la Palestina y las inmediaciones, con temblores de tierra, la peste y el hambre (Matth. v. 7; Marc. v. 8; Luc. vv. 10-11). Se desencadenará una persecución contra los fieles. (Matth. vv. 9-10, Marc. vv. 9-12, Luc. v. 12). Después vendrá el fin. Las banderas romanas serán paseadas por el Templo, y allí los soldados ofrecerán sacrificios a las efigies de los emperadores. Los judíos caerán en masa al filo de la espada: mientras que otros, hechos prisioneros, irán a aumentar los mercados de esclavos. La ciudad santa sufrirá durante un tiempo la dominación de los gentiles. (Matth. vv. 15-20, Marc. vv. 14-18, 20-24.)

Así hablan los textos, pero

LA HISTORICIDAD DE LAS PROFECIAS

que estos textos comportan, los racionalistas no quieren, sin embargo, resolverse a admitirla.

Aquí también se trata en primer término de

PRUEBAS NEGATIVAS

1. Fundadas como las que se oponen al milagro, en un PREJUICIO DE ORDEN FILOSÓFICO: no hay, dicen, no puede haber percepción de acontecimientos futuros porque ella supone una comunicación divina hecha al hombre, y Dios no revela nunca nada. Si, pues, los sinópticos ponen en boca de Jesús predicciones con respecto a su pasión y a su muerte, es que cuentan la historia en modo futuro, es que han calcado sus relatos sobre hechos ya transcurridos.

No tenemos por qué detenernos en refutar este sofisma por lo mismo que se inspira en una filosofía falsa.[1]

2. Mas examinemos las RAZONES LITERARIAS en virtud de las cuales M. Loisy lo ha sostenido de nuevo. Según él, Marcos, queriendo responder a las preocupaciones de las primeras generaciones cristianas, ha buscado y hallado soluciones en las teorías de su maestro san Pablo sobre la muerte expiatoria y redentora de Cristo; después, esos pensamientos paulinianos, los ha atribuído libremente a Jesús, prestándole así el conocimiento del porvenir.[2] Sin desconfianza alguna, Mateo y Lucas le han después copiado.

¡Qué serie de hipótesis! Marcos sería el primer evangelista y los otros dependerían de él; Marcos tendría el alma muy pérfida, porque un escritor honrado no inventa las piezas, no interpola declaraciones tendenciosas. Marcos llevaría hasta el fanatismo el culto de san Pablo;

1. Pablo Buysse, *Los fundamentos de la Fe.*
2. Argumento particular — Comparad Marc. X 45 con I Tim. II 5-6. Este último texto es de una bella grecidad; el evangelista escribe una lengua mediocre: no ha pues copiado al Apóstol sino traducido literalmente el prototipo arameo, el logion pronunciado por Jesús.

mas, además de que su paulinismo se reduce a la copia de ciertas fórmulas felizmente traducidas en griego por el apóstol,[1] éste debe a los Doce, a su tradición, a la catequesis primitiva—lo declara él expresamente (I Cor. XV 1-12),—sus enseñanzas sobre la muerte expiatoria y redentora de Jesús, y la predica de conformidad con Cefas, Santiago y el colegio apostólico todo entero.— Esto fuera suponer en el Evangelista una habilidad que no tiene.

Pruebas positivas

1. Por una parte, al redactar las predicciones que conciernen a los SUFRIMIENTOS Y A LA MUERTE DE CRISTO, a un falsario no se le hubiera ocurrido, nos parece, inventar la tristeza y el espanto de la caravana camino de Jerusalén. (Marc. X, 32), ni la admirable lección del renunciamiento a sí mismo; de la humildad, del sacrificio que llega hasta tomar la cruz en seguimiento del Maestro (VIII, 34-39), ni mucho menos aún lo protestación contra el amor demasiado humano de Pedro: Vade retro, Satana. (VIII 33). Por otra parte, "tres anuncios acompañados de un mismo contexto, de una redacción idéntica, uniformemente datados y situados, en tres evangelios tan libres de andares, y discordantes por otra parte"[2] ¿no son ellos mismos excelentes criterios internos de autenticidad?

2. Ahora bien, esta concordancia comprende igualmente a las predicciones de Cristo concernientes AL REINO—, en primer término, las profecías universalistas de las que nuestra discusión de Matth. XXVIII 18-20 garantiza uno de los textos principales—y aquellas del tercer grupo que presagian y describen LA RUINA DE JERUSALÉN.

Si Marcos (XII 41 a XIII), Mateo (XXIV) y Lucas

1 Véase nuestro estudio acerca de los Sinópticos.
2 Rose.

(XXI) las expresan con la intensidad más dramática; las palabras del Salvador a las mujeres de la ciudad santa (Luc. XXIII 28-31), su llanto sobre esta ciudad infiel (Matth. XXIII, 35-38), la parábola de los viñadores homicidas (XXI, 33-34), las de las invitaciones rehusadas, del árbol infructuoso y de los vasallos en rebeldía (Luc. XIV 16-2, XIX, 12-27) las manifiestan también, de tal suerte que los sinópticos se hallan por decirlo así saturados de aquellos presagios, y *quedarían reducidos a polvo y se desparramarían a todos los vientos* si se intentaba arrancarles los anuncios del cataclismo nacional.

Pero, si es así, ¿no es cierto que se explican perfectamente el discurso de Esteban que profetizaba la destrucción del Templo (Act. VI 14), y la huída de los cristianos a Pella, al otro lado del Jordán, desde el año 67, en las proximidades del sitio? [1]

El argumento es perentorio. Constriñe a los Weiss,[2] a los Wendt, a los O. Holtzmann, a los Verne, a los Stapfer, a los Wernle, a los Welhausen, a los Schmiedel, a todo el estado mayor racionalista, a la confesión que las predicciones de Cristo sobre la suerte de Jerusalén son, globalmente, auténticas; y M. Loisy mismo les concede "un punto de partida" en las enseñanzas del Salvador.

* * *

Los hechos ya sentados, nos es menester probar en segundo lugar que guardan un estrecho lazo con la persona, la doctrina y la misión de Jesús.

1 Eusebio H. E. III V. S. Epifanio, *Hær.* XXIV, 7.

2 Toda duda acerca de la autenticidad de esta declaración profética debe de ser descartada... Si Marcos ha escrito después de la ruina de Jerusalén, ¿cómo la profecía que refiere no contiene absolutamente nada que refleje el acontecimiento verificado, porque en realidad el templo ha sido destruído por el fuego y no por mano de hombre?" *Das Leben Jesu,* 1902, II, p. 439.

II

LA CONEXION DOCTRINAL

Que Cristo haya querido realizar sus

MILAGROS

como señales que autenticarían sus pretensiones de enviado de Dios entre los hombres, el Evangelio lo demuestra sin dificultad.

1. Las declaraciones de Jesús son formales sobre este punto. "¿Sois vos aquél que debe venir o debemos esperar otro?" le preguntan los discípulos del Bautista. En aquellos momentos, curaba un gran número de personas afligidas por la falta de salud, por las enfermedades o los espíritus malignos, realiza la obra mesiánica tal como la describió el profeta (Is. XXX, 5-6, LXI, 1). Luego responde a los enviados: "Id, referid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. ¡Dichoso aquél que no se escandaliza de mí!" (Luc., VII, 20-23; Cfr. Matth., XI, 2-6.) [1]

Más tarde, "con el objeto de que sepáis que el Hijo del hombre tiene, sobre la tierra, el poder de remitir los pecados: yo te lo mando (dice al paralítico), levántate, toma tu lecho y ve a tu casa". (Marc., II, 9-10; Matth., IX, 1-8; Luc., V, 17-26). En dos ocasiones con la mira de mostrar que puede interpretar las leyes del

1 "Juan conocía los milagros de Jesús, y Jesús le remite a los milagros. ¿Dónde está la fuerza del argumento? En la opinión de entonces—a juzgar por los apócrifos y el rabinismo posterior—el don de los milagros no era en sí mismo uno de los caracteres del Mesías. Juan podía, pues, pensar que Jesús no asumía o tomaba el oficio y la función. Mas Jesús invita a Juan a reflexionar ahí agrupándolos en términos que recuerdan las profecías mesiánicas. Cumplía pues, por lo menos en parte, el oficio de Mesías; no tenía sino que atenerse a él para lo demás." Lagrange, *in o. c.*

Señor, cura, un día de sábado, ya a una mujer poseída, ya a un hombre hidrópico (Luc., XIII, 10-17; XIV, 1-6). — Y porque Cafarnaún, Bethsaida y Corizain no comprenden la significación de sus milagros, les amenaza, les maldice (Matth., XI, 21-23; Luc., 13-15).[1]

2. Muchos observan, sin embargo, que existe una conexión entre los prodigios de Jesús y la misión que reivindica. Aquellos que le ven libertar por vez primera a un poseso, se sienten enteramente poseídos de estupor y se preguntan unos a otros: "¿Quién es éste? ¿Qué nueva doctrina es esta? ¡Manda con imperio hasta a los espíritus impuros y éstos le obedecen! Y su nombradía se esparce luego por toda la Galilea y sus alrededores" (Marc., I, 27; Luc., IV, 33-37). A la vista del tullido que se levantó curado, la multitud glorifica a Dios que da un tal poder a los hombres (Matth., IX, 8; Marc., II, 12; Luc., V, 26). Cuando su Maestro apacigua la tempestad, los discípulos se prosternan delante de él y le llaman Hijo de Dios (Matth., XIV, 33). Finalmente, léase una y otra vez la catequesis apostólica: invoca el milagro, y lo propone a las almas de buena voluntad como un argumento perentorio (Act., I, 22; II, 32-37; I Cor, XV, 14-18).

En cuanto a las

PROFECIAS

es cierto que tienen para nosotros una *relación evidente* con la doctrina y la persona de Cristo, puesto que unas sirven admirablemente para dar al Mesías su fisonomía verdadera, otras determinan el valor de su obra, el establecimiento de su Iglesia en el universo entero, la condición de sus fieles entre los hombres o aún el triunfo futuro del cristianismo, y las que pertenecen al tercer grupo muestran con qué castigos Dios puede herir la resistencia al mensaje evangélico.

1 "La predicción llegó a verificarse tan bien que los arqueólogos de hoy en dia no están concordes en identificar, no digo sus ruinas ("etiam periere ruinæ"), sino hasta su emplazamiento preciso." Durand *in o. c.*

Todas son, por otra parte, un *criterium* que, mejor que el milagro, permite a los contemporáneos pronunciarse sobre las pretensiones inauditas del Maestro Galileo. Si los videntes de Israel empezaban por estas palabras: He aquí lo que Dios ha dicho, él, osa hablar en su nombre personal: *ego autem dico vobis*: y tal es su convicción de traer al problema religioso una solución definitiva que llega hasta ponerlas sobre el cielo y la tierra: estos pasarán, mas sus propias palabras, durarán eternamente. (Marc. XIII 31, Matth. XXIV 35, Luc. XXI 33).

También nos urge interpretar esas predicciones y esos prodigios a los cuales Cristo atribuía el valor de una señal,[1] e indicar finalmente su significado preciso.

III

LA SIGNIFICACION

En primer lugar,

LOS MILAGROS

del Evangelio pueden atribuirse a las fuerzas de la naturaleza?

A.) Después del estudio que hemos hecho de los acontecimientos de Lourdes, no se trata ya en esta demostración global de las FUERZAS DESCONOCIDAS que Jesús habría puesto en juego según su beneplácito, y

1 "En efecto, el Cristo que no parece nunca haberse desasosegado por las objeciones que suscitaba su calidad de Galileo con relación al cumplimiento de las profecías (Matth. XII 38, XVI 4, Luc. XI 16), el que por otra parte rehusó siempre resueltamente obrar milagros, a pesar de la insistencia de los detractores, que reclamaban una señal en el cielo, el mismo Jesús pone un cuidado celoso en vindicar sus milagros de las insinuaciones especiosas de los Fariseos rencorosos y formalistas..." Tual. *Jésus-Christ son propre apologiste,* p. 104. Cfr. Matth. XII 9-14, 22-28, Marc. III 1-6, 22-30, Luc. VI 6-11, XI 17-20, XIII 10-17, XIV 1-6.)

frecuentemente en medio de las circunstancias más diferentes y de una manera instantánea.[1]

B.) Se trata, pues, de los PROCEDIMIENTOS TERAPÉUTICOS. *Mas no se cuenten entre éstos algunos granos de polvo mojado con saliva ni un rápido toque,* los solos remedios que se hallan en manos del Maestro; y de golpe los racionalistas nos ponen delante uno de las famosas papeleras donde se echan los documentos que no pueden clasificarse: la histeria, cuando se habla de psiquiatría, y la sugestión si se trata de una curación maravillosa. Dice así Renán: "La medicina científica fundada después de cinco siglos en Grecia era, en la época de Jesús, poco menos que desconocida de los Judíos de Palestina. En tal estado de conocimientos, la presencia de un hombre superior tratando al enfermo con dulzura, y dándole, con algunas señales visibles, la seguridad de su restablecimiento, es frecuentemente un remedio decisivo. ¿Quién osaría decir que en muchos casos, y fuera de lesiones enteramente caracterizadas, el contacto de una persona exquisita no vale tanto como los recursos de la farmacia? Con el placer de verla sana, ella da lo que puede, una sonrisa, una esperanza, y esto no es en vano." [2] Influencia moral del taumaturgo, dicen unos; la fe que sana, dicen otros—en una palabra, sugestión bien sea recibida de fuera, bien alimentada en el fondo de sí mismo, hetero o auto-sugestión.

Ahora bien, 1.º) *las condiciones ensenciales que los psicoterapeutas reclaman para el tratamiento hetero-su-*

1 Los elementos de este estudio hacen fácil, a quien quiere emprenderle, una triple demostración: 1.º) Es inverosímil que el Cristo de los racionalistas—puro hombre—haya conocido esas energías que son cosa ignorada hasta hoy, y sobre todo que haya podido disponer de ellas a su manera. 2.º) Una inducción fundamentada en millares de hechos, bajo todos los cielos, en todos los tiempos, demuestra que ciertas fuerzas o ciertas inercias que Jesús ha contrapesado, detenido, desbaratado, son naturalmente irreversibles: una tempestad no se calma instantáneamente, las olas no sostienen la marcha de un hombre, un muerto no resucita según mandato que se dé, la voz humana no multiplica las substancias materiales ni mata tampoco el bacilo de la lepra, etc. 3.º) Las fuerzas naturales desconocidas capaces, en una ocasión, de contradecir las leyes que nuestros sabios han establecido, son meras entidades verbales: Verba et voces praetereaque nihil.—Cfr. *La Iglesia de Jesús.*

2 Renán, *Vie de Jésus,* 30.ª ed., 270-287.

gesivo, no se hallan en el Evangelio. Muchas curaciones tienen lugar lejos del taumaturgo,—el siervo del centurión. (Matth. VIII 5-13, Luc. VII 1-10), la hija de la Cananea. (Marc. VII 24-30),—y aquí notemos que el aserto del Dr. Grasset es formal: "un sujeto que no ve ni oye a su magnetizador, que no está en comunicación con él por alguna vía sensorial natural... no puede ser ni adormecido ni sugestionado". Cuando el enfermo se halla en presencia de Cristo, se despierta su fe religiosa antes que la confianza de ser curado; y jamás no crea ese estado de receptividad" que los hombres competentes—les hemos visto en la aplicación de sus métodos—determinan con una incansable perseverancia antes de inculcar las ideas curativas.[1] Y sabemos, por otra parte, que Jesús provoca el acto de fe solamente después del milagro o lo pide a los parientes, a los amigos, a los allegados del paciente. (Matth. VIII 5-13, XV 21-28. Marc. VII 24-30, Luc. VIII 1-10, V 17-33); frecuentemente hasta ni hace alusión alguna. (Matth. VIII 3-4. Luc. XVII 11-19. Marc. VII 31-37, VIII 22-26, X 46-52).

Asimismo, la AUTO-SUGESTIÓN,[2] no cura la lepra ni la ceguera fisiológica,[3] y menos aún apacigua las olas revueltas ni multiplica los panes, ni hace que las redes no se rompan al peso de los peces cogidos. Es decir, en

1 Cfr. Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús.*

2 Se objeta alguna vez, como prueba de que Cristo no curaba sino los autosugestionados, un pasaje de S. Marcos, VI 5-6: "(En Nazaret) no pudo hacer milagro alguno... Se admiró de su incredulidad". Mas el texto paralelo dice menos: "No hizo muchos milagros en este lugar, a causa de su incredulidad" (Matth. XIII 58). Nada hay ahí que deba turbarnos. La fe no podría ser una causa de curación, del modo que nuestro estudio lo demuestra (*La Iglesia de Jesús,* pp. 269-270); es ella simplemente una condición reclamada por el Maestro quien para dar cumplimiento a su obra espiritual, toda moral, exige una preparación del mismo orden. S. Juan (II 23-25) lo escribe netamente: "Muchos creyeron en él viendo los milagros que hacía. El, al contrario, no tenía fe en ellos, porque les conocía a todos, y porque no tenía necesidad de que se le rindiera testimonio con relación al hombre: porque El, sabía lo que había en el hombre", no hallaba ahí siempre disposiciones suficientes.

3 Acerca de la lepra y de la ceguera, consúltese Lagrange, *Ev. selon S. Marc.,* p. 27 y p. 268; el mismo autor comenta sabiamente los milagros cósmicos (pp. 119-221, 158-164, 191-194). Cfr. los comentarios de Rose, Durand, Huby, y la *Vida de N. S.* por Fillion.

el peor caso, quedan en el activo de Jesús sobrado número de milagros para legitimar su título de mensajero divino. Mas, ¿a qué distinguir? El "Hibbert Journal" descorazona a los partidarios de una selección. "Si hay, dice, para una porción de espíritus modernos, grandes dificultades filosóficas en admitir los milagros evangélicos tales como nos son referidos, y si hay, por otra parte, dificultades críticas enormes en rechazarlos en bloque, los sabios que distinguen, y admiten solamente las curaciones por sugestión no resuelven nada y asumen por su cuenta las dificultades de las dos posiciones." [1]

Después, 2.º) *a priori, la hipótesis de los racionalistas parece inadmisible*. La Palestina no era un Instituto Mental, ni un país de histéricos y neuróticos. Aún si se sostenía esta opinión, sería menester atribuir a Jesús una facultad milagrosa de diagnóstico.[2] Si no quería incurrir en desaciertos que habrían desacreditado su misión, debía discernir las enfermedades susceptibles de experimentar su influencia personal, de su acento autoritario, para no ejercer su poder sino con golpe certero. Su seguridad intrépida y el perseverante entusiasmo de las multitudes garantizan que salió airoso.[3] Pero también esta intuición infalible participa del prodigio, y menester es explicarla; exactamente como ocurre con los milagros, nos coloca ante lo sobrenatural.

1. "Creo yo para que halle manera de efectuarse que es menester a la "faith-healing" sujetos especiales y enfermedades especiales, de aquellas que son justificables por la influencia que el espíritu posee sobre el cuerpo." Dr. Charcot. *La foi qui guérit*, p. 37. Cfr. Pablo Buysse. *La Iglesia de Jesús*, p. 229. R. J. Ryle. *The neurotic theory of the miracles of herling*, n.º de abril 1909. Citado por el R. P. Allo.

2 "El tratamiento sugestivo permanece muy frecuentemente impotente... sobre todo cuando la afección es muy antigua y el sistema nervioso ha contraído el hábito invencible." Dr. Bernheim, *Hypnotisme, suggestion*, p. 393. Cfr. *La Iglesia de Jesús*.

3 "...menester es decirlo bien, los resultados obtenidos son pasajeros; la sugestión puede restaurar la función, en tanto que la lesión no la ha definitivamente abolida, en tanto que la turbación de esta función no es sino una turbación orgánica yendo más allá del campo de la lesión; la sugestión no traba la evolución orgánica de la enfermedad; muy frecuentemente no produce sino un mejoramiento transitorio... y un momento llega en que la sugestión no puede ya nada." Ibid.

C.) a) Queda una hipótesis de la cual hemos de hablar, aunque con repugnancia: la de la superchería. Mas Jesús obra sin aparatosidad; ahoga el clamoreo de sus obras;[1] propónese por doquiera manifestar más su bondad que no su poder. Ahora bien, los orgullosos y los engañadores siguen una conducta completamente opuesta.

b) No obstante, insisten los adversarios, si Cristo no ha tal vez enseñado, ha por lo menos tolerado el error que atribuye a seres sobrehumanos y espirituales ciertos estados patológicos en los cuales la gran historia juega un papel considerable bajo las formas más variadas; ha osado hablar y proceder[2] como si allí hubieren POSESIONES DIABÓLICAS.

Pruébese antes que ellas no existen, con *Lucas el médico* el cual las distingue cuidadosamente de las enfermedades naturales (IV 40-41, VI 18, VIII 22, XIII 32, Actas V 16, XIX 12). Y si se recusa esta autoridad sin patente, de Bernheim o de Charcot, que se responda a esta cuestión: ¿cuál es la enfermedad que en el momento en que va a desaparecer, arroja violentamente en el suelo, como si fuera un muerto, al que había sido durante largo tiempo torturado y cuya crisis espantosa obedece inmediatamente a una presión de la mano? "Jesús, refiere Marcos (IX 25), hace levantar al joven y éste se mantuvo en pie". Los ataques nerviosos y de histeria pronunciada que habemos podido observar, terminan, por el contrario, con la postración de las fuerzas.

1 Quiere de esa suerte contener un entusiasmo que sobreexcitaba las aspiraciones de los Judíos a un mesianismo muy rastrero, carnal y glorioso. Todavía, los testimonios podrán hablar en tiempo oportuno. (Marc. IV, 22.)

2 "En lugar de los métodos entonces aprobados, frecuentemente muy discutibles, siempre lentos, complicados y precarios, Jesús usa de procedimientos sumarios y soberanos... Por la sencillez, por la eficacia, por el imperio, que atestiguan en ese dominio confuso y misterioso en que una fuerza inteligente pone en jaque los esfuerzos humanos, los procedimientos del Maestro no difieren menos de los exorcismos a la sazón en uso que su manera de curar los otros males, no difería de la terapéutica habitual." De Grandmaison, *o. c.*, col. 1.465. Cfr. Lagrange, *Ev. selon S. Luc.*, pp. 251, n. 39-257.

—c) Mas, dicen aún los racionalistas, salvo una discreta protesta (Matth. IX 24), Cristo ha permitido que se acreditara su PODER DE RESUCITAR A LOS MUERTOS; y ello no es leal, puesto que sabía sin duda que la hija de Jairo y el hijo de la viuda, en Naím eran casos de simples catalepsias...[1]

¿Será que la suerte nos favorece? En el corto espacio de tiempo de la historia evangélica y apostólica, se halla cinco veces — (Luc. VII 11-17, Matth. IX 18-19, Juan XI 1-46, Hechos IX 36-42 y XX 6-12)—esta mismo circunstancia, ese mismo *lance inverosimil* de un letargo que, habiendo permanecido ignorado de todos aquellos que se habían ocupado del paciente, cede a la primera palabra del enviado divino y da lugar a creer en una verdadera resurrección![2] ¡Oh! la *ciencia médica* humilla nuestra vanidad despierta a todos los vientos. "Aún en el letargo más completo, escribe el Dr. Knur, el corazón late aún, aunque muy débilmente; la respiración continúa, aunque de una manera muy ligera; la rigidez de los miembros puede simular la de la muerte, pero faltan la humedad y la frialdad del cuerpo. Además, en la mayor parte de los casos, indicios aislados de vida son perceptibles por los circunstantes: el abrir y cerrar de los párpados, el cambio de dirección de la vista, etc... Debemos hacer notar finalmente que un letargo completo no se desarrolla sino gradualmente." Y el sabio autor concluye sin ambages: "un letargo que se llega a confundir con la muerte y que, súbitamente, por medio de una simple palabra, se transforma en completa curación, no lo conoce la experiencia de los médicos."[3]

* * *

Queda, por lo tanto, demostrado que **los milagros de Jesús son irreductibles a las explicaciones naturales.**

E igualmente

1 Cfr. Lagrange, *Ev. selon S. Luc.*, pp. 208-212, 256; *Ev. selon S. Marc.*, pp. 134-140.
2 Zeller.
3 *Christus medicus?*, pp. 72, 73.

LAS PROFECIAS

con que ha acompañado aquí y allí sus discursos. Porque, dependiendo de causas libres y por consiguiente sin poderse naturalmente prever, los acontecimientos que anuncian de una manera clara, con hartos pormenores, *veremos como se van cumpliendo* en conformidad con el fin religioso que se había propuesto Jesús.

a) Examinemos en primer término las predicciones que se refieren a la PASIÓN Y LA MUERTE DEL MAESTRO. Bajo la influencia de los letrados, las multitudes — y permítasenos la repetición — profesaban un Mesianismo optimista.[1] El Targum oficial de Jonathan ¿no había consagrado esta falta de lógica hasta el punto de atribuir los diferentes pasajes de un mismo capítulo de Isaías, el LIII, bien al Mesías, bien al pueblo judío, según que dejan entrever perspectivas de grandeza y de poder o de sufrimiento y de humillación? Cuando Cristo juzgó conveniente notificar en tres ocasiones, y claramente, su muerte ignominiosa, los Apóstoles no quieren saber nada acerca de ese tema: los deseos de su corazón formaban en derredor de su espíritu una impenetrable coraza. Si es posible que una selección de personas haya a la sazón entrevisto al Redentor espiritual, al Redentor que sufriría y moriría, y que Jesús, el Jesús de los racionalistas, se haya realmente elevado hasta esas puras concepciones—, sin tocar aquí el problema de la conciencia mesiánica, problema insoluble si Cristo no es sino un hombre,— preguntaremos después de la lectura de ciertas particularidades, la traición de uno de los Doce (Marc. XIV 20), la cobardía de Pedro (V, 30), de Pedro el impetuoso, delante de una sirvienta y ello en la hora fijada,[2] el abandono de parte de los discípulos (V, 27). los salivazos y los azotes (Marc. X 34), la forma del

1 Cfr. Pablo Buysse. *La Iglesia de Jesús.*

2 Jesús precisa el tiempo de las negaciones: ello será, durante esta misma noche, entre los dos cantos del gallo. "En Jerusalén, dice el

suplicio quizás (Marc. VIII 34, et loc. parall.): ¿qué signos permitían desentrañar su presagio, *que inteligencia genial podía pues conjeturarlas?*

De igual modo b) el desenvolvimiento histórico, la penetración social, la expansión geográfica, el triunfo veinte veces secular del cristianismo, todo lo que anunciaban las profecías tocante al REINO, desafiaba las previsiones más sagaces, todo ello era pura quimera, inverosimilitud absoluta.[1]

De la misma manera también c) la predicción de la SUERTE QUE AMENAZABA A LA CIUDAD SANTA. En los momentos en que Jesús la hería con anatema, Jerusalén vivía días tranquilos y prósperos. "Longe clarissimam urbium Orientis", escribía Plinio a su propósito.[2] Su gente se sujetaba a una dominación extranjera que respetaba sus costumbres y el culto nacional. *Nada pues hacía augurar un levantamiento asaz general y asaz violento para que un Tito viniera a degollar muchedumbres de Judíos y a destruir el Templo.*

Ahora bien, ved como las palabras del profeta se realizaron hasta en sus menores particularidades. He ahí que aparecen los falsos Mesías los cuales, según Josefo refiere, excitaron, durante el sitio, a sus conciudadanos a una resistencia desesperada, y vinieron a ser así los fomentadores de una mayor catástrofe.[3] Guerras civiles, agrega, dividieron cada ciudad en dos

P. Lagrange, a fines de marzo o a primeros de abril, se oye el canto del gallo hacia las tres y hacia las cinco y media de la mañana."—Recordemos por otra parte la unción en Betania, el embalsamiento anticipado del cuerpo de Jesús para la sepultura: "En verdad, os lo digo, en todas partes donde será predicado el Evangelio, en el mundo entero, lo que ella ha hecho, será también referido, en memoria suya" (Marc. XIV 9). Ni el acto con todo era clamoroso, se exclama S. Juan Crisóstomo, ni la persona eminente, ni los testigos numerosos, ni el lugar llamativo: es cosa esa que no ocurrió en un teatro, sino en una casa particular, delante de diez personas. Nada de todo ello ha prevalecido: esta mujer es más célebre en adelante que todas las reinas y todos los reyes, y jamás el curso de los tiempos abolirá el recuerdo de lo que ella ha hecho". *Adv. Judæos* V 2 (P. G. 48, 885). Citado por L. de Grandmaison, *o. c.*

1 Pablo Buysse, Cfr. *La Iglesia de Jesús.*

2 *H. N.* V. 15. Tácito. *Ann.* V II.

3 *Ant.* XX, V 1, VIII 6. Acerca de la existencia indiscutible de los falsos Mesías en esta época, cfr. Lagrange, *Le Messianisme chez les Juifs*, p. 21 s. s.; Huby, *Ev. selon S. Marc.*, p. 302.

campos enemigos.[1] Entre tanto, el suelo tiembla, el hambre y la peste difunden sus estragos.[2] Mientras que Vespasiano vuelve a apoderarse de Roma, los cristianos son dispersados, sus jefes, Pedro, Juan y Pablo son encarcelados, Esteban y Santiago el Mayor son sentenciados a muerte.[3] Mas Tito llega. La nación judía habíase congregado en Jerusalén para celebrar las fiestas de la Pascua. El general romano estrecha el sitio de la ciudad y la conquista. Once mil hombres perecen. Ochenta y siete mil sufren los suplicios más crueles o bien incurren en esclavitud. Tres veces casi, la ciudad es arrasada enteramente. El Templo es incendiado. Allí mismo donde había morado el santuario, los soldados plantan sus águilas, dioses de las legiones, y les ofrecen abominables sacrificios.[4] A no tardar, el arco de triunfo de Tito y las medallas "Judea capta" consagraron el triunfo del Imperio. Con ello ha llegado a su término la vida nacional al igual que la vida religiosa de Israel; el sacrificio ha cesado para siempre, y Jerusalén no existe más como ciudad del Gran Rey; los siglos van pasando sobre la tumba del viejo pueblo de Dios.[5]

1 *Bell. Jud* II XVII 10 XVIII 1-8. "Se han recordado las expediciones de los Romanos contra los Partos, en el interior del Imperio la guerra civil que estalló hacia el final del reinado de Nerón, levantó provincias contra provincias, legiones contra legiones, e hizo perecer sucesivamente, en el curso de los años 68 y 69, los emperadores Nerón, Galba, Otón, Vitelio; en Judea, las revueltas repetidas contra los Romanos, sobre todo a partir del gobierno de Ventidio Cumanus (48-52); en tiempos del último procurador Gesio Floro, desde el año 66, los comienzos de la gran guerra que debía acarrear la ruina de Jerusalén; los desórdenes y las mortaldades entre Griegos y Judíos en Alejandría, Ascalón, Ptolemaida, Cesárea, Tiro, Hippos, Gadara, Damasco; en pleno imperio de los Partos, la gran insurrección de los Judíos bajo el caudillaje de los dos hermanos Asineo y Anileo, que no fueron reducidos sino después de batallas en toda forma". Huby, *o. c.*

2 Tácito, *An.* XVI 13. Josefo, *De Bello Jud.* V, XII 13, VI, I 1. "Desde el año 30 al año 70, temblores de tierra han sido señalados en Asia-Menor, en Acaya, en Macedonia, en Creta, en Italia. En los años 61 y 62, las ciudades de Laodicea, Coloses, Hierapolis, fueron particularmente sacudidas y asoladas. En 63, conmociones subterráneas estremecieron las ciudades agrupadas en derredor del Vesubio, Nápoles, Nuceria, Pompeya, Herculano. Bajo el reinado de Claudio, una gran hambre desoló el imperio y especialmente la Judea". Huby, *o. c.*

3 *Act.* passim.

4 *Bell. Jud.* V III 1 VI IX 3 VIII 4. Tácito, *An.* II, 17.

5 Lepin, *Jésus Messie et Fils de Dieu*, p. 383.

Tanto como los milagros, **se substrae a las explicaciones naturales ese don que Jesús tenía de leer, en lo porvenir,** como en un libro abierto, los acontecimientos que produciría el juego mutuo de las voluntades libres.

Mas por cuanto existe una desproporción manifiesta entre los efectos que acabamos de registrar, profecías o prodigios, y las fuerzas físicas o psíquicas del hombre, la cuestión viene a quedar planteada evidentemente de este modo: ¿es menester remontarnos sobre todo el orden humano y elevarnos hasta a Dios?

Estas obras de Cristo podemos atribuirlas a una intervención divina.

Nada que sea indigno, nada que sea pueril, o caprichoso, las desdora.[1] A las observaciones que habemos ya consignado y que demuestran en cuán alto grado Jesús repudiaba el orgullo y el egoísmo cuando manifestaba su poder, no añadiremos sino un detalle. *Las multitudes sienten confusamente la presencia de Dios.* Dejando para los fariseos las señales extraordinarias en el cielo, aquellas multitudes experimentan un respeto tal, una tan grande confianza que no van en busca ni de la satisfacción de su curiosidad ni en busca de una emoción mórbida: sólo la necesidad de confortamiento las anima, o la solicitud de una luz más viva. Al mismo tiempo que su sentimiento religioso se depura más y más, un soplo misterioso las lleva a lo largo de una vida mejor.—Ahora bien; no es por los frutos que se conoce el árbol? (Matth. VII 17-20).[3]

1 Léase nuevamente: Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús.*

3 Comparad Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús,* pág. 288 b) y c).—Por su esplendor, los milagros del Evangelio atraen las miradas de

Y ¿qué importa que muchos entre estos testigos inmediatos suspendan su adhesión o la repriman violentamente? Scheeben nota muy bien a este propósito que la interpretación de las señales "depende esencialmente de la claridad, de la vivacidad, de la fuerza de nuestras disposiciones morales, sobre todo de nuestro amor por la verdad". Al revés, "si estas disposiciones morales no existen, si el espíritu teme la verdad o se amedrenta de ella, esfuérzase en romper el vínculo viviente que enlaza estas señales con la autoridad de Dios; se deja persuadir de que estas señales no vienen de él, o que no las emplea como testimonios de su revelación." [1]

De nuestra parte, después de leales investigaciones, lo confesamos sin reticencias:

Los milagros y las Profecías débense atribuir a una intervención divina.

Dios solo domina los agentes naturales brutos o vivientes, cuya inercia o debilidad fatalmente se han opuesto siempre a los esfuerzos conjugados de las criaturas. Si pues un hombre interviene en los fenómenos, para dirigirlos en un sentido imprevisto, hacia un fin religioso, con fuerzas que exceden evidentemente a los recursos humanos, no dudéis de ello, las toma del poder infinito. "Ubi est Deus tuus?". Los milagros le muestran y son un resplandor, dice Pascal.

aquellos que están más alejados de creer, más indolentes o más frívolos. Por su valor simbólico, hacen comprender mejor las enseñanzas de Cristo (Luc. V 10). "Por su ser físico, van a promover la obra de la redención y de la salvación. Los espíritus malignos son reducidos a sujeción, contradichos, arrojados; las enfermedades y todas las taras del pecado original son eliminadas, mitigadas, vencidas; el mal, bajo todas sus formas, retrocede. El imperio ejercido en otro tiempo por el primer hombre, y la imagen del cual flotaba como un hermoso sueño delante de los ojos de la humanidad envejecida, volvía a aparecer súbitamente como en una aurora, prenda y principio de la Redención total, en la que almas y cuerpos serán verdaderamente y para siempre librados de todo mal." De Grandmaison, *o. c.*, col. 1.470.

1. *La Dogmatique*—trad. Belet, t. I, p. 291.

Dios, solo anuncia también, anticipadamente, acontecimientos que no tienen relación alguna inmediata, directa y necesaria con las causas actuales presentes. Porque El es eterno, ve lo que será como ve lo que fué, y lo puede revelar. Si pues uno anuncia lo que no puede ser previsto, es porque se hace eco de la divina palabra; si posee de los futuros libres un conocimiento cierto, menester es que una iluminación interior, con imágenes apropiadas a sus condiciones mentales le hagan confidente de la ciencia infinita.

Ahora bien; Cristo ha hecho valer sus predicaciones y sus prodigios como otros tantos signos aplicados, por Dios mismo, sobre su persona y su misión.

A partir de lo cual se nos impone, clara e irrefragable, la conclusión siguiente:

Jesús es el Legado de Dios.

Porque su presciencia y su poder, ¿las pondría Dios al servicio del error y del mal? ¡Qué blasfemia!

SI JESÚS NO ES SINO UN IMPOSTOR, SI HA USURPADO TODAS LAS SEÑALES DE UNA DELEGACIÓN AUTÉNTICA, con el privilegio de coronar, transfigurándolas, las lecciones del Antiguo Testamento y de legar a los siglos la substancial verdad de que viven.

O BIEN DIOS NO HA PODIDO IMPEDIRLO, impotente para castigar esta locura sacrílega,

O BIEN DIOS NO HA QUERIDO HACERLO, indiferente como habría estado, en el fondo, a una tal impostura. No obstante, esta audacia y esta impostura iban dirigidas a cambiar radicalmente el pensamiento religioso, a dar a las costumbres otro curso, a seducir muchas almas nobles, a mantener de ilusión los deseos, las angustias y los dolores de la humanidad. "Porque "en

viendo a un hombre llevar a cabo obras que no son posibles sino al Creador, se mantiene uno persuadido que sus decires son tan divinos como sus actos, observa S. Tomás, como se cree sin vacilar, al ver en manos de una persona determinados papeles refrendados con el sello del rey, que aquello que está incluído en estas páginas es la expresión fiel de la voluntad real." [1]

¡Qué menosprecio no se acarrearía un soberano, que, sea por indolencia, sea hasta por apremio, legalizara con su sello las cartas de un falsario! Y ¿se quisiera que Dios, la absoluta Verdad y Bondad por esencia, Dios, el omnipotente, se hiciera cómplice de una irremediable mistificación blasfematoria? Que se nos perdone este razonamiento por lo absurdo.

Pfleiderer [2] expresaba un día la esperanza que los milagros del evangelio (y las profecías) serían luego relegados del dominio de los hechos, al del arte, y que pasarían de las páginas de la historia a las vidrieras de las catedrales. Allí están, allí permanecerán sin duda hasta el finalizar del mundo; mas no como el temerario crítico había osado presumirlo. Si constituyen para el hombre un objeto de alborozamiento estético, sobre todo son una apelación a su creencia. ¿No recuerdan, en efecto, que

La Persona y la obra de Jesucristo se presentan al hombre con garantía divina,

y que, por lo tanto,

menester es recibirlas como un don del cielo.

* * *

Esta demostración se la puede llevar más lejos.

I. "Los demás taumaturgos, dice el P. Monsabré, no van al encuentro de los prodigios, esperan la orden

1 S. Th. III 9. LXIII art. 1.
2 *Geschichte der Religionsphilosophie*, p. 62.

de Dios... Imploran su poder con sollozos y lágrimas... No reciben sino temblando la comunicación de su poder, y sienten tan bien que este poder les es ajeno que alguna vez dudan, vacilan y ejecutan las órdenes recibidas.[1] Recuérdese al profeta Elías en su comportamiento con la viuda de Sarepta (III Reg. XVII), a Eliseo en su conducta con la caritativa Sunamitis (IV Reg. IV), a san Pedro en el Templo (Act. III 6)."

Pero Jesús no conoce jamás la incertidumbre. Ruega, mas es para atestiguar o dar gracias.

Habla en su nombre personal: "Volo..." "Mundare..." "Adolescens, tibi dico: surge."

En cuanto al desenlace de los acontecimientos, jamás le preocupa. *Nada detiene su fuerza milagrosa.* La siente brotar a borbotones en el interior de sí mismo.

La domina, *y puede hasta comunicarla a sus apóstoles...*

II. De igual modo cuando Jesús profetiza,

su mirada abarca con igual penetración los resultados generales y los acontecimientos particulares, de lo cual los "Nebiim" se muestran casi siempre incapaces.

Estos reciben, por otra parte, las comunicaciones divinas con intermitencia. Cristo, en cambio, goza de ellas de una manera ininterrumpida; porque todas sus palabras tienen un sentido profético, refiriéndose todas ya al triunfo futuro de su doctrina, ya al establecimiento de su Iglesia en el universo entero o a la condición de sus discípulos entre los hombres.

Finalmente, si los videntes de Israel encabezan su mensaje con la fórmula: "He aquí lo que Dios dice", el Maestro habla siempre con autoridad personal: el cielo y la tierra pasarán, mis palabras permanecerán por siempre jamás.

1 *Carême,* 1880, p. 183.

Esta doble comprobación aviva un argumento a favor de la divinidad de Cristo. Lo indicamos sin desarrollarlo, porque una otra tesis debe, lógicamente, tener cabida aquí en nuestra demostración progresiva: Jesús no es solamente un enviado de Dios, es el legado de Dios por excelencia, su plenipotenciario, el Mesías.

CAPITULO SEGUNDO

Jesús fundador de la Iglesia Católica es el delegado de Dios por excelencia, el Mesías o Cristo

El profetismo de Israel es la obra de Dios.

Ahora bien, este profetismo ha tenido por fin principal el preparar los caminos a Jesús.

Menester es, pues, deducir de ello que Jesús es el Cristo de Jahvé, el término hacia el cual la Sabiduría y el Poder divinos han encaminado, durante los siglos antiguos, al pueblo que habían ellos elegido.

—Apliquémonos a desarrollar este argumento, de suerte tal que el lector se convenza sin tardanza de la verdad de nuestra tesis.

I

EL PROFETISMO DE ISRAEL ES LA OBRA DE DIOS

¿Cuál es, pues, la preeminencia de los judíos?
En primer lugar, les fueron confiados los oráculos divinos.

San Pablo

EL PROFETISMO DE ISRAEL

Los profetas

A) Hubo entre los Judíos, desde la época de Samuel y sin duda gracias a él, corporaciones o Comuni-

dades de Profetas. Los "nabi" (en plural "nebiim") [1] se entregaban a piadosos ejercicios; cantaban las alabanzas de Dios, danzaban, cultivaban la música religiosa y estudiaban la Ley; en su acción exterior, valiéndose de discursos ardientes, con frecuencia acompañados de alguna representación impresionante,[2] excita-

1 Los mejores gramáticos relacionan en verdad la palabra "nabi" con un verbo que significa hablar ("nabu" en asirio, "nababa" en etiope, "nabba'a" en lengua árabe). Designa, pues, genéricamente el que pone su palabra al servicio de Dios.

—¿Los "nebiim" recibían, como lo han pretendido los racionalistas, una educación especial en "unas especies de seminarios"? No se puede ya sostenerlo después de los trabajos de un Gesenius-Brown, de un Driver, de un Davidson y de un Kautzsch. En efecto—las expresiones análogas de la lengua asiria, del griego y del siriaco lo demuestran—, los "hijos de los profetas" no son discípulos, estudiantes que frecuentan una escuela superior, sino que son un grupo de individuos pertenecientes a tal o cual clase de hombres, a tal o cual profesión determinada. Usaban algunas señales distintivas, el manto de pelo y el ceñidor de cuero, diversos tatuajes y cicatrices. Aun cuando pudieran contraer matrimonio, los "nebiim" vivían en común, al lado de los santuarios ilustres. En ciertas ocasiones, fijadas por el calendario litúrgico o por sus reglas y usos, a veces por un rey que deseaba consultarles o por su jefe, disponíanse a recibir "el espíritu de Dios", a saber, una brusca conmoción de entusiasmo religioso, cuyo origen el escritor sagrado lo atribuye a Jahvé, causa primera de todo ser. De ordinario, "el espíritu" no visitaba a un "nabi" aislado.—Cfr. Tobac. *Les prophètes d'Israel*, t. I, cap. I y II, *Dict. Apol. de la Foi cath.*, fasc. XX, Condamin *Prophétisme israelite*, col. 392-393. L. Gautier *Introduction à l'A. T.*, I, pp. 313-314, *Collationes Gandavenses* junio 1923, P. van Imschoot *Faut-il distinguer deux catégories de prophètes?*, pp. 80-85. *Bulletin de littérature ecclésiastique* mayo-junio 1924. L. Desnoyers. *La religión sous les trois premiers rois d'Israel*, pp. 191 s. s.

2 El R. P. Calès (*Recherches de sciencie religieuse*, marzo-abril 1923, p. 176) echa en cara a M. Desnoyers de haber pintado los profetas profesionales según el rancio modelo racionalista. Mas M. Desnoyers, en un estudio sabiamente documentado (*o. c.*, pp. 199-200) explica y justifica su manera de ver, del todo aproximativa. "Los nebiim—dice—perdían, si no la consciencia, a lo menos el perfecto dominio de su personalidad... Una sobreexcitación extraña e incoercible se apoderaba de ellos y se manifestaba, con alguna verosimilitud, por una agitación parecida a la de un hombre fuera de sí, con un paso danzarino o, al contrario, rígido e irregular, con unos balanceos más o menos amplios y cadenciosos, por cantos vigorosos o aclamaciones fervientes, tal vez también por medio de palabras y de exclamaciones obscuras, o hasta alguna vez mediante una gesticulación desordenada..." Como los ayunos, las vigilias y las maceraciones preparaban al místico para el éxtasis, así la música ayudaba y entretenía la agitación extática de los hombres del espíritu. "Música intensa, en la que los instrumentos con cuerdas, dominados por las flautas, sostenidos por los tamboriles, producían con su ritmo amartillado, ora sosegado, ora furibundo, esa languidez deprimente o esa sobreexcitación enervadora a la que no se mantiene insensible nadie de los que escuchan la música totalmente parecida del Oriente moderno".—El P. Condamin no va tan lejos. "Si uno ha de atenerse a una comparación, escribe, en lugar de hablar de derviches vocingleros, repárese mejor en las predicaciones y en las procesiones del tiempo de la Liga, y, en nuestros días, en el Ejército de Salvación."

ban al pueblo a la fidelidad para con Jahvé[1] y a la observancia de los preceptos morales; quizás también enseñaban los principales hechos de la historia nacional. Para entrar en estas agrupaciones, para ejercer el ministerio tal como lo hemos descrito, no era menester vocación sobrenatural alguna, ni hasta alguna luz especial, porque de derecho, los nebiim no predecían el porvenir.[2] Dios escogió sin embargo más de una vez de entre ellos a los hombres a quienes quería encargar una misión divina.

B) Solos, los PROFETAS DE VOCACIÓN PERSONAL nos interesan aquí. Jahvé les toma de donde les place, sin condición de nacimiento, de sexo ni de edad, de fortuna o de educación. En la mayor parte, la vocación es permanente y definitiva. Si hablan, se apoyan en las órdenes de Dios. Las gentes acuden a ellos para consultarles, aun a propósito de negocios temporales. En algunas ocasiones, aparecen espontáneamente, como nuncios intempestivos, en medio de la multitud, bajo el pórtico del Templo, en el palacio de los reyes; y he aquí que reprenden los crímenes o profieren amenazas, consuelan a los oprimidos o reaniman los ánimos con milagros, con predicciones de cumplimiento no lejano, teniendo por garantía las promesas que hacen a Israel de una restauración grandiosa y de un porvenir brillante.[3] Son entonces "videntes", u "hombres que contemplan".

1 "Su misión esencial consistirá en proclamar bien alto: Jahvé es el Dios de Israel, Israel es el pueblo elegido de Jahvé—y en deducir las consecuencias prácticas para la vida pública y privada." Tobac, *o. c.*, t. I, p. 10.

2 Cuando se ve que "profetizan", menester es acordarse de que el verbo naba, sobre todo en la forma hithpael, significa de ordinario manifestar un entusiasmo religioso por medio de palabras, de cantos, de ademanes, en un estado de exaltación o de éxtasis, sea bajo la influencia del espíritu de Jahvé, sea bajo la influencia de un mal espíritu..." Condamin, *o. c.*, col. 394.

3 Su cometido puede, pues, resumirse en dos palabras: predicación y predicción. Los racionalistas desconocen la predicción; fijándose, sobre todo, por no decir exclusivamente, en las palabras de los profetas que miran de hito en hito o parecen mirar el porvenir mesiánico, no pocos cristianos olvídanse de que "el hombre de Dios" era también un predicador, ejerciendo una acción religiosa y moral.

Nuestra palabra "profeta", derivada del griego,[1] no admite sino esa sola acepción.—Ahora,

LA DOCTRINA DE LOS PROFETAS

—profetas en el sentido estricto,—que hallamos sobre todo [2] desde el siglo VIII al siglo V antes de Jesucristo, despierta una profunda admiración, porque constituye el más rico patrimonio de las verdades morales y religiosas que la humanidad haya recibido antes del Evangelio.

a) Desde el PUNTO DE VISTA MORAL, qué sorpresa no causa oír en el siglo VIII una voz vengadora, la de Amós, boyero de Tegoa, quien se sustenta de sicomoros, al levantarse contra el despotismo de los grandes, tan formidable sin embargo. Acreedores inhumanos (II 6-8), mujeres ricas y disolutas, duras para con los pobres (IV 1), traficantes de géneros alterados en la calidad o en la medida, (VIII 5-6), son denunciados todos, y su voz les reprende y les amenaza cruelmente (III 3-8, 9-13, IV 2, VIII 12), y con tanto acierto que Renán hase aventurado a escribir esta chanza malsonante: "Se puede decir que el primer artículo de diario intransigente, ha sido escrito 800 años antes de Jesucristo y que es Amós quien lo ha escrito.—Poseemos, prosigue el mismo, de este patrón de los publicistas radicales, una decena de diatribas que deben contarse entre las páginas más raras que nos haya legado la remota antigüedad. Es ella seguramente la primera voz de tribuna que el mundo haya oído." [3] Y si un lenguaje de tanta fantasía como el que usa Isaías,

1 Etimológicamente: hablar por, sin nada más.

2 Por simplificar las cosas, pasamos en silencio a Moisés, quien es a los ojos de todos un verdadero profeta, Débora y Samuel en tiempo de los Jueces, Natan y Gad en la corte de David, Aquiaz en la de Salomón, y hasta el célebre Elías y su discípulo Eliseo (cerca de 860-800 años antes de Jesucristo). Antes del destierro, Amós, Isaías (620-580) profetizan en el reino de Judá. Ezequiel e Isaías (en su segunda parte) se dirigen a los cautivos de Babilonia. Ageo y Zacarías ejercen sus funciones de profeta hacia el año 520, después del regreso del pueblo; Malaquías en el V siglo.

3 *Histoire du peuple d'Israel,* t. II, p. 125. Cfr. *Dict. Apol.,* fasc. XX, col. 423-425. *Les prophètes et le Socialisme.*

no fuese la antítesis del nuestro, podríamos añadir que Isaías pertenece a la misma corporación (II 6-8, 9-12 III, 1-26).

Mejor es admirar *el ideal de justicia íntegra* que los videntes no cesan de proponer al común de los hombres. Para Amós, el crimen imperdonable, el supremo trastorno del orden moral, es la prostitución del derecho a los caprichos de los poderosos (V 7-12, 15 VI 12). Una tal abominación indigna a Jeremías y le arranca virulentas imprecaciones (VI 2, VIII 8-13, IX 3-9, XII 1-4, XXIII 10-12, XXIV 8-10). El capítulo XVIII de Ezequiel les hace un eco grandioso y todo ello reposa sobre las prescripciones de la conciencia dictadas por Dios mismo y promulgadas en el Sinaí: menester es ser santo como Jahvé es santo.

b) DESDE EL PUNTO DE VISTA RELIGIOSO, los profetas imponen el monoteísmo, le defienden contra las tendencias idolátricas de la nación. Porque si la idea de un Dios único se halla también en ciertos cultos politeístas,[2] únicamente los Judíos concibieron un Dios a) distinto de los seres mudables y contingentes, b) necesario, increado, c) maestro supremo de la naturaleza, d) soberano del pueblo que le adora y de los demás que no le conocen todavía, e) que no admite jamás un émulo en el recinto de su templo y encima de su altar. Amós dice que Jahvé ha creado el viento, la tempestad, la mon-

1. El POLITEISMO reconoce y honra a muchas divinidades. "Los dioses del politeísmo, dice Chantepie de la Saussaye, son numerosas entidades inmanentes en el mundo que personifican las fuerzas y las acciones divinas en el mundo; tenemos aquí el rico y poético desenvolvimiento de la mitología... No es menester calificar de monoteísmo las tendencias a una sociedad monarquista de la sociedad de los dioses, a la monolatría, o a una unidad abstracta del ser divino, tendencias que se han frecuentemente señalado en los diferentes pueblos."

El Henoteísta no adora sino un solo dios (monolatría), mas se muestra dispuesto a doblar las rodillas delante de los dueños de los territorios que halla en los límites de su país, admite que los extranjeros establecidos en él, al mismo tiempo que rindiendo homenaje a su dios, introduzcan con ellos sobre su suelo el culto de sus divinidades. (Touzard.) Salomón vino a ser henoteísta. (I Reg. XI 1-13.)

El Monoteísta adora un Dios espiritual, trascendente por encima del mundo y celoso.

taña y los astros (IV 13 V 8); es, pues, El, y no son dioses particulares los que les gobiernan y que les trastornan algunas veces con una terrible majestad (VIII 8-9, IX 5). Las naciones paganas mismas le deben su origen y son regidas por su justicia eminente (I 1-16, III 9, VII 8, IX). Mas, en el momento del Exodo, ha escogido libremente y especialmente a Israel como a su pueblo predilecto. (II 10 III 1-2). Oseas tiene un lenguaje idéntico (II 7, 10, 11, 14-23 XIII 14, XIV 6-8), muestra hasta qué punto el culto de los Baales y del becerro de oro repugna al carácter de Jahvé. (IV 5-7, VIII 4-6, IX 10-14, X 5-8, XIII 1-2). He aquí ahora la visión inaugural de Isaías (VI): declara la absoluta perfección de Dios que le separa de cualquiera otra criatura. Todos los capítulos de la primera parte (I a XXXIX) enseñan, por otra parte, su unidad, su poder, su omniscencia, su providencia universal, su infinita santidad.[1] A su vez Jeremías proclama estas altas excelencias (X 10 XIV XV), señala también la acción creadora de Dios (X 12-16 XIV 22) y, mejor tal vez que los otros profetas, da el sentido de la personalidad divina (VII 16-19, XI 18-23, XII 1-6, XIV-XV, XVII 14-18, XVIII 19-23, XX 7-18).

Los libros proféticos suministran enseñanzas muy claras acerca de las relaciones de Jahvé con Israel. Jahvé no la ha perdido de vista en sus extravíos (Oseas I 2-9, 11, 18, 21, 22, Jer. II 2 III 1). Ella puede además considerarle como un padre (Oseas—I 1 Isaías I 2). Javé no la ha perdido de vista en sus extravíos (Oseas XIV 2-3), pobre mujer con tanta frecuencia adúltera (II 7-9); no la ha perdido de vista a partir de la salida de Egipto (Amós III, Oseas XI 1-2-3, XII 10, XIII 14, Isaías X 24-26, XI 15-16, Jeremías II 2-7) hasta tanto que no la haya purificado de sus faltas, hasta tanto

1 La expresión "Santo de Israel" la hallamos allí once veces. Designa la misma a) el Ser inaccesible al mal, perfectamente puro, ante el cual el profeta, hombre de labios manchados, y que habita en medio de un pueblo de labios manchados, se siente anonadado; b) el Ser separado y puesto infinitamente por encima de toda criatura.

que su corazón de piedra no haya venido a ser finalmente un corazón de carne y que su Espíritu no la haya poseído plenamente (Oseas XIV 3-5 Isaías IV 4-6). Jeremías llega hasta a descubrir la religión personal; despeja el concepto de un pacto entre Dios y cada alma fiel. Añadamos sin embargo que los privilegios de Israel son gratuitos (Amós IX 7) y que Jahvé también juzga y condena como supremo Señor a todas las demás naciones (I 2-11, Oseas VII 12 VIII 3, 10 X 5-6 XI 5 XIV 2-9).

Con el profetismo, enamorado de la trascendencia del Señor, tiene también relación *la lucha contra el formalismo religioso*. Betel, Dan, Galgala, Bersabé! En cuán alto grado los Judíos se mostraban orgullosos y alborozados por estos santuarios a los que célebres teofanías habían un día llenado de esplendor. Colegios de sacerdotes presidían allí las danzas sagradas, las procesiones litúrgicas, numerosos sacrificios variados. Todo exterior y en tal forma suntuoso, ¿este culto debía sin duda bastar para merecer el favor divino? ¡No, en verdad! Aún en el caso de que nada de sacrílego, ni de cismático con él se mezcle,[1] Jahvé no le tiene por agradable si el Israelita no practica la justicia, si no participa en alguna manera de su propia santidad. "Yo aborrezco y desecho vuestras festividades, declara Amós en nombre del Señor; no me es agradable el incienso ofrecido en vuestras reuniones... si la justicio no corre como un torrente que no se agota" (V 21-24). "Lavaos, purificaos, clama Isaías; apartad de mis ojos la malicia de vuestras afecciones; cesad de obrar mal; aprended a hacer bien; enderezad al opresor; defended a la viuda, socorred al huérfano... cuando extendéis vuestras manos, velo mis ojos de-

1 El culto purísimo del verdadero Dios no rehuía las ceremonias exteriores; los ritos que se desarrollaban en derredor de sus altares tenían fatalmente, y en gran número, semejanzas con aquellos que estaban en uso entre los pueblos vecinos. Había peligro de que al lado de estos ritos, se introdujeran otros que serían peligrosos para la ortodoxia y el verdadero sentido de la religión. Es eso lo que llegó." Touzard.

lante de vosotros; cuando multiplicáis vuestras plegarias, yo no escucho..." (I- 15-17). "El pecador, dice Ageo, mancha aquello que toca, aquello que ofrece, de la misma manera que el cuerpo de un cadáver al rozar con el hombre. "Los ayunos, responde Zacarías a los enviados de Betel, los ayunos carecen de valor si no van acompañados de un arrepentimiento humilde y sincero". (VII 4-14). Malaquías reclama el desasimiento de todo interés (I 6-14). Jeremías añade a su predicación el ejemplo del culto interior bien comprendido: su oración viene a ser una verdadera conversación con Dios.

Se ha podido hacer hacer notar que los profetas se engarzan unos con otros y se completan mutuamente: "se percibe que colaboran a realizar la educación moral y religiosa de Israel según un plan del que no tienen conciencia, pero que está concebido con una gran nitidez".[1] Para no recordar sino un ejemplo, Amós predica un Dios justo cuya misericordia atempera el enojo, y su contemporáneo Oseas, que pone de relieve a esta bondad divina, muestra que ésta tiene su fuente en el amor. Desenvolviendo la indicación de sus predecesores acerca de que el reino de Jahvé va más allá de las fronteras del pueblo judío y no sigue la fortuna de éste, Jeremías abre este reino indistintamente a todas las almas de buena voluntad, a los hombres que hacen de la religión no una cuestión nacional sino un asunto personal. Si, en lugar de no estudiar sino los profetas que, según confesión de los racionalistas mismos, ejercieron sus funciones de profetas antes del destierro, examináramos la segunda sección de Isaías (XL-LXVI),[2] Ezequiel, y los videntes post-exilianos,

1 Touzard.

2 Los exégetas católicos defienden la unidad de autor del libro de Isaías. Hagamos constar de paso que la hipótesis racionalista no entorpece nuestra demostración. "Nos complacemos, dice el P. Lagrange, en repetir con S. Pablo y los Padres que toda la pedagogía del Antiguo Testamento conduce a Cristo. Esta fórmula es verdadera si un profeta llamado Isaías ha hecho alusión a este porvenir en sesenta y seis capítulos. ¿No es ella mucho más conmovedora si dos, tres o muchos profetas dotados de un admirable genio, bebiendo en las fuentes de la inspiración divina,

los rasgos principales del monoteísmo adquirirían a nuestros ojos aun más vigor y relieve. Según Isaías (XL-XV), los dioses del paganismo no existen sino en las estatuas que se les consagran. Al contrario, Ezequiel nos muestra a Jahvé en una esfera inaccesible; su santidad se manifiesta de tal manera que, para regir a la naturaleza inferior, acude al ministerio de seres intermediarios (X 18, XL-XLII). Zacarías proclama su supremacía universal; divide la humanidad en dos campos muy desiguales: el pueblo de Dios y el resto de las naciones, hostil a Dios y a los suyos, presto vencido (IX 1-8, 13-17, X 4-12). Mas se trata de matices, lo repetimos, de complemento: el fondo monoteísta se halla en los orígenes del profetismo; desde el principio, no falta allí elemento alguno.

* * *

Estas exigencias morales, esta concepción moral de la divinidad, este carácter único, excepcional, que es menester, en verdad, reconocer en la religión judía,[1] ¿de dónde viene? Y ¿de dónde procede igualmente que los pueblos sitos en derredor suyo, no hayan jamás podido elevarse a ideas tan elevadas, a sentimientos tan nobles?

han suspirado en el curso de los tiempos por el Salvador esperado, dando cada uno a su esperanza la nota característica de su tiempo, resumiendo las aspiraciones de todo un pueblo conducido por Dios, a través de tantas pruebas, hacia la salvación prometida? Ya no es solamente una voz y una época, es toda la historia la que se vuelve hacia Jesucristo." *Revue Biblique*, 1901, p. 282.

1 "Sin duda se pueden sacar a colación puntos de detalle, y no siempre de menor importancia, a propósito de cuáles de entre las concepciones religiosas de tal o cual pueblo pagano vayan al avance sobre las de los Judíos; es posible, por ejemplo, que los Egipcios y los Iranios tengan sobre los destinos de ultratumba algunas ideas más precisas que los Israelitas. Dos advertencias, sin embargo, queremos consignar. En primer lugar, una superioridad relativa a un pormenor no podría librarles de la inferioridad absoluta del conjunto; y dado que uno repare en las especulaciones teológicas de la vega del Nilo, nadie llegará a pretender que se daba allí una fe religiosa más perfecta y más pura que en derredor del Templo de Jerusalén. Empero aún hay más. El simple enunciado de un dogma y de sus diversas modalidades no debe él solo hallar cabida en la balanza cuando se trata de semejantes comparaciones; necesario es también hacerse uno cargo del lugar que logra en la vida de las almas y de la influencia que allí ejerce... Por ejemplo, a pesar de la imperfección de sus concepciones en punto a las sanciones de la vida futura, los Israelitas tenían, acerca del ejercicio de la justicia divina en la retribución de los actos humanos, un sentimiento mucho más justo, más fecundo y más moralizador que los Egipcios o los antiguos Iranios." Touzard.

Estaban no obstante mucho más avanzados que Israel en civilización,[1] y ved cómo sus dioses hacen triste figura al lado de Jahvé. Aquellos dioses no existirían sin sus adoradores; y lejos de poder reformarles, llegan hasta a reflejar sus pensamientos con sus pasiones: respirar el perfume de los braserillos de metal y el acre olor de los sacrificios, se cifra en eso su estupida alegría...

Y todo ello, ¿a qué obedece? ¿Es preciso ver en esas realidades

LA OBRA DE DIOS,

o eso mismo se explica, tal vez, como lo pretenden los racionalistas, por

CAUSAS NATURALES?

1. Lo hemos insinuado ya: LA HIPÓTESIS DE UNA COPIA DE FUENTES EXTRANJERAS, no resiste la fuerza de los hechos. Entre los Cananeos, Baal apenas se distingue de las fuerzas que simbolizan, los Astarté favorecen los desórdenes morales más horrorosos, los dioses de los países vecinos invaden el panteón y se agrupan en derredor de un Baal Supremo, SIRIOS, NABATENOS, PALMIRIANOS se muestran no menos dispuestos a darles benévola acogida. Otro tanto cabe decir de los ASIRO-BABILÓNICOS.[1] Estos, es cierto, tienen una moral y un derecho superior, aunque encierran monstruosas amalgamas o mescolanzas—tal se advierte en aquel

1 "Por otra parte, es ello una injusticia con detrimento de Israel compararle con esos grandes pueblos, cuya civilización remóntase a los más antiguos tiempos, cuya prosperidad y grandeza materiales excitan aún nuestra admiración. Para hallar verdaderamente la parte igual, necesario es comparar a Israel con los reducidos pueblos vecinos, Ammon, Moab, al máximum con Damasco, la comparación se ha de establecer con las diversas poblaciones anteriormente establecidas en Palestina. Aquí al menos, se da sensiblemente igualdad de potencia política y de riqueza, iguales condiciones de desenvolvimiento y de progreso. Mas en vano se buscaría lo que estos pueblos han hecho por el bien moral y religioso de la humanidad." Touzard.

2 *Los fundamentos de la Fe.*

artículo del código de Hammourabi que reconoce favoritos constituídos oficialmente en una situación infame y a los cuales no se permite tener hijos; [1] mas estos hermosos príncipes rigen la vida civil, no implican observación religiosa alguna.[2] Si estos pueblos cantan himnos de los que algunos podrían tal vez rivalizar con ciertos salmos,[3] permanecen con todo eso vinculados al culto exterior; [4] practican la magia y los encantamientos,[5] y su diosa Istar excita vivamente sus inclinaciones sensuales y lúbricas. El dios supremo de los Egipcios, variable con las ciudades, no arrebata tampoco la aureola de las divinidades secundarias, aun cuando se llame Amon Râ o Aten.[6] En ciertas épocas, exige de sus fieles la observancia de verdaderas leyes morales, que ceden en valor sin embargo a los preceptos del pro-

1 P. Lagrange, *La Méthode historique,* cap. V.

2 "Se ha podido creer un instante que el descubrimiento del viejo códice de Hammurabi iba a poner la Biblia en postura poco airosa. Es cierto que muchas de esas viejas leyes presentan llamativas semejanzas con diversas ordenaciones del Pentateuco, del códice de la Alianza en particular. Hasta preciso es reconocer sin vacilación que el conjunto del documento atestigua una civilización material más desarrollada, condiciones sociales más avanzadas que las de Israel en diversos períodos de su historia. Mas que se trate de los principios eternos que presiden a la justicia divina, que se haga alusión, en leyes que recaen de ordinario sobre un otro objeto, a tales o cuales prácticas de la religión, bien prontamente se ha cerciorado uno de que la montaña sagrada sobre la que el viejo rey caldeo comunica con el dios Chamack está indudablemente menos cerca del cielo que el Sinaí de Moisés y de Jahvé. También con todo acierto se ha rehusado relacionar estos documentos entre sí, reflexionándose sobre que uno tenía un carácter puramente civil, y el otro un alcance del todo religioso." Touzard. Cfr. los estudios del P. Condamin en *Christus* y en el *Dict. Apol. de la F. C.,* fasc. II, sobre todo col. 360 a 367, la comparación entre el código Hammurabi y la ley mosaica.

3 *Christus,* pp. 524-525, trae un texto interesante. Los Babilonios como los Asirios, dice Morris Jastrow, no se volvían hacia sus dioses sino cuando deseaban obtener algo, protección o curación, libramiento de un mal o favor... La pura alabanza de los dioses, sin otra intención, no existe en el culto asiro-babilónico.—Comparad los salmos israelitas VIII, XVIII, CXLIV, CXLVIII; citamos a la ventura.

4 La gracia del dios misericordioso no es sino el libramiento de la enfermedad. Es eso lo que significa la remisión de los pecados. Curar y perdonar son sinónimos. Es a partir de ahí que es menester juzgar los conceptos de falta y de pecado, de misericordia y de perdón. Alfr. Jeremías.

5 No hay una magia judía, como existe una magia egipcia y una magia caldea, mientras que no existe un dogma caldeo y un dogma egipcio, como existe un dogma judío; los Judíos no creen que haya para ellos medio alguno de obligar a Jahvé a hacer lo que quieren; creen que tienen el deber de servirle por medio de la virtud. Dufourq., *Hist. comp. des rel. païennes et de la rel. juive,* pp. 319-320.

6 Pablo Buysse, *Los fundamentos de la Fe.*

fetismo.[1] En cuanto a los Griegos, sus filósofos Platón (347 años antes de Jesucristo) y Aristóteles (322 a. a. de J. C.), han acabado por concebir el monoteísmo largo tiempo después de los Judíos. Su Dios permanece no obstante vago e impreciso; no se le podría identificar con ninguno de los habitantes del Olimpo, y jamás no abandona las regiones ideales de la especulación metafísica: ningún esfuerzo intentóse para introducirle en el culto público o privado.

2. La doctrina monoteísta ¿sería, pues, una eflorescencia del alma judía?

a) Los hijos de Jacob vivieron primero en el estado nómada. "La tienda del patriarca semita, dice Renán, ha sido el punto de partida del progreso religioso de la humanidad... EL DESIERTO ES MONOTEÍSTA",[2] la vida sencilla que allí se lleva no favorece la floración de un panteón muy nutrido.

La crítica, empero, rechaza esta hipótesis. "Cada excursión por el desierto, escribe un sabio que ha durante largo tiempo desempeñado las tareas de la cátedra en la escuela bíblica de Jerusalén, el P. Hugueny, cada excursión a través del desierto permite hallar nombres de ídolos análogos a aquellos que adoraban los Semitas sedentarios; Mahoma debió entresacar de las doctrinas judía y cristiana el monoteísmo que implantó entre los nómadas, y hoy aún hay ciertas prácticas idolátricas que el rigorismo doctrinal del islamismo sobre la unidad de Dios no ha podido arrojar de las soledades en donde se levantaban las tiendas de los patriarcas." [3] M. Jaussen, autor del libro "Coutumes des Arabes au pays de Moab", ¿no ha visto a los Beduínos dirigiendo plegarias al sol?

1 Elementos de comparación en el *Dict. ap. de la F. C.,* fasc. V, col. 1.333-1.334.

2 *Histoire d'Israel,* p. 43, t. I. "Lo que es verdad, ello es... que en este medio ambiente la religión vendría a dar más fácilmente tal vez en el monolatrismo que en el politeísmo; aun menester fuera señalar que el dios estaría más o menos constantemente acompañado de una divinidad paredra." Touzard.

3 Hugueny, *o. c.,* 49-50.

Y luego la *historia de Israel* desmiente la alegación que nos ocupa. En la familia de Jacob, bajo su tienda tal vez, la idolatría contaba con partidarios y el patriarca debió decirles, allí mismo donde había visto en sueño la escala maravillosa: "arrojad los dioses extranjeros que hay en medio de vosotros". (Gen. XXXV 1-5). Descendiendo hacia el Nilo, los Judíos honran ídolos infames. (Ezech. XX 5-9). Hasta en el Sinaí, encarnan a Jahvé en el becerro de oro, importado de Egipto, emblema a la vez de fuerza y de fecundidad. (Ex. XXXII).

b) Y no se diga más que las ASPIRACIONES DEL PUEBLO ISRAELITA le han hecho experimentar o sufrir desde entonces una lenta evolución hacia el monoteísmo.

La Biblia entera protesta contra una tal fantasía. En hartas ocasiones, los Baals y los Astartés de Canaán, las divinidades moabitas, y amonitas compartieron con Jahvé la adoración de los Judíos. Y otro tanto aconteció siempre que éstos frecuentaron el trato con otros pueblos semíticos; sufrieron el prestigio de su culto pagano: "las alianzas con la Fenicia hacia el final del reino de Salomón y en la época de Achab, llevaron consigo bien en Jerusalén, bien sea en Samaría, las estatuas de Baal y de Astarté. El culto de Moloch fué importado del país de Amón al valle del Cedrón. Más tarde, las relaciones amistosas con Asiria y Babilonia fueron ocasión de introducir en Juda la diosa Istar y la religión de los astros del cielo que contaba con tantos fieles en las riberas del Tigris y del Eufrates... Lo que la Biblia nos dice de la época de los Macabeos, nos muestra con qué modalidades diferentes Israel manifestaba en los tiempos helénicos exactamente los mismos instintos y las mismas tendencias que en las épocas de la influencia asiria o cananea." [1]

1 Touzard. *R. P. A.* 1 enero 1920. *Double courant religieux en Israel*, p. 417. *D. A. F. C.*, fasc. XII Judío (pueblo), col. 1.612. "Mas lo que era mucho más frecuente que esas apostasías formales, era el degeneramiento del culto del verdadero Dios ocasionado con la introducción de actitudes y de elementos tomados del paganismo. Se puede decir que, prácticamente, esta propensión a degenerar fué perpetua; ni el reinado de Saúl, de David, de Salomón, ni los de Ezequías, aún ni el de Josías escapáronse enteramente de ese peligro.

Ved por otra parte cuanto *los profetas* debieron luchar contra las aspiraciones nacionales. No les importó topar con un desprecio universal. En tiempo de Acaz, Isaías no halla sino un pequeño número de Judíos que permanecieron fieles, cuyo corazón recibe su testimonio y sus enseñanzas (VIII 16). Jeremías encuentra entre sus oyentes un optimismo incorregible. "Y tú eres para ellos cantor agradable, que tiene una hermosa voz y que toca muy bien su instrumento, suspira Ezequiel; escuchan tus palabras y no las ponen en ejecución (XXXIII, 32). Mas los acontecimientos toman algunas veces un sesgo menos benigno. La hostilidad se desencadena. El sacerdote Amasias calumnia a Amós ante el rey Jeroboam y quiere hacerle castigar con el destierro (VII 10-17). Jeremías se ve constreñido a tomar una posición extremadamente penosa: se le pone en el cepo, se le sujetan las manos y los pies en los agujeros de un bloque de madera, otro día, las obras del profeta son recogidas y destruídas por la policía real, y él mismo corre peligro de muerte (XX 1-2, XXXVI 20-26, XXXI 7-11). Que si algunos profetas triunfaron, como Isaías en tiempos de Ezequías, el desquite popular desbarató luego su obra: el reino de Manasés consagra el triunfo del paganismo.

También M. Sabatier reconoce sin dificultad que el profetismo, con el progreso moral y religioso de Israel, no podría ser un producto propio del genio de la raza. "El contraste es tan grande, dice, que llega hasta la contradicción. La raza en Israel, como en Moab, entre los Filisteos o los Edomitas, tuvo sus intérpretes y sus profetas.[1] Mas éstos no fueron los intérpretes de la conciencia. ¡Adulaban al pueblo, no le elevaban. Halláronse con no ser sino falsos profetas. Los otros, los testigos del Dios justo y santo, no han con-

1 M. Sabatier se fija en ciertos profetas de profesión, en los profetas en el sentido amplio. Véase en Tobac, *o. c.*, t. I, cap. II, art. III y p. 59 lo que distingue a éstos de los "nebiim" cananeos. No tratamos aquí sino de los profetas de vocación personal, "testigos del Dios justo y santo."

ducido al hebraísmo a la conciencia de su vocación religiosa, sino mediante una lucha secular y dolorosa contra la idolatría y la inmoralidad hereditarias." [1]

3. ¿Menester será DUDAR DE SU INTELIGENCIA SELECTA, y de su trabajo obstinado y fecundo? Mas explicad en tal caso *cómo han podido, todos indistintamente, elevarse más aprisa y más alto que un Platón y un Aristóteles;* por qué medios su doctrina austera de un Dios sin imagen, maestro invisible, absoluto y universal del mundo, celosamente cuidadoso de la santidad moral de sus adoradores, ha sido impuesta a un pequeño pueblo grosero, cuyo genio no es sino imaginativo, cuyo pensamiento se presta apenas al grado elemental de abstracción que lleva consigo el empleo de adjetivos, cuya inclinación sensual se iba violenta y constante a los cultos idolátricos, desvergonzados y seductores, de los pueblos más civilizados y más poderosos que le rodeaban y que con frecuencia le gobernaban? [2]

En esta conquista de la verdad, los profetas no adoptan, por otra parte, las vías especulativas. La teoría no desciende laboriosamente hasta ellos; de un salto, se ha dicho, son levantados hasta ella. No se fundan ni sobre su conocimiento del mundo físico, en el que—lejos de descubrir la trama de las causas segundas y el alcance unificador de la causa primera—no ven sino la acción multiforme y universal de la divinidad; ni sobre las experiencias de la historia, porque, según las ideas del tiempo, éstas parecen proclamar la caducidad, la derrota, la nada de un Dios que permite la destrucción de su pueblo, la pasmosa catástrofe de 586. (Ez. VIII 12. XXXVIII II. Js. XLIX 14. Jer. XLIV 15-19 Cfr. Ez. XIII 10-16. Jer. XIV 13-15 XXIII 17, XXVIII 1-4).

Es trabajo perdido querer reducir el profetismo a explicaciones naturales. Objetad, si os viene en talante, que los profetas deben el fondo de su doctrina mono-

1 *Esquisse,* p. 155.
2 Hugueny, *o. c.,* p. 50.

teísta a sus predecesores de los siglos X y XI, a los documentos Yahvista y Elohista del Pentateuco, aún a los patriarcas. (M. Touzard precisa el aportamiento de cada uno en el D. A. F. C. fasc. XII col 1600-1606). Ello es retrasar la dificultad sin resolverla, y no influye eso del todo en nuestra conclusión. Porque finalmente

O Israel fué siempre monoteísta; [1] **y esto no se explica**

1 Nunca (los profetas) han tenido la pretensión de enseñar al pueblo algo que hasta entonces hubiera él ignorado; hablan, al contrario, como si quisieran poner a salvo de un olvido temporal principios admitidos por todos. Tobac, t. I, p. 70.

A. A juicio de Gunkel, dos hechos han contribuído a hacer explícito y transcendente el monoteísmo de los Judíos.

a) La aparición en Canaán de los ejércitos asirios hasta entonces victoriosos.—De conformidad con las ideas de la época, Jahvé va a perder todo su crédito si capitula delante de Assur; manifestará su primacía, su soberano dominio sobre los dioses mismos del paganismo, si llega a defender, a salvaguardar la existencia de Israel. Ahora bien, en el año 586, los profetas de aciagas nuevas anuncian como los otros que el castigo no será irreparable, puesto que un "resto" volverá del destierro, y que, al lado de este "resto", un nuevo pueblo debe formarse gracias al cual Jahvé se verá finalmente reconocido por todas las naciones de la tierra.

b) Las comparaciones que se establecieron entre la fe profética—expresada, desarrollada, enaltecida en la enseñanza—y el culto que los Judíos ejercían, los himnos que cantaban en el curso de sus asambleas piadosas. Estas dos concepciones se fecundaron una a la otra; su aproximación dió lugar a una síntesis.

A la sazón una fuerza espiritual invencible local o étnica distinta de la que hacia de Jahvé el Dios de Israel habitando en Sión: es él el Dios de los Judíos, sin duda, mas también el Dios del mundo. Se manifiesta en Jerusalén, aun cuando esté en todo lugar.

B. ¿Es necesario restringir el estudio del monoteísmo a la época de los profetas, o se puede remontar sensiblemente más allá? A través de toda la historia israelita, en tanto que la masa del pueblo se acomoda a las infiltraciones paganas de Canaán, vemos a los representantes autorizados del culto y a ciertos grupos de entusiastas profesar las puras creencias monoteístas. Y aun éstas se reflejan hasta en las fuentes:

a) Cuando el redactor utiliza los relatos babilónicos de la creación, los exorciza, arroja las divinidades que los infectan y apresúrase a instalar a Jahvé en lugar suyo.

b) Abrahán, el antepasado de los Hebreos, es un adorador del Dios único, que le protege poderosamente contra el rey de Egipto.

c) Su fe la lleva hasta tanto en el corazón que se expatria para salvarla: se manifiesta ella de una manera perfecta en el encuentro del patriarca con Melquisedec.

Ahora bien, se puede demostrar el valor auténtico e histórico del relato con que argüimos.

Autenticidad. El capítulo XIV del Génesis parece ser un trabajo de adaptación, el empleo o el servicio de una fuente distinta de los libros del Antiguo Testamento, cuneiforme, contemporánea de los acontecimientos que refiere. Driver propone muchos motivos que fundamentan esta opinión. a) Un Judío no habría nunca escrito el versículo 13 en el que se habla de Abrahán como de un extranjero. b) El documento original era tan viejo y de una tal marca babilónica que el compilador no ha podido reconocer, sin duda, una y otra ciudad de las que la pieza hacía mención. Así Salem = Jerusalén, en babilonio Our Salimou, mas el Génesis desatiende

fuera de la revelación, puesto que todos los demás pueblos, comprendidos los de su propia raza, son de hecho politeístas en la época en que comienza para ellos la historia.

O Israel, procedente del politeísmo común a todos los demás pueblos y a los semitas, sus hermanos, ha llegado por sí mismo al monoteísmo, y esto tampoco no se explica, puesto que no tan sólo ningún [1] pueblo no da el ejemplo de semejantes evoluciones, sino que aún todos sufren la evolución. [2]

el determinativo ourou usado en esta lengua delante del nombre de las ciudades. c) Amraphel se confunde probablemente con Hammourabi, quien vivió muchos siglos antes de Moisés. Vasallo del rey de Elam, Hammourabi no juega aún aquí el gran papel, no es aún el hombre ilustre que la historia nos pinta; y esto garantiza la naturaleza arcaica del relato.

Historicidad. Para reducirla a polvo, no faltan quienes pretenden que los patriarcas son personajes ficticios:

Cuidadoso de explicar los principales acontecimientos de su historia, el pueblo judío habría, de esa suerte, personificado a las tribus. Con todo, esta hipótesis no se aviene bien con los hechos; una sencilla comparación basta para establecerlo. Lejos de haber sido creados con ese designio, Esau y Jacob, por ejemplo, no han podido ser identificados sino con inmensa dificultad con Edom e Israel; porque presentan muchos caracteres opuestos. Esau carece de inteligencia, en tanto que la sabiduría de Edom goza de una gran nombradía (Jer. XI, IX 7, Baruch, III 22); Jacob es un tímido, Israel, en cambio, consigue esplendorosas victorias. Por otra parte, el libro de los Jueces no asigna antepasados a las tribus, sino habla de jefes que las conducen. Observemos finalmente que la tradición israelita no contiene ni mitos ni consejas: vanamente se buscaría ahí historias de dioses que tienen por acompañante un hombre o seres sobrenaturales de naturaleza divina. Lo volveremos a repetir de nuevo aquí, ello manifiesta su monoteísmo.

1 Por sí mismo, porque volveremos a decirlo, no son los profetas quienes hayan podido crear el monoteísmo.

En primer lugar, porque se habrían hecho lapidar o vuelto ridículos. Pero no, "los reyes a los cuales no han cesado de echar en cara sus vicios, los sacerdotes cuyos intereses combaten declarando los sacrificios inútiles, son ellos mismos ganados por la doctrina nueva."

Luego, porque habrían debido hacer creer al pueblo que había siempre sido monoteísta. "Un inmenso fraude literario, una revisión hecha de toda la literatura hebraica transporta al tiempo de Moisés las ideas que eran nuevas en el octavo siglo antes de Jesucristo. Una historia mentirosa hase inventado. Esta historia está grabada no solamente sobre todos los rollos o volúmenes escritos, sino en todas las memorias y en todas las conciencias. Pasa sin alteración de generación en generación. Es transmitida de los judíos a los cristianos. Ahí, estudiada, meditada, comentada durante veinticinco siglos por la más noble parte de la humanidad, esta historia parece natural y verosímil... Es necesario llegar al siglo XIX para que uno o dos profesores holandeses, algunos alsacianos y dos o tres alemanes, desgarrando el velo tendido desde el tiempo de Esdras delante de los espíritus, reconocieran el fraude y enseñaran al mundo la verdadera historia de Israel." De Broglie. *Les nouveaux historiens d'Israel. Le Correspondant*, 1888, t. CXV, pp. 690-692.

2 *Extrincésime,* Rev. prat. d'Apol., 1.° dic. 1908.

—El profetismo toma cuerpo, pues, manifiestamente, y se desarrolla, merced a una

CAUSA SOBRENATURAL

1. Al paso que todo escritor reivindica la propiedad de su obra, la originalidad de sus construcciones mentales,—los narradores sagrados, los salmistas, los intérpretes de la sabiduría lo mismo que los demás—los profetas rehusan reconocer su mensaje como el fruto de su genio propio, se consideran instrumentos, refiriendo a Dios lo que saben o lo que ven. "Jahvé, declara Amós, me tocó mientras yo iba tras del ganado y díjome: ve, profetiza a mi pueblo de Israel". (VII 15). Isaías oye la voz del Señor: "vé, y di a este pueblo" (VI, 6-10). "La palabra de Jahvé, refiere Jeremías, me fué dirigida de suerte"; y el pobre agrega como quiso rehuir su tarea (I 2-10, XXVI 12-15). Ezequiel describe también de qué manera el Espíritu divino le invade y le domina (I 3, II 2-5, III 22, XXXIII 22, XXXVII 1) Y sus discursos empiezan generalmente con esta fórmula instructiva: Oráculo de Jahvé... Así habla Jahvé.—Nuestros adversarios mismos no lo discuten. "Esta convicción íntima de los profetas israelitas, dice Kuen, es un hecho de la mayor importancia. Vemos ahí hombres que no pueden hallar expresiones sobrado fuertes para representar el poder y la majestad de Jahvé, que tienen un sentimiento vivo y profundo de su nada en presencia de El; sin embargo, a pesar de la distancia que de El les separa, declaran solemnemente que son admitidos a sus consejos y transmiten su palabra." [1]

Sin duda permitido es a cada cual atribuirse un contacto inmediato con la divinidad, y los profetas de pacotilla no se descuidan de hacerlo. Mas existe entre éstos y los otros una doble diferencia.

a) Los falsos profetas no son en el fondo sino el eco del sentimiento y de las ideas populares; por

1 Citado por Condamin, *o. c.*, col. 396-397.

egoísmo, ambición o sórdida avaricia, adormecen la conciencia pública no prediciendo sino la derrota de los enemigos, la victoria y la paz, sobre todo ante el amago de grandes calamidades. *Los verdaderos legados de Dios, hombres santos y austeros,*[1] *afrontan la contradicción y la persecución.*

b) *Para acreditar su mensaje, ofrecen algunas veces señales, prodigios,* (Is., VII, 11; Jerm., XXVIII, 16)[2] *o predicciones de hechos cercanos* (Amos, VII, 17; Is., VII, 16, ss; VIII, 1, ss, 18; XXII, 15, ss; Jer., XX, 4-6; XXVIII, 15, ss; XXIX, 32; XLIV, 29). Ahora bien, los acontecimientos se encargan de llevar debidamente a la práctica su palabra.[3]

* * *

Y por que todas las explicaciones naturales nada explican, podemos, pues, creer a los Profetas en fuerza de su palabra acerca del origen de esta religión profética, cuyo centro lo forma el monoteísmo.

Es verdaderamente Dios quien la ha querido y quien la ha revelado.

1 "Representar a los profetas hebreos como unos EMBUSTEROS, dice Kuenen, es cosa tan absurda como chocante, no cabe duda de ello; con toda la energía de nuestra convicción, rechazamos por nuestra parte ese modo de ver; emitir acerca de ellos un semejante juicio en presencia mismo de sus escritos, es ello cegarse voluntariamente".—Todos los exégetas de algún valor han abandonado la acusación de impostura proferida en otro tiempo por Renán contra un Isaías y un Jeremías.

2 Cfr. Tozac, t. c. II, pp. 66-68 y 262.—"Que si tú dices en tu corazón: ¿Cómo reconoceremos la palabra que Jahvé no habrá dicho? Cuando un profeta te habrá hablado en nombre de Jahvé, si lo que él ha dicho no llega y no se realiza, allí hay una palabra que Jahvé no ha dicho. El profeta ha hablado por orgullo: no tendrás miedo de él." Comp. Jeremías, XXVIII 9.

3 Ello muestra cuán vanas son las hipótesis refinadas de los incrédulos. "Esta inspiración divina, escribe M. Augusto Sabatier después de Kuenen, esta inspiración divina no tiene ya nada de equívoco o de malsano. No es otra cosa que la obsesión interior de un gran pensamiento y de un irresistible deber que llenaban su alma y cuyo origen psicológico escapábase a su conciencia." — "Maduración subconsciente de ideas seguida de explosión", dicen los discípulos de W. James. Pero...

1.° La hipótesis no cuadra con los hechos; porque el trabajo inconsciente, la lenta maduración que preludia siempre, se nos dice, a la aparición brusca de la idea clara y fuerte en el campo de la conciencia, acontece frecuentemente faltarle al profeta.

2.° La hipótesis contradice una aserción constante del profeta auténtico: Jahvé le ha hablado, realmente hablado, en forma de ser con toda

Según una afortunada fórmula: "La sabiduría no ha hecho sino pasar al seno de las naciones; es en Israel donde ella ha elegido domicilio".

Ahora bien, lo hemos dicho al comenzar este estudio, el profetismo de Israel ha tenido como fin principal el preparar los caminos a Jesús.

II

EL PROFETISMO DE ISRAEL TUVO COMO FIN PRINCIPAL PREPARAR EL CAMINO A JESUS

Cuando se considera que, desde los comienzos del mundo, la esperanza o la adoración del Mesías subsiste sin interrupción; que se han hallado hombres que han dicho que Dios les había revelado que debía nacer un Redentor que salvaría a su pueblo...; que ellos (los profetas) han dicho que la ley que tenían no estaba sino esperando la del Mesías; que hasta entonces sería ella perpetua, mas que la otra duraría eternamente...; que finalmente ha llegado Jesucristo... Esto es admirable.

Pascal

EL MENSAJE PROFETICO

Anunciar castigos y recompensas, predecir el triunfo de las naciones paganas y su caducidad final, describir con palabras de fuego las pruebas de Israel y su restablecimiento, todo ello para salvaguardar el monoteísmo —esta religión tan santa, absolutamente única, que debe

seguridad reconocido, en forma milagrosa. "No se conoce ejemplo de un profeta que se haya ofrecido espontáneamente para su misión. Esta misión le es impuesta como una necesidad contra la cual luchan en vano por substraerse de ella." W. Sanday.

3.° y sobre todo, la hipótesis no explica ni el cumplimiento de ciertas señales ni la realización de las profecías. Que sea físico o psicológico (Cfr. Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús*), todo milagro adquiere realce de Dios, de su poder o de su luz sobrenaturales. (Cfr. Pablo Buysse, *Los fundamentos de la Fe.*)

desplegarse un día, y florecer, en una religión más perfecta aún, definitiva, y conquistando el mundo por el ministerio de los Judíos—, esa era en primer lugar la misión de los profetas. Los ojos y los corazones concentrábanles, pues, les fijaban en la gran obra futura de un prestigioso obrero.[1]

LA OBRA

1. Jahvé, decían, es el Dios de Israel, el único que merece un culto de adoración. Si reina ya sobre todos los pueblos, en el sentido de que ha presidido su origen y de que les conduce a su destino, un tiempo vendrá en el que obtendrá por doquiera la adoración y el culto; *entonces, la Religión de los Hebreos será verdaderamente la de la humanidad.* El profetismo declara y vuelve repetidamente a esta idea como a su *leit-motiv.* Vedles cual describen a las gentes de más allá de los ríos Coush, los Etiopes de alta estatura, de piel rosada, hombres fuertes y conquistadores, temidos en muchas leguas a la redonda, o los ciudadanos de Tiro, lugar de depósito o escala comercial del Oriente; llevan a Dios, con sus homenajes, unos ofrendas, el producto de su tráfico otros (Is., XVIII, 7; XXIII, 15-18).[2] Oíd el anuncio de que en el país de Egipto, se prestará juramento al señor de los ejércitos; allí tendrá su altar y su obelisco, y se disfrutará allí de favores hasta entonces reservados a Israel (XIX, 18-19-24).[3] En otra parte, con rasgos magníficos, el vidente evoca la santa montaña: excede a todas las demás, el templo de Jahvé, la domina y procesiones de pueblos suben hacia él (II, 2.

1 Dos observaciones a este propósito:
1.° No hablamos aquí de las predicciones a breve plazo, de las que el P. Condamin examina las principales en el artículo citado del *Dictionnaire Apologétique,* col. 407-409.
2.° Estudiando las profecías mesiánicas según "el método de las grandes líneas", por razón de oportunidad, no intentamos olvidar "el método de las previsiones detalladas." En nuestro primer volumen, *La Iglesia de Jesús,* le hemos por otra parte dedicado buen espacio. Cfr.
2 Cfr. Tobac, *o. c.,* t. II, pp. 89, 102 y 83.
3 Ibid., pp. 90-92.

Miqueas, IV, 1-5).[1] No por cualquier motivo político, eso nada importa: saben que de Sion debe de salir la Ley y de Jerusalén la palabra divina; lo proclaman sin titubeos: no hay Dios sino en medio de ti y no hay ningún otro, absolutamente ningún otro... (Is., XLV, 14.)[2]

2. Ahora bien, el principal artífice de esta obra, Jahvé, obrará por la intermediación de los Israelitas. "Yo te guardo y hago de ti la alianza del pueblo, la luz de las naciones, para que sean abiertos los ojos de los ciegos, para que salgan de la cárcel los cautivos, de su calabozo aquellos que están sentados en las tinieblas" (Is., XLII, 6-7). Antes, había dicho a Abrahán: "Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré. Yo te haré cabeza de una nación grande, bendecirte he, y ensalzaré tu nombre. Tú serás una bendición: Bendeciré a aquellos que te bendecirán, y al que te maldijese yo le maldeciré, y todas las familias de la tierra serán benditas en ti" (Gen., XII, 1, 3).

Sin duda, los oráculos parecieron varias veces frustrarse. El reino del Norte conoció las supremas convulsiones de la agonía; las invasiones asirias desolaron el reino del Sur, y luego, vino el destierro; mas jamás los profetas decayeron de ánimo. "Como lo hace notar Bruce, por un fenómeno único en la historia, han todos creído en la perpetuidad de Israel, y lejos de abatir su denuedo, las calamidades inauditas de su nación no han hecho sino enrobustecer su fe y avivar más y más sus esperanzas. Reparemos muy bien en ello, esta fe en el porvenir no es el hecho de algunas individualidades poderosas a las que no hay prueba que descorazone, es la de toda una escuela que ha hecho participar a la nación entera de las esperanzas más inverosímiles, dado el estado lamentable de Israel después de la destruc-

1 Ibid., pp. 19-21.

2 Privados del espacio debemos hacer una selección entre las profecías. Léanse, además de los textos citados, Jer. III 17, Ezequiel XVII 23, Zacarías II 11, VI 15, VIII 20-23.

ción de Jerusalén."[1] Reducido a no ser nada, dice M. Labourt, espera llegar a serlo todo.

Oseas había anunciado que Jahvé sanaría la infidelidad de su pueblo, y, amándole de corazón, pondría tregua finalmente a su cólera, con tal que los corazones volviesen a El de nuevo y quisieran conformarse a sus designios providenciales (XIV II, 2-6-7-14). Isaías prevé a la sazón que Dios lavará las manchas de las hijas de Sión y purificará a Jerusalén de la sangre que la cubre de oprobio (IV, 4): obscura durante el día y brillante durante la noche, una nube la cubrirá, poniéndola al abrigo de los peligros; las lágrimas cesarán entre ellas, el opresor habrá desaparecido, Jacob cantará el nombre de Jahvé, entre tanto que aquellos que tenían el espíritu descarriado aprenderán la sabiduría y aquellos que murmuraban recibirán la instrucción (XXIX, 19-24). Oíd a Jeremías. En vísperas de la cautividad,[2] prevé el jubiloso retorno de todo Israel al país de Canaán: "Edificarte he yo todavía, y tú serás reedificada... tomarás tus tamboriles y avanzarás en medio de danzas alegres. Tu plantarás de nuevo tus viñas sobre las laderas de Samaria" (XXXI, 4-5-7-9). Gracias a la penitencia la nación como una esposa abrazará con sus brazos a Jahvé su esposo,[3] y no querrá más separarse de El (18-22). Llegará a ser su testigo en medio de los pueblos y, por consecuencia, su reina y su dominadora (Is. LV, 4, cfr.; Is. XLV, 22-25).

3. El profetismo trae a la mente también la idea de que el triunfo del Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, finalmente llevado a cabo por la mediación de los Hebreos, señalará los principios de una Sociedad Nueva. "Tú llamarás a la nación que no conocías, y las naciones que no te conocían correrán a ti, por causa de Jahvé, tu Dios, y del Santo de Israel, porque El te ha

1 Mons. Mignot.

2 Es en las horas más sombrías de la historia del pueblo de Dios cuando los horizontes más luminosos se descubren a la vista del profeta." Crampon.

3 Cp. *R. P. A.* 15 agosto 1912. Condamin. *Chronique Biblique,* p. 794.

glorificado!" (Is., IV, 5.) Jeremías distingue lo que san Pablo debía llamar un día el Israel según la carne y el Israel según el espíritu. Hase terminado la solidaridad con los pecados de los padres (XXXI, 29). Cada uno morirá por sus propias iniquidades (30). No son por más tiempo los Israelitas de raza aquellos a quienes Dios llamará sus hijos, y a los que hará su pueblo, sino los justos solamente, todos aquellos que procuran que la ley divina reine en su corazón y que le someten su voluntad.[1] Ezequiel vuelve a tratar este tema, muy duro a los oídos judíos (XVIII);[2] mezcla también confortadoras promesas, porque "las naciones sabrán que soy el Señor Jahvé, cuando yo me santificaré en vosotros a sus ojos" (XXXVI, 23, cfr.; XI, 16-20). Los v. v. 25-27 comentan estas últimas palabras y predicen la regeneración interior que el Espíritu de Dios producirá en la nueva alianza. Con el objeto de que pueda recibir la afluencia de los pueblos (II, 15, cfr.; VI y VIII, 20-23), Jerusalén, dice Zacarías, será reedificada sin murallas (II, 5-9). Ageo ve surgir allí un santuario nuevo en el que los paganos mismos aportarán sus tesoros y sus riquezas. Entonces reconciliados entre sí con Dios, los hombres gozarán de una paz profunda y de una entera seguridad bajo el gobierno de Jahvé: ello será el "regnum Dei" (II, 3-9, cfr.; Is., IX, 6; LX, 18; Miqueas, V, 4; Joel, II, 10-19; IV, 17, etc.).

* * *

1 El profeta habla hasta del Nuevo Testamento, (v. 31), de la nueva alianza perpetua (v. 32). — "La expresión de καινὴδια θήκη el "Nuevo Testamento", no se halla más por otra parte en los libros de la antigua ley. Ha sido tomada de nuevo por los libros de la nueva alianza (Luc. XXII, 20; I Cor. XI, 25; II Cor. III, 6; Hebr. VIII, 8-13; X, 15-18).

Los caracteres de la nueva alianza que Jeremías enaltece aquí, son los siguientes: a) será perpetua (32); b) llevará consigo la remisión de los pecados (34); c) reposará sobre una ley interior presentándose al hombre no más como una obligación viniendo de fuera, sino como la expresión de la voluntad santificada del fiel (33); d) será una fuente de conocimiento de Dios más perfecto, más universal y más íntimo (34). Las epístolas de S. Pablo constituyen el mejor comentario de estas célebres palabras de Jeremías." Tobac.

2 Cfr. Tobac, t. II, p. 355-366.

Detengámonos un instante para reflexionar sobre lo dicho. ¡Qué quimera de conquistador apasionado, arrebatado, no se ofrece a nuestra consideración!

Ahora bien, el tan reducido pueblo que acaricia esta quimera no puede apoyarse sino sobre fuerzas militares absolutamente irrisorias, ningún prestigio político le rodea, y reparad: no habita sino en un trozo de tierra. "Jamás, dice Mons. Mignot, jamás pueblo alguno hase creído llamado para llenar semejante destino en la historia, no ha habido pueblo que se haya creído inmortal. Jamás Amón, Moab, Edom, Damasco, Tiro, Sidón, han soñado sobrevivir a sí mismos ni sobre todo agrupar en derredor de un rey ideal de su raza todas las naciones del mundo. Hubiera ello sido un delirio. A sus ojos, como a juicio de los sabios de Grecia y de Roma, las naciones nacen, se engrandecen y desaparecen como los individuos. Los antiguos colocaban la edad de oro en sus primeros tiempos de existencia; ninguno, salvo el pueblo judío, ha llegado a ponerla al declinar de la vida." [1] *¿A qué, pues, atribuir esta fe exclusivamente propia de Israel?*

¿Por qué razón hombres de espíritu particularista, como los que más, y que con relación a los extranjeros sienten por ellos casi enojo u odio, cómo es, preguntamos, que quieren abrir sus filas a los paganos dispersos por la tierra? ¿Cómo es que aceptan ver transformarse y hasta cambiar una religión divina, cuya perfección halaga su orgullo no menos que estimula su alegría, y que, de padres a hijos, la llevan profundamente en sus entrañas? Estas *contradicciones aparentes,* lo diremos una vez más, las enseñanzas de los profetas las han motivado.

La historia lo muestra; y cuán interesante no fuera probar aquí con nuevas razones que **el profetismo judío es la obra de Dios, puesto que Dios sólo ha podido dis-**

1 *O. c.*

poner de esa suerte, en el sucederse los siglos, la inteligencia y el corazón de todo un pueblo...

Mas entre tanto que los profetas evocan estas maravillas, ven, a través de rasgos que van acentuándose cada vez más,

AL OBRERO

de la gran restauración nacional, al Mesías.

1. DEBE DESCENDER DEL REY DAVID, cuya casa y cuyo reino, había dicho Natán, serán para siempre asegurados por Jahvé, y el trono firmemente consolidado (II, Sam., 16-17). "Oye, casa de David, exclama Isaías unos trescientos años después de esta primera predicción... Jahvé mismo os dará una señal:[1] he aquí que la virgen ha concebido y da luz a un hijo, y le da el nombre de Emmanuel" (VII, 13-14). "Un hijo nos ha nacido, canta aún el profeta,[2] un hijo nos ha sido dado. El imperio está sobre sus espaldas y se le llama el consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la paz:[3] con el objeto de extender el imperio y dar la paz sin fin al trono de David y a su cetro, de establecerle y afianzarle mediante el derecho y la justicia, desde ahora y para siempre. El celo de

1 Acerca de esta célebre y difícil profecía del Emanuel, ved lo que dice Tobac, *o. c.*, t. II, pp. 46-48. (Isaías) "anuncia a Acaz que Dios mismo dará una señal a la casa de David, más una señal de toda una otra naturaleza que aquella que el rey habrá podido obtener de buen principio (4-13). Todavía, esta nueva señal, como la primera, deberá mostrar a Acaz que Jahvé quiere salvar a su pueblo por sí mismo, sin el socorro de los hombres; y el profeta, antes de aducir el signo, afirma aún otra vez solemnemente esta voluntad salvadora del Dios de Israel, prediciendo el nacimiento sobrenatural del Mesías, del Emanuel, garantía del auxilio divino... En cuanto al signo, es la devastación próxima del país... por aquellos mismos de quienes (Acaz) esperaba el libramiento y la salvación (15-25)".—El versículo 14... contiene la afirmación de la salvación por Dios solo, no solamente sin el auxilio de ejércitos extranjeros, sino aun sin el auxilio de las fuerzas de la casa de David, porque Emanuel nacerá de una virgen sin el concurso de un hombre."

2 Opone un brillante cuadro de los tiempos mesiánicos a la sombría pintura de los males que las dos casas de Israel habrán de sufrir de parte de los Asirios.

3 Cfr. Tobac, t. II, p. 34, notas. Desconcertadas por las expresiones de Isaías, los Setenta no osaron reproducir la valentía, y suprimieron todos los títulos otorgados al Mesías en el texto original para reemplazarlos por el ángel del gran consejo". Véase Condamin *Le Livre d'Isaie*, p. 58.

Jahvé de los ejércitos llevará a cabo esta obra." (IX, 5-6 cfr.; XI, 1-2, 6.)

Luego Miqueas señala con el dedo la ciudad donde nacerá el Salvador: "Y tú, Betlehem la fértil, pequeña entre los principales lugares de Judá, de ti me provendrá uno que sea dominador en Israel" (VI).[1]—Pasa un siglo. Con un paso grave y acompasado que hace resonar las montañas cananeas, las tropas de Babilonia conquistan Jerusalén. Los desgraciados judíos son ya entregados a los estragos horrorosos de la guerra. "Los días vienen, les promete sin embargo Jeremías, en los que yo suscitaré de David un vástago justo; reinará como rey, será sabio, y obrará con rectitud y justicia en el país. En sus días, Judá será salvo, Israel habitará tranquilamente. Y he aquí el nombre con que será llamado: Jahvé nuestra justicia." (XXIII, 5-6).[2]

Más tarde, hacia el año 586, en ocasión de que, sentados en los márgenes de los ríos de Babilonia, los Judíos hechos cautivos lloraban y suspendían sus arpas en los sauces, como instrumentos en adelante inútiles: "Yo les suscitaré, profetiza Ezequiel, un solo pastor que les conducirá a los pastos, mi servidor David; es él quien les apacentará, y es él quien será su pastor. Yo, Jahvé, yo seré su Dios. Y mi servidor David será príncipe en medio de ellos. Yo, Jahvé, yo he hablado." (XXXIV, 22-24.)[3]

2. Hecho extraño y que parece contradecir los datos adquiridos hasta aquí: ciertos profetas anunciaron que DIOS MISMO VENDRÍA A SALVAR Y SANTIFICAR SU PUEBLO, directamente, sin la intermediación de los hom-

1 "Si relacionamos la profecía con su exégesis tradicional y con su cumplimiento, debemos afirmar que Miqueas ha querido darnos a conocer (no solamente la descendencia davídica sino) también el lugar de origen del Mesías". Tobac. t. I pp. 260-268. Tomado aparte, el texto soporta esta interpretación; no la impone.

2 "El germen justo" designa al Mesías (Jer. XXXIII, 15. Is. IV 2, Zac, III 8, VI 12), es procedente de la casa de David. (Jer. XXX 9).

3 El nuevo David que Jahvé suscitará para apacentar a su rebaño es, sin duda alguna, en el espíritu de Ezequiel, el Rey Mesías en quien el tallo de David espera su perfecto desenvolvimiento. Amós, Oseas, Miqueas y Jeremías nos han ya pintado el Mesías como siendo de algún modo una resurrección de David". Tobac.

bres. "El sol no te iluminará ya durante el día, y; la luna no te esclarecerá con su lumbre: Jahvé será para ti una luz eterna, y tu Dios será tu gloria... Tu pueblo no contará sino justos, y ellos poseerán el país para siempre, ellos el renuevo que he plantado, la obra de mis manos creada para mi gloria." (Is., LX, 19-20.)

Cuando, en el año 520, los judíos que habían regresado del destierro labraban con mano cansada las piedras que habían de servir para edificar el nuevo templo, Ageo reanima su enardecimiento diciendo: "Una vez aún y esto será dentro de poco, y pondré en movimiento los cielos y la tierra, la mar y el continente. Yo pondré en movimiento todas las naciones, y los tesoros de todas las naciones vendrán; y henchiré de gloria esta casa, dice Jahvé de los ejércitos." (Ageo, II, 6-7.) [1] "En aquel día, precisa Zacarías, Jahvé llegará a ser rey sobre toda la tierra... las naciones subirán cada año a Jerusalén para prosternarse en presencia de El..." (XIV, 9, 16.) Finalmente, hacia el año 450, cuando el culto oficial ha sido restaurado, la palabra de Dios resuena de nuevo: "He aquí que envío yo mi mensajero, prepara el camino delante de mí, y al instante vendrá a su templo el Señor a quien buscáis, el ángel de la alianza que deseáis.[2] He aquí que El viene..." "...Y yo os envío a Elías el profeta, antes de que venga el día de Jahvé, grande y formidable: Reunirá el corazón de los padres con el de sus hijos y el corazón de los hijos con el de los padres, no sea que yo venga y hiera el país con anatema." (Malaquías, III, 1; IV, 5-6.)

3. Por otra parte, en el curso de una visión céle-

1 Una vez más=en oposición con los fenómenos que se producen en la naturaleza cuando Jahvé desciende sobre el Sinaí para fundar el Antiguo Testamento. Yo pondré en conmoción los cielos y la tierra expresión figurada que se halla en la descripción sinóptica de la parusía; se trata tal vez sencillamente de las transformaciones políticas y sociales que sufrirá entonces la sobrehaz del mundo.

2 "Son numerosos los pasajes del A. T. en los que el ángel de Jahvé parece idéntico con Jahvé mismo", dice M. Tobac. Es evidentemente el Señor quien viene a su templo, el Dios del juicio que los Judíos esperaban. Cfr. Malaquías II 7.

bre, Daniel vió al Salvador BAJO LAS APARIENCIAS DE UN HOMBRE; mas se aparecía entre cielo y tierra, sobre las nubes, en presencia de Dios. "Y le fué dada dominación, gloria y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su dominación es una dominación eterna que no pasará, y su reino no será jamás destruído." (VII, 9-14.)

4. Finalmente, entre todas las profecías, las más conmovedoras se refieren a un personaje misterioso, APACIBLE, PREDICADOR Y PACIENTE MAGNÁNIMO, centro de atracción para las multitudes paganas, desechado por parte de su pueblo al que rescata, exaltado, glorificado solamente después de su muerte: el servidor de Jahvé. "He aquí a mi servidor al que yo sostendré, mi elegido en quien mi alma se complace. He puesto mi espíritu sobre él, difundirá la justicia entre las naciones. No gritará, no voceará, no dejará oír su voz en las calles. La caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha que está a punto de morir. Anunciará la justicia en verdad. No se debilitará y ni se dejará abatir hasta tanto que haya establecido la justicia sobre la tierra. Y las islas esperarán en su ley." (XLII, 1-4.) "El Señor, Jahvé, dice, me ha dado una lengua de discípulo, para que sepa yo fortalecer con mi palabra a aquel que está abatido. Despierta, cada mañana, despierta mis oídos para escucharle como escuchan los discípulos. El Señor, Jahvé, me ha abierto los oídos, y yo no me he resistido, no me volví atrás. Entregué mis espaldas a los que me azotaban y mis mejillas a los que mesaban mi barba. No escondí mi rostro a los ultrajes y a las salivas." (L, 4-6.) "1. ¿Quién, pues, agrega el profeta, creerá lo que hemos oído, y el brazo de Jahvé a quién será revelado? 2. Se ha acrecido grandemente en presencia de él como un renuevo, como el tallo de una raíz en tierra árida. Sin gracia, sin esplendor para atraerse las miradas, y sin belleza para agradar. 3. Menospreciado, el desecho de la humanidad, hombre de dolor y familiar del padecer; delante de quien se vela la faz, menospreciado

y a nuestros ojos, ¡nada! 4. Mas él ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos, y se ha cargado con nuestros dolores; y aparecía a nuestros ojos castigado, herido de Dios y humillado. 5. Traspasado ha sido por nuestros pecados, molido por nuestras iniquidades. El castigo que nos salva ha pesado sobre él y por sus llagas somos curados. 6. Todos, éramos errantes como ovejas; cada uno seguía su propia senda, y Jahvé ha hecho recaer sobre él la iniquidad de nosotros todos." (LIII, 1-6.) "10. Mas plugo a Jahvé pulverizarle, afligir su alma como la de un culpable. Verá una posteridad, multiplicará sus días, en sus manos la obra de Jahvé prosperará. 11. Librado de los tormentos de su alma, le verá; lo que de El conocerá colmará sus deseos. El justo, mi Servidor, justificará multitudes, se cargará con sus iniquidades. 12. Es por esto que le daré como herencia las multitudes; recibirá muchedumbres como su parte de botín." (LIII, 10-12.)

Que haya o no, alguna vaga relación entre estas páginas y ciertos documentos cuneiformes;[1] que los seis últimos capítulos de Zacarías sean en realidad de un autor más reciente; que comentarios post-exilianos abarquen nuevamente los oráculos contra Tiro y acerca de Egipto, contenidos en Isaías; que este último nombre ampare a algunos videntes, cuyos escritos habrían sido agrupados a causa de su carácter mesiánico, ello es muy interesante, sin duda, desde el punto de vista exegético, y los profesionales se ocupan en eso con no menos ciencia que celo;[2] mas tales cosas no son de una importancia esencial para nuestra demostración.

LA AUTENTICIDAD

que interesa a la apologética se confunde con la

1 Tobac, *o. c.*, II, p. 193.
2 Van Hoonacker: *Les douze petits prophètes*. Condamin: *Le livre d'Isaïe — Le livre de Jerémie*, son los que están más al alcance de todas.

anterioridad de los textos a los acontecimientos que anuncian; ahora bien, ésta no ofrece duda alguna.[1]

1. La versión de los Setenta, que reproduce estos textos en su integridad substancial, data de alrededor de tres siglos antes de Jesucristo. Los Judíos de Alejandría la veneraban de tal suerte que celebraban cada año la fiesta conmemorativa de su publicación.[2]

2. Comprendía también, o abrazaba, estos textos el canon israelita al cual, dice Josefo, se profesaba *un tal respeto* que nadie habría tenido nunca la audacia de cercenar la menor letra, ni de añadir o de cambiar absolutamente nada. Los abarca completamente. Cuando los cristianos los reivindican, y los utilizan contra los Judíos, éstos no protestan en modo alguno, por cuanto reconocen en ellos como nosotros su carácter auténtico.

3. Y luego, la historia nos lo enseña:

a) *La expectación mesiánica es un hecho admitido por todos.*

Una multitud de rasgos en el Evangelio nos lo ates-

1 Un racionalista, M. Ernesto Havet, ha sostenido "la modernidad de los profetas". Mas "esta novedad, escribe en la *Revue de Deux-Mondes,* esta novedad no tuvo éxito feliz alguno, ni en el momento mismo ni después. Los hebraizantes que han hablado de ella la han rechazado, sin dignarse ni siquiera discutirla, como una fantasía que no podía ser tomada en serio; aquellos, solamente, se han fijado en ella que no han dicho nada", t. XCIV, p. 157.

2 Razonamos sin la detención conveniente por no alargar desmesuradamente este capítulo. La autenticidad general de los libros proféticos se demuestra muy bien. Así 1°) el hecho de que la versión de los Setenta supone constantemente un original hebreo (*Recherches de Science religieuse,* oct.-dic. 1917: S. Ronzevalle, *Langues et Ecritures en Israel*) y la diferencia de estilo de los autores, aún la evolución lingüística que se sigue en sus libros, prueban que los profetas no han, como sostiene M. Naville, escrito en arameo y que nuestros textos no son una versión hebraica compuesta por rabinos judíos hacia los principios de nuestra era. 2.°) "Cuando se reconstituyen los poemas proféticos, distinguiendo estrofas y antiestrofas, que se responden por el número y el agrupamiento de versos se advierten alguna vez, aquí y allí, dice el P. Condamin, algunas palabras que rompen la simetría, una glosa; mas se ve, con mayor frecuencia aún, que versos enteros, grupos de versos, trozos considerables, tomados muy a la ligera por interpolaciones por parte de los críticos radicales, entran a las mil maravillas en el cuadro rítmico, y que entresacarles, es mutilar el poema". Véase también en las *Rech. de sc. rel.* mayo-agosto 24 un juicio crítico del P. Calès: *Huit conferences sur Jerémie.*

tiguan. Herodes no experimenta la menor sorpresa al presentarse los magos para adorar al rey de los Judíos; se pone al habla, e inquiere solamente de parte de los doctores, donde debe nacer [1] (Matth., II, 3-6). "Si sois el hijo de Dios..." insinúa curiosamente el demonio tentador [2] (IV, 3-11). Y Caifás conjura a su víctima a que responda a la cuestión suprema: "¿serías tú el Cristo?" (XXVI, 63).[3]

Mencionados quedan ya los apócrifos judíos, el libro de Henoch, el Salterio de Salomón, los oráculos sibilinos.

Mas la literatura profana suministra de su parte testimonios absolutamente perentorios. En la gran insurrección contra Roma y los levantamientos populares que la precedieron (44-66), Josefo siente palpitar la febril esperanza nacional, la convicción de que los tiempos se avecinan. Servil, amparado con el favor imperial, constando su nombre en la lista civil, llega hasta a confundir a Vespasiano con el Mesías (de Bello Judaico, VI, 5-4). "Muchos, declara Tácito, estaban persuadidos, apoyándose en la fe de los antiguos libros sagrados, que el Oriente iba a prevalecer y que de la Judea saldrían los maestros del mundo." (Hist., V, 13.) Suetonio refiere idénticamente estos particulares rumores (Vesp., IV).

b) Se distingue también en el mesianismo contemporáneo de Cristo la concurrencia de los cuatro grandes rasgos de profecía que llevamos enumerados ya.

Escribas y Fariseos esperan un reformador espiritual que dará al Templo un esplendor nuevo, a la Ley el imperio sobre todos los corazones, mas que se

1 "Herodes no creía tal vez en el Mesías, mas sabía ya por experiencia que sus enemigos podían servirse de esta arma contra él. *Antiq.* XVII II 4; *Le Messianisme chez les Juifs*, p. 16)" Lagrange.

2 Satanás ha pues oído la voz de lo alto. Sin embargo emplea una fórmula dubitativa: Si tú eres... Si sabía con certeza que Jesús es el Hijo natural de Dios, no probaría de tentarlo. Mas sabe a lo menos que Dios le ha investido de un poder sobrenatural, que es tal vez el Mesías..." Lagrange.

3 Véase también Luc. III 16 IV, 7-20, 34, VII, 18-19, etc. Lepin, *o. c.*, p. 4 ss.

propondría además la expulsión de los Romanos y la conquista del mundo. Será hombre, a secas, acreditado sin embargo, con cartas celestiales que los doctores en Israel deberán reconocer y declarar válidas. No, responden algunos exaltados, descenderá sobre las nubes, como Hijo del Hombre, desde lo alto de los cielos donde domina el Eterno. Sea lo que fuere sobre esta venida, que se manifiesta de súbito en el empíreo o, menos gloriosamente, en la cuna del hijo de David, el pueblo toma al Mesías por el legado de Dios por excelencia, su plenipotenciario. La masa le considera sobre todo como un héroe nacional, los espíritus selectos como el salvador de las almas; casi nadie, ¡oh!, concilia su gloria con los sufrimientos y la muerte del Servidor de Jahvé...[1]

* * *

Por cuanto, pues, las profecías **son anteriores de muchos siglos a los acontecimientos que anuncian,** podemos, es más, debemos comprobar si han obtenido su realización en Jesús y en su obra evangélica.

LA APLICACIÓN A JESÚS

EL MESÍAS

I. HIJO DE DAVID, Jesús lo es sin discusión alguna.[2] Si no ha reivindicado nunca este título, ello ha sido, así como lo explicaremos en el capítulo siguiente, con el fin de no estimular la efervescencia popular, y para mejor fijar la atención sobre el carácter altamente espiritual de su mensaje. Mas este nombre le pertenece.[3] José, su padre legal, se complace en llevarle (Matth., I, 20). Se sabe en Nazaret que su

1 V. más adelante la abundancia de pormenores y razonamientos sobre el particular. Cfr. Pablo Buysse. La Iglesia de Jesús.

2 No nos apoyamos sobre las genealogías de Mateo y de Lucas, que despiertan dificultades por otra parte bien resueltas. Con esta reserva, osamos decir que las objeciones de los racionalistas son verdaderamente irrisorias. *Dict. Théol.* fasc. LXII-LXIII, col. 1143.

3 (Ad Rom. I 3, Luc. I 32).

familia es de entroncamiento davídico y las gentes de las afueras lo proclaman algunas veces (Matth., IX, 27; XII, 23; XV, 22; XX, 31; XXI, 9, 15; Luc., XVIII, 38; XIX, 37-38; Marc., X, 48;[1] XI, 9-10.[2] El mismo deja que se lo digan. Depura solamente esta apelación del sentido muy humano que le confieren el pueblo y los Escribas, insinúa que la apelación esa envuelve algo de divino (Matth., XXII, 41-45; Marc., XII, 35-37; Luc., 41-44).

II. Porque es DIOS. No hay para qué insistir sobre ello en este lugar; la demostración la llevaremos a cabo muy en breve.

III. Por otra parte, sus alusiones a la célebre visión de Daniel son numerosas y claras. HIJO DEL HOMBRE,[3] significa esto en sus labios ya, y lo más frecuentemente, un ser humano que sufre y que muere (Marc., VIII, 31; IX, 30; X, 45; XIV, 21; Matth., IX, 11), ya un personaje autorizado con prerrogativas divinas (Marc., II, 10-28), hasta alguna vez el Cristo glorificado (Marc., VIII, 38; IX, 8; XIII, 25-26; XIV, 61-62; Matth., XVII, 9; Luc., IX, 36).

IV. Finalmente, Jesús ha sido EL AMABLE PREDICADOR Y EL PACIENTE MAGNÁNIMO que canta Isaías. Los racionalistas, empero, nos salen aquí al paso; tienen

1 "Se le hace callar, no porque se proteste contra el título, sino porque sus gritos son inoportunos y parecen desplazados". Lagrange.

2 Matth. XXII 42, Marc. XII 35, y Luc. I 69 lo prueban suficientemente: los Judíos no habrían aclamado a Jesús como Mesías de no haber estado convencidos de su filialición davídica por lo demás de fácil comprobación.

3 "Habiendo permanecido hasta entonces en la penumbra de las apocalipsis judías, el título de "Hijo del hombre" se había mantenido menos inficionado que los demás, de las ambiciones terrestres de la esperanza mesiánica. A causa de ello, convenía a Jesús, quien quería, ya de buen principio, enderezar la idea que se propalaba en torno suyo acerca del reino mesiánico; para él, solo, el hombre de "Hijo del hombre" era un programa discreto, cuyo sentido aparecía manifiesto cada día más y más. Al final, se vió claramente que el Hijo del hombre no era otro que el Hijo de Dios. Entonces la lengua cristiana dejó obscurecer el primer título, que no conviene tanto al Cristo glorioso, exaltado a la derecha de su Padre. Manteniéndole en los discursos de Jesús, los evangelistas han suministrado una prueba nueva del carácter histórico de su relato". Durand, *Ev. selon S. Matthieu,* pp. 142-143.

el juego muy mal parado. "No se podrá negar, escribe M. Dillmann, que ese cuadro tan detallado no se aplique perfectamente a lo que Cristo ha mirado como obra suya, y a todo lo que el Nuevo Testamento enseña sobre la redención del mundo mediante los sufrimientos y la muerte de Cristo. Por esto, pues, con justo derecho, desde los primeros tiempos, en la Iglesia, se ha reconocido en este pasaje la más justa descripción anticipada que el Antiguo Testamento haya dado de la obra expiatoria de Cristo. Mas es sin motivo que se ha visto ahí al mismo tiempo una profecía mesiánica directa sobre Cristo." ¿Sin motivo? Imposible es, no obstante, aplicar a otros esos cantos dolorosos de Isaías; y por cuanto convienen al Mesías hasta en los pormenores, por cuanto Jesús ha tan perfectamente realizado sus cuadros que han venido a ser como un quinto Evangelio, nuestra tesis prevalece fácilmente.

PRUEBAS NEGATIVAS

1. El siervo de Jahvé no representa al ISRAEL HISTÓRICO, porque el profeta les distingue a ambos uno del otro; distingue el Justo (L, 4, 5; LIII, 9, 11) del pecador (XLII, 19-20; XLVIII, 24-28; XLVII, 4, 8, 10, 18; LIII, 8), el anunciador de la ley (XLII, 4-6-7; XLIX, 6) del transgresor inicuo (XLII, 19-20; XLVIII, 5-8), el Libertador (XLII, 7; XLIX, 6-9) del desterrado y del cautivo (XLII, 24; XLIII, 5-6), el intermediario de una nueva alianza (XLII, 6; XLIX, 8) del pueblo de Jahvé (XLI, 8-9).

Y luego, cabe esta pregunta: ¿cómo el Siervo podría con justeza personificar a la nación judía? Expiando, se dice, con un largo martirio los pecados y los crímenes de los paganos. Vana explicación, puesto que, en testimonio de Isaías, las naciones son todo al revés abandonadas a cambio de Israel (XLIII, 4; XLV, 14-17; XLVII, XLIX, 22-26; LI, 22-23), y el siervo ejerce principalmente su misión en beneficio de sus compatriotas (XLII, 6; XLIX, 1-6, 8; L, 10; LIII, 8).

2. No es cuestión, por lo demás, de traer a cuento el grupo de los ISRAELITAS QUE SE MANTUVIERON FIELES. No han sufrido gran cosa más que sus hermanos culpables ni en lugar suyo; mucho menos aún su muerte ha tenido un valor expiatorio. Se le puede, sin embargo, atribuir el cometido del "Ebed" que debe, asegura el profeta, reunir los santos de las diez tribus: forman ellos mismos parte de esta colectividad privilegiada.

3. Excluyamos también al ISRAEL IDEAL, aquel que existe en el plan divino sin jamás haber aparecido en la historia. Isaías no podría decir que ha sido elegido desde su nacimiento, que ha llegado a mayor, que ha sufrido, que ha muerto por los pecados del pueblo. No se comprende por otra parte que un simple concepto, que un ejemplar divino haya podido inspirar y realizar la obra de la salvación. Finalmente, no hay un solo rasgo del Antiguo Testamento que traiga a las mientes una tal idea platónica.

4. Por otra parte, todos los ensayos que se han hecho para aplicar este retrato a UN PERSONAJE DIFERENTE DEL MESÍAS, han sido estériles completamente, como atestigua el P. Condamín. Se han sacado a colación sin provecho alguno los nombres de Moisés, David, Osías, Ezequías, Isaías, Jeremías, Josías, Zorobabel, Jeconías, Eleazar. Duhm se queda a fin de cuentas con un mártir anónimo, y declara: "Nos hallamos en presencia de un enigma histórico que no resolveremos nunca".[1]

—Pero esta opinión obedece a opiniones preconcebidas, porque el cuadro representa evidentemente a Jesús.

PRUEBAS POSITIVAS

Señalemos una doble etapa.

1 P. 338.

a) **Las «Ebed Jahweh Lieder» se refieren al Mesías.** [1] Tal fué el sentir de los Judíos mismos quienes, según confesión de los más célebres rabinos, Kimchi y Abarbanel, no han abandonado el sentido mesiánico en la Edad Media sino para mejor librarse de la embarazosa controversia con los cristianos.[2]

La posición de éstos era excelente. Restaurar a su pueblo e inaugurar una era de prosperidad inaudita, no dejarse abatir hasta que él haya establecido el derecho sobre la tierra, llevar la salud de Jahvé hasta los confines del mundo, ser la luz de las naciones y el fundamento de una alianza nueva, todas estas funciones principales del Siervo son manifiestamente mesiánicas.

b) **Jesús las ha cumplido todas**—lo vamos a dejar probado dentro de poco. Mas antes veamos hasta qué punto su extraordinaria y atrayente fisonomía se parece al retrato diseñado por el profeta siglos y siglos antes.

¿No es él el bondadoso predicador que viene a traer

1 Se objeta que el Mesías, descrito con los rasgos del Siervo, no está nunca presentado como el Hijo de David, el Rey de los tiempos futuros. Mas 1.º: el profeta pone de relieve un lado nuevo, insospechado, del cometido del Mesías: el carácter redentor de sus sufrimientos; no debe pues insistir acerca de la descendencia davídica de su héroe, su realeza y los atributos que lo restante del libro daba sobradamente a conocer y que otros videntes han ya detallado. Por lo demás, 2.º: estos atributos están implícitamente recordados aquí mismo. M. Tobac, comentando los capítulos IX y XI de Isaías, ha mostrado que existe un cierto paralelismo entre la obra del Siervo y la del Hijo de David, del vástago de Jessé; y en el capítulo LV 3-4, describiendo la nueva Jerusalén, colmada de gloria por la obra del Siervo, el profeta nos dice que, en la nueva alianza, las promesas hechas a David se cumplirán: "y yo terminaré de llevar a cabo con vosotros un pacto eterno, es ello el favor asegurado a David. Yo le he establecido testigo cerca de los pueblos, príncipe y dominador de los pueblos".

2 No sería preciso, sin embargo, creer que estos "maestros" hayan aceptado la interpretación cristiana del Mesías muriendo por la expiación del pecado. Los unos multiplicaban los contrasentidos de diferentes pormenores para mantener su idea de un Mesías glorioso sin sufrimiento. Otros concedían que el Mesías sufriría, mas antes de ser investido de su misión. Algunos aceptaban que debió conocer días de pruebas y de sufrimientos meritorios para el pueblo. Ninguno quiso reconocer que el Mesías hijo de David debía morir por todos los hombres. Cuando, a partir de la época de Adriano, se habla de un Mesías que muere, no se hace eso sino de un Mesías secundario, hijo de José, y distinto del gran Mesías, hijo de David. Hugueny, *Critique et Catholique*, p. 61. Cfr. Lagrange. *Le Messianisme chez les Juifs*, III parte, cap. VIII.

la buena nueva a los pobres, a curar a los desgraciados, a anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos el retorno de la vista, a devolver la normalidad a los oprimidos, a publicar el año favorable del Señor? "Habiendo enrollado el libro, devolvióle al ministro y se sentó; y todos, en la Sinagoga, tenían los ojos fijos en él. Entonces comenzó a decirles: "Hoy vuestros oídos han escuchado el cumplimiento de este oráculo." [1] (Luc., IV, 17-21). Recuérdese lo que respondió a los enviados del Bautista (Luc., VII, 20-23).[2] Un día de Sábado, dió la orden a los testigos de no divulgar sus milagros, "a fin de que se cumpliese la palabra del profeta Isaías: ved ahí el siervo mío, a quien yo tengo elegido, el amado mío, en quien he puesto toda mi afección. Haré reposar sobre él mi Espíritu, y anunciará la justicia a las naciones. No disputará, no gritará, y no se oirá su voz en las plazas públicas. No quebrará la caña cascada, ni extinguirá la mecha que aún humea, hasta tanto que haya hecho triunfar la justicia. En su nombre las naciones pondrán su esperanza." (Matth., XII, 14-21.)

Mas he aquí el misterio del reino (March., IV, II), piedra de tropiezo para los Judíos, misterio que choca hasta a los Apóstoles y que sólo los cristianos podrán, finalmente, comprender por qué la antinomía de un Salvador a la vez glorioso y humillado se resuelve en la persona del Hombre-Dios: *Jesús es un paciente magnánimo.* "Habéis venido como a un ladrón público, dice, con espadas y garrotes para prenderme. Todos los días estaba entre vosotros, enseñando en el templo, y no me detuvisteis; mas ello es a fin de que las Escrituras se cumplieran." [3] (Marc., XIV, 48-49.) En

1 "Jesús es, pues, aquel que estaba encargado de anunciar los tiempos mesiánicos, y los anuncia. Indiscutiblemente, se pone en escena, sin decir, no obstante, abiertamente que es el Mesías... Los Nazarenos están sobradamente orgullosos de su compatriota, mas suspenden su juicio sobre su misión". Lagrange.

2 Equivalentemente: Si Juan no reconoce en mi obra una obra mesiánica, ello es que no ha bastantemente penetrado el misterio de la salvación.

3 Alusión manifiesta al cap. LIII de Isaías.

el pretorio, la multitud escupe a su bienhechor, el mismo a quien ella había aclamado y festejado algunos días antes, el domingo de Ramos; y ¿por qué? porque un Mesías atado fuertemente, abofeteado, maltratado, no podía ser a sus ojos sino un impostor infame. "Que el Cristo, el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, a fin de que veamos y creamos", se decían el uno al otro, mofándose de él los Príncipes de los sacerdotes y los Escribas que habían acudido al Calvario (Marc., XV, 31-32). Y la tarde de su resurrección, marchando hacia Emmaús o hablando a los apóstoles, Jesús recordará aún que era menester que Cristo hubiera sufrido, según las predicciones de la Ley, de los profetas [1] y de los salmos (Luc., XXIV, 25-27, 44-47), para llevar a feliz remate

La obra Mesiánica

Descendiente de David, nacido en Belén,[2] de tal suerte lleno del Espíritu Santo que enseñaba—todos lo advertían—como teniendo autoridad y no al modo de los Fariseos y de los Escribas, Jesús ha llevado a cabo la conquista de las almas; *un príncipe judío* de prosapia real ha sometido el universo.[3] He ahí dos mil años que su personalidad se hace suyo lo mejor de entre los hombres; las sociedades humanas reposan casi todas sobre su doctrina, están imbuídas del Evangelio. Y los Doce, que soportan con él el peso del mundo renovado, pertenecen ellos también a su raza: "Hebraei

1 No era menester cerrar los ojos en punto a ciertos pasajes, sino pesarlo *todo*". Lagrange.

2 Los racionalistas no tienen nada más que alegar contra esta afirmación de Mateo (II 1) y de Lucas (II 4), sino el temor de ver cumplido un oráculo del profeta Miqueas. Ciertos paganos no tuvieron las mismas dudas: el emperador Adriano profanó, en el año 132, en Jerusalén los sitios tradicionales de la crucifixión y de la pasión, en Belén, el emplazamiento del nacimiento de Cristo. Cfr. *Dict Theol. cath.* art. citado de M. Michel col. 1141-1142.

3 "En el espíritu de los hombres, en el mundo ideal que existe bajo los cráneos, Jesús es inconmensurable. Sus proporciones están fuera de comparación; su orden de grandeza es apenas concebible". Couchoud *Le mystère de Jesús,* p. 13.

sunt et ego, Israelitae sunt et ego, semen Abrahae et ego".

Este rey ha por doquiera difundido el culto del Dios de Israel, ha llevado a su perfección suprema y definitiva, el monoteísmo que fué durante largos siglos, el heredamiento de los Judíos.[1] — El cuadro popular de los hechos es muy expresivo: a medida que los Apóstoles se dirigían a anunciar el mensaje del Maestro, los dioses de la Siria, y los de Egipto, y los de Roma y los de Grecia, derrumbábanse de su pedestal y al dar en el suelo abismábanse en el polvo; los pueblos acudían presurosos, se precipitaban de rodillas no ya más ante el Dios de un grupo étnico o el Dios de tal o cual filosofía, sino a los pies de Jahvé, el Ser único, trascendental, espiritual, viviente realidad, fuerza creadora, excelencia absoluta. Jerusalén venía a ser la capital religiosa de la humanidad (Luc., XXIV, 47).

Un reino nuevo había sido creado. Si la nación judía no absorbía todas las naciones, las agrupaba en torno suyo; las almas enamoradas de idealidad, aquellas que tenían hambre y sed de la palabra divina, se asociaban más y más con el pueblo escogido. Judío o Griego, esclavo u hombre libre, esas cualidades se fundamentan desde entonces en la unidad del cuerpo místico: no hay a través del mundo cristiano sino hermanos de Jesús viviendo al abrigo de los ojos de su Padre, unidos a falta del parentesco de la sangre, por el íntimo parentesco de un mismo Espíritu. Y esta unión de almas, esta entrada de todos en la misma familia di-

1 "Sin duda, el nombre de Jahvé es poco conocido de los cristianos. En el momento en que el Cristianismo recibió las Escrituras judías, mucho tiempo hacía ya que este nombre divino era tratado como inefable y reemplazado en las lecturas por Adonaí, el Señor. Es con este nombre que el Dios de Israel ha hecho su entrada en el Cristianismo. Mas es también él al que el universo cristiano adora. No solamente la Iglesia ha recibido como canónico el antiguo Testamento tanto como el Nuevo; sino que la predicación de los Apóstoles y todos sus sucesores, y las fórmulas de plegaria litúrgica cristiana están perpetuamente llenas del recuerdo de lo que el Señor ha hecho por Israel y sus antepasados. Se podría hasta decir que en ciertas perspectivas religiosas, el Dios de Israel ha guardado más de un carácter que la revelación de Cristo parecía más bien atenuar el Dios Padre no ha siempre prevalecido sobre el Dios de los ejércitos, de las tempestades y de los terrores". Touzard.

vina, la caridad, el amor de los enemigos, la justicia, la sobriedad, la insigne pureza de las costumbres les manifiestan a los pueblos maravillados.

Ahora bien, todo eso cumplióse de la manera prevista (Is., XLII, 1-7; L, 50, 4-9; LII, 13; LIII, 12). Entre los antiguos, el rey era ante todo juez y árbitro: "No juzgará por lo que parecerá ante sus ojos, no condenará por lo que herirá sus oídos. Juzgará a los pequeños con justicia, y tomará con rectitud la defensa de los humildes de la tierra; herirá la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios dará muerte al impío. La justicia ceñirá sus lomos y la fidelidad será el cíngulo de sus riñones" (XI, 3-5). También su reino traerá a la humanidad costumbres más benignas, introducirá la armonía universal: el lobo habitará juntamente con el cordero, la pantera reposará junto al cabrito, el becerro, el león y el buey cebado vivirán unos con otros, y un niño les conducirá" (5-9). Vanamente los pueblos meditarán culpables proyectos contra él. "Serán reunidos cautivos en el abismo (XXIV, 22) mientras que Jahvé de los ejércitos reinará en Jerusalén (v. 23) y al paso que el Israel nuevo cubrirá con sus frutos la sobrehaz del mundo." (XXVII, 6.)

* * *

—¿No podemos ya concluir que hay ahí, de la parte de Dios, una promesa que ha sido mantenida invariablemente, en otros términos, un hecho predicho, y que el profetismo de Israel no ha hecho otra cosa que disponer los caminos a Jesús?

Ciertamente, los profetas la presentían, y hacían votos por una religión mejor. A la que presentaba ante el Señor toda una nación, cual era aquella, preferían otra que prosternase a sus pies almas, un grupo de valores morales: Oseas lo insinúa, Ezequiel lo repite después de Jeremías. La religión judía de entonces sufría el impulso de un culto solamente exterior; será me-

nester, dicen Amós e Isaías, que el espíritu en adelante vivifique el rito. "Es por lo que los profetas no han cesado de decir que el orden de cosas que reinaba a sus ojos no duraría siempre; es por lo que han saludado con acentos cuyo esplendor conocemos, el advenimiento de tiempos nuevos que serían también los últimos tiempos; han contemplado el día más o menos lejano que inauguraría el reino de Jahvé, le haría tan completo que le podían entrever, y el que, por otra parte, le inauguraría de una manera definitiva, sin que sobre la tierra éste hubiese de pasar por fases nuevas." [1]

Cosa extraña, "estos guías, estos reformadores, iba casi a decir "estos creadores de la vida religiosa en Israel" [2] ni probaron tan sólo de llegar al camino hacia el cual aspiraban. "Y ello era pura justicia. Porque en las visiones que tenían del porvenir—visiones generalmente parciales y unilaterales—mostraban hasta la evidencia que eran impotentes para realizar su ideal. Jeremías no ha sabido analizar la alta idea que tenía de las relaciones íntimas del alma con su Dios, ni librar sus predicaciones individualistas de todo ligamen con el resurgimiento del reino de Judá; y este resurgimiento no le ha solamente parecido como preliminar a la gran obra mesiánica, sino que ha visto ahí el cuadro mismo de esta obra. Ezequiel, a pesar de sus bellas síntesis y de la acción del Espíritu divino en la conversión de las almas, no ha desasido la religión en espíritu y en verdad de las perspectivas culturales de las que el templo de Jerusalén era el centro. Y en la segunda parte de Isaías, las predicciones relativas a la conversión de los Gentiles no son independientes de las indicaciones referentes a la preponderancia de Israel. A la manera de Jonás, los herederos del espíritu profético se sentían ricos de las esperanzas que debían obrar la salvación del mundo; mas no se hallaban dispuestos para ir

1 R. P. A. 15 septiembre 1908, pág. 929.
2 Mons. Mignot.

a anunciarlas al mundo: Dios les envió a Ninive aún cuando hubieran partido para Tarsis!" [1]

Jesús solamente ha realizado en toda su plenitud el objeto de sus aspiraciones y de sus anhelos. No hay para qué insistamos sobre ello; vuélvase a leer nuestro estudio sobre la santidad en la Iglesia [2] y ciertas páginas (289-295) de nuestra primera obra "Los fundamentos de la Fe": y se nos dará la razón.[3]

Por una parte, pues, todas las sendas del Profetismo convergen hacia Jesús de Nazaret.

Por otra, los grandes rasgos proféticos que nos describen y visten de colorido su Persona, su Vida, su Muerte y su Obra original, coinciden con los rasgos de la Historia.

Mas aún falta, antes de terminar, proseguir la demostración de cuanto venimos diciendo tan allá como es del caso, y dejar bien sentada contra toda duda o vana objeción

LA PERFECTA EXACTITUD DE LA APLICACION DE LAS PROFECIAS A JESUS

I. ¿Cómo es, se pregunta el P. Lagrange, CÓMO ES QUE LA ESPERANZA RELIGIOSA, LA PROMESA DE SALVACIÓN POR MEDIO DE UN LIBERTADOR, HA IDO ENVUELTA EN ESAS OTRAS PROMESAS — de orden material — que los Judíos han a la verdad injustamente mirado como lo principal, persuadidos como estaban de que su gloria importaba más a Dios que la salud moral de los pueblos, pero que era tan seductora para su sentimiento nacional que está uno tentado de compadecerles en su ceguedad como si hubieran sido engañados por Dios? [4]

1 *R. P. A.* 15 sept. 1908, pp. 929-930.
2 Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús.*
3 Véase también *Rev. prat. d'Ap.* 15 sept. 1908. Touzard, *L'Argument prophétique*, pp. 927-928.
4 Rey guerrero, ciudad inmensa, templo glorioso y rico, festines de manjares fuertes, de excelentes vinos añejos, etc. Observemos toda-

"Por razón de que la promesa era anunciada por hombres, y que estos hombres pertenecían a una cierta raza, y vivían en un determinado país,[1] debía ella, responde el mismo, reflejar sus preocupaciones, sus angustias, su expectación y casi hasta sus pasiones, como la ley conformábase con las flaquezas del pueblo de Israel y con la dureza de su corazón."

Y por cuanto se dirigía ella a hombres, "para que su esperanza fuese siempre viva y operativa, era menester que entrase, por decirlo así, en la trama de su historia, que abrazase o consagrase todos sus deseos legítimos, que estuviera siempre en el horizonte de la Palestina y de Jerusalén."[2] En aquellas épocas lejanas, ¿cómo los Judíos habrían podido concebir, fuera

vía que el pensamiento judío se deja seducir sobre todo por una literatura pseudónima, alegórica, calenturienta, por las apocalipsis no inspiradas que, dice el P. de Grandmaison, "lejos de ser una feliz transición entre los Profetas de Israel y el Evangelio de Jesús, forman más bien un paréntesis, y es pasando por encima de ellas como las palabras del Maestro engarzan y las prolongan elevándolas, acabándolas, las enseñanzas de los grandes videntes de otros tiempos".

1 "Las profecías mesiánicas no estaban hechas en una ocasión cualquiera, o sin ocasión; tenían frecuentemente su razón de ser en las circunstancias presentes y estaban formuladas en función de esas circunstancias. Así es que en una época de guerra, de servidumbre y de opresión para Israel, el porvenir mesiánico será descrito como una era de liberación, de triunfo y de paz. En una época de corrupción y de idolatría, los tiempos mesiánicos se opondrán como una época de justicia y de pura religión de Jahvé. En una época de aflicción y de miseria, el reinado del Mesías aparecerá con los colores de una prosperidad y de una riqueza inauditas, y se harán revivir, para pintarle, los más hermosos días de la historia de Israel. No se admirará pues uno si los profetas hacen resplandecer delante de los ojos deslumbrados de sus contemporáneos el cuadro de un porvenir, en el que Moab, Edom, Ammon, Tiro, el Egipto, Asur y Babilonia, serán vencidos y sometidos, en el que el pueblo será acoplado en su tierra, Jerusalén reedificada, el trono de David restaurado, la idolatría abolida, el culto mosaico restablecido en su esplendor, la ley de Jahvé impuesta a las naciones, en la que la paz, la justicia, la prosperidad y la alegría reinarán por doquiera y siempre" Tobac.

2 "La salvación mesiánica es la garantía del triunfo de la nación. Es porque la salvación mesiánica le está prometida, que la nación no puede desaparecer completamente en las pruebas presentes. El Mesías que obrará la liberación final, es ya el autor de la liberación presente: efectuará aquélla con su venida personal, efectuará ésta con su fuerza invisible". Tobac. "Es por otra parte imposible al hombre figurarse un venturoso porvenir de otra manera que por la idealización del presente en lo que tiene de aceptable y de ventajoso, y por su transformación radical en lo que tiene de penoso y de malo. Es ello el presente que es el punto de partida necesario y que suministra, hasta cierto punto, el cuadro del porvenir". *Revue d'histoire et de littérature religieuse,* 1908, p. 402. Loisy, *L'espérance messianique.*

del contexto de su restauración nacional, la misión que les había sido destinada de difundir por doquiera el conocimiento y el culto del verdadero Dios? Jahvé se abaja al nivel de la nación a la que ha escogido, acomoda su palabra a las contingencias y a la mentalidad de sus destinatarios...[1]

II. MAS, ¡AH! ¿NO VA ELLO A CORRER EL RIESGO DE INDUCIRLES A ERROR, Y DE EXPONER SU MENSAJE A NO SER NUNCA CLARAMENTE COMPRENDIDO? Escuchemos a Pascal: "Aquellos a quienes les cuesta creer buscan un motivo en la incredulidad de los Judíos. Si ello era tan claro, dicen algunos, ¿por qué no creyeron? y quisieran casi que creyeran, a fin de no hallarse detenidos por el ejemplo de su retraimiento". Mas Pascal aduce una solución a este problema que le ha preocupado mucho. "Los Judíos, escribe, le rehusan, mas no todos: los santos le secundan y siguen, y no los carnales. Y no sólo no prueba esto nada contra el mensaje, antes bien, constituye el rasgo que la completa. Como que la única razón que tienen, y la sola que se halla en todos sus escritos, en el Talmud y en los Rabinos, no es otra sino la de que Jesucristo no ha sojuzgado las naciones a mano armada, "gladium tuum, potentissime". ¿Nada más tienen que decir? Jesucristo ha sido muerto, dicen, ha sucumbido; no ha sojuzgado a los paganos por su fuerza; no nos ha dado sus despojos; no confiere riquezas. ¿No tienen otra cosa que alegar? Es por ello por lo que le considero digno de mi amor. No quisiera yo a aquél a quien ellos se figuran, y salta a la vista que no es sino su vida lo que les ha impedido recibirle; y por este su retraimiento, son los testigos sin tacha, y lo que es más, por ello cumplen aquéllos las profecías".

I. No dejemos de consignarlo, ya desde el principio: *las promesas materiales tenían un carácter condicional*. Las que datan de antes del destierro van vin-

[1] Jesús mismo no ha procedido de otra suerte. Aun cuando su reino no sea de este mundo, dispone ahí mansiones, tronos y festines.

culadas a la fidelidad que Israel profesaría a Jahvé. Más tarde, como quiera que la prosperidad de los antiguos días no retornaba, los profetas declaran que la perseverancia del pueblo en el pecado retarda la obra de la misericordia divina. Ahora bien, la enmienda de los Judíos siendo nula en la época en que aparecía el Salvador, es verosímilmente por culpa suya que el trono de David no ha sido restaurado, que no sea asunto concluído ya el retorno de las diez tribus y la universal dominación para siempre asegurada.

2. Verosímilmente, decimos, porque los designios de Dios permanecen desconocidos. Pero, por lo demás, se ha de hacer notar que, ante la consideración de unos ojos atentos, *el aspecto doctrinal y religioso de los oráculos sobrepuja en importancia a su aspecto material y político*. Leedlas de nuevo:

a) El Mesías es ante todo el Siervo y el Instrumento de Dios, destinado a hacer reinar a Dios.

b) Las esperanzas temporales no tienen por otra parte lugar alguno o casi alguno en las más hermosas y célebres predicciones (Is. II 2-5, XI 1-8, aún Is. IX 1-6, etc); aparecen apenas allí donde el profeta canta el Ebed-Jahvé (Is. XLII 1-4, XLIX 1-7, L 4-11, LII 13-LIII 12).

Aun más: ciertas ideas, fundamentales en la profecía, presentan como caducos muchos de los elementos que guardan relación muy estrecha con la restauración nacional.[1] Jeremías sabe, sin atormentarse por ello, que día vendrá en que no se dirá más: "El arca de la alianza de Jahvé!", en que no se pensará en construir otra (III 16). Hasta entrevé, sin más inquietarse, que el Templo de Jerusalén desaparezca como el de Silo (VII 12-15). Cuando Ezequiel (XVIII, XXXIII 1-20), declara firmemente: nadie es admitido en el

1 "Ellos constituyen como los envoltorios, la vaina que debía encerrar, ceñir los elementos esenciales, para presentarlos en una forma aceptable a los primeros destinatarios de las profecías; mas su suerte era la de romperse, de deshacerse, y finalmente de desaparecer el día en que el fruto habría llegado a su plena madurez." Touzard.

reino si no tiene la justicia individual, no se propone hablar del reino de Judá que, fatalmente, contaría también sus pecadores. De igual manera y más aún, si la salvación debe llegar hasta las extremidades de la tierra (Is. XLIX, 6) parece evidente que el particularismo político de los Judíos, y muy probable, que su particularismo religioso, el de las observancias legales por ejemplo, no podrán mantenerse intactos.

3. Sin duda, muchos Judíos asociáronse a la gran quimera;[1] mas en materia religiosa, dice el P. Lagrange, nada es claro a aquellos que no tienen algún deseo de hallar a Dios, casi se diría algún gusto de Dios. ¿La verdad no vale que se la codicie y se la busque? ¿De quién es la culpa si el hombre permite que las versatilidades del corazón oscurezcan su visión y le impidan ver la verdad? "En esas promesas ahí contenidas, cada uno halla lo que hay en el fondo de su corazón, los bienes temporales o los bienes espirituales, Dios o las criaturas; mas con esta diferencia que aquellos que buscan allí las criaturas allí las hallan, mas con muchas contradicciones: ven la prohibición de amarlas, con la orden de no adorar sino a Dios y de no amar sino a él, lo que no es sino una misma cosa, y, por otra parte, no ven que el Mesías prometido ha llegado; mientras que aquellos que buscan allí a Dios le hallan, y sin contradicción alguna, con mandamiento

1 "Todas las profecías reunidas nos pondrían sin duda en presencia de un cuadro relativamente acabado y completo en sus grandes líneas, mas los rasgos no han sido suministrados más que poco à poco y sucesivamente: "multifariam, multisque, modis olim Deus loquens patribus in Prophetis" (Hebr. I, 1). No es por otra parte fácil, aún después de la realización de un gran número de entre ellas, reunir todas esas notas en una síntesis única, hacer converger todas esas líneas hacia un retrato armonioso. ¡La personalidad del Mesías es tan rica y tan compleja en su simplicidad, y nuestros conocimientos son tan cortos y tan limitados! ¿No experimentamos la misma dificultad en fusionar y en conciliar los diferentes aspectos que los Evangelistas nos presentan de la vida, de la persona y de la obra de Jesús de Nazaret? No es menester, pues, demasiado exigir a los Judíos no haber podido llegar a una concepción, una, limpia y clara del Mesías, por medio de las descripciones que leían en sus profetas. Frecuentemente estas descripciones aparecíanseles divergentes, opuestas, contradictorias, y en lugar de entregarse a un trabajo laborioso de combinación y de coordinación, han preferido seguir las diferentes líneas en la dirección en que ellas parecían conducirles"

de no amar sino a él, y que ha venido un Mesías en el tiempo predicho para darles los bienes que piden." Pascal insiste. Estos bienes son esperados como bienes materiales y no viéndoles venir, no creen. Los buenos, por el contrario, que saben que los bienes temporales serían indignos de Dios, no se extravían: porque "la inteligencia de los bienes prometidos depende del corazón, que llama bien aquello que ama". En el molde ven la estatua que brinda todos sus contornos; forzando las apariencias, la desean sin vacilación; no obstante, no es ella de la misma materia que el molde; cuando el metal aparece en todo su esplendor, dejan a un lado la arcilla.[1]

4. *Los Apóstoles, y tras ellos tan gran número de Israelitas, no se han finalmente engañado.* "Desde el momento en que Jesús apareció, toda la cuestión consistía, como Pascal lo ha comprendido, en saber si Dios conferiría más importancia a la gloria humana de los Judíos que a la salvación de las almas, a la dicha temporal de una nación que a la reforma moral de todos los pueblos, al triunfo de las almas judías que a la victoria que cada uno soportaría sobre las pasiones y sobre el pecado. Cuando los Apóstoles hubieron reconocido en Jesús de Nazaret aquel a quien Dios había enviado sobre la tierra para enseñar a los hombres a amar a Dios y a sus hermanos, como exigía la ley, para enseñarles a ser perfectos, como su Padre celestial es perfecto, para reconciliarles con Dios por medio de su sangre y de su muerte, siendo verdaderamente hijo de Dios, han juzgado, ante este don de Dios tan inesperado e inefable, que todo cuanto Israel había soñado palidecía como una esperanza carnal, menguada, poco digna de Dios. Habiendo vivido con el Hijo de

1 Lagrange. "La falta de los Judíos no consiste tanto en el hecho de no poder siempre despejar exactamente por ellos mismos, en los oráculos proféticos, la realidad, del símbolo que la recubría, sino en la obstinación que ponen en no querer instruirse, en resistir a los esfuerzos constantes de Jesús por elevar y purificar sus concepciones y mostrar en su vida y en su obra el verdadero cumplimiento de las profecías mesiánicas". Tobac.

Dios, juzgaron que un rey glorioso hubiera sido, a su lado, de poca importancia. La inmensa efusión de su gracia, de la que eran los instrumentos, les pareció una obra divina que hacía superfluos los engrandecimientos territoriales de Israel. ¿Podíase retraer a Dios el no haber mantenido su promesa para con su pueblo, cuando era a él a quien confiaba el cargo de llamar a todos los pueblos a la verdadera salvación?".

III. Al igual que los Doce y sus discípulos, nosotros, los hombres del siglo XX a quienes las promesas temporales no podrían seducir,[1] *NOSOTROS DESCUBRIMOS EN EL SENTIDO LITERAL DE LAS PROFECIAS UN ASPECTO RELIGIOSO — Y ESTAS VIENEN A SER POR CONSECUENCIA, A NUESTROS OJOS, LO QUE PASCAL LLAMABA UN MILAGRO SUBSISTENTE.* Porque, finalmente, "aun suponiendo que la profecía de Miqueas sea sin eficacia, porque habría ignorado el lugar del nacimiento de Jesús, y la de Zacarías sin alcance, porque Jesús habría querido deliberadamente asegurarse el prestigio entrando en Jerusalén mon-

1 Entiéndase bien. A ejemplo de los Apóstoles y Jesús mismo (Matth. I, 20-23, II 13-15, III 3, IV 6, XII 17-21, XXI 4-5, XXII 44, XXV I 31, XXVII 46, etc.) los Creyentes pueden hallar en el sentido literal de las profecías un sentido espiritual o acomodaticio. Hic, dice M. Tanquerey nec directe nec indirecte est inspiratus sed in eo consistit quod verba Scripturae usurpantur ad aliam rem exprimendam ac ea quam auctor sacer expressit. Quod fit sive per extensionem sive per allusionem...

Mas esto no es permitido al Apologista, que debe confrontar los textos con la historia, los documentos con los hechos. Recurrimos pues al sentido literal. Si parece, a primera vista, no expresar sino cosas políticas y materiales, según la fórmula de S. Tomás; res significatae per voces iterum res alias significant, envuelve, también a veces una substancia doctrinal y religiosa. "Habría tal vez ocasión de recordar aquí, escribe M. Touzard, una distinción oportuna... la distinción entre la idea revelada y su expresión. Dios daba a los profetas la idea de los bienes mesiánicos. Esta idea podía ser y era frecuentemente de hecho muy precisa, netamente orientada hacia las realidades espirituales: el lenguaje del profeta la expresaba entonces de una manera tan adecuada como posible. Mas, en otros casos, la idea quedaba más o menos vaga, más o menos indeterminada; sin duda no era explícitamente, ni sobre todo exclusivamente, dirigida en el sentido de los bienes temporales; mas no evocaba claramente las visiones de orden espiritual; quedaba neutra, podría decirse. Es esta idea un poco imprecisa, sin pronunciarse la misma sobre el valor objetivo de las imágenes, la que los profetas han expresado en figura de bienes temporales". Después de la venida y de la predicación de Cristo se la descubre con facilidad.

tado en un asno, permanecería siempre en pie el gran hecho religioso del ascendiente de su santidad sobre los Apóstoles y sobre el mundo, establecido por medio de milagros y tal como había sido predicho; ningún artificio, aun piadoso, puede acarrear el cambio religioso y moral producido por la acción de Jesús. La seguridad con la que los Apóstoles han anunciado que el Mesías esperado había venido, y sin ninguna de las señales exteriores de gloria temporal que los Judíos daban por descontadas, no puede ser un artificio. Han ellos visto, han comprendido, y han confesado eso mismo. — La gran señal para Pascal es el cambio obrado; cambio que había sido predicho." [1]

¿El Mesías difiere de Jesús de Nazaret?

¿Es él el rey de las almas, vástago y sucesor de David?

¿Ha fundado él un reino de justicia sin otras fronteras que las del mundo, donde las leyes están en los corazones más que no en el exterior y se observan por amor, mejor que por temor?

¿Ha enseñado a los hombres el camino perfecto? ¿Ha venido nadie antes o después de él, que haya enseñado algo que se aproxime a lo enseñado por él?

Ideal siervo de Dios, ¿los judíos le han humillado, ultrajado, sentenciado a muerte, en tanto que la sangre de sus heridas vertía sobre la humanidad el restablecimiento de sus males y la salvación?

Finalmente, ¿se trata en todo esto de una acomodación o de un riguroso cumplimiento?

Que los Judíos carnales no llegaran aún a comprenderle después de una predicación de tres años, después de tantos milagros, después del prodigio de

1 Lagrange, *o. c.*

Pascua, es lamentable. Pero ¿nosotros? "Cuánto debemos apreciar, escribe Pascal, a aquellos que nos despejan la incógnita y nos enseñan a conocer el sentido oculto, principalmente cuando los principios que adoptan son enteramente naturales y claros. Eso es lo que ha hecho Jesucristo, y con él los Apóstoles. Han levantado el sello, ha roto el velo y ha descubierto el espíritu. Nos han enseñado a este fin que los enemigos del hombre son sus pasiones; que el Redentor sería espiritual y su reino espiritual; que habría dos advenimientos: el uno de miseria para abatir al hombre soberbio, el otro de gloria para elevar al hombre humillado; que Jesucristo sería Dios y hombre."

* * *

"Jesucristo, dice aún Pascal, a quien los dos Testamentos miran, el Antiguo como a su esperanza, el Nuevo como a su modelo, ambos como a su centro."

De él parten los atrayentes caminos de luz y de amor que los cristianos siguen de veinte siglos acá; así es cómo de entre todas las rutas que el hombre ha trazado antes, la senda espaciosa del profetismo monoteísta y mesiánico conduce a El directamente. Y por lo tanto esta conclusión se impone:

Jesús es el Cristo de Jahvé, el término hacia el cual la Sabiduría y el Poder de Dios han encaminado, durante los siglos antiguos, al pueblo a quien habían ellos escogido.

III

JESUS ES EL CRISTO DE JAHVÉ, EL TERMINO HACIA EL CUAL LA SABIDURIA Y EL PODER DE DIOS HAN ENCAMINADO DURANTE LOS SIGLOS DE LA ANTIGÜEDAD AL PUEBLO QUE ELLOS HABIAN ESCOGIDO

Anunciad las cosas que llegarán más tarde, y sabremos que sois dioses.
Is., XLI, 23

El cumplimiento de las PROFECIAS MESIANICAS, cual ocurre con los dos fenómenos propios de Israel, el MONOTEISMO y el MESIANISMO,[1] no halla fuera de la inspiración y de la asistencia divinas explicación alguna razonable. Como punto de partida, se quisiera invocar LA SAGACIDAD DE LOS PROFETAS, y como punto de llegada LA SUPERCHERÍA: vano espejismo es todo eso.

A) LA SAGACIDAD DE LOS PROFETAS ¿a cuánto podía alcanzar? Ciertos indicios cuyo entero valor no llega a percibirlo la persona vulgar ayudarán sin duda a espíritus sutiles, a los verdaderos sabios, a conjeturar una tempestad, una guerra, una revolución; mas nada podría hacerles anunciar infaliblemente, con siglos de anticipación, acontecimientos que dependen en primer término o exclusivamente de causas libres: el nacimiento de un gran personaje como el Mesías, su

1 Véase pp. 244 y 265. — Para reforzar el argumento — que no se prestaría a esta indicación allí donde se tratara solamente de la obra mesiánica — observamos que las escuelas judías no han jamás podido resolver las contradicciones en apariencia irreductibles que presentaba el retrato de Cristo trazado por el conjunto de los profetas. Este retrato no es, pues, una proyección hacia afuera del alma israelita, ni un calco de un héroe extranjero. Porque los textos cuneiformes no nos muestran ni su prototipo ni su equivalente.

árbol genealógico, su villa de origen. su género de muerte, los inverosímiles resultados de su obra![1]

B) LA SUPERCHERÍA no es menos impotente. ¿De quién cabría sospechar, del Evangelio, de Jesús o de los Judíos?

a) Los sinópticos son honestos, verídicos. Que san Mateo haya atribuído a ciertos pormenores una precisión que al principio no llevaban (XVI, 4-5), que haya aplicado al Mesías lo que concernía a Jahvé o a Israel (II, 13-15, III, 3), que haya restringido textos de un alcance general a una significación muy particular (IV, 6), lo sabemos bien: ahí se reflejan procedimientos sutiles de exegesis en vigor entre los rabinos en las cercanías de la era cristiana, y que por otra parte no engañaban a nadie. No apoyamos sobre tal base nuestra demostración; ésta considera únicamente hechos que no podrían sufrir el menor disfraz, se atiene al sentido literal de la frase que los expresa.

b) En cuanto a Jesús, ¿diréis que ha regulado toda su vida, sus palabras, sus actos, según los oráculos de la Escritura? Entonces, le ha sido menester hallar un cómplice resuelto a realizar el versillo de Isaías XL, 3, un precursor predicando en el desierto, "alguien que tuviese una autoridad sobrado grande para afirmar de manera que mereciese ser creído que tal personaje es el Mesías, y sobrado humilde para no quedarse para él ese título de gloria". Ha debido, durante tres años, constreñir a sus adversarios mismos, a poner de conformidad con las profecías sus palabras y hechos. Supongamos que saliese victorioso en esta apuesta. Pero

1 "Las predicciones habrían sido hechas antes de los acontecimientos por hombres dotados de una facultad especial de presentimiento, de una sagacidad excepcional.— ¿Cómo explicarse que estos hombres hayan siempre surgido a propósito, en las circunstancias críticas? En nuestros días con innumerables medios de información, sabemos como se ha previsto la gran guerra, su duración, sus peripecias, la defección de los Rusos, etc. No se da cuenta tampoco uno de la brusca y completa desaparición de esos hombres perspicaces en los cuatro últimos siglos antes de Jesucristo". Condamin.

no está en el poder de nadie el elegir su lugar de nacimiento, el nacer en Belén y no en Roma, o de proceder de la raza de Abraham, de la tribu de Judá, de la familia de David. de aparecer en el tiempo fijado por los oráculos, hacer prodigios sin cuento, el obtener la fe de una parte del género humano, el resucitar después de su muerte, el hacerse adorar y amar, a través de los tiempos, como ningún otro hombre lo es tan adorado y amado, como ninguno lo fué aun en vida, o ni que se diga del ser odiado... y ello porque estaba predicho.[1]

La nación judía queda igualmente al margen. No ha influído apenas sobre el profetismo, según lo llevamos ya demostrado. Se le hace por lo demás el honor de esta cosa inaudita, "esta larga conspiración que dura dos mil años, a favor de un hombre que no existe, que se supone debía nacer en una época lejana y poco determinada", menester fuera todavía confesar que el misterio de Jesús debía reducirla a la nada. Su único fin plausible, el crear al pueblo hebreo en el mundo y en la historia una situación aparte, desvanecíase de una manera lamentable en el día en que el rey temporal, el triunfador insigne, el artífice de la hegemonía judaica entre las naciones, cedía su lugar a un Mesías obscuro, humilde y pobre, "cuya predicación limitábase al anuncio de un reino espiritual, universal y pacífico en el que los bienes de la tierra no tendrían sino un lugar secundario, confundido en la promesa de una vida toda interior y subordinada al deber principal del renunciamiento."[2] Desde entonces, los conspiradores debían establecer una oposición entre ese Cristo engañoso y las predicciones que sus padres habían forjado. Pero no. Ponen aún de relieve los rasgos olvidados del cuadro mesiánico, le acaban; velan para que Jesús aparezca bajo la fisonomía de Siervo de

1 Caillard *Jésus-Christ et les prophéties messianiques.*
2 Caillard.

Jahvé. "Además, dice el P. Lacordaire, le han negado tanto después como antes del suplicio, sin duda para asegurar el feliz éxito final de la conspiración"

Mas henos ahí en presencia de los argumentos por el absurdo. ¿A qué irlos desenvolviendo nuevamente hasta su término, por cuanto no difieren de aquellos que hemos presentado al final del último capítulo?

Concluyamos ahora de una vez:

Dios sólo ha podido levantar a los ojos de los Profetas una extremidad del velo que oculta el porvenir; lo ha hecho en beneficio de Cristo y de su obra, hacia los cuales había El mismo dirigido al pueblo de Israel en medio de la corriente monoteísta y mesiánica del Profetismo.

Ahora bien; ningún otro sino Jesús ha merecido un tal privilegio divino, la Preexistencia en la Historia y en las Esperanzas del mundo; ni Sócrates, ni Platón, ni David.

Y ya que el honor y la veracidad de Dios están aquí empeñados como jamás ciertamente lo estuvieron, podemos y debemos proclamar con una absoluta certeza:

JESUS, LEGADO DIVINO,
BENEFICIARIO DEL MAS EXCELSO
MILAGRO PSICOLOGICO
DEL ANTIGUO TESTAMENTO,
ES EL LEGADO DIVINO POR EXCELENCIA,
EL MESIAS O EL CRISTO.

* * *

Este hecho histórico lo hemos dejado sentado con la ayuda de documentos históricos. Mas los exegetas racionalistas prefieren embestir la cuestión de soslayo y, sin carecer de hipótesis psicológicas apoyadas sobre sofismas y sobre ideas preconcebidas, se pre-

guntan SI JESÚS TENÍA LA CONCIENCIA PLENA Y ENTERA DE SER EL MESÍAS, a saber, un Enviado de Jahvé, profeta y taumaturgo por excelencia para el cumplimiento de una misión doctrinal, y todo a la vez, un Rey en el sentido etimológico de la palabra, un ungido de Dios, cuya obra, que sería una conquista, vendría a parar en la fundación de un reino transcendente.[1]

A. *Ahora bien, Jesús se ha presentado en palabras, y en hechos, como el Mesías esperado.* Cuando los enviados de Juan le interrogan, muestra la conformidad de sus milagros con las obras mesiánicas descritas por Isaías (Matth. XI, 1-6). Pone en precaución a sus propios discípulos contra los falsos Cristos (ibid. XXIV, 5). Y el nombre de "Hijo del hombre", con el cual se designa frecuentemente,[2] se dirige o refiere de una manera especial, parece, al lado escatológico de la misión del Mesías; porque Daniel (VII, v. 3) y el libro de Henoch le habían aplicado a un personaje misterioso que vendría sobre las nubes, al final de los tiempos, para ejercer un juicio solemne. — Analizaremos en otro lugar las declaraciones del Maestro hechas en Cesárea a raíz de la confesión de Pedro, y en Jerusalén, delante del tribunal de los Sanedritas.

Luego, Jesús acepta los elogios, las aclamaciones mesiánicas (Matth. XX, 30, Luc. XIX, 38, Marc. XI, 10). No protesta cuando el Sanedrín, congregado ante Pilato, le acusa de haberse tenido por el Cristo, rey de los Judíos (Luc. XXIII, 1-3). Llega hasta reivindicar este título no obstante la ironía desdeñosa del gobernador (Marc. XV, 2); y desde entonces sus enemigos, la plebe y los magistrados, los soldados y uno de los ladrones, se lo echarán en cara como una provocación suprema (ibid. 29-32, Matth. XXVII, 39-44, Luc. XXIII, 35-46).

B. Sin duda, la revelación mesiánica ha sido pro-

1 Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús.*
2 Respecto de esta materia consúltese el capítulo siguiente.

gresiva [1] y se ha adaptado a la preparación, a la formación religiosa, al valor moral de los oyentes. Mas, ¿quién ignora hoy la razón perentoria de ello? "Basta reflexionar sobre que la palabra Mesías había venido a ser, gracias a las esperanzas nacionales sobreexcitadas, un programa político. Este nombre, cuya etimología no ha corrido nunca parejas con el sentido, déjase codiciar y se presta a todas las significaciones más lejanas de su origen, a las más extravagantes también. Había sido en cierta suerte confiscado por los Fariseos; discretamente, le transformaban en un símbolo político en el cual encarnaban la liberación próxima, la inauguración de un reino sin fin en el que las preocupaciones morales y religiosas estarían en último término... Jesús ha rehusado en el desierto cumplir este programa; debía también rehusar el título. ¿Qué le importaba un nombre que, en las concepciones más depuradas y más rectificadas, evocaba aún el poder político y la conquista por medio de las armas? Más tarde, cuando habrá fundado el reino de Dios en las almas, y no acoplando en Palestina las tribus dispersas, cuando habrá mostrado que el campo de su reino es el corazón vuelto hacia Dios y no la tierra de Jerusalén la santa, que la salvación es la redención del pecado y del mal y no la liberación del yugo romano, entonces tomará el título de Mesías. Lo habrá tomado de la concepción popular transmudándole en cierta manera, y substituyendo en él un contenido nuevo. La obra de Jesús no se explicaba con este título equívoco y peligroso; su personalidad se denominaba o expresaba más exactamente por su relación con el reino de Dios, que daban a conocer el título de Hijo del Hombre y, más aún, el de Hijo de Dios." [2]

C. Así es que la mayor parte de los críticos independientes están de acuerdo con los exegetas cató-

1 En el capítulo siguiente veremos que esto no implica en Cristo una evolución de la conciencia mesiánica.
2 Rose, *Etude sur l'Evangile*, pág. 181-182.

licos. "Nuestra más antigua y mejor tradición, escribe M. Weiss, atestigua que Jesús ha mirado como mesiánico, en el sentido completo de la palabra, el movimiento por él desarrollado y que él se ha considerado personalmente como el Elegido por excelencia." [1]

"Para osar sostener la tesis de que Jesús no se ha tenido por el Mesías prometido y no ha querido ser considerado como tal, menester fuera, declara M. Harnack, dislocar enteramente nuestros relatos evangélicos, y, sin hablar de lo restante, raer pura y simplemente una historia como la de su entrada en Jerusalén." [2]

"Por haberse confesado Mesías y porque él se creía tal, dice M. Loisy, Jesús murió sobre la cruz."

* * *

Mas, de entre todas las cuestiones agitadas entre nosotros, la cuestión verdaderamente decisiva recae sobre otro tema; no concierne tanto a la misión como a la personalidad del Maestro de Nazaret. "¿Jesús no es sino un hombre? se preguntaba ¡Augusto Sabatier, en 1867, a los principios de su carrera profesoral. Entonces, por grande que se le haga, el Cristianismo pierde su carácter de absoluta verdad y viene a ser una filosofía. Si Jesús es el Hijo de Dios, el Cristianismo es una revelación."

1 *Die Predigt Jesu vom Reichte Gottes*, pág. 64.
2 *Das Wesen des Christentums*, pág. 82-83.

La personalidad de Jesucristo

Para mejor definirla, examinemos un instante la actitud de la mayor parte de los hombres con respecto al problema cristológico, sobre todo pesemos el testimonio que Cristo ha dado acerca de su persona, y, después de haber consultado a nuestra razón, comprobemos con cuidado el signo con el que Dios mismo ha querido sellar las atestaciones de su Hijo.

Resplandecerá de nuevo que el Fundador de la Iglesia Católica, Jesús, Enviado del cielo y Mesías, es verdaderamente Dios.

CAPITULO PRIMERO

La Opinión de los Hombres

Jesús es a los ojos de los protestantes liberales y de los críticos racionalistas un hombre muy señalado que se creía y que hasta se sentía Hijo de Dios más que los demás hombres. Muchos Mahometanos le colocan en el primer rango de los santos, mientras que lo más granado de entre los Judíos le tienen por un sucesor auténtico de los antiguos profetas. Si los anglicanos y los protestantes conservadores se limitan a reconocer en El un "elemento divino" misteriosamente unido a la personalidad humana, los católicos, en cambio, le proclaman Hijo de Dios por naturaleza y verdadero Dios.

Esta creencia, la hallamos ya en los orígenes del cristianismo. Los protestantes liberales y los mantenedores de la escuela comparatista moderada habrían querido someterla, ya a la acción de san Pablo ya a la influencia de los misterios heleno-paganos; mas, a pesar de su disimulo y de una afluencia insensata de erudición, sus esfuerzos de nada les han servido.

Cuestionábase a la sazón en las ciudades
Acerca de algo increible...

V. Hugo

Que Jesús se situó *fuera y por encima de la humanidad,* por encima hasta de los mayores personajes venerados de parte de Israel, todos lo reconocen sin dificultad alguna. Paga el didracma cuando se le ruega que satisfaga la tasa anual para el servicio del Templo; paga, porque se propone no escandalizar a los recaudadores, mas afirma al propio tiempo que él no adeuda ese tributo, y así se separa de los demás judíos (Matth. XVII, 24-27). ¿Qué relación guardan con él los doctores en Israel? Simples relatores de la tradición, apo-

yan sus decires en la ciencia y el renombre de un maestro — mientras que Cristo habla con autoridad, aporta a la Ley interpretaciones nuevas y la completa (V, 22, 28, 32, 34, 39, 44). Su crédito deja atrás al de Jonás quien convirtió a Nínive, su alta sabiduría va más allá que la de Salomón (XII, 41-42). Elías y Moisés aparecen humildemente a su lado sobre la montaña de la transfiguración (XVII, 1-13). Entre él y Juan Bautita, el mayor entre los hijos de los hombres, superior a todos los profetas, hay la distancia que media entre el maestro y el siervo indigno de desatar su calzado, la distancia que separa al rey del heraldo al que él envía para allanar los caminos (XI, 9-11).

¿Quién es, pues, este ser excepcional? "Esta cuestión, dice un incrédulo, M. Wernle, ocupa a los hombres de nuestra época más poderosamente que a ninguna otra generación." Y aun, según él, sólo han podido resolverla yendo más allá de la cristología tradicional. Durante cerca de dos mil años, la cristiandad habíase olvidado de lo que ha sido y de lo que ha querido Jesús. "Mas hoy estas verdades brillan para nosotros de nuevo a través de los evangelios, tan claramente y maravillosamente como si el sol acabara tan sólo de levantarse, y cual si despidiera ahuyentándoles, mediante sus rayos victoriosos, todos los fantasmas y todas las sombras de la noche".[1]

— El sol con rayos victoriosos simboliza entre

I

LOS HETERODOXOS

principalmente,

LA EXEGESIS CRÍTICA Y LA TEOLOGÍA LIBERAL.

SI CRISTO RECLAMA UN LUGAR APARTE EN LA HU-

1 *Die Quellen des Lebens Jesu*, p. I y p. 86.

MANIDAD, UN LUGAR QUE LE DISTINGUE Y LE ELEVA COMO SOBRE UN PINÁCULO POR ENCIMA DE LAS CRIATURAS, NO ES PORQUE SEA DIOS — enseñan sus adeptos. Cierto que no. Manteniendo por medio de una vida toda santa un comercio íntimo con su Padre del cielo, SE SENTÍA ÉL HIJO DE DIOS POR ANTONOMASIA, Y ESTA ES LA VERDAD. Experimentaba lo divino, la mira que llevaba en su interior le enseñaba lo que debe ser la piedad perfecta, y he ahí el hombre-tipo definitivo, el inaccesible ideal del alma religiosa.[1]

No bien se trata de entrar en pormenores, de explicar esta misteriosa conciencia de Jesús, nuestros adversarios no están de acuerdo entre ellos mismos. Según RENÁN, una sensibilidad exquisita preparaba a Cristo para todas las autosugestiones — que vinieron luego a reforzar la lectura de las profecías, un fácil éxito provechoso entre la masa de los judíos, a pesar de la oposición solapada y dañina de los fariseos.

SABATIER, el padre del modernismo en Francia, protesta contra la injuriosa hipótesis de una ilusión. Tiene al Maestro por un rabbi iniciador, excitador de cosas religiosas, por un profeta también, inspirado en un grado superior y sublime, mas como lo fueron los grandes genios y los grandes conductores de hombres; tan tiernamente filial, tan limpio era su corazón que el Corazón paternal de Dios ha podido reflejarse allí de una manera completa, provocando así efusiones entusiastas de orden místico, suscitando una fuerza y un ardor capaces de cambiar el mundo.

HARNACK, el más célebre teólogo liberal de la Alemania contemporánea, y a quien gustamos citar porque

1 No se nos eche en cara lo abreviado de estas líneas y véase en el *Dict. de Théol. cath.* fasc. LXIV art. de M. Michel, col. 1371-1382, o en el *Dict. Apolog.*, fasc. XI, art. del P. de Grandmaison, col. 1367-1374 cómo los protestantes liberales y los racionalistas, que concuerdan en negar la trascendencia divina de Jesús, no se entienden entre sí cuando les es preciso determinar su trascendencia relativa. Los primeros gustan de ensalzar la perfección definitiva que nadie igualará del Salvador; los segundos ponen de relieve sus diferentes rasgos humanos. Mas el racionalismo liberal tiende a confundirse con el comparatismo: sus teorías no tienen, a fin de cuentas, sino un interés retrospectivo.

su franqueza le aproxima a las posiciones ortodoxas, aunque el prejuicio filosófico le retiene en la incredulidad, Harnack lo admite sin reticencia: "Jesús estaba convencido que conocía a Dios como nadie antes de él lo había conocido, y sabía que su misión consistía en comunicar a los demás, por medio de sus palabras y de sus acciones, el conocimiento de Dios, y por consecuencia hacerles hijos de Dios. Poseyendo esta conciencia, se consideraba como el Hijo de Dios, y por ello podía decir: ¡Mi Dios y mi Padre!, y en esta invocación hacía entrar algo que no convenía sino a él solo." [1] Nada de divino, sin embargo, entraba ahí, en el sentido objetivo y real de la palabra: ello sería añadir al Evangelio. Esto no impide que en este hombre maravilloso (es él el camino que conduce al Padre, es él el Elegido de Dios y por lo tanto el Juez supremo), lo Divino haya aparecido tan puro como puede aparecer sobre la tierra. Los que quieren, pues, ser salvados creerán lo que dice el Hijo.[2]

Otros críticos liberales, WEISZAECKER por ejemplo, opinan que Jesús, gracias a este conocimiento y a este amor que tenía de Dios-Padre, se sabía evidentemente un legado divino. WERNLE y HOLTZMANN llegan hasta llamarle Mesías.[3]

LOISY, antiguo vulgarizador del liberalismo teológico, racionalista también, escatologista en primer tér-

1 *L'Essence du Christianisme*, p. 138. — "En Jesús la conciencia de ser el Hijo de Dios no es otra cosa que el conocimiento práctico del conocimiento de Dios como el Padre y como su Padre. Bien comprendido, el conocimiento de Dios es todo el contenido del Hijo de Dios".

2 No es indispensable creer en el Hijo. Uno percibe ahí, dice el P. De Grandmaison, a esa vaporosa filosofía ritzchliana, que cree poder echar mano de las cosas y de los hombres sin declararse en pro ni en contra, hasta sin empeñar su palabra a fondo acerca del valor real de esas mismas objetividades; que, para siempre desalentada en lo que se refiere a las certezas racionales, heredera a través del criticismo Kantiano, de la vieja desconfianza luterana con respecto a la inteligencia aplicada a las cosas de la fe, mira de suplir con afirmaciones sentimentales y precarias, juicios subjetivos, interesados, utilitarios, llamados: "juicios de valor" (werturteile). Poco importa, dicen, lo que Jesús realmente hizo, si tiene ello para mí el valor religioso decisivo.

3 Véase más adelante cuáles son las rlacionec que existn, en el pensamiento de los pueblos semitas, entre el título de "Hijo de Dios" y las cualidades de "legado divino" y de "Mesías".

mino, le atribuye esta conciencia mesiánica, mas por un motivo diametralmente opuesto: Jesús se habría creído Mesías, porque él era Hijo de David en el tiempo en que se esperaba el salvador de Israel; y, a través de la visión de SCHWEITZER y de J. WEISS, el profesor del Colegio de Francia no ve desde entonces en Jesús sino un pobre iluminado, — profeta de tristes nuevas que se creyó con la misión de preparar al mundo a su destrucción próxima.[1]

Averiguaremos muy en breve si tales teorías, por ingeniosas que sean, subsisten frente a los hechos.

1. Nos contentaremos aquí con observar solamente que sistemas que se contradicen y se oponen sin cesar, no pueden imponerse a la razón, a la que extravían. Loisy lo ha comprendido, y sus declaraciones dan al traste de una manera muy chistosa con el optimismo de WERNLE. "Está uno sobradamente tentado de pensar, dice, que la teología contemporánea — excepción hecha en favor de los católicos romanos, para quienes la ortodoxia tradicional tiene siempre fuerza de ley — es una verdadera torre de Babel, en donde la confusión de las ideas es aún mayor que la diversidad de las lenguas."[2]

2. Luego, recuérdese el discurso del sucesor de RENÁN en la Academia Francesa. "Los sabios, decía M. Challemel-Lacour, reprocharon a la "Vida de Jesús" el no ser científica.[3] Pidieron cuenta al autor de

1 La divinidad de Cristo "es un dogma que se ha fortalecido en la conciencia cristiana, existía solamente en germen en la noción del Mesías Hijo de Dios". *Autour d'un petit livre*, p. 147.

2 *Jésus et la tradition apostolique evangélique*, p. 164.

3 M. Couchoud hace chacota cruelmente del "Armonioso sileno que con su flauta divina ha modulado la Vida de Jesús",... del pintor que ha tomado modelo de Mahoma, del san Francisco de Asís de Ozanam y Lamennais, el gigante sombrío. "Bajo los pliegues de su blanco albornoz, el Jesús de Renán está admirablemente al corriente de las cuestiones morales y políticas del siglo XIX... está al nivel con los más aventajados parisinos de 1863... Panteísta con elegancia, hegeliano, idealista cumplido. Enemigo de los sacerdotes, apóstol del culto puro y de la religión desasida de toda forma exterior, delicioso particularmente, exquisito, rodeado de sufragios femeninos, lleno de aristocrática indiferencia, dado sin embargo a relaciones delicadas. Cuando, después de una larga espera, el autor de un solo golpe corrió el velo de su cuadro, lo resumió todo en una frase: "Empero, ¡este no es otro que el mismísimo M. Renán!" *o. c.* pp. 62-63.

las libertades que había tomado con ciertos documentos... Le requirieron sobre todo con qué derecho los había despedazado en mil trozos para ajustarlos a su plan y para componer, como en un jarro de flores, la figura que había imaginado". Racionalistas y Liberales precisamente entran a saco según que les viene en talante, fantásticamente o a su capricho, en el texto evangélico. Ellos también le destrozan en mil pedazos, eligen algunas pedazos que califican no se sabe por qué de primitivos, y los agrupan según la idea particular que se han formado. Pregúntase uno aquí, para hacer uso nuevamente de una palabra del mismo Challemel-Lacour, si estos procedimientos novelescos tienen razón de ser en la más grave de todas las historias.

Siempre acontece que entre

LOS PAGANOS, LOS MUSULMANES Y LA TURBA DE LOS JUDÍOS

MUCHOS ACOGEN LAS TESIS RACIONALISTAS Y LIBERALES, que representan a sus ojos la cultura europea. Hindos, Chinos y Japoneses se hacen eco de las mismas, confiadamente, SIN LA MENOR LIBERTAD DE ESPÍRITU, NI EXIGENCIAS CRÍTICAS DE NINGUNA CLASE.

En general, los Mahometanos se muestran más circunspectos. El Corán tiene a Jesús por el penúltimo de los profetas; concebido por obra del Espíritu Santo, dió a los hombres el ejemplo de una santidad maravillosa. Más tarde, ciertas escuelas místicas han hecho hincapié sobre esos hechos y proclamado a Jesús el primero de los santos, sin dañar con todo al fundador del Islamismo, a quien llaman el primero de los profetas, y en Medina, cerca de la tumba de Mahoma, hay una tumba vacía destinada al Maestro galileo cuyo regreso muchos esperan.

En cuanto a los hijos de Israel, la clase selecta deja para el pueblo ignorante y para los teósofos a

quienes ilumina el genio de Ana Besant, las leyendas tardías y blasfematorias de los Toledoth, ben Pandira, ben Stada.[1] Ella considera a Cristo como a un sabio, como a un profeta esenio o que admitía algunas prácticas del esenismo; mal inspirado, por cierto, en la elección de los medios, pero pretendiendo un fin superior; condenado, en fin, y sentenciado a muerte injustamente porque se había arrogado un poder espiritual en presencia de los representantes del legalismo. "Jesús, dirá aún M. Montefiore, Jesús fué un profeta, SUCESOR AUTÉNTICO DE LOS ANTIGUOS PROFETAS, sobre todo de los grandes profetas de antes del destierro: Amós, Oseas, Isaías." "Se sentía él inspirado de Dios, como los profetas del pasado." Sin embargo "su creencia en el fin de las cosas le impidió probablemente creerse, durante su vida, verdadero Mesías". Sea lo que fuere, "el espíritu de Jesús le sobrevive, y posee una virtud que nadie, los Israelitas menos que los demás, puede descuidar sin quebranto. Porque este espíritu lleva los rasgos característicos del genio. Es sublime, estimulante, heroico...".

— Este respeto, esta veneración,

LOS ANGLICANOS
Y LOS PROTESTANTES CONSERVADORES

lo acentúan todavía más. Cuando menos, TIENEN A CRISTO POR UN HOMBRE DIVINIZADO, mas no saben apenas como explicar en él la función del "elemento divino" y de la personalidad humana.

Esta, según SEEBERG, subsiste mientras que una suerte "de idea-fuerza" viene a invadirle, le eleva a la dignidad de órgano celeste y le une de tal manera

1 "Leyenda burlesca y obscena", ha dicho Renán. Y el protestante Arnold Meyer: "Una explosión de bajo fanatismo, de sarcasmo rencoroso y de fantasía grosera." El lector nos dispensará que no insistamos. Cfr. De Grandmaison, *o. c.* col. 1296-1297. Fillion, *Vie de N. S. J. C.* t. I, páginas 19-20.

a la Voluntad suprema que la vida de Jesús no hace más que una sola cosa con ella.

Loofs defiende una hipótesis análoga: la persona histórica del Maestro fué enriquecida y transformada por una "inhabitación" de Dios excepcional, nunca igualada, que le ha transformado en "Hijo de Dios" y consiguientemente en el iniciador de una humanidad nueva.

Muchos se aproximan a la cristología tradicional. Sanday piensa que el dogma de las dos naturalezas distintas y de la unidad de persona era en otro tiempo indispensable, mas se halla hoy substituído ventajosamente. *La unión divina se habría obrado en la subconciencia del Maestro,* luego, diferentes presentimientos, modos de ver parciales se le habrían poco a poco manifestado a su conciencia clara, superficial, pero que es puramente la de un hombre.

Gore acepta hasta las definiciones de los concilios de Efeso y de Calcedonia, cree que el *Verbo encarnándose ha renunciado a la ubicuidad, a la omniscencia y a algunos otros atributos divinos,* pero conservando al propio tiempo las perfecciones divinas radicales y esenciales de su personalidad, más secretas, menos exteriores si puede así decirse. Es la teoría acerca de la persona de Jesús, que hoy cuenta con mayor número de partidarios: la Kenosis.[1] Los unos la llevan hasta los extremos, la enuncian otros de una manera variada, todos se indisponen con la razón cristiana.[2]

1 Del griego ἐκένωσεν ἑαυτόν (Philipp. II 7) = Se despojó literalmente se vació a sí mismo. II Cor. VIII 9, que traducimos así: "...de rico que era (como Dios) vino a ser pobre (como hombre)", recibe sin motivo entre los partidarios de la Kenosis, la interpretación siguiente: "vino a ser pobre (como Dios). Cfr. Prat, *La Theologie de S. Paul,* t. II, pp. 239-242.

2 Fundan su sistema sobre una falsa idea de la personalidad (cfr. Prat, *o. c.*) y desconocen la simplicidad y la indivisibilidad de la naturaleza divina, cuyos atributos no se distinguen realmente de ella misma: despojarse de uno de ellos (suponiendo la cosa posible) sería cesar de ser lo que ella es... Vienen a dar, por otra parte, en una contradicción evidente: un Dios que cambia aún cuando sea esencialmente inmutable. Así, Loofs ha escrito: "Todas las teorías que levantamos, pobres hombres, acerca de la Encarnación divina son deficientes; mas de todas la más deficiente es la moderna teoría de la Kenosis". Citado por el P. De Grandmaison.

Salvo, pues, la mayor parte de los anglicanos y algunos luteranos y calvinistas conservadores, los protestantes, historiadores de los orígenes cristianos, profesan la divinidad presente en Cristo antes que la divinidad de Cristo; veneran un hombre divinizado mejor que no a un Dios hecho hombre.[1] Así, sin quererlo tal vez, son tributarios del racionalismo.[2] Porque "*el elemento divino" que se dignan todavía atribuir al fundador del Cristianismo, se distingue apenas del elemento "profético" o "más que profético" de que hablan los teólogos liberales.* Tan vaporoso es y tan flotante; en lugar de explicar el misterio de Jesús, le suprime. Sin embargo nos es necesario tener ideas precisas, fórmulas claras: pidámoselas a los católicos.

II

LOS CATOLICOS

Recuérdese la alternativa que planteaba Augusto Sabatier. "¿Jesús no es sino un hombre? En tal caso por grande que se le haga, el Cristianismo pierde su carácter de absoluta verdad y viene a ser una filosofía. Si Jesús es el Hijo de Dios, el Cristianismo permanece siendo una revelación." Y el célebre modernista, joven en aquel entonces, añadía: "Acerca de este punto capital, después de largas y serias reflexiones, me he puesto del lado de los apóstoles. Yo creo y confieso, con san Pedro, que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo." [3]

He aquí que los hijos de la Iglesia, veinte siglos hace

1 No hay apenas un teólogo protestante instruido—no conozco uno solo en Alemania—que defienda la cristologia en su forma pura." Loofs. *What is the Truth about Jesus Christ?* 1913, p. 183.

2 Hasta no pocos cristianos, manteniendo el dogma del Hombre-Dios, rózanse con la idea de un hombre simplemente divino, lo que es la disolución del cristianismo y un subrepticio retorno a las ideas grecoromanas." Couchoud, *o. c.* p. 111.

3 Citado por el P. De Grandmaison.

repiten esta misma confesión antes de ser admitidos a los honores de la iniciación cristiana, a la indispensable ceremonia del Bautismo. La experiencia cotidiana, las obras litúrgicas cuya historia seguimos a través de las centurias y en todos los países, los más antiguos libros del Nuevo Testamento: los Hechos de los Apóstoles (II, 38-39, VIII, 12, 13, VIII, 27, 30, X, 38, 48, XIX, 2, 13, XXII, 16) y las Epístolas de san Pablo (Eph. II, 20, 35, I Cor VI, II, I, 12-13, Tit. III, 4-6, Rom. VI, 3. Galat. III, 28) atestiguan de una manera indudable este hecho y su perpetuidad.

LA DIVINIDAD DE CRISTO EN LA IGLESIA NACIENTE

LA CATEQUESIS PRIMITIVA

A partir del día de Pentecostés, Pedro, los Doce y los discípulos enseñan la divinidad de Cristo a los habitantes de Jerusalén y de Palestina. Jesús, dicen, es un hombre justo y santo; ungido por Dios del Espíritu Santo y de poder, iba de aquí para allí, haciendo el bien y curando a todos los poseídos del diablo, por cuanto Dios estaba con él (Act. X, 36); Dios le ha rendido testimonio, obrando por él prodigios,. milagros y portentos (II, 22); le ha resucitado de entre los muertos (III, 15-2, IV, 10, V, 30, X, 40, XIII, 32, 35) y le ha hecho Señor y Cristo (II, 36).

Sin duda, necesario es reconocer en estas palabras, en primer término, una afirmación de la Mesianidad de Jesús, porque dirigiéndose a Judíos no creyentes, los ministros de la palabra debían, para no retraerles, a ejemplo del Maestro,[1] adaptarse al monoteísmo de Israel y estimularles, para satisfacer la esperanza mesiánica. Mas ved en cuán alto grado este mesianismo se

1 Cfr. la revelación progresiva que Cristo ha hecho de su mesianidad, de su identificación con el siervo de Jahvé, de su divinidad, así como la interpretación dada a los solos discípulos de las parábolas que decía a todos.

resuelve de conformidad con los datos tradicionales. Se substituye Cristo a Dios mismo. El don de la Salvación que, según el Antiguo Testamento, dependía de Jahvé, Jesús, autor o principio de la vida sobrenatural (Act. II, 14-15), lo otorga al presente con autoridad personal (IX, 12, V, 29, 32, XIII, 23, 39, XV, 11). En su nombre, el hombre realiza milagros (III, 6, 16, IV, 10, IX, 34, XVI, 13, 14), obtiene hasta la remisión de sus pecados (X, 43). Vivos y muertos resurgen ante su tribunal (II, 29, 34, X, 42, XVII, 31). Es él el Señor de todos (X, 36). Sentado a la derecha de Dios (II, 34, 36, VII, 33, 57), él envía al Espíritu Santo (II, 33) [1]

—Si observamos ahora

LA VIDA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS.

a) el régimen interior de la IGLESIA DE PALESTINA donde la fe se expresaba al descubierto, vemos de qué modo los jefes consideran a Cristo como el dispensador de la vida sobrenatural, ὁ ἀρχηγὸς τῆς ζωῆς, como una persona siempre presente que dirige a la comunidad.

1 "Con todo, si se considera en sus discursos las relaciones de Cristo con Dios, se advierte sobre todo una relación de dependencia. Muchos críticos parten de ahí para interpretar toda esta cristología en un sentido adopcionista: según S. Pedro y S. Pablo, si no según el autor de los Hechos, Jesús no habría sido constituído Cristo y Señor sino por su resurrección. Esta exégesis desconoce lo que hay de más cierto en la fe de S. Pablo como en la de S. Pedro: ya durante su vida terrestre Jesús era Cristo, mas su resurrección ha sido la prueba decisiva y la manifestación suprema de su dignidad mesiánica, y al mismo tiempo de su filiación divina; la palabra profética "tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy", ha sido aplicada por S. Pablo (XIII, 33) a la resurrección; habíase ya oído un eco en la Transfiguración y en el Bautismo: estas grandes datas no señalan el origen de la filiación, sino su manifestación progresiva" Lebreton. *Les Origines du dogme de la Trinité*, pp. 262-263.

Por otra parte, no es necesario juzgar de la fe de la Iglesia primitiva solamente por las fórmulas que la traducen, porque estas fórmulas no expresaban sino incompletamente las creencias de los discípulos de Cristo. Los apóstoles, estos pescadores de Galilea convertidos en misioneros del Evangelio, no se preocupaban por hallar para su fe una expresión perfecta. Querían hacer comprender lo que su Maestro era para ellos, y se servían al efecto de nociones comunes en su medio ambiente, como Jesús se había servido, pero les daban un sentido más profundo, y por otra parte su actitud moral, su vida religiosa, acababan de revelar lo que su lenguaje era impotente para expresar". *Où en est l'histoire des religions?* t. II, L. Venard. *Les Origines chrétiennes,* p. 203. — Cfr. las notas de la p. 317.

sosegando los temores de Ananías, los escrúpulos de Pedro, ciertas perplejidades de Pablo (Act. IX, 10, X, 9 s. s., XI, 5 s. s., XXII, 18 s. s.)[1] Esteban, para implorarle, emplea los términos mismos con que el Maestro agonizante rogaba a Dios (VII, 58, 59). El pueblo se dirige igualmente a El en sus plegarias: estos denodados monoteístas le asocian al culto que decretan a Jahvé (Act. XIV, 11, 19); *son "aquellos que invocan su nombre"* (IX, 14, XXII, 6), *cuando en los Setenta la misma fórmula sirve para designar a los Judíos que adoran al Dios de Israel.*[2]

b) Mas el cielo azul de Oriente abriga villas y ciudades seculares en donde tienen su mansión gentes de un carácter muy acentuado, de una cultura muy especial. Cuán interesante será llevar nuestras investigaciones a otros países. Pasando por Antioquía, centro de la civilización judío-helénica, llegamos a los ilustres santuarios del arte griego, Atenas y Corinto, luego el otro término del Mediterráneo, España, esa frontera de un mundo al que sostienen las columnas de Hércules, y finalmente nos detenemos en la soberbia Roma, capital del mundo civilizado. Casi todo el universo conocido se va a manifestar a nuestros ojos.

Allí donde ponemos el pie, hay misioneros de Cristo: se les halla en las sinagogas, en las plazas públicas, hasta en el seno del Areópago. Anuncian la buena nueva: Jesús de Nazaret, muerto por nosotros bajo Poncio Pi-

1 "He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo" (Matth. XXVIII, 20): esta promesa suprema de Cristo se realiza desde los primeros días; Jesús vive entre los suyos, les dirige, les anima; sus apariciones tienen el mismo carácter que las teofanías del Antiguo Testamento: el Rey de Israel se manifiesta a sus servidores y les da sus órdenes; les halla frecuentemente vacilantes, como lo estaban los viejos patriarcas, empero su fuerza triunfa de su timidez (Act., IX, 10); les alista, como en otro tiempo a los profetas, en un ministerio que les desconcierta y les atemoriza (X, 9); les arranca, como a Abrahan, de su tierra natal y de su pueblo, para hacerles los ascendientes o los mayores de un pueblo innumerable (XXII, 17-21), y parten ellos para esas lejanas campañas venturosas, sin otra fuerza que su palabra". *Recherches de science religieuse,* abril 1924. J. Lebreton. *La prière dans l'Eglise primitive,* p. 99.

2 Cremer. *Worterbuch der neutestamentlichen Gracitat,* p. 552. Citado por Merkelbach. *Jésus Fils de Dieu et ses récents contradicteurs.*

lato y resucitado al tercer día, es el Salvador universal, πάντων κύριος, aquél que perdona los pecados y da también la gracia de llevar una vida nueva. He aquí que, a su llamamiento, un número considerable de hombres piden y reciben el Bautismo. Después, se agrupan en comunidades distintas, se reúnen en ciertos días y saludan con sus himnos (I Tim. III, 16-Rom. XIV, 27),[1] como *un objeto de culto*:

A Aquél que ha sido manifestado en la carne,
Ha sido justificado por el Espíritu,
Ha aparecido a los ángeles,
Ha sido predicado entre las naciones,
Ha sido creído en el mundo,
Ha sido elevado en gloria.

Se les lee las cartas de Pedro, sobre todo.

LAS CARTAS DE PABLO

el incrédulo, el perseguidor convertido en Apóstol a partir de una manifestación de Cristo cuando iba por el camino de Damasco. Oíd, pues, lo que ellas afirman.

Jesús, nacido de mujer, no tiene otro PADRE que Dios (Rom. XV, 6, II, Cor. I, 3, XI, 31, Eph. I, 3, III, 14, Coloss. 13); es el propio Hijo de Dios; quien, habiéndole entregado por todos nosotros, no puede no darnos todo con él (Rom. VIII, 3, 32).

Los NOMBRES particulares de Dios le convienen

1 Véase también Eph. V, 14. "En el año 113, antiguos Cristianos refirieron a Plinio que antes de su apostasía acostumbraban a reunirse para cantar himnos a Cristo como a Dios: Christo quasi Deo. No era esto una novedad. Uno de los garantes de Eusebio afirma que el uso de componer salmos y odas, en los que el Verbo era celebrado como Dios, remóntase hasta los primeros tiempos (Hist. eccl. V, XXVIII). Esta aserción puede ser comprobada con el testimonio expreso de S. Pablo. "Entreteneos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y enalteciendo en vuestro corazón al Señor Jesucristo" está reemplazado por "Dios" (Col. III, 16), lo que prueba que los fieles hacían ascender las mismas alabanzas hacia Dios y hacia Cristo". Prat, *o. c.*, t. II, 177-178. Cfr. los artículos citados del P. Lebreton.

Jahvé,[1] aquél que el Ser supremo se atribuye al revelarse un día a Moisés y que significa su esencia inefable: "quienquiera que, dice san Pablo, invocará el nombre del Señor (κύριος hebr. = Jahvé) será hecho salvo" (Joel, II, 32, Rom. X, 13)[2] y este otro, Adonai, que le designa con un plural de majestad como verdadero soberano del reino teocrático del que los reyes no son en definitiva sino los lugartenientes: en el reino nuevo, Cristo está constituído soberano Señor.[3]

¡Aún la palabra θέος que reserva él de ordinario a Dios Padre, el Apóstol le aplica algunas veces a Jesús: "Yo anhelaría, exclama, ser anatema lejos de Cristo por mis hermanos. Ellos son Israelitas. Tienen la gloria divina, las alianzas, la Ley, el culto divino y las promesas; tienen los patriarcas, y de ellos ha nacido Cristo en lo que se refiere a la carne, el cual está por encima de todo, Dios bendito por los siglos" (Rom. IX, 5).[4]

1 "El tetragrama inefable, Jahvé, tiene por traducción regular en los Setenta: el Maestro (Kurios). Pablo, sin blasfemia, llama a Jesús: el Maestro. Abre su Biblia griega, lee algun pasaje en donde se ha hablado de Jahvé, y, con la mayor naturalidad del mundo, le aplice a Jesús." Couchoud, *o. c.,* p. 81.

2 La salvación, vinculada en otro tiempo a la invocación del nombre de Jehová, está ahora vinculada a la invocación de Cristo y, para probarlo, Pablo se autoriza con la palabra del profeta. Se sigue, en buena lógica, que a sus ojos Cristo es uno con Jehová. ¿Cómo explicar de otra suerte el discurso que dirige a los ancianos de Efeso: Vigilad sobre vosotros y sobre todo el rebaño del que el Espíritu Santo os ha constituído guardianes, para gobernar la Iglesia de Dios que ha adquirido para sí con su propia sangre." Prat, *o. c.,* t. II, p. 175.

3 S. Pablo emplea κύριος ya sin artículo como un nombre propio, ya con el artículo para indicar al Señor por excelencia. Aquí aún aplica a Jesús lo que Isaías (XXVIII, 16) había dicho de Jahvé: Si tú confiesas con tu boca que Jesús es Señor, y si tú crees en tu corazón que Dios le ha resucitado de entre los muertos, tú serás salvado; porque, dice la Escritura, quienquiera que creerá en él, no será confundido (Rom. X 9). Comp. Is. XIV, 23 et Philipp. II, 10-11.

4 Para descartar del debate este texto que embaraza mucho a los racionalistas, menester fuera o bien colocar el punto después de la palabra "carne" y leer: que aquél que está por encima de todo, Dios, sea bendito por los siglos; o bien, poner el púnto después de "todo" y leer: que Dios sea bendito por los siglos.

La primera hipótesis es insostenible: Ὁ ὢν equivale a ὅς ἐστιν =que es, y se refiere naturalmente al nombre precedente (cfr. Joan, I, 18, III 13), y por lo tanto a Cristo. Si Pablo había querido puntualizar después de la palabra "carne" y comenzar luego una doxología, debió, según la gramática, o poner en primer término Θεός con el artículo y hacer seguir ὁ ὢν ἐπὶ πάντων (cfr. II Cor. IX, 31), o mejor omitir

Mas Pablo no da solamente a su Maestro nombres divinos, le reconoce los ATRIBUTOS y las OPERACIONES incomunicables de la Divinidad.

Del cielo en donde preexistía en la condición de Dios, igual a Dios, Jesús, escribe, descendió sobre la tierra; despojóse aquí de sus prerrogativas tomando la condición de siervo, y remontóse al cielo en donde es el Señor del reino nuevo.[1] "Esta preexistencia "in forma Dei" no es evidentemente una simple preexistencia ideal en el pensamiento de Dios.[2] Una idea no puede aislarse de la personalidad. En cuanto a una preexistencia intermediaria entre la real y la ideal, que un exégeta alemán, Holtzmann, llama preexistencia in forma, y que se ha procurado explicar por "una divinidad en potencia, una capacidad de recibir la vida divina, una forma vacía que debe ser llenada y espiritualmente realizada": ello son otras tantas expresiones nebulosas que

ὤν , y decir simplemente ὁ ἐπὶ πάντων Θεὸς. Por otra parte, el contexto prueba que la soberanía de Dios no tiene nada que ver aquí; mientras que, si se trata de Cristo, la idea termina, viene como a coronar el enunciado progresivo de las prerrogativas de Israel.

La segunda hipótesis no es que valga más. 34 fórmulas griegas o hebraicas del Antiguo Testamento y todas las doxologías separadas del Nuevo siguen la misma regla gramatical; cuando no se expresa el verbo ser, se pone a la cabeza el atributo, luego el sujeto precedido del artículo. Dios sea bendito = εὐλογητὸς ὁ Θεὸς. Ahora bien, Pablo escribe por el contrario Θεὸς εὐλογητὸς; el substantivo carece de artículo y el adjetivo le sigue, sirviéndole de epíteto. La traducción: Bendito sea Dios, es pues evidentemente mala; es necesario leer: Dios bendito, y estas dos palabras así dispuestas no pueden ser, dice Levesque (*Comment S. Paul prouve la divinité de Jésus-Christ*, pp. 11-17), sino una aposición refiriéndose a Cristo que acaba de ser mencionado: el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. — Véase también I Thess. III, 11: Que El, nuestro Dios y Padre y nuestro Maestro Jesús, dirija nuestra ruta hacia vosotros. "El pronombre El y el verbo dirija están en el singular, aún cuando se refieren a la vez a Dios y a Jesús. La sintaxis aquí traiciona el fondo del pensamiento. Jesús es diferente de Dios: es un punto que queda por precisar. Mas si se habla seguido y sin ambages, Jesús es el mismo Dios, Jesús y Dios no constituyen un plural." Couchond, *o. c.*, p. 81.

1 "En cuanto al relato prodigioso del descendimiento y de la ascensión de un ser divino, ello es el fundamento de la teología cristiana", dice M. Couchoud (*o. c.*, p. 122). Mas la historia sería mítica. — M. Goguel (*o. c.*, pp. 113 ss.) ha refutado esta última aserción.

2 Como la que los antiguos rabinos atribuían al Mesías antes de la creación del mundo. Para explicar la tardanza de su aparición, dicen hoy que el Mesías existe ya en alguna parte, en un lugar desconocido, pero que Dios, ateniéndose a secretas razones, le tiene en reserva.

acusan el entorpecimiento de gentes que prefieren el absurdo antes que aceptar la solución cristiana. ¿Cómo una pura capacidad, una forma vacía puede ella renunciarse, despojarse a sí misma? Eso es hablar sin sentido.[1] Por otra parte, aquel que preexiste ¿no es el mismo que, al final de su carrera, será reconocido como Dios: *ui omnis lingua confiteatur ad gloriam Dei Patris, quia Jesus est Dominus?*[2] Se le reconocerá por lo que es verdaderamente, por lo que nunca ha cesado de ser, aun cuando renunciaba al "aparato divino", por lo que era antes de aparecer en este mundo (Cfr. II Cor. VIII, 9, Rom. XV, 3).

Además de esto, Pablo atribuye a Jesús una intervención en la creación del universo. En el curso de una exposición contra la idolatría, "Para nosotros, escribe de paso, no hay sino un solo Dios, θεός, , el Padre, de quien todo viene y quien nos ha hecho para él, y un solo Señor = κύριος, por quien son todas las cosas y nosotros mismos para él" (I Cor. VIII, 4). "El es, dice en otro lugar, la imagen de Dios, el invisible, nacido antes de toda criatura[3] porque es en él que han sido creadas todas las cosas,[4] aquellas que están en los cielos y aquellas que están sobre la tierra, las invisibles y las visibles... Todo por él y para él ha sido creado. Y él es ante todas las cosas y todas las cosas subsisten en él" (Col. I, 15-17).

1 Levesque, *o. c.*, p. 20.

2 No hay razón para traducir: que el Señor Jesucristo ha entrado en la gloria de su Padre. El verbo entrar no está ni expresado ni por suplir. Gramaticalmente el verbo no estando expresado, la palabra κύριος, colocada al frente, debe ser el atributo. "Que toda lengua confiese, a la gloria del Padre, que Jesucristo es el Señor". Levesque.

3 "Es absolutamente imposible que esta expresión quiera decir: primogénito de entre las criaturas; la misma significa, pues, nacido antes de toda criatura: lo que implica primeramente que Cristo no ha de ser colocado en la categoría de los seres creados; en segundo lugar que posee un modo de existencia superior y anterior a todo ser creado. Para que no quede equívoco Pablo se comenta a sí mismo diciendo que Cristo es antes de todas las cosas; y da esta razón que todo ha sido creado por él y para él. Como es necesario ser antes que obrar, la consecuencia es evidente." Prat, *o. c.*, t. II, pp. 168-169.

4 Ellos son casi los mismos términos que los del cuarto evangelio: In principio erat verbum... Omnia per ipsum facta sunt (I, 3).

¿Cómo, pues? El versículo 9.° del segundo capítulo nos lo revela: toda la plenitud de la divinidad habita en él corporalmente. En su cuerpo glorificado, no hay solamente la θειότης, la divinidad, lo que podría entenderse de una iluminación o de una virtud divina que habría descendido sobre Cristo, sino la θεότης, la deidad, digamos la palabra propia, la naturaleza divina.

No se podría, pues, sostener con Guignebert, profesor en la Sorbona,[1] que "la afirmación de la divinidad de Jesucristo no se encuentra realmente en el Nuevo Testamento. "Esta creencia, responde M. Couchoud, bajo una forma arcaica, mas no atenuada, llena los primeros documentos que hablan de Jesús: las cartas de Pablo. Pablo no es el biógrafo de un sabio y de un mártir, es el apóstol de un Hombre-Dios. Y los evangelios mantiénense sumergidos en la teología de Pablo y en los ardientes efluvios del culto cristiano. Los poetas (?) que los han compuesto, los auditorios apasionados que los han escuchado, han pensado narrar y escuchar no la vida de un santo, sino la historia de un Hombre-Dios, de la cual dependía su salvación".[2]

—A pesar de esto, la cuestión no está aún resuelta: se ponen en tela de juicio los orígenes del dogma.

LOS ORIGENES DEL DOGMA

Todos aquellos que no quieren admitir ni la encarnación de Dios ni la revelación divina de misterios, se apoderan de nuestros textos mismos, y mostrando con el dedo a su autor, Pablo, el convertido del camino de Damasco, el genial Misionero cristiano, el más activo asimismo: ahí le tenéis, exclaman, a aquél que puso la aureola sobre la cabeza de Jesús...

Sin embargo, cuando se trata de establecer esta tesis, se dividen en dos campos y presentan razones muy

1 *Modernisme et tradition catholique*, p. 118.
2 *O. c.*, pp. 109-110.

diferentes según que pertenezcan a la escuela liberal o a la escuela comparatista moderada.

A.

LA ESCUELA LIBERAL

El ministerio de Cristo produjo, nos dice ésta, una viva impresión sobre muchos judíos, sus contemporáneos, y no menos la presencia invisible que éstos acabaron por atribuirle después de su muerte. De ahí se originó muy pronto entre los fieles, un doble proceso de divinización. El primero, partiendo de una cristología adopciana,[1] vino a dar en el ebionismo. El segundo—que es el que nos interesa sobre todo—hizo triunfar en Nicea, con el término ὁμοούσιος, la cristología pneumática.[2]

Ahora bien, creyendo que el Crucificado del Calvario era el Mesías, la comunidad primitiva esperaba la parousia gloriosa: tenía entonces la fe de Jesús mas no todavía fe en Jesús. Sobrevino Pablo, quien le dió esta fe: especulaciones rabínicas y ciertas ideas desparramadas en los pasajes o ambientes helénicos, le llevaron a divinizar a su Maestro y a subordinarle a Dios Padre. San Juan, el cantor del Logos, puso remate a su

1 Jesús es el hijo adoptivo de Dios, un hombre en el cual Dios mora en virtud de una complacencia especial, en virtud de privilegios particulares.—Esta filiación, en el sentido moral, estaría afirmada por los relatos del Bautismo y de la Resurrección como por los discursos de Pedro que nos han conservado los "Hechos de los Apóstoles". Nuestro párrafo "La vida de los primeros fieles" da acerca de este tema las explicaciones indispensables. Según la escuela liberal, el evangelio de la infancia, especialmente Luc. I, 35, señala un progreso de la evolución cristológica: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti... y por ello el niño nacido será santo, será llamado Hijo de Dios"; se trataría aquí de una filiación en el sentido físico, término de una acción divina. Léase allá arriba, después del comentario del P. Lagrange, el penetrante capítulo de los "Estudios" del P. Rose.

2 Jesús es un ser celeste que vino a la tierra para cumplir una obra salvadora, luego, volvióse al cielo.—He ahí, dice la escuela liberal, la linde de la evolución cristológica, la filiación divina en el sentido transcendente, tal cual la han anunciado el Apóstol Pablo y el cuarto evangelio.—"A modo de una construcción salida de la mollera, la tesis racionalista estaría bastante bien combinada, repone con prontitud y viveza M. el canónigo Van Crombrughe; como conclusión de historiador, es ella insostenible." Esperamos demostrarlo.

obra.—Tenemos, pues, dos Evangelios: el de Jesús, quien predicó a los hombres la paternidad divina; y la buena nueva de que Jesús es el Cristo, el κύριος. El primero solo debe ser tenido como auténtico.[1]

—¿Estas pruebas encierran algún valor? No, en modo alguno, porque:

I. **La hipótesis de la idealización progresiva de Cristo es del todo inverosímil en un ambiente monoteísta,** aun impregnado de helenismo. Jamás, desde el tiempo de los Macabeos, los Judíos consintieron en establecer en favor de los emperadores los honores divinos que la adulación oriental, o, más tarde, la lisonja de los Romanos degenerados reclamaron para sus emperadores.[2] La adoración de un hombre era a sus ojos una abominación tal que el Estado debió finalmente dispensarles de ello. Bajo el poder de Pilato, la entrada en Jerusalén de las tropas, llevando la imagen de los Césares, había provocado una sedición tan larga y tan violenta que Vitelio, pasando más tarde de Antioquía a Petra, prefirió imponer a las legiones un largo rodeo antes que atravesar la Palestina (Ant. Jud. XVIII, 3, 1, 5, 3). Petronio, gobernador de Siria, no osó hacer pasar los umbrales del Templo a la estatua de Calígula (ibid. XVIII, 8). Y los cristianos manifestaron una intransigencia a lo menos igual. ¿No pagaron muchas veces con su sangre la invencible repulsión que manifestaron por el Templo de los Augustos, el trono de Satanás, y la denegación de conceder al emperador lo que llamaban ellos la adoración de la Bestia?[3]

1 Apuntamos solamente las grandes líneas del cuadro, en primer término porque el estudio de los pormenores concierne a las obras especiales, y luego porque la escuela liberal parece con toda verdad que está a punto de fenecer.

2 Los judíos honraban al emperador, empero se hubieran hecho desmenuzar hasta el último aliento, antes de confesar a flor de labio que el emperador fuera un dios. Se habrían hecho despedazar del mismo modo, si hubiera sido menester decirlo del propio Moisés." Couchoud, *o. c.*, p. 84.

3 Era frívolo oponerse hasta el martirio a la apoteosis del emperador, para substituirla allí por la de uno de sus súbditos." Couchoud, *o. c.*, p. 113.

No se concibe apenas cómo su tradicional y tan profundo horror se habría de repente mudado en veneración suprema con respecto a *un Judío rechazado por los príncipes del pueblo y suspendido de un leño infame,* en una adoración y un amor del que carecían en grado superlativo los paganos de esta época [1] y cuya expresión teórica se afirma y se desarrolla, en los judíos cristianos, sin mengua del monoteísmo, y sin amenguar su rigor.[2]

Semejante revolución [3] no hubiera podido verificarse en el término de quince a veinte años que separan de la muerte de Cristo las epístolas paulinas.[4] M. Wernle lo atestigua así: "es absolutamente prodigioso que en tan breve tiempo el Jesús histórico haya sufrido esa transformación colosal".[5] Más clarividente, la escuela religionista confesaría que esta transformación es imposible, enteramente imposible; esta escuela defiende

1 Cfr. Lebreton, *o. c.*, pp. 5-6. La observación no concierne evidentemente, sino a la piedad de los cristianos procedentes del paganismo y mezclados con los Judíos.

2 "No es ello un simple sentimiento de fidelidad y de admiración el que puede explicar el origen de esta doctrina; si Jesús no había sido sino el iniciador de un movimiento religioso, y en modo alguno el revelador de un misterio, nunca sus discípulos habrían traducido sus emociones religiosas en creencias tan nuevas, tan desconcertantes y, al mismo tiempo, tan coherentes y tan altas...

Puede afirmarse sin temor lo que sigue: no es tampoco la especulación la que ha llevado hasta ahí a los cristianos; si hubieran sido filósofos en vez de ser discípulos de Jesús, habrían elaborado su dogma según las categorías familiares a sus contemporáneos: habrían hecho de Cristo uno de esos seres intermediarios, que la gnosis judía o griega multiplicaba entre el hombre y Dios; le habrían colocado en alguna de esas series siempre abiertas de eones, de semi-dioses, de potencias; y sin transformar su fe, sin violentar su filosofía, porque no eran filósofos, sino creyentes, porque menospreciaban la gnosis, mas adheríanse a su Maestro, y porque esta fe en Jesús les llevaba, más allá de las especulaciones y de los sueños de los hombres, hasta la verdad divina." Lebreton, *o. c.*, p. XXIII.

3 "En todo caso una deificación, en un ambiente judío, aún en tiempo de la Dispersión, permanece siendo un hecho sin ejemplo. Pedro, Pablo, tantos otros, rabinos judíos o profetas, han curado gente lacerada y hecho milagros. Ninguno ha sido mirado como el Cordero que se mantiene sobre el trono de Jahvé. Teudas, el Egipcio, Barkokebas, otros han sido mesías. No se les ha concedido las prerrogativas de un Dios transcendente. El caso de Jesús es único. Para el historiador los casos únicos son siempre enigmas. Si Jesús fué un judío de entre los judíos, lo que ha llegado a ser confunde el espíritu." Couchoud, *o. c.*, pp. 113-114.

4 La primera epístola a los Tesalonicenses pareció en el año 51 según el P. Prat; en 48 ó 49 según M. Harnack.

5 *Die Anfange unserer Religion,* p. 243.

que el proceso evolutivo comenzó antes del Cristianismo, en un ambiente en el que se hallan otros ejemplos de divinización.

En pocas palabras, estos argumentos nos autorizan[1] a afirmar que los primeros discípulos han debido admitir, *ab initio*, la buena nueva de Jesús = κύριος, lo que M. Harnack llama "el evangelio de Cristo"; sin ello, a falta de garantías suficientes, no habrían por otra parte jamás "recibido el evangelio del Padre".

—Segunda observación:

II. **El cometido que se atribuye a San Pablo no tiene fundamento alguno en la historia,** porque:

aun antes de trabar conocimiento con las cartas paulinianas, los primeros cristianos tenían ya fe en la divinidad de Jesús. De otra suerte, el Apóstol *no se habría contentado con exclamaciones rápidas, con alusiones imprevistas,* con enseñanzas que surgen como a la ventura de contextos de contraste el más chocante[2] que tienen por único objeto simples aplicaciones morales. Habría dado, evidentemente, una exposición completa y presentado su doctrina cristológica en una de esas amplias síntesis de que tanto gustaba el que fué el primero en fijar por escrito la fe cristiana.

Y no se objete que había tal vez, antes, inculcado

1 Demos una vez más la palabra a M. Couchoud, sepulturero de los escombros liberales.

1.º "La novedad religiosa que Pablo ha propagado desde Jerusalén, a la redonda, hasta el Ilírico (Rom. XV, 19), no es el culto de un hombre. No hubiera sido muy escuchado. Un muerto divinizado, por grande que sea, no es propio para interesar violentamente a aquellos que no son sus congéneres. Desligado de su grupo de origen, se extingue rápidamente su colorido local y pierde su prestigio", p. 87.

2.º Es fácil distinguir un Dios humanizado de un muerto divinizado. El culto de Jesús no tiene nada de funerario", p. 90.

2 El P. Prat lo hace observar a propósito de Philipp. II, 5-11: "Uno queda pasmado de dar con esa doctrina sublime dejada caer como de paso, en un trozo parenético, sin secreta idea de controversia, como si se tratara de un dogma vulgarizado, desde mucho tiempo conocido y creído de todos, que basta recordar para sentar la base de una exhortación moral: hecho desconcertante en verdad y enteramente inexplicable, si no se supone que la preexistencia de Cristo y la unión en su persona de la divinidad y de la humanidad formaban parte de la catequesis apostólica, y pertenecían a aquellos artículos elementales que ningún cristiano debía ignorar." *o. c.*, I, p. 439.

sus ideas de viva voz. No importa. Cuando se dirige a la comunidad de Roma a la que ni había fundado ni evangelizado, mas a la que han formado otros en la doctrina evangélica, habla de Cristo en los mismos términos con que lo hace a los Corintios y a los Gálatas: la confesión de Jesús Señor le parece en todas partes recibida como un compendio del evangelio (Rom. X, 9-10, Cfr. V, 3).

Por lo demás, no hay que decir que los fieles susceptibles que importunaban a Pablo con sus impertinencias acerca de las observaciones legales, habrían vivamente protestado contra innovaciones dogmáticas, inauditas, que olían a paganismo; ahora bien, *no vemos en parte alguna que la cristología pauliniana haya sido contradicha.* Estudiando la epístola a los Romanos y la fe que ella supone en la divinidad de Cristo, "no hay nada tan maravilloso en la historia del pensamiento humano, escribe M. Sanday, como la senda silenciosa e imperceptible por la cual esta doctrina, para nosotros tan difícil, tomó cuerpo y espacio, sin lucha y sin controversia, entre las verdades cristianas aceptadas".

III. Los hechos alegados por nuestros adversarios no son en modo alguno convincentes.

Parten de este PRINCIPIO que las Epístolas relegan a último término el Reino, el Mesías, la Ley, lo que en la predicación del Maestro ocupa la perspectiva; descuidan los acontecimientos de la vida terrestre del Salvador para dedicar casi toda la atención a su muerte y a su resurrección. De ahí vienen a parar en esta CONSECUENCIA: que existe una oposición formal, irreductible, entre el Evangelio de Pablo y los datos de la tradición apostólica. Pretenden hasta indicar los FACTORES de la mudanza: el Apóstol habría recubierto la catequesis primitiva de enseñanzas adventicias, de ideas extranjeras tomadas bien al judaísmo, bien a la filosofía grie-

ga. Hablaremos en otra parte de las religiones orientales.

A. EL PUNTO DE PARTIDA es malo. Por lo mismo que Pablo no había conocido al Maestro durante su Ministerio en Judea y en Galilea, *no debía como los Doce, atestiguar los hechos y dichos de Jesús.* Testigo de Cristo resucitado que se le había un día manifestado, Pablo continuaba recibiendo la iluminación y experimentando el soberano poder de este Jesús (Act. XVI, 6-7, 9-10, XVIII, 9, XX, 22-23, XXIII, 16), cuya revelación, hecha en el camino de Damasco, le decía que para todos los hombres Jesús era un salvador y un dispensador de la vida divina! Pablo debía sobre todo anunciar la salvación, llevar a judíos y gentiles a participar, por la fe, de la muerte y de la resurrección del Hijo de Dios. Y este deber podía cumplirlo tanto mejor cuanto que se dirigía con preferencia a cristianos ya formados.[1]

Sin embargo, no ignora él la tradición histórica acerca del ministerio de Jesús: sus frecuentes alusiones a las palabras del Maestro (I Cor. VII, 10-11, IX, 14, I Thess. IV, 15, Gal. VI, 2, Eph. IV, 20-21, Col. II, 6-7) o a sus actos (Phl. II, 6, Gal. III, 16, IV, 4, Rom. I, 3, I Cor. IX, 5, 15, 15, II Cor. VIII, 9, I Thess. II, 19, etc.), su relato de la cena eucarística (I Cor. XI, 23-26) y de las apariciones del Salvador resucitado (I Cor. XV, 4, 7), dan fe de ello.[2]

Tampoco desdeña o descuida la doctrina evangélica. Al contrario, la tiene presente y hasta la profundiza. La distinción que traza entre la vida de los fieles aquí

1 El autor de los Hechos, S. Juan en su primera Epístola, Pedro, Judas y Santiago, son, por el mismo motivo, tan sobrios en alusiones a la vida terrestre de Jesús.

2 ¿Es menester insistir aún sobre este hecho? Quien vivió en dos ocasiones con Ananías y los cristianos de Damasco (Act. IX, 10-22), quien pasó quince días con Pedro y Santiago (Gal. I, 18-19), quien contó entre sus colaboradores a Marcos (Act. XIII, 5, Col. IV, 11) y Bernabé (Act. XI, 26, XIII, 4; XI, 39) y quien, hecho cautivo, halló a Lucas a su lado (Col. IV, 14, II Tim. IV, 11), no puede tampoco haber ignorado la historia de Cristo, como los familiares de Soult, de Bertrand, de Berthier, la del emperador Napoleón.

en la tierra en Cristo y la vida en el cielo con Cristo, recuerda las dos fases del reino, una preparatoria sobre la tierra, otra que acaba y consuma todas las cosas en el juicio último (Eph. V, 5, I Cor. IV, 20, XV, 24, Rom. XIV, 17, Col. I, 13, IV, 11, I Thess. II, 19). Se halla en Jesús Señor y Redentor, jefe invisible de la Iglesia e intercesor todopoderoso cerca del Padre, al Mesías despojado de su forma judía. La inutilidad de las prácticas legales puede deducirse del espíritu del Evangelio.[1]

—Una vez sentado que la Revelación sirve de cimiento a la teología pauliniana, nos es menester investigar cuáles fueron en su construcción.

B. Los elementos extranjeros. Dos sistemas se ofrecen a nuestro examen.

a) ¿Depende Pablo en ciertos puntos de la Filosofía griega?

El helenismo[2] había penetrado en las ciudades sirias, en particular en Tarso, donde el Apóstol nació y donde recibió la educación distinguida que convenía a un ciudadano romano. El que se hacía judío con los judíos, gentil con los gentiles, y que citaba en Atenas, delante del Areópago, la mitad de un verso de Arato, no habría desdeñado los recursos de su cultura clásica al tiempo en que meditaba acerca de la vida y de la doctrina del Maestro. Mas ni las Epístolas ni los discursos de los Hechos apoyan perentoriamente[3] la hipótesis de una añadidura o usurpación literaria. De las cuatro citas de autores profanos que contienen, las tres primeras (I Cor. XV, 33, Tit. I, 12, Act. XVII, 28)

1 Cfr. Prat *D. A. F. C.*, fasc. XVIII, *Paul (saint Paul) et le Paulinisme*, col. 1634-1637.

2 Esta palabra designa ora la cultura griega clásica, ora el conjunto de ideas religiosas y morales del mundo griego, ora el modo de pensar de los Judíos llamados "helenistas" que habían adoptado, en la Diaspora, la lengua y las costumbres griegas.

3 Wendland, *Die Hellanistisch-Romische Kultur* y Feine, *Theologie des N. T.* son de un parecer diferente.

eran proverbios rimados que el uso permite emplear sin haber leído los originales; el cuarto (Act. XVII, 28) supone el conocimiento directo de un poema de Epiménides. La dialéctica de Pablo no tiene nada, tampoco, de común con la de los sofistas y de los preceptores.[1]

Sobre todo, no se descubre en ninguna parte en el Apóstol un plagio substancial a la teodicea helénica.[2]

El Dios de los estoicos es la naturaleza, el conjunto de los seres, el gran Todo, o, si se quiere, la ley del mundo, la inteligencia del universo, la fuerza opuesta a la naturaleza. "Quid est natura, se pregunta Séneca (De Benef IV, 7), quam deus et divina ratio toti mundo partibusque ejus inserta?"[3]

En orden al Logos de la escuela alejandrina, potencia inmediata de operación o intermediario principal entre Dios y el universo, no tiene personalidad independientemente del Creador; no goza de otro papel aquí abajo sino el de organizar la materia y no comunica a los hombres los dones de la salvación, la vida y la luz divinas.[4]

1 Las pretendidas referencias entre la moral estoica y la moral de S. Pablo no entran en nuestro campo de estudio. Cfr. Prat, *D. A. F. C.*, art. citado, col. 1645-1647.

2 Cfr. Toussaint, *o. c.*, t. I, pp. 6-7. "Su lógica es la del Talmud que no se parece en nada a la de "Analíticas" de Aristóteles. Inútil es buscar allí las reglas del silogismo o de la demostración tal como la comprendía un espíritu griego. La palabra "filosofía" no se lee sino una vez en todas las obras de S. Pablo, y aun entonces designa más bien una suerte de teosofía que un sistema de explicaciones racionales acerca del hombre, acerca del mundo y acerca de Dios."

3 He aquí el juicio de un escritor debidamente impuesto sobre el particular, que ha hecho una especialidad de este estudio: "...Los términos, las expresiones y las ideas que al primer golpe de vista presentan una relación sorprendente con el estoicismo, son, al fijarse uno mejor, tan diferentes y aún totalmente opuestas, que es imposible admitir en el Apóstol un conocimiento exacto de la doctrina estoica ni plagios adrede de esta doctrina." Bonho. *Epiktet und das Neues Testament,* 1911, p. 198, citado por el P. Prat.

4 Cfr. Lebreton, *o. c.* Introducción y Libro primero, cap. II. Labauche, *Leçons de théologie dogmatique,* t. I, p. 28, nota 6.—*Dict. de théol. cath.*, fasc. XLI, pp. 2378-2386.

I. Las comunidades cristianas de Asia Menor han sido, de buen principio, agitadas por doctrinas inquietantes en las que se mezclaban "fábulas judaicas" (Tit. I, 14; I Tim. III, 9), preceptos rituales y morales (I Tim. IV, 3) y especulaciones filosófico-religiosas a propósito de seres intermediarios entre Dios y el mundo, de las que se enumeraba "las genealogías sin fin" (I Tim. I, 3, Tit. II, 9). La influencia alejandrina se reconocía en el último de estos errores, que se ensañaba con

b) La dependencia de las Epístolas con respecto al Judaísmo, por cierta que ella sea, reclama ser precisada. Hay allí algo más que los procedimientos de exégesis familiares a los doctores judíos, su manera sobrado poco literal de citar la Escritura, su dialéctica muy sutil y alguna vez casi desconcertante[1] (Gal. IV, 22-31, I Cor. IX, 9-10, Rom. X, 5-8); también reproduce el Apóstol la psicología judía y hartas analogías doctrinales. Hasta se puede hallar en la cristología del Apóstol (Col. I, 13-20) la influencia lejana del libro de la Sabiduría,[2] aun la de los salmos y la de los profetas que cantan el Espíritu de Dios, y finalmente la de los apocalipsis en que se supone la preexistencia del Mesías...

Mas ¿qué de extraño hay en ello? Los cristianos responden que el Antiguo Testamento insinuaba así el

mayor peligro aún en Coloses (Col. II, 18-19). Tendía ese mismo error de tal suerte a encumbrar la fe y el culto de esos seres intermediarios que el lugar que le tocaba a Cristo, sería sin duda afectado o invadido presto.

Para conjurar el peligro, Pablo adoptó la terminología predilecta entre los Colosenses y la aplicó resueltamente a Jesús: es El, dice, el Ser del que vuestras filosofías van llenas, el mediador de un Dios invisible, el principio de orden, de equilibrio y de razón (Col. I, 13-20); mas, no os equivoquéis aquí, es El una persona viviente, en quien la plenitud de Dios habita corporalmente (II, 9).—La síntesis así hecha por el Apóstol, contiene casi toda la doctrina del prólogo de S. Juan, casi no falta sino el nombre de Logos.

II. Hacia fines del siglo primero, los cristianos ilustrados de Asia Menor quisieron profundizar esta doctrina más a fondo. Como lo indica el P. Lagrange, la teoría del Logos filoniano "se prestaba a una asimilación con el Cristo histórico", sobre todo por "su carácter de Hijo primogénito de Dios, de intermediario entre Dios y los hombres. Mas una tal asimilación "ocultaba un lazo, puesto que el Logos no era sino un dios de segunda fila, y, por consiguiente, no era Dios mismo".

Como S. Pablo lo había hecho, queriendo S. Juan poner fin a estas especulaciones peligrosas, vuelve a emplear el término filosófico; mas depura y realza su significación para adaptarle al dogma cristiano de la divinidad de Cristo. Le proclama el Logos viviente eternamente cerca de Dios y Dios mismo, quien, habiendo tomado la naturaleza humana, se ha manifestado a los hombres bajo los rasgos de Jesucristo.

Para llegar a esta síntesis, "el discípulo, a quien Jesús amaba", ha podido ser requerido por las circunstancias y las necesidades del medio ambiente asiático, empero se sentía guiado por "el Espíritu de verdad", quien, después de la ascensión de Cristo, "debía enseñar toda verdad" (Joan. XVI, 13). Cfr. *Collationes Gandavenses,* t. VII, p. 365-366 y t. VIII, p. 23 y 35. P. Van Imschoot, *Notes critiques sur le Logos johannique.*

1 Léase E. Baumann, *Saint Paul,* pp. 56-59.

2 Lebreton, p. 301-302, *o. c.* y 55, *Ibid.*, p. 440, nota B.

misterio de la Santísima Trinidad; y ¿quién sostendrá desde el punto de vista crítico, que la Sabiduría y el Espíritu de Dios aparecen ya allí distintos de Dios, como en Pablo, a la manera de una hipóstasis?[1]

"*Estas concepciones judías no han sido, pues, el molde de la figura de Cristo,* tal como ésta emerge de las Epístolas, sino que, antes bien, ellas han suministrado la materia que san Pablo ha modelado según la imagen de Cristo que la tradición apostólica y la Revelación divina le ponían ante los ojos".[2]

* * *

No nos detenemos en "estas chocheces sin valor religioso, en esta necedad: la divinización de un hombre",[3] de un pequeño amotinador judío, iluminado muerto en Jerusalén en una tentativa mal definida. **«¿Cómo no sentirse abatido midiendo las etapas que le sería preciso recorrer antes de las cartas de Pablo, para hacer tal fractura en la Divinidad? Las IMPOSIBILIDADES surgen por doquiera. Para explicar cómo un hombre histórico habríase convertido en el Jesús de**

1 "En el punto a que hemos llegado (Prov. VIII, 23-31, Sab. VII, 25-26), la doctrina de la Sabiduría está lejos de tener una determinación definitiva. Si hay expresiones que anuncian entre Dios y la Sabiduría la oposición de relación de que se ha hecho cuestión en lo expuesto acerca del dogma trinitario, otras hay que presentan a la Sabiduría como un simple atributo, un atributo particularmente activo, a la verdad, de Dios. En pocas palabras, en toda esta literatura, no se ve claramente la hipostasis dogmática." Labauche, *o. c.*, p. 26. "Sola la Sabiduría se distingue de Dios, y aún no tiene ella todo el relieve de una personalidad viviente." Lebreton, *o. c.*, p. 118. "Lo más frecuente es no percibir sino la acción del Espíritu, y se le representa al mismo como una fuerza comunicada por Jahvé; otras veces, en lugar de describir su acción en los hombres, se le representa como unido a Jahvé, sin que, por otra parte, entre estos términos se pueda conseguir una distinción bien definida..." Lebreton, *o. c.*, p. 108. "Los judíos no podían apenas admitir más: hubieran temido comprometer el monoteísmo." Labauche, *o. c.*, p. 36.

2 Venard, *Les origines chrétiennes* en "*Où en est l'histoire des religions*", t. II, p. 223. Cfr. Lebreton, *o. c.*, p. 439. No hablamos del rabinismo, escuela aislada que se constituyó después de la ruina del Templo y cuya fuente menos alterada, la Mischna, remóntase a fines del segundo siglo. Según la comparación sugestiva y justa de Schweitzer, que cita el P. Prat, el rabinismo del Talmud "semějase a una pradera calcinada por un sol tropical. Hubo un tiempo en que esta hierba amarillenta y polvorienta era verdosa y florida. ¿Cuyo era a la sazón el aspecto de la pradera?"

3 Couchoud, *o. c.*, p. 183.

Pablo, menester es amontonar no pocas CONJETURAS INVEROSIMILES. ¿No vale más acaso economizarlas algún tanto? [1]

Por consiguiente, ¿podemos, debemos tal vez abrazar la fe católica? "Cuanto más medito acerca de esto, dice aún M. Couchoud, más me convenzo de que Jesús histórico no es plenamente aceptable sino por parte de los creyentes y de que no está bien comprendido sino por ellos... En exégesis su posición es envidiable. Reciben de buen grado y aceptan en su sentido completo los documentos que los críticos toman de soslayo y en los que tientan una arriesgada selección. Si el Hijo de Dios existe (y para ellos este solo "si" es una blasfemia), todo lo que hay en Pablo y en los evangelios se ha de tomar a la letra: es palabra de evangelio. El "si" una vez admitido, el exégeta ortodoxo tiene todas las ventajas".[2]

M. Couchoud rechaza la condición y se siente así empujado hacia un mitologismo radical cuya inanidad creemos haber dejado sentada. Mas ciertos incrédulos que gustan de matices, intentan un compromiso. Dividen en dos puntos capitales las ideas del liberalismo. Partiendo de una misma afirmación, a saber: los documentos bíblicos no prueban que la encarnación de un Dios tenga lugar en los orígenes del Cristianismo, siguen un mismo método y declaran la fe cristiana tributaria de aportaciones extranjeras. Solamente, cuando se trata de determinar estas aportaciones, se arma todo un cisco. El Judaísmo y las filosofías antiguas no explican nada a los partidarios del comparatismo moderado; el cristianismo, dicen, por conducto de los cultos de misterios,[3] ha recogido concepciones religiosas ya

1 Ibid., pp. 83 y 109.
2 Couchoud, *o. c.*, pp. 109-110.
3 Estos cultos extranjeros, a los que cualquiera podía afiliarse, pero sin duda con la condición de no profanar los ritos con indiscreciones, hallábanse, aseguran los comparatistas, esparcidos y florecientes en el Imperio desde el segundo siglo antes de Jesucristo. Las divinidades de Eleusis, Demetrio y Kore, eran a la sazón célebres por doquiera. Mi-

formadas entre los pueblos paganos, utilizado sus creencias y continuado sus tradiciones, transponiéndolas, modificándolas según las necesidades del nuevo ideal que encarnaba. Sobre todo, el proceso evolutivo ha comenzado desde antes de Cristo, en un ambiente en que halla uno otros ejemplos de divinización. Esa es la tesis de los Smith, de los Drews y de los Couchoud, reduciéndose casi a no tener a Jesús por un mito sino por un pobre Judío, obrero pueblerino, rabino sin prestigio quien "después de un tiempo muy corto de predicación en Galilea, en donde reclutó solamente algunos adeptos, llegó a Jerusalén y no logró sino hacerse condenar al suplicio de la cruz como agitador vulgar".[1] El cristianismo no le debe, por otra parte, su origen, Jesús de Nazaret fué para él simplemente una causa ocasional.

B.

LA ESCUELA COMPARATISTA MODERADA

Para comprenderla, debemos ampliar el problema y no considerar solamente la transcendencia atribuída al Maestro de Nazaret sino también la transcendencia que le vale su personalidad divina. Por consiguiente—nos

tra, introducido de Persia en Cilicia, se abalanza a la conquista de las riberas mediterráneas. Dejando las montañas de Frigia, Atis se ha instalado con su paredra Cibeles, "la gran madre", en las laderas del Tíber. El primer dios que tuvo la naturaleza humana, Osiris el Egipcio, esposo de Isis y padre de Orus, cuenta en Roma y por toda Italia con templos, sacerdotes, y con no pocos fieles. Rebasando la Tracia y Creta, el culto de Dionisio invade el litoral.—Para no dañar a la claridad de nuestra demostración, dejamos desparramadas entre las notas algunas referencias acerca de los misterios paganos, que interesan más al lector. Quien quisiera hacer de ello la síntesis, consultará con provecho la tabla alfabética de materias.

1 Con todo, el Jesús de los comparatistas no pertenece a la historia sino por un hilo. "Lo que se llama comúnmente historia evangélica es con mucho menos la historia de Jesús que el poema de la redención por Cristo." *Journal de Psychol.* 1923. N.º 5, p. 430. Loisy, *Le style rythmé du Nouveau-Testament.*—"Nada en los escritos evangélicos tiene consistencia de hecho, si no es la crucifixión de Jesús por sentencia de Poncio Pilato, por causa de agitación mesiánica." *Rev. d'hist. et de litt. rel.*, 1922, pp. 297-298. Loisy, *La passion de Marduk.*—Couchoud escarnece a este propósito al famoso modernista. "Firmemente seguro de este hecho histórico, no teme, con el claro acero de su crítica, cercenar casi todo lo presente. Me imagino un leñador a caballo sobre una gruesa rama, y

servimos del lenguaje de nuestros adversarios—, ¿cómo un sencillo lugareño de Palestina viene a ser el fundamento del cristianismo, sin haberlo creado de una manera consciente, hasta sin haberlo previsto? ¿Cómo la predicación de este nacionalista ha podido dar lugar al universalismo de la religión cristiana? ¿Cómo preceptos y ritos de salvación, aceptados y practicados por lo más selecto de entre los hombres, se enlazan en definitiva al bautismo de Juan (una ceremonia que preparaba al advenimiento del Reino) y a la Cena (un banquete del que el Maestro había dicho que sería el último antes de esta instauración)?

Con el objeto de resolver esta triple antinomia pretendida, los comparatistas proceden por grados.

1.° Los apóstoles, dicen, siguiendo a Bousset, creyeron ver a Jesús resucitado y le identificaron con el Hijo del hombre (Dan. VII, 13).

2.° Su fe se difundió hacia el exterior, en Antioquía, en Damasco, en Tarso, en las comunidades del Oriente helenista en donde los misterios paganos, los κύριοι, personajes que recibían los honores divinos, los σωτῆρες, dioses salvadores cuya muerte tenía un valor saludable,[1] preocupaban a los espíritus y eran fre-

que la corta del lado del tronco. A cada astilla que salta, se le grita: ¡Andad alerta! ¡Se romperá y caeréis con ella! El responde con una sonrisa muy fina: ¡No tengáis miedo! ¡Por poco que yo dejare, sabré tenerme!", *o. c.*, p. 73.—"He leído dos veces el Comentario de M. Loisy acerca de los Hechos, escribe Emilio Baumann. Su esfuerzo me evoca la impresión que experimentaba, de niño, en una rectoría pueblerina, donde oía, durante la noche, unos ratoncillos incansables que roían las bonachonas vigas de un desván. M. Loisy es un roedor de textos; si cree arrancar algún cachito, está contento. Su crítica se arrapa a las dificultades; las que existen no le bastan. La hipótesis de una "fuente" honesta y segura, alterada por un redactor, ora sea inepto, ora de una increíble astucia, ese nudo de subterfugios, de desaciertos y de mentiras tiene el aire inventado por el autor de una novela policíaca." *Saint Paul*, p. 16.

1 Al decir de los comparatistas, los misterios poseen una trama idéntica: la historia de un dios muerto y resucitado por la salud de los hombres. Osiris es reducido a pedazos por Set, mas la industria y el celo de Isis le vuelven a la vida. Luego que los Titanes han devorado el cuerpo jadeante de Dionisio, Júpiter le asegura la inmortalidad. En un acceso de celos furiosos, Demetrio consagra a Adonis a la muerte; una vez calmados, le permiten ellos revivir. Ahora bien, estas "pasiones" dolorosas de las divinidades paganas, seguidas de su "resurrección", valen al misto, se nos dice, con el perdón de sus faltas, la renovación del alma,

cuentemente celebrados.[1] Por un movimiento instintivo de la masa (Gesamtpsyche), bajo el imperio de un sentimiento mejor que el de una idea teórica y netamente definida, el cristianismo helénico hizo de Jesús su Señor.

3.° Pablo, estudiando en Antioquía, conoció esta creencia y la desenvolvió, la hizo suya aun antes de lo que él mismo llama su conversión.

4.° Después de haber declarado idéntico el κύριος χριστὸς y el Espíritu (II Cor. III, 17)[2] enseñó que Cristo es el principio de la vida espiritual de los fieles, y profesó de esa suerte el esoterismo hermético. Consideró la obra de la salvación como una epopeya mística, según el tipo de las religiones con misterios; de ahí viene que asimiló a Jesús con los dioses muertos y resucitados, con Dionisios, Adonis, Attiz, Osiris y Mithra.

la paz y la eternidad bienaventurada, si, no obstante, asiste y toma parte en las ceremonias litúrgicas, porque éstas producen una manera de simbiosis: el misto revístese entonces de la personalidad del dios a quien celebra, y participa de sus prerrogativas divinas.

1 Estos misterios iban acompañados de amables atractivos. En oposición con las formas clásicas del politeísmo, que tendían ante todo al bien común, y hasta, en algún sentido, a la prosperidad nacional, estaban ellas ordenadas con relación a las aspiraciones y las necesidades de cada uno. El secreto del destino individual, lo descubrían ellas a sus fieles mediante representaciones rituales, en las que la gente humilde podía ocupar un lugar superior al de sus maestros, y los legos desempeñaban a veces un cometido no menos activo que el de los sacerdotes, bien que contemplaran en éxtasis la espiga simbólica, bien fuera que siguieran la carrera alocada de Demetrio en busca de su hija, o que descendieran con Koré a la mansión infernal. Fiestas, espectáculos, pompas orgíacas, halagaban a los espectadores, les conmovían, les transportaban, y sobre todo, les inducía a contratar, según la expresión pintoresca de Loisy, un seguro sobre la vida futura (Cfr. Huby, *Christus,* pp. 328-331, 378-383, 389-392, y Fournier, *Manuel de l'hist. des rel. non chrét.,* p. 259-264).

Por otra parte, el espíritu sincretista del tiempo aquél, permitía a estas religiones numerosas y variadas superponerse al culto tradicional, ejercitar una larga tolerancia recíproca y hasta aliarse o confundirse entre sí. Vese a Cibeles acoger gustosa las aspersiones sangrientas del tauróbolo ya caras a Mitra. Osiris se llama en Roma Júpiter, en Grecia Zeus o Dionisio. Demetrio llega a ser un avatar de Venus y de Afrodita.

2 No insistiremos apenas acerca del hecho, según el cual el Apóstol habría identificado a Jesús con el Espíritu. Hay en la lectura que de la II Cor. III, 17, hacen los comparatistas, un enojoso contrasentido. El Señor, es el régimen y el reino del Espíritu, quiere decir el autor, en lugar de la ley, que es el régimen y el reino de la letra. Cfr. Toussaint, in *o. c.* y Prat, *o. c.,* t. II, pp. 221-239.

5.° El cuarto evangelio acentuó siempre más la aproximación entre Dios y el κύριος χριστός: proclamó la teofanía del "Logos" e hizo del mensaje evangélico una divina revelación.

De donde los comparatistas concluyen que EL CRISTIANISMO, HEREDERO DEL ANTIGUO TESTAMENTO EN SU DOCTRINA ACERCA DE DIOS, DEL ALMA, DEL MÉRITO Y DE LA RETRIBUCIÓN, HA TOMADO DE LOS MISTERIOS ANTIGUOS SUS ELEMENTOS ORIGINALES, A SABER, LA IDEA DE CRISTO INMOLADO, REDENTOR DEL MUNDO (LOS SACRAMENTOS DEL BAUTISMO Y DE LA EUCARISTÍA,[1] LA UTOPÍA DE LA REGENERACIÓN ESPIRITUAL Y DE LA FELICIDAD SIN FIN). "Las cosas bien consideradas, escribe M. Loisy, debía la nueva religión a la mística pagana casi tanto como al judaísmo y el mundo pagano pudo allí reconocerse por cuanto su espíritu desde luego había entrado allí".[2]

Por ingenioso que sea, este sistema—íbamos a escribir esta novela—exige una condenación severa. No propone sino hechos inventados, deformados, disfrazados; examinémoslos uno por uno.

I. Su fe en Jesús, la comunidad palestiniana no lo expresaba únicamente mediante la apelación «Hijo del Hombre.»

a) Este título abrigaba algo misterioso. En su acepción original designaba una criatura humana, nada más; pero Daniel (VII, 13) lo había aplicado a aquél que "posee el poder, el honor y el reino, a aquel a quien todos los pueblos, las tribus y las lenguas servirán, a aquél cuyo poder es eterno y cuyo reino no será jamás

1 La liturgia pagano-helénica abarcaba lustraciones de agua, de harina y de sangre—un verdadero bautismo, según las entendederas de comparatistas — y una comunión. De hecho, las Dionisíacas y las Órficas consumían la carne cruda de una víctima a la cual se suponía que el dios estaba incorporado; los fieles de Mitra tomaban pan y vino; los seguidores de Cibeles comían del tímpano (vaso en forma de tamboril) y bebían del címbal.

2 *La Religion*, p. 138.

destruído" (V, 14). En tiempo de Cristo, el pueblo judío no sabía muy bien qué sentido exacto tenía, aun cuando una apocalipsis célebre, "El libro de Henoc", lo volvió a usar y a explicar ese título, refiriendo al "Hijo del Hombre" las profecías mesiánicas, especialmente los oráculos de Isaías. Jesús mismo ya desde luego[1] se lo atribuye aunque sólo ante aquellos que están dispuestos a comprenderle: fariseos (Marc. 11, 10, 28, Matth. IX, 6, XII, 8, 32, Luc. 24, VI, 5), escribas (Matth. VIII, 20, Luc. IX, 58), discípulos (Matth. XIII, 37, 41, Luc. VI, 22) y la muchedumbre ya instruída por Juan (Matth. IX, 18-19, Luc. VII, 33-34). Pero después de haber precisado en presencia de sus apóstoles, reunidos en Cesarea, el carácter mesiánico de la fórmula, la reivindica abiertamente (Marc. VIII, 31-32) para sí, relacionándola ya con el Mesías doliente condenado a muerte y saliendo del sepulcro (Matth. XVII, 12, 21-22, XX, 18-19, 28, XXVI, 2, 45 y loc. parall.), ya con el Mesías escatológico (Matth. XVI, 27-28, XVII, 9, XIX, 28, XXIV, 27, 30, 37-39, 44, XXV, 34, XXVI, 63-64, y loc. parall.). La respuesta a Caifás pondrá finalmente esto en plena luz: menester era que Cristo sufriera y entrase en su gloria.

b) Ahora bien, de entre las setenta y nueve veces que los Evangelios relatan esta expresión, setenta y ocho veces la ponen en boca del Maestro, y sólo una vez los asistentes la enuncian para pedir una aclaración a Jesús quien acaba de emplearla: "¿Cómo dices tú que es menester que el Hijo del Hombre sea elevado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?" (Juan XII, 34). Los otros libros del Nuevo Testamento no la citan sino en tres ocasiones (Act. VII, 56, Apoc. I, 13, XIV, 14).

Protestantes o católicos, los exégetas concluían que la comunidad primitiva no hacía apenas uso de esta ape-

1 Otros textos (Matth. X, 32, XII, 40, Luc. XI, 30, XII, 8) no pertenecen seguramente a la primera parte del apostolado del Maestro.

lación: es propia de Jesús.[1] Jesús gustaba de ella, sin duda porque su carácter enigmático provocaba la atención de los oyentes y se avenía con una manifestación progresiva de la misión mesiánica, a la vez que con el cometido muy humilde y sumiso del siervo de Jahvé sobre la tierra y con su real gloria en el reino escatológico.[2] Otros títulos, Hijo de David, por ejemplo, habrían podido estimular las aspiraciones carnales del pueblo, sus sueños de independencia y de dominación política.[3]

c) Más tarde, los comparatistas, a ejemplo de Sganarelle, han preferido otra explicación: la fórmula, sostienen, remóntase no a Jesús sino a la Iglesia palestinense, cuyas aspiraciones y la convicción de que el profeta de Nazaret es simplemente un hijo de la raza humana, las refleja mejor que cualquiera otra. Cuando se les invita a demostrar una tal paradoja, les es necesario recurrir a artificiosos trampantojos y recusar a la vez 1.° los textos citados por un solo evangelista—"testis unus, testis nullus"—2.° aun aquellos que atestiguan una triple tradición más en donde falta en uno de los testigos la expresión: Hijo del Hombre—esta vez "testis unus" viene a ser "testis verus"!!—y también, es claro, 3.° aunque se hallaran en los tres sinópticos, aquellos textos que refieren sea un milagro, sea una profecía. A este paso ¿dónde iríamos a parar? Uno u otro pasaje quedaría solamente en pie, donde se consignan, por lo demás, cosas que Jesús no ha podido decir, según el sentir de esos señores. De ese mo-

1 "He aquí un término que ella (la primera generación cristiana) no ha empleado jamás, que no responde, pues, a sus aspiraciones, ni al progreso de sus ideas; le atribuye a Jesús con una unanimidad constante. ¿No es la mejor prueba de su fidelidad el no atribuir a Jesús, sino lo que tiene recibido verdaderamente de él?" Lagrange.

2 Cfr. Huby, *Ev. sélon S. Marc.*, p. 45 y Mgr. Kekhofs, *Rev. eccl. de Liége,* sept. 1923.

3 "Conmover al pueblo, tomando un título que podía ser mal comprendido, y preparar a los judíos y a sus discípulos a reconocer su misión, son dos cosas bien diferentes." Lagrange, in Marc. II, 10. *Recherches de sciencie religieuse,* nov. dic. 1914. *Bulletin des origines chrétiennes,* pp. 560 s. s.

do, la conclusión suena triunfante: no hay ahí sino procedimientos redaccionales, nada más que un eco de las aclamaciones que, desde el fondo de las almas judías, elevábanse hacia el Mesías finalmente reconocido...

—*Hipótesis vanas*[1] desarrolladas entre mil *contradicciones* con una *arbitrariedad sistemática y brutal,* he aquí, pues, lo que los comparatistas nos oponen, como punto de partida, para sostener, contra el **testimonio de los libros históricos, este dato psicológicamente inverosímil:** la Iglesia, deseosa de expresar y de fijar sus creencias mesiánicas, ha escogido un título poco conocido, que necesitaba ser explicado!

Por otra parte, lo vamos a dejar bien sentado en el capítulo siguiente: **los primeros cristianos no tenían formada de su Maestro una idea tan vulgar, pues le habían oído proclamar de viva voz y con el gesto su transcendencia y su divinidad.**

II. La aureola de Cristo no fué forjada por las Iglesias de la Dispersión.

Para mayor claridad, trataremos aparte el problema de los misterios pagano-helénicos y de su influencia sobre la fe cristiana.

Un título reclama nuestra atención desde luego, que los griegos, en los tiempos antiguos, habían raramente empleado en el culto público pero que, dicen los comparatistas, era frecuente, desde hacía dos siglos, en los labios del misto,[2] honrando a su dios. En Egipto, en

1 "El que velaba su título de Mesías, se nombraba altamente Hijo del hombre. Si hubiera sido un título mesiánico corriente aún más glorioso que el de Hijo de David, ¿le hubiera reivindicado? Y la multitud ¿no hubiera tenido que pronunciarse acerca de su pretensión? El sumo sacerdote se hubiera visto obligado a buscar otros testigos y otros agravios? La crítica se ahorraría descalabros, de atenerse en un todo, al texto de S. Juan. La multitud dijo a Jesús: "Sabemos por la Ley que Cristo permanece para siempre, y ¿cómo dices tú que el Hijo del hombre debe de ser enaltecido? ¿Quién es este Hijo del hombre? Tenemos, pues, que el pueblo de Jerusalén no sabía quién era el Hijo del hombre." Lagrange, *Le sens du Christianisme,* p. 263.

2 Nombre que llevaban los paganos iniciados en los grandes mis-

Siria, en la Grecia y a lo largo del Mediterráneo, los paganos llamaban "Señor" a la divinidad suprema a que veneraban, y este calificativo expresaba el soberano dominio que la divinidad ejercía en el universo—en el que comprendían a los hombres y a los dioses inferiores—como un déspota sobre sus subordinados. Los dioses secundarios le recibieron a su vez: Isis, Osiris y Serapis, Cibeles, Atis, Hermes y Apolo. De ahí proviene, sin duda, que la palabra κύριος, cuando fué aplicada corrientemente a los soberanos orientales, al emperador y hasta a ciertos jefes gnósticos, revistió una significación religiosa, adornando a esos personajes de una aureola divina. Por lo tanto, se comprende que la religión nueva traspasase las fronteras de Palestina y triunfase en Antioquía, Tarso y Damasco, habituados como estaban sus neófitos al culto de misterios. Jesús fué para ellos el Hijo del Hombre reconocido Rey-Mesías con el título de Señor y con la significación transcendente que permitía; y de golpe, el humilde rabino de Nazaret fué elevado hasta el Olimpo...

Dejaremos a M. Bousset que allá se las haya con la "Gesamtpsyche", esa fuerza inconsciente que creó la fe en Jesús-Señor.[1] Mas es necesario hacerlo constar claramente: EL TÉRMINO que invoca y LOS GRUPOS que designa no han podido desempeñar el papel que tan gloriosamente se les concede.

1. Título usual y característico de los reyes, κύριος,[2] expresa ante todo el poderío, la soberanía.[3] Nada tiene de divino, ni pertenece a la lengua sagrada,

terios de Eleusis; al cabo de un año, los mistos llegaban al grado superior de la iniciación y quedaban convertidos en epoptes.

1 "Esta explicación por lo inconsciente de una innovación que debía, no transformar el culto cristiano, sino propiamente crearle, puesto que el simple título de Hijo del Hombre, tal como lo interpreta M. Bousset, no atraía de suyo la adoración, no es sino una confesión de impotencia, vana retórica substituída por el lenguaje limpio y claro de los textos." Huby, art. cit.

2 La costumbre de llamar al soberano κύριος es un rasgo de costumbres orientales, que ha pasado a la lengua griega, en la época del Helenismo, bajo la influencia de las ideas orientales.

3 Cfr. Cerfaux, *Revue des sciences philosophiques et théologiques,*

ni originariamente es usado entre los semitas,[1] ni, lo que nos interesa mucho más, pertenece tampoco a la época greco-romana durante la cual jamás interviene en los numerosos conflictos culturales de los judíos con los emperadores y en la que se ve a un Filón emplearlo sin rebozo dirigiéndose a Calígula a quien rehusa adorar. Esta palabra no obtuvo, pues, el venturoso partido que se le atribuye.[2]

2. *En cuanto a las comunidades helénicas, no fueron las primeras en saludar a su Maestro con el nombre de* κύριος. Los discursos de Pedro (II, 36, X, 36), las plegarias de los fieles, la postrera invocación del mártir Esteban (Act. VII, 59) demuestran que ya se empleaba antes en Jerusalén.[3] Con todo y la reserva que le imponía su método de revelación progresiva, el mismo Cristo ¿no se había atribuído este título de una manera suficientemente clara? (Matth. XXI, 1-11, XXVI, 41-46, Marc. XI, 1-10, XII, 35-37, Luc. XIX, 29-38, XX, 41-44, véase también Matth. XXIV, 42-48, XXV, 11).[4]

enero 1922. "En el mundo oriental y sobre todo semítico, el rey es naturalmente Señor frente por frente de sus súbditos, del mismo modo que el dios, en sentido opuesto a sus hombres reducidos a servidumbre." "Verum quidem est hunc titulum saepe etiam diis conferri (I Cor. VIII, 5-6 aporta la prueba) sed eo quoque casu vim nativam videtur retinere. dicuntur "domini" quod regiam dignitatem et potestatem excellentiori modo possident." Médebielle, art. cit., *Verbum Domini*, mayo 192?, p. 139.

1 "Adon", en hebreo y en fenicio; "marana" o "maran", en arameo; título real, dice M. Cerfaux, designando exclusivamente el rey reinante—jamás un dios o un rey admitido a la apoteosis. Dios= "Elaha".

2 En la época romana, significaba soberano único, emperador (Act. XXV, 26). Distinguiéndose de θέος como "Maran" de "Elaha", no ha podido servir para "divinizar" a Jesús.

3 Según testimonio de S. Pablo, los allegados de Jesús son llamados, aun en Jerusalén, "hermanos del Señor" (I Cor. IX, 5); y por lo que respecta a las viejas fuentes arameas que reproduce el Evangelio de la Infancia, María es "la madre del Señor" (Luc. I, 43) y el niño de Belén "el Cristo Señor" (Luc. II, 12). Bien entendido Bousset al igual que la mayoría de los críticos liberales, dale por sospechar y niega la autenticidad de los textos que contrarían a su sistema.

4 Poco importa que Cristo sea llamado en el salmo CV "mi Señor", sin nada más. "En la explicación que da del texto, Jesús, dejando entrar el posesivo αὐτὸς Δαυίδ λέγει αυτόν κύριον, para invitarnos a tomar la palabra "Señor" en un sentido absoluto. Además, si Cristo era el Señor de David, ¿no lo era, por el mismo hecho, el Señor de todo fiel? ¿Quién, pues, habría osado proclamarse mayor que David o solamente

Este título parece, por otra parte, reproducir una fórmula de origen arameo, en la que el "Maranatha", tan usado en las iglesias apostólicas, aun en aquellas que hablaban griego (I Cor. XVII, 22), se ha evidentemente inspirado.[1]

3. Y además, *¿cómo suponer que la cristiandad siríaca hubiese solamente intentado introducir una innovación tan importante como la atribución al Maestro del título* κύριος? No hubiera jamás triunfado con su propósito. Llamada a la fe por predicadores salidos de Jerusalén, discípulos de la primera hora, en relaciones estrechas con la Iglesia-madre, velaban por ella con solicitud tutelar. Profetas y miembros del colegio apostólico iban a visitarla. El partido de los Judeo-cristianos manteníase allí asaz poderoso para intimidar a Pedro y a Bernabé; y el mismo Pablo, Apóstol del Señor y favorecido con revelaciones personales, debía, lo hemos dicho, defender su comunión de ideas con los Doce. El espectáculo del paganismo y de sus apoteosis no podía, en tales circunstancias, sino provocar una oposición más fuerte entre los dioses y los señores honrados por los gentiles, y el solo Señor Jesucristo en el cual los cristianos reconocían la majestad de Jahvé (1 Cor., VII, 6).[2]

su igual? En su primer discurso a los judíos, S. Pedro, citando este mismo texto, concluye que Dios, al resucitar a Jesús, le ha hecho Cristo y Señor, sin decir más (Act. II, 34-36)". Huby, art. cit.

1. "Esta fórmula Maranatha es muy embarazosa para Bousset: si la atribución a Jesús del título de Señor no ha comenzado sino en las comunidades de la Gentilidad, ¿de dónde viene el uso de esta fórmula aramea en las iglesias que hablaban griego, como Corinto (I Cor. VI, 22) o en las comunidades a las cuales se dirige la Didaché (X, 5)? Bousset se ve reducido a sostener esta inverosimilitud: que la expresión aramea ha podido surgir en la comunidad de Antioquía, aun cuando el elemento griego allí predominara; se ha echado mano de una lengua extranjera, para mayor solemnidad y misterio. Cuánto más sencillo es ello, ¿no es verdad?, admitir que la fórmula aramea, acuñada en tierra palestiniana por los Apóstoles, ha sido transmitida por ellos a las iglesias que evangelizaban, y que éstas la han guardado como el mismísimo verbo de sus fundadores?" Huby, art. cit., p. 569.

2. Bousset hase olvidado de explicarnos cómo este título de κύριος, introducido por la comunidad de Antioquía, se ha difundido tan rápidamente y tan pacíficamente en todo el mundo cristiano, aún cuando más de una comunidad, aun en tierra helénica, comprendiera un elemento notable de judíos o de judaizantes convertidos. S. Pablo supone la fór-

III. Pablo no ha creado ni substancialmente mejorado la fe en la personalidad de Cristo.

Por cuanto nos es menester tratar el problema en toda su amplitud y ya que la cuestión de la personalidad divina de Jesús va, en el sistema de los comparatistas, entrelazada con la cuestión de su cometido, permítasenos estos nuevos pormenores. Cuando han dicho que los primeros fieles creían en Jesús salido del sepulcro, porque la esperanza mesiánica, exasperada por su predicación, exigía que hubiera sobrevivido a su desgracia; cuando están persuadidos que la "Gesamtpsyche" de las iglesias sirias ha colocado entre los dioses al Hijo del Hombre hecho Mesías en Palestina, nuestros adversarios apenas saben cómo esta creencia ha sido coordinada a una idea de salvación (ni de qué manera el bautismo ha llegado a ser el signo de la iniciación cristiana y el convite conmemorativo, un banquete sagrado, una fuente de renovación mística: "vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus").

Según Reitzenstein, Pablo, en su deseo de hacer al Evangelio accesible y aceptable a los paganos, habría DELIBERADAMENTE ADOPTADO en sus escritos y en sus ritos las ideas, los términos, las prácticas que habían asegurado el éxito de los misterios. Mas la mayor parte de los críticos suponen INFLUENCIAS COLECTIVAS sufridas por la comunidad judeo-pagana, clarificadas, expresadas y fijadas por almas elegidas profundamente místicas, y en primer lugar por san Pablo, "el director, el impulsor, la antena para preparar y realizar las combinaciones".

Debemos ir en busca de sus argumentos.

mula conocida de todas las comunidades a las cuales escribe, Tesalónica, Filipos, los Gálatas, Corinto, aún de aquellas a las que no ha evangelizado personalmente, como la iglesia romana. ¿Sería ello que por doquiera la "Gesamptpsyche" ha sufrido una reacción idéntica, de igual modo instintiva e inconsciente? Sin embargo, el medio ambiente no era en todas partes el mismo que en Antioquía; en Grecia y en Roma, en el siglo primero, el título de Señor era de uso mucho menos frecuente en los cultos paganos que en Egipto o en Siria." Huby, art. cit.

A.) EL PLAGIO MATERIAL Y DIRECTO

I. A PRIORI, "nos lo representamos mal, confesémoslo, dice M. Loisy, a Pablo, sea antes, sea después de su conversión, leyendo asiduamente, para instruirse acerca de las ideas paganas, los escritos mágicos u otros, que podía tener a su disposición. No le comprendemos al considerarle que se ingeniaba conscientemente, deliberadamente, mediante el estudio, buscando en dichos libros la lengua y las ideas por cuyo medio podría traducir el Evangelio para hacerle accesible y aceptable a los paganos".[1]

II. Por lo demás, el EXAMEN de las Epístolas no favorece la hipótesis de los comparatistas: ni su vocabulario ni sus doctrinas presentan aproximaciones verdaderamente típicas con los documentos pagano-helénicos.

a) VOCABULARIO. Πίστις, σωτηρία, πνεῦμα, πνευματικός, ψυχή, ψυχικός, νοῦς, γνῶσις, μυστήριον, στοχεῖα: si estas palabras se dan en las cartas paulinas al mismo tiempo que en las religiones esotéricas no hay en esto nada que deba sorprendernos. Son griegas, pertenecen al vocabulario común, y san Pablo podía emplearlas como empleaba la terminología de los juegos, del estadio y del teatro (I Cor. 23, 13): Filón se las había apropiado sin escrúpulo, a pesar de su menosprecio por las iniciaciones paganas, con el fin de explicar mejor el sentido simbólico de las Escrituras, y como harán más tarde estos otros abominadores de los cultos orgiásticos, Justino y Clemente de Alejandría.

¿No debía él aún si podía, por este medio, lograr con mayor holgura el acceso de los espíritus y de los corazones?[2]

1. *Revue d'hist. et de litt. religieuse,* 1911, p. 588. — M. Bousset participa de este parecer. *Kyrios Christos,* p. XIII.

2. "Nihil certe vetat Apostolos ea verba adhibuisse et ad eos usus ritusque allusisse quibus facilior et vividior redderetur divinae revelationis expositio. Praeclarum exemplum talis methodi et adaptationis refert R. P. O'Rourke, hoc ipso periodico, in disputatione cui titulus "Libertus

Pero ocurre siempre que estas expresiones aparentemente semejantes abrigan un sentido diferente.[1] Limitándonos únicamente a dos o tres ejemplos, μυστήριον significa entre los mitos una doctrina recibida de otros y que ha de mantenerse oculta, cuando en Pablo, raramente significa la verdad cristiana, oculta de hecho a los paganos (I Tim. III, 9, 16), y con mayor frecuencia significa una verdad oculta que el Espíritu Santo revela.[2]

πνεῦμα designa aquí bien el espíritu pensante en el hombre (I Cor. II, 11), bien la actividad del Espíritu Santo en el hombre (Gal. V, 25) o el hombre bajo la influencia del Espíritu Santo (Rom. VIII, 11), o bien la persona del Espíritu Santo (I Cor. XII, 11)[3] y allá, en oposición con σῶμα y con σάρξ, el alma humana única y sencillamente como inteligente.[4]

Al paso que la γνῶσις del Apóstol constituye un conocimiento, un discernimiento sobrenaturales (II Cor. II, 14, X, 5, Rom. XI, 33, XV, 14), la de los misterios

Domini", in haec verba desinente: data tali analogia inter servitutem et redemptionem corporis scilicet et animae, nemo non videt cum quanta vi et gratia Apostolus hisce formulis mentes rudiores, quibus unica salus erat Apollo Pythius, ad veritates redemptionis Christi amplectandas adiuvare potuerit. Sic enim Deus omnia suaviter disponit." *Verbum Domini,* Aug. 1923, p. 248 Medebielle, *De Mysteriis ethnicis et mysterio christiano.*

1. Véase en el estudio publicado por el canónigo Jacquier (*Dict. Apol.,* fasc. XVI, *Les Mystères païens et S. Paul,* col. 982-998) la discusión de cada palabra. Cfr. el art. citado del R. P. Huby, especialmente pp. 572, 576 y 578, así como también la *Rev. prat. d'Ap.,* 1 mayo, 15 mayo y 15 junio 1913. Mangenot, *Saint Paul et les Mystères Païens.*

2. "Es cierto que esta palabra se da en el Nuevo Testamento con el sentido que tiene en los Setenta. Véase Hatch, *Essays in Biblical Greek,* Oxford 1889, p. 57-62. 1. El misterio del N. T. está en singular, los misterios paganos están en plural.—2. Estos son secretos y deben permanecer secretos, aquél está descubierto y debe de ser publicado por doquiera.—3. Los misterios paganos están reservados a los solos iniciados, el misterio cristiano es para todos los hombres. Se podría sostener, verdad es, con Lighthooft, que S. Pablo alude a los misterios paganos por vía de contraste, para mostrar que el misterio cristiano es todo lo contrario; mas esta hipótesis parece bien poco natural, porque la oposición no está indicada en modo alguno." Prat, *o. c.,* t. II, p. 396.

3. Prat, *o. c.,* t. II, p. 108.

4. La confusión es igualmente imposible entre el νοῦς de Hermes, revelación, luz concedida a personas privilegiadas, y el πνεῦμα de Pablo, amor de Dios difundido en los corazones.

es una luz de visión que deifica al iniciado y le vuelve inmortal.[1]

b) En punto a las DOCTRINAS, tampoco nos dejamos engañar por ciertas ideas muy generales, y que pertenecen al fondo común de no pocas religiones, por diferentes que ellas sean: Dios salvador, purificación de las faltas, iniciación que aseguran a los fieles la vida bienaventurada.

La concepción de la Salvación, σωτηρία, *que nos da san Pablo contrasta, por otra parte, violentamente con la de las religiones* con misterios. Los cristianos aspiran a la purificación moral, a una reforma profunda y verdadera, a la creación de un hombre nuevo cuya vida y obras manifiestan la acción del Espíritu Santo;[2] los mistos [3] se aplican a obtener, sin esfuerzo personal, por procedimientos casi mágicos,[4] una pureza ritual,

1. Notemos a este propósito, LA COMUNIÓN INTELECTUAL con la divinidad se obtenía 1.º por el rito culminante de la liturgia de los misterios, la θέα la ostensión en plena noche, bajo la luz fulgidísima de los objetos sagrados: estatuas o símbolos; 2.º) por la γνῶσις, la visión que transforma el alma en la divina esencia; y 3.º) por el éxtasis, ἔκστασις, estado que produce un elemento divino que se apodera del misto, le penetra y le anima.

Hablaremos más adelante de la COMUNIÓN MATERIAL.

2. "Aquí (entre los mistos) la salvación, es desde luego el libramiento de la muerte; allí (entre los cristianos) es la liberación del pecado. Para el paganismo, la inmortalidad consiste en la continuación de la vida presente; para la religión de Jesús, de S. Pablo y de S. Juan, es definida la misma con la participación definitiva en una vida definitiva moralmente superior a la nuestra; se trata de sobrepasarse, de transcenderse, no de sobrevivirse." *La Nouvelle Journée,* 1 mayo 1920. Philonous, referencia crítica de la obra de M. Loisy.—Ciertos misterios manifiestan preocupaciones morales, bien lo sabemos. Mas son sobreañadidas a un culto ajeno de suyo a la regeneración interior.

3. Aún menester es distingir. Los misterios egipcios (Osiris-Isis) o asiáticos (Mitra) se han siempre preocupado de la vida de ultratumba. Ciertos misterios propiamente helénicos (la hierogamia de Eleusis, por ejemplo) no fueron interpretados en calidad de ritos de salvación, con garantías de inmortalidad bienaventurada junto a los dioses, sino en una época muy tardía y tal vez hasta bajo la influencia del cristianismo. (¿Cibeles y Atis?).

4. "Brillant, después de Foucart, tiene razón en protestar contra la teoría que coloca la magia en los principios del desarrollo religioso, por cuanto la mentalidad primitiva revela otra cosa que la voluntad de sojuzgar las fuerzas de la naturaleza y el poder divino a los fines utilitarios del hombre. Con esta reserva—y es capital—ha podido acontecer que tal conjunto de ritos se organizara en derredor de una intención mágica. Es ello el caso para los cultos agrarios en general. Es el caso para el culto agrario de Eleusis. Y es ello el caso finalmente para las

del todo exterior,[1] que les asegura el olvido y la liberación de los males de la tierra, aún más, parece que la felicidad eterna.[2]

Y sobre todo, el modo de realización difiere soberanamente.

a) Si Jesús muere para expiar nuestras faltas y resucita para nuestra justificación, los dioses no incurren jamás en los sufrimientos y en la muerte con el designio de procurar o de facilitar la salvación de los humanos.[3] Y además, carecen de existencia histórica. Osiris y Atis, de los que hablaremos muy en breve, son personajes míticos para simbolizar la mudanza anual de la vegetación que muere en invierno y recobra nueva vida con la primavera.

b) No se les llora sino en una época determinada y de una manera litúrgica; en cambio, los discípulos de Cristo procuran cada día, hasta en sus menores acciones (Col. III, 23), la unión del pensamiento y del corazón con el divino Maestro: "adimpleo ea quœ desunt passionum Christi in carne mea" (Col. I, 24): completan personalmente lo que falta todavía a su pasión.

No se puede, por lo tanto, pretender que Pablo

ceremonias de la iniciación escatológica misma, porque aquí, Brillant se adhiere nuevamente a Foucart, y estima que en el conjunto y en su fondo, la religión de Eleusis permanece siendo lo que ella ha sido desde los comienzos, una magia, y, si puede decirse, una colección de recetas para asegurar la fecundidad de la tierra o arribar a las islas bienaventuradas." *Rev. prat. d'Apol.*, 15 dic. 1920. Th. Mainage, *Chronique d'histoire des religions*, p. 290.

1. Si es preciso creer a Filón, los bandidos, los piratas, grupos de mujeres disolutas y de mala conducta, tenían un cuidado especial en hacerse iniciar.

2. "La salvación que se buscaba en el culto de las divinidades sirias o persas, era menos, parece, la felicidad eterna, aun cuando la creencia en la inmortalidad tuvo alguna entrada en estas religiones, que el olvido de los males de la tierra en el éxtasis y los fenómenos orgiásticos..." *Où en est l'historie des religions?*, t. II. Venard, *Les Origines chrétiennes*, p. 226.—"Todo lo que Demetrio y Perséfone prometen, es ello, sin condición moral alguna, la riqueza en este mundo y una suerte más confortable en el otro, a aquellos que habrán visto las funciones sagradas. No es la inmortalidad lo que se les promete. Todos los Griegos creían en la supervivencia de las sombras. Sabían también que se puede mejorar su suerte con libaciones y sacrificios."

3. Se estilaban purificaciones para presentarse ante las diosas (Demetrio y Perséfone), dice el P. Lagrange, mas no purificábase por la virtud de las diosas.

haya entresacado de las religiones esotéricas el fondo mismo y el vocabulario de su teología. Empero si no ha elevado, por su propia iniciativa, al Cristo-Señor hasta la cumbre del culto y de la piedad cristiana, ¿no habría su genio, tal vez, impreso su huella en la fe naciente que el ambiente greco-pagano transformaba poco a poco en misterio, y en la imagen de los misterios, saturándola de su espíritu? [1]

B.) LAS INFLUENCIAS INCONSCIENTES

Hemos de discutir desde luego una afirmación gratuita, aventurada.

"Entre las cualidades de espíritu que se deben reconocer en Pablo, preciso es poner en primera línea una aptitud singular en apropiarse las ideas que combatía".[2]

Y luego, los partidarios de esta tesis pasan a describir el escenario. Durante la ruta de Damasco, mientras una alucinación auditiva y visual le derriba al suelo de su caballo, Pablo siente flotar en su conciencia clara las ideas de las que está lentamente penetrado sin saberlo, por lo mismo que las ha combatido. La quimera que perseguía en su odio—la mesianidad del Maestro de los cristianos—, revístese súbitamente de un matiz nuevo. Porque, del mismo modo que Pedro, Santiago y el diácono Esteban, Pablo ve en él, en aquellos momentos, al Ser misterioso, al Dios en forma humana, que, según la predicción del protomártir, abolirá el Templo y la Ley. Mas, desde entonces, ¿no será cosa legítima anunciar el Reino a los paganos? Con este pensamiento, una reacción de simpatía se obra en favor

1. ..."La atmósfera espiritual estaba en cierta suerte determinada por estas manifestaciones, en el seno de las cuales el cristianismo ha tomado mayor incremento y hacen en gran parte su desenvolvimiento inteligible..." "...Una piedad, que se había desenvuelto sobre su suelo, amalgamóse con el evangelio de Jesús, hasta el punto de constituir con él una formación nueva, que permanecería para nosotros ininteligible tan largo tiempo como no conociéramos esta piedad." Bousset, *Kyrios Christos*, p. XIII.
2. Loisy.

del mito del que Pablo ha llegado a enterarse discutiendo con sus compatriotas de la Diáspora, el mito de la muerte y de la resurrección de los dioses salvadores; y los ritos gracias a los cuales los mitos obtienen la incorporación a sus divinidades, dan ahora un sentido al bautismo joánico y al banquete conmemorativo de la última cena. Eureka. El genio de Pablo ha sondeado el misterio; como por ensalmo concibe su vasta síntesis de un Cristo Salvador universal, Salvador divino que, muriendo para resucitar, procura la salvación a la humanidad toda entera.[1]

Teoría especiosa, teoría fantástica que desconoce sistemáticamente 1.°) nuestra incertidumbre acerca del grado de desenvolvimiento y el área de extensión, en esta época, de la mayor parte de las religiones con misterios, 2.°) la psicología del Apóstol y lo que es más 3.°) ciertos hechos históricos admitidos por todo el mundo sin discusión alguna.

Los misterios paganos en tiempo de san Pablo

"Loisy, habiendo procedido a una crítica implacable de los orígenes cristianos, se ha visto obligado, dice el

1. "Pablo se convirtió a un Cristo, cuyos rasgos, sin dudar de ello, los llevaba grabados en diversos compartimientos de su memoria. Había vivido en una atmósfera de maravilloso, en las que las comunicaciones directas con los seres divinos eran la cosa más natural del mundo. Tenía conocimiento de aquellas divinidades, de las que se decía que la muerte sangrienta había sido un principio de salvación. No ignoraba que, en ciertos cultos paganos altamente reputados, la familiaridad de estos dioses salvadores era considerada como la prenda de una venturosa inmortalidad. La idea de una comunión con los espíritus invisibles, de una asimilación del creyente a su dios por la fe, en el rito religioso, no le era ajena. El Cristo qe le llamó, no fué, pues, el predicador del reino de Dios, que había resucitado tres días después de su muerte; no fué aún el justo paciente por expiar los pecados de los hombres: fué el ser celestial, cuya muerte había destruído el pecado de la humanidad, que había querido sobrellevar en su carne. De suerte que el fulgor por el cual, según los Hechos, fué convertido Pablo, habrá sido la estela de luz que, desatándose con impulso ascendente de súbito en su espíritu inquieto, le habrá hecho ver en el Crucificado del Calvario al Salvador divino que existía desde la eternidad predestinado por Dios para la obra de la redención universal, y cuya muerte misma, seguida de resurrección, atestiguaba que él era para todos los hombres, el maestro de la inmortalidad." Loisy, *Les mystères païens et le mystère chrétien*, página 133.

P. Mainage, a reagrupar en derredor de un nuevo eje los documentos evangélicos que había dispersado. Y lo que negaba de Jesús, debía atribuirlo a algún otro, porque ha comprendido muy bien que un fenómeno histórico de las dimensiones del cristianismo no podía ser el producto de una fuerza vaga, anónima, impersonal. Jesús eliminado, sólo a Pablo de Tarso podía atribuirse la responsabilidad de la empresa. Aún no podía asumirla sino con la condición de haber sido, antes, impregnado hasta la médula de una mentalidad pagana... Llevadas las cosas a un extremo tan inconcebible, (la hipótesis) constituye una formidable petición de principio".

Fijémonos en los hechos,

a) SE SUPONE QUE, DEBIDO A LAS RELIGIONES GRECO-ORIENTALES, EL MUNDO MEDITERRÁNEO RESPIRABA, EN ESTA ÉPOCA, UNA SUERTE DE ATMÓSFERA RELIGIOSA POCO MÁS O MENOS CASI IDÉNTICA; tanto sus mitos y sus ritos tendían a confundirse en una misma economía de salud. Empero, eso no cuadra apenas con la realidad. Los cultos de misterios acusan no menos diferencias que semejanzas, y a causa de ello, cada uno era, si es lícito hablar así, una especie de informe mezcolanza. "La ola mitríaca, antes de rebotar en el Mediterráneo, fué engrosándose, en su camino, con elementos persas, caldeos, anatolianos y helénicos. La religión de Eleusis presenta una media docena de estratificaciones superpuestas, desde el culto primitivo de Daeira hasta el de Demetrio, de Koré y de Plutón. La religión de Dionisio ha sido profundamente modificada por el Orfismo y el Orfismo, en sus ritos y tal vez en sus creencias, es a su vez proteiforme. La religión de Isis y de Serapis realiza, en Alejandría, en tiempo de los Ptolomeos, la fusión de Egipto y de Grecia. La religión de Cibeles y de Atis nos ofrece, a partir de la época en que tenemos noticias acerca de ella, una inverosímil mezcolanza, de la que el mito de Pessinonte

es uno de los ejemplares más acabados. Y hay unanimidad en admitir que nada fué tan flexible, tan maleable, como el culto de la gran madre frigia".[1] Sin duda, la evolución despeja y acentúa ciertas características. Mas el último término de tantas evoluciones variables, ¿fué, acaso, un mismo fondo común de ideas, de sentimientos y de aspiraciones? Nadie podría demostrarlo; y, no obstante, según la justa observación de un protestante liberal, Schweitzer, *parece que se mira al cristianismo, no como una realidad histórica, sino como una construcción artificial,* hecha de elementos tomados de cultos diferentes y de épocas diversas, y que no ha existido nunca como sistema definido, al menos en tiempo de san Pablo.[2]

b) SE SUPONE ADEMÁS QUE ESAS RELIGIONES PAGANO-HELÉNICAS HAN INFLUIDO, DE ALGÚN MODO POR DOQUIERA, EN LA FE CRISTIANA. Empero, ¿sobre qué se apoya una afirmación semejante?

Menester sería, no obstante, evitar los anacronismos. Pablo había escrito desde mucho tiempo antes sus Epístolas y fijado su doctrina, cuando la iniciación eleusiniana o la participación del emperador en los ritos isíacos[3] y metróacos dieron a los cultos orientales una notoriedad, un prestigio, que les impusieron a los súbditos del Imperio. Si se consulta el mapa incluído en la obra de Cumont acerca de los misterios de Mitra y se confronta con el de Deissman que representa el

1. Mainage, *o. c.*

2. *Geschichte der paulinischen Forschung.* 1912.—Los historiadores de las religiones bien pueden hoy hallar entre los diferentes cultos ciertas ideas generales o ciertas prácticas comunes, y hasta, desde la antigüedad, mitólogos y filósofos han podido intentar asimilaciones entre los dioses propios de cada religión, considerándoles como manifestaciones de una divinidad única, empero eso son especulaciones sabias que no influ yeron apenas, parece, sobre los creyentes de cada culto particular, y esas ideas comunes no influyeron en la piedad popular. *Revue du Clergé Français,* 1-15 octubre 1920, p. 284. L. Venard, *Chronique biblique.*

3. Se hallan en las paredes de las tumbas y de los templos en Egipto, desde las primeras dinastías, hartas alusiones al mito de Isis y de Osiris. Pero se trata de ritos funerarios. Es menester descender hasta Plutarco y Apuleyo para hallar documentos, en los que la iniciación isíaca ofrece algún parecido con los ritos cristianos. Si los misterios de Eleusis son más antiguos y más célebres, en desquite presentan aún menos puntos de contacto.

teatro del apostolado de san Pablo. se ve que los dos dominios se excluyen mutuamente. El Cristo predicado por el Apóstol toma posesión desde luego del mundo helénico, del mundo civilizado; Mitra está aún relegado en los confines del mundo bárbaro. Ciertamente, ningún contacto ha existido entre ellos.[1] El culto de Dionisio no tiene mayor nombradía. Tiberio había prohibido oficialmente los ritos públicos y secretos de la diosa Isis. En tiempo de Claudio, la religión frigia (Atis y Cibeles) comenzaba a extenderse en Roma.[2]

Sea de ello lo que se quiera, *Pablo no ha podido conocer los misterios como nosotros los conocemos;* porque, en la forma desarrollada en que la escuela religionista los opone a nuestra fe, datan generalmente del siglo segundo[3] y se fueron perfeccionando en contacto con el cristianismo y en rivalidad con él.[4] Aún hoy día sabemos bien poca cosa, salvo en lo que se refiere a los ritos de Demetrio en Eleusis, de los Cabiras en Samotracia y de Isis en Egipto. Algunas fórmulas, algunas prácticas citadas incidentalmente por los novelistas y los satíricos, por los filósofos paganos

1. Cfr. Prat, art. cit., col. 1649-1650. "Por lo demás, en tiempo de S. Pablo, los misterios mitríacos no tenían importancia alguna; es, pues, inverosímil que Pablo les haya conocido y enteramente inadmisible que haya entresacado nada de ellos. Tal es el parecer de Cumont, de Dejong, de Harnach, de Toutain."—Confróntese aquí esto con la página

2. "Si uno hace memoria de que hasta los tiempos de Claudio el culto de Atis, casi desconocido en países helenizados, no era en Roma sino un culto extranjero, simple objeto de admiración por sus ritos extravagantes y poco estimado, concluirá que la cuestión de una influencia sobre el espíritu de S. Pablo no puede ni plantearse." Lagrange, art. cit.

3. Con excepción de Eleusis.

4. Se puede volver por pasiva la acusación de los comparatistas y sostener que el cristianismo ha dejado sentir su influencia en las religiones de misterios. Porque uno de los autores que nos informan a su objeto, Apuleyo, había largo tiempo vivido en Cartago en un medio ambiente cristiano; la leyenda mitríaca presenta esos rasgos contradictorios: nacido en una tierra en la que no hay alma viviente, el dios ve pastores y corderos acudir diligentemente a su cuna; y sus mistos señalan con una cruz los panes del banquete sagrado.—"Desde que el cristianismo llegó a ser una potencia moral en el mundo, se impuso hasta a sus enemigos, dice M. Cumont. Los sacerdotes frigios de la Gran Madre opusieron abiertamente sus fiestas del equinoccio de primavera a la Pascua cristiana y atribuyeron a la sangre esparcida en el taurobolo el poder redentor de la del Cordero divino." *Les religions orientales,* pp. XI-XIII.

y los Padres de la Iglesia,[1] un reducido número de oraciones y de himnos a los dioses, la mayor parte mutilados, encantamientos mágicos que nos han conservado los papiros,[2] el relato de las iniciaciones, así como la descripción de la liturgia que les acompaña— he ahí nuestros únicos documentos. Y todo ello motiva que las comparaciones sean muy defectuosas. ¿Es propio de un buen método, se pregunta el P. Prat, buscar en composiciones híbridas, de fecha y de procedencia inciertas, la fuente del pensamiento de Pablo, y no es destinar una tesis al ridículo el apuntalarla con semejantes argumentos?

La psicología del Apóstol

Que Pablo haya conocido las religiones esotéricas, parece indiscutible. Nacido en Tarso, donde pasó su adolescencia y donde los misterios de Mitra hallaban desde mucho tiempo favorable acogida, había después vivido en la ciudad de Antioquía, en la que habitaban en gran número los secuaces de Adonis y de Venus; luego reside en Atenas y en Corinto, dos centros del culto de Eleusis, y recorre los puertos del Mediterráneo que admitían fácilmente las divinidades griegas y orientales. Las clases humildes de estas ciudades, a las que se dirige con mayor frecuencia, son tributarias de la mística pagana: ¿cómo no suponer que el Apóstol dejara de interrogar a humildes gentes para comprenderlas mejor, para discutir sus doctrinas y para predicar su Evangelio, adaptándose a su punto de vista (Act. XIII, 16 s. s., XVII, 22 s. s.)? Empero la educación

1. Diodoro de Sicilia (siglo I), Pausanias (s. II), Apuleyo (s. II); Tertuliano (240), Arnobio (327), Firminus Maternus (s. IV), S. Jerónimo (420); los "Philosophoumena" (s. III).—Sábese que los Padres acusan al diablo, esa mona de Dios, de haber inspirado esas parodias del culto cristiano. Podrá ser que el tono de sus palabras sobre ese punto concreto fuera un tanto subido, observa Prat. Aún sería labor meritoria examinar sin idea preconcebida la cuestión de prioridad.

2. Los papiros mágicos y los libros herméticos remontan al tercero y al cuarto siglo de nuestra era, aun cuando pudieran contener y contienen sin duda documentos más antiguos.

que recibió lejos de la escuela pública, parte en casa, parte en un local contiguo a la sinagoga donde el hazán enseñaba, con los elementos de la Ley, solamente el griego popular, el κοινὴ διάλεκτος, esta educación le apartaba o distraía de curiosidades indiscretas, le preservaba de un estudio concentrado y seguido. Y lo que es más, debió inspirarle una aversión profunda para con los mitos y los ritos del paganismo; porque, hijo de Fariseos y él mismo Fariseo (II Cor. XI, 22), procedente de la tribu de Benjamín, la más fiel, con la de Judá, en mantener la tradición nacional y religiosa de los profetas (Philipp. III, 5), el Apóstol se enorgullecía de su formación austera (Act. XXII, 3), se mostraba irreductible en cuanto a la justicia legal (Act. XXVI, 5), que amaba con gran cariño (Rom. IX, 3-4) y de conformidad con ella regía su conducta (ib. X, 5); y orgulloso como estaba de las prerrogativas de Israel (III, 1-2, IV, 16-17) y de su elección divina (XV, 8, Gal. III, 8), todo era en él expectación por causa de las esperanzas mesiánicas (Act. XIII, 32-33). Hasta el momento de su conversión, la rebelión contra la Ley había provocado su cólera, y su *fanatismo* se manifestó violentamente cuando vió que algunos predicaban el fin del mosaísmo y de las tradiciones rabínicas; más que adscrito a la escuela de su maestro Gamaliel, hijo menor del bondadoso Hillel, Pablo parecía entonces militar en la escuela adversa, cuyo caudillo arrebatado y violento era Schammaï. Y ¿es posible que se nos represente como impregnado de ideas sincretistas a un partidario tan cerrado de la Ley? En tal caso, que se nos expliquen

Algunos hechos indiscutibles

El Apóstol se da cuenta de que su Evangelio constituye a los ojos de sus compatriotas el más formidable de los escándalos y con relación a un pagano la más grosera de las locuras. No obstante lo propaga, a pesar

de que para él, como dice Aug. Sabatier, la necesidad de conservar es más imperiosa que la de innovar [1] y de que manifiesta un alejamiento absoluto con respecto a las doctrinas y los ritos del paganismo. "No os pongáis bajo un mismo yugo con los infieles. ¿Qué puede haber de común entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué concierto entre Cristo y Belial? ¿Qué unión entre el creyente y el incrédulo? ¿Qué relación entre el templo de Dios y los ídolos?" (II Cor. VI, 14, 16).[2] Pablo había dicho antes: "Lo que los paganos ofrecen en sacrificio lo inmolan a los demonios y no a Dios; ahora bien, no quiero que estéis en comunión con los demonios. No podéis tener parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios". (I Cor. X, 20-21. Cfr. Rom. I, 88-83, Rom. I, 18-33, I Cor. VI, 9-11, II, 5, Eph. II, 12-12, IV, 7-19, Col. II, 8).

Esta actitud es una garantía de que Pablo no toma nada de fuentes paganas o del judaísmo sectario.[3] De hecho, debe sus luces a Dios, quien le reveló a su Hijo Jesucristo (Eph. III, 3-10,. Gal. II, 12, II Cor. XII, 1, 4, I Thess., IV, 15).

1. *L'Apotre Paul,* p. 286. Sabatier remite a I Cor. XV, 1-11, II Thess. II, 15, Eph. IV, 3, Phil. III, 1, Col. II, 6, Rom. XVI, 17.

2. "Se pregunta vanamente lo que Pablo habría requerido de los misterios. ¿La aspiración hacia la salvación eterna? Empero, ¿dónde era más ardiente que en el seno del judaísmo? El judaísmo le suministraría, en oposición con los misterios, la justificación obtenida por las obras de la Ley. Y no lo quiso. ¿Es, pues, que prefería la salvación obtenida por favor, al modo de los misterios? Mas, su teoría de la salvación va más allá en todos los sentidos de los elementos materiales que podían ellos contener. La salvación viene de la fe al mismo tiempo que del Bautismo, por cuanto la fe y el Bautismo se apoyan sobre un hecho divino, obrado para la salvación de los hombres, la pasión de Jesucristo. Esta pasión no contenía solamente una energía que purificaba del pecado; ella comunicaba además el Espíritu, principio de una vida nueva y divina. Pero, ¿es necesario insistir más? Toda comparación sería una injuria para S. Pablo, y se puede hacinar los misterios de Eleusis entre aquellos actos de idolatría que hacían estremecer de santa indignación su espíritu, cuando entró en Atenas (Act. XVII, 16). Si ha tenido conocimiento de estos misterios, no ha podido mirarlos sino como elementos vacíos de la gracia que predicaba." *Revue Biblique,* 1919. *Les mystères d'Eleusis et le Christianisme,* pp. 216-217.

3. "Tal vez pudo allí aprender (en el culto frigio), si lo hubiera ignorado, el valor expiatorio de la sangre. Empero, ¿no era ello una doctrina fundamental del Antiguo Testamento? Y él proclama a raíz de la Pasión que el sacrificio de Cristo volvía a los demás inútiles: lo que los secuaces de Atis no sospecharon jamás para su dios." Lagrange, *Revue Biblique,* 1919. *Mélanges,* p. 479.

Pero nunca insisteremos bastante: *las enseñanzas o el Evangelio de san Pablo es el mismo que el de los demás Apóstoles*. La fe que predica hoy es la misma que quería, no hace mucho, destruir,[1] y los Gálatas se glorían de esta fe (Gal. I, 23-24). Pedro, Juan y Santiago la reconocen como idéntica a la suya (Gal. II, 9), y esta fe le merece ser admitido por Bernabé a su predicación en Antioquía y a su misión apostólica en Chipre, en Pisidia y en otros lugares (Act. XI, 25-26, XIII-XIV). No existen, pues, dos Evangelios, aun cuando haya muchas maneras de predicarlo (Gal. II, 8), no se dan dos mensajes de salvación. El Evangelio verdadero, el único, el de Jesús, Pablo lo anuncia, concordando con todos los Apóstoles (I Cor. XV, 11). Anatema sobre todos los que prediquen otro.

IV. La escuela comparatista edifica su tesis sobre extrañas confusiones.

Jamás la piedad griega u oriental ha tomado por tema un dios doliente, que muere y que luego resucita.[2] Dionisio ha sido muerto por los Titanes que le han despedazado y devorado, sin tocar el corazón que Zeus engulló, a continuación de lo cual un segundo Dionisio viene a nacer, quien participa del trono de Zeus su padre.[3] Un jabalí mata a ADONIS, el hermoso

1. "Pablo debía estar informado en un cierto grado (del conocimiento material de los hechos) antes de su conversión, y ha debido completar sus instrucciones en particular en ocasión de la visita a Cefas, de que hablan los Hechos y la Epístola a los Gálatas. Lo que debe a Cristo, es la lumbre interior que le ha hecho ver la verdad de estos hechos, es la inteligencia de su razón de ser en el plan de Dios y muy especialmente de su concierto con las Escrituras, es decir, todo lo que tiene de formal, todo aquello por lo que constituyen el evangelio, la buena nueva." Lemonnyer.

2. Debería no olvidarse cuánto la idea de la Resurrección repugnaba a los Griegos: era para ellos una palabra sin sentido (Act. XVII, 32).

3. "En el ritual primitivo, es decir, agrario, ellos (los servidores del joven dios) eran sin duda hombres impregnados de un flúido mágico y poderoso, encargados de mantener, de excitar, durante los meses de invierno, el vigor amortiguado del dios de la vegetación. Mas una fuerza a la que se conserva, a la que se la excita, no es una fuerza aniquilada. Y he aquí por qué en Atica y en Jonia las grandes solemnidades dionisíacas se celebraban, no en la primavera, sino en pleno

joven a quien ama Afrodita. Toda la Grecia y el Oriente le lloran; de resurrección ni se platicará sino en el siglo segundo de nuestra era, y aun en un texto interpolado. Hasta el siglo cuarto no vemos a ATIS, el dios frigio, resucitar... bajo la pluma de un autor cristiano: "Regocijaos, oh mistos, el dios está salvado y, para vosotros también, de vuestras pruebas saldrá la salud" (Firminus Maternus).[1] HERACLES, el glotón, volvió a la vida respirando el olor de las codornices que le presentó Islaos, pero murió sobre una pira y fué recibido entre los dioses. Y ¿es eso, ese simple cambio de naturaleza, ese tema, clásico en el paganismo, del hombre transformado en dios (Atis), o poco menos (Heracles y Adonis); eso es lo que se opone a la Encarnación del Hijo de Dios resucitado después de su vida mortal? Los Egipcios nos reservan una más sorprendente historia. OSIRIS, muerto por su padre Tifón, había sido despedazado. Su mujer Isis reúne todos los trozos, pero uno de ellos se escapa a sus investigaciones, el principal, el indispensable emblema de la vida y de la resurrección. Finalmente, lo descubre. La resurrección de Osiris viene a ser posible, y tiene lugar en el otro mundo. "Es muy verdadero, observa a este propósito el P. Lagrange, que Osiris es el tipo de la resurrección de los muertos, y es, creo yo, del Egipto, de donde esta idea se comunicó al paganismo. Mas los judíos del tiempo de Jesús creían en la resurrección de Jesús; ¿qué podía añadir más el mito de Osiris?"[2]

* * *

Estos argumentos prueban, a nuestro inicio, contra los seguidores del sistema liberal y contra los moderados

de las aguas de un lago sin fondo, hasta las puertas del Hades. Y de allí vuelve a la luz... Semelé, principio de la fecundidad del suelo." Mainage, art. cit.

1. La muerte es ajena al rito propio de Atis y aun al mito primitivo. Los documentos antiguos representan sobre todo al dios como privado violentamente de su virilidad. Cfr. Lagrange, art. citado. No hemos de hablar de Mitra quien dejó, aún en vida, la tierra con un carro de llamas conducido por el Sol.

2. *Le sens du Christianisme*, p. 291.

de la escuela comparatista, **que ni Pablo, ni ningún otro ser humano, ni mucho menos aún yo no sé qué fuerzas vagas y anónimas—La «Gesamtpsyche»—han podido crear ni mejorar substancialmente la fe en la divinidad de Cristo** [1] **que la hemos hallado por doquiera entre los fieles de la generación apostólica.** Las hipótesis laboriosas y sectarias de los incrédulos llegan, por otra parte, demasiado tarde para explicarla. Esta fe, esta doctrina, se fundamentan, desde el principio de la Iglesia, en el testimonio histórico que Jesús se rindió a sí mismo como Hijo de Dios y Dios Salvador.

1. Aun cuando no vayamos a disertar aquí acerca del parecido que se pretende descubrir entre ciertos ritos paganos y los sacramentos esenciales del cristianismo, el lector nos aceptará benévolo, sin duda, algunas noticias sobre ese tema.

Bautismo. Aun cuando hasta las lustraciones antiguas hubieran sido no solamente purificaciones rituales sino una verdadera iniciación en un misterio, una manera de unirse a un dios (Cfr. Lagrange, *Le sens du christianisme*, pp. 284-286); dado caso de que hasta la célebre inscripción mitriaca "in aeternum renatus" datara de antes de Juliano el Apóstata, no acusaría influencia cristiana alguna, y no podría significar que el que la dedicaba no tenía más necesidad de ser taurobolado: quedaría siempre en pie que S. Pablo no es el inventor del bautismo cristiano, que no le ha podido, pues, tomar de las liturgias paganas. De otra suerte, ¿se alabaría de no bautizar sino poco? (I Cor. XIII, 17.) Y luego tenemos, que los Apóstoles bautizaban en Jerusalén desde la fundación de la Iglesia (Act. II, 37-41); confirmaban también (ibid. VIII, 12-18, 1-6).

Eucaristía. ¿El pan y el vino eran ritualmente servidos a los mistos de Atis? El P. Lagrange (art. cit.) cree más bien que éstos comían hierbas y bebían leche. En Eleusis, se empleaba una bebida compuesta de agua con harina y poleo, especie de menta salvaje, mas tomábase de la caja, y después de haberse uno servido, se depositaba en el cesto, luego del cesto en la caja o armario, tratándose de cualquiera otra cosa menos de pan bendito. Si los fieles de Dionisio se alimentaban con la carne cruda de un toro al que habían despedazado previamente y que, divinizado con los preparativos del sacrificio, representaba al dios mismo; si querían de ese modo absorber en sí fuerzas divinas, el elemento espiritual faltaba allí, la fe no presidía, como entre nosotros, la manducación de un alimento invisible (Juan, VI, 63): "spiritus est qui vivificat, caro non prodest quidquam". Del mismo modo que todos los demás ritos, del mismo modo que los lavatorios y los sacrificios, la recepción de los alimentos sagrados constituía por otra parte un sencillo preliminar para la unión con los dioses, la que, en los misterios griegos, por extraño que ello nos parezca, se hacía mediante espectáculos (sobre todo con la θέα). Y hemos ahí a mil leguas, bien lejos, por cierto, de los sacramentos cristianos.

No, la Eucaristía no proviene de misterios pagano-helénicos; la *Eucaristía viene del Señor,* S. Pablo lo dice expresamente (I Cor. XI, 23): ἐγὼ γάρ παρέλαβον ἀπὸ τοῦ κυρίου ὃ καὶ παρέδωκα ὑμῖν. Su fuente no es una revelación, una de esas apocalipsis caras a Couchoud, sino una tradición histórica remontándose a Jesús mismo. Esto resulta del sentido usual, en el N. T., de la preposición ἀπὸ, la cual, por

CAPITULO SEGUNDO

La Afirmación de Jesús

La creencia de la Iglesia en la divinidad de Cristo se fundamenta en la afirmación de. Jesús.

Mas porque nuestros adversarios no dan igual importancia a los diferentes documentos que refieren esta afirmación persistente y graduada, vamos a estudiarla aparte en los Logia, en la biografía de san Marcos y en las pretendidas fuentes especiales.

Si Jesús no ha sido sino Mesías, si no ha sido más que aquél que debía llevar a cabo el sueño nacionalista de los judíos, ¿cómo este sueño ha podido cautivar a tantos extranjeros?

Si la teología liberal se dignara leer los Sinópticos en su tenor actual, estarían convencidos de que Cristo hablaba y obraba corrientemente como si fuera Dios. Pero no, las creencias de los redactores han más o menos descolorido su evangelio, se nos dice; y para conocer la historia y la enseñanza auténticas del Maestro, es menester que nos remontemos hasta las fuentes en donde los escritores bebieron la verdad de lo que narran: los Logia, una colección de sentencias reunidas desde los principios, y cierta relación biográfica compuesta por san Marcos.[1] Lucas y el Mateo griego han, además, utilizado cada uno una fuente particular.— Aun cuando un católico no pueda adoptar la Zwei-Quellen-Hypothese,[2] que a nuestro juicio está, por otra

oposición con παρά indica un origen mediato (cfr. Marc. VIII, 11). Además de ello, esta interpretación tiene en cuenta el alcance preciso de la palabra καί; Pablo ha transmitido lo que ha recibido: en los dos casos, se trata de una tradición. Si el lector desea conocer las argucias que la crítica independiente opone a estas razones plausibles y cómo se las refuta, lea el librito de M. el canónigo Van Crombrugghe: "L'Evangile primitif de l'Eucharistie". (Peeters, Louvain.)

1 Cfr. *Ons Geloof*, abril 1921. Dr. C. Van Combrugghe. *De Godheid van Jesus vóór de kritiek.*

2 Decreto de la Comisión Bíblica, 26 junio 1912.

parte, mal establecida, nuestra demostración debe seguir al adversario, para mejor alcanzarle, en su propio terreno. Examinemos, pues, los Logia, la "primera biografía de Jesús", y los pretendidos documentos especiales.

I

LOS LOGIA

Los Logia nos aportan dos documentos magistrales: el título "Hijo de Dios" y el célebre logion joánico.

EL TITULO "HIJO DE DIOS"

Es cosa sabida que "el término de filiación se emplea en las lenguas semíticas *para indicar cualquier relación estrecha, física o moral,* de origen, de dependencia, o de afección, análoga a la relación que existe entre un hijo y su padre. Así es que desde el punto de vista físico, se llama a la flecha hija del arco, o hija de la aljaba; la chispa, hija de la llama; el átomo, hijo del aire. Aquel que ha recibido una unción, se llama hijo del óleo; aquel que merece la muerte o está amenazado de ella, es llamado hijo de muerte. Desde el punto de vista moral, los discípulos de los profetas son llamados hijos de los profetas; los hombres abandonados al mal, o bajo la dependencia del demonio, hijos de Belial". Nada tiene de extraño, pues, que el Antiguo Testamento aplique el título de Hijos de Dios a los ángeles (Gen. VI, 1-4, Job 1, 6 y 11), cuya eminente naturaleza se halla emparentada con la de Dios, así como con la de los justos (Eccli. IV, 11, Sab. II, 13, Ps. LXXIII, 15), ya que sirven a Dios como a un Padre. Lógicamente, las relaciones privilegiadas que unen a Jahvé con su pueblo valen a los Israelitas (Deut. XIV, 1-2, Ex. VI, 22) y, de rechazo, al rey teocrático (I Sam. VII, 14,

Ps. II, LXXXII, 26-28), la misma denominación halagüeña.

Mas los judíos ¿la han atribuído alguna vez al hombre que participase de una manera de todo especial del Espíritu de Dios, o sobre el Mesías esperado?[1] No ha faltado quien lo ha dicho, y nadie quizás lo ha demostrado pasablemente. ¿A qué viene el invocar aquí el libro IV de Esdras? Posterior a nuestra era, encierra hartas interpolaciones cristianas. Para quien no admite el sentido mesiánico del salmo II, el célebre versículo 7.° no le suministra, tampoco, un argumento perentorio. Entre los dos términos: Cristo e Hijo de Dios, san Pablo no establece identidad, ni hasta conexión. San Marcos lo distingue igualmente.[2] No hay, por lo demás, un solo falso Mesías que haya reivindicado este último título.

En la pluma de los Sinópticos ¿DESÍGNASE TAL VEZ AL MESÍAS QUE HA VENIDO ENTRE LOS HOMBRES? Los demonios (Matth. IV, 3-6, VIII, 29. IV, 11, Luc. IV, 3-9, VIII, 28, Marc, III, 12, V, 17), los judíos (Matth. XXVII, 40-44), el centurión (Marc. XV, 36), los apóstoles (XIV, 33, XVI, 16), el ángel Gabriel (Luc., I, 32-35), el Padre celestial (Matth. III, 17, XVII, 5, Marc. II, IX, 7, Luc. III, 22, IX, 35) han utilizado este calificativo en diversas ocasiones. Pero no sabemos casi, salvo en Cesarea y delante de Caifás, qué impresión

1. La cuestión está en saber si los Judíos contemporáneos de S. Pablo, oyendo nombrar el Hijo de Dios, podían y debían comprender sin otra explicación que se trataba del Mesías prometido. En realidad, todos los indicios son contrarios. Orígenes, que sabía bien lo que se decía, se burla bien de Celso por haber hecho decir a su Judío que el Hijo de Dios vendría a Jerusalén. "Jamás, replica Orígenes, Judío auténtico habló de esa manera. Los verdaderos judíos, por el contrario, nos preguntan lo que queremos decir, cuando nos oyen mencionar al Hijo de Dios." *Contra Celsum,* I, 49. Cfr. Prat, *La Théologie de Saint Paul,* t. II, pp. 207-210.—"No parece que "Hijo de Dios" haya sido, por lo menos en el estado de apelación corriente, uno de los nombres del Mesías usados entre los Judíos. Sin embargo, más de un pasaje del Antiguo Testamento (Ps. II, 7) y de los libros posteriores de la literatura judía (II, Esdr. VII, 28-29, XIII, 32, 37, 52, Enoch. CV, 2, cfr. LXII, 14), han debido prepararle los caminos, si no han llegado ya hasta introducirle en la lengua de ciertos sectores." Durand, *Ev. selon S. Matthieu,* p. 274.

2. Lagrange, *Commentaire,* p. CXXXIII s. s.

experimentaba el Maestro, ni, mucho menos aún, con qué sentido preciso acogía este homenaje. Cimentándose en los trabajos de Wrede [1] y de Lagrange, los teólogos reconocen hoy en la apelación "Hijo de Dios" una significación transcendente o simplemente mesiánica, según que es empleada por Dios, por un ángel o por un hombre.[2]

Jesús mismo no ha querido apropiarse este título tal cual, solamente, existen algunos textos, a mayor abundamiento en los Sinópticos, en donde Jesús llama a Dios su Padre, su Padre celestial, su Padre que está en los cielos; y sus afirmaciones respiran un sentimiento filial, un sentimiento repleto de confianza y de abandono, de desinterés y de generosidad perfecta. Estos textos van a satisfacer nuestra curiosidad; prueban que Jesús es el propio Hijo de Dios.

I. Ante todo observémoslo bien: *Este hombre humilde, condescendiente, no sufre jamás que se pueda confundir su filiación con la de los demás, por gloriosos que ellos sean, aun de aquellos a quienes llama tiernamente sus amigos y sus hermanos* (Matth. XII, 50, XXV, 34, XXVIII, 10). Ved cómo pone una insistencia especial en decirse "el Hijo", en singular, en sentido absoluto, y no Hijo, a secas, como lo eran los beneficiados de la metáfora israelita (XI, 25, XXIV, 36, XXVIII, 19, XVI, 16, XXI, 37). Quiere distinguirse también de sus apóstoles: "Vuestro" Padre que está en los cielos dará lo que convenga a aquellos que le ruegan (Matth. VII, 11). "Vuestro" Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todo esto (VI, 32). No beberé más de este fruto de la viña hasta el día en que lo beberé de nuevo con "vosotros" en el reino de "mi" Padre (Matth. XXVI, 29). He aquí que hago descen-

1. *Das Messiasgcheimnis in den Evangelien.*
2. "En cuanto a una filiación divina, cuyo efecto hubiera sido introducir al hombre en la vida misma de Dios, en el sentido propio y plenario del término, los Judíos la rechazaban como un sacrilegio, tanto chocaba con la idea que se habían formado de la unidad divina." Durand, *Ev. selon Saint Matthieu*, p. 275.

der sobre "vosotros" el prometido de "mi" Padre (Luc. XXIV, 49). Venid, los benditos de "mi" Padre, poseed el reino que "os" está preparado desde el comienzo del mundo (Matth. XXV, 34).—No, ni una sola vez se ve descender a Jesús del alto pedestal en que se aisla; porque la oración dominical, el "Padre nuestro" no hace sino ilustrar el mandato dado a los discípulos: rogaréis así (VI, 32, Luc. XI, 1-2); y nada autoriza para pensar que Cristo haya mezclado su voz con la de sus discípulos, para implorar el perdón de alguna falta suya, el que, durante toda su vida, no pudo ser acusado de pecado alguno.

Ahora bien, esto no es un fenómeno literario del que la ventura o los procedimientos del redactor, del traductor de los Logia, darían tal vez cuenta. En efecto: Los pasajes que se caracterizan de esa suerte son muy numerosos, y—echemos mano de un argumento que utilizan los protestantes liberales—provienen de fuentes muy dispares entre sí. Matth. V, 45, V, 48, VI, 14, VI, 1, VI, 15, VI, 26, VI, 32, VII, 11, VII, 2, VII, 27, XVIII, 14, pertenecen a los Logia, según Bousset y Heitmuller afirman; VI, 6, VI, 8, VII, 50, XV, 10, XVI, 17, XVIII, 10, XVIII, 35, XX, 23, XXV, 34, XXVI, 29, XXVI, 19, 42, 53, Marc. XI, 25, VIII, 38, XIII, 32, pueden serles ajenos, pero reproducen esos mismos textos iguales distinciones sugestivas; y léanse una y otra vez Luc. XXIV, 49 y Mateo XXVI, 29: esos diferentes pasajes, en donde el Maestro habla al mismo tiempo de sí y de los demás hombres, presentan oposiciones idénticas.

Este hecho deja entrever, pues, evidentemente en Jesús un designio doctrinal: el deseo de despertar, de llamar, de fijar la atención sobre su personalidad misteriosa; prepara, sin duda, una revelación explícita. Pero, ¿cuál es ésta?

II. *No es solamente a causa de la misión de que se halla investido, que Cristo levanta una tal barrera*

entre su persona y el resto de los humanos, sino también por razón de dignidad intrínseca.

1. Según los Logia, en efecto, Jesús se ha predicado a sí mismo, él forma el objeto del Evangelio. Aquél que oye sus palabras, y las pone en práctica, menester es compararle con un hombre sabio que edifica su casa sobre la piedra, la cual desafiará los vientos y aguaceros tormentosos (Matth. VII, 24-27).[1]

Los profetas y los justos alcanzan en él el fin de sus aspiraciones seculares (Matth. XIII, 16-17, Luc. X, 23-24). El mayor entre los hijos de los hombres le sirve de precursor; escuchadle cómo lo anuncia a las multitudes (Matth. XI, 10, Luc. VII, 27), con los propios términos que Malaquías (III, 1) aplica a Jahvé, declarando que su enviado le precede. Ahora bien, esta repetición parecería temeraria y blasfematoria si no debía amparar más que la función mesiánica.

2. Empero no. "¿Cómo los Escribas dicen que Cristo es hijo de David? cuestiona un día el Maestro, pues el mismo David ha dicho, inspirado por el Espíritu Santo: el Señor ha dicho a mi señor: siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos a tus pies. El mismo David le llama Señor, ¿cómo puede, pues, ser su Hijo?" (Matth. XXII, 41.)

Jesús no rechaza jamás el título "Hijo de David"; al contrario, recompensa algunas veces mediante un milagro a aquellos que se sirven de él para aclamarlo. (Matth. IX, 27, XII, 23, XV, 22, XX, 30-31, XXI, 9-15, Marc. X, 47-48, Luc. I, 32, XVIII, 38-39, etcétera); no quiere, pues, que nadie abrigue duda alguna acerca de la descendencia real que el Antiguo Testamento atribuye al Mesías.[2] ¿Qué fin se propone, sino

1. "En cuanto al pensamiento en sí mismo, traduce él claramente la idea que Jesús se forma acerca de su obra en el mundo. A sus ojos, la humanidad se divide en dos grupos: los sabios y los necios, según la actitud adoptada con respecto a su Evangelio." Durand.

2. Así es como lo quieren los críticos, mas su tesis topa: 1.º con el hecho que revelamos en el texto, y 2.º con el sesgo de la argumentación de Cristo: éste no tiende a probar que el Mesías será totalmente otro de lo que piensan los escribas, sino que será mucho más. Nuestros adver-

el de abrir el espíritu de sus oyentes a la idea de que *su persona encierra verdaderamente una dualidad, dos elementos en alguna manera,* uno de ellos que le liga a David y el otro que le eleva por encima de él, muy cerca de Dios, en una esfera divina? "De leer sin prejuicio las declaraciones de Jesús, escribe M. Dalman, no es posible substraerse uno a esta conclusión, que el Mesías es en realidad el Hijo de un ser más excelso que David, a saber, el Hijo mismo de Dios".

3. Los demás son invitados a convertirse en hijos de Dios; por esto amarán a sus enemigos y le dirigirán sinceras oraciones (Matth. V, 44-46). Cristo no experimenta ninguna necesidad de realizar esfuerzos para ello, y no se advierte progreso en el sentimiento filial del que *goza* de una manera apacible y, según todas las apariencias, durante su vida entera. Porque si los profetas han sido enviados, él ha salido: ἐξῆλθον refiere san Marcos (I, 38), y esto corresponde a la fórmula joánica, que afirma que Jesús descendió del cielo en donde preexistía al lado del Padre.[1]

4. Así vemos que su dignidad llega a ser objeto, *como la de la suprema majestad de Dios,* de veneración religiosa, universal y obligatoriamente para siempre: Aquél que me confiese en presencia de los hombres, dice, yo le confesaré en presencia de mi Padre, y aquél que me niegue, yo le negaré en presencia de

sarios están por otra parte reducidos 3.o a la contradicción. De prestar oídos a sus palabras, Mateo y Lucas creían ciertamente, con S. Pablo (Rom. I, 3), y Marcos muy probablemente, que Jesús descendía de David; se ven, pues, obligados, para sostener su sistema, a decir que los evangelistas no han comprendido lo que escribían, y, sin embargo, su solo argumento es ¡que ellos siguen el sentido natural de esos mismos evangelistas! Lagrange in *o. c.* En cuanto a la descendencia davídica de Jesús, véase Filion *Vie de N. S. J. C.*, t. I, pp. 284-296 y 516-519.

1. ¿Sugiere S. Juan que Cristo preexista como Hijo? Así se puede presumir, dice Sanday. Por lo que toca a los otros evangelistas, "si no nos dan directamente esta doctrina, nos conducen hasta su umbral". *Dict. of the Bible*, p. 576. Art. *Son of God.*

Los numerosos pasajes en que los Sinópticos emplean ἦλθον parecen revestirse del mismo significado. El P. Lagrange que se reserva por lo que atañe a Marc. I, 38, aun cuando la Vulgata, la Itálica, la Peschitta, el manuscrito del Sinay, la versión bohairica favorezcan nuestra interpretación, reconoce no obstante en Marc. II, 17, una probable alusión a la preexistencia de Jesús.

mi Padre" (Matth. X, 32-33, Luc. XII, 3-9). Ella le permite exigir de cada uno hasta los sacrificios más formidables, que no se consienten sino por Dios: "Aquél que ama a su Padre y a su madre, a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí" (Matth. X, 37, Luc. XIV, 26). En una palabra, "Jesús se impone a las conciencias. Habita como en su casa en el interior de los demás. Este último rasgo es, en definitiva, lo que da a la moral del Maestro su carácter irreductiblemente original. Cuando predica la vida santa, no se limita a declarar una doctrina que sabe por vía de ciencia o que ha aprendido por revelación: trata, puede decirse, un asunto que le es personal. Vivir bien, es seguirle".[1]

Una vez más lo decimos, he ahí lo que rebasa manifiestamente al tema mesiánico; Harnak, Wendt y Weiss se complacen en confesarlo. La persona de Cristo constituye el objeto de aquellos textos y no su misión; **y que ella participa esencialmente de la Divinidad, por un elemento superior de su ser,** lo podemos tanto mejor, y con una inquebrantable confianza, colegir de estos testimonios implícitos por cuanto un texto célebre:

EL LOGION JOANICO[2]

Esta es la perla más preciosa de Mateo.
LAGRANGE

trae a nuestras averiguaciones una confirmación pe-

1. *Christus*, pp. 712-713.

2. "El pasaje evangélico que se acaba de leer, contiene, según la opinión unánime de los exégetas, la manifestación más completa de la conciencia religiosa de Jesús que la Tradición sinóptica nos haya legado. El Salvador se sitúa en una región de la atmósfera religiosa en donde, jamás soplo humano se había dejado sentir; se define El a sí mismo en términos que parecen engarzar las declaraciones cristológicas del cuarto evangelio. Así es que la afirmación en la que esta definición se halla enunciada (Matth. XI, 37=Luc. X, 22), es conocida con el nombre de "logion joánico de los sinópticos"; y desde Strauss (*Das Leben Jesu für das deutsche Volk bearbeitet*, p. 203, ss. Tubinga, 1884), hasta Norden (*Agnostos Theos. Untersuchungen zur Formengeschichte religioser Rede*, p. 277-308, Berlin 1903), los críticos que rehusan considerar el cuarto evangelio como una fuente autorizada de las enseñanzas de Jesús, se han devanado los sesos en conjeturas para darse cuenta de su presencia en Mateo y en Lucas." Van Crombrugghe, *Le Logion Johannique des Synoptiques et la divinité de Jésus.*

rentoria, una atestación formal. Que los "Logia" no contienen cosa análoga, no asombrará a los que sepan que, según nuestros adversarios, la escena de Cesarea de Filipos, el interrogatorio en presencia del Sanedrín y los demás acontecimientos importantes que señalan el final del ministerio de Jesús—y más adelante deduciremos de ello los argumentos debidos—están reproducidos por Mateo según la relación de san Marcos.

He aquí los textos:

En este mismo tiempo, Jesús dijo aún: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas a los sabios y a los prudentes, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, yo te bendigo por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre, nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo ha querido revelarlo. (Matth. XI, 25-27.)

En el mismo momento, regocijóse, bajo la acción del Espíritu Santo, y dijo: "Yo te bendigo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas a los sabios y a los prudentes y las has revelado a los pequeñuelos. Sí, yo te bendigo, oh, Padre, por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre, y nadie sabe lo que es el Hijo, sino el Padre, y lo que es el Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo tiene a bien revelarlo (Luc. X, 21-22).

Ahora bien, por una parte, la crítica de interpretación demuestra que Jesús, al pronunciar estas extrañas palabras, ha querido proclamar su divinidad; por otra, la crítica histórica suministra la prueba de que esta declaración pertenece verdaderamente a Jesús.

Crítica de interpretación

Llegados de su expedición apostólica, los setenta y dos discípulos anuncian jubilosamente al Maestro el feliz éxito obtenido. Y Cristo se llena de gozo. Porque si el misterio del reino permanece cerrado a los espí-

ritus que se complacen en sus propias luces, he aquí que los sencillos, los humildes, le comprenden. "Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre": desde luego estas verdades comunicadas a los pequeñuelos, después, de una manera general, el poder de ejecutar los designios todos del Padre concernientes a la redención y de vencer antes a las potencias hostiles: la enfermedad, los elementos y, sobre todo, al demonio.

La razón está en que

> nadie conoce al Hijo, sino el Padre,
> ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo,
> y aquél a quien el Hijo tiene a bien revelarlo.

"El" Hijo, en sentido absoluto, sin determinación, opuesto al único Padre, esta sola palabra que Jesús se aplica a sí mismo, entreabre ya horizontes infinitos.

Lo propio ocurre con el paralelismo. "Los dos miembros paralelos son una fórmula oriental, cuyos términos es necesario no desgarzarlos para explicarlos aisladamente. Esta fórmula expresa aquí perfecta adaptación, la reciprocidad necesaria de las dos personas puestas enfrente la una de la otra. El Padre y el Hijo son adecuados uno y otro. Son dos focos conjugados que constantemente se remiten su luz, reflejada y fuertemente acrecida." [1]

La relación que une las dos personas es, en sí misma, insondable. "Como aquellas montañas, envueltas de nubes que se han ido acumulando más y más en su falda y en sus flancos, piérdense de vista para aquellos que las contemplan desde la llanura, en tanto que sus cumbres están bañadas de resplandor en medio de las fulguraciones de un sol menos difuso y más concentrado, así el Hijo, colocado al lado del Padre, no es visible sino desde lo alto; no se le alcanza desde la tierra." [2]

1. Rose, *Etudes*, p. 204.
2. Rose, p. 203.

¿Es preciso recordar que el Antiguo y el Nuevo Testamento consideran el carácter de incognoscibilidad, de inefable, como una prerrogativa divina? Añádase la compenetración intelectual recíproca del Hijo y del Padre, este doble conocimiento que el movimiento del paralelismo garantiza que es de la misma naturaleza, adecuado uno al otro, abrigándose, por decirlo así, mutuamente, y se verá claramente que todo ello implica una igualdad y por consiguiente, puesto que se trata de Dios, una consubstancialidad entre este Hijo y este Padre. M. Loisy lo confiesa: "La palabra Hijo, escribe, designa a Cristo inmortal, se puede hasta decir eterno. El conocimiento recíproco del Padre y del Hijo no está aquí presentado como una relación nacida en el tiempo y realizándose actualmente, sino que tiene el mismo el carácter suprahistórico de las aserciones análogas que uno halla en el cuarto evangelio; no expresa la preexistencia, sino que la supone." [1]

Y he aquí explicados en los sinópticos estos textos clarísimos de san Juan: "Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único que vive en el seno del Padre, es El el que le ha revelado" (I, 18). "Nadie ha visto al Padre, salvo aquél que ha salido de Dios" (II, 46). Y si se enlaza este texto: "Todas las cosas me han sido dadas por mi Padre", con los versículos joánicos: "Todo lo que pertenece al Padre me pertenece" (XVI, 15), "Todo lo que tengo, te pertenece, y todo lo que te pertenece, lo tengo" (XVII, 10), la expresión decisiva nos acude nuevamente a la memoria: Pater et ego unum sumus.[2]

Dalman (*Die Worte Jesu* I, p. 232), ha creído hallar, en el fondo de nuestro Logion, una parábola; y Sabatier (*Les Religions d'autorité et la Religion de l'Esprit*, p. 461, 33) y Monnier (*La Mission historique de Jesus*

1. *Les Ev. Syn.*, I, p. 909.
2. "Necesario es, por tanto, simplemente hacer constar que este texto de los sinópticos está de acuerdo con la doctrina de S. Juan acerca de la divinidad de Jesús... y asombrarse uno de los subterfugios a los que recurre la crítica no creyente para eludir esta conclusión." Lagrange, *S. Luc.*, p. 308.

p. 9 s. s.), se han luego adherido a su manera de ver: así como un padre se halla en situación privilegiada para conocer perfectamente a su hijo y recíprocamente, así acontece en Dios y su Cristo.

Pero *esto no debilita nuestra conclusión dogmática*: la intimidad absoluta que existe entre las dos personas, semejante a la que existe entre un padre y su hijo, supone una afinidad de naturaleza; esta grandeza única, siendo inaccesible, debe de tener un fundamento metafísico.

Por otra parte, *no hay aquí parábola alguna*. ¿Es cierto que el padre sea el único que pueda conocer bien a su hijo, y viceversa? Jesús no ha podido fundamentarse en una idea tan poco segura. Y luego, las palabras "Padre" e "Hijo", el Padre que da todas las cosas y el Hijo que revela, no se aplican adecuadamente sino a Jahvé y a su Cristo.

M. HARNACK QUERRÍA QUE EL CONOCIMIENTO DEL PADRE CONSTITUYERA LA FILIACIÓN DIVINA; Jesús sería el Hijo porque, mejor que ningún otro, habría comprendido y revelado al mundo la paternidad de Dios. Mas el Salvador dice, sin equívoco posible, que todo poder le ha sido dado y que penetra los designios del Padre precisamente en su cualidad de Hijo; trasmudar la relación, es una arbitrariedad. Es además una pesada extravagancia, ya que si Cristo es Hijo porque conoce y revela al Padre, el paralelismo exige que Dios sea Padre porque conoce y revela al Hijo.

Debemos, pues, mantener firmemente nuestra exégesis insistiendo una vez más sobre la riqueza de su aportación al problema cristológico. Si Jesús no era sino un hombre, seguramente la inteligencia infinita del Padre no sería sola en poder comprenderle. Si no se colocaba sino en primera línea con los profetas, si aspiraba únicamente a la mesianidad, no diría que Dios no podría ser conocido sino de aquellos a quienes el

Hijo tendría a bien revelárselo, porque Dios, para manifestarse a los humanos, no espera el consentimiento previo de su Mesías. Jesús es, por lo tanto, Dios. Incomprensible como Dios, conoce como Dios, participa de los poderes todos de Dios, ocupa el mismo lugar que el Padre. Sin duda "El no pone en primer término su naturaleza, su ser metafísico. Mas nadie ignora que no alcanzamos directamente las esencias y las naturalezas. No obtenemos contacto con ellas sino por medio de las potencias. Si para una naturaleza inteligente, ser, es conocerse, conocer como Dios y poder como Dios, es ser Dios."[1]

CRÍTICA DE AUTENTICIDAD

LA AUTENTICIDAD LITERARIA[2] de nuestro texto no podría ponerse en duda, por cuanto toda la tradición diplomática, todas las versiones antiguas la reproducen—le hallamos en Lucas lo mismo que en Mateo, dos autores independientes el uno del otro, sin más diferencia que el empleo por el primero del acusativo γινώσκει τὸν πατέρα y por parte del segundo de una paráfrasis relativa, τίς ἐστιν ὁ υἱός. Siendo este procedimiento específicamente lucaniano, como lo prueban las comparaciones (Matth. XXVI, 74, Luc. XXII, 60, Matth. XXV, 12, Luc. XXIII, 25), la causa queda resuelta.

Sin duda, la forma temporal del verbo conocer varía algunas veces en los Padres, los cuales emplean el aoristo ἔγνω. Pero, observa Van Crombrugghe, "las citas patrísticas, hechas de memoria en su mayor parte, y sin gran escrúpulo de exactitud verbal, no podrían hacer mella en el testimonio concordante de la tradición diplomática y de las antiguas versiones. ¡Además de esto, tomada, en su conjunto, estas citas son más bien favorables al texto corriente: la forma γινώσκει, como texto auténtico de Mateo, no está casi menos

1. Rose, *Etudes*, p. 206.
2. Lebreton, *o. c.* Nota D.

atestiguada que γνωε̃, como lección primitiva de Lucas; está reproducida en casi la totalidad de los testimonios. Es necesario hacer notar finalmente que las dos formas se encuentran en los mismos autores. El hecho autoriza a pensar que, para estos autores, las dos formas eran equivalentes: que ἔγνω particularmente tomaba a sus ojos el sentido, no de un aoristo histórico, sino el de un perfecto, como οἶδα y *novi*."[1]

Pero, ¿tenemos ahí, verdaderamente, una palabra emanada de labios de Jesús? Este problema de AUTENTICIDAD REAL algunos, entre los cuales se cuentan Strauss y Loisy, lo resuelven negativamente.

A.) Considérese, dicen, el tono inspirado y el aire rimado del pasaje: ¿no indicaría acaso EL TRABAJO DE UN POETA CRISTIANO, HABLANDO EN NOMBRE DE CRISTO EN EL ESTILO DE LOS SALMOS Y DE LOS NEBIIM, Y QUE NOS OFRECE DE ESTE MODO UN PLAGIO DE LA ORACIÓN DEL CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO DEL ECLESIÁSTICO?— El Eclesiàstico, afirma Norden, el tratado Hermético "Poimandres" y nuestro logion (estas tres piezas celebran los beneficios de la gnosis que la revelación transmite a los iniciados), dependen, por otra parte, de una fuente común, en la cual se habla de los σωτῆρες orientales.

Pero, ¿qué hay de extraño en que el *tono* del Maestro se eleve aquí en acentos más subidos que de ordinario, por cuanto, en la contemplación del Padre celestial, "en esta misma hora, dice san Lucas, regocijóse bajo la influencia del Espíritu Santo...?" (X, 21. Cfr. los cánticos de Zacarías, de Ana, de la Virgen).

Y ¿cómo ha de haber nadie que sostenga que un discurso improvisado no se acomoda bien con el paralelis-

1. Just. Apolog. I, 63; Marcos, ap. Iren., Haeres., I, 20, 3; IV, 6, 1; Clem. Alex. Paed., I, 520, 9, 88, Strom., I, 28, 178; Protept., I, 10, 3; IV, 6, 1; Origen., Cont. Cels., II, 71; VI, 17; VII, 44; In Jo. I, 38; XIII, 24; XIX, 3; XX, 7; XXXII, 29; Athan., De Decret. Nic. syn. 12; Euseb., Demonstr. evang, IV, 3, 13; V, I, 25; Eccl. theol., I, 12; Alexand., Epist. ad Alexand., 12.

mo? Preciso fuera entonces suprimir el conjunto de los λόγια del Señor; porque no pocos siguen un ritmo de menos acentuado que el de la presente oración; y no proceden siempre, como ésta, de una inspiración profética que motiva el ritmo estrófico. (Cfr. Matth. VI, 19-23, VII, 7-8, VIII, 20, X, 24-42; Marc. IX, 41-49, X, 39-40, 42-45; Luc. VI, 39-45, XII, 22-2, XVI, 9-13, 15-18, etc.).

Y digámoslo más exactamente: NO EXISTE, PROPIAMENTE HABLANDO, PARENTESCO LITERARIO ENTRE EL SIRÁCIDA Y NUESTRO PASAJE, POR UNA PARTE Y POR OTRA, ENTRE EL SIRÁCIDA, EL LOGION JOÁNICO Y EL POIMANDRES, sino solamente cierta semejanza o reminiscencia del primero.[1]

El parecido no se da sino sobre uno o dos de los términos esenciales, más bien comunes y poco característicos:

Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la Tierra.	Yo te alabaré,[2] Dios, mi salvación, yo te enalteceré, Dios, mi Padre.[3]

Además, el motivo de la alabanza difiere totalmente

1. Heinrich, *Die Hermès-Mystik und das Neue Testament,* página 171, ss.). En cuanto a Poimandres, los misterios herméticos de que habla, constituyen el objeto de una disciplina arcana, de una enseñanza reservada a los solos iniciados; la doctrina de Jesús se dirige a todos, hasta a los niños, y, de hecho, son ellos los que la aceptan. Y Cristo no tiene el mismo lenguaje que el misto hermético comisionado por su dios para transmitir la gnosis; hace constar simplemente que la economía de la salvación es lo que ella es de parte de la voluntad todopoderosa del Padre. "La parte común a los dos términos de comparación, se reduce por tanto a una acción de gracias, enderezada a Dios, quien se revela a los hombres, por la intermediación del misto, por una parte, del Hijo, por la otra. Esto dista, pero mucho, para bastar que uno pueda establecer que un evangelio cristiano, escrito en arameo, dependa literariamente de la "Mystisch-theosophische-Litteratur" del Oriente!" Van Crombrugghe, *o. c.,* p. 16. Véase también pp. 5, 6 y 15. Cfr. Lagrange, *S. Matthieu,* p. 227... "Al final del primer capítulo del Poimandres, el revelador termina con una oración... Media una muy grande distancia entre este tono y la plena seguridad del Hijo en el Evangelio. Si existe ahí dependencia, ésta será todo un hecho en punto a Poimandres. Todo este tratado pone de manifiesto al exterior el conocimiento y el empleo de materiales del Génesis. No es posible fijar su fecha antes de 150 años después de Jesucristo, lejos de ver en él con Reitzenstein una obra del siglo anterior a Jesucristo. Es esto lo que concede en la actualidad Ed. Meyer, *Der Ursprung...* II, p. 377, corrigiendo, I, p. 280 s. s.".

2. Is. XII, I Dan. II, 23, Ps. IX, 2, XVIII, 50, LXXXVI, 12, CX, 1, etc.

3. Eccli. XXIII, 1, 4, Sab. XIV, 3 Is. L, XIII, 16, etc.

por parte del Salvador y por parte del Sirácida. En tanto que Jesús rinde gloria a Jahvé por haber manifestado a los humildes lo que había tenido encubierto a la sabiduría humana, éste canta su libramiento de un gran peligro.

Por consiguiente, estas palabras no han sido entresacadas de las del hijo de Sirach; expresan un recuerdo inconsciente, muy natural, a nuestro parecer, en el discurso espontáneo de un hombre piadoso, de un legado divino del Mesías profundamente nutrido con la lectura de las Escrituras...

B.) Hasta podemos probar directamente la autenticidad de estas palabras. Porque el logion presenta a la vez el carácter de semitismo y los aspectos doctrinales más familiares a Jesús.

El Evangelio es ahí acogido por los humildes: Cristo se complace en hacerlo constar en las bienaventuranzas, en las que exalta a los pobres de espíritu; cuando habla de la reducida grey, a la que el Padre ha dado el reino; finalmente, y al exigir de sus discípulos que sean semejantes a los pequeñuelos, si quieren, un día, formar parte de este reino.

Ahora bien, esta economía de la salvación es plenamente del agrado del Padre celestial: "Nolite timere, pusillus grex, dijo el Maestro en una ocasión, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum". (Luc. XII, 32.) La fórmula es rabínica: ha sido placentero ante ti, y el vocable ναί que la introduce, responde a ϰύο una palabra semítica.

Llevemos más adelante nuestro análisis. Sólo el Padre conoce al Hijo: así, después que Pedro confiesa al Hijo, Jesús no tarda en felicitarle por haber recibido una revelación del Padre (Matth. XVI, 15-3). Y sólo el Hijo conoce al Padre: ¿no tienen los liberales el dogma de la paternidad divina, revelado por Jesús, por la esencia del cristianismo, das Wesen des Christentums?

La invitación que sigue a las palabras "venite ad me omnes", evoca el recuerdo de la queja conmovedora del Salvador: "Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido congregar a tus hijos, como una gallina congrega a sus polluelos al amparo de sus alas, y no lo has querido..."

Además, san Pablo ha utilizado este texto hacia el año 50 (I Cor. I, 18-III, 1); en él considera y describe la interpretación que se le daba en su tiempo: el Espíritu revela el misterio divino, escudriña todas las cosas, aún las "profunda Dei". Los hebraísmos han desaparecido: en lugar de escribir οὕτως ἐγένετο εὐδοκία ἔμπροσθέν σου dice: εὐδόκησεν ὁ Θεός. Y si fuera menester aducir una tercera prueba de que el Apóstol no ha excavado la fuente, sino que ha bebido en ella, presentaríamos ésta: un logion de una tal originalidad y de un sello en tan alto grado particular no podría ser el resumen de especulaciones que el Apóstol desarrolla—junto con otras reflexiones—en un capítulo y medio.

—Estos testimonios implícitos y explícitos de Jesús acerca de su filiación y de su naturaleza divinas,

II

EL EVANGELIO BIOGRAFICO DE SAN MARCOS

nos los relata de una manera equivalente.

Recordemos que, desde los principios de su ministerio, Cristo provoca la atención de la muchedumbre y la atracción hacia su persona. Entabla una guerra con los demonios, una guerra sin tregua que les atormenta (Marc. I, 24,[1] Cfr. V. 5-7).[2] Ahora bien, es-

1. El demonio exclama: Sé quién tú eres, el Santo de Dios. "El título de Santo de Dios, que más tarde Pedro aplicará también a Jesús, era tal vez usado para designar al jefe del reino mesiánico, el Santo por excelencia, que iría al frente de un pueblo de santos: no se tienen pruebas de ello." Huby, *Saint Marc*, p. 31.

2. "Hay aquí una concepción de todo nueva del cometido del Mesías, y no es sin razón que no es llamado el Mesías, sino el Santo de Dios.

tas victorias tienen un sentido: el reinado de Dios, dice Holtzmann, progresa a medida que Satán retrocede; a cada paso que da hacia atrás el enemigo, corresponde un avance del reino de Dios. Los judíos lo saben: el vencedor del poder infernal será el instrumento del gobierno divino, el *Mesías de Israel;* y Jesús proclama ante ellos su misión: "Si con el dedo de Dios yo lanzo los demonios, ha llegado, pues, el reino de Dios" (Lucas XI, 20).

Mas Jesús descorre también un poco el velo que les encubre su ser misterioso. Antes de anunciar que su función aquí abajo comporta un servicio (Marc. X, 45), reivindica los derechos que posee para ser obedecido. Tan alta es su dignidad, su valor personal, tan grande es su prestigio, su causa se identifica tan sobremanera con la de Dios, que considera sin inquietud, como la cosa más natural, que los Apóstoles le sacrifiquen hermanos y hermanas, padre, madre o hijos, campos y casa (X, 29). Había ya dicho al pueblo: Aquél que querrà salvar su vida, la perderá, y aquél que perderá su vida por causa de mí y del Evangelio, la salvará (VIII, 35).—¿Quién puede ser, pues, este Cristo? Léase su parábola contra la calumnia de los escribas (III, 22-30). "Nadie, dice en el versículo 27, nadie puede entrar en la casa del Fuerte y arrebatar sus muebles, si antes no le encadena [1] y entonces saqueará su casa" (III, 27). Jesús se presenta, pues, como *un personaje mucho más poderoso que el príncipe de los infiernos,* al cual ha vencido y tiene a su merced.[2]

Según Is. (XXIV, 22, 35). las potencias celestiales malas debían ser encadenadas a la postre, y era sobrado natural atribuir este gran acto al Hijo del hombre después del juicio (Hen. LXIX, 27 y Testam. de los XII Patriarcas, Lev. XVIII, 12), mas ningún texto judío anterior al N. T. había considerado la carrera del Mesías como una lucha contra los espíritus del mal (contra Loisy). Hay aquí una hermosa oposición entre la Santidad, carácter primero de Jesús, y el primero de los espíritus impuros" (Lagrange, in *o. c.*

1. Esà era la opinión tradicional, que en el momento del reinado de Dios, los demonios serían encadenados (Is. XXIV, 22, Hen. X, 13, LIV, 4, etc.).

2. "Supongámonos un hombre fuerte, armado de pies a cabeza (Luc. XI, 21), que guarda la puerta de su morada. Evidentemente no

¿Será él un ángel? Al final del discurso escatológico, Jesús dice: "En cuanto al día o a la hora, nadie lo sabe, ni los ángeles en el cielo, *ni el Hijo*, sino solamente el Padre" (XIII, 32). Se coloca, pues, al desarrollar esa gradación ascendente, por encima de las criaturas angélicas, inmediatamente después de Dios, del que se proclama el Hijo, en sentido absoluto.

San Lucas ha omitido todo el pasaje; san Mateo, que lo produce, pasa por alto sin duda intencionadamente, las tres palabras subrayadas. De donde, si Marcos las inserta, es porque tenemos ahí una palabra auténtica del Señor. Ni él ni la primera generación cristiana habrían jamás creado una dificultad, de la que los otros dos sinópticos han visto, no habrían ciertamente atribuído al Maestro una confesión de ignorancia que parece desconcertante.

Necesario es, por otra parte, confesar que *el Cristo de san Marcos obra como si se moviera dentro del plan de Dios*. Los milagros que hace, los realiza con su propia autoridad, por una virtud personal (V, 30, VIII, 22, X, 46) de la que parece disponer a su guisa (XVI, 17). Los pecados, esa deuda contraída con el Padre celestial, los remite sin invocar un poder superior, hasta sin argüir una delegación, como si negociara con sus propios deudores y por el solo motivo de manifestar su imperio (II, 1-12).[1] Sostiene también ser el Se-

habrá sino otro más fuerte que él, que pueda entrar en su casa, atarle con fuertes ligaduras y saquear sus muebles. Satán es este fuerte que ha tomado posesión de los hombres. Sólo uno más fuerte que él puede arrebatarle lo conquistado. Tal es el espectáculo, del que los Escribas son testigos: Satanás es desalojado por uno más poderoso que él. Su vencedor no puede ser sino el instrumento del poder divino. Jesús no dice más, pero esta simple comparación era bien propia para despertar las reflexiones de sus oyentes." Huby, *o. c.*

1. Jesús no niega los derechos de Dios, los reivindica para sí; y autentiza su pretensión inaudita, obrando un milagro. Sin duda, Mateo (IX, 8) nos muestra, después del prodigio, a la multitud dando gracias a Dios, que había dado un tal poder a los hombres. Solamente que no es la actitud y la interpretación de los testigos lo que nos interesa aquí—testigos poco inclinados a considerar como Dios a un ser humano—, sino la afirmación y el sentir de Jesús. Y luego, que Mateo reemplaza frecuentemente el singular por el plural. Allí donde Lucas hace decir al tentador: manda a esta piedra que se convierta en pan (IV, 8), escribe: piedras (IV, 3). "Uno de los malhechores, refiere el tercer evan-

ñor del Sábado (III, 1-6, II, 23-28), se atribuye hasta el derecho de decretar a cada uno la recompensa y el castigo eternos (VIII, 38, XIII, 34). Empero dejemos ahí esos testimonios implícitos, por probatorios que sean. La parábola de los viñadores homicidas y no desagrade ello a los incrédulos, la escena famosa del Sanedrín, nos suministrarán declaraciones explícitas y formales.[1]

LOS VIÑADORES HOMICIDAS

"Un hombre plantó una viña, la rodeó con una valla, excavó en ella un lagar, fabricó una torre y confió su viña a ciertos viñadores; después partió para el extranjero. En el tiempo previsto envió a los viñadores un criado, con el fin de recibir una parte de los frutos de la viña. Mas habiéndose apoderado los viñadores de él, le apalearon y le despacharon con las manos vacías. Segunda vez, les envió otro criado, y a éste le descalabraron y le ultrajaron. Envió a otro; y a éste le mataron y maltrataron también a muchos otros, hiriéndoles y quitándoles la vida. Le quedaba alguien aún, un hijo predilecto. Lo envió también a ellos, diciendo: respetarán a mi hijo. Pero los viñadores dijéronse en-

gelista, le injuriaba. Pero el otro, reprendiéndole: ¿no temes tú a Dios?", XXIII, 39. Por parte del antiguo publicano, los ladrones no reparaban en los insultos.—En la "Revue Biblique" (1916, p. 7 s. s.), M. Levesque alega de este procedimiento literario tal cual ejemplos típicos, algunos de los cuáles conciernen a la Resurrección y explican, por lo menos parcialmente, las divergencias que existen entre los relatos.

1. "Si uno se fija desde el principio hasta el fin, diríase que se trata de tomar parte actualmente en pro o en contra de Jesús, o mejor de alistarse uno a sus órdenes, despreciando hasta la muerte: aquellos que vacilarán, serán confundidos cuando Jesús habrá triunfado. Mas, esta perspectiva de la muerte a sufrir, muerte que no amenaza a los discípulos sino por cuanto debe alcanzar ella al Maestro, basta para transportar al mesianismo a una esfera transcendente. Evidentemente no se trata de entrar por el favor todopoderoso de Jesús en un orden nuevo creado sobre la tierra por un prodigio estrepitoso. Cada uno deberá formar resueltamente al lado de Cristo y de su doctrina, y exponerse efectivamente hasta a la muerte. La recompensa está, por lo tanto, en el más allá. No se trata del reino de Israel, sino de los destinos de cada uno, de la vida eterna que es el todo del hombre. Cuando Jesús volverá, estará ya investido de la gloria de su Padre, de la que lanzará a aquellos que le habrán rechazado." Lagrange, in h. l.

tre sí: Este es el heredero. Venid, matémosle y será nuestra la heredad. Y cogiéndole, le mataron, y le arrojaron fuera de la viña. ¿Qué hará el Dueño de la viña? Vendrá, y hará perecer a los viñadores, y dará la viña a otros. No habéis leído ni una vez esta Escritura: La piedra que desecharon aquellos que edificaban, vino a ser la base del ángulo. Ella es la obra del Señor y es admirable ante nuestros ojos" (Marc. XII, 1-10).

La Autenticidad

de esta alegoría ha sido no poco combatida por Jülicher y su discípulo, M. Loisy. Si hubiéramos de creerles, LA PARÁBOLA, "escrito imaginario, tomado de los usos ordinarios de la vida y guardando una perfecta verosimilitud, para obtener de él por comparación una lección moral" sería primitiva; LA ALEGORÍA que, por el contrario, bajo el velo transparente de la figura, describe directamente el hecho real, destinada como está a ilustrarlo,[1] TENDRÍA SIEMPRE UN CARÁCTER REDACCIONAL: las primeras generaciones cristianas la habrían calcado sobre algún acontecimiento real, y luego le habrían mezclado con los dichos auténticos del Señor. Ciertamente es muy obscura, dicen esos mismos neocríticos, pero Jesús podía ciertamente esperar de sus oyentes la suficiente vivacidad de inteligencia y la buena voluntad que mueven a investigar, a hallar un sentido tan oculto y profundo.—Andando los días, M. Loisy ha concedido que "Jesús habría podido excepcionalmente predicar en alegoría;[2] mas el pasaje que nos ocupa, lo tiene aún por inauténtico, porque "alegoría y profecía representan la idea que la generación apostólica abrigaba acerca de la misión de Cristo: el Hijo

1. *Les Evangiles Synotiques,* t. II, p. 318.

2. El autor permanece, sin embargo, fiel a sus principios. "La fábula es un género claro como la comparación. La alegoría es un género misterioso como la metáfora. La comparación y la fábula convienen a una enseñanza popular. La alegoría conviene a la instrucción por el libro; ejercicio de sabio y de letrado, que se dirige a lectores provistos de alguna ciencia y de alguna literatura." *Les Evangiles Synoptiques,* t. I, p. 245.

de Dios enviado por el Padre, muerto por los jefes de la nación judía y glorificado en el cielo con su resurrección. Es el tema de los discursos que se atribuyen, en el libro de los Hechos, a los primeros predicadores cristianos." [1]

1. Si Jülicher y Loisy han logrado distinguir la parábola de la alegoría [2] mejor que sus predecesores, exageran sin embargo *la claridad de la primera y el aire misterioso de la segunda.* Prefiriéndola al lenguaje directo, los rabinos se servían de la parábola para acomodarse al gusto oriental, ávido, como es cosa sabida, de imágenes y de comparaciones. Ahora bien, el lenguaje figurado es obscuro: por esto no es recomendado por los filósofos; y cabalmente, el mâchal semítico no presenta a la luz sino un solo punto, un punto fundamental, dejando todo lo demás en la sombra.[3] Cuando tiene ella por objeto verdades sobrenaturales, inaccesibles por su naturaleza al espíritu humano, forzosamente el lado tenebroso se amplía.[4] Por otra parte, si la alegoría exige que el oyente rehaga por sí mismo las comparaciones, de donde se han originado las metáforas que la componen, este trabajo es accesible al pueblo, con tal que la analogía entre el símbolo y la idea significada sea corriente, sencilla y clara. "Tenemos la prueba de ello en las fábulas y en los cuentos simbólicos, que alcanzaron en la Edad Media un éxito considerable entre las clases populares".[5]

1. Ibid., p. 319.
2. Lagrange, *Revue Biblique,* 1909, p. 200. Durand, *o. c.,* página 227, ss.
3. "La parábola, dice el P. Lagrange, tiene esta doble propiedad: grabar indeleblemente el pensamiento en el espíritu que la sabe comprender a través de la imagen de que está revestida, y velarla a las miradas del oyente distraído o perezoso, cuyo espíritu no intenta penetrar el envoltorio de las palabras." Cfr. Godet, *Commentaire sur l'Ev. de S. Luc.,* t. I, p. 452. Tal es también el sentir de M. Fiebig (*Gleichnisreden Jesu,* p. 128), quien ha comprobado las aserciones de Jülicher.
4. "La comparación de suyo tiene de bueno la claridad, queda lo esencial, que es comprender su sentido doctrinal. Para desgajarla con precisión de la letra, en donde no se halla sino en el estado de sugestión, el oyente debería estar alerta con sus prejuicios, que fácilmente le arrastrarán lejos del pensamiento del parabolista." Durand, *o. c.,* p. 211.
5. Van Imschoot, *La parabole dans les Evangiles. Collationes Gandav.,* febr. 1920.

Ahora bien, esta observación parte por el eje la piedra angular del sistema liberal.

2. *No es posible, por otra parte, suprimir de los Evangelios, sin mutilarlos, todas las parábolas en donde hállanse mezclados algunos pormenores alegóricos* (Matth. V, 13-14, VII, 13, IX, 3, 38, X, 38, XVI, 18-24, XXIII, 25 et loc. parall.), *y sin querer poner en litigio esta verdad, admitida como indiscutible por los psicólogos,* a saber, que el orador, al ir desenvolviendo una parábola, puede tener el espíritu de tal manera ocupado por el segundo término de su comparación, que ya, en la descripción del primero, deje que se deslicen ciertos rasgos que no convienen sino a la idea enfocada y no al objeto con el cual se la compara. La historia de las bellas letras refuta fácilmente una tesis tan presuntuosa. Escritores del Antiguo Testamento, y, con ellos, seguidores de las escuelas rabínicas, lo mismo que autores profanos, han mezclado ambos géneros. Quintiliano, que hace constar el hecho, lo aprueba en estos términos: Illud vero longe speciosíssimum genus orationis, in quo trium permixta est gratia, similitudinis, allegoriae, translationie" (Inst. orat. VIII, VI, 49).[1]

3. Empero vengamos a los pormenores. *La historia acerca de la que estamos hablando, apenas contiene nada alegórico.* "La situación se desenvuelve, en suma, dentro de su línea propia, como si se tratara de una parábola, pero los términos son tomados de la tradición, en forma que vengan a constituir metáforas perfectas. Mientras Isaías tenía a la vista la viña, y sus frutos, Jesús pone de relieve las relaciones de los viñadores, no con la viña, sino con el propietario y con su hijo. No hay, pues, para qué insistir acerca de lo que caracteriza a la viña: la cerca, la torre, el lagar y los frutos. De suerte que la viña que puede ser arrendada

1. *D. A. F. C.* Fasc. XVII, Durand, *Paraboles de l'Evangile,* col. 1565. *Coll. Gand.,* febr. 1920, art. cit. de P. Van Imschoot. Cfr, Buzy, *Introduction aux paraboles,* pp. 121, 135, 148. Lagrange, *La parabole en dehors de l'Evangile. Rev. Biblique,* 1909, pp. 198 s. s. y 343 s. s.

a los otros, no presenta a Israel en sus destinos históricos nacionales, sino únicamente como el término de una acción bienhechora de Dios. Por último, no se dice tampoco que la viña será destruída o saqueada, ni cuáles serán los nuevos viñadores".[1]

4. Muchas pruebas positivas garantizan por lo demás la autenticidad de este pasaje. *Su presencia en los tres Sinópticos y su parentesco muy estrecho con el conjunto de las discusiones* que se originaron en los últimos días, entre el Maestro y sus adversarios, he ahí —y la mayor parte de los críticos, aún radicales, lo reconocen—un argumento de primer orden. Es inadmisible, en efecto, que Jesús no haya dejado entrever claramente a sus enemigos la enormidad del crimen que meditaban y sus consecuencias. Y además, si nuestra parábola no era un discurso auténtico del Salvador, si provenía de los discípulos, ¿puede creerse que acabara con una *perspectiva de afrenta y de muerte?* La resurrección sería anunciada allí, en glorioso desquite, y la vocación de los gentiles aparecería descrita con más cálidos colores. Se hablaría también de la reprobación de los judíos. Pero, no. Cristo distingue entre la multitud, aún adicta, y sus jefes. La viña, que la representa más o menos directamente, no es ni culpable, ni está amenazada.[2] — Pasemos ahora a

La interpretación

de esta pieza auténtica. Los oyentes, lo hemos dicho, comprendieron al punto las relaciones de esta parábola con las alegorías del Nuevo Testamento; y ¿cómo no podía menos de ocurrir así? Habían sido éstas tantas veces leídas y comentadas durante las asambleas de los sábados! La que nos ocupa resume, pues, la historia de Israel, LA VIÑA AMADA, y recuerda los bene-

1. Lagrange.
2. Compárese con Act. II, 22-23, III, 15: todos los Israelitas están allí acusados de homicidio.

ficios de su Dios: LOS SIERVOS que van a reivindicar los derechos del propietario, son evidentemente los profetas maltratados y muertos por los reyes y los jefes religiosos de la nación. Elías injuriado por Jezabel, Miqueas encarcelado por Acab, Eliseo amenazado por Joram, Zacarías apedreado por orden de Joas, Jeremías apedreado por sus compatriotas en Egipto, Isaías aserrado con una sierra de madera según la tradición judía. En cuanto a PERVERSOS VIÑADORES, simbolizan a los sumos sacerdotes, a los fariseos, a los escribas, que rodean al narrador: ninguno de ellos la ha comprendido; Marcos (V, 12), Mateo (XXI, 45), Lucas (XX, 19), lo atestiguan formalmente. Bajo los rasgos de EL HEREDERO, a quien estos miserables se preparan a expulsarle de su heredad y a darle muerte fuera de su viña, se reconoce al Mesías. Su suplicio llegará a provocar la cólera divina: la viña no quedará más en manos de los jefes del pueblo de Israel.[1]

Mas he ahí lo que más importa: la parábola atribuye al Hijo caracteres excepcionales: es único, comparado con los criados, es el predilecto υἷον ἀγαπητόν. Ahora bien, en el griego profano y en los Setenta, el adjetivo "predilecto" unido a παῖς o a υιός, designa casi siempre un hijo único; y la lengua neotestamentaria le emplea, con mucha mayor expresión aún, en el mismo sentido que el "monógeno" de san Juan (III, 16).[2] Entre Jesús y los antiguos profetas, media a partir de ahí la distancia que existe entre los criados y el niño, el heredero, participante de los derechos paternos.

La dignidad mesiánica ¿podría de por sí abrir un tal abismo? "Esta dignidad habría convertido a Jesús, dice Lepin, y su respuesta a esta cuestión capital nos

1. "Podía parecer poco natural de parte de un padre humano, enviar su hijo a arrendadores que han tratado cruelmente a una serie de criados y exponer a la muerte a su único heredero. Transpuesto en la historia de la salvación, el rasgo señala la extraordinaria bondad de Dios, entregando a su Hijo a la muerte para salvar a los hombres. La inverosimilitud no hace sino que destaque mejor la benignidad del Padre celestial: Dios ha amado de tal modo al mundo que le ha dado a su Hijo único." Durand in *o. c.*

2. Lebreton, *o. c.*, p. 244, n. 2.

parece decisiva, en el mayor de los profetas o en el profeta por excelencia; no habría establecido, parece, entre él y los profetas antiguos una diferencia esencial, una distinción de naturaleza, como la que existe entre meros criados y el hijo del padre de familia. El lenguaje del Salvador no se entiende bien, si Jesús no tiene conciencia de ser más que un hombre, más que un profeta; ese mismo lenguaje no se comprende, si el Salvador no mantiene con Dios relaciones, no ya sencillamente más íntimas en el mismo orden humano y creado, sino de una naturaleza superior y transcendente, o sea, relaciones de verdadero *Hijo de Dios por naturaleza*, mientras que los mayores profetas no han sido sino extranjeros y servidores" (cfr. Matth. XXII, 2).

EL INTERROGATORIO DE CAIFAS

...De nuevo, el sumo sacerdote le interrogó, y le dijo: "¿Eres tú el Cristo, el Hijo del (Dios) bendito?" Jesús dijo: "Yo lo soy. Y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder (de la Majestad de Dios) y rodeado de las nubes del cielo". Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y dijo: "¿Qué necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia: ¿qué os parece?" Y todos le condenaron, declarando que había merecido la muerte (Marc. XIV, 61-64).

—M. Loisy, para combatir la

Autenticidad

de esta historia, propone una razón sorprendente. Un solo proceso, según él, habría verdaderamente tenido lugar: el que se verificó en presencia de Pilato. Ahora bien, importaba a la religión nueva, ya esparcida a través del Imperio, que su fundador no apareciera condenado por una sentencia justa de un magistrado romano; por otra parte, era cosa delicada acusar de prevaricación al procurador mismo, y no se podía, sin

embargo, negar que había pronunciado contra el Maestro la pena de muerte. ¿Qué hacer? La primera generación cristiana tuvo la idea de TRANSPORTAR DE PILATO SOBRE LOS ACUSADORES Y LOS DENUNCIADORES, adversarios del cristianismo naciente, detestados los mismos en el mundo pagano, la responsabilidad entera del juicio entablado contra Cristo: "a este fin, se habrá supuesto todo el proceso en presencia de Caifás, con la sentencia capital que el gobernador sólo habría de confirmar".[1]

Empero, ¿dónde los Evangelios disculpan a Pilato, como si no hubiera tenido más que ratificar el juicio fatal? Al afirmarlo, se traspone casi insensiblemente el texto. Loisy concede, por lo demás, que los Sanedritas tuvieron una sesión privada, por la mañana, para preparar la denuncia, el concierto preliminar entre los acusadores y sus falsos testigos: es igualmente posible, dice, que Caifás haya entonces interrogado al Salvador y que le haya dejado maltratar por su servidumbre.[2] "Y ¿se quiere, prorrumpe el P. Lagrange, que no le haya interrogado acerca del punto sobre el que gira toda la cuestión, acerca del mesianismo? ¿O bien que la asamblea, reunida para tomar una decisión, no se haya pronunciado acerca de la culpabilidad del acusado? No se estila, entre historiadores críticos, tratar con semejante desenvoltura (fuentes de primer orden y a los benévolos lectores". Por lo demás, ¡qué *inverosimilitud* la impolítica de los primeros cristianos, calumniando a los judíos a este respecto, a los judíos, sus compatriotas y antiguos correligionarios! Y ¿qué *candorosidad* les fascinaba, para querer, en tiempo de Calígula, o bajo el imperio de Claudio o de Nerón, disculpar a un funcionario de Tiberio, a un funcionario muerto en desgracia? Con toda seguridad, la objeción es tan fútil que no merece que nos detengamos más en ella; y firmemente persuadidos y poseedores de la

1. *Evang. Synop.*, t. II, p. 610.
2. Ibid., p. 599.

autenticidad del texto, podemos en el terreno de los hechos poner en claro su significado propio.

SIGNIFICACIÓN

Tres cosas se han de dilucidar aquí: las palabras de Jesús, la cuestión y la actitud del pontífice y la sentencia promulgada.

Si Jesús declara sin ambages, a la luz del sol, que El es el Mesías, da también a entender que su carácter mesiánico está muy por encima en muy alto grado de las concepciones populares: se halla investido de un cometido divino. Desde luego, describe una visión: sentado a la diestra de Dios (ἡ δύναμι =Jahvé), vedle ahí que se levanta y se presenta en medio de las nubes del cielo. Ello es una alusión a la célebre profecía danielica (VII, 13), pero un elemento nuevo la enriquece. Daniel había hablado de tronos, sin decir si el Hijo del hombre se sentaría en ellos.[1] Jesús lo afirma; y, de un golpe se coloca en el mismo rango que la divinidad, porque el sentarse a la diestra del padre, según el testimonio de las lenguas orientales, pertenece sólo al hijo y al heredero legítimo. Ahora bien, Cristo es el Hijo de Dios. Para reforzar sus palabras, emplea el mismo salmo por el que, dos días antes, resolvía la controversia acerca de la filiación davídica. Sus interlocutores, siendo los mismos, sacerdotes y escribas, no pueden, pues, menos de comprenderlo, tanto más cuanto que este recuerdo reaviva en ellos, viñadores homicidas,

1. Lagrange, in *o. c.* "En Daniel VII, 9, se hablaba de tronos, antes de la aparición misteriosa de aquel que es "como un Hijo de hombre" y era una cuestión que se planteaba entre los Judíos la de saber si—estando destinado uno de esos tronos para Dios—estaba algún otro reservado al Mesías para sentarse al lado de él. Sábese que R. Aquiba no vaciló en responder afirmativamente. Pero José el Galileo le responde con dureza: "Aquiba, ¿hasta cuándo profanarás tú la gloria?" El término "veréis" no significa siempre "veréis con vuestros ojos" (cfr. Dt. XXVIII, 10, Is. XI, VIII, 11, Is. t. XXXVIII, 49)... Seguro de cuanto Dios le reserva, Jesús da cita a sus jueces, no les pone en presencia del tribunal de Dios, mas les declara que serán obligados a reconocer su gloria y su rango único al lado mismo de Dios." Lagrange, *L'Avenement du Fils de l'Homme. Rev. Biblique,* oct. 1906, p. 571.

el escozor de las verdades amargas con que han sido acribillados. Por lo mismo que no quieren actualmente reconocer al Mesías, se verán constreñidos a confesarle un día, cuando le verán en su gloria.

Caifás interroga, sin duda, como lo refiere san Lucas: "dinos si tú eres el Cristo"—y, después que Jesús ha hablado de su gloria, añade el mismo Caifás: "¿tú eres, pues, el Hijo de Dios?"[1] Coléricos, respirando venganza, sus sacerdotes habíanle evidentemente referido las discusiones de los últimos días. Se puede creer, por lo tanto, que quiere darse perfecta cuenta de las pretensiones mesiánicas de Jesús tal como acababan de ser emitidas por él, y que sus adheridos comprendían y se complacían en sostener. De otro modo, ¿habría el pontífice escogido, para llevar adelante sus investigaciones, un título que los Rabinos no daban jamás al Mesías, y que se hallaba, en una forma atenuada y a modo de imitación del Ps. II, 7, en la sola literatura apocalíptica? Si, por una parte, este título es mucho más que una aposición a la palabra: Cristo,[2] por otra, la acusación de blasfemia que estalla a su aceptación prueba que no se trata en modo alguno de una filiación adoptiva, sino real, porque los Hijos de Dios en el sentido amplio eran numerosos en Israel.[3]

1. "Cuando menos podríase suponer que tomó el título de Mesías sin reivindicar en favor suyo la cualidad de Hijo de Dios. Preciso era, por lo tanto, desde luego, preguntar al acusado si tomaba el título de Mesías. Jesús responde afirmativamente, y en forma de dar a comprender que este Mesías debe sentarse en el solio de Dios, en la misma jerarquía que él. Ello era, dentro de las ideas de los Rabinos, una profanación formal de su gloria, lo era el decirse igual a Dios. La cuestión siguiente del sumo sacerdote no podía ser: ¿Tú eres, pues, Dios?, lo que hubiera parecido una blasfemia, sino ésta, empleando una expresión mitigada: ¿Tú eres, por lo tanto, el Hijo de Dios?

Ahora bien, sabíase ya, por la primera respuesta, que este término no podía ser ya interpretado benignamente en el sentido de un hombre caro a Dios. Al punto que Jesús ha respuesto afirmativamente, su causa queda comprendida. Es difícil admitir que Lucas, sin otra fuente que Marcos, haya restituído de por sí mismo un orden tan verosímil. La verosimilitud es aquí una garantía de lo verdadero. Lucas sigue la tradición más exacta; los otros se lo han propuesto." Lagrange, art. citado.

2. Por no nombrar a Dios, Caifás pronuncia: Hijo del Bendito, siguiendo la analogía de la fórmula ordinaria: "el santo, bendito sea".

3. "¿Dónde, pues, está la blasfemia de Jesús cuando pretende este título? Ello está, según Holtzmann, en que, en su situación miserable,

La SENTENCIA que, finalmente, corona el drama, viene a corroborar más y más nuestras conclusiones. No, el Sanedrín no considera a la verdad a Jesús como un Mesías ordinario. En este caso, habríale demandado, como a Bar-Koziba y a Teudas, alguna señal maravillosa y, de no darse el signo o fenómeno esperado, habría castigado al falso profeta con la pena debida a los revolucionarios. Nada de ello ocurre aquí. Con nuestras de santa cólera, Caifás cumple el rito que la ley prescribe al sumo sacerdote cuando se blasfema en su presencia, ase la parte superior de sus vestiduras y las rasga. En nombre del principio religioso que enuncia el Levítico (XXIV, 16): "aquél que blasfemará el nombre de Jahvé, será castigado de muerte", los jueces declaran que Jesús merece la pena capital.

"Un día, escribe el abate Fremont, para hacerme perfectamente cargo de la razón por la cual la Sinagoga había condenado a Jesús, fuí a visitar a algunos rabinos de París. Me acogieron con entera benevolencia y cortesía. Y todos me *repitieron* que sus padres del Sanedrín de Jerusalén habían debido condenar a Jesús de Nazaret, porque en vez de libertar a su pueblo, como el Mesías verdadero debía hacerlo, había ido en su camino hasta llegar a violar el monoteísmo teológico y legal, declarándose Hijo de Dios y usurpando de ese modo la majestad divina". El autor de los "Deicides", Cohen, y Weil, cuya obra "Le Judaisme, ses dogmes, sa mission", es clásica en los consistorios judíos, comparten este parecer.[1]

Estas relaciones íntimas, transcendentes de Cristo con Dios, que establecen la biografía de Marcos y los Logia, constan también en las fuentes especiales, en las que

decirse el Mesías es ultrajar a la nación, y hasta blasfemar de Dios. La razón es insuficiente, porque los rabinos, por lo menos en la época siguiente, admitieron muy bien que el Mesías llevara desde luego una existencia obscura (cfr. *Le Messianisme...* 21 ss.) y Jesús, ayer rodeado de una multitud que le aclamaba, podía de nuevo ser impuesto en el trono por el favor popular." Lagrange.

1. *Lettres à l'abbé Loisy*, pp. 26, 19, 29.

san Lucas y nuestro Mateo griego se habrían, dícese, documentado. Mas, por lo mismo que la teología liberal no les concede un valor igual, vamos solamente a indicar alguno de estos testimonios, sin pararnos en la defensa de la autenticidad de los textos.

III

LAS FUENTES ESPECIALES

Comentemos brevemente la respuesta de Jesús dada a los cariñosos reproches de su madre, la historia de la mujer pecadora, las palabras pronunciadas por Pedro en Cesarea, así como también ciertas descripciones del juicio final.

LA RESPUESTA A MARÍA[1]

"Hijo mío, dícele María a Jesús en el Templo, después de tres días de haberle perdido: ¿por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo te buscábamos completamente afligidos. Y él respondióles: ¿Cómo es que me buscabais? No sabíais que es menester que me ocupe en las cosas de mi Padre.[2] Mas ellos no comprendieron lo que él decía"[3] (Luc. II, 48-50).

Si Jesús no precisa nada de una manera huma-

1. Consúltese acerca del valor documental del Evangelio de la infancia, la obra conocida del Padre Durand y los comentarios ya citados.

2. Según el sentir de los Padres..., Jesús responde sonriendo que se debía en verdad contar con hallarle en las cosas de su Padre... La palabra parece menos profunda, pero conviene mejor a un hijo. Lo que por otra parte importa más, es que Jesús nombra Dios a su Padre en un sentido especial, oponiendo esta paternidad a la que se le atribuía comúnmente. El hijo supone que sus padres conocían estas relaciones misteriosas. Sabiendo quién es mi Padre, ¿no sabíais dónde me debíais encontrar?" Lagrange, in *o. c.*

3. "Tal vez, sin embargo, Lucas no habría escrito esta frase, si no hubiera recogido la expresión de boca de María. En el momento en que la Madre de Jesús traía a la memoria de los primeros cristianos los recuerdos que había ella conservado en su corazón, podía perfectamente decir que, en aquellos primeros y venturosos tiempos, no había ella comprendido todo lo que llevaban consigo la naturaleza y la misión de su Hijo. ¿Por qué había debido separarse de ellos para estar en las cosas de su Padre? Primer dolor impuesto a la Madre, que presagiaba otros por cierto." Lagrange, in *o. c.*

na o racionalmente inteligible, como el último versículo del texto lo prueba, sienta, sin embargo, como un hecho, por una singular antítesis, que es más que un hijo de hombre, que es verdaderametne el Hijo de Dios. Y no en el sentido metafórico; porque la filiación divina adoptiva ¿excusa a un niño de extraviarse en el camino y de haber dejado a sus padres para mejor entregarse a los negocios celestiales o para detenerse en el Templo? Mientras que, en desquite una filiación transcendente explica que todo lo que hace el Hijo de Dios o lo que le acontece, debe ser reconocido conforme a la voluntad de lo alto. El verbo griego δεῖ = oportet, lo insinúa vigorosamente; consigna la necesidad ineludible que se impone a José y a María (Cfr. Matth. XVI, 21, XXVI, 34, Marc. VIII, 31, Luc. IV, 43, IX, 32, XVII, 25, XXII, 37, XXIV, 7, 44).

La historia de la pecadora

"Una mujer que llevaba en la ciudad una vida desarreglada habiendo sabido que (Jesús) se había sentado a la mesa en la casa de un fariseo, llevó un vaso de alabastro lleno de perfume; y estando detrás de él, a sus pies, arrasada en llanto, comenzó a regarlos con sus lágrimas y a enjugarlos con los cabellos, y los besaba y ungía de perfume... Y Jesús, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ...yo te lo declaro, sus numerosos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho... Después dijo a la mujer: tus pecados te son perdonados. Y los convidados empezaron a decir entre sí: ¿Qué hombre es éste que llega hasta a perdonar los pecados? Y Jesús dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; vete en paz" (Luc. VI, 36-50).

El humilde y religioso profeta de Nazaret no invoca para con la pecadora un poder que le habría sido dado; *se atribuye personalmente una prerrogativa divina,* la de remitir las ofensas hechas a Dios mismo, y se sirve de ella.

Llega hasta a substituirse al Padre celestial. Las relaciones que el hombre mantiene con él son capaces de transformar un pecador en un justo, así como la indiferencia o la hostilidad para con él conducen al alma derechamente a los castigos eternos (Matth. VII, 24-37, X, 15-32-33).

LA CONFESIÓN DE CESAREA

Si se estudia el texto célebre de san Mateo XVI, 16, ya citado en otro lugar,[1] y más completo que el de los otros Sinópticos—sin duda porque "engloba" dos aclamaciones diferentes—, uno se convence de que Pedro ha debido descubrir en Jesús *la filiación divina* en el sentido absoluto. Testigo de las comparaciones establecidas por el Maestro entre su persona y los mayores personajes conocidos; oyente admirado de las substituciones que había osado hacer de sí mismo con Jahvé, legislador y juez; teniendo ante los ojos una emocionante eflorescencia de milagros, en los oídos las fórmulas inauditas de perdón tantas veces otorgado a los pecadores; siendo uno de los Apóstoles que se preguntaban poco antes con estupor, quién era el hombre que mandaba a la mar y a los vientos, o que caídos de hinojos a los pies de Cristo caminando sobre las olas, exclamaban: ¡Tú eres verdaderamente el hijo de Dios! Pedro sabía ciertamente desde cierto tiempo que Jesús era el Mesías, y la confesión de su convencimiento, común al colegio apostólico, no hubiera merecido tantos elogios. Para ello, no le era menester la luz de lo alto. Ahora bien, el Salvador declara que este conocimiento no proviene de trabajo psicológico alguno—dentro de la concepción judía, la carne y la sangre son los dos elementos que constituyen la naturaleza humana—sino de una gran revelación. No hay ahí nada de un entusiasmo nacionalista o de una exaltación apocalíptica; es una fe religiosa la que allí estalla, una fe que ve en Jesús,

1. *La Iglesia de Jesús.*

de una manera implícita tal vez pero segura, lo que Jesús tenía consciencia de ser y lo que se esforzaba en revelar:[1] el propio hijo de Dios.

El juicio

Según la concepción recibida comúnmente en el judaísmo, el juicio pertenece a Dios. El Mesías no aparece jamás como juez, salvo en el libro de las parábolas de Enoch, pero en donde no aparece como único juez del juicio universal; en todos los demás libros Dios es el juez, este derecho se lo reserva celosamente: del propio modo que ha creado solo y sin intermediario, así también juzgará solo y sin intermediario.

En estas condiciones, es muy digno de ser consignado que el Evangelio atribuye el juicio a Cristo.[2] "...Señor, ¿no habrá sino un pequeño número de elegidos?... El les responde: Esforzaos por entrar por la puerta estrecha... Porque muchos, yo os lo digo, querrán entrar y no podrán. Cuando el padre de familia se habrá levantado y habrá cerrado la puerta, si estáis afuera, y empezáis a llamar, diciendo: ¡Señor, Señor, ábrenos!, él responderá: No sé de donde sois. Entonces diréis: Hemos comido y bebido delante de ti, y tú diste tus enseñanzas en nuestras plazas públicas. Y él os responderá: Yo os lo digo, no sé de donde sois, apartaos de mí, vosotros todos, artífices de iniquidad. Entonces empezará el llanto y el rechinar de los dientes, cuando veréis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas,

1. Lebreton, *o. c.*, p. 231.
2. Lebreton, *o. c.*, pp. 238-239. "Ciertos críticos no quieren reconocerle sino un cometido de testigo privilegiado, que atestiguaría en presencia de su Padre la actitud de los hombres a su respecto, les confesaría por suyos o los negaría; los pasajes en donde aparece como juez no serían sino glosas redaccionales, imputables a S. Mateo. Esta hipótesis es insostenible: movería a borrar no solamente en S. Mateo, sino en los tres sinópticos, todas aquellas parábolas convergentes que comparan el segundo advenimiento del Hijo a la venida de un ladrón, al retorno inopinado de un dueño de casa, a un golpe de red echado sobre el mundo; es el mismo Maestro quien ahora advierte a sus discípulos, y quien, en el día supremo, vendrá como un juez a sorprenderles."

en el reino de Dios, y que vosotros seréis arrojados fuera." (Luc., XIII, 23-28.)

Este cuadro corresponde a este otro de Marcos, XIII, 26-27: "Se verá al Hijo del hombre venir en las nubes con mucho poder y gloria.[1] Y entonces enviará a los ángeles, y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos..." Aquí la comunidad celestial se compone aún de aquellos que en el versículo 23 han sido elegidos por Cristo. En Mateo él reune todas las naciones y las coloca a la derecha o a la izquierda, según la misericordia o la dureza que hubieren tenido con respecto a los discípulos (Matth., XXV, 31-46.)

Así, pues, bien sea que consultemos las FUENTES ESPECIALES, cuya aportación los hipercríticos pretenden discernir en el Evangelio, o que nuestras miradas se fijen en los DOCUMENTOS MÁS ANTIGUOS que, según ellos, lo componen: los Logia y la biografía de Marcos, siempre y de todos modos, **en sus acciones o con sus palabras Cristo reivindica para sí poderes y privilegios divinos.** Las tres realidades santas e inviolables, de las que los judíos se enorgullecían, desde hacía siglos: La Ley, el Templo y Jahvé, hemos visto ya cómo El las considera y las trata.

En el Templo, procede como si fuera el Señor y el Maestro; predice el abandono y la ruina del mismo Templo. La interpretación que da de la Ley no es la tradicional; los Escribas reconocen encolerizados que ella contradice a la suya. En cuanto a Jahvé, Jesús se proclama su Hijo en sentido absoluto, y manifiesta formalmente que participa de la naturaleza divina. [2]

* * *

1. "El advenimiento del Hijo del hombre está descrito en los términos de la célebre visión de Daniel, salvo que la aparición no es más "como de un hijo de hombre", que permanecería asaz enigmática: Jesús ha arrancado el velo misterioso que envolvía al personaje contemplado por Daniel. Es El quien aparecerá en medio de gran poderío y gloria." Huby, *Ev. selon S. Marc.*, p. 313.
2. Cfr. *Ons Geloof*, 1922 y 1924, los art. de M. Bellon.

TENEMOS, PUES, LA PRUEBA, LA PRUEBA POSITIVA, DE QUE LA CRISTOLOGIA DE LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS NO LES VIENE EN SU FONDO NI DEL ENTUSIASMO, NI DEL TRABAJO ESPECULATIVO, NI DE LA INFLUENCIA QUE SAN PABLO HAYA PODIDO TENER SOBRE ELLAS: ES JESUS, EL MISMO JESUS, QUIEN LO HA ENSEÑADO A SUS OYENTES, Y LOS APOSTOLES NO HAN HECHO MAS QUE TRANSMITIRLA Y COMENTARLA FIELMENTE

Mas este testimonio de Cristo merece que se le estudie bajo todos sus aspectos. Sometámosle al examen de nuestra humilde razón.

CAPITULO TERCERO

Las Garantías de mi Razón

El problema no está del todo resuelto aún en toda la línea. Por una parte, queda por probar que hasta los documentos más antiguos no sufrieron retoques tendenciosos, y que nada, en las acciones o en las palabras de Cristo consignadas más arriba, nada irroga un feo a las excelencias que los mismos atribuyen; y por otro lado, después de haber inquirido por qué caminos Jesús ha podido alcanzar la certeza de que era Dios, deberemos, para concluir, determinar el exacto valor de su testimonio.

I

LA HISTORICIDAD DE LOS TEXTOS

Raros son los críticos que han concebido algunas dudas acerca de

LA PUREZA DE LAS FUENTES ORIGINALES

que hemos consultado.

I.) 1. Hablando en rigor, un FALSARIO habría podido mezclar entre la colección de los Logia una u otra declaración cristológica, y he aquí por qué hemos comprobado con esmero la autenticidad de cada una. Pero *¿podia* solamente retocar, por ejemplo, los textos tan numerosos en los que Jesús distingue de una manera tan marcada su filiación divina y la nuestra? Supongámoslo contra toda verosimilitud: ¿hubiera indicado al componer sus sentencias y sus discursos, esos matices

que pasan por alto al hombre vulgar y cuyo alcance sólo los espíritus sutiles y finos llegan a percibir?

2. No se invoque tampoco, para explicar el fenómeno, un hábil procedimiento de escritor: este fenómeno *es común a las cuatro fuentes,* de donde los adversarios hacen derivar los Sinópticos, a los Logia que hemos citado, a Marcos (XI, 25; VIII, 38; VIII, 32), a los "Quellen" especiales de Lucas (II, 49; VII, 32) y de Mateo (V, 16; VI, 8; VII, 50; XV, 13; XVI, 17; XVIII, 10, 35; XX, 23; XXVI, 29, 39, 42, 53).

II. Reconozcamos antes bien que tenemos ahí LAS PALABRAS AUTÉNTICAS DEL MAESTRO, que encajan excelentemente con la historia evangélica entera. So pena de negarla, de asignar a estas páginas sublimes un inventor más asombroso que el héroe que ellas describen, se debe confesar que Cristo mandaba a los demonios, cuando sobre todo pretendían descubrir a los hombres el secreto de su personalidad transcendental (Marc., I, 24-25; III, 11-12. Los ángeles se ponían a su servicio (Matth., 26-27). Aceptaba los homenajes específicamente religiosos (Matth., XIV, 38; Marc., V, 6) y lo hemos indicado ya de paso, exigía para con él mismo un tal respeto y un tal amor que el deber filial o el interés particular eran sacrificados (Matth., X, 12-42; XX, 28; Marc., 29-30). Perdonaba también los pecados, alguna vez sin otro motivo que la viva afección del pecador a su persona (Marc., II, 1-12, Luc., VII, 47). Llegaba hasta reglamentar la observancia de la Ley— esta ley que Israel había casi divinizado, y a la cual no pocos afectaban creer que Dios mismo se sometía (Matth., V, 21-22, 27-38, 43-44).[1]

Ahora bien, tal manera de hablar y de obrar supone

1 Los Judíos se representaban a Jahvé diciendo su oración cotidiana, purificándose después de haber sepultado a Moisés, etc. Cfr. Lebreton, *o. c.*

e implica en el Mesías poderes, privilegios y atributos verdaderamente divinos; *equivale a la confesión implícita de su divinidad.*

Siempre, so pena de suprimir el Evangelio, es necesario reconocerlo: el odio de los Fariseos y de los Escribas se desenvuelve a medida que las declaraciones de Cristo ganan en precisión, *la evolución de ese odio se explica sobre todo por la progresión de aquellas precisiones.* Después de la curación del paralítico, con gran sorpresa e indignación exclaman: "¡Blasfema! ¿Quién puede remitir los pecados? Dios solo" (Marc. II, 7, Matth. IX, 3). Más adelante, cuando Jesús afirma que es Señor del Sábado, conspirarán para perderle (Marc. III, 6, Matth. VII, 14, Luc. VI, 11) y él deberá alejarse un momento (Matth. VII, 15). Al día siguiente de la confesión de Cesarea, la lucha vuelve a comenzar (Matth. XVI, 16-19). La controversia en el Templo y la expulsión de los mercaderes la exasperan (Matth. XXI) y se convertirá en furiosa y frenética, después que la alegoría de los viñadores homicidas (Marc. XII, 1-12, Matth. 33-46) y el comentario del salmo CX habrán manifestado claramente las pretensiones del Salvador a la dignidad de Hijo de Dios. La lucha llega a su colmo, cuando Jesús pronuncia en presencia del Sanedrín lo que se ha justamente llamado la palabra decisiva (Matth. XXVI, 63-66, Luc. XX, 70-71). Ya hemos explicado el significado de esta palabra. Ahora bien, el pueblo no la ha comprendido de otra suerte que el tribunal de los Sanedritas: "Si Dios le ama, que le libre ahora; porque él ha dicho: yo soy el Hijo de Dios" (Matth. XXVII, 43); y se conservó como un eco de esta insultante mofa en la frase célebre de Abbahu (Thaanith, 65b): "Si alguien dice: yo soy Dios, miente; si dice: yo soy el Hijo del Hombre, se arrepentirá; o bien: me remontaré al cielo, lo promete, pero no lo hará".

A vista de todo lo cual, los principales defensores de la teología liberal deben confesar que a los ojos de

Marcos, de Mateo y de Lucas, Jesús no es solamente el Mesías del pueblo judío, sino el Hijo eterno de Dios, de una esencia igual a aquel que conoce y propone san Juan, aunque no le den tanto relieve. Esta convicción, lo repetiremos una vez más, la han bebido en todas sus fuentes; aun en aquellas que no pueden, siendo como son tan antiguas, reflejan el trabajo de idealización progresiva que invocan los adversarios y cuya inexistencia hemos demostrado en otra parte.

Después de todo lo cual, sin duda, se puede negar que Jesucristo sea Dios; es cuestión de fe. Pero

Negar que El se haya llamado Dios es imposible

pues es una cuestión de buena fe. El hecho material de Jesucristo que se manifiesta Dios, está atestiguado por todos, por aquellos que le han blasfemado como por aquellos que le han adorado. Nada hay que en mejores cimientos descanse, que esté mejor consignado en la historia. Hasta se da ahí una evidencia que falta en las vidas de Alejandro y de César, por no citar sino las más conocidas entre los hombres, porque estos conquistadores no han tenido apenas sino partidarios o compatriotas para referirnos sus conversaciones, mientras que las palabras de Jesucristo nos han sido transmitidas, casi inmediatamente, por amigos y enemigos.

Se puede, es verdad, negar que Jesucristo sea Dios; es una cuestión de fe, no lo ignoramos; pero, sin embargo, le es permitido al apologista abarcar la cuestión y resolverla, más de cerca, sentando ya de buen principio que

NADA EN EL EVANGELIO CONTRADICE NUESTROS TEXTOS

Algunos pasajes parecen con todo desfavorecer un

tanto las pretensiones inauditas de Jesús, porque hacen sospechar, a primera vista, bien de su poder, bien de su ciencia, o de su bondad. Hemos hablado ya de los del primer grupo. Hemos igualmente citado el pasaje en el que EL MAESTRO CONFIESA NO CONOCER LA FECHA DEL JUICIO, pero preciso es aún interpretarlo desde el punto de vista que nos ocupa.

El conocimiento que el Hijo de Dios tenía de su Padre (Matth. XI, 27; Luc. X, 21-22), ¿no excluye *a priori* la hipótesis de que Cristo haya podido ignorar una cosa de semejante importancia? *Y la descripción precisa que hace del cataclismo final* refuerza nuestra convicción acerca de este punto (Marc. XII, Matth. XXIV-XXV, Luc. XXI, 5-36). Entonces, ¿qué puede significar adecuadamente aquella palabra restrictiva? Si se tiene en cuenta que el término de Padre indica a Dios como inaccesible, oculto (Joan I, 18), y comunicándose con los hombres por medio del Hijo, se dirá simplemente con verosimilitud que Jesús no sabe estas cosas con ciencia comunicable; [1] o sea, no es oficio del Hijo el comunicarlo (cfr. Act. I, 7).

1. "Esta solución, escribe el P. Lagrange, no da una plena luz al análisis racional; lo que permanece en plena evidencia es asimismo lo que nos es más útil, la certeza de que el secreto no será revelado, y que debemos siempre estar preparados." La respuesta teológica satisface mejor al espíritu: en relación con ciertos objetos, la ignorancia puede ser en Jesús, en su humanidad, la consecuencia de un renunciamiento voluntario. Cfr. Lebreton, *o. c.*, pp. 447-469, y Huby, in *oc. c.* — Para comprender en qué sentido el Hijo podía atribuir al Padre solo el secreto del último día, preciso es considerar en cuán alto grado en el Evangelio Jesús gusta de recordar su dependencia con relación a su Padre, con qué infinita complacencia el Hijo recibe todo del Padre, cómo el Padre le comunica todo con un amor inefable. Cuando durante su ministerio, discípulos o gente ajena apelan a su poder y a su bondad, Jesús, en más de un encuentro, les invita a remontarse hasta el Padre, fuente de todo poder y de todo bien. Así reserva al Padre disponer las plazas en el Reino de los cielos, no que el Hijo no posea este mismo poder—el Padre le ha todo entregado, el juicio y la recompensa (In., V, 22; MT., XXV, 31-46)—, mas esta repartición no forma actualmente parte de su misión de Cristo vivo y que predica sobre la tierra. "No me pertenece el daros la derecha o la izquierda en mi Reino; sino que estos puestos son de aquellos para quienes mi Padre les tiene preparados (MT., XX, 23)." Y del mismo modo en lo que se refiere a la fin del mundo, Jesús remite al Padre como a la fuente de toda ciencia, no que el Hijo, aun considerado en su naturaleza humana ignore el día del juicio—el Padre le ha confiado todos sus secretos—, sino que ni los Angeles en sus relaciones con nuestro planeta, ni el Hijo en su vida terrestre, han recibido la misión de dar a conocer a los hombres la data del último día.

"Otros exégetas hacen observar que el texto responde a la demanda de los Apóstoles: "Dinos cuando esto llegará y qué signos anunciarán que las cosas deben cumplirse?" (v. 4). Jesús les habría negado, sencillamente, la explicación. En materia de señales, nadie sabe algo con relación a las mismas. No las habrá; la parousia tendrá lugar en el momento fijado por Dios, de una manera a la vez imprevista e imprevisible. El final de la frase: nisi Pater, εἰ μὴ Πατὴρ, constituye una negación reforzada y no simplemente una excepción de la regla: nadie lo sabe por previsión, Dios lo sabe por disposición.

En cuanto a la PERFECCIÓN DE CRISTO, se alega en disfavor alguna que otra vez la respuesta al joven rico que deseaba la vida eterna. "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino Dios solo" (Marc. X, 18, Matth. XIX, 17, Luc. XVIII, 19). Pero no hay ahí, no obstante, sino una interrogación, y nada por cierto prueba en ella que Jesús decline el homenaje que se le dirige. Habla según la idea que tiene de él este adolescente: "Tú me tomas por un simple mortal, por un rabbi, y la bondad de que doy muestra para con los niños, a pesar de la oposición de los discípulos (Marc. X, 13-16), te hace esperar que mi ideal se alcanza en condiciones fáciles. Has de saber que mis exigencias, por el contrario, son grandes; escucha... Vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres... Luego ven y sígueme". Al mismo tiempo, el Maestro saca partido de aquella ocasión para glorificar a Dios, sin compararse con él; porque *la cuestión de su propia naturaleza no se plantea allí.*[1]

No hay manera, por tanto, de entresacar de este

1. "El joven ese ha llamado a Jesús "Maestro"; Jesús habla, pues, como lo haría todo otro hombre, así como responde muy frecuentemente acomodándose al pensamiento de sus interlocutores. Y no ha dicho: si no es mi Padre, porque no ha querido revelarse a aquel joven. Ha querido enseñarle a prescindir de toda lisonja y apoximarle a Dios." Lagrange, in *o. c.* El sabio exégeta agrega en su comentario sobre S. Mateo, loc. par.: "La ironía de los críticos contra esta interpretación tradicional, aunque bajo formas variadas, no empece el que ella no sea sólida."

pasaje conclusión alguna, ni en pro ni en contra del dogma cristológico.

Y así vemos que subsiste en pie la invicta, la constante afirmación, sin igual, en la historia del mundo, el testimonio que Jesús da en presencia de sus hermanos, los hombres, acerca de su filiación y hasta acerca de su naturaleza divinas.

—¿Cómo dudar, pues?

II

LA AUTORIDAD DEL TESTIMONIO

A.

LA CONCIENCIA MESIÁNICA Y FILIAL DE JESÚS

I. Penetrados del *respeto* que hasta la incredulidad profesa a Jesús, dejamos a un lado la hipótesis de un ENGAÑO. No, no ha podido mentir él, que fustigaba con sus reproches a los hipócritas, cuyas palabras y cuyos actos de los cuales no estaban en correspondencia con los sentimientos íntimos (Matth. XXIII, 27-28); él, cuyo corazón noble y recto hallaba el juramento superfluo entre los discípulos: en tan alto grado la lealtad, la confianza recíproca deben informar sus relaciones (Matth. V, 34-37); él, de alma tan humilde, enamorada de una efusiva benevolencia y abnegación, a quien la ocasión propicia de alcanzar la realeza no pudo tentar jamás.

Y lo que es más, "ha dicho que era Dios, sabiendo que moriría de mano de los judíos, cuya ley inexorable castigaba con pena de muerte a los usurpadores de la divina majestad. En aquellos últimos momentos de una tribulación sin nombre, cuando los ultrajes, los golpes,

los escarnios, los látigos, le martirizaron, y cuando el afrentoso suplicio estaba a las puertas, ¿qué interés tenía él en repetirlo todavía? ¡Qué interés iba a sentir en mostrarse Dios sin serlo? ¿Qué interés iba a buscar en ser impostor, cuando el mismo Mahoma no querrá serlo? ¿Qué interés tendría en entrar con una mentira impía y vana en el otro mundo, donde iba a encontrarse cara a cara con el Eterno? Jamás había dado muestras ni remotamente, de ambición terrestre, en su vida oculta; no había aspirado más a los honores que a la gloria. Había venido para volver a levantar lo caído, para purificar, aliviar y consolar. Había sido compasivo. Próximo a desaparecer, ¿iba, pues, a engañar miserablemente a aquellos a quienes había amado, a jugar con su credulidad, con su dolor, con su sensible esperanza, anegándoles repetidamente, más y más, en un equívoco que, indigno de Dios, no lo sería menos de un hombre probo? Con mayor aplomo que nunca, y en circunstancias tan excepcionales, Jesucristo declara que él es Dios, Hijo de Dios, igual a Dios; y no es Pedro, que será su vicario, es Caifás su verdugo, quien exclama: "¿Qué necesidad tenemos de otro testimonio?" La causa, en efecto quedaba fallada por los siglos de los siglos, y para todo el género humano.[1]

II. Queda otra hipótesis por ventilar, la ILUSIÓN.[2] Mas, ¡a qué exceso no nos conduciría! Considerar a los profetas como los siervos de su Padre y los suyos propios; colocarse por encima de Jonás, de Salomón, de David y aún de los ángeles, elevarse tan alto hasta llegar a tener parte en aquella soledad o encumbramiento de Dios "que la teología judía declaraba infranqueable e inviolable, en torno de la cual hacía la guardia severamente y casi celosamente", he aquí, por cierto, para un carpintero pueblerino, los síntomas de la locura. Que un iletrado agite en sus ensueños la re-

1. De Lacombe, art. citado.
2. Marc. III, 21.

fundición espiritual, por decirlo así, de la humanidad; que un impotente y un fracasado evoque su venida sobre las nubes del cielo en la consumación de los tiempos, entre las legiones angélicas, con el fin de juzgar al género humano entero, a buenos y malos—¡oh! esto haría sonreír si, a la vista de un patíbulo, el corazón no se encogiera de piedad. El mismo Renán no insinúa sino muy cautelosamente la alucinación de Cristo, su mórbida exaltación mística; ha sido preciso llegar a estos últimos años para dar de golpe, y no sin asombro, en la pluma o en boca de un Julio Soury, de un von Loosten, de un Ramussen, de un Binet-Sanglé, con la blasfemia brutal: Jesús era un loco vulgar, al cual hubiera debido aplicarse el tratamiento que se reserva a los alienados...

Empero el profesor católico Felipe Kneib, el pastor protestante Wernle, el médico racionalista H. Schaefer han demostrado, en nombre de los *psiquiatras*, la perfecta salud moral del Salvador. Escudriñado por la ciencia y practicado por el amor, veinte siglos ha, su pensamiento acerca de Dios, acerca de la dignidad humana, acerca del ideal de las costumbres, comienza apenas a ser comprendido; y bien lejos de haber sido jamás sobrepujado, esclarece los principales sistemas filosóficos, la civilización se mueve sobre su trama, cada uno de nosotros, dice Renán, le es deudor de lo que tiene de mejor en sí propio. ¿Puede, pues, sostenerse este *sacrílego empeño* afirmando que este pensamiento haya brotado y brillado de la manera más constante entre las zonas enfermas de un cerebro anormal? No, mil veces no; todos los alienistas competentes lo reconocen: si ciertos locos o semi-locos, como un Nietszche y Augusto Comte, no han carecido de genio, este genio no se ha manifestado sino en las horas y en la medida en que su mentalidad estuvo sana. Ahora bien, esta influencia de Cristo, una influencia tan considerable, con el intenso movimiento de almas que ella ha provocado, con la Iglesia, esta obra grandiosa que le debe su fun-

dación, su perpetuidad, su triunfo: todo ello proporciona un mundo de argumentos complementarios. "*Porque el loco no llega a imponerse nunca.* Un espíritu descarriado que influya de una manera seria en la marcha de la humanidad, es un caso que no se ha dado hasta el presente." [1]

Es por lo tanto inadmisible la hipótesis de la mesianidad ilusoria o simulada.

Pero por lo mismo que Jesús podía con toda verdad llamarse el Mesías, el Hijo de Dios, nuestros adversarios no quieren aún concedernos la victoria, y suscitan una postrera objeción:

B.

El origen de esta conciencia mesiánica y filial

La conciencia mesiánica ¿derívase de la conciencia filial, o recíprocamente? La cuestión así propuesta no interesa mucho a la apologética, que consigna con toda la consonancia de los más célebres protestantes liberales y de los teólogos católicos acerca de este punto: lógicamente, el conocimiento de la unión transcendental que tenía con Dios, ha precedido, en el alma del Maestro, a la convicción de que debía cumplir cerca de los hombres una misión salutífera.

Pero, de hecho, ¿los textos revelan, acaso, en el Salvador, una tal "concatenación de ideas y de experiencias", una tal "sucesión de fases interiores",[2] que sea preciso concluir por una evolución del pensamiento? Ved ahí el problema capital, un problema exegético que merece una atención profunda; porque según la respuesta que se le dé, la conciencia filial y mesiánica de

1. Renán, *Vie de Jésus,* p. 80.
2. Harnack.

Jesus sería, a final de cuentas, puramente humana o verdaderamente divina.

Si escuchamos a ciertos críticos incrédulos, Jesús no sabe en sus comienzos que El es el Hijo de Dios y el Mesías prometido a Israel. Su vida piadosa en la humilde casa de Nazaret, bajo las miradas del Padre celestial y, tal vez también, el estudio de las Escrituras, han demostrado en él vagos presentimientos y una crisis que, en el bautismo de Juan, una voz alucinatoria viene a despejar: "Tú eres mi Hijo muy amado, en quien yo me complazco". Luego la tentación en el desierto trae nueva precisión en la obra que había de llevar a cabo; el reino que él espera con el pueblo todo entero y que él mismo va a fundar, no tendrá el carácter que los contemporáneos le atribuyen: será espiritual y moral. Más adelante, la oposición de los Escribas y de los Fariseos evoca en Jesús la memoria de los capítulos LIX y L del profeta Isaías; su suerte será dolorosa, ahora lo comprende: he aquí que es menester sufrir y morir por la salvación de la nación.— Y LOS CRÍTICOS INCRÉDULOS APOYAN SUS ATAQUES EN LA MANERA DISCRETA Y PROGRESIVA SEGÚN LA CUAL CRISTO HA REVELADO SU MISIÓN Y SU PERSONALIDAD: ELLA CORRESPONDE, DICEN, A UN DESENVOLVIMIENTO PSICOLÓGICO, A SU EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA MESIÁNICA Y FILIAL. EN CONSECUENCIA, JESÚS NO HA SIDO VERDADERAMENTE ENVIADO POR DIOS, EL HA SOLAMENTE CREÍDO SERLO...

I. **Este sistema no halla en los textos apoyo sólido alguno.**

1. Acerca de si la manifestación del Salvador a los judíos ha sido lenta, discreta y progresiva, una sencilla ojeada sobre el Evangelio nos convence de ello. Mas el *acierto pedagógico ordenaba esta manera de proceder.*

a) Si Jesús hubiera proclamado desde los princi-

pios su Mesianidad, el entusiasmo habría acaparado su persona en provecho de los sueños de poderío político y de conquista por medio de las armas, que alentaban hasta a los Apóstoles en la mañana misma de la Ascensión (Act. I, 6). Desde aquel día los Romanos no podían dejar de interrumpir una carrera amenazadora para su dominación, o a lo menos dañosa para la paz pública. Pongámonos en el mejor caso, y supongamos que no hubieran extremado su recelo con relación a un rey que profetizaba tal esplendor futuro; era ello, sin embargo, la quiebra del programa que Cristo debía y quería realizar: la noción del Mesías espiritual, del reino interior, iba a zozobrar en la aventura.

El episodio de Gerasa prueba, por otra parte, que Jesús regulaba su conducta según estos motivos de oportunidad. Fuera de la gran Palestina, entre las poblaciones paganas que la influencia de los Fariseos no llegaba a alcanzar y que, por lo tanto, permanecían ajenas a los prejuicios mesiánicos, ordena al antiguo demoníaco que refiera por doquiera su curación. En cambio, en su país natal, reclama el silencio. El velo que encubre su personalidad, no lo descorre sino poco a poco, discretamente gracias a hechos milagrosos, a comparaciones, a substituciones admirables, en espera de la manifestación decisiva y suprema.

b) Mas, dice el P. Rose, ese cometido de Mesías no abarcaba sino una provincia, el territorio judío dentro de los dominios más vastos de su heredad de Hijo de Dios. Era preciso, pues, graduar más aún la revelación de la Divinidad. "¿Cómo hacer surgir esta creencia en aquellas almas que se hallaban a la sazón tan poco preparadas? ¿Cómo, cuando Dios parecía entonces tan lejano, tan encumbrado, tan misterioso, hacer comprender que ese mismo Dios se había hecho carne en este mismo hombre a quien creían, a quien oían y al que tocaban?[1] Sólo podrían dejar de preocuparse de este

1 "Supongámonos que en el año de gracia, 1925, un alto y noble personaje recorre las ciudades y los pueblos de este país. Su elocuencia,

problema los que pensaban que una creencia religiosa se adueña de una alma sin que vaya acompañada de idea alguna precisa, sin que ningún deseo la requiera.[1] Los que tienen una tal psicología, y solamente ellos, entiéndase bien, tienen derecho a preguntar cómo es que Nuestro Señor no ha dicho con una frase absolutamente categórica: Yo soy Dios... La prudente lentitud de Cristo, que para unos constituye un escándalo[2] es para los demás un objeto de admiración nueva...[3]

2. Por lo demás, los acontecimientos alegados por nuestros adversarios no explican en modo alguno el origen de la conciencia mesiánica y filial. Nada en el relato del bautismo que nos ha dejado san Marcos, nada indica en Jesús la menor sorpresa, ni vacilación algu-

acompañada de pensamientos sublimes y de expresiones originales, fascina a las multitudes; se dirige con predilección a los pobres, a los enfermos, a las almas atribuladas a quienes alivia y cura de una manera maravillosa. No obstante, si pretendía en un momento dado, de una vez, cosas transcendentales y exclamaba: ¡yo soy Dios!... ¿no creéis que se le dejaría solo, que se le tomaría por un mal bromista, por un necio o un alucinado? Ahora bien, Jesús se hallaba en circunstacias mucho menos favorables. Los Judíos, en aquella época, estaban convencidos de que Dios, Ser invisible e inaccesible, no se manifiesta aquí en el suelo bajo apariencias humanas; presentada sin miramientos, la hipótesis de la Encarnación les habría parecido absurda..." *Ons Geloof,* agosto 1919. Van Tichelen, *Hoe Jesus zijn Godheid openbaarde.*

1 Su revelación, Jesús debía adaptarla a las condiciones de la naturaleza humana. Por cuanto Dios ha dado a los hombres una alma espiritual y libre, era preciso no imponerles una doctrina y una moral, sino provocar su adhesión intelectual, disponiendo su voluntad... Ahora bien, el hombre está de tal modo hecho que siente más repugnancia por ciertas expresiones que no por las cosas mismas que ellas designan. Si se trata a uno de mentiroso, indígnase y se encoleriza; se rendirá tal vez a la evidencia, si se le demuestra con dulzura y buena crianza que sus decires no cuadran mucho con la realidad... ¿Por qué? La concisión y el término propio hieren casi siempre el sentimiento por lo que tienen de súbito y de agudo; mientras que la perífrasis y la gradación, que por otra parte embotan los tiros, dejan a la emoción el tiempo para irse calmando... Jesús ha procedido de esa suerte: ha promulgado su mensaje integralmente, sin distanciarse en exceso de los Judíos con declaraciones fulminantes o intempestivas. (Según lo expresa el Rvdo. Van Tichelen, art. citado.)

2 Con todo, desde que Jesús reivindicaba para su persona atributos que no pertenecen sino a Dios, los Judíos podían y debían comprenderlo. Si un eclesiástico, sentado a mi lado en el tren, me entera de que va a ordenar nuevos sacerdotes, no dudo de ello: sé que es obispo. Cuando un francés se envanece en mi presencia de haber decapitado a Ravachol, ¿necesita añadir: soy yo el verdugo? El oficial general, con quien me doy en el camino y que me habla del derecho de gracia que piensa ejercer, no puede ser sino el Rey. (Van Tichelen.)

3 *Etudes,* 20 marzo, 1908. *La Revelation du Fils de Dieu,* página 735.

na, ni hasta un enriquecimiento espiritual, cuando Dios le declara su filiación divina; y—el Antiguo Testamento nos lo garantiza[1]—no es un don de gracia interior lo que el descenso del Espíritu Santo viene a figurar, sino una impulsión de lo alto para una obra determinada. Por otra parte, Lucas (III, 21-22) deja entreleer y Mateo (III, 13-17) afirma que los asistentes han percibido, la visión y la voz. "Con la manifestación pública, dice el P. Lagrange, es aún más evidente que la personalidad de Jesús no está constituída, sino solamente revelada en el bautismo. Y ello respondía a la tradición acerca del Mesías. O el Mesías era ya un ser transcendente que debía manifestarse con gloria, o era un hijo de David a quien Dios debía manifestar como a Mesías, normalmente por medio de la unción que le sería conferida por Elías. En este segundo caso se hubiera podido decir que había llegado a ser Mesías mediante la unción. El bautismo de Juan, conferido a todo el mundo, no podía tener un tal efecto. La intervención divina en el bautismo no cambia, pues, nada en Jesús. Le enviste de su misión, pero de una misión que será distinta de la que esperaban los judíos del Mesías. Jesús lleno del Espíritu Santo y proclamado Hijo de Dios, va a dar comienzo a su obra".[2]

1 "Ello es así que Otoniel (Jud. III, 10), Gedeón (Jud. VI, 34), Jefté (Jud. XI, 29), Sansón (Jud. XIII, 25), han sido movidos por el Espíritu de Dios para actos de valor, Beseleel (Ex. XXXI, 33, XXXV, 31), para construir el tabernáculo, Balaam (Num. XXIV, 2) y Saul (I Sam. X, 6, 10) para profetizar. El rey del porvenir debía recibir el Espíritu de Dios en gran abundancia para gobernar (Is. XI, 2, 50), y también el siervo de Jahvé, como una consecuencia de las complacencias que Dios tenía puestas en él (Is. XL, II, 1), con el fin de difundir el derecho entre las naciones. Ocurre una cosa igual en Marcos, donde el espíritu lleva a Jesús al desierto, en el momento señalado para la predicación. Al mismo tiempo Jesús recibe la seguridad del amor del Padre. No hay ahí nada que repugne a la teología. Santo Tomás admite muy bien que Jesús ha podido tener una visión sensible, o hasta una visión imaginativa o intelectual (III Pars, q. XXXIX, a. 5). Por otra parte, es cierto que, como hombre, seguía las inspiraciones del Espíritu Santo. La relación de Mc. significa, por lo tanto, que la misión de Jesús procede de Dios y que él la comenzará bajo su impulso y cerciorado de su socorro." Lagrange.

2 *Evangile selon S. Marc.*, pp. 9-14. Algunos sostienen que Jesús se presentó al bautismo porque, en aquel momento, se juzgaba semejante a los demás hombres y sometido a la ley de penitencia. "Un justo, alega M. Loisy, podía prestarse a ello para significar su voluntad de vivir

3. De otra suerte, si la conciencia mesiánica y filial del Maestro hubiera atravesado por las crisis de una evolución, y se hubiese formado poco a poco, no se comprendería—hasta las leyes de la psicología nos lo atestiguan—cómo Jesús pudo estar tan identificado, en todos los momentos, de su mensaje, acoger los homenajes religiosos, imponer silencio a los energúmenos, regir su acción contando con las circunstancias, las oportunidades, las movibles disposiciones de sus oyentes, resistir a los entusiasmos y sobre todo no flaquear en la duda y en el desaliento, cuando llegó el tiempo de los quebrantos.

—Nuestros argumentos tienen, por cierto—, gran valor, porque

II. La hipótesis rebatida no es aceptada por los principales neo-críticos.

El *método* de la escuela evolucionista "provoca hoy, en los sectores más diversos, la desconfianza y el hastío: a ojos vistas, están las cabezas rendidas de esos pretendidos estudios psicológicos acerca de la conciencia de Jesús, que no logran sino presentarnos un disfraz del Evangelio y forjar una novela."[1] Es, sin embargo, cierto, dice M. Burkitt, que nuestros evangelios están lejos de ser una novela psicológica, con Jesucristo por héroe.

Según confesión misma de Loisy, los evangelios no contienen en realidad el testimonio de una evolución que se habría efectuado en la conciencia del Salvador en su manera de apreciar el cometido que le habría sido asignado por la Providencia.[2] "Marcos, declara Schweit-

puramente, sin confesar los pecados que no había cometido; manifestaba su resolución de prepararse, según le era posible, al advenimiento del reino." *Ev. syn.*, t. I, p. 405. Los asistentes no eran sometidos a la prueba, porque los Fariseos, como el Fariseo Josefo (Ant. XVIII, 2), habían hallado medio de hacer del bautismo un símbolo de la pureza ya adquirida de su alma. Cfr. Lagrange *in Luc.*, III, 7.

1 Lebreton, p. 216. El autor cita a Schweitzer, Sanday, Wellhausen, y Burkitt.

2 *Les Ev. Synoptiques*, t. I, p. 212.

zer, nada sabe acerca de un desenvolvimiento; no sabe nada en punto a las consideraciones pedagógicas que habrían decidido la actitud reservada de Jesús en presencia de sus discípulos y del pueblo; no sabe nada acerca del conflicto que habría tenido lugar en el corazón de Jesús, entre una idea mesiánica del todo espiritual y otra, política y popular."[1]

De este pretendido progreso, no se podrían, por otra parte, señalar las etapas. "Durante el período de la vida de Jesús que nos es conocida, no han intermediado crisis, ni borrascas, ni rupturas con el pasado... Todo va transcurriendo en Jesús de un modo tan natural como si no pudiera ser de otra suerte; la fuente va brotando de las profundidades de la tierra, clara e ininterrumpida... Esta consideración excluye la posibilidad de que su vida haya transcurrido en medio de contrastes interiores."[2] "El origen de la conciencia mesiánica, decoroso es confesarlo, escribe Wernle, permanece siendo un misterio para nosotros. No sabemos nada por lo que a este asunto se refiere, sino de qué manera esta conciencia no se formó. No fué mediante reflexiones de orden intelectual lentamente maduradas... No fué debida tampoco a la influencia del medio ambiente... El hecho de que Jesús se presenta desde los comienzos con una constancia invariable y con una inquebrantable certeza, como enviado de Dios, nos obliga a abandonar esas dos explicaciones... La conciencia de su vocación no depende de voces ni de visiones, que ponen en duda al que no las haya visto u oído por sí mismo, sino de la fuerza interior que le apremia."[3] Esta fuerza anima al diálogo que se desarrolla entre Jesús y el Bautista en las riberas del Jordán (Matth. III, 13-17, Marc. I, 9-11, Luc. III, 21-22), la vemos entrar en juego en oca-

1 *Von Reimarus zu Wrede,* 1906, p. 329.
2 Harnack, citado por Lepin, *o. c.* p. 196.
3 Estas declaraciones conciernen *a fortiori* a la conciencia filial de Jesús que, según nuestra exégesis del logion joánico, ha lógicamente precedido a la conciencia mesiánica. Cfr. Lepin, pp. 208 ss. Rose *Etudes,* p. 207.

sión de la tentación en el desierto (Marc. I, 12-13, Matth. IV, 1-11, Luc. IV, 1-13), y en la Sinagoga de Nazaret; no es ella, ciertamente, la resultante de largas meditaciones de la vida oculta del Maestro, porque éstas provienen del sentimiento de la filiación divina y de la paternidad de Dios (Luc. II, 49). "Desde la edad en que la conciencia de los demás se despierta, en que se ponen en contacto con el mundo exterior y comprenden por vez primera sus relaciones naturales religiosas, en Jesús el sentimiento brota de su corazón, vivo, espontáneo, tan imperioso, que le lleva a desprenderse de los deberes más justos, a consagrarse enteramente del todo a Dios."[1]

¡Qué hermoso indicio!

Y como Jesús jamás ha señalado el comienzo de su filiación divina—no lo conocía—es necesario, diremos con Dalman, que ella haya tenido su origen en su nacimiento, y que Dios haya tomado una parte tal que los factores humanos hayan quedado enteramente en último término.

Esta es la única hipótesis que se adapta a los hechos: *LA EXEGESIS DE LOS TEXTOS* la demuestra y la corrobora también *LA VEROSIMILITUD PSICOLOGICA.*

Con la decisión del Maestro en sus resoluciones, con su sosegada firmeza en laborar por ellas y su confianza imperturbable, recuérdanse los principales rasgos de su fisonomía moral. Un AMOR INAUDITO le inspira y le anima, un amor ordenado a Dios y a los hombres que no sufre jamás decaimiento, como acontece en los mayores santos, y cuyo fecundo ascendiente experimentan en sus mejores tiempos los corazones por amor heridos. SU PAZ INTERIOR Y SU ALEGRÍA ESPIRITUAL no conocen ni flujos ni remolinos, como tampoco ese arrobamiento del éxtasis durante el cual los grandes

1 Rose.

místicos sienten su alma transportada fuera del cuerpo y de la fascinación de los bienes terrenales. Y luego, según la observación de Illingworth, Jesús, a despecho de su evidente humanidad, parece hallarse en DOS MUNDOS, el divino y el humano, porque con gran facilidad resuelve rápidamente todos los problemas religiosos que se le someten, en forma tan segura como si leyera la respuesta en el pensamiento de su Padre y la hallara conforme con la voluntad eterna.

No, este hombre no «cree», sabe; este hombre no «espera», en verdad, sino que posee y goza; este hombre ve a Dios...

Sin perjuicio de las precisiones ulteriores que los teólogos aportan a este problema, concluiremos que esta visión y esta fruición directas, inmediatas e intuitivas de Dios, no se explican aquí si no se admite la fórmula católica:

JESUS ES HIJO DE DIOS POR NATURALEZA Y VERDADERO DIOS

Desde el punto de vista apologético, diremos llanamente y con toda claridad que la cualidad de Señor y de Verbo divino reconocida en el Maestro de Nazaret se aviene perfectamente con el carácter transcendente y humano que hallamos en el Evangelio. "En ella se presenta una llave que abre cada una de las moradas donde luce, en la obscuridad del texto, la lámpara sagrada. La línea de demarcación, clara a los ojos de todo hombre a quien el espejismo panteísta no seduce, el haz luminoso que anega, al eclipsarse, al espíritu en un inmenso caos—esa línea deja decididamente a Jesús de Nazaret en la esfera o en el lado divino. Y en esa perspectiva, explícase que, para conocer al Hijo, sea menester nada menos que la ciencia infinita del Padre, se comprende el valor sin límites atribuído por Jesús a su mediación, a su sangre, a su obra, se adora (lo cual

es aquí el único medio de justificar) a esas extraordinarias exigencias, a esa confianza tributada al amor del Maestro, presentado como supremo y purificador por su propia virtud. Fuera de esta perspectiva, no tenemos sino interpretaciones tendenciosas y forzadas, promesas desmesuradas, ambición exorbitante, actos injustificables."[1]

* * *

Felices, Vos dijisteis, quienes sin ver han creído.
Y yo, yo que la profunda palabra sabía,
Al oiros en aquellos días, en la parábola
Un pasaje obscuro y breve, yo podía
Dudar que por Vos solo mi fuerza guardada fuera
Y exclamar como en la tarde trágica de Judea
Vuestro apóstol Tomás: Yo quiero ver... Y ¡he visto![2]

—Al final de este capítulo, el principal y el penúltimo de una demostración que hemos ido siguiendo a través de dos volúmenes, puedas tú, lector, mezclar tu voz con la voz del humilde y dulce poeta, abajar tu frente que tal vez se obstina aún, y luego cayendo rendido a los pies de Jesús, aclamarle en un noble arranque de fe, de esperanza y de amor, diciendo: ¡Señor mío y Dios mío!...

Con el fin de hacer esa actitud y esa exclamación resuelta y profunda más fáciles a tu alma convencida y emocionada, examinemos el signo con que el mismo Dios ha querido autenticar las atestaciones de su Hijo.

1 *Dict. Apol.*, fasc. XI, De Grandmaison, *Jésus-Christ*, col. 1396-1397.
2 Andrés Lafon.

CAPITULO CUARTO

El Testimonio del Padre

En vano se ha dudado de la muerte y de la sepultura honorable de Cristo; en vano se han multiplicado las hipótesis más sutiles para negar a los Apóstoles la creencia en la resurrección de su Maestro, sobre todo para afirmar que no vieron verdaderamente a Jesús resucitado.

Y, por ende, confesamos con la Iglesia que el mismo Dios ha sancionado las pretensiones de su Hijo a la divinidad.

¿Dios Padre acogió la suprema invocación de su Hijo, el acto de abandono y de confianza con el cual acaba el sacrificio del Calvario (Luc. XXIII, 46), y la resurrección expresa un testimonio irrefragable y rendido por él a la persona y a la misión de Jesús? El que lo crea sin titubeos con la tradición cristiana, debe fijar cuatro tesis. Las dos primeras, al afirmar que Cristo sufrió la muerte y fué sepultado, hoy casi no provocan objeciones serias. La embestida de los racionalistas y de los teólogos liberales se dirige encarnizadamente contra las otras dos: los Apóstoles vieron a su Maestro después de su colocación en la sepultura y no fueron víctimas de una ilusión.

I

JESUS HA MUERTO

He aquí en primer lugar la prueba histórica.

PRUEBA HISTÓRICA

A.) *Pilato* hace constar oficialmente el fallecimiento del Salvador cuando, después de haber oído al centurión cuya relación era digna de crédito, autoriza a José de Arimatea, el sanedrita, para derogar las costumbres romanas: el cuerpo del ajusticiado no será, pues, abandonado a la voracidad de las aves del cielo y de las bestias de presa, sino que, según la ley judía, más clemente, se le sepultará el mismo día de la ejecución (Deut. XXI, 23).

Entre tanto los *discípulos* se mantienen ocultos en el Cenáculo, encogidos y desconcertados por cuanto estaban convencidos de que su Maestro no es sino un cadáver (Marc. XV, 42-47, Matth. XXVII, 57-61).

Por otra parte, el mismo Renán lo hace notar: "la mejor garantía que posee la historia acerca de un punto de esta naturaleza, es el odio receloso de los *enemigos* de Jesús. (Los judíos) debían estar alerta a que fuera muerto del todo... Cualquiera que haya sido en ciertas épocas la negligencia de los antiguos en todo lo referente a la comprobación legal y a la rigurosa conducción de los asuntos, no se puede creer que los interesados hayan dejado de tomar a este respecto algunas precauciones".[1]

B.) Permítasenos, finalmente, traer al debate un testimonio anterior a nuestros tres Sinópticos, el testimonio de san Pablo. La primera carta a los Tesalonicenses (II, 15) insinúa que la muerte de Cristo fué violenta y semejante a la de los profetas, precedida de vejaciones análogas a aquellas con las que los paganos abrevaron la Iglesia de Tesalónica, y los judíos por doquiera a sus compatriotas cristianos. La primera Epístola a los Corintios (I, 13, 17b, 23), nos da aún una mayor precisión: Jesús sufrió la crucifixión, precisión repetida en la carta a los Gálatas (III,1). Pero aunque

1 *Vie de Jésus*, p. 429.

careciéramos, por lo demás, de estos pormenores explícitos, la doctrina de Pablo acerca de la redención de los hombres bastaría para cerciorarnos debidamente en este punto. La muerte del divino Maestro, comparada con casi todos los sacrificios del Antiguo Testamento (I Cor. V, 8, XI, 25, Rom. III, 25, VIII, 3), al apaciguar la cólera de Dios en el momento en que ella anula los efectos del pecado y confiere al alma la justificación, esa misma muerte de Cristo tiene en realidad de verdad el carácter de un sacrificio, y de un sacrificio propiciatorio.[1]

—Hablemos también de la

Prueba fisiológica

Debilitado por inmensas emociones, presa de la tristeza, del tedio, de un pavor súbito, quebrantado en medio de conmociones tan violentas que habían provocado un sudor sangriento que corría hasta el suelo,[2] el cuerpo de Cristo es sometido a la *flagelación.* Bajo la acción de los latigazos, la piel se desgarra, la carne se entreabre, rómpense las venas, tal vez hasta quedan parte de los huesos al descubierto; porque los verdugos—soldados romanos—se exceden cruelmente de los treinta y nueve o cuarenta golpes que disponía la ley judía.[3] En aquellas circunstancias, Jesús, sin fuerzas para caminar aun sin llevar la cruz, debe ser arrastrado al lugar del suplicio (Marc. XV, 22).

1 Prat, *o. c.*, t. I, 281-289.

2 "Puédese afirmar, sin temor de cometer un error, que el sudor de Nuestro Señor estaba por cierto mezclado con sangre verdadera. En muchos casos observados en nuestros días, se ha comprobado realmente con el microscopio la presencia de glóbulos rojos de la sangre." *L'Evangile dans la Vie,* abril, 1925. Dr. Le Bec, *Le Suplice de la Croix,* página 248.

3 "El "flagellum" se componía de correas. El que servía para el castigo de los esclavos en los casos graves se llamaba flagrum; había dos clases de este instrumento, una de ellas guarnecida de huesecillos, la otra de cadenillas de hierro terminadas con bolas de metal... Los efectos eran terribles: caedere, secare, scindere con el flagellum cuyas finas correas cruzaban la piel; rumpere et pinsere con el flagrum; fodere et forare, si el instrumento está armado de puntas (art. *flagellum, Dict. des ant.*)." Lagrange *in Marc.,* XV, 15.

Se le crucifica. *Crudelissimum teterrimumque supplicium,* dice Cicerón. "En los crucificados, la sangre era llevada por las arterias sobre las partes del cuerpo más fuertemente comprimidas o puestas en tensión, con una tal abundancia que las venas no eran suficientes para conducirla. La aorta, a causa de los obstáculos que se producían en la extremidad de los brazos y de las piernas, hacía afluir la sangre al vientre y sobre todo a la cabeza, en donde determinaba, por la presión violenta de las carótidas, un enrojecimiento muy vivo de la faz y un dolor general intolerable. Lo más horrible, es que la aorta, no pudiendo expulsar la sangre asaz rápidamente a las extremidades de los miembros obstruídos cesaba de recibir la sangre enviada por el ventrículo izquierdo del corazón. Este, a su vez, no recibía libremente la sangre que venía de los pulmones, y el ventrículo derecho mismo, no pudiendo arrojar en los pulmones ya llenos la sangre que elaboraba, completaba el desorden, y creaba un sufrimiento más acerbo que la muerte."[1]

De ahí, algunas veces, la ruptura de un vaso cerebral o cardíaco que causaba una muerte fulminante. Según muchos fisiólogos modernos, esta ruptura fué, en

1. Le Camus, *Orígenes del Cristianismo.* "La fijación de los brazos levantados acarreaba consigo alteraciones respiratorias muy dolorosas. Las costillas quedaban inmovilizadas y los movimientos de expiración venían a ser muy difíciles. Las vísceras contenidas en el abdomen descendían fuertemente por el hecho del peso, el diafragma era arrastrado y paralizábase, lo que trababa los movimientos de inspiración. El crucificado experimentaba entonces la sensación de un sofocamiento progresivo, sin tener el menor alivio.

El corazón veíase gravemente coartado en sus funciones. Estando los brazos levantados en alto, el corazón estaba sujeto a un trabajo forzado para poder enviar la sangre hasta las manos. Los latidos eran precipitados, pero débiles. Este debilitamiento hacía que la impulsión fuera menos enérgica en todo el cuerpo, lo que determinaba un estancamiento de la sangre en todos los vasos. Como quiera que la oxigenación de la sangre se efectuaba cada vez peor en los pulmones, producíase un exceso de ácido carbónico en la sangre, lo que causaba una excitación de las fibras musculares y, como consecuencia, una suerte de estado tetánico del cuerpo entero hasta el instante del debilitamiento paralítico.

El cerebro quedaba igualmente afectado. No recibiendo sangre pura, formábase una congestión intensa de la substancia nerviosa y de las envolturas del cerebro. Este estado producía una cefalalgia violenta, comparable al dolor que causaría un círculo de hierro abrazando el cráneo." Dr. Le Bec.

el Maestro, concomitante con el gran grito que lanzó (Matth. XXVII, 50, Marc. XV, 37).

Discútase ahora cuanto se quiera acerca de la dificultad que experimenta cualquier persona instruída en medicina en distinguir de la muerte real los desmayos profundos y los letargos determinados por el síncope: ¿cómo esas teorías abstractas podrían debilitar en nada nuestras pruebas tan concretas? Retráigase, si se quiere, la anécdota leída en Josefo sobre un crucificado que pudo un día ser devuelto a la vida: conocemos esta anécdota y hasta su complemento: Los compañeros de suplicio eran tres, vivían todavía cuando se les descolgó del patíbulo; ahora bien, a pesar de todos los cuidados que el historiador judío les hizo prodigar, dos de esos desgraciados murieron y uno solo se salvó. "Materialmente, dice M. Reville, se puede, pues, colocar entre el número de las cosas imposibles el que un hombre, ya deshecho por la fatiga, agotado por los malos tratos, clavado en una cruz durante muchas horas, desprendido de ella, sepultado y abandonado en un sepulcro cerrado, se halle físicamente en estado de salir solo treinta y seis horas después y hacer inmediatamente los viajes más o menos largos que suponen los relatos (evangélicos). La crucifixión y sus efectos fisiológicos se oponen a ello absolutamente."[1]

—No hay sino para tomar a risa la novela que inventaron ciertos racionalistas, y a la cual el autor citado alude. La frescor del sepulcro habiendo calmado la hemorragia, y habiendo reanimado poco a poco los aromas espiritosos con que había sido embalsamado, Jesús habría salido del sepulcro, y luego habría vuelto a reunirse con los Apóstoles que interpretaron este retorno a la vida natural como una resurrección. La historia, como la fisiología, han respuesto ya a esos embustes de una manera concluyente y terminante con la

1 *Jésus de Nazareth*, t. II, p. 455.

que completará la demostración.

El mismo Strauss la ha presentado: "¿Qué cabe pensar de este Mesías medio muerto que sale penosamente del sepulcro, que arrastra un cuerpo enfermo, que tiene necesidad de los auxilios de la medicina, de ataduras, de confortamientos y de atenciones, y que acaba por sucumbir? ¿Es él a quien sus discípulos habrían tomado por el vencedor de la muerte y del sepulcro, por el príncipe de la vida? ¿Son acaso imágenes tales las que habrían podido impelerles a su obra futura? No: semejante resurrección *no habría podido sino debilitar la impresión que su vida y su muerte les habían producido* y extinguirla entre las sombras de un recuerdo elegíaco. Nunca habría ella transformado su duelo en entusiasmo y su respeto en adoración."[1]

Por otra parte, esta explicación lleva fatalmente a la hipótesis del engaño. "Aún más, dice Godet, *ella nos conduce a hacer cómplice de la impostura al mismo Jesús*. Porque, ¿cómo no habría hecho algo para desengañar a sus discípulos que se figuraban que había realmente resucitado? Y ¿qué habría acontecido después de esa penosa convalescencia? Habría ido a morir, según tal sabio, en un convento esenio, según otro sabio en un albergue de Fenicia donde habría ido en busca de adeptos, entre los paganos de los contornos, pero siempre encubriendo este fin miserable a sus apóstoles, para dejarles voluntariamente en su error."[2]

La extravagancia misma de estas hipótesis las condena. Una vez más el miedo de lo sobrenatural reduce a los incrédulos al absurdo.

1 Strauss, *Nouvelle vie de Jésus*, t. I, p. 394-395.
2 *Commentaire de l'Ev. de S. Luc.*, t. II, p. 585.

II

EL CADAVER DE JESUS HA SIDO SEPULTADO

Con la autorización del procurador, José de Arimatea, el sanedrita de que hemos hablado, dió sepultura al cuerpo exangüe de Jesús (Marc. XV, 46) en un sepulcro que había hecho tallar en la roca para sí mismo (Matth. XXVII, 60)—especie de cámara subterránea cuyo vestíbulo se abre al nivel del suelo. Era nuevo y por ocupar aún (Luc. XXIII, 53. Matth. ibid.). Hizo rodar a la entrada del monumento, una muela o piedra de molino plana y redonda (ibid.), en torno de cuya entrada los sumos sacerdotes organizaron al momento un servicio de vigilancia (Matth. ibid., 64-66).

A. No hay manera de negar a esta relación las garantías óptimas de AUTENTICIDAD que reune. Porque los cuatro evangelistas (Joan XIX, 38-42), los Hechos (II, 29, XII, 29), san Pablo (I Cor. XV, 4, Rom. VI, 4, Col. II, 12), todos los símbolos antiguos, en una palabra, *la tradición más segura y la más concordante* la reproducen o se fundamentan en su realidad; y no se comprendería por qué la primera generación cristiana habría inventado este episodio, esta *leyenda inútil* que los judíos habrían podido, con un gesto de soberano desdén y a la plena luz del sol, rebatir sin la mayor dificultad. Pero no. La crítica literaria da fe de ella: en vez de José de Arimatea, algunos falsarios habrían destacado en la escena, como actor de primer orden, algún personaje notable de los tiempos apostólicos.

Por otra parte, el *colorido histórico* del pasaje favorece nuestra tesis. El derecho romano, bajo cuya sombra Cristo fué condenado por Pilato, mandaba a los magistrados que entregaran el cuerpo de un ajusticiado al que lo reclamara: Corpora animadversorum

quibuslibet petentibus ad sepulturam danda sunt, ordena el Digesto (XLVIII, 24);... et nonnumquam non permittitur, maxime majestatis causa damnatorum. Ahora bien, ¿no es soberanamente improbable que Jesús careciera de algún pariente en Jerusalén, en aquella víspera de Pascua durante la cual los Israelitas invadían la ciudad santa, o ningún amigo de los que cinco días antes se proclamaban tales, habría dejado de asumir por su cuenta el valeroso proceder, que permitía conformarse mejor con la Ley? "El cadáver de un criminal no pasará la noche en el madero, dice el Deuteronomio (XXI, 25); no dejarás de enterrarle el día mismo".

B.) No hay duda de que la MISCHNA dispone que el ajusticiado no será enterrado en la hornacina de su familia; y el tribunal contaba con dos cementerios públicos, uno para los judíos condenados a ser decapitados o estrangulados, y otro para los apedreados o los culpables quemados vivos, pero *sus fosas serán individuales* hasta el punto de que según esa misma colección talmúdica, largo tiempo después de la inhumación, consumidas las carnes, han podido ser reconocidos los huesos de ciertos desgraciados, recogidos y mezclados con los restos de los antepasados.[1] Hay que decir, que el texto que citamos no asciende tal vez hasta la época del Salvador, y que no expresaba a la sazón la usanza general, por cuanto Esteban fué sepultado cuidadosamente por hombres piadosos que le lloraron (Act. VII, 2).

C.) Los católicos poseemos por cierto buenas razones contra las cuales apenas valen la pena de ser ni aludidas las minucias exegéticas de Loisy (Act. XIII, 26-29, I, 15, Matth. XXVII, 3), ni su hipótesis del enterramiento del Maestro en una fosa común, en donde nadie habría jamás podido soñar encontrarles, ni el destino que presta a Haceldama.

Y el testimonio de san Pablo refuerza vigorosamente

1. *Traité Sanhedrin*, t. VI, 4, 9, 10.

estas razones. Ετάφη, escribe en su primera carta a los Corintios (XV, 1-4). El verbo θάπτω que utiliza de esa suerte, señala siempre en la pluma de los escritores neotestamentarios una sepultura por lo menos ordinaria (Matth. VIII, 21-22, XIV, 12, Luc. IX, 59-60, Act V, 6, 9, 10); y ocurre que las otras dos veces en que el aoristo pasivo ἐτάφη es empleado, se trata de una sepultura magnífica, la del mal rico (Luc. XVI, 22) y la de David (Act. II, 29).[1]

Finalmente, recuérdese la doctrina mística del gran Apóstol. "Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem, ut quomodo Christus surrexit a mortuis per gloriam Patris, ita, et nos in novitate vitae ambulemus" (Rom. VI, 4, cfr. Col. II, 12). Morir y resucitar, los dos hechos son tan inseparables en el cristiano como en Cristo; el segundo es el corolario, la consecuencia necesaria del primero. Se muere para resucitar. Esta verdad, el bautismo la figura. Cuando desaparece bajo las aguas sacramentales y reaparece luego en la superficie, el creyente se despoja de su vida precedente y recibe otra de naturaleza superior, del todo santa, inspirada y guiada por el Espíritu—del mismo modo que Jesús abandonó el sepulcro, esta prueba visible de la muerte, su pobre cuerpo pasible, y después, saliendo del sepulcro, manifestó su gloria eterna.—¿Es creíble que san Pablo hubiera construído una teoría tan hermosa sobre el enterramiento del Maestro, si este enterramiento hubiera sido infame o el objeto de una controversia en los orígenes del cristianismo?

En unión con todos los críticos creyentes, junto con la mayoría de los racionalistas y liberales, sostenemos, pues, la verdad histórica de estos dos artículos del Credo: la muerte y la sepultura honorable de Jesucristo.

La cuestión difícil, agregaremos, no la damos por resuelta aún en este lugar; queda por demostrar que los Doce han creído ver a Jesús resucitado, y lo que

1. Toussaint in *o. c.*

es más todavía, que le han visto indudablemente, en realidad de verdad, con sus propios ojos.

III

LOS APOSTOLES HAN CREIDO VER A JESUS RESUCITADO

Nadie sueña en ponerlo en duda.

A.

LOS LIBROS SANTOS NOS PRESENTAN ESTA EXPERIENCIA RELIGIOSA DE LOS DOCE, COMO EL FUNDAMENTO DE SU FE EN LA RESURRECCION

Todos los discursos de los Hechos, bien sean de Pedro, de Pablo o de Juan; que se dirijan al pueblo de Jerusalén (II, 22-26, III, 15-26, IV, 10, 20, 33), a los miembros del Sanedrin (V, 29-23), a los judíos y a los prosélitos de Antioquía de Pisidia (XIII, 27-40), al centurión Cornelio y a su casa (X, 37-44), al príncipe Agripa y a su comitiva (XXVI, 22-26), a los estoicos y a los epicúreos de Atenas (XVII, 3, 18, 30-31); aunque el procurador Fausto los resuma y evoque el recuerdo de las controversias que suscitan en todas partes (XXV, 19); todos los discursos de los Hechos prueban que los Apóstoles fundamentaban sus creencias y su apostolado en el glorioso acontecimiento de Pascua de Resurrección.

La primera Epístola de Pedro (I, 3, 21), y el Apocalipsis (I, 5, 18, lo revelan de nuevo.

En cuanto a san Pablo, el triunfo personal del Maestro le parece de tal modo asegurado, indiscutible, que sienta sobre él, el dogma de la resurrección de los justos. Expresa dos motivos.

En primer lugar, Cristo ha resucitado como primicias de los que duermen (I Cor. XV, 20). "Las primicias dice el P. Prat, son la promesa y la prenda de la mies; no serían primicias sin la mies que anuncian. Aunque las primicias sean menos estimadas y menos preciosas, la recolección no es de otra naturaleza que los frutos primerizos: es el fruto de una misma semilla, el producto de un mismo campo, el rendimiento de una misma cultura. Así Cristo no tendría derecho a los títulos que le pertenecen; no sería "el primogénito de entre los muertos, las primicias de los que duermen", si solo, a exclusión de sus hermanos, hubiese resucitado."[1]

Veamos la segunda razón: La muerte es el hecho de un hombre (v. 21). "Ningún cristiano ignora—porque esta verdad pertenece a la catequesis elemental—que Jesús tiene por misión reparar las ruinas producidas por el primer Adán. Estas ruinas se resumen en la privación de la justicia original y la pérdida de la inmortalidad. Si no era vencedor de la muerte como lo es del pecado, Cristo no habría llevado a cabo sino la mitad de su obra... Entre el número de enemigos por destruir se halla la muerte. Será vencida, aunque en último término, pero es menester que lo sea: ahora bien, no lo sería si Jesucristo era impotente para arrancarle su presa... Jesús habría definitivamente fracasado en su lucha contra la gran enemiga, si, contento con haberla vencido personalmente, no podía libertar a sus víctimas."[2]

Esta convicción es tan profunda en san Pablo que llega hasta a hacer todo el cristianismo solidario de la resurrección de Cristo. Si esta resurrección no hubiera tenido lugar, la predicación apostólica quedaría sin objeto, y se la debiera tratar como una impostura y a los Apóstoles como falsos testigos. La fe de los fieles no lleva tampoco consigo fruto alguno: estáis, aun en vuestros pecados, y por consiguiente también, aquellos que se han adormecido en Cristo han perecido

1 *O. c.*, t. I, p. 187.
2 Toussaint, in *o. c.*

(v. v. 17-18). La idea subyacente en este corto razonamiento refleja los usos del tiempo: no se consideraba una deuda como pagada, si la caución no había salido fuera de prisión.[1] ¿A qué el ir citando con facilidad otros pasajes? Se hallan por doquiera (I Cor. V, 14, II Cor. IV, 13-14, I Thess. I, 7-10, IV, 12-13, Eph. I, 16-23, Philipp. II, 5-12, Coloss. II, 12, III, 1-4, I Tim. III, 16, II Tim. II, 8-10, Rom. I, 4, IV, 23-24, VI, 4-10, VII, 4, VIII, 10-11, 34). Gravitan todos en torno de esta idea central (X, 9): Si tú confiesas con la boca que Jesús es el Señor y si tú crees en tu corazón que Dios le ha resucitado de entre los muertos, tú serás salvado.

Esta abundancia y esta diversidad de textos garantizan su AUTENTICIDAD, es evidente; porque, si era preciso suprimirlos, el Nuevo Testamento vendría a caducar, o por lo menos, se tendría por indescifrable. Asimismo los incrédulos prefieren discutir su VALOR HISTÓRICO, y ello nos lleva a dar a esta cuestión mayor amplitud.

B

ESTA EXPERIENCIA RELIGIOSA HA FUNDAMENTADO EN REALIDAD LA FE DE LOS DOCE Y DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO EN LA RESURRECCION

Esta tesis ¿en qué la cimentamos? En el testimonio de san Pablo y en los relatos del Evangelio. El primero garantiza un hecho, del que los otros nos dan la descripción.

EL TESTIMONIO DE SAN PABLO

Leemos, en efecto, en la primera epístola a los Corintios (XV, 1-8): "Os he enseñado en primer lugar lo que aprendí yo mismo: que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; 4. y que fué

1 Toussaint, in *o. c.*

sepultado y que resucitó al tercer día según las Escrituras; 5. Y que se apareció a Cefas, y después, a los Doce; 6. posteriormente, aparecióse a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía, y algunos han muerto; 7. después aparecióse a Santiago, posteriormente a todos los Apóstoles; 8. y a mí, como abortivo, se me apareció en último término".

Hagámoslo constar aquí sin dilación. Por lo mismo que el Apóstol se prepara a deducir conclusiones de un acontecimiento histórico, los cristianos de los años 52 al 57—es la evidencia misma—creían ya antes con una fe muy firme en dicho acontecimiento histórico. Pero, hay más;

Este testimonio nos viene de los mismos primeros cristianos.

"Os he enseñado en primer lugar, dice san Pablo, lo que aprendí yo mismo". Aquí, observa Mangenot, como en I Cor. XI, 23 y II Thess. III, 6, παρέδωκα ="he transmitido" es correlativo de παρέλαβον ="he recibido". Por otra parte, παραδιδόναι designa una transmisión mediante la enseñanza (II Thess. II, 15), como παραλαμβάνειν la recepción de una enseñanza (II Thess. III, 6, Phil. IV, 9). Mas, ¿hasta a quién ésta se remonta? ¿A una revelación que el Señor habría hecho? Como quiera que Pablo no indica esta fuente—en tanto que la cita en el v. 23 del capítulo IX—, he aquí a nuestro juicio, la respuesta debida.

A.) Distinguimos.

a) Obsérvese cómo la frase de repente queda interrumpida en LA SEGUNDA PARTE y cómo las apariciones están ahí anunciadas en forma de proposiciones independientes: remite sin duda a alguna tradición humana comunicada bien sea por Ananías, bien por los Apóstoles.

b) En cambio, LA PRIMERA PARTE, con sus fragmentos que eslabona la conjunción ὅτι cuatro veces repetida, con su expresión oficial τοῖς Δώδεκα, pertenece verosímilmente a la fórmula de fe que san Pablo conservaba de la catequesis original, fórmula que tenía costumbre de predicar y que repite a los Corintios. El versículo 11 del párrafo confirma esta hipótesis: "Así, pues, tanto yo, como ellos, he ahí lo que predicamos y he ahí lo que habéis creído".

Mas, por otro lado, como dice también Harnack, "no hay duda de que la muerte y la resurrección fueron esenciales para la Iglesia primitiva; Strauss no las discutió, y el gran crítico Fernando Christian Baur reconoció que el Cristianismo más antiguo estaba basado sobre ellas."[1] "Si el pensamiento de Pablo, escribe por otra parte Loisy, gira de alguna suerte alrededor de la pasión y de la resurrección para constituir el fundamento de la religión cristiana, es por cuanto este punto formaba ya el centro de la predicación apostólica."[2]

B.) Otros exégetas prefieren referirse a la entrevista y *a la confrontación que refiere* Gal. I, 18-19. Tres años después de su conversión, Pablo llegóse a Jerusalén para consultar con Simón-Pedro. Permaneció quince días con él, y no vió a ningún apóstol sino a Santiago, el hermano del Señor. A causa de ello, tal vez, cita especialmente las apariciones de Jesús a estos dos personajes aislados.

Pero ved la consecuencia: "según una cronología cada vez más admitida y aceptada por Harnack, dice Ladeuze, la conversión de Saulo tuvo lugar en el año mismo de la muerte del Salvador, o al año siguiente. Y así es que tres o cuatro años después de la muerte de su Maestro, los discípulos creían que su cadáver

1 Harnack, *L'Essence du Christianisme*, p. 166.
2 *Les Ev. Syn.*, t. I, p. 176.

había salido vivo del sepulcro y que se les había aparecido."[1]

Cualquiera que sea la hipótesis que se escoja, lo cierto es que nos hallamos en los orígenes mismos de la Iglesia.

* * *

I. ¡Así, pues, los primeros fieles de Jerusalén no han podido, como muchos lo pretenden, combinar sus relatos en forma tal que pudiere legitimar ciertas PROFECÍAS: *les faltó tiempo para ello.*

Es, por otra parte, del todo inverosímil—Loisy lo confiesa[2]—que los textos del Antiguo Testamento hayan sugerido de buen principio a los discípulos la resurrección de su Maestro. Para hallar esta resurrección en los textos... era preciso estar convencido primeramente de que la misma debía hallarse ahí; es decir, que era preciso creer en ella para descubrirla en la Escritura. Pero Pedro nada había comprendido cuando oyó el anucio de la Pasión (Luc. XVIII, 34); y de haberse acordado más adelante, no podía dejar de acordarse también de su escepticismo y de cómo los hechos le daban la razón. "La historia prefigurada del Mesías en el cielo radiante de las visiones de Daniel, que Jesús había entreabierto y que su palabra había hecho resplandecer, cesaba de ser verdadera; el libro había sido cerrado de nuevo y olvidado. Para los Apóstoles, Jesús muerto y sepultado, cesaba de ser el Cristo de Dios; su fe había muerto."[3]

Finalmente, ¿por qué los adversarios se apoyan en las referencias escriturarias de san Pablo? "Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras, y fué sepultado. Y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras, y fué visto por Pedro, etc." Eran judío-

1 *O. c.*, p. 33.
2 *Jésus et la Tradition*, ev. p. 200.
3 Rose. *Etudes sur les Evangiles*, pp. 302-303.

cristianos los hombres aludidos por este símbolo, Israelitas, o prosélitos, o a lo menos φοβουμένοι θέον ,[1] quienes se preocupaban en determinar la concordancia de los hechos con sus libros inspirados; y las referencias a la palabra de Dios venían a ser así, en la predicación primitiva, un indispensable lugar común. Si cerrásemos los ojos ante esta razón y petendiésemos que el Antiguo Testamento ha sugerido la leyenda y forjado pieza por pieza la historia de la resurrección, menester sería, por el mismo motivo, poner en duda la muerte de Cristo; ahora bien, excepción hecha de los radicales de la escuela comparatista, ¿quién hay que se atreva a profesar serenamente un absurdo de tan enorme calibre?

2. Según otros críticos, Weiszacker y Loisy, por ejemplo, las IDEAS ACERCA DE LA RESURRECCIÓN que corrían entre los judíos de la edad apostólica, les hicieron materializar el relato de los primeros testigos: éstos no habrían de buen principio referido sino visiones que recaían sobre Cristo vivo y exaltado en gloria.

Empero, lo repetiremos nuevamente, les faltó tiempo para ello: sólo al cabo de veinte o veinticinco años, semejante trabajo puede realizarse, y en este lapso de tiempo, las ideas pasan del estado vago al estado concreto; pero no hay huella de esta evolución que subsista en la historia ni en la literatura.

Además de esto, si Herodes teme que Juan Bautista haya resucitado, si los discípulos se imaginan que Jesús sea, tal vez, Elías o Jeremías que han vuelto entre los hombres, media, sin embargo, entre sus concepciones y la doctrina que profesan los fieles acerca de la resurrección del Salvador, *una diferencia capital*: Jesús, una vez resucitado, no muere ya (Rom. VI, 9); en sentir de los judíos, la resurrección que no va seguida de la muerte no tendrá lugar sino a la fin de los siglos.

1 Cfr. Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús.*

3. Finalmente, hasta *han carecido de tiempo* las religiones orientales para haber podido ejercer, en este dominio, la influencia que ciertos mitólogos quieren por su parte atribuirles.

Sabido es, por otra parte, lo que valen las historias de dioses que mueren y que resucitan.

Sabido es hasta qué punto la mentalidad galilea permaneció hostil al paganismo: el mismo Gunkel no la supone favorable sino en ciertos círculos particulares y desparramados.

Y luego, ¿cómo comparar diversas fuerzas naturales con Jesús de Nazaret—un hombre verdadero, de todos conocido, amigos y enemigos, y muerto el día anterior, por decirlo así; cómo comparar las leyendas sugeridas por la fantasía de los poetas o reguladas según el antojo de los mistos, con la obra histórica de edificación redactada por testigos que jamás se preocupan en razonar, en expresar sus anhelos, en manifestar sus esperanzas, que parecen ignorar el simbolismo solar, la victoria de un Héroe sobre el Caos, sino que puramente refieren hechos sin comentarios?

Añadamos que los *procedimientos de los comparatistas* no son siempre seguros: así vemos que, para hacer llegar hasta los misterios paganos la noción del "tercer día" y la importancia que los Apóstoles le confieren, disertan acerca de "los tres tiempos y medio", de que hablan Daniel y el Apocalipsis, y hasta acerca del "cuarto día" en el que se fija una proeza de Apolo.

Por lo tanto, el más antiguo testimonio de la Resurrección que podemos examinar críticamente, el testimonio de san Pablo, tiende a manifestar y garantir un acontecimiento histórico. Si fuese permitido a alguien rehusarlo, ¿qué podríamos conocer aún en materia histórica?

Pero no soy yo, el apóstol abortivo, el único que ha visto a Cristo después de haber salido vivo del sepulcro,

parece decir el Apóstol a los Corintios; también Pedro, con quien muchos entre vosotros miran de ponerme en oposición, y que fué favorecido con la primera aparición la tarde misma de Pascua. Posteriormente, el colegio de los Doce, del que Tomás se había alejado un momento, y al que Judas el traidor había debido abandonar. Después los 500 hermanos reunidos indudablemente en Galilea:[1] la mayoría de ellos viven todavía, interrogadles. Luego, siguiendo siempre el orden cronológico, tenemos a Santiago, primo del Señor, el principal de los cristianos judaizantes. Finalmente, los Apóstoles todos pueden darnos perfecta razón de lo que ellos mismos han visto.

Indudablemente, san Pablo expone sumariamente este testimonio. No hace aquí sino una *declaración episódica* y fundamenta sobre la historia una tesis doctrinal; y por tratarse de *un hecho por doquiera conocido,* aceptado por los fieles, lo trae a la memoria, sin pretender relatarlo.

¿Qué necesidad hay de pormenores? ¿Cómo no creer en la resurrección del Señor, cuando *los testigos son las columnas de la Iglesia,* los mismos a quienes Dios ha elegido de antemano? (Act. X, 40.) Los demás importan poco.

Consagradas nuevamente a sus humildes quehaceres, las mujeres hallaron vacío el sepulcro y hablaron con el ángel, *no desempeñan ya papel alguno;* los Corintios no las conocían, y las visiones con que fueron favorecidas, que refieren tal vez con una cierta variedad de forma, no obtendrían sino poco crédito entre los Griegos: ¿los Doce no habían permanecido incrédulos, mientras las escuchaban?[2]

Ahí tenemos, pues, un hecho unánimemente ENSEÑADO por los Apóstoles y CREIDO por todos los fieles, unos cinco años después de su realización:

1 ¿No habrían visto, acaso, sino a Cristo-Espíritu, después del día de Pentecostés? Cfr. pp. 321 y 427n.

2 El desprecio de un relato extraordinario hecho por mujeres no es cosa que asombre en Oriente, allí menos que en otras partes (Cfr. Marc.

CRISTO RESUCITO

—Los Evangelios van a describirnos este hecho.

EL TESTIMONIO DE LOS SINOPTICOS

¡A decir de los racionalistas y de los protestantes liberales, la fe mesiánica habría producido la fe en la resurrección. He aquí la manera. Los discípulos no concebían que Cristo pudiese ser, como los demás hijos de Adán, un vencido y un prisionero del sepulcro; allá abajo en Galilea a donde, desde la expiración del Sábado, habían regresado sin demora, esperaban vagamente su desquite, cuando de repente uno de ellos, probablemente Pedro en su casa, luego todos a la vez, en la mesa o sobre las riberas del lago, se persuadieron de que el Maestro había manifestado su presencia—bien como un personaje celestial que se muestra a los humanos, bien como un hombre que vuelve a asumir su existencia terrestre en el punto mismo en que la muerte vino a interrumpirla. No tenían todos el mismo criterio sobre ello, pero las necesidades de la apologética hicieron prevalecer al fin la segunda concepción. ¿Creyeron, a partir de aquellos momentos, que el sepulcro debía haber sido hallado vacío o, por el contrario, el sepulcro vacío dispuso los espíritus a imaginar la resurrección? Parece que al principio—lo propio que ocurría con las ideas acerca de la naturaleza de Cristo vencedor—esta relación no preocupaba a los fieles: a tal punto el sentimiento de la presencia y de la vida superior del Crucificado les dominaba. FUERON LOS EVANGELISTAS LOS QUE RELACIONARON LOS DOS ACONTECIMIENTOS Y

XVI, 11. Lagrange, *Ev. selon S. Luc.*, XXIV, 11).—"Se dan como tres órdenes de aparición. Aquellas ocurridas a los apóstoles y a los discípulos de que habla S. Pablo, y que son la fuente del testimonio doctrinal de la Iglesia docente; las acontecidas a las santas mujeres, cuya fidelidad Jesús quiso recompensar, y que preparan aquellas con que los Apóstoles fueron favorecidos; finalmente, la aparición a María, que no había sido relatada oficialmente en los documentos de la Iglesia, puesto que todo transcurría entre el Hijo y su Madre, en este orden sobreeminente en que ella estuvo colocada." Lagrange *in Marc.*, XVI, 9.

MATERIALIZARON LAS APARICIONES, CON TÍTULO JUSTIFICATIVO PERO CON TAN POCA HABILIDAD QUE VARIAS CONTRADICCIONES DE DETALLE Y SOBRE TODO UN DESACUERDO FLAGRANTE ACERCA DEL LUGAR DE LAS VISIONES PRIVAN A SU TESTIMONIO DE TODO VALOR HISTÓRICO...

I. Aunque Marcos, Lucas y Mateo refieren diferentemente el número de mujeres,[1] el fin que se proponían,[2] la hora en que se ponen ellas en camino,[3] el número y la posición de los ángeles que las mismas ven,[4] su actitud después de estas visiones,[5] la manera según la cual se da a conocer a los suyos, etc.,

**estas contradicciones de detalle
no destruyen
el valor real y positivo del testimonio de los Sinópticos.**

1. Acontece que cuando muchas personas hacen constar un acontecimiento, en circunstancias normales,

1 Magdalena y María, madre de Santiago, están nombradas por los tres Sinópticos. Marcos añade a Salomé. Lucas habla de Juana y de otras aún. "Es por otra parte verosímil que el grupo, de primero restringido, se hubiere ido aumentando insensiblemente. El sepulcro no es que distara del tal suerte de la ciudad." Lagrange.

2 El embalsamamiento no se llevaba a cabo entre los Judíos, como en Egipto, para preservar al cadáver de la descomposición, era un símbolo de respeto y de amor. Compréndese a partir de ahí el que las santas mujeres procedan a la sazón en esa misma labor con posterioridad a José de Arimatea quien, por la proximidad del sábado, había obrado de una manera apresurada y sumaria.

3 "Los evangelistas concuerdan en decir que las santas mujeres se dirigieron al sepulcro muy de mañana, pero los tres primeros precisan más diciendo que empezaba a despuntar el día; mientras que, según san Juan, aún estaba oscuro. Tanto en la mañana, como por la tarde, hay un momento en que puede decirse indiferentemente que es de noche. Asunto de impresión. Mas dígase una cosa, dígase otra, de ambas, oye uno por cierto hablar de la misma hora." Durand, in *o. c.*

4 Puédese creer que hubo allí dos ángeles, como lo afirma S. Lucas. Marcos y Mateo no citan sino uno solo, por cuanto dirigió la palabra a las madrugadoras visitantes.

5 Según Marcos, presas de espanto, huyeron y no dijeron nada a nadie; mientras que, según la relación de Mateo, a la vez temerosas y alborozadas, corrieron a dar la nueva a los discípulos. Mas tal vez no tenemos el final original del "primer evangelio" o bien de Marcos, habiendo llegado al término de su rollo, debió interrumpir el relato de los andares emprendidos por las santas mujeres y no pudo sino expresar su impresión dominante.

señalan unas éste y aquél rasgo secundario que pasa por alto a las demás, o lo comprenden bajo diferentes aspectos.[1] Si las grandes líneas de su testimonio subsisten, nada hay que pueda infundir recelos en lo tocante a la ciencia o a la veracidad de los testigos. Por el contrario, el fenómeno inverso se opone de tal suerte a las leyes de la *psicología,* que tendería de por sí a hacer recaer el descrédito en las narraciones evangélicas, o sea, si hubiese sido el efecto de un acuerdo premeditado de los narradores. "Representémonos, dice Bovon, el estado de espíritu de quienes las escribieron o inspiraron; recordemos hasta qué punto los testigos de los hechos evangélicos habían pasado, durante esta crisis de su fe, de la tristeza extrema a los fervores de una alegría enajenadora, entregados sin contrapeso a sentimientos avasalladores, cuya sucesión rápida no favorecería apenas, preciso es reconocerlo, el trabajo sobrio y correcto de la memoria. Lo que perduró en ellos fué la certeza de haber visto a su Maestro resucitado, convicción profunda, *inquebrantable,* que vemos expresada en sus discursos, fuerte y jubilosa, como un grito de triunfo."[2]

1 Cuando Tito Livio, y Polibio, y Dionisio, y Tácito, refieren el mismo acontecimiento, por ejemplo, la misma batalla, el sitio de una misma ciudad, cada uno de ellos con circunstancias diferentes, dado caso que los pormenores dados por uno manifiestan la falsedad de los pormenores del otro, ¿se ha nunca, por este motivo, negado la realidad del acontecimiento que constituye el objeto de sus relatos?... Ahora bien, si tratamos llanamente y lealmente a Tito Livio, a Dionisio, y a Polibio, y a Tácito, sin ir torturando sus sílabas una tras otra, ¿por qué ha de ser que no tratemos de la misma manera a Mateo, a Marcos, a Lucas y a Juan?—Después de haber citado este texto del racionalista Lessing, hay aquí, dice M. Fillion, esta diferencia en favor de los evangelistas, que los relatos de uno no reflejan en ninguna parte la falsedad del relato de otro.

2 *Théologie du N. T.*, t. I, p. 374. "Se me objetará, desde el punto de vista católico, que la Providencia debía, en nuestro caso, velar por la tradición cristiana para preservarla de error.—Sí, la Providencia divina ha velado por esta tradición, pero sirviéndose, para transmitirla, de hombres como de instrumentos. Ahora bien, tú lo sabes, la modalidad del efecto depende de la naturaleza de la causa insrtumental, y no de la acción de la causa principal. "Motus moventis, dice Santo Tomás, recipitur in moto iuxta naturam moti." Ejecutando exactamente la misma acción como causa principal, hoy escribo bien y mañana escribo mal— ¿por qué? Por cuanto hoy dispongo de un buen instrumento, de una buena pluma, y mañana de una pluma mala. Así, pues, en esta tradición

2. La *crítica histórica* confirma esta opinión. Por una parte, la diversidad de nuestras fuentes acusa testimonios numerosos e independientes; por otra, las contradicciones accidentales que contienen, prueban la sinceridad y el carácter objetivo de Mateo, de Marcos y de Lucas, que les han reproducido. Eran éstos sobrado perspicaces para no inventar, especialmente, la lentitud de los discípulos en reconocer a aquel con quien habían vivido tres años. Sabían que en el argumento hubiera podido ser aducido en contra suya, y que los adversarios hablarían de un fantasma hecho consistente por la credulidad. Y el respeto que profesaban para con los jefes de la Iglesia, ¿no les impediría oponer a la viva inteligencia de los Sanedritas, que reclaman que el sepulcro fuese custodiado, la incomprensión de los Apóstoles para con las Profecías? (Matth. XII, 40, XVI, 21, XVII, 22, XX, 19.)

II. También los adversarios extreman sus esfuerzos por otro lado. De creerles, contradicciones mucho más graves, hasta esenciales, hacen sospechosos los Evangelios. San Mateo pone las apariciones en la provincia del Norte: "Id, ordena el ángel a las santas mujeres; Jesús os precede en Galilea, es allí donde le veréis" (XXVIII, 7). San Marcos, fuera del célebre final, hace como él (XVI, 7). Los términos de este mensaje lo expresan, pues, netamente: los Apóstoles no deben

acerca de la Resurrección dirigida por la Providencia, por lo mismo que era transmitida por hombres, imperfecciones varias humanas debían naturalmente deslizarse. Dios no debía por su parte impedirlas sino de ser ellas de naturaleza a dañar al fin que se proponía conseguir sirviéndose de estos instrumentos humanos. Este fin, era el de conservar el hecho de la Resurrección de su Hijo, fundamento y objeto esencial de nuestra fe. Ahora bien, la garantía histórica de este hecho mismo, lo hemos visto ya, permanece toda entera a pesar de estas imperfecciones. Aún hay más, los apologistas buscan en estas leves contradicciones una prueba de que los evangelistas no se han entendido para engañarnos; y el historiador podrá hallar ahí la prueba de que las tradiciones que tiene en su presencia, son independientes las unas de las otras y de que de esa suerte existe aquí mismo una multiplicidad de testigos. Constituía ello toda una serie de motivos para que Dios permitiera a las causas creadas de que se servía, el que siguieran su curso natural. Podía impedir sus deficiencias, indudablemente, pero no es que debiera hacerlo... ¿Lo hizo? Es esa una cuestión por resolver mediante el examen detallado de los textos." Ladeuze, *o. c.*, pp. 38-39.

encontrarse con Cristo en Jerusalén, ni en Judea, en donde san Lucas (XXIV, 49) y el fragmento conclusivo de Marcos sitúan, sin embargo, los acontecimientos. Estos dos evangelistas INVENTARON LA TRADICIÓN JEROSOLIMITANA, POR CUANTO SE DIERON CUENTA DE QUE EL MAESTRO HABRÍA DEBIDO MANIFESTARSE DE BUEN PRINCIPIO EN LA CIUDAD SANTA, cerca del sepulcro del que había salido, a su madre y a los suyos; tal vez hasta comprendían que las apariciones galileas no habían sido sino alucinaciones, explicables en discípulos encariñados con el Maestro, al verse nuevamente después de su huida con el marco del antiguo idilio, en aquella colina de las bienaventuranzas, en aquel lago que transportaba todavía la barca desde la que Jesús hablaba a las multitudes entusiastas, con tantas personas y cosas que recordaban sus palabras, sus promesas, y que hacían revivir en ellos su recuerdo...

Oponemos a esas arbitrarias divagaciones una observación preliminar. Además de que *los relatos de los Sinópticos no reflejan nada legendario*—se habla ahí de la resurrección, lo confiesa Schmiedel, con una reserva notable, como habiendo tenido lugar ya, y nunca aparece allí descrita; en tanto que el Evangelio apócrifo de Pedro la describe ante los ojos de los Romanos y de los judíos que custodiaban el sepulcro, y de una manera grotesca—, "el caso de recuerdos sólidamente atestiguados, pero a primera vista poco coherentes entre sí y cuyo orden exacto y minucioso no puede fijarse con certeza, es un caso que se da muy frecuentemente en historia: tomar pie de esto para elegir una sola serie coherente de recuerdos, rechazando los demás o renunciando a utilizarlos, es una simplificación cómoda, pero poco científica, un procedimiento justamente proscrito por todo historiador concienzudo."[1]

De hecho, hemos de confesar sinceramente que

1 *D. A. F. C.*, de Grandmaison, *Jésus-Christ*, col. 1499.

El testimonio de los Sinópticos no contiene contradicción esencial alguna.

1. Porque las divergencias que parecen existir entre Lucas, por una parte, y Marcos y Mateo, por otra, un procedimiento literario las explica suficientemente. Mons. Ladeuze fija muy bien la cuestión. Marcos y Mateo han querido decir: "En realidad, fué en Galilea solamente donde Cristo se mostró a los suyos", o bien: "No vamos a referir aquí sino apariciones galileas. En Galilea se verificaron las manifestaciones que nos proponemos describir".

Repitámoslo: Los Evangelios no son un proceso verbal, la relación completa y exhaustiva—si cabe el vocablo—de los acontecimientos que llenaron la vida de Cristo sobre la tierra y de las eximias palabras que se dignó prodigar a las multitudes; pero relatos escogidos por los autores sagrados en la catequesis primitiva, según el fin que cada uno de ellos se proponía. Los hechos referidos, eran conocidos por conducto de la enseñanza oral de los testigos, transmitidos de boca en boca, de iglesia en iglesia. Su realidad no había para qué demostrarla; hallaban entre los cristianos una creencia absoluta. Los evangelistas querían sacar de ellos sobre todo un motivo de edificación, trayéndolos a la memoria con el objeto de ilustrar finalidades ascéticas o teológicas.

Ahora bien, MATEO nos ofrece grandes cuadros en los que representa uno o dos milagros que tienen por marco numerosos discursos del Maestro; luego, los relaciona entre sí y los adapta a un fin especial: mostrar que Jesús es el Mesías, y descubrir a los fieles procedentes del judaísmo por qué razones la salvación prometida a los judíos les ha sido rehusada, y en cambio, a los gentiles les será dado participar de este beneficio. El primer sinóptico no procede de otra suerte en la parte de su obra consagrada a la Resurrección. Se contenta con referir una aparición, resumiendo lo que la ha precedido y lo que la ha preparado: la llegada de las san-

tas mujeres al sepulcro, la orden dada por el ángel y por el mismo Cristo de advertir a los Apóstoles que fueran a Galilea en donde el Señor volverá a reunirse con ellos. Y ¿a qué podríamos atribuir esa elección de la aparición sobre la montaña galilea, con preferencia a todas las demás apariciones? A que *fué allí, después de los largos discursos de Jesús referentes al reino, donde fué confiada a los Apóstoles la misión de enseñar a los paganos* (XXVIII, 18-20); lo que contrasta con la mala fe de los jefes del pueblo israelita, expuesta en el mismo capítulo (XXVIII. 11-15): corrompen a los centinelas que prestan sus declaraciones con respecto al sepulcro hallado vacío, y esparcen una calumnia...

Dirigiéndose a los Romanos, que admiran particularmente las obras de fuerza o de dominación, Marcos infiere la divinidad de Cristo (I, 1, XV, 3) de su soberano poder: escribe el evangelio de los milagros en donde se ven las energías de la naturaleza subyugada a la voluntad del Maestro, los demonios vencidos y lanzados a lo lejos. La resurrección, esta victoria sobre la muerte, es a sus ojos la gran maravilla, la prueba decisiva de que Jesús es Dios. "Su evangelio, dice el P. Rose, se termina con el testimonio solemne del ángel que declara al Maestro salido del sepulcro y victorioso de la muerte, y que anuncia distintas apariciones. El autor que había referido las tres profecías de la muerte y de la resurrección, había llegado al término de su tarea; su propósito estaba realizado, podía, por lo tanto, concluir."[1] Si evoca el país galileo—no lo ha abandonado, por otra parte, sino para pintar los acontecimientos de la última semana—ello obedece a que *Jesús da allí a los Apóstoles, como un testimonio de su autoridad sobrenatural, el dominio sobre los elementos, sobre la enfermedad, sobre las bestias venenosas y sobre todos los malos espíritus.*

Proponiéndose relatar la conquista del mundo por el cristianismo, sigue LUCAS el orden geográfico. El

1 Rose, *Commentaire*, p. 189.

mensaje de la salvación ha sido proclamado en Galilea; luego, a través de la Perea y de la Judea, ha resonado en Jerusalén, la ciudad santa. Desde su capítulo IX, el autor nos instala allí. Porque Jesús—considérale él no como al Mesías de Israel, ni como al enviado divino, poseyendo la omnipotencia de Dios entre sus manos, sino como al Salvador de todos los hombres—Jesús debe, en la misma ciudad de Jerusalén, inmolar su vida y ofrecerla al Padre celestial en sacrificio expiatorio. *Por lo mismo, pues, que los saludables efectos de este holocausto descienden del Calvario para difundirse por la humanidad, ¿qué necesidad había de remontarse con los apóstoles hacia la provincia del Norte?* Los acontecimientos transcurridos en Jerusalén, ¿no demuestran sobradamente que la fe de los Doce, la fe que va a irradiar por doquiera y que esclarece ya a Teófilo, tiene un fundamento sólido? Después de haber resumido la catequesis (XXIV, 1-12), Lucas acuérdase de que los Griegos, a los cuales se dirige, rehuyen el asentir sinceramente a la resurrección de los cuerpos: insiste, por consiguiente, su relato viene a ser más detallado, más vivo. "Mediante un procedimiento literario hábil, ingenioso y sabio, san Lucas refiere el episodio de Emaús de tal suerte que tres atestaciones confirmatorias de que Cristo resucitó se dan la mano a la vez, resuenan de todos lados, estallan al mismo tiempo: el Señor resucitó verdaderamente, apareciose a Simón (34); los discípulos refieren cómo le reconocieron en la fracción del pan (35); y mientras estaban hablando de estas cosas, el mismo Jesús presentóse en medio de ellos—de los Once y de los que estaban con ellos congregados, en Jerusalén—y díceles: La paz sea con vosotros (36). Todos estos hechos innegables, como se ve, se entrelazan mutuamente y se corroboran unos a otros; son realidades que constituyen la prueba irrecusable del triunfo del Maestro sobre la Muerte."[1] Si quiere uno convencerse de que el tercer Sinóptico ha colocado esta his-

1 Rose.

toria dentro de una perspectiva artificial, agrúpense los hechos para ordenarlos a su fin, léase de nuevo el comienzo de los Hechos de los Apóstoles. Lucas sabe que Cristo subió a los cielos cuarenta días después de la resurrección (I, 3); ahora bien, tómense al pie de la letra los cuatro versículos de su evangelio: la Ascensión habría tenido lugar la misma tarde de Pascua.

2. Por lo demás, estos procedimientos literarios no implican

CONTRADICCION SUBSTANCIAL ALGUNA

entre los hechos referidos por los sinópticos.

a) Las apariciones judías son, en efecto, POSIBLES. El mensaje que el ángel trae a las santas mujeres, supone a los Apóstoles presentes todavía en Jerusalén. *¿Por qué habrían, por otra parte, huído?* "El miedo que se les atribuye no está justificado por temores de persecución, dice Godet. Pedro sale libremente del patio del gran sacrificador sin que nadie haya soñado en poner las manos sobre él, cabalmente cuando su cualidad de discípulo acaba de ser reconocida por todos. El pretendido alejamiento inmediato de los discípulos en el momento mismo en que su Maestro sufre un suplicio tan atroz, es a la verdad muy improbable."[1] Se concibe, por otra parte, que Jesús no se manifieste sino a tal o cual de entre ellos, cerca del sepulcro o en locales cerrados, evitando con cuidado la aparatosidad y el clamoreo de una muchedumbre que, en la antevigilia, se había mostrado llena de odio para con él.

b) Esto no prueba la REALIDAD de los hechos, se dirá tal vez. Pero Lucas es *un testigo autorizado;* ha seguido indudablemente la tradición palestinense, por lo menos tan antigua como san Marcos y que concuerda con aquella en la que se inspiraba la Epístola a los Corintios. "Ningún intérprete puede ponerlo en duda,

1 *Commentaire sur l'Ev. de S. Luc.*, t. II, p. 591.

dice el P. Rose. La dependencia del tercer evangelista con relación al apóstol de los Gentiles está determinada, no solamente por la tradición, sino también y sobre todo por la crítica interna. Pablo es, pues, un testigo de las apariciones judaítas..."[1] En realidad de verdad *el texto mismo* lo insinúa: Jesús resucitó—y esta resurrección verificóse al tercer día después de su muerte. Si las visiones deben demostrar las dos cosas es preciso que las primeras, las de la catequesis, hayan tenido lugar en Jerusalén, en la mañana de Pascua. Los Apóstoles no podían pisar en ese momento el suelo de Galilea, porque la distancia que separa la ciudad santa de la provincia del Norte, requiere una marcha forzada de tres o cuatro días.

Por cuanto Marcos sigue la tradición de Pedro y por consiguiente, lo hemos visto ya, la de Pablo, ha conocido ciertamente las manifestaciones de Cristo glorioso en Judea. La insistencia que pone en explicar el regreso de los Doce al país del que eran originarios, cuando nada les retenía ya en Jerusalén, lo hace, por lo demás, suponer: algo les había acontecido, forzándoles a prolongar su estancia allí. Y ¿qué había de ser ello, sino las primeras apariciones del Maestro?

En cuanto a Mateo, lejos de excluir tales apariciones, refiere una. "Jesús les salió al encuentro (a las mujeres que volvían del sepulcro), diciendo: ¡Salud! Y habiéndose acercado ellas, abrazaron sus pies y prosternáronse ante él" (v. 9). Ningún testigo del texto omite este versículo, observa Mons. Ladeuze, y su presencia se explica por sí misma, si se considera que por una parte el autor había de ser fiel a su fuente, el segundo evangelio; y que, por otra, no quiso omitir un hecho que conocía por otra tradición. Posteriormente, "cuando san Mateo (v. 16) declara que los Once fueron a Galilea y a la montaña que Jesús les había fijado, debe hacer alusión a una orden dada por Cristo después de sus apariciones jerosolimitanas; la palabra dirigida por

1 In. *o. c.* Cfr. *Etudes sur les Ev.*, p. 290.

el Salvador antes de su pasión (XXVI, 32) no puede ser la que el evangelista designa al presente; porque no se trata aquí de montaña señalada de antemano, ni tampoco de una cita propiamente dicha." [1] Finalmente, léase de nuevo con atención el texto de san Mateo: "Venid, ved el lugar en el que yacía sepultado, e id prontamente a decir a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; y he aquí que os precede en Galilea: allí le veréis". Nada podía vincular la obediencia de los Apóstoles a este mensaje y su próxima partida, sino la fe en la resurrección. Ahora bien, el testimonio de las santas mujeres no fué acogido, según los Sinópticos nos lo afirman; y sin embargo los Doce dejaron Jerusalén. Es preciso, pues, que un *acontecimiento decisivo* haya sobrevenido; y ¿cuál puede ser este acontecimiento sino la aparición de Cristo-Jesús, vencedor de la muerte y salido del sepulcro?

III. La objeción así refutada se apoya, por otra parte, en el hecho de que Jesús "precederá" en Galilea a aquellos a quienes allí convoca: προάξω ὑμᾶς εἰς τὴν Γαλιλαίαν. Pero el verbo ποάγειν no debe necesariamente traducirse por "preceder"; tiene por cierto muy frecuentemente, en la lengua neo-testamentaria, la significación de llevar en pos de sí, de dirigirse delante o antes de uno para conducirle. J. Weiss, Spitta y Schweitzer lo reconocen. El Pastor será herido, las ovejas dispersadas, había anunciado Jesús durante la Cena; pero resucitará, conducirá la grey a Galilea, yendo al frente de la misma como el pastor de que habla san Juan (X, 3-5), el pastor que muestra el camino. La promesa se cumple, dice el ángel a las mujeres que habían ido al sepulcro. Cristo, "redivivo, va a conducir a su reducida grey a los buenos pastos de otros tiempos, al país de los más puros recuerdos, de la seguridad, de los antiguos entusiasmos que no han resultado fallidos, como ellos lo creían, a aquella Galilea en donde fueron

1 Lepin, *L'origine du quatrième évangile*, p. 298.

iniciados en los secretos de su Reino. Pero menester será desde luego que se deje ver de sus ovejas, y que las reuna, lo *cual implica las apariciones previas en* Jerusalén, para cerciorarles y confirmarles acerca del milagro, para darles valor y mandarles que se pusiesen en camino hacia el mismo lugar; el sentido del texto exige tales apariciones." [1]

En resumen, san Pablo, reproduciendo la enseñanza de los apóstoles y la fe de la primera comunidad cristiana, atestigua que Cristo, sentenciado a muerte el viernes, resucitó el domingo. Este hecho quedaría en pie, aun en el caso de que la crítica debiera tener por sospechosas todas las narraciones contenidas en los Evangelios; mas éstas refuerzan el cuadro con muchos pormenores históricos, que son perfectamente dignos de ser admitidos: ninguna contradicción substancial les empece, sus divergencias accesorias se justifican perfectamente, y de ahí que la conclusión se imponga por sí misma: los Doce vieron a Cristo resucitado.

* * *

—¡Está bien!, dicen los adversarios. Pero si no dudamos de la buena fe de san Pablo y de los Doce—por cuanto una creencia cimentada en maquinaciones indecorosas no habría sido capaz de resistir el embate de las persecuciones; es el caso de traer a colación la frase de Pascal: no creo sino las historias cuyos testigos, antes de retroceder en sus afirmaciones, sufrirían el martirio, no admitimos, por esta sola razón, la realidad objetiva del acontecimiento que relatan. Sería preciso demostrar una cuarta tesis: Los Apóstoles vieron, verdaderamente, a Jesús resucitado. Y no podréis probarla. La naturaleza del hecho que discutimos ataja vuestros pasos.

1 *Revue des Jeunes*, 25 de marzo, 1923. Allo, *La réalité de la résurrection*.

IV

LOS APOSTOLES VIERON VERDADERAMENTE A JESUS RESUCITADO

Examinemos aparte la manifestación de Jesús a san Pablo y las apariciones que narra el Evangelio.

SAN PABLO

¿vió a Cristo redivivo en el cuerpo con que fué sepultado?

> Baur, que había pasado su vida en eliminar los milagros del Evangelio, confiesa que la conversión de Pablo resiste a todo análisis histórico, lógico o psicológico. Manteniendo un solo milagro, Baur los deja subsistir todos. Y con ello malogró su vida.
> Landerer.

I.) 1. Las mismas ideas de los judíos contemporáneos, para quienes la resurrección era una reanimación del cadáver, nos inclinaría sin duda a admitir esta tesis si

2. Weiszacker, profesor en Tubinga, no opusiera aquí una objeción muy especiosa. La aparición de la que Pablo pretende haber sido el testigo, tenemos derecho a explicarla, dice, mediante el estudio de las ideas paulinianas acerca de la resurrección y de la naturaleza del Salvador resucitado. ¡Ahora bien, éste tiene un cuerpo glorioso (Phil. III, 21); él es las primicias de aquellos que duermen (I Cor. XV, 20); como él, nosotros saldremos del sepulcro con un cuerpo espiritual (I Cor. XV, 44). Lo que vió Saulo en el camino de Damasco era, pues, EL CUERPO ESPIRITUAL DE JESÚS. Pero lo que es espiritual no puede ser percibido con los ojos corporales, ni servir de objeto a las comprobaciones científicas. De ahí a concluir que la resurrección del Salvador no se comprueba históricamente, no media sino

un paso; y este paso, los racionalistas se apresuran a darlo.[1]

Bastará hagamos constar que esta explicación parece bien poco conforme, por cierto, con *la doctrina de san Pablo*. Que la resurrección de Cristo sea a sus ojos la prenda, el modelo y el ejemplo de la nuestra, y que la naturaleza de ésta deba instruir al cristiano acerca de la naturaleza de aquélla, estamos de acuerdo. Mas ¿dónde se ve que el cuerpo glorioso ha sufrido una transformación substancial, que ha cesado de ser material para convertirse en espiritual? Los textos enseñan lo contrario: la vida humana continúa a través de la muerte, la renovación de nuestro ser no implica la creación de una personalidad nueva, el cadáver vivificado se transforma en el mismo sentido y sin solución de continuidad. La I Cor. XV lo afirma claramente: "Ni la carne, ni la sangre pueden heredar el reino de Dios... He aquí un misterio que os revelo; no moriremos todos; pero todos seremos tranformados en un instante... Porque es menester que este cuerpo corruptible sea revestido de la incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal sea revestido de la inmortalidad" (v. 50-54). La expresión dos veces repetida: este cuerpo, y la imagen de revestirse, implican evidentemente, dice Godet, la idea de continuidad del cuerpo nuevo respecto del antiguo; es un solo y mismo principio orgánico que se presenta sucesivamente bajo dos formas diferentes. El elemento permanente, encerrado de primero en una envoltura corruptible, es elevado de repente, por un acto de om-

1 Cfr. La opinión de M. Loisy: "Creo haber mostrado, dice, que la resurrección del Salvador no es propiamente un hecho de orden histórico..., sino un hecho de orden puramente sobrenatural, supra-histórico, y que ella no está demostrada ni es demostrable con el solo testimonio de la historia."—Loisy, *Autour d'un petit livre,* París, 1903, pp. 169, 120; (Decreto *Lamentabili,* prop. 36; Denzinger-Bannwart, n. 2.036.—¿Por qué? Por cuanto que "Cristo resucitado no pertenece más ya al orden de la vida presente, que es el de la experiencia sensible... la entrada de un muerto en la vida inmortal está más allá de los alcances de la observación" (Loisy, *L'Evangile et L'Eglise,* p. 74). Además de esto, "impresiones varias sensibles no son el testimonio adecuado de una realidad puramente sobrenatural... Es inevitable que toda prueba natural de un hecho sobrenatural sea incompleta y deficiente" (Loisy, *o. c.,* página 76).

nipotencia divina, a un modo de existir inalterable.[1] De donde resulta que el cuerpo de Cristo aparecido, lejos de no ser ya substancialmente el cuerpo de Cristo sepultado, lejos de ser espiritual y luminoso, y de la misma naturaleza que los cristianos atribuyen a los ángeles, subsistía para el Apóstol, en un estado definitivo, tal como el hombre permanece el mismo a pesar del cambio de sus vestidos.[2]

Y así vemos que el verbo ἐγήγερται =resucitó, en relación con απεθανεν = murió, y con ἐτάφη = fué sepultado, significa exactamente que el hombre depositado en el sepulcro salió de él para volver a la vida.

Las palabras ἐκ νεκρῶν bastarían, por otra parte, por sí solas para probar que san Pablo piensa en una resurrección corporal; porque espiritualmente, dice todavía Godet, Cristo no estuvo nunca entre los muertos.

1 *O. c.*

2 La comparación es de Mgr. Ladeuze. "Sí, exclama S. Pablo en su epístola a los Romanos (VIII, 10-11), por consecuencia de nuestra unión con Cristo, no solamente el Espíritu de Dios habita y vive (ahora) en nosotros, sino que (un día) vivificará él nuestros cuerpos mortales también. ¿Qué de más claro puede quererse? Serán transformados indudablemente, estos cuerpos, y se les podrá llamar cuerpos espirituales; lo que significa que en lugar de ser un obstáculo para la vida transcendente, la servirán perfectamente y que en este sentido, no serán más "carne y sangre". ¿Los críticos no se representan bien, tal vez, este cambio que no responde a las ideas que se han formado acerca de la composición de la materia? Poco importa; se trata únicamente aquí de saber lo que piensa S. Pablo. Puesto que según él nuestros cuerpos, para venir a ser gloriosos, serán transformados a imagen del "cuerpo de gloria" de que Jesús se revistió mediante su resurrección (Phil. III, 21), necesario es reconocer que, según él, este "cuerpo de gloria" del Salvador no es sino su cuerpo mortal transformado. Si ha podido El admitir que los cuerpos humanos viviendo en el momento de la parousia serán así cambiados, nada de extraño tiene el que haya admitido igual cambio con respecto al cuerpo de Jesús, muerto, verdad es, pero muerto la víspera y sin haber aún conocido la descomposición. Sin duda, declarará que Cristo resucitado, es el Espíritu. Pero, ¿qué quiere decir ello? que el principio que le vivifica y que le anima a él mismo en todo sin la menor resistencia, es el Espíritu, es decir, el principio de su vida transcedente y que él mismo, establecido en este estado, ha llegado a ser para toda la creación el principio de una vida nueva que realiza ya en nuestras almas, esperando poder extenderla a toda la naturaleza. "El primer hombre, Adán, vino a ser una alma viviente. El segundo Adán, El, vino ser un espíritu vivificante" (I Cor. XV, 45). Supongo que san Pablo no ha rehusado a nuestro primer padre un cuerpo material, por cuanto le declara caracterizado mediante su "psukhé". Así, pues, no negó a Cristo glorioso su verdadero cuerpo, por cuanto declara que El pertenece, en su ser y en toda su acción, al orden del espíritu." Ladeuze, o. c., pp. 23-24.

Loisy lo reconoce. "Aun cuando el cuerpo de Jesús haya sido en algún modo espiritualizado por la resurrección, los discípulos no se representan al Salvador como un puro espíritu, ni la resurrección como la permanencia de su alma inmortal... Para ellos, el Salvador estaba vivo, por lo tanto con el cuerpo que había tenido antes de su muerte. Las condiciones de existencia de este cuerpo eran diferentes, pero era el mismo que había sido puesto en el sepulcro, y del cual los discípulos creían que no había permanecido allí"[1]

II. "Los Apóstoles y san Pablo, había confesado Loisy anteriormente, no creen tampoco referir impresiones subjetivas; hablan de una presencia de Cristo objetiva, exterior, sensible, no de una presencia ideal, y por cierto menos aún de una presencia imaginaria.

A.) 1. De hecho, en el pasaje que nos ocupa, Pablo quiere probar la resurrección corporal de los muertos: ¿cómo una simple visión, una aparición espiritual del Señor, podría servir de fundamento a su demostración?

2. Por otra parte, se comprende apenas que haya reivindicado tan denodadamente para sí (Gal. I, 12-16, I Cor. IX, 1) esta cualidad de apóstol que los contemporáneos reservaban a los enviados inmediatos de Cristo, a quienes le habían realmene visto y oído (Act. I, 22), y que él mismo distinguía con cuidado del oficio de profeta—la característica del profeta era haber tenido visiones (I Cor. XII, 28)—si no legitimaba este título en algo superior a las representaciones mentales? Cierto que, estas mismas representaciones, habíalas él experimentado; pero las adjudica o atribuye a la acción del Espíritu Santo como a su verdadera causa, mientras que su conversión es una intervención personal, directa y especial de Jesús, que la ha producido (Gal. I, 12).[2]

1 *Les Evangiles Synoptiques,* t. II, pp. 743-744.

2 "El versículo 12, con su antitesis παρὰ ἀνθρώπου, y su genitivo

"Estas pertenecen a la esfera de su vida privada: no habla de ellas sino una sola vez, y aún con una repugnancia extrema, envolviéndose adrede en expresiones misteriosas como si se tratase de un secreto que sentía descubrir y sobre el cual se apresura a extender el velo del olvido. Ahora bien, el Apóstol no experimenta nada parecido cuando se trata de su conversión. No hace de ella misterio, sino uno de los temas habituales de sus Epístolas. Reivindica para sí altamente el honor de haber sido también testigo de la Resurrección, y, de ahí, el haber llegado a ser el igual de los Doce".[1] Preciso es, por lo tanto, concluye Sabatier a este respecto, "que haya tenido en su conciencia—por cuanto se refiere al hecho de que venimos hablando—una línea de demarcación netamente trazada entre sus apariciones, cuya serie está terminada y los éxtasis y visiones que duraron durante toda la edad apostólica".[2]

B.) En su conciencia... Estas tres palabras podrían encubrir una celada: no se proclama de ningún modo con ellas la realidad exterior y objetiva de la manifestación de Cristo a san Pablo. Pablo, se nos dice, estaba preparado patológica y psicológicamente para la aventura que le acaeció en el camino de Damasco. Naturaleza nerviosa y excitable, temperamento sanguíneo-bilioso, epiléptico, histérico tal vez, no podía menos de dar en la crisis que le echó un día por el suelo—congestión cerebral o violento acceso de oftalmia, debido sin duda al tránsito súbito de la luz a la sombra, del horno del desierto a la frescor relativa de un oasis. Este accidente fué para su conciencia subliminal como un latigazo. La perplejidad y el remordimiento que le trabajaban desde algún tiempo, la estima que profesaba a pesar suyo a sus víctimas, el temor de que Jesús pudiera ser el Mesías, un Mesías cuyos sufrimientos no

subjetivo, como dicen los gramáticos, Δι αποκαλυψεως Ἰησοῦ χριστοῦ, indica, sin duda posible, que Jesucristo es, a la vez, el autor y el objeto de la revelación."

1 Toussaint, *o. c.*, Introducción, p. 27, cfr. Ladeuze, *o. c.*, pp. 25-26.
2 *L'Apotre Paul*, p. 50.

comprendía, puesto que los Libros santos lo anunciaban glorioso: todo ello vino de repente a emerger y flotar en la superficie de su conciencia clara, y su imaginación experimentó una tal turbación que la imagen de Cristo vivo, de Cristo resucitado, implantóse profundamente en ella... Pablo fué, pues, víctima de una alucinación, no percibió objeto real y visible.

1. Mas por cuanto esta alucinación coincide con desórdenes funcionales, y hasta con lesiones anatómicas de los centros cerebrales, o, en ciertos casos, del sistema nervioso periférico, nos hace sonreír la opinión de Diafoirus, el cual diagnostica con seguridad, después de veinte siglos, el estado patológico del viajante hacia Damasco. "La ciencia medical, ya tan incierta cuando se trata de hechos contemporáneos, la ciencia psicológica, tan poco avanzada todavía, no autorizan semejante osadía. Los documentos no nos dan sino vagos indicios, signos que no tienen nada de decisivos, síntomas que se pueden interpretar de maneras bien diversas.[1] Por lo demás, ¿en qué se apoya en el fondo la hipótesis discutida? En un principio *a priori*, en un postulado preconcebido: la imposibilidad de apariciones verdaderas poseyendo un valor objetivo. Ahora bien, este principio, este postulado, no son en modo alguno evidentes por sí mismos. Decidir así de antemano la cuestión, no está conforme con el método crítico positivo. Necesario es dejar la puerta abierta a explicaciones de otro género." [2]

2. Los psicólogos tampoco nos merecen crédito cuando pretenden conocer tan bien lo que pasa en el dominio de la subconciencia, la cual, en fuerza de su definición misma, *está por encima de toda experiencia,* o cuando describen la lenta germinación de ideas y de sentimientos, de los que Pablo no tiene recuerdo alguno. "A vuestro parecer mediaron relaciones anterio-

1 Cfr. II, Cor. XII.
2 Le Roy, *Dogme et Critique,* p. 220-221.

res entre él y los cristianos. No les conocía sino como el verdugo conoce a sus víctimas. Nada sabía en lo tocante a su doctrina, si no es que era incompatible con la Ley de Moisés, inconciliable con el judaísmo, por lo tanto aborrecible y digna de exterminio; esto le bastaba y no deseaba saber más. Le atribuís perplejidades, ansiedades, remordimientos. Os contesta que no experimentaba ninguna turbación, ninguna inquietud, que creía sinceramente servir a Dios, que procedía de buena fe y que debe a su ignorancia el haber obtenido misericordia."[1] Los textos, ahí están. "Yo también creí que debía oponerme con todas mis fuerzas al nombre de Jesús de Nazaret" (Act. XXVI, 9). "Oísteis hablar de mi conducta cuando estaba dentro del judaísmo, sabéis con qué exceso perseguía y asolaba la Iglesia de Dios, y también cómo sobrepujaba a los de mi edad y de mi raza, por mi celo en guardar nuestras tradiciones nacionales" (Gal. I, 13-14). "Blasfemador, perseguidor, insultador... obtuve misericordia, porque obré por ignorancia" (I Tim. I, 13).

3. ¿Cómo conciliar estos textos con la afirmación medical de que las alucinaciones tienen por origen las imágenes más profundamente grabadas en el centro común, es decir, aquellas que se reproducen con la mayor frecuencia en el curso de un mismo día? Y, a partir de ahí, ¿dónde hallamos en el Apóstol la materia de las pretendidas divagaciones alucinatorias?

No se reconocerá tampoco su *proceso*. "Pablo nada absolutamente sabe, y esto es esencial, de una preparación progresiva, de una conversión gradual al Evangelio. El recuerdo que ha conservado toda su vida de esta conversión, es el de un acontecimiento fulminante, que le sorprendió en pleno judaísmo y le lanzó a pesar suyo, en un camino nuevo."[2] "Fuí asido por Cristo", es-

1 Prat, *o. c.*, p. 48. "La crítica moderna, dice M. Loisy, se ha esforzado bien inútilmente en hallar en el relato mismo de los Hechos los vestigios de un trabajo psicológico anterior." *Commentaire des Actes*, p. 399.
2 A. Sabatier, *L'Apotre Paul*, p. 43.

cribe a los Filipenses (III, 12). Y si Cristo le habla de un aguijón en contra del cual es necesario que no recalcitre, no se refiere al remordimiento, se trata del llamamiento presente a la conversión que sería insensato y doloroso desoír.

Finalmente, los *resultados* de la aventura no encajan con la hipótesis racionalista. "Si la aparición de Cristo a Pablo fué una alucinación, ésta no pudo ser la causa sino el producto de su fe; porque uno se pregunta cómo el alma de Saulo el fariseo, si no era ya cristiana, habría podido crear una tal visión; y, por otro lado, si Pablo era cristiano antes de este momento, ¿cómo ha podido entrelazar con esa misma visión su conversión? El enigma de una tal transformación viene a ser aún más obscuro".[1] Empero, por más que se le resolviera, quedarían por explicar las percepciones sensibles de aquellos que acompañaban al futuro Apóstol. Llega a sus oídos el sonido de una voz (Act. IX), aun cuando no comprenden apenas lo que ella dice (XXII, 9); si no distinguen persona alguna (IX, 7) perciben la luz de donde proceden las palabras (XXII, 9); y todo ello les pone fuera de sí (IX, 7, XXVI, 14).[2]

De esa suerte se estrellan en contra de los textos los esfuerzos de la crítica impía. **Se debe deducir de esto que san Pablo fué favorecido con una aparición real, positiva, exterior, y que, por lo tanto, Jesús resucitó verdaderamente.**

Por otra parte—y tenemos ahí una garantía histórica de las más sólidas—, *Pablo apela a otros testigos inmediatos que habían percibido fenómenos exactamente iguales y cuyo informe auténtico era considerado por la tradición con esmero*:

LOS APOSTOLES

Para no abrir los ojos a la luz de esta evidencia, los

1 Sabatier, *o. c.*, p. 51. Cfr. E. Baumann, *o. c.*, p. 69 ss.
2 Prat, *o. c.*, p. 46. "En su obstinación por demoler el relato de

adversarios no tienen sino el mismo recurso, una sola hipótesis, y Dios sabe lo mucho que de resorte tal se han servido. Hemos citado a Loisy. Renán va más allá. "La fuerte imaginación de María de Magdala jugó en estas circunstancias, escribe, un papel capital. ¡Poder divino del amor: momentos sagrados en los que la pasión de una alucinada da al mundo un Dios resucitado![1]" He ahí la palabra que pugnaba por salir de su pluma. Pero ni el texto del evangelio, ni los caracteres del hecho que el mismo evangelio consigna, ni los resultados que ha producido, concuerdan con la conjetura de la alucinación: no hallaremos la menor dificultad en demostrarlo.

Los textos

asignan en efecto a las manifestaciones de Cristo después de su muerte una causa sensible. No hay un solo contemporáneo que haya creído en la presencia mística, incorpórea, de Jesús entre los Apóstoles agrupados en el Cenáculo o al regresar en Galilea; y si los discípulos hubiesen considerado un momento la posibilidad de una hipnotización o de tener ante los ojos un fantasma, viéronse al punto constreñidos a abandonar esa hipótesis.

Por lo demás, los Sinópticos, como san Pablo, enumeran solamente algunas apariciones: es cierto que las refieren una a una, que las distinguen de las demás visiones tan comunes en esta época. Ahora bien, esta misma *sobriedad* crea una presunción en favor de la objetividad de los hechos; porque, la historia lo prueba, la alucinación es contagiosa, se propaga y se multiplica. Pero no,

los Hechos, M. Loisy llega a pretender que los compañeros de Pablo serían inventados. Elimina estos compañeros que le molestan; ¡como si en Oriente se viajara sin escolta, sobre todo Pablo, personaje oficial, ejerciendo una misión judicial, en virtud de la cual conduciría diversos prisioneros!" E. Baumann, *Saint Paul.*

1 *Vie de Jésus,* pp. 449-450.

SUS CARACTERES MÓRBIDOS

no se traslucen aquí.

1.º Podemos descartar ya, desde el primer momento, las ALUCINACIONES PATOLÓGICAS, puesto que afectan generalmente a individuos histéricos, a los neuróticos, a los que se hallan en un estado febril dentro de una enfermedad crónica, o bien que están sujetos a ciertas excitaciones determinadas. Recuérdese a los montanistas, a las muchas epidemias convulsionarias de la Edad Media o a las ilusiones de la vista y del oído en los profetas camisardos, ilusiones de las que participaba una muchedumbre ignorante y fanatizada: todo ello nacía de una sobreexcitación nerviosa; y los gritos, gemidos, calambres, desmayos, acompañaban a los fenómenos.[1] Mas los apóstoles mantienen su sangre fría. Ningún rastro hay ahí de desequilibrio mental. El retorno de Cristo no ocupa el campo de sus pensamientos; no sueñan ni en los paisajes de Galilea, en el retorno posible de los pasados tiempos. Y además, ¿podían ser neurópatas, esos hombres de recia musculatura, con torso de bronce, esos pescadores del lago de Genesaret, llevando como llevan una vida al aire libre, incansables para el trabajo, familiarizados con las duras tareas de cotidiano vivir?

Lo que refieren es, por otra parte, racional y las alucinaciones son siempre, en algún punto de su curva, o grotescas u obscenas, u horribles, y materialmente imposibles. ¿Puede ocurrir de otra suerte, puesto que no pueden ellas producirse sino fuera del dominio de la conciencia y de la atención, "ya que el artista que las improvisa y las pinta en los ojos o en los oídos no es otro que la imaginación enferma, desenfrenada, sustraída por su enfermedad y su desenfreno mismo a toda dirección de la razón?"[2]

2.º Mas ciertos psiquiatras, no queriendo colocar

1 Cfr. Pablo Buysse, *La Iglesia de Jesús*.
2 Dr. De Grandmaison.

entre los locos, ni que sea entre los locos de un momento, a santos como Pablo, Francisco de Asís, Catalina de Sena y tantos otros visionarios católicos, cuyo pleno ejercicio de facultades intelectuales no sufrió eclipse, nos hablan esos psiquiatras de alucinaciones psicológicas, gracias a las cuales algunos hombres habrían podido dar si no un cuerpo, a lo menos las apariencias de un cuerpo a sus imaginaciones. "Imágenes varias surgen ante ellos, les hablan, les tocan. Tienen esas mismas imágenes los atributos de la realidad, de la vida; tanto y de tal modo que, sin realidad ni vida, se imponen ellas al cerebro, cuya creación son, como si estuvieran dotadas de realidad y de vida exterior al cerebro".

¡Vana escapatoria! ¿Por qué tratar de sano al espíritu que cae irresistiblemente en la ilusión y se forja castillos en el aire? ¿Se ha probado, acaso, que en estado de vigilia y de salud el ser humano puede llevar a cabo lo que efectúa durante el curso de una enfermedad o de un sueño? ¿Apóyase alguien, para afirmarlo, en observaciones indiscutibles? "Jamás, dice un médico especialista, M. Foderé, jamás la representación mental, aun llevada a su más alto grado, llegará hasta a la producción de esas sensaciones exteriores tan claras, tan precisas que constituyen la verdadera alucinación. El pintor que ha grabado en su memoria un modelo, no le ve con los ojos del cuerpo, sino mentalmente, sin que nunca pueda llegar a representárselo materialmente." [1]

Sea de ello lo que fuere, los Apóstoles no pudieron representarse en su sueño alucinatorio sino sus propias concepciones, la reflexión profunda, obstinada, y el deseo ardiente que les atormentaba. "Por peregrinas, turbadoras y caprichosas que puedan ser ellas, dice el Dr. de Grandmaison, las alucinaciones no se forman sino a expensas de imágenes previamente registradas

[1] *Traité du délire,* p. 247.

en el centro común. Ellas tienen siempre a las imágenes conocidas y personales del alucinado, como puntos de partida." [1] Pero, ¿quién no lo ve? *Esta preparación indispensable faltó a los Apóstoles.* El recuerdo que les queda de Jesús es el de un Mesías paciente en medio de sus sufrimientos, inconciliable con el anhelo inmutable que ellos tenían, el de un Maestro ligero, si no engañador, que, después de haber prometido sentar a sus discípulos sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Matth. XIX, 28), no había logrado salvarse a sí mismo. ¡Tan lejos están de acariciar un sueño de apoteosis! Vedlos ahí abatidos, corridos de su desatino. Cuando las mujeres les anuncian la resurrección, permanecen incrédulos,[2] y al llegar al sepulcro, no perciben a nadie.

Ahora bien, hallamos ahí una nueva prueba. Hasta la tarde de Pascua, los discípulos dudan y, a la primera aparición de Jesús, se turban. Les parece que una alma venida del *sehol* se muestra a sus ojos en una apariencia sensible (Luc. XXIV, 37). Pero no, mirad, dice la visión, mirad estas manos y estos pies; conservan aún la huella de los clavos con los que me crucificaron (v. 39-40). Entonces, en ellos, la alegría reemplazaba al temor; pero también ella tiene sus momentos de desconfianza: ante tan inmensa ventura, no era del caso recelar de si habían sido víctimas de una ilusión? He aquí por qué el Maestro acaba de convencerles: el pescado asado que toma (con un panal de miel), lo come en presencia de ellos (vv. 41-43). Estos hechos vienen a ser para los discípulos pruebas irrefragables de que están oyendo, que palpan al Mesías resucitado. Ahora bien, el

1 *R. P. A.* abril, 1913. *Bernardette Soubirons était-elle une hystérique?*

2 Matth. XXVIII, 17. Y viéndole se postraron, los mismos que habían dudado.

Marc. XVI, 11. Y estos, habiendo oído decir que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron. Ibid., 13. Y éstos (los discípulos de Emmaüs) volviéronse a anunciarlo a los demás; y ellos no les creyeron tampoco (véase Lagrange, in *o. c.*).

Luc. XXIV, 11. Y estas palabras les parecieron un desvarío, y no las creían.

alucinado psicológico reconoce al exterior la imagen cuyos rasgos una auto-sugestión profunda ha grabado en su cerebro, la tiene por cierta, y *no se sorprende* al ver los aspectos, el carácter, o al oír los discursos del fantasma que él mismo había madurado largo tiempo y forjado en su imaginación.

—Finalmente,

Los resultados

que la Resurrección de Jesús ha producido entre los Apóstoles y a los ojos del pueblo judío, no podrían evidentemente tener por causa algún fenómeno morboso.

1. Pasada la excitación por estos acontecimientos, el ardor de los discípulos habría debido desaparecer sin dejar otras señales que una vaga incertidumbre, una inquietud tal vez. Pero, no. Estos hombres quedaron transformados; la historia de Israel, la vida de Cristo y sus enseñanzas, aparécenles de golpe bajo un aspecto nuevo; respiran una paz y una alegría que confunde a sus perseguidores; predican con autoridad, las multitudes se convierten a su llamamiento, emprenden la conquista del mundo. "La fe en la resurrección, dice E. Le Roy, ha determinado una inmensa explosión de vida que a partir de entonces ha llenado la historia, saltando por encima de todos los obstáculos y sobreviviendo a todas las críticas; esta fe ha sido el punto de partida y el principio del más levantado progreso espiritual que haya llevado a cabo el alma humana; ella ha acumulado en una carrera prodigiosa las pruebas más asombrosas de su fecundidad inagotable y duradera." [1]

2. Que hubiera allí un milagro psicológico, lo confiesan muchos sin inquirir, sin embargo, su causa determinante. La idea de una resurrección corporal les embaraza o les repugna; y no obstante, necesario es

[1] *Dogme et critique*, p. 224.

que nos digan por qué el sepulcro fué hallado vacío, ya que, por su naturaleza misma, este hecho no se presta a alucinación.

a) ¡Ahora bien, a despecho de algunas divergencias secundarias, los tres Sinópticos relatan ese mismo hecho de una manera tan concordante, que reflejan con toda seguridad la tradición primitiva.

b) Y ved cuán natural es el relato. Las santas mujeres lo declaran sin ambages: apremiado por la vecindad del sábado, José se limita a un sepelio sumario (Marc. XV, 46). Así, pues, procediendo de común acuerdo, preparan aromas varios y perfumes (Luc. XXIII, 56). Pero una vez transcurrido el gran día, un designio en conformidad con su papel de seguidoras y siervas de Cristo (Marc. XV, 41), vuelven al sepulcro, bien que no sabiendo cómo llegarán a remover la piedra, la muela enorme que vedaba el acceso (Marc. XV, 46, XVI, 5). Por suerte, alguien la había ya hecho rodar. Allí mismo, a corta distancia, un joven a quien toman ellas por un ángel, se les avecina, y les hace saber que Jesús ha resucitado y que su cuerpo no se halla ya allí donde venían a buscarle.

Estos toques discretos ¿son obra de un falsario? Comparad los cuadros que nos han dejado los apócrifos: están recargados de rasgos inverosímiles o grotescos. "Después de haber dado el sudario al criado del sacerdote, el Señor, dice el Evangelio de los Hebreos, dirigióse hacia Santiago y aparecióseIe, porque Santiago había hecho el juramento de no probar bocado de pan a partir de la hora en que había bebido el cáliz del Señor hasta el momento en que le vería resucitar de entre los muertos". Y, algo más adelante: "Traed, dijo el Señor, una mesa y pan". Y al momento añade: Tomó el pan, le bendijo, repartióle y dió una parte a Santiago el justo y le dijo: "Hermano mío, come tu pan, porque el Hijo del hombre ha resucitado de entre los muertos".—De madrugada, al rayar el sábado, re-

fiere el Evangelio de Pedro, una multitud de gente acudió de Jerusalén y de los alrededores para ver el sepulcro sellado. Mas, durante la noche que precedió a la alborada del domingo, como quiera que los soldados tenían montada la guardia de dos en dos, una gran voz dejóse oír en el cielo, y vieron abrirse los cielos y descender dos hombres, resplandecientes de luz, y que se aproximaron al sepulcro. Ahora bien, la piedra que tapaba la puerta rodó por sí misma y se colocó de lado, la tumba abrióse y los dos jóvenes entraron, y al verlo, los soldados despertaron al centurión y a los Ancianos, que había también allí, de guardia. Y en tanto que (los soldados) explicaban lo que habían visto, perciben de nuevo tres hombres saliendo del sepulcro: dos de ellos sostenían al tercero, y la cruz le seguía. La cabeza de los dos primeros tocaba el cielo y la del tercero traspasaba los cielos. Y oyeron una voz, venida de los cielos, que decía: "¿Predicaste a los muertos?" Y una respuesta partió de la cruz: "Sí".

c) Suponiendo que Jesús estaba aún en el sepulcro cuando los Apóstoles acudieron al huerto de José para hacer, después de oír a las mujeres, la averigüación de su emocionante mensaje, ¿compréndese que hayan podido creer en la realidad de las apariciones, y que Pedro y Juan se hayan dejado encarcelar antes que dejar ya de predicar la resurrección de su Maestro? (Act. IV, 5). Su sinceridad vendría a ser sospechosa.

d) Por otra parte, de qué formidable argumento no hubieran dispuesto los judíos de haber podido, en cualquiera época, apelar al sepulcro siempre ocupado, del mismo modo que san Pedro apelaba a la tumba de David (Act. II, 29). Ahora bien, no solamente no hay rastro de semejante objeción en boca suya, ni en san Mateo, ni en los Hechos, ni en los Documentos talmúdicos, ni en otras partes; sino que las dificultades que los judíos levantaron, prueban positivamente que el

cuerpo había desaparecido del sepulcro, y esto unos días después de la sepultura." [1]

No fueron, pues, ELLOS quienes se apoderaron del cadáver, con el objeto, tal vez, de que pasara, como lo quiere Loisy, por la suerte que la ley y la costumbre reservaban a los cadáveres de los ajusticiados. ¡Teoría vergonzante y caduca! Los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas reunidos en tornó de Anás, el sumo sacerdote, al interrogar a Pedro y a Juan: "¿En virtud de qué poder y en nombre de quién habéis hecho esto?" y una vez reciben la famosa respuesta: "Es merced al nombre de Jesucristo de Nazaret a quien crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos..." (Act. IV, 5), ¿puede uno pensar siquiera que autoridades tan rencorosas y sarcásticas, de haber contribuído a la substracción del cadáver, se habrían limitado a prohibir con amenazas el hablar en adelante de Jesús a quien quiera que fuese? (v. 17). La pieza convincente contra la que la fe—cuyos progresos sucedíanse rápidos e inquietantes—debía estrellarse, o sea, el cuerpo que estaba entre sus manos, *habría sido mostrado inmediatamente*. Pero en vez de esto, castigaron a los Apóstoles con una simple fustigación (Act. V, 40), y sobornan a los soldados para que difundan esta explicación mentirosa: los discípulos fueron los que ocultaron el cuerpo Jesús (Matth. XXVIII, 13).

Empero nada autoriza esa hipótesis injuriosa. Si LOS DISCÍPULOS creían que su Maestro vencería a la muerte al tercer día, ¿cómo es que se habrían expuesto inútilmente a peligros ciertos? Y si dudaban de ello, el buen sentido y su timidez natural imponían que se pusieran un poco a la expectativa: en caso de un desenlace adverso, hubiéranse podido volver a su terruño, a su mesa de cambio, o a sus redes; y ante su desilusión, ante su desaire y su repudio al impostor, los aplausos de la sinagoga habrían ahogado, indudable-

1. Ladeuze, *o. c.*, pp. 54-55.

mente, las burlas de los maliciosos. Pero, no creían. "Los relatos evangélicos todos nos los describen como incrédulos; dudan al volver las mujeres del sepulcro; dudan aún y se mantienen perplejos cuando se personan allí; dudan hasta cuando Jesús se les aparece. Sin embargo su vida ha sido transformada con esta certeza que les impone graves deberes. La fe en Jesús resucitado fué el reactivo todopoderoso que les tranformó en apóstoles y predicadores del reino de Dios en el universo entero. Y esta fe fué más eficaz en ellos que los discursos, los milagros y la presencia visible de Jesús. ¿Podemos señalarle, como base y como elemento generador, la impostura? ¿Podemos rehusarle la sinceridad? [1]

No han faltado algunos críticos que han sospechado de JOSÉ DE ARIMATEA, ora que quisiera substraer el cadáver a alguna brutalidad prevista, ora que no le hubiera dado el viernes, vigilia del sábado, sino una sepultura provisoria. No obstante, aun cuando los Sinópticos no protestaran contra una tal conjetura, ésta se vendría al suelo llanamente, por sí misma. "Nada indica, en efecto, que el piadoso Sanedrita abandonara la Palestina o que hallara la muerte en su país después de estos acontecimientos. A partir de ahí, pueden establecerse *dos hipótesis*: o abraza la fe de Cristo o permanece siendo discípulo de la Ley. Supongámosle cristiano: ¿cómo no habría descubierto a los Doce su error acerca del sepulcro vacío? Y si continúa siendo judío, ¿podía callar a sus colegas del Sanedrín un hecho que avivaba más y más su aureola y confundía para siempre a los discípulos del seductor?

"Pero entonces, la misma cuestión se nos pone de nuevo delante: ¿Quién, pues, se apoderó del cadáver? No fué un amigo. No fué un enemigo. No fué un ex-

1 Rose, p. 310.

traño. Hace más de diez y nueve siglos (Matth. XXVIII, 12-15) que se han agotado todas las hipótesis para substraerse al milagro; a ninguna de ellas se ha podido dar alguna verosimilitud. No queda sino una respuesta posible:

JESUCRISTO
SALIO POR SI MISMO DEL SEPULCRO,

JESUCRISTO
RESUCITO CORPORALMENTE[1]

1 Ladeuze, *o. c.*, p. 58.

CONCLUSION GENERAL

¡Resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!
Háblanos, mujer, de la Resurrección; háblanos de
[ella.
Desde que el sol sobre la humanidad luce alzado,
La tierra no ha oído otra nueva, cual esa, tan bella.[1]

Por cuanto el acontecimiento que ella refiere—cierto a la consideración del hombre intelectual, exento de prejuicios—ved cómo de pronto adquiere un alcance incalculable.

I

La tarea realizada

I. A las personas a quienes un trabajo muy largo y sostenido, hubiera podido serles enojoso, les hemos demostrado de una MANERA POPULAR y, con todo, concluyente—aun sin aducir la autoridad del concilio Vaticano[2] que LA IGLESIA CATÓLICA, CONSIDERADA EN SÍ MISMA, ES UN HECHO HISTÓRICO DE ORDEN SOBRENATURAL, y que, por lo tanto, DIOS GARANTIZA LA ENSEÑANZA QUE ELLA PROPONE AL HOMBRE ACERCA DEL VALOR MORAL Y DEL ÚLTIMO FIN DEL HOMBRE. Necesario es, pues, entrar en su escuela, escucharla, y con toda lealtad comportarse según sus preceptos.[3]

II. Mas el desenvolvimiento de los estudios críticos suscita en un número siempre creciente de espíri-

1 Luis Mercier.
2 *Los fundamntos de la Fe* y *La Iglesia de Jesús.*
3 *La Iglesia de Jesús.*

tus el problema de las relaciones entre esta Iglesia católica de la historia y la obra de Cristo que revela el Evangelio: y por esto hemos repetido la demostración DE UNA MANERA TÉCNICA, familiar a todos aquellos que confrontan los documentos y practican la exégesis.[1] Y creemos haberlo probado: las doctrinas del catolicismo, sus instituciones sacramentales y su jerarquía con el triple poder doctrinal, sacerdotal y rectoral que ella reivindica para sí, en una palabra, LOS TRES ELEMENTOS ESENCIALES DE LA RELIGIÓN CRISTIANA REMÓNTANSE, SIN HABER SUFRIDO ALTERACIÓN NI MODIFICACIÓN EN SU FONDO, A LOS DOCE Y A SU MAESTRO, JESÚS DE NAZARET. Y esto basta para confundir a la herejía y al cisma y remitir a manos de los obispos y del papa el auténtico mandato del Señor.

Si hemos logrado refutar las insidiosas teorías del día, y que Jesús se nos aparezca no como un simple héroe de folklore, como un fantasma, cual una vana abstracción, SINO COMO UN SER VIVIENTE, EL MÁS REAL DE LOS PERSONAJES HISTÓRICOS, MENSAJERO DE DIOS Y DIOS VERDADERO—al mismo tiempo los derechos divinos de su magisterio se hallan establecidos, así como quedaron establecidos ya los derechos divinos del magisterio eclesiástico:

Y uno tras otro, aun aquellos que repudian la religión positiva, todos deben creer en Jesús e incorporarse a su Iglesia, a saber, la Iglesia católica romana, la única sociedad cristiana que, a través de los tiempos, continúa la obra de Cristo y manifiesta por doquiera y siempre su acción sobrenatural.

A.) Ahora bien, la prueba está hecha. En sí mismo MILAGRO DE PRIMER ORDEN, más excelso y excelente que una resurrección ordinaria que exige la intervención de Dios, Maestro de la vida y de la muerte, el hecho de la Pascua de Resurrección, ¿no acredita con una fuerza

1 *La Iglesia de Jesús.*
2 *La Iglesia de Jesús.*

pronta y persuasiva, en el interior de todo hombre y entre la familia humana, el mensaje de Jesús? Las afirmaciones inauditas que este mensaje expresa son, por otra parte, el término de un gran número de MILAGROS EN EL ORDEN INTELECTUAL: las profecías que, una en pos de otra, se suceden eslabonadas durante muchos siglos de la historia de Israel y aquellas, particularmente límpidas, que el mismo Cristo pronunció.[1] Son ellas también el punto de partida de un mucho mayor número todavía de MILAGROS EN EL ORDEN MORAL, el principio de acontecimientos que las causas naturales no bastan para explicar, tales como la expansión de la Iglesia, y su estabilidad invencible, el valor de los mártires y la santidad que ella asegura a sus miembros fieles.[2] Son ellas, finalmente, la ocasión de numerosos MILAGROS EN EL ORDEN FÍSICO, milagros que, en otro tiempo en Galilea y al presente en Lourdes,[3] parecen servir de cortejo a las divinas pretensiones de Cristo aceptadas e invocadas por el pueblo cristiano.

Mas si mi alma queda sin tino y lacerada,
Si esta mi arrogante frente, cerrados los ojos, inclino,
Bastará, oh Jesús, que, la voz recobrada,
Como Tomás, de vuestras llagas la mano ensangrentada,
En temblor férvido os diga: "¡Señor mío y Dios mío!"

B.) De ninguna manera. Pues ¡cuán vano sería el conocimiento que, sin aplicarse apenas a amar, no sirviera de medio para la perfección cristiana!

La fe que no obra, ¿es acaso una fe sincera?

—La fe lleva consigo consecuencias prácticas; ordena la conciencia de cada cual, su orientación, sus procederes.

...Puesto que Jesús es Dios, sabe con ciencia infalible, la respuesta al problema de los DESTINOS del hombre: puede despejar tanto el enigma del dolor como el

1 Véase también *La Iglesia de Jesús*.
2 y 3 Cfr. *La Iglesia de Jesús*, Demostración popular.

enigma de la muerte, el por qué de las inquietantes fluctuaciones de todos entre el bien y el mal; el secreto de los castigos y de las recompensas que sancionan los actos más allá de la tumba, dirá indudablemente, además, cuáles son las condiciones fijadas por el cielo a la salvación del alma libre, cómo, después de los desfallecimientos, obtiene ella también su perdón.[1]

...Por cuanto, pues, Jesús es Dios, puede sostener la debilidad del corazón humano frente a los atractivos inferiores que muy frecuentemente le solicitan, dar al hombre el denuedo varonil—το ανθρωπευεθσαι, como dijo Aristóteles—, dispensarle los medios de asegurar su VALOR MORAL, de cumplir, de conformidad con las voluntades de lo alto, los deberes que acarrea consigo su dependencia general y especial; puede hacerlo y lo quiere hacer.[2]

Es, por ende, hacia El, hacia su mirar y sus labios que nos es necesario levantar los ojos ávidos de una claridad nueva, tender las manos que imploran el valimiento que no tienen, expresar con vivo anhelo nuestra implacable necesidad de ser felices.

Aquél que es patrimonio de la miseria universal,
Y al que llama la esperanza sin consuelo,
Porfiada como los océanos;
Aquél al cual los desesperados del mundo
Tienden sus brazos, llaman a voces que se responden
Desde millares de años...

d.) *Mas la respuesta que da Jesús, magnífica y desbordante, a las angustias de la humanidad, el conjunto de socorros que se digna dispensar a todas nuestras verdaderas necesidades, Jesús, subido a los cielos, los tiene confiados de la manera más expresa, por procuración, a un organismo terrestre, visible y jerárquico, único y obligatorio: la Iglesia que ha fundado,*[3]

1 *Los fundamentos de la Fe.*
2 Ibid.
3 *La Iglesia de Jesús,* Demostración técnica.
4 *Los fundamentos de la Fe.*

la Iglesia que es como una emanación de su luz, como una derivación de su soberano poder salvador.[4] No hay catolicismo individual que valga. "Bajel en medio de tempestad, la humanidad religiosa tiene necesidad de un equipaje siempre presto, de un piloto siempre seguro, de una disciplina firme, de una enérgica bondad operativa, de oficios bien distribuídos y bien vigilados, todo el mundo de pie en el puente y la mirada directriz fija en la estrella. En estas condiciones solamente, el viaje será llevado a cabo. ¿Y no es preciso que a todo precio se efectúe nuestro tremebundo viaje eterno?"[1] —"La Iglesia reclama, por tanto, la misma fe que Cristo, quien la ha investido, se expresa por medio de su voz. Cristo reclama la misma fe que Dios, por cuanto la Verdad primera misma vino por El al mundo y se hizo la luz de los hombres. La corriente se mantiene ininterrumpida entre el Principio revelador y el último de los favorecidos por El."[2]

* * *

A renglón seguido de esta demostración técnica, que ha tenido en cuenta hasta en sus pormenores las dudas que suscita la investigación de la verdad, cerramos así con broche de oro la conclusión de nuestro estudio popular, ya objetivamente valedera y decisiva.

CON TODO LO MAS SELECTO DEL PENSAMIENTO LATINO, CON LA INMENSA FALANJE DE CRITICOS Y FILOSOFOS QUE HALLARON Y CONSERVARON SU FE PROSTERNATE, LECTOR, A LOS PIES DE CRISTO, DENTRO DE LA IGLESIA CATOLICA

Todos juntos hemos emitido el juicio previo que fundamenta la fe en la razón. Mi labor toca a su fin. Pero la vuestra debe proseguir todavía más adelante, porque "la fe es diferente de la prueba, nota Pascal; la una es humana, la otra es un don de Dios". Digámoslo sin rodeos: la prueba no suministra sino una simple

1 Sertillanges, *L'Eglise* t. II, p. 239.
2 Cfr. Sertillanges. *Raison et Foi.*

condición,[1] hace ver que es necesario creer; la fe es fruto de la gracia que, en una empresa en la que tantas cosas exceden los límites de nuestro alcance natural, previene y acompaña necesariamente, al mismo tiempo que las fecunda, las andanzas de la inteligencia y del corazón.[2]

II

Nuestra cooperación

La acción soberana de Dios, quien dispone de todas las cosas con dulzura, es fijar la religión en el espíritu por medio de las razones y en el corazón por medio de la gracia.

Pascal.

La fe es un acto de razón—cumplido dentro de ciertas disposiciones morales—y bajo la acción de Dios.

Sertillanges.

He aquí que una ala desconocida ya en nosotros [se agita:
La inefable Belleza nos atrae, y a veces
El augusto resplandor de la Verdad pura transita...

G. Le Cardonnel.

A.) Muchas veces lo hemos dicho, y nunca estará por demás el que lo repitamos aquí de nuevo: nuestras justificaciones racionales todas, tal cúmulo de pruebas históricas y morales dispuestas en apretado haz en esta

1 "Si alguno sostiene que el asentimiento de la fe cristiana no es libre, sino que es necesariamente producido por los argumentos de la humana razón... que sea anatema." Denzinger, 1661.—"La razón y la crítica pueden y deben, dentro de ciertos límites, tener su parte en el acto de fe, mas como preliminares; su acción se detiene en el umbral de la fe, para dejar el sitio a la voluntad, a la gracia, a la luz sobrenatural." Bainvel, *La foi et l'acte de foi*, p. 63.

2 "Nemo potest venire ad me, nisi fuerit ei datum a Patre meo." Joan. VI, 66. "Gratia enim salvati estis per fidem, et hoc non ex vobis: Dei enim donum est." Eph. II, 5.—El acto de fe requiere 1.º) una Gracia de Iluminación que esclarece, dirige, sostiene y fortifica la inteligen-

obra, no pueden sino preparar, disponer una alma al acto de fe.[1] Si no la fe sería el privilegio de los espíritus instruídos, siendo así que Cristo alabó a su Padre por haberla encubierto a los sabios y reveládola a los pequeños. Y ¡qué triunfo,[2] en verdad, para esa porción de intelectuales el admitir sin resistencia una conclusión bien demostrada! No, la fe transporta al hombre a esferas inaccesibles,[3] a esferas que no tienen ni proporción ni punto de unión con el orden natural en el que se mueven nuestras facultades creadas, nuestras facultades limitadas, manifiestamente imperfectas, las cuales hallan más allá del tiempo y del espacio, la luz,

cia en su marcha, en el juicio práctico que lleva consigo; y 2.°) una Gracia de Inspiración que toca, desase, inclina y mueve la voluntad para mandar el asentimiento.—Para que Dios se revele al hombre, es necesario, dice el P. Sertillanges, que el hombre le haga el anticipo de su corazón, y para que este corazón del hombre tenga la audacia de entregar un don que comporta una abnegación suprema, un rechazamiento de todos sus soportes y de todas las formas habituales de sus movimientos, es preciso que Aquél que le espera le haya prevenido y que le inspire en el interior de su conciencia.

1 Les debemos una evidencia personal de la autoridad reveladora de Dios, una fe que reposa, en suma, en la confianza que tenemos en nosotros mismos, en nuestras propias luces, en nuestra perspicacia crítica, en la rectitud de nuestro juicio. Y así, pues, no hay ahí sino un fundamento humano, creado, natural: yo creo porque veo que decís la verdad.

Entiéndase bien, es necesario conocer a Dios y cuáles son los títulos que acreditan su mensaje (Buysse, *La Iglesia de Jesús*). Mas en lo tocante a esta evidencia previa, trátase ahora de hacer abstracción de ella, de reservarla para las horas de duda; el verdadero y único motivo de nuestra adhesión, será la confianza que tenemos en Dios, la autoridad de aquel que habla, su derecho a que le oigamos atentamente: yo creo porque decís la verdad. "Adhiriéndose uno a lo revelado, pone su confianza toda en el Revelante y se adhiere a éste" (Mallet, *Qu'est-ce que la foi?*, p. 35).

Ahora bien, según la doctrina católica, esto no se verifica sin una modificación psicológica de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad, sin un "centuplicamiento" de sus energías nativas, sin una divina "sobreelevación" de nuestro yo pensante y volitivo (Cfr. de Poulpiquet, *L'objet intégral de l'Apologétique*, pp. 476-478).

2 Cfr. S. Th. *S. Théol.*, IIa IIae, q. 2, a. 9.

3 El motivo formal de nuestra fe se apoya, "no sobre la revelación pasiva de Dios conocida en sus efectos exteriores, sino sobre la revelación activa de Dios en Dios, este acto misterioso y sobrenatural que se sucede en lo más profundo de la esencia divina, antes de manifestarse al exterior por medio del milagro... Se ve, merced a ello, a qué alturas sublimes nos eleva nuestra fe si ella es sobrenatural en su motivo. Un alma que confiando en la autoridad divina, pronuncia estas sencillas palabras: "Dios lo ha dicho; yo lo creo", no está ya más sobre la tierra sino en el cielo. Y no es que sea ello una simple analogía espacial o una metáfora poética, sino una realidad positiva. Indudablemente, la gracia no destruye a la naturaleza; ya que no suprime en modo alguno esta evidencia racional de la revelación, sino que ella nos hace sobrepasar

el sostenimiento, el suplemento, la creación, en una palabra, el complemento de la naturaleza humana, al cual aspiramos con todas nuestras fuerzas, tan lejos y tan alto que sólo Dios puede elevar allí los espíritus y los corazones ávidos de luz. Si no se puede creer sin razones, decía un teólogo, Mons. Breton, rector de las Facultades católicas de Tolosa, se necesita para creer algo más que razones.

Y primero **la oración** porque, lo has comprendido, la fe no es una cosa debida, un débito, sino que es un don. Así que, sea cual fuere todavía tu actitud en lo que se refiere a lo exterior, prosterna al momento tu alma delante de Dios.[1] "Cuando de las profundidades de nuestro interior brota un llamamiento hacia la causa desconocida que ha creado el ser, que sostiene su existencia, que recibirá su muerte, no podemos comprender que ese llamamiento no sea oído, que la causa de todo pensamiento carezca de pensamiento, la causa de todo amor carezca de amor"[2] "La oración, repetía san Agustín, es la fuerza del hombre y la flaqueza de Dios". Y Pascal: "Que si la misericordia de Dios es tan grande que nos instruye saludablemente cuando se oculta, ¿qué luz no debemos esperar, al llegar a manifestarse?"

B.) ¡Qué luz y qué energías. En verdad, el problema de la fe no se resuelve en las esferas especulativas. "Creer no es afirmar simplemente por razones extrín-

1 "Cada vez, escribe Santiago Rivière, abandono todas mis objeciones y, con todo, no me doy por vencido. Obedecía ello hasta el presente a que hallaba yo nuevas razones para no creer. Hoy las cosas ya no son igual. Confieso todo lo que queréis, no opongo por más tiempo nada a vuestra dialéctica, y, con todo, no me rindo. Me doy cuenta de cuán extraña es esta actitud; mas no puedo tener otra. No seré reducido sino mediante una fuerza interior, si es que debo serlo nunca." Y Claudel, es de esta suerte que le responde: "Si así lo quieres en verdad, no gastaré filosofía contigo hoy. He tomado en desquite la resolución de callar, de rezar diariamente mi rosario por ti. Muy de mi agrado fuera el que de cuando en cuando te avinieras a sujetarte a esta práctica. La ocasión es de un tal precio que, aun cuando no creyeras, aún sin atención de tu parte, no quedaría ella sin dejar de ir acompañada de frutos. La misma es un maravilloso apaciguante para el espíritu y que te abrirá los caminos de la meditación."

2 Bourget, *Le Fantome.*

secas, no es tampoco atribuir a la voluntad el poder arbitral de sobrepujar al entendimiento, es ello vivificar las razones intrínsecas, demostrables y demostrativas, con la adhesión de todo el ser; es aunar el complemento de un consentimiento cordial, voluntario y práctico con un asentimiento razonable y racional; es—cuantas veces se trata de realidades concretas y sobre todo morales o divinas—comportarse con la Verdad como con un Ser Viviente o hasta como con una Persona que no confía sus secretos sino a quien se lo merece, no como con una cosa que bastaría conocer por de fuera de oídas, ni como con una obscura tendencia cuyas raíces no fuera posible descubrir o esclarecer sus orígenes; es comprender que esta Verdad Viviente no es solamente objeto de ciencia o de creencia curiosa, sino que exige la confianza con la entrega completa de sí mismo, y que, siendo esencialmente ella misma una naturaleza espiritual, nos es más accesible por de dentro y mediante nuestras disposiciones interiores que por de fuera de nosotros mismos o mediante una simple vista de sus contornos lógicos. No se trata, pues, solamente de alcanzar y de probar el ser en tanto que verdadero, *ut verum;* es menester aún, cuando se le ha tocado con la punta de la demostración especulativa, penetrar la riqueza en él encerrada, abarcar más su contenido, verle, quererle y desposarse uno con él en cuanto es bueno, *ut bonum.*" [1] Ahora bien, hombres hay, en número demasiado crecido, que ni desean estos nobles desposorios y que están lejos de procurárselos con amor. Oíd a Claudel: "Con todo y haber recibido yo mismo señaladas gracias y de que estoy mil veces más seguro de la verdad de la religión católica que de este sol que me

este estadio previo. La misma, inspirándonos este acto de confianza absoluta en la autoridad divina, nos eleva literalmente y nos lleva consigo, en un arranque o vuelo magnífico, hasta el seno de la Deidad sobrenatural misma, de esta acción reveladora de Dios en Dios." de Poulpiquet, *o. c.*, pp. 483-485.—"La fe, dice Cayetano, es una asimilación al conocimiento divino, en tanto que por la fe infusa nos adherimos a la verdad divina a causa de ella misma, apoyados en el conocimiento divino, contemplamos todas las cosas con la mirada misma de Dios."

1 Mauricio Blondel, *Leon Ollé-Laprune,* pp. 69-70.

alumbra, tan seguro como si hubiera visto a Cristo con mis propios ojos, menester me fué, sin embargo, que transcurrieran cuatro años, a pesar de tener desde el primer momento la fe tan completa como hoy, simplemente para triunfar del respeto humano". Muchísimos son los que esperan indefinidamente para apellidarse hijos sumisos de la Iglesia para salir finalmente de un sosiego familiar y blando, para emprender un penoso esfuerzo, ponerle en juego y sostenerle, trazar a los sentimientos, a la actividad, al curso de la vida toda entera un cauce o derrotero nuevo, porque la vida cambia de curso, seguramente, según creamos que la Iglesia es humana o divina, Jesús un impostor, un alucinado o el verdadero Hijo de Dios.[1]

Por cuanto comprendes que debes asimilarte la Verdad, mensajera de Dios, hacerla aceptar por parte de tu corazón,[2] que la teme, que la admite a regañadientes y que se resuelve ante el yugo que pretende imponer ella, tú a lo menos, lector, presta un laborioso **concurso** a los avances o anticipaciones de la gracia, a la acción del cielo sobre tus facultades superiores.[3] Porque la fe, que es un don, es también una conquista. "Beatae aures quae venas divini susurri suscipiunt". ¿No oyes la voz de la conciencia? Ella apremia estrechamente, más y más a tu voluntad; al cabo de esta leal demostración, reclama la misma de ti una obediencia progresiva.

1 "Mi flaqueza es incurable. Admitiendo que, sojuzgado por la belleza asombrosa del cristianismo, convirtiera yo mi espíritu, no podría conseguir el dominio de mis actos, el comenzarlos de nuevo, el disciplinarlos, el constreñirlos, en elevar la oración perpetua que sería necesario a Dios; continuarán en irse sucediendo a la deriva, fuera de mí, indiferentes a mi creencia. En este caso más vale, me doy cuenta de ello, no creer que creer sin practicar." Santiago Rivière.

2 La confianza supone indudablemente el conocimiento de aquel en quien se confía y de los títulos que la merecen, pero es ella en sí misma un acto de voluntad, no es ella un acto de conocimiento." Catherinet, *Le role de la volonté dans l'acte de foi*, p. 101.

3 "Lo sobrenatural invade al ser humano, pero adaptándose a él... No hay solamente entre nosotros unión y adaptación de dos principios; hay también la cooperación. El principio sobrenatural eleva la energía de la naturaleza, y la naturaleza con sus potencias y sus energías anejas a ella concurre verdaderamente al acto sobrenatural, de suerte que el mismo acto está todo entero producido por los dos principios, todo entero por el principio natural como acto vital, por el principio sobrenatural como acto deífico." Bainvel, *Nature et surnaturel*, pp. 138-140.

"Toda luz en el orden de las verdades morales y religiosas, hace notar Ollé-Laprune, obliga a obrar de tal manera que guarde conformidad con ella, y en una medida que depende del grado de luz recibida.[1]

a) Ahora bien, "lo verdadero brota en la misma tierra que el bien, sus raíces comunícanse entre sí cuando se busca la verdad con toda el alma. Si tenemos el corazón sobradamente levantado para investigarla, merécese a la que se desconoce." [2] Fecunda lección que la teología adquiere del análisis [86] y que los psicólogos confirman a su vez, sacándola de la experiencia. "Mis sentidos pesan demasiado sobre mi corazón para permitirle estar en vela", suspiraba Santiago Rivière.[4] "Del mismo modo, dice Bourget, que la fe no dura largo tiempo en el corazón de aquellos que viven muy mal.[5] aquellos que viven muy bien acaban por recobrar la fe a través de sus méritos."[6] Más tarde, una de sus prestigiosas novelas, su obra maestra tal vez, *Le Demon de midi,* probará a nuestra generación harta de goces, "que es necesario vivir como se piensa, de otra suerte,

1 Ollé Laprune, *Le prix de la vie,* p. 446.
2 Sertillanges, *o. c.,* p. 21.
3 "La fe sobrenatural, acabamos de decirlo, reposa sobre la confianza que tenemos en el testigo que habla: Dios. Mas la confianza no sería posible sin el amor. La confianza es de la naturaleza del amor, decía M. Ollé-Laprune. La confianza es una consecuencia necesaria del amor verdadero; se agranda o disminuye siguiendo los progresos o el retroceso del amor. Amar, según la bella y profunda definición de Santo Tomás, es considerar a otro como a sí mismo, quererle tanto bien como a sí propio, suponer sentimientos recíprocos en aquel a quien se ama, creerle por consiguiente incapaz de traición o de mentira." de Poulpiquet, *o. c.*—Nos es, pues, necesario, en primer término, no engañarnos en el amor, resistir a la fascinación que la carne ejerce sobre el espíritu, estimar simplemente las cosas en lo que valen, en una palabra, asegurar la jerarquía de los valores. "Cuando todo en nosotros está por cierto en el orden debido, nuestros objetos todos arreglados, todos nuestros instintos dominados, la luz halla ahí acceso, dice el P. Sertillanges; el alma es traslúcida, como un cristal cuyas moléculas están correctamente orientadas. Deslustrar el cristal, manchar el alma, obscurecerles a ambos, es ello la misma cosa." *Raison et Foi.*
4 Pág. 141.
5 Hubo de primero causas lentas, progresivas, que obraron sobre mi alma como el gusano sobre el fruto, devorando el interior sin que el de fuera guarde otra señal de este estrago, sino una exigua mácula casi invisible sobre la púrpura de la hermosa corteza." Bourget, *Le Disciple.*
6 *Pages de crit. et de docta.,* t. II, p. 274.

tarde o temprano, se acaba por pensar como se ha vivido". El autor ilustraba de ese modo un pensamiento de Pascal, pensamiento del que la apologética gusta servirse y que permanece siempre verdadero: "Habría yo dejado sin tardanza los placeres, dicen, si tuviera la fe. Y yo os repongo: Tendríais sin tardanza la fe, si hubiereis abandonado los placeres. Ahora bien, a vosotros os incumbe el comenzar". Porque la fe entra generalmente en el espíritu por el corazón. No nos presenta ella solamente una idea, nos presenta un bien; está repleta de promesas para el corazón. Si llevamos el corazón sobrado levantado para que se una a este bien, jamás deja de arrastrar consigo la adhesión de nuestra inteligencia.[1] Y he aquí por qué san Agustín enunciaba esta observación: "Si la vista de la verdad atemoriza la mirada de tu alma, detente, no luches sino por domar tu inclinación a los goces sensibles, y todos los obstáculos serán superados."[2] De sí mismo decía refiriéndose a los tiempos de su laboriosa conversión: "¡Oh, Verdad! oí en pos mío tu voz que me gritaba me volviera, pero oíte yo mal a causa del tumulto de mi alma puesta en revuelta."[3]

¡Contenerse, disciplinarse, obligarse! "Verdaderamente, verdaderamente menester sería no amar más, ni conocer más tan sólo este halago, y el otro y el de más allá aún que me sonríe tan dulcemente, con un semblante invencible, con una mirada que no anda reñida con su corazón. Verdaderamente, preciso sería dar un no a tantos invitados. Me pedís una cosa terrible con tranquilidad", escribía J. Rivière a Pablo Claudel. Y Claudel sentía estremecerse de compasión su pecho. "¡Pobre niño! He aquí, pues, que estás cogido a tu vez en las redes de Cristo. "Induxisti nos in laqueum", nos has tendido un lazo. Comprendo tu terror ante el aspecto de un mundo nuevo, porque, no hay para qué

1 P. Janvier.
2 *De la Vraie Religion,* XXXV.
3 *Confesiones,* XII, X.

disimulártelo, hay que hacer aquí una gran renuncia, referente a la libertad de hacer y de pensar lo que te place... Pero la primera respuesta es que si nos hacemos cristianos, no es ello atendiendo a nuestro regalo y a nuestro bienestar personales, y que si Dios nos dispensa el honor de pedirnos algunos sacrificios, no hay sino consentirlos con alegría. La segunda respuesta es que estos sacrificios se reducen a muy poca cosa o a nada. Vivimos siempre con la añeja idea romántica de que la suprema dicha, el gran interés, las únicas andanzas de la existencia, consisten en nuestras relaciones con la mujer y en las satisfacciones sensuales que de ello sacamos. No se olvida sino una cosa, es a saber, que el alma, el espíritu, son realidades, tan fuertes, tan exigentes como la carne (¡lo son por cierto más aún!), y que si concedemos a ésta todo lo que pide, es en detrimento de otras alegrías, de otras regiones admirables que serán eternamente cerradas. Veremos un vaso de mal vino en un chiribitil o en un salón, y nos olvidamos de esta mar virginal que a otros se manifiesta bajo los resplandores del sol que emprende su carrera... O acabarás siendo cristiano, o, como con no pocos acontece, los placeres y los trabajos de la vida os distraerán muy pronto de toda inquietud metafísica." [1]

b) "No son pocas por cierto las personas que me escriben, decía todavía el escritor-apóstol, pero no hay muchas que tengan el valor de preferir su salvación a su orgullo",—ese orgullo con el que tienen como fusionados su carne y sobre todo su espíritu.[2] Ahora bien, para adquirir una verdad, ¿no es necesario apreciarla? Para apreciarla, es preciso verla; y para verla, son indispensables ojos puros, aquellos que da la humildad.[3]

1 "Bonam conscientiam repellentes, circa fidem naufragaverunt." I Tim. I, 19.

2 Tus enfermedades principales son el orgullo, que te substrae de Dios, la concupiscencia que te ata a la tierra... Pascal.

3 "La confianza reclama también la humildad. En la fe de autoridad, se hace abstracción de las evidencias personales previas, para re-

Dios no se abaja hacia almas tan altas.[1]

Empero los que, siendo profanos en medicina, creemos a la vez en la ciencia del médico, en la seguridad de su diagnóstico, en la eficacia de los remedios que prescribe, regateamos nuestra creencia a un testimonio competente y verídico entre todos, apoyado en una multitud de milagros, y ello so pretexto de que no muestra claramente al espíritu en su evidencia propia, inmediata como la de los primeros principios, o mediata como la de las conclusiones lógicamente deducidas, la verdad propuesta.[2] ¿Está ello puesto en razón, es cosa razonable? "No es por nuestra capacidad de concebir las cosas que debemos juzgar de su verdad", dice Pascal. Aun si se quiere comprobar el objeto de su afirmación, so pena de hacer imposible la historia y no menos la vida social, fíase uno de las personas honradas que saben lo que refieren; y este homenaje concertado de la razón y de la acción que el sabio tributa diariamente con sencillez a los trabajos de sus predecesores, el que pleitea a su abogado, los clientes abonados lo propio que la plebe a los mercaderes o tratantes que sustentan su vida, ¡llegaríase a rehusarle al testimonio de Jesucristo y de su Iglesia, a las verdades cuyo eterno testimonio es Dios! Creer no es otra cosa que dar crédito a la ciencia y al amor de Dios. "Creo yo así, pues, resueltamente lo que no veo, por cuanto creo en Aquél que lo ve todo." [3]

Indudablemente, el cliente, el pleiteador y el sabio, podrían en rigor, de disponer juntamente de la conveniente capacidad, de ocio y de la voluntad de hacerlo,

posar con toda seguridad en la palabra del testigo. Sólo el orgulloso no quiere fiarse nunca sino de sí mismo. Así, pues, no se dan ni confianza en Dios, ni fe de autoridad, y, por consiguiente, ni fe sobrenatural, sin un cierto amor de Dios y sin humildad." De Poulpiquet, *o. c.*, p. 487.

1 Corneille.

2 Nuestra demostración establece con certeza (véase *La Iglesia de Jesús*) la existencia del testimonio divino, la ciencia y la veracidad del testigo. En cuanto al contenido del testimonio, o sea, en cuanto a las realidades dogmáticas afirmadas, renunciamos a juzgarlas por nosotros mismos; no viendo su verdad intrínseca, nos es necesario poner la confianza en Dios, descansar en El, para juzgar como El juzga.

3 Bossuet, *Carême des Minimes*, 2.º serm.

escudriñar la afirmación que se les expresa. Mas el caso del creyente ¿difiere mucho, por ventura, de estos otros casos? La fe, decía Clemente de Alejandría, es una admisión anticipada de lo que comprenderá un día. La misma razón humana que ha comprobado debidamente la existencia de un testimonio divino y su valor incomparable, que libremente se ha decidido por la creencia que profesa, más aún, que después de admitida, la ha interpretado, coordinado, desarrollado, aplicado a lo que contiene la fe, la misma razón llegará a poseer más tarde, allá en lo alto, dentro de la luz de la visión beatífica, la ciencia perfecta.[1] ¿Qué importa, así pues, que la verdad católica parezca inevidente, por cuanto Dios quiere que ella lo sea momentáneamente y exige de nosotros un esfuerzo de voluntad generoso y libre para abrazarla? "El orgullo no es una señal de fuerza, sino de debilidad; los Padres le llaman una lujuria espiritual y comparan al orgulloso con los afeminados de que hablan los profetas. He aquí que te tienes por avanzado de veras porque te atreves a decir: No serviré, "non serviam"—a guisa de un vaso cascado y de un estropeado utensilio."[2]

* * *

"Preciso es, dice Pascal, ayudarse de la costumbre, una vez el espíritu ha visto la verdad, para impregnarse y revestirse de la fe, ya que en la presente condición humana no podríamos realizarla en nuestro vivir cotidiano".

1 "La beatitud final consiste en la visión divina. Mas el hombre no puede llegar a ella sino colocándose en la escuela de Dios. Ahora bien, esta enseñanza, para adaptarse a la naturaleza humana, no debe hacerse de un golpe, sino por grados. ¿No se ve a cada instante al maestro que da a su discípulo la conclusión de un razonamiento sin que el alumno comprenda en seguida todos los elementos de la demostración? El interpone entonces su autoridad a guisa de prueba. Sin este procedimiento sumario, las ciencias más útiles no podrían ser vulgarizadas. El alumno comienza por creer, para mejor llegar después a la ciencia perfecta. Dios no procede de otra suerte con nosotros, porque la visión beatífica no es sino el término (o la perfección) de la enseñanza delineada aquí abajo." S. Thomas. *Contra Gent.* Lib. III, cap. 152.

2 Claudel.

LECTOR, DOBLA TUS RODILLAS.
ORA, HASTA CON LOS LABIOS.

Tu alma,
sumérgela en este inmenso baño de
gloria, de certeza y de poesía,
que es la liturgia católica;
asiste al Santo Sacrificio de la Misa;
sigue el ciclo de la Iglesia: tus tinieblas serán eliminadas poco a poco
y tus creencias consolidadas.

"Si caes, no pierdas el ánimo, sino ten una fe imperturbable en el amor de Dios, acordándote de que no son los pecados más vergonzosos los que son más perniciosos. No aborrece sino el orgullo. *Cor contritum et humiliatum non despicies*" [1] Acude al confesonario. "Es tan sencillo ir uno a consultar a un sacerdote acerca de su alma cual a un médico en lo tocante al estado de su salud, o a un arquitecto acerca de una construcción. Todo puede decirse, de una manera sosegada, sensata y puesta en razón.[2]

Oponiendo la indolencia a esta invitación fraternal, en una materia en que se trata de ti mismo, de tu eternidad, de tu todo, tenlo bien entendido, tomas parte contra la Revelación, contra Jesús y la Iglesia por El instituída como el único medio, el medio obligatorio para asegurar el pleno valor moral del hombre y realizar su último destino. La opción se impone entre el sí y el no; no cabe otra respuesta: quien duda en teoría elige en la práctica.[3] Ahora bien:

TE JUEGAS TU FELICIDAD ETERNA.
Y ESTA APATIA, ESTAS TERGIVERSACIONES
¡DE QUE RIQUEZAS NO PRIVAN
TU PERSONALIDAD YA SOBRE LA TIERRA!

1 y 2 Claudel.

3 "Si careces del impulso viril de conquistar o de expresar la verdad, ten cuando menos la decisión de formular tus errores. Podremos discutir y acabaremos tal vez por entendernos. En el error hay todavía algo de vida, la indiferencia, empero, es la muerte." R. P. Etourneau, *Carême,* 1898, 3.a conf.

'La conversión renueva, exalta, transfigura los dones magníficos, las fuerzas vivas que, ya antes del retorno de un san Pablo, de un san Agustín, constituían la admiración, el orgullo y la esperanza de sus amigos. "Convertirse es cambiar", sí, pero, perdurando uno mismo, injertando en una originalidad nativa un yo no sé qué de que depende la completa floración o expansión de aquel primer don." [1]

1. Si la fe está cimentada, dice el P. Sertillanges, se debe ver en ella el punto de partida de una proyección de la vida en el más levantado y más rico campo. La fe abre ante nuestra presencia espacios inexplorados, como la navegación en el momento de la conquista de los mares, como la aviación moderna, como el microscopio y el telescopio con respecto a los dos campos infinitos, con esta diferencia, que los espacios nuevos abiertos por la ciencia son homogéneos en su punto de partida, y que en la fe se da la transcendencia. La fe renueva la mirada del alma y, por ende, las posibilidades de una comprensión mayor con relación a Dios y a lo que es de Dios, es decir, con respecto a todo, en lo que todo tiene de esencial. *La fe nos revela un creador más íntimo, un universo más dilatado, una humanidad más profunda y nuestro mismo ser más rico.* Transpone nuestros objetos dentro del modo transcendental; remóntalo todo a lo supremo.[2]

2. "Las personas que no la conocen me producen el efecto de individuos enfermos y de eunucos, asegura Claudel. Te privarás de unos placeres que envilecen y que a nada conducen, mas conocerás en cambio la verdadera fortaleza, las alegrías salutíferas, marciales, atléticas, de la victoria sobre ti mismo. Practicarás el bien, serás en el mundo cual un ser sociable y útil, conocerás el inefable júbilo de una buena conciencia, la seguridad de un hijo que se halla con su padre, esta-

1 Enrique Bremond, *La inquiétude Religieuse,* t. II, p. 281.
2 *O. c.,* pp. 6 y 7.

rás en paz con todas las cosas existentes. Será entonces cuando no acusarás más al mundo de ser incomprensible y feroz, sino que participarás de la bendición de todas estas criaturas inocentes".

3. Claro está que hay que pagar una prima, Dios reclama de nosotros ciertos gajes. Pero tiene en cuenta con toda seguridad, lo muy diverso de las naturalezas y lo muy desigual de los valores. Y si nos hace avanzar contra corriente, contener a distancia las olas de lodo y de negruras, corregir nuestros vicios, enmendar tantas imperfecciones, cercenar lo que es falso y parásito, escamondar, aligerar *todo nuestro ser humano,* ello es porque Dios le quiere *más vigoroso, esponjado o expansionado en una belleza fecunda.* La ascesis cristiana prohibe por lo demás el exceso, aun cuando tuviera el bien por pretexto (Eccl. VII, 17; Rom. XII, 3). "Ama et fac quod vis", decía san Agustín. No veda que uno se regocije dentro del orden; no pide de nosotros sino el amar a Dios a través de las personas y de las cosas.

> Ahora que creo en El
> Todo es cristal a su luz,
> Aún la opaca y sombría tierra
> Que como un fruto juzgué.
>
> Porque nada querrá de mí
> De las delicias cogidas
> En la espaldera de esta vida,
> Cuando hambriento me sentí,
>
> Si, con mano reconocida,
> En los azulados vergeles las suspendo,
> Do los elegidos arrodillados
> ¡Le ven, Le adoran y Le cantan! [1]

Así es que vemos cómo hasta los corifeos de la incredulidad envidian a veces al católico sincero. "Digámoslo, pues, intrépidamente: el hombre está más que nunca en lo verdadero, cuando es más religioso y está

1 Enrique Gheon.

más seguro de un destino infinito", decíase Renán un día. Y en otro lugar de sus escritos: El hombre nunca es más religioso que en sus mejores momentos. Es cuando es bueno que quiere que la virtud corresponda a un orden eterno. ¿Cómo no suponer que es en momentos tales, cuando el hombre ve mejor?" "Quienes están todavía postrados a los pies de Cristo, esos, yo te lo aseguro, escribía Pedro Loti, son los dichosos de este mundo... La congoja del tiempo que pasa, la congoja de la soledad, el terror de la nada que llega, todo esto les es desconocido. Van andando, confiados y sosegados. Daría mi vida por poseer su ilusión esplendorosa, debería yo ser tan insensato cual esos pobres pensionados de los manicomios que se figuran ser unos hacendados y potentados de la tierra!... A falta de esta fe, si por lo menos pudiéramos asirnos más y más estrechamente a alguna cosa, a una esperanza, a una inmortalidad: pero ¡nada!... Fuera de esta personalidad aún radiante de Cristo, todo es error y obscuridad".— Mientras que la vida del cristiano fiel conserva hasta su declive el alborozo del amanecer del día, júbilo fresco ese, cual corriente de aguas vivas...

"En toda ocasión me he dejado llevar por la Verdad", proclamaba Brunetière. A ejemplo suyo, lector, no tardes más: volveré a repetirlo, dobla tus rodillas.

> ¡Oh, Dios mío, Verdad substancial, amable Omnipotencia! Tú solo, lo reconozco, puedes esclarecer mis tinieblas, inspirar y sostener mi voluntad.
>
> Tu luz y tus auxilios, deséoles con toda mi alma conmovida...
>
> Me atrevo a suplicártelos, sin merecerlos en modo alguno...

¡Y luego; de pie!

Haz un esfuerzo último y el solo necesario:
Armate de valor para la ruta y marcha hacia la muerte.
Repara en ello, es el fin, el duelo, la agonía,
La hora que los dedos hiela y la boca tuerce;

1 Pedro de Nolasco, *Poèmes de France et d'Italie.*

Mas es también el llamamiento de la gracia infinita...
Sepas pagar en paz la deuda que tú debes.
Tú, que la luz más que la gloria, buscaste:
El sol eterno, mañana, va a deslumbrarte;
Ve valerosamente, parte en tu fe primera,
La misma Verdad viviente, del camino al final, te espera.[1]

1. Pedro de Nolasco, *Poèmes de Franae et d'Italie.*

INDICE DE MATERIAS

LA EXISTENCIA PERSONAL DE JESUS

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO SEGUNDO

LA EXISTENCIA DE JESUS ANTE EL CORAZON DEL HOMBRE, 53

I

II

LAS FUENTES

LOS EVANGELIOS SINOPTICOS, LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES, LAS EPISTOLAS DE SAN PABLO,

I

CAPITULO TERCERO

LAS EPISTOLAS DE SAN PABLO, 201

LA MISION DE JESUS

CAPITULO PRIMERO

JESUS FUNDADOR DE LA IGLESIA CATOLICA ES UN ENVIADO DE DIOS, 207

CAPITULO SEGUNDO

JESUS FUNDADOR DE LA IGLESIA CATOLICA ES EL DELEGADO DE DIOS POR EXCELENCIA, EL MESIAS O CRISTO, 240

LA PERSONALIDAD DE JESUCRISTO

CAPITULO PRIMERO

LA OPINION DE LOS HOMBRES, 300

CAPITULO SEGUNDO

LA AFIRMACION DE JESUS, 355

CAPITULO TERCERO

LAS GARANTIAS DE MI RAZON, 390

CAPITULO CUARTO

EL TESTIMONIO DEL PADRE, 409

¡Oh Dios mío, verdad substancial
amable Omnipotencia!
Tu solo puedes esclarecer mis tinieblas
inspirar y sostener mi voluntad.

INDICE ALFABETICO DE LAS PRINCIPALES MATERIAS

D

E

F

K

L

M

N

P

R

S

INDICE DE AUTORES CITADOS

CH

D

E

F

G

H

J

V

W

Z